3 1761 07148174 1

LIBRERIA puvill
LIBROS ANTIGUOS Y MODERNOS
Boters, 10 y Jaime I, 5 - Barcelona (2)
(España)

1/18
900

OBELISCO HISTORICO

OBELISCO HISTORICO

OBELISCO HISTÓRICO

EN HONOR DE LOS

HERÓICOS DEFENSORES

DE

ZARAGOZA

EN SUS DOS SITIOS

(1808-1809)

POR

DON MARIO DE LA SALA VALDES

Y GARCIA SALA

GENERAL DE BRIGADA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

ZARAGOZA

M. SALAS, IMPRESOR DEL EXCMO. SR. ARZOBISPO

1908

LIBRARY
FEB 1974
UNIVERSITY OF TORONTO

DP
402
S32S34

Es propiedad del autor.
Reservados todos sus derechos.

CORRECCIÓN DE ERRATAS

Página	Linea	Dice	Debe decir
11	7	Ibort	Ibor
38	33	e	el
48	37	relación	redacción
54	22	Wandré	Waudré
57	14	vaporoso	vigoroso
62	10	3	9
72	39	de á 2	de á 3
76	10	cortarles	cortarle
76	40	á la de la	á la
79	39	aquel	aquellos
86	25	de	y
94	15	agradeciéndole	agraciándole
134	29	celebrábase	celebrábanse
172	30	pero	preso
174	27	pusieron	supusieron
183	25	colecciones	colocaciones
201	27	condiciosas	codiciosas
211	11	Esere	Esera
233	13	mililicias	milicias
257	20	Tabseira	Taboeira
266	9	Fray	Frey
266	27	Fray	Frey
270	4	Pitrarques	Pitarques
304	9	ampiarle	ampliarle
330	35	retorciduras	retorceduras
351	13	los	las
355	21	dolosa	dolorosa
364	18	al	el
387	41	su	el

I

DISCURSO PRELIMINAR

Es tan amplia y variada la bibliografía de los Sitios de Zaragoza, son tantos los autores nacionales y extranjeros que con más ó menos extensión y fortuna han historiado aquellos memorables acontecimientos, ya en monografías particulares, ya formando capítulos en historias de las guerras napoleónicas, que un nuevo tratado descriptivo de aquellos sucesos en forma de relación ó diario circunstancial, lo creemos de todo punto innecesario.

Pero no opinamos del mismo modo respecto á la obligación de enaltecer y conservar viva la memoria de aquellos héroes que nos legaron tan altos ejemplos de entereza, desinterés y consagración á la Patria. Y siendo esto así, consideramos oportunísima la erección de un *Obelisco Histórico* en honor de aquellos gloriosos antecesores nuestros.

Sabido es que para celebrar el Centenario de la Guerra de la Independencia se erige en Zaragoza un monumento conmemorativo de sus gloriosos asedios. Sobre basamento rodeado de amplia gradería, yérguese airoso pedestal que sustenta la estatua de la Ciudad Heróica, representada por arrogante matrona á cuyos pies combaten el gran Palafox y una multitud de héroes y heroinas de todas clases, edades y condiciones, en legítima defensa de la Patria ultrajada. El monumento, como obra del hábil escultor Querol, es sin duda artístico y bello; pero á decir verdad, no responde en nuestro concepto á la grandeza del asunto y á la idea fundamental que debió presidir la gestación de obra de tal importancia, en la que hubiera sido acertado prescindir de ciertos convencionalismos simbólicos, como es el de representar por una matrona á pueblo tan varonil como Zaragoza en los momentos de sus incomparables luchas.

No; Zaragoza no puede estar representada por una dama de factura más ó menos bella y más ó menos clásica. Fué roca incontrastable, monolito gigantesco del valor, la religiosidad y el patriotismo que los enemigos de España tuvieron que demoler con la mina y el cañón para reducirla y ocuparla. Y esa roca tuvo un héroe culminante en el general Palafox, y tuvo multitud de paladines de primera nota entre militares, eclesiásticos, nobleza, ciudadanos, labradores y heroínas que juntando con gloriosa unanimidad sus esfuerzos, llegaron á la meta del valor y el sacrificio. Por eso entendemos que el monumento

real de la gloria de Zaragoza debió consistir en erguida roca que sirviera de pedestal á la estatua ecuestre de Palafox, rodeada de representaciones de todas las clases sociales agrupadas para resistir al enemigo común, cuyas baterías y trincheras debieron figurar rodeando el monolito.

Sugestionados por esta idea, y aun conociendo la pobreza é infecundidad de nuestra pluma, quisimos trazar con ella algo parecido al *Obelisco* que pretendíamos del arte escultórico. Claro es que no tendrá la visualidad estética que ambicionamos; será simplemente una galería biográfica de las personalidades que más se distinguieron en las dos defensas, llevando á su cabeza al insigne Palafox rodeado del pequeño pero heróico grupo de los generales que ejercieron el mando. Seguirá un segundo grupo de los ilustres artilleros que fueron parte tan principal en el glorioso sacrificio: un tercero de los ingenieros de memoria inmortal: un cuarto de los esclarecidos jefes que dirigieron y gobernaron puestos, líneas y cuerpos: un quinto de distinguidos jóvenes militares que haciendo en Zaragoza sus primeras armas y bélico aprendizaje, figuraron después con gran honor y lucimiento en los anales del Ejército español; un sexto de autoridades civiles, ilustres ciudadanos y valerosos labradores; un séptimo de dignísimos eclesiásticos; un octavo de incomparables heroínas; y un noveno de caracterizados extranjeros testigos y colaboradores en la gloriosa epopeya.

Tal será y esto contendrá el libro que vamos á someter al juicio público. Numerosa galería biográfica de las principales personalidades que llevaron á cabo la defensa de Zaragoza desde los entusiasmos de la preparación á las tristezas de la gloriosa catástrofe, vendrá en último término á constituir una nueva historia íntima, casi familiar, de aquellos épicos acontecimientos; puesto que los hechos los llevan á cabo los hombres, y al estudiar la vida de éstos tendremos por fuerza que venir en conocimiento de los grandes sucesos en que intervinieron. Tanto es así, que abrigamos la convicción de que de nuestras biografías podrían fácilmente extraerse diarios depurados de las dos defensas.

Y claro es que no pretendemos haber inventado ese método de hacer historias, bien conocido desde la más remota antigüedad cuando Plutarco escribía sus famosas *Vidas Paralelas*, siglos después imitadas en multitud de diccionarios biográficos, y con notoria excelencia por Lamartine en su interesante *Civilizador* y por el P. Luis de Coloma en sus *Retratos de Antaño*. En pequeño y á la distancia que media entre nuestra insignificancia y la fama de aquellos escritores, hemos querido seguir sus huellas estimulados por el afán de reverdecer los laureles y popularizar los nombres de los héroes de Zaragoza, afrontando el riesgo de incurrir en pecado de monotonía, muy difícil de evitar en una numerosa serie biográfica á causa de que todos los hombres, y principalmente los héroes, tienen tantas conexiones y lados comunes que parecen cortados por el mismo patrón, como también sucede en las vidas de los santos coleccionadas en el *Año Cristiano* que tan manifiesta semejanza guardan entre sí.

Apresurémonos á reconocer que el Catálogo de ésta, que pudiéramos llamar *iconoteca á rasgos de pluma*, no contiene los retratos de todos los concurrentes á los gloriosos hechos, empresa que fuera imposible de todo punto: son muchos los que faltan á la lista por escasez de datos ciertos, y aun entre los que con gran trabajo y diligencia

hemos conseguido reunir, son escasos los retratos de cuerpo entero, abundan más las medias figuras y los bustos, y alcanzan número mucho mayor los rápidos bosquejos ó simples esbozos; y no se crea por esto que hayamos descuidado el acopio de los materiales necesarios para nuestra obra, durante largos años preparada, pues además de tener á mano la mayor parte de los libros y folletos de autores nacionales y extranjeros referentes al asunto, hemos logrado reunir una abundante colección de hojas de servicios de ilustres defensores; hemos recogido en los archivos parroquiales los documentos pertinentes á no pocos de los que con gloria perecieron en la demanda, y hemos utilizado por fin más de 50 certificados de servicios expedidos por el insigne caudillo y las minutas de otros 161 escritas de puño y letra del Marqués de Lazán, en cuyo archivo, perteneciente ahora á la Excma. Sra. Marquesa de Navarrés, tuvimos la fortuna de leer y registrar la abundante correspondencia de los tres hermanos Palafox, con algunos escritos inéditos de D. Luis y D. Francisco. Pero á pesar de este bagaje de documentos tenemos que declarar una vez más las deficiencias de nuestro libro que entregamos á la publicidad estimulados por el deseo de dar á conocer las vidas y vicisitudes de muchos, ya que no de todos los heroicos defensores de Zaragoza, ofreciendo con ellas ejemplar ejecutoria á sus descendientes y sano alimento á la estudiosa curiosidad.

Y como todo obelisco necesita luz, ambiente y punto de vista para que destaquen y puedan apreciarse sus líneas y figuras, hemos querido facilitar su visualidad preparando al lector con un rápido y sintético examen de lo que fué la defensa de Zaragoza en sus dos célebres asedios, y esto es lo que pretendemos obtener del *Concepto Crítico* que sigue y pone fin á este discurso, para que á modo de sencilla portada ofrezca paso franco á la Galería.

II

CONCEPTO CRÍTICO

DE LA DEFENSA DE ZARAGOZA EN SUS DOS SITIOS

Casi todos los historiadores de los memorables asedios de Zaragoza se han creído obligados á dar dictamen sobre cuál de las dos defensas tiene mayor mérito; y aunque esa discusión promovida por D. Agustín Alcaide (que da la preferencia á la primera con escasa fortuna y poco convincentes razones) parezca impertinente en estos momentos, siquiera porque la tumba de todos los héroes debe ser igualmente respetada y porque todas las comparaciones son odiosas, queremos decir algunas palabras en esa antigua controversia, estimulados por el noble deseo de aclarar conceptos dudosos y combatir afirmaciones falsas, á fin de que aparezca con toda evidencia que los inmensos sacrificios, el tesón indomable y los heroicos esfuerzos desplegados en la 2.ª defensa no tienen en la 1.ª nada que les sea superior, ni aun comparable.

Para sostener la opinión contraria, se necesita, no mirar más que al éxito, y esto ciegamente, ó mixtificar la verdad á sabiendas como hace el Sr. Alcaide en su desdichada historia que tan severos juicios ha merecido al coronel García Marín, al mismo general Palafox, al Marqués de Lazán y á todos los militares de algún fuste que figuraron como testigos ó actores en aquellos heroicos acontecimientos.

Fué el doctor Alcaide uno de esos publicistas indiscretos tan abundantes en nuestras revoluciones, que parecen poseídos de la monomanía de mantener antagonismos entre el pueblo y el ejército, fomentando más bien el odio que la noble correspondencia entre la milicia y las muchedumbres. Perpetuo adulador de las pasiones populacheras, manifiesta por síntesis de su obra, que el pueblo zaragozano levantado en masa contra el invasor, logró la victoria en el primer asedio obligando al enemigo á levantar el campo, á pesar de que no tenía jefes, ni baterías, ni elemento alguno militar que fuera de provecho; mientras que en el segundo, con cañones abundantes, jefes esclarecidos, fortificaciones que le parecen formidables y un cuerpo

de ejército dentro de los muros, sucumbe á los rigores de la fatalidad y del vencimiento: en una palabra, que la 1.ª defensa *fué popular* y *decisiva* mientras que la 2.ª fué *militar* y terminada en espantosa catástrofe.

Pero aunque sean ciertos los resultados son falsas de toda falsedad las premisas; en la 1.ª como en la 2.ª defensa hubo jefes distinguidísimos, obras improvisadas de fortificación, únicas posibles en una ciudad abierta, y muchos más cañones ciertamente que los que se podían servir con el personal disponible, resultando que en una y otra acaudillaron los jefes militares al pueblo que con tan singulares hazañas inmortalizó su nombre; que en una y otra eran escasas las tropas veteranas y numerosas las bisoñas alistadas improvisamente en la ciudad y en las provincias limítrofes; que en una y otra lucharon guarnición más ó menos numerosa, y pueblo casi en masa, contra un enemigo formidable acostumbrado á domeñar ciudades y esclavizar naciones; y en una palabra, que siendo ambas defensas resultado de la suma de esfuerzos del pueblo y la milicia, llevando ésta la dirección, no caben aquellos distingos, *de defensa popular y defensa militar*, tan odiosos como sofísticos.

No por eso queremos regatear ni un solo átomo de su gloria á la insigne ciudad que en ambos asedios fué teatro y palenque de tan heroicas hazañas y tuvo mayoría numérica en la masa combatiente; que proporcionó recursos de todo género á sus defensores; y que en último término llegó á la meta del sacrificio sobrellevando los rigores de la guerra, del hambre y de la peste con firmeza numantina; pero de regatear esa gloria á patentizar la verdad, media el abismo que separa lo injusto de lo justo; el ejército dió caudillo á la defensa lo mismo en el 1.º que en el 2.º Sitio; alma de las dos fué el general Palafox que no era paisano; la dotó de distinguidísimos comandantes de artillería é ingenieros que dirigieron con singular pericia los trabajos de ambos institutos, y cometió la organización y el mando de las fuerzas á jefes militares que acreditaron su desempeño de una manera brillante. No hay por tanto tal exclusivismo popular en la 1.ª defensa por más que así lo den á entender Alcaide y el mismo Palafox y asienta en cierto modo á la idea el benemérito historiador general Arteche, alucinado por lo mucho que en sentido populachero se escribió de los memorables asedios. Pues qué; ¿fué tan poca cosa lo que hicieron los ínclitos coronoles *Butrón*, al frente de la caballería conservando libre la izquierda del Ebro, *Obispo*, organizador y combatiente, *Cuadros*, heroica víctima del 4 de Agosto y *D. Antonio de Torres*, que cuando los tres Palafoxes, desconfiando de la posibilidad de la defensa, abandonaron la plaza en aquella fecha memorable, hizo oficios de gobernador conteniendo la irrupción enemiga en el corazón de la ciudad y convirtiendo á los franceses de sitiadores en sitiados? ¿Hubiera podido prolongarse muchos días la primera gloriosa resistencia sin la sabia y valerosa cooperación de los artilleros *D. Ignacio López, D. Salvador de Ozta y D. Juan Consul*, y de los ingenieros *D. Narciso Codina, D. Antonio Sangenís y D. Luis Veyán*? ¿No defendieron las puertas, las calles y los muros lo mismo el 15 de junio que el 2 de julio y el 4 de agosto los intrépidos militares *D. Mariano Renovales, D. Alonso Escobedo, D. Benito Piedrafita, D. Francisco de Arnedo y Antillón, D. Manuel Viana, D. Vicente Bustamante, don Francisco Marcó del Pont, D. Pedro Hernández, D. Jerónimo de To-*

rres, D. Francisco Zapata; D. Domingo Larripa y el oficial retirado *D. Luciano de Tornos?* ¿Serían por ventura menos provechosos para el triunfo los esfuerzos de estos guerreros de profesión que los de los patriotas aficionados, siquiera fueran éstos tan beneméritos como el *P. Basilio Boggiero,* los presbíteros *Sas, Romea, Lacasa y Lasartesa;* el sabio *D. Ignacio de Asso*, el corregidor é intendente *D. Lorenzo Calvo de Rozas,* los labradores *Cerezo, Zamoray y Jorge Ibort* ó las heroínas *Casta Alvarez y Agustina Zaragoza?* Como la respuesta no puede dejar de ser negativa, justo será que vayamos siendo más críticos y menos apasionados y que el ejército, reconociendo el mérito de los zaragozanos que entre españoles debe estar fuera de discusión, reivindique la parte de gloria que de derecho le corresponde en el primer Sitio, que algunos escritores pretendieron amenguar con deplorable ligereza.

En el primer Sitio, las fuerzas sitiadoras acumuladas contra la ciudad, nunca excedieron de 16.000 combatientes y bien puede asegurarse que descontadas las bajas naturales y las de muertos y heridos en dos meses de rudos y continuos combates, no disponían *Lefebvre y Verdier* el 14 de agosto de 1808, fecha memorable del levantamiento del asedio, de más de 10 á 12.000 hombres. Con tan escasas fuerzas nunca pudo el sitiador completar el bloqueo haciéndole duro y estrecho y así ni el vecindario ni la guarnición experimentaron extraordinarias privaciones. La salud pública se mantuvo inalterable, y la ciudad varias veces socorrida de gente, municiones y vituallas durante el Sitio, lo fué eficazmente desde el 5 al 8 de agosto por Palafox en persona que entró en la última fecha conduciendo abundante convoy de víveres y municiones y un cuerpo de tropas de 4.000 hombres próximamente con 6 piezas de artillería. De manera que la guarnición de Zaragoza que en los primeros días de junio, incluyendo las compañías de licenciados organizadas por D. José Obispo, sólo tenía 1863 hombres y 90 caballos de fuerza veterana, á que se agregaron los 5 tercios de paisanos reglamentados y los dos de fusileros con 7.000 individuos (véase el estado que inserta Alcaide. Tomo I, página 325), tenía el 13 de agosto, víspera del levantamiento del Sitio, la respetable cifra de 13.375 combatientes de los que estaban armados los 9.334. (Alcaide, Tomo I, pág. 326) resultando casi el equilibrio entre sitiadores y sitiados, lo que hacía apurada y comprometida la situación de los franceses.

Por otra parte nadie ignora que la estrella de los ejércitos franceses se eclipsó en España en el glorioso período que pudiéramos llamar prólogo de la guerra de la Independencia, que principió en Madrid el memorable 2 de mayo y terminó en Zaragoza el 14 de agosto. Moncey, batido en Valencia el 28 de junio, Dupont derrotado en Bailén el 19 de julio, los restos de los ejércitos invasores marchando en retirada á la frontera, todo contribuía á levantar la moral de los zaragozanos y hacer decaer la de los enemigos. Las provincias liberadas de la presencia de los napoleónicos enviaban fuerzas de socorro á la capital de Aragón; la división *Saint-Marcq* del ejército valenciano, fuerte de 6.000 hombres, entraba en Paniza el 9 de agosto, amenazando á Lefebvre con un ataque á su espalda que le hubiera encerrado entre dos fuegos y obligado á capitular en el campo como Dupont en Andalucía y Junot en Portugal, y era demasiado receloso el caudillo francés para no conocer el peligro de su situación y no apresu-

rarse á salir de ella con una retirada á tiempo abandonando el tren de sitio y la impedimenta.

Tal es la síntesis de lo que dió origen á la gloriosa efeméride del 14 de agosto, insigne término de la 1.ª defensa de Zaragoza; cuando triunfábamos en toda la línea cerró Zaragoza la marcha de esa comitiva triunfal; cuando en toda la línea también éramos vencidos y derrotados, sucumbe Zaragoza gloriosamente, siempre heroica, perseverante ante las privaciones, ante la epidemia, ante la general adversidad, ante el absoluto desamparo, cuando no es ni puede ser por nadie socorrida. Esto es lo que sucedió en el 2.º Sitio, pero éste y no el 1.º es el que conquistó á los zaragozanos la aureola de la inmortalidad y el renombre harto bien ganado de nuevos numantinos.

CIERTAMENTE que los dos Sitios de Zaragoza no pueden ser estudiados como dos funciones de guerra diferentes siendo como son los dos actos de un mismo drama en que el 1.º desarrolla la brillante exposición y el 2.º la más tremenda catástrofe que registran las guerras modernas. Del primer acto ya dimos razón breve, del 2.º haremos ahora rápido bosquejo; en el intermedio ambos adversarios, la ciudad y guarnición de Zaragoza por un lado, y el ejército francés por el otro acrecentaron sus fuerzas y extremaron los preparativos para el duelo á muerte que se reprodujo desde el 20 de Diciembre de 1808 al 21 de febrero de 1809. El sacrificio de la ciudad española y de su contingente del ejército nacional rayó en la meta de lo inverosimil; pues según la razón tomada por el alcalde mayor *D. Angel Morel de Solanilla* en su *Manifiesto al vecindario de Aragón,* perecieron en los dos Sitios 53.873 personas de ambos sexos, cifra que por su enormidad no puede leerse sin espanto.

Zaragoza con sus barrios según el censo de 1803, que no tendría grandes alteraciones á fines de 1808, sustentaba una población de 45.179 almas de las que corresponden á los varones próximamente la mitad *(Borau de Latras, Guía instructiva*, pág. 98); pero debe advertirse que alentados los pueblos vecinos por el éxito de la primera defensa y no decidiéndose á esperar impasibles la tormenta de la nueva irrupción vandálica, cuyos espantables rugidos bajaban ya del Pirineo amenazándolos con no vistos horrores, abandonaban en masa sus hogares buscando refugio en la capital que con este motivo aumentó su efectivo en más de 15.000 individuos de ambos sexos, personas indigentes en su mayor parte que si contribuyeron con su valor á la resistencia que se preparaba, dieron abundante pasto al cañón enemigo, á los estragos de las minas, al hambre y á la peste. Esta desgracia de la gran acumulación de gentes en una ciudad que en breve debía ser estrechamente bloqueada, y en la que toda clase de mantenimiento había de ser escasa á los pocos días de su embestidura, tomó las desconsoladoras proporciones de una verdadera calamidad desde el momento en que Palafox, á raíz del desastre de Tudela, cometió el desacierto de encerrar en el recinto zaragozano los restos del ejército de reserva y las divisiones valenciana y murciana con su efectivo de 32.421 hombres, privándose con esta concentración, que iba á hacer más aflictiva la situación higiénica y económica de la ciudad, del recurso de tener en las montañas un cuerpo de ejército de 16 á 18.000

hombres que hubieran dado mucho que hacer á los franceses obligándoles á destacar fuerzas considerables del campo sitiador, con ventaja evidente de la ciudad sitiada, y que en ocasiones, ocupando los montes del Castellar, hubiera podido caer sobre el campo enemigo forzando el bloqueo para introducir refuerzos si llegaban á ser necesarios, y convoyes de víveres y municiones que no podían dejar de serlo.

Resulta por tanto, que en el recinto de Zaragoza se reunió una masa de 95 á 100.000 personas entre vecindario, acogidos y guarnición. Esta se componía á principios de diciembre de las cuatro divisiones *Butrón, Fivaller, Manso y Saint-Marcq* con 1.240 oficiales y 31.181 individuos de tropa más ó menos bisoños. Agréguese á esta cifra la de 12.000 paisanos de las parroquias que tomaron parte en la defensa y muy principal en su último período de la heroica guerra de calles y casas, y se verá que el efectivo de los defensores excedió de 44.000 hombres, número á todas luces inconveniente, innecesario para la defensa, de difícil manejo é imposible manutención en una ciudad bloqueada, y que fué más perjudicial que útil.

Así es que el consumo de hombres de esta masa militar encerrada en tan estrecho espacio, cuando era suficiente para guardar inmenso campo atrincherado, fué rápido y desconsolador; en 1.° de enero ya ascendían las pérdidas á 1897 individuos, puesto que en el estado que inserta Alcaide (Tomo 3.°, pág. 72 y 73) resulta que sólo había 30.524 hombres y de ellos 10.612 bajas de heridos y enfermos quedando sólo 19.912 disponibles para el combate. En 4 de febrero habían tenido las pérdidas definitivas el doloroso aumento de 5.687 individuos de la guarnición, puesto que en el estado oficial que copia el referido historiógrafo (Tomo III, página 74 y 75) resulta que la fuerza total era de 24.837 hombres de los cuales sólo podía contarse con 8.495 sanos y en disposición de combatir, pues las bajas eran de 16.342 individuos en cuyo número había 13.737 enfermos y heridos. La mortandad desde el 4 al 21 de febrero fué tan desastrosa que no llegando la cifra total de los prisioneros á 11.000 hombres cuyas vidas vino á salvar la capitulación y siendo 2.642 los enfermos y heridos que á raíz de aquélla quedaban en los hospitales de la ciudad, (Alcaide, Tomo III, página 85) resulta la pérdida absoluta de la guarnición en los últimos 17 días de la defensa de más de 11.000 individuos, acercándose mucho á 18.000 la cifra de los militares muertos en el segundo Sitio, excediendo de la 3.ª parte del total de defunciones calculadas por el señor *Morell de Solanilla*.

Difícil es puntualizar el efectivo de las fuerzas sitiadoras y punto menos que imposible la verdadera determinación de sus bajas. El mariscal *Suchet* en sus memorias se limita á decir que se reunieron para el asedio los cuerpos de ejército 3.° y 5.°, bajo el mando de los mariscales *Moncey y Mortier* con las dotaciones correspondientes de artillería é ingenieros y gran parque de Sitio. *Daudevard de Ferussac* fija el número de 35.000 hombres. El *Barón Rogniat*, en su célebre *Relación del 2.° Sitio* le rebaja á 31.000 hombres de los dos cuerpos aumentados con 6 compañías de artillería, 8 de zapadores, 7 de minadores y 60 bocas de fuego. El coronel *D. Fernando García Marín*, en sus notas al extracto de la relación de *Rogniat*, considera que el ejército enemigo no baja ni puede bajar de 58 á 60.000 hombres, ni su tren de sitio de 100 piezas gruesas y considerable número de mor-

teros y obuses; y por último el diligente general *Gómez Arteche*, aunque en el texto se inclina bastante á las cuentas de *Rogniat y Daudevard*, inserta en el apéndice 16 al Tomo IV de su *Historia de la Guerra de la Independencia*, el estado detallado de los cuerpos 3.º y 5.º, que bajo el mando en jefe del mariscal *Lannes*, duque de Montebello, realizaron la conquista de Zaragoza, de cuyo estado resultan 45.080 infantes, 2.917 artilleros con 73 oficiales, 1.049 soldados de ingenieros con 41 oficiales de este cuerpo y 3.300 jinetes en las dos brigadas de caballería, lo que da el efectivo de 52.346 individuos sin contar la oficialidad, quedando demostrado que la opinión del coronel García Marín, aunque algo exagerada, no anduvo muy lejos de lo cierto.

Y aunque es verdad que la división *Suchet* y la brigada *Watier* estuvieron desde los primeros días del asedio destacadas del cuerpo sitiador para impedir que la plaza fuera socorrida, no puede desconocerse que sus operaciones resultaron sumamente eficaces para estrechar el bloqueo, haciendo del todo aflictiva la situación de los cercados y que en tal concepto deben figurar en la suma de los sitiadores; pero aun descontadas aquellas fuerzas, siempre resultará que entre las cuatro divisiones *Grandjean, Musnier, Morlot y Gazán* aumentadas con las tropas de artillería é ingenieros, que fueron las directamente encargadas del ataque y ocupación de la ciudad, no se reunían menos de 40.000 combatientes, y acaso nos quedemos cortos.

No nos ocuparemos mucho tiempo en el estudio de las pérdidas del enemigo que la Junta Suprema gubernativa del Reino en el preámbulo al célebre Decreto de 9 de marzo de 1809, hace subir á la absurda cifra de 40.000 franceses. Sus verdaderas pérdidas, dada la sabia guerra que hicieron de economizar los ataques á viva fuerza y demoler la ciudad aplastando á los defensores con el poder de la artillería y el estrago de las minas, tuvieron que ser pequeñas con relación á la grandiosa empresa que realizaron; pero de esta relativa pequeñez á la exigüidad de 3.000 muertos sin especificar los heridos, que siguiendo las deficientes relaciones francesas inserta el historiador Alcaide, (Tomo 2.º, pág. 222), median opiniones razonables que la crítica debe recoger para ilustrar tan importante asunto; Gómez Arteche, esquiva esta discusión relegando á una nota (Tomo IV, página 504 y 505) la opinión del imparcial *Schépeler*, que eleva la cifra de las bajas enemigas á 10.000; el coronel García Marín en su famosa *Fe de erratas y correcciones* á las historias de Alcaide, (pág. 59), sostiene con buenas razones que el enemigo perdió delante de Zaragoza «de 11 á 12 mil de sus mejores soldados, según las más seguras noti»cias y lo que, sin misterio ni reparo alguno, dijeron á los prisioneros »los oficiales franceses de su escolta en todo el camino y aun dentro »de Francia.» Por eso creemos que Schépeler debió andar muy cerca de la verdad y que Marín no la exagera demasiado.

Otro de los puntos discutibles en la historia del 2.º Sitio es el número de piezas de artillería que trajo el ejército sitiador. *Rogniat* dice que fué de 60 cañones y no especifica ¡cosa rara! los morteros y obuses de que tanto y con tan buen éxito se sirvieron sus combatientes. Gómez Arteche acepta aquella cifra ó cuando menos no la discute ni corrige. Sin dar nosotros gran importancia á este concepto, porque franceses y españoles tuvieron mucha más artillería de la necesaria, queremos sin embargo señalar el hecho de que sólo contra los fuertes improvisados de San José y del Pilar, puso el sitiador 64 cañones en

batería, además de los obuses y morteros, al mismo tiempo que empleaba otros cuatro cañones gruesos contra la puerta del Carmen, sin que para ello tuviese que desartillar su posición de la Bernardona, ni privar á Gazán de sus piezas de batalla. Consignamos el hecho para que se note el poco crédito que debe darse á las cifras de *Rogniat* y para que conste que si en el parque sitiador no se reunieron los 100 cañones y los 50 morteros y obuses que supone el coronel García Marín, tampoco debieron faltar tantos á ese número para que se tenga su cuenta por disparatada.

El primer sitio debió servir de escuela práctica á españoles y franceses para que unos y otros enmendasen sus anteriores desaciertos al emprender el 2.º y, ¡triste es confesarlo!, los sitiadores aprendieron perfectamente la lección, pero no los sitiados. El frente de ataque dos veces equivocado por el ingeniero Lacoste en el primer sitio y que tanta sangre costó á las divisiones Lefebvre y Verdier en los mal preparados asaltos de 15 de junio y 2 de julio, había sido prefijado por la sabiduría del Emperador, siendo tan buena elección sancionada por el éxito en el asalto del 4 de agosto; era por tanto conocido perfectamente, y en Zaragoza desde Palafox hasta el último paisano debían saber que el futuro ataque enemigo debía extenderse por la línea del Huerva desde el convento de Santa Engracia hasta el de Santa Mónica. Era forzoso cubrir este frente con obras defensivas en Torrero en toda la extensión de la izquierda del canal desde Buenavista á Valdegurriana sin temor á que los franceses se corriesen por el llano de las Fuentes con tal de que se asegurasen las comunicaciones por los paseos de Ruiseñores, Cuellar y San José con reductos escalonados y se guardasen los pasos á la ciudad por el puente de Santa Engracia, donde se construyó el *Reducto del Pilar* y por el de San José bien cubierto por el convento fortificado de Carmelitas Descalzos. Esto era elemental y no lo desconocía el benemérito Sangenís, ni por más que se diga faltó tiempo para ello, en el espacio que dejamos señalado: bien dispuesto para larga resistencia con la construcción de fuertes de poco relieve, hubiera tenido la comprimida guarnición ancho campo atrincherado para espaciarse y resistir al abrigo de obras defensivas necesarias para levantar su moral, evitando la aglomeración que fué tan fatal para el desarrollo de la peste, y el enemigo hubiera tardado mucho tiempo en dominar la derecha del Huerva. No se hizo así; los edificios de Torrero cayeron en poder de los franceses lo mismo en el 2.º que en el 1.er sitio en pocas horas de combate y con harto poco trabajo, no quedando á la defensa del frente de ataque más puestos avanzados que el fortín de San José y el reducto del Pilar, cabezas de los puentes del Huerva; la causa de ese desacierto fué que la opinión pública sólo se preocupaba de la defensa de los muros; sobre ellos quería las obras y no consentía que se gastasen tiempo y trabajo en el resguardo de posiciones avanzadas que hubieran sido tan provechosas.

Por otra parte, Moncey, Junot y Lannes no ignoraban que la falta de bloqueo por la izquierda del Ebro fué en el 1.er sitio causa de que los zaragozanos entrasen y saliesen á su gusto por el Arrabal de Altabás, por donde constantemente recibieron refuerzos y socorros; en el 2.º sitio cuidaron de evitar esta falta manteniendo en Juslibol, Villa-

nueva de Gállego y Villamayor, dos divisiones de su ejército que se conservaron casi íntegras por la falta que desde el principio cometió Palafox no enviando al Castellar un grueso contingente de las fuerzas de que disponía. Así es que Lannes atacó el mal resguardado Arrabal cuando lo tuvo por conveniente, y su ocupación por el enemigo el 18 de febrero determinó la capitulación de la plaza, y aún podemos decir más; los franceses anduvieron desavisados desconociendo la capital importancia del Arrabal que debieron atacar al mismo tiempo que el recinto por Santa Engracia y Santa Mónica; si así lo hubiesen hecho la capitulación se hubiese impuesto 20 días antes.

Las obras defensivas, excepción hecha de las baterías de Palafox, del Tejar, del Rastro, de las Tenerías, Puertas de Sancho y del Carmen, eran de impeorables condiciones; edificios aspillerados que al embate de la artillería enemiga debían desplomarse aplastando á sus defensores; baterías ahogadas establecidas al pié de sus mismos edificios para que el choque de los proyectiles franceses produjese en las paredes una lluvia de piedras y ladrillos que barría explanadas y espaldones llevando el estrago y la muerte á los artilleros; esto y no más es lo que se vió en los conventos de San José, Santa Mónica, Trinitarios, Jesús y San Lázaro. El reducto del Pilar pudo resistir más días que esos otros edificios, á pesar de que á medio tiro de cañón estaba completamente dominado por la subida de Cuellar, y claro es que esa mayor resistencia fué debida á su poco relieve y más principalmente á no tener paredes contiguas que pudieran desplomarse sobre los defensores. Es decir que también fué perdida la sangrienta lección del 1.er sitio respecto á la inconveniencia de construir baterías al pié de grandes edificios y se olvidaron las catástrofes de las puertas del Portillo y Santa Engracia, donde por aquella causa perecieron todos los sirvientes de las piezas.

Con tales premisas, la escasez de pólvora y la ya indicada acumulación de gentes que en pocos días habían de agotar los repuestos de víveres ofreciendo pasto abundante al hambre y la epidemia, no era difícil vaticinar hacia qué parte había de inclinarse la balanza del éxito.

Lo único que sobraba era valor para defender la ciudad. El espíritu patriótico exaltado hasta el límite del entusiasmo más ardiente había fundido al pueblo, al clero y al ejército en la común aspiración de sepultarse en aquellas ruinas gloriosas antes que rendirlas al enemigo. Ni un sólo soldado español siguió el mal ejemplo de la deserción de los suizos y el heróico tesón del caudillo rayaba en los linderos de una incontrastable terquedad. Todo esto es cierto; pero á pesar de esas condiciones de número, constancia, patriotismo é intrepidez, era segura la conquista de Zaragoza, si prósperos sucesos de la guerra no permitían que un poderoso ejército de socorro, después de triunfos decisivos, apareciese obligando al invasor á levantar el sitio. Esta es la sustancial diferencia entre las dos defensas, ambas heróicas. En la 1.ª nunca faltó la confianza sostenida por auxilios repetidos, por lo imcompleto del bloqueo, por los triunfos de nuestro ejército en Andalucía, Valencia y Cataluña y al fin por la aproximación del socorro de las divisiones Saint-Marcq y O'Neylle que obligaron á los franceses á pronunciarse

en retirada. En la 2.ª, coetánea de nuestras mayores adversidades, el aislamiento era absoluto, no cabía ni la ilusión de la esperanza; por eso el sacrificio tiene más mérito, infinitamente más.

Zaragoza, convertida en un vasto cementerio, atacada á la vez por el hierro, el fuego, el hambre, la peste y el terremoto de las minas, sucumbió al fin; pero sucumbió con ese imponderable heroismo que le conquistó el nombre de baluarte de la lealtad. La defensa de las *baterías del Tejar y del Rastro de los clérigos* por *D. José Manso, don Manuel de Velasco y D. Angel Salcedo* el 21 de Diciembre, la del *convento de San José* por *D. Mariano Renovales y D. José Ruiz de Alcalá* en los dias 2, 10 y 11 de enero; la del *reducto del Pilar* por *D. Domingo Larripa; D. Francisco Betbecé y D. Marcos Simonó* desde el 10 al 15 de dicho mes; la de las *baterías de Palafox* por *D. Diego de Perosa y D. Francisco Nevot* el 17; la del inconquistable puesto *de la puerta del Sol*, por *D. José de Miranda y D. Joaquín de Montenegro* en los días 26, 27 y 28; la del *convento de Santa Mónica por D. Pedro de Villacampa*, desde el 26 al 30; la de la *Iglesia de San Agustín*, el 1.º de febrero, y la incomparable guerra de calles y casas que siguió hasta la capitulación, no tienen precedente en la resistencia de ninguna ciudad del mundo, ni nada que las supere ni siquiera iguale en las inmortales hazañas del primer Sitio, aunque se traigan á comparación los épicos acontecimientos del 1.º de julio y el 4 de agosto.

La guerra de casas en que soldados, paisanos y clérigos, impulsados por el estímulo de la venganza, defienden palmo á palmo los barrios de las parroquias de San Gil, San Miguel y Santa María Magdalena, que la histórica vía del Coso divide de la antigua ciudad romana, fué del todo numantina y será perdurable padrón de constancia difícil de igualar é imposible de exceder. Mirada por este prisma, nada tan grande como la gloria de Palafox, que traspasó los más exagerados límites de los sacrificios que al honor pueden pedirse. Pero la crítica, y sobre todo la crítica técnica, no ha de fijarse en el honor solamente; el último período de la guerra de casas, en medio de su titánica sublimidad, fué completamente estéril, del todo infecunda é innecesaria para el brillo de una defensa que antes, mucho antes, había fijado las miradas de Europa entera como astro de inextinguibles resplandores. Palafox con su inflexible obstinación, rayana en la temosidad, fué causa de la muerte de muchos miles de personas, inútilmente sacrificadas, y su responsabilidad moral y militar como caudillo es cosa demasiado importante para que pueda pasar sin discusión y sin censura; que las capitulaciones se imponen por sí mismas cuando la situación es irrememediable y no es posible dejar de afrontarlas escogiendo el momento oportuno para obtener condiciones honrosas; porque si se llega al último límite, si la defensa se agota, ya no cabe capitular, ya no queda más recurso que el de rendirse á discreción del vencedor; las agonías no son fuerzas temibles y nada se les concede.

Pues bien: el 9 de febrero, cuando ya el enemigo se había hecho dueño de toda la calle de Santa Engracia y del vasto edificio del Hospital General que le preparaba el dominio del Coso, y había tomado por asalto el convento de Jesús, llave militar del burgo de Altabás, cuya definitiva pérdida no podía estar lejana, y bombardeaba desde sus inmediaciones la parte norte de la ciudad hasta entonces indemne, y abría galerías de mina contra el histórico convento de San Fran-

cisco; en una palabra cuando ya no podía dudarse de su triunfo, pero que al lado de estas indiscutibles ventajas se veía contenido y escarmentado por la heroica defensa del Coso, desde el hospital á la puerta del Sol, encomendada al valeroso *Saint Marcq*, defensa que dió margen al descontento indisciplinado de los extranjeros que sólo con grandes esfuerzos pudo dominar la energía de *Lannes*, debió conocer Palafox, si hubiera tenido verdadera intuición de las circunstancias, que su honor, el de su patria y el de sus tropas, estaba á una altura inmensa y que en vez de publicar una proclama llamando cobardes á los defensores, cuyo desaliento comenzaba á manifestarse seriamente, había llegado el momento crítico de poner término al sacrificio de Zaragoza, imponiendo silencio á los estímulos de su frenesí heroico para entrar en tratos de acomodo con el sitiador, seguro de obtener una capitulación ventajosa y honrosísima. La razón es clara; los enemigos ya en el corazón de la ciudad, pero todavía temerosos y escarmentados de los ataques á viva fuerza y de las luchas corporales, en que siempre llevaron la peor parte, apelaban á la guerra subterránea, que al par que economizaba la sangre de sus soldados, aplastaba diariamente en los derrumbados edificios á centenares á aquellos valerosos defensores á quienes no les quedaba siquiera el consuelo de morir matando. Esa guerra subterránea que los zaragozanos llamaban cobarde, pero que ningún militar idóneo dejará de considerar científica y oportuna, no puede ser contrarrestada sino por el mismo sistema ó sea por *contraminas* que aventasen las posiciones ocupadas por el invasor; pero las contraminas exigen para ser eficaces una gran existencia de pólvora y en Zaragoza por aquellos días no había más que los siete quintales de la diaria elaboración, resultando que lo poco que se hizo para contener los avances subterráneos del enemigo fué completamente ineficaz y que los últimos 12 días de la defensa que tantas víctimas ocasionaron al pueblo y á la guarnición, no tuvieron más resultado que la prolongación irracional de una agonía á que tenía que seguir muerte desastrosa.

Y así fué en efecto; doliente Palafox y más que doliente desesperado por la pérdida del Arrabal el 18 de febrero, comprende que ya se llegó al final del heróico episodio y se ve obligado el 19 á pedir una suspensión de armas al general enemigo y á resignar el mando en una junta de militares, eclesiásticos y ciudadanos notables presidida por el Regente de la Audiencia D. Pedro María Ric; la capitulación es un hecho; Lannes mismo dicta sus condiciones el día 20 y gracias á que se comprometió á respetar vidas y haciendas impidiendo el general saqueo tan de temer por tropas vencedoras que tantos trabajos y peligros sobrellevaron en los 62 días del sitio. Cierto que no todo fué generosidad por parte del famoso duque de Montebello; dádivas quebrantan peñas, como dice el adagio español, y la Junta tratadora supo ablandar sus iras con la promesa de valiosas alhajas de la Virgen del Pilar que se repartieron entre el caudillo enemigo y su estado mayor general; en 129.500 duros nada menos estaban tasadas las 12 artísticas joyas que en aquella ocasión pasaron desde el tesoro de la Virgen á los bolsillos de los generales napoleónicos.

Terminaremos este breve estudio con algunas hermosas afirmaciones entresacadas de la *Historia de las guerras de la Península* escrita por el general Foy, uno de los jefes más distinguidos del ejército sitiador:

«La resolución de defender á Zaragoza, no fué efecto de un plan »combinado por las autoridades; la historia atribuirá toda la gloria de »ella á esa población leal y generosa que, por sublime instinto, adi»vinó su fuerza y se sacrificó á la más santa de las causas».

«El general Palafox se mostró digno de la confianza de sus conciu»dadanos y al tomar el mando puso fin á las conmociones populares, »desplegando acierto, energía y dignidad en el desempeño de sus debe»res, justificando el proverbio que dice *voz del pueblo voz de Dios*. Al»gunos, añade, acusarán á Palafox de haber resistido con paisanos in»disciplinados al ejército vencedor de Europa. ¡Felices las naciones »donde, durante sus crisis políticas, se encuentran hombres capaces de »semejantes temeridades!»

«La defensa de Zaragoza que tan alto ejemplo dió á España, reso»nará en todos los siglos..... La fuerza de los españoles comenzó en la »ciudad y se acrecentó á compas de los progresos del sitiador. Las bre»chas de Zaragoza han enseñado á sostener asaltos, y no se diga que »debiendo al fin sucumbir era preferible la conservación á la ruina de »la plaza: Leónidas pereció en las Termópilas y tenía segura la muerte »antes de lanzarse al combate: Zaragoza tendrá gloria igual. Ese fervor »religioso que abraza el presente y el porvenir, la cuna y la tumba, y »que se hace más santo cuando defiende la Patria contra la opresión ex»tranjera, allí, en Zaragoza brotó. Esa sublime indiferencia á los bie»nes terrenos y á la muerte misma, incapaz de inquietarse por otra »cosa que no fuera seguir el impulso de una pasión nobilísima, allí se »hizo patente á todos. Allí, en aquella ciudad, la naturaleza moral con»sigió triunfar de la física».

Dice bien el ingénuo general francés. El nombre de Zaragoza resonará en todos los siglos con creciente admiración, porque su generoso sacrificio fué el grito que levantó España contra la perfidia del moderno César. Gerona, Badajoz y otras insignes ciudades emularon su ejemplo sin excederle: improvisáronse ejércitos, y después de cinco años de rudo batallar obtuvo su triunfo final la bandera desplegada orillas del Ebro en la ciudad gloriosa á quien todos los españoles apellidamos el *Corazón de la Patria*.

BIOGRAFÍAS

EL DUQUE DE ZARAGOZA

El erudito anticuario aragonés D. Francisco Zapater y Gómez, guardaba en sus excelentes colecciones un manuscrito original de D. Faustino Casamayor que tiene por título *Noticia individual de los Excmos. Sres. Capitanes Generales del reino de Aragón, desde la nueva planta de Gobierno establecida por el Sr. Rey D. Felipe V en el año 1711 hasta el de 1825.*

Dicha noticia individual no es ni más ni menos que una serie de elogios ó panegíricos de los ilustres generales que gobernaron el reino.

El célebre caudillo de los Sitios tiene el número 25, y su elogio que transcribimos literalmente, dice así:

«El Excmo. Sr. D. Joseph Rebolledo de Palafox y Melzi, Ber»mudez de Castro, Gurrea, Borja y Azlor, natural de esta heroica ciu»dad, donde nació el 28 de octubre de 1775 de la esclarecida cuanto »ilustrísima casa de los Marqueses de Lazán, caballero del orden de »San Juan, Comendador de Montanchuelos en la de Calatrava, Briga»dier de los Reales Exércitos, y 2.º teniente de la compañía flamenca »de Guardias de Corps, tomó posesión de la Presidencia del Real »Acuerdo el día de la Ascensión del Señor 26 de mayo de 1808, ele»gido y aclamado por sus vecinos y confirmado por las Cortes de Ara»gón que celebraron sus Cuatro Brazos en la Sala Consistorial de su »Ayuntamiento el día 9 de junio del mismo, con la Capitanía Gene»ral del Reino y el grado de teniente general, con cuyo caracter lo »exerció durante ambos Sitios, y cuyas hazañas son notorias á todo el »Orbe hasta la rendición de esta Capital el 21 de Febrero de 1809, que »exánime y enfermo fué llevado prisionero al interior de Francia, »donde sufrió por cinco años la más dura cautividad hasta el año 1814, »en que esta ciudad tuvo el placer de verlo y abrazarlo el 30 de Marzo »en su tránsito al recibimiento de S. M. de vuelta de su primera cau-

»tividad, á cuyas instancias mereció Zaragoza la singular gloria de ver »á su idolatrado Fernando, junto con su augusto hermano el Infante »D. Carlos, y al mismo entrar por sus Puertas tirado de sus honrados »defensores y heróicas Zaragozanas el Miércoles Santo 7 de Abril, y »poseherlo hasta el Lunes de Pascua 12 del mismo que partió á Valen»cia, confirmando el privilegio de Nobleza perpétua á todos los natu»rales de Zaragoza y á cuantos hubieran estado en sus dos Sitios, é »igualmente las medallas de distinción á sus defensores (en cuyo cen»tro se ve la Imagen de Ntra. Sra. del Pilar, Generalísima nombrada »por S. E. de sus tropas) y además todos los grados, empleos y desti»nos concedidos durante su mando, é igualmente la confirmación del »grado superior de la Milicia á que le sublimó la Regencia del Reino »durante la ausencia de S. M., y el mando de Aragon y su heroica ca»pital en la que hizo su entrada pública el 15 de Septiembre con la »ostentacion, concurso y aclamacion jamás vistos, tomando posesion »de la Presidencia el 17 del mismo, estando ya condecorado con la »Gran Cruz de las Reales y Militares Ordenes de S. Fernando y S. Her»menegildo y de la Lis de la Vendée y con los honores de Regidor »perpetuo de los heróicos Madrid y Zaragoza, de Académico de honor »de las de San Luis y San Carlos, y de Doctor en Jurisprudencia Ci»vil de la Universidad de Huesca, habiendo sido nombrado por »S. M. General en Xefe del Exercito del Centro, y Director General »de la Infantería y Caballería que lo componían. Sirvió esta Presiden»cia hasta el 20 de Octubre de 1815, en que de Orden Real pasó al »Exército donde permaneció hasta su extincion verificada el 31 de »Enero del año siguiente, con cuya fecha dirigió desde Calatayud dos »proclamas á sus soldados y amados paisanos los aragoneses, que se »insertaron en los papeles públicos».

Bien se echa de ver que el elogio de Casamayor resulta muy deficiente como biografía del caudillo de Zaragoza, y habremos de ampliarle con abundantes comentarios para que el retrato del héroe resulte más perfecto y detallado.

Era el menor de los tres hermanos á quienes las historias llaman *los tres Palafoxes,* hijos todos ellos de los ilustres cónyuges D. Juan Felipe Rebolledo de Palafox y D.ª Paula Melzi de Eril, Marqueses de Lazán, Cañizar, Navarrés y San Felices. Educado como correspondía al lustre de su casa, tuvo por maestro al célebre P. Basilio Boggiero de la Escuela Pía, y á los 17 años ingresó en el servicio militar, poniéndose la bandolera de los guardias de corps de Carlos IV. Su carrera fué muy rápida como lo son ordinariamente las palatinas; en 1792 guardia en la compañía flamenca; en junio de 1794, cadete supernumerario,

equivalente á capitán; en junio de 1798 exento supernumerario, equivalente á coronel efectivo, por los méritos que contrajo en la campaña contra la república francesa, y alférez del Real Cuerpo con la categoría de brigadier, á los 30 años de su edad, en 21 de septiembre de 1805.

En virtud de orden del Marqués de Castelar y acompañado del ayudante D. Fernando Gómez de Butrón, corrió á Francia para poner en noticia de Fernando VII la libertad de Godoy, y cumpliendo especial mandato del monarca prisionero, salió fugitivo de Bayona para promover y dirigir el levantamiento de Aragón contra los invasores. Su decisión en ambas defensas de Zaragoza, su constancia numantina en la 2.ª y su actitud digna y perseverante en la prisión de Vincennes fueron, son y serán admiración de propios y extraños.

Las Cortes de Aragón, que convocó para legalizar el glorioso levantamiento del reino, quisieron ensalzarle á la más alta dignidad de la Milicia; pero con modestia, digna de alabanza, se negó en absoluto á admitir tan singular galardón, contentándose con el ascenso á Mariscal de campo que le fué reconocido con antigüedad de 6 de junio de 1808. El 2 de noviembre del mismo año fué promovido á Teniente General en justo premio de la 1.ª defensa de Zaragoza, y la Junta Suprema gubernativa del reino lo ascendió á Capitán General del ejército, con fecha 9 de marzo de 1809, en merecida remuneración de su constancia invencible en la 2.ª defensa.

Contrajo matrimonio con la señora D.ª Manuela Soler y Durán, hacia el año 1817, pues en enero de 1821 ya tenía varios hijos de infantil edad, de los cuales sólo se logró D. Francisco Pilar Mariano, segundo Duque de Zaragoza, por cuyo fallecimiento en 1883 sin dejar sucesión legítima, heredó el ducado D. José María Mencos y Rebolledo de Palafox, biznieto del Marqués de Lazán, D. Luis, hermano mayor del héroe y también glorioso defensor de Zaragoza en su primer Sitio.

Al volver de su cautiverio, trajo Palafox á España, la famosa carta que con fecha 23 de diciembre de 1813, dirigió Fernando VII á la Regencia, para que ésta ratificase el ignominioso tratado convenido por el Duque de San Carlos y Laforest.

Desempeñada su comisión en Madrid con el éxito negativo que era de esperar, llegó á Zaragoza el 29 de marzo de 1814, siendo recibido por la poblacion en masa con los mayores extremos de amor y regocijo; y al día siguiente emprendió viaje á Cataluña, para incorporarse á la comitiva de Fernando VII, ya devuelto á la Patria, entrando con S. M. en la capital de Aragón el día 7 de abril, revalidado en

su grado de capitán general con el mando supremo de este Ejército y Reino que desempeñó hasta la paz general.

Fernando VII pecó de ingratitud con el caudillo de Zaragoza, pues si bien respetó su gloria y fama en grado suficiente para no perseguirle ni someterle á la proscripción que el regio encono decretó contra tantos y tan beneméritos patriotas; si le confió el mando del ejército del Centro ante los amagos de *la guerra de los cien días,* y le confirmó la alta dignidad de capitán general conque la Junta Suprema le agraciara, ni le miró jamás con el aprecio que merecía, ni acertó á amar al preclaro varón á quien tan excepcionales servicios debían la extirpe soberana y la independencia de España.

El motivo de tal desafección, es de sobra conocido. Desde que Fernando VII, libre de su tranquila cautividad en Valencey, pisó el territorio español, propúsose reivindicar su potestad absoluta anulando la Constitución de 1812. Había entrado Palafox en su cárcel de Vincennes, el 1.° de abril de 1809, donde tratado como un criminal común y no como un ilustre general vencido en honrosa campaña, permaneció hasta el 12 de diciembre de 1813, en cuyo día, á instancias de Fernando VII, salió de su calabozo para gestionar en España la ejecución del tratado aprobado por Fernando y Napoleón. No salió airoso de su cometido, como queda dicho, porque mal podía la Regencia aceptar, en mengua y desdoro de la hidalguía española, un convenio pactado en odio á Inglaterra, nuestra aliada, y el fracaso diplomático del caudillo zaragozano fué el punto de partida que le encaminó á la Real desgracia.

Bien pronto surgió un nuevo suceso que vino á aumentar el encono del soberano contra el insigne caudillo. Acompañaba Palafox á Fernando en su viaje triunfal de Zaragoza á Valencia, y pernoctando la regia comitiva en Daroca, el 12 de abril de 1814, convocó el Monarca á sus cortesanos pidiéndoles consejo *sobre si debiera jurar la constitución gaditana ó convendría anularla, recobrando la plenitud de su soberanía.* En esta junta verdaderamente transcendental y famosa optó la mayoría por la *anulación*, siguiendo los pareceres del Duque de San Carlos y el Conde de Montijo, quedando solos Palafox y el Duque de Frías que abogaron, noble siguiera inútilmente, á favor de un régimen que acababa de salvar la independencia nacional. Reunió el Rey nuevo Consejo en Segorbe, el 15 de abril, y puesto de nuevo á discusión el tema de Daroca, mantuvieron Palafox y Frías su criterio de que el Rey, siguiera con restricciones mentales, debía prestarse á jurar el Código de Cádiz, opinando calurosamente por su inmediata anulación los Duques de Osuna, del Infantado y San Carlos, D. Pedro Labrador y el turbulento Conde del Montijo. Desde aquel momento se cerraron á Palafox y Frías, las puertas de las juntas secretas

que el Rey tuvo en Valencia, y pocos días despues se publicaba el célebre decreto de 4 de mayo, que de un solo golpe anulaba toda la fecunda labor de los legisladores de Cádiz, iniciando una era de persecución y exterminio contra los constitucionales; y claro es que el caudillo de Zaragoza, tachado de liberal y malquisto en Palacio, tuvo que encerrarse en un prudente retraimiento que duró siete años.

No le quedaba otro recurso; ni sus convicciones le permitían adular la reacción realista, que le era antipática, ni su acendrada lealtad al soberano podía consentirle tomar parte en las conspiraciones liberales conque el partido vencido pugnaba por conquistar el predominio gubernamental que perdió en 1814 y recobró en 1820. No quiso ser realista ni revolucionario; envuelto en el manto de su gloria, esclavo del deber militar, y colocado en el fiel de la balanza política, si no fué ídolo de ninguna bandería, conservó el respeto y la estimación general. Desde 1816 á 1821, no ejerció mandos militares ni palatinos, y únicamente perteneció á la *Cámara de Guerra,* de la que era ministro nato por su alta dignidad en la milicia.

La revolución de 1820, sacó al héroe aragonés de su obligado aislamiento, pero no de la discreta conducta que se impuso desde que incurrió en el Real desagrado por la explícita y franca manifestación de sus principios constitucionales. El triunfo de los pronunciados en las Cabezas de San Juan, era su propio triunfo, pero le recibió con la tranquilidad y moderación propias de su carácter, sin tomar parte en los excesos y locuras del trienio liberal; así que, cuando á raíz de la rebelión de la Guardia, desterró el Gobierno á los generales de la *regia camarilla,* relevó Palafox al Duque de Castroterreño, en el alto cargo de comandante general de alabarderos, por explícita nominación del soberano, si bien le duró poco tiempo tan elevada distincíón, pues tan pronto como en 1823 restauró Fernando su absoluto poder con auxilio de las bayonetas francesas, volvió el caudillo de los zaragozanos á su anterior apartamiento,

La muerte de Fernando VII, en 29 de Septiembre de 1833 y el cambio político realizado por la egregia viuda D.ª María Cristina, sacaron nuevamente de su casa al que ya se honraba con el hermoso y bien ganado título de primer Duque de Zaragoza. Constitucional por arraigada convicción al par que por la inquina que le mostró siempre el realismo, claro es que no vaciló un momento en seguir la bandera de Isabel II, que simbolizaba sus ideales políticos, y fué utilizada su probidad para que en unión de otras respetables personalidades, presididas por D. Martín de los Heros, definiese la fortuna del finado monarca, clasificando lo que de ella pertenecía al Patrimonio

Real y lo que correspondía á su peculio privado. Pero no se entusiasmó con el célebre *Estatuto* de Martínez de la Rosa, aunque perteneciese al Estamento de Próceres, por creer que la carta otorgada no podía suplir, dentro de los principios liberales, á una constitución decretada en Cortes; y á 23 de Julio de 1834, pocos días después del escandaloso asesinato de los religiosos sacrificados en sus conventos de Madrid por turbas desenfrenadas y en cierto modo consentidas por la apatía ministerial, ordenaba el gobierno Martínez de la Rosa-Zarco del Valle la detención de Palafox, Calvo de Rozas, Romero-Alpuente, Olavarría y otros, acusados de pertenecer á *la Isabelina,* sociedad secreta encaminada á derribar el Estatuto sustituyéndole por un proyecto de constitución redactado por D. Juan de Olavarría. Suponíase que el 24 de julio, era el día señalado para estallar el pronunciamiento; que Palafox, poniéndose al frente de la Guardia Real y apoderándose de la Capitanía general de Madrid, debía ser su caudillo militar, así como Calvo de Rozas, el Ministro de Hacienda de la futura situación: pero es lo cierto que habiendo entendido en el asunto los tribunales de Justicia, y no resultando cargo alguno contra los ilustres detenidos, fueron estos puestos en libertad al octavo día, y sólo se declaró culpable al inquieto Avinareta, bien conocido antes y después por sus enredos y maquinaciones. Tal es el origen de la especie propalada por los absolutistas de que Palafox perteneció á la secta masónica, afirmación ridícula que la verdad legal destruye por su base.

Al advenimiento del ministerio Mendizábal en 1835, queriendo la situación dominante entregar el mando militar de las provincias á generales de grande y merecido prestigio, designó á Palafox para la Capitanía general de Aragón, nombramiento perfectamente recibido por la opinión pública, porque el insigne Duque de Zaragoza, «*era bien quisto de los hombres de todos colores*» al decir de D. Javier de Burgos, (Anales del reinado de D.ª Isabel II, Libro V); pero no aceptó el cargo, porque su vejez anticipada por seis años de padecimientos en la defensa de su ciudad natal y en los calabozos de Vincennes, había destruído su robusta naturaleza en términos de no poder dirigir con eficacia la guerra activa que en aquel tiempo ensangrentaba las provincias aragonesas. Sustituyóle D. Felipe Montes, en el espinoso cargo, y aceptó más tarde la Comandancia superior de la Guardia Real, que desempeñó hasta el año 1838.

La guerra carlista que en aquellos infelices tiempos afligía á gran parte de la península española, fué causa de que por todas partes pululasen héroes mutilados, apenas cubiertos con el andrajoso

capote, implorando de la caridad pública el sustento de limosna que su inutilidad les impedía ganar con el trabajo que vigoriza y enaltece. La patria habia contraído sagrada deuda con aquellos infelices y, á pesar de los apuros del erario nacional, dictó la Reina Gobernadora el nobilísimo decreto de 20 de Octubre de 1835, creando en Madrid el *Cuerpo y Cuartel de Inválidos de la guerra* á imitación del instituído en Francia por Napoleón I, para albergar la multitud de inutilizados en las grandes campañas del Imperio. La gestación del benéfico instituto fué lenta y laboriosa, pues transcurrió más de un año hasta que, por ley de 6 de noviembre de 1837, se dictaron las bases orgánicas para su constitución, y todavía corrió otro año, hasta el 10 de noviembre de 1838, en cuyo día, para conmemorar el 8.° cumpleaños del natalicio de Isabel II, se efectuó la solemne apertura del establecimiento, ocupando los infelices inválidos el amplio Convento de Atocha, vacío desde que la revolución expulsó á mano airada á los religiosos dominicos, sus antiguos dueños y habitadores.

Cupo al Duque de Zaragoza en sus postrimerías la insigne honra de ser el primer director, el organizador y padre del benéfico instituto. Desvelándose por el bienestar de sus infelices súbditos, entreteníase, en cuanto se lo permitían sus achaques, en organizar por dúos y trios aquellos veteranos que, en medio de su desgracia, hallaban abrigo, sano alimento y excelentes camaradas, formando entre todos una familia numerosa, estrechamente unida por el recíproco auxilio. El cojo sirve de lazarillo al ciego robusto, y éste le paga el servicio llevándole del brazo con firme apoyo; el mutilado de las dos piernas va conducido en el carretoncillo que arrastra el ciego guiado por el cojo ó el manco de buena vista, y el Duque de Zaragoza contempla sonriente desde sus balcones la salida de los inválidos á paseo, alegres y decidores, formando hermosa procesión en que el ingenio y la caridad hacen el gasto.

En la apacible tarde de un sábado de 1846, quiso el biógrafo, residente á la sazón en Madrid, y apenas adolescente, asistir á la Salve de Atocha, á que por antiquísima piadosa costumbre concurre la Real familia. La Reina Isabel y la Infanta María Luisa, en los albores de la juventud, vivas y alegres, apeábanse de la carroza que las conducía, ante el atrio de la veneranda basílica donde les aguardaba, como guardia de honor, un piquete de inválidos armados de chuzos que más bien que para la ofensa les prestaban apoyo de bastones: un Capitán General de ejército, de aspecto venerable, talla aventajada, enjuto y apergaminado de rostro, escasos cabellos, cana patilla, nariz aguileña y viva mirada, vestido con uniforme de antiguo corte, acercóse á recibir á las Regias Señoras con esa finura y distinción nativa que difícilmente se aprende por quien no las tiene ingénitas; y no pasó desaper-

cibido al futuro biógrafo el respeto cariñoso, casi filial, con que Reina é Infanta recibían los homenajes del cumplido veterano.

Era Palafox.

No aquel Palafox apuesto y marcial perpetuado en los lienzos de Goya y en los grabados de Brambila, Gálvez y Esteve. No aquel ardiente mancebo á quien, al decir de Martínez de la Rosa, prestarán

Apolo su beldad, Marte su brío;

sino un anciano extenuado por los trabajos más que por la edad. Su fisonomía, su aspecto, quedaron tan impresos en la memoria del biógrafo que aun le parece verle con los ojos de la imaginación. Pocos meses después, el 15 de febrero de 1847, bajaba el héroe al sepulcro en medio de ostentosa pompa militar y del llanto de los inválidos, inaugurando el destino de la insigne basílica como panteón de los príncipes de la milicia española. Allí, bajo modesta lápida, guardado por nobles veteranos cubiertos de cicatrices, descansa el caudillo de Zaragoza en compañía del vencedor de Bailén, del insigne Villacampa, del héroe de los Castillejos y del gran soldado que halló gloriosa muerte en las fragosidades de Monte Muro.

La pasión política, la envidia pecadora y la crítica mordaz, que sólo gozan arrojando fango al rostro de los grandes hombres, ha intentado y aún intenta, manchar la memoria del caudillo de Zaragoza. Thiers, Napier y el Barón de Marbot, entre los extranjeros; Calvo y Mateo, D. Manuel Amador, D. Ramón Cadena y algunos otros del mismo jaez, entre los nacionales, se esforzaron inútilmente en presentar á Palafox, ó como dictador tiránico sin talentos militares, ó como simple maniquí de la voluntad de los clérigos y de la hez de la plebe.

Para estos tales, los manifiestos, bandos, proclamas y decretos que tan á menudo expedía para mantener en tensión creciente la fibra patriótica de los aragoneses, eran obra indiscutible del P. Basilio Boggiero, por más que esté perfectamente demostrado lo contrario, y conste de modo positivo, que muchos de aquellos escritos los redactaba el héroe por sí mismo, ó cuando más, auxiliado por sus secretarios el Coronel Gálvez Cañero y los Tenientes Coroneles Paniagua y D. Joaquín García. El inglés Waughan, huesped del caudillo, á quien vió redactar numerosos documentos, confiesa en sus *Diarios* la admiración que le causaba la viveza y expedición que tenía para el despacho de toda clase de asuntos; y nadie podrá negar al ilustre General la paternidad del más improvisado de sus escritos, cuando el 4 de agosto de 1808 respondiendo á la sola palabra *Capitulación* que le intimaba Verdier, respondió en el acto *Guerra y cuchillo,* frase espartana que

constituye todo un poema de concisión y energía, mil veces superior al más elocuente parto literario.

Y aunque es claro que Palafox no gobernó grandes ejércitos, ni venció pasmosas batallas, ni domeñó naciones para que pueda juzgársele como un Gran Capitán, eslo también que en la defensa de Zaragoza rayó á una altura á que pocos llegan. El hizo tomar las armas á toda la parte más ardiente y vigorosa de la comarca aragonesa, y con ella improvisó y organizó un ejército tan respetable por el número como por la decisión y el patriotismo que, si bisoño é inepto para batirse en línea y maniobrar en el campo de batalla, tuvo condiciones bastantes para detener ante las débiles tapias de Zaragoza durante cuatro meses las numerosas huestes napoleónicas dirigidas por Generales tan afamados y expertos como Lefebvre, Verdier, Moncey, Mortier, Junot y Lannes. El transformó en plaza formidable una ciudad abierta, cuya resistencia sirvió de pendón de guerra al levantamiento general de España; él por fin, con un heroísmo y una tenacidad invencible, continuó la defensa hasta su absoluto agotamiento.

Este fué Palafox; y porque lo fué, ha sido y será considerado por el mundo entero como la personificación más alta, natural y legítima de la epopeya de Zaragoza. Su popularidad fué tan grande en la capital de Aragón, que hasta el mismo D. Ramón Cadena, el más iracundo de sus detractores, confiesa que habiendo asistido Palafox á la procesión del Corpus de 1808, celebrada con retraso el domingo 25 de septiembre, *le dijeron los campesinos más vivas que al Santísimo Sacramento.* D. Faustino Casamayor pondera el recibimiento que al regreso de su cautividad le tributó Zaragoza el 30 de marzo de 1814, y el más entusiasta aún que obtuvo al tomar el mando de Aragón cuando hizo su entrada pública el 15 de septiembre de dicho año *con ostentaciòn, concurso y aclamación jamás vistos.* Esa popularidad, ese unánime aplauso demuestran claramente que Palafox logró con extraña rareza desmentir el adagio de que *nadie es profeta en su patria.* ¡Cuán grandes no serían sus méritos para haber conseguido tan extraordinario privilegio!

Y aunque es verdad que Palafox tuvo decididos, inteligentes y expertos auxiliares, porque sin buenos jefes, oficiales y personas aptas para serlo no se improvisa un ejército; sin hábiles y valientes artilleros ni se defienden baterías ni se instauran parques, maestranzas, fundiciones de proyectiles, ni fábricas de pólvora; y sin buenos ingenieros no se levantan fortificaciones que, aún siendo débiles é imperfectas, tuvieron virtualidad bastante para contener durante cuatro meses los progresos de un enemigo formidable, y que por tanto el *caudillo no lo*

hizo todo, ni pudo hacerlo, porque obra tan gigantesca fuera absolutamente imposible á un sólo hombre, tenemos que ver en él la causa primordial de la exaltación del patriotismo, el alma del levantamiento, la cabeza de la población y del ejército, la perseverancia incontrastable y los esfuerzos titánicos de los defensores encerrados en la capital donde, como dice el Mariscal Suchet (capítulo 1.º de sus Memorias): «Luchaban cada día de pié á pié, cuerpo á cuerpo, de »casa en casa, de un muro á otro, contra la destreza, la perseverancia, »la audacia sin cesar renovada de nuestros soldados, conducidos por »los zapadores y los ingenieros más bravos y decididos..... en este sitio »memorable que no puede compararse á otro alguno».

Es muy antiguo aquel aforismo militar que dice: *El General de división que muera de bala de cañón;* y si esto es así, ¿puede nadie, en buena crítica, pretender que el caudillo ó General en jefe de una complicada operación militar se entretenga en combates parciales, perdiendo en ellos el tiempo y la serenidad que tanto necesita para la suprema dirección del conjunto? Claro es que nó, y que merecen tacha de absurdos los cargos hechos á Palafox por no haber asistido personalmente á algunos encuentros. ¿Puede ponerse en duda la intrepidez del caudillo insigne, herido en Alagón al cargar á los franceses para favorecer la retirada de la turba multa de los zaragozanos el 14 de junio? ¿Y del que combatió bravamente en Casa Blanca el 15 de junio y en Epila el 24 y en la puerta del Portillo el 1 y 2 de julio y en el paso de los refuerzos y el convoy el 8 de agosto y del que decidió por sí mismo la batalla del Arrabal el 21 de diciembre y del que, seguido de abigarrado grupo de oficiales, soldados, paisanos, clérigos y mujeres, corre en ayuda de Saint-Marcq el 1.º de febrero de 1809, consiguiendo con poderoso empuje desalojar á los franceses del convento de San Agustín, obligándoles á retroceder hasta las brechas? Nó; el valor de Palafox, cuando los sucesos le llevaron á la pelea personal, no fué por ningún otro héroe superado, y tanto á este concepto como á sus iniciativas, sacrificios y desvelos, debe el que en justicia le confirmemos como alma, vida y personificación de la gloriosa defensa.

Angliviel de la Reanmelle, mejor dicho, D. Manuel Caballero, en la advertencia preliminar de su obra se expresa así:

«No trato de decidir sobre las acusaciones dirigidas contra el Gene»ral Palafox acerca de si ejerció en Aragón un poder regio..... Com»templo, sí, su constancia y la entereza que desplegó en clase de go»bernador, como un modelo digno de imitarse por todos los que son »nombrados para desempeñar tales destinos».

El concepto que mereció á la Junta Suprema gubernativa del reino, no es menos claro y expresivo, como resulta del artículo 2.º del Real decreto de 9 de marzo de 1809, que, copiado á la letra, dice así:

«Que luego que el digno y bizarro Capitán General de Aragón sea »restituído á su libertad, para lo cual no se omitirá medio ninguno, la »Junta, á nombre de la nación, le dé aquella recompensa que sea más »digna de su constancia invencible, y de su vehemente patriotismo».

El Ayuntamiento de Madrid, en 2 de septiembre de 1808, comunicó al General Palafox su acuerdo de nombrarle *Regidor,* tomado el 25 de agosto, y á ejemplo de Madrid nombróle la ciudad de Zaragoza su *Regidor preeminente:* las Cortes españolas le declararon *ilustre benemérito de la Patria en grado heróico y eminente* por los dos inmortales Sitios; las Reales Academias de San Luis de Zaragoza y San Carlos de Valencia contáronle entre sus individuos de honor; cantaron los poetas sus hazañas y hasta obtuvo la singular distinción de que la Universidad de Huesca le honrase con la investidura de doctor en jurisprudencia.

El juicio de los historiadores, con rarísimas y poco calificadas excepciones, reconoce y enaltece los extraordinarios merecimientos del gran caudillo de los zaragozanos, sin que este casi unánime aplauso signifique el constante y absoluto acierto en todo, cosa que no cabe en lo humano. Palafox tuvo yerros y debilidades grandes que algo deslucen la brillantez de su fama: la continuación de la cautividad del anciano general Guillelmi, después de levantado el primer Sitio; los horribles y manifiestamente injustos fusilamientos del teniente coronel D. Vicente Falcó y del coronel D. Rafael Pessino, así como también la muerte en horca del guarda almacén de utensilios Estallo, acusado por el absurdo é inverosimil delito de haber ocultado 20 mil camas, constituyen el cargo mayor que una crítica desapasionada puede y debe formular contra la conducta del ilustre general. Pero no debe olvidarse, al juzgarle, que si bien del Rey recibió los poderes, fué al pueblo á quien debió su exaltación al mando y los recursos y entusiasmos necesarios para desempeñarle eficazmente, y que los pueblos en plena revolución son casi siempre crueles en los desahogos de su cólera; y aunque sea cierto que Palafox no debió consentir semejantes desafueros para no compartir su responsabilidad moral, recordemos una vez más las debilidades de la humana imperfección, y digamos con el cantor de *El Diablo Mundo*

que la perla más fina
manchas descubrirá si se examina.

El sacrificio de Zaragoza levantó en masa al pueblo español contra la tiranía de Bonaparte, y éste comprendió con su natural clarividencia que Palafox era el primer causante de los desastres que había sufrido y estaba llamado á sufrir el ejército vencedor del mundo. Napoleón vislumbraba que todos sus esfuerzos iban á estrellarse en España, y que en Palafox estaba una de las principales raíces de sus

desdichas: de aquí el odio y el rigor con que quiso tratar en Vincennes al ilustre prisionero de Zaragoza, privándole de toda comunicación y hasta de los fieles criados españoles, que le habían acompañado. Tenemos á la vista las cartas de D. Francisco de Palafox, Vocal de la Suprema Junta Central del Reino, y autorizado por ésta, para procurar el cange con el general Franceski, y con el almirante Rosetti, al que Napoleón no accedió. D. Francisco no se desanimó con esta primera negativa y, autorizado por la Junta y por el general inglés Sir Carlos Doyle, promovió nuevo cange por conducto del mariscal Mortier, Duque de Treviso, residente en Fraga, á quien se dirigió en carta oficial fechada en Tortosa á 23 de marzo de 1809, ofreciendo en nombre del gobierno español al *general Lefebvre,* (prisionero en Inglaterra) *al coronel La Grange, al jefe de escuadra Rosetti, al Barón de Exelmance y al Príncipe de Salm-Salm, cualquiera de estos personajes, ó bien todos juntos* en cambio de D. José Palafox, añadiendo «que el Gobierno no puede mirar con indiferencia la »suerte de un general que ha defendido con tanto honor su patria, y »en esta atención manifiesta que si no le satisface esta proposición, »está pronto á cualquiera otro arbitrio.»

Ciertamente que la propuesta era tentadora, tanto que el mariscal Mortier, se apresuró á contestar desde Fraga con data 25 de marzo, acusando recibo de la carta, y manifestando «que si bien carecía »de atribuciones para resolver por sí, trasmite á S. A. el Prín»cipe Mayor General la demanda que se le hacía;» pero ni el Príncipe ni el Emperador accedieron al cange, manifestando con esta negativa el alto concepto que tenían de Palafox, puesto que estimaron su persona en más que las de los cinco ilustres varones que se daban por él. Bueno es que este dato, desconocido de muchos, y cuyos comprobantes hemos examinado en el archivo de la señora Marquesa de Navarrés, Condesa viuda de Bureta, venga á convencer á los inconscientes detractores de Palafox, del alto precio en que le tenía Napoleón.

Pocos años ha, terminábase en Zaragoza el nuevo palacio de la Capitanía general, en cuya escalera de honor se yergue la estatua del caudillo de los Sitios. Solicitada de la Real Academia de la Historia, la inscripción que debía esculpirse en el marmóreo pedestal, contestó la docta corporación, previo informe del sabio general é ilustre historiador Gómez de Arteche, que en dicho epígrafe no podía grabarse más que una sola palabra que lo dice todo:

PALAFOX

Sea también esta palabra la última de nuestro elogio,

PRIMER GRUPO

LOS GENERALES

Entran en este grupo los Generales que en ambas defensas y con tan alta graduación, sirvieron á las órdenes de D. José de Palafox. La lista es poco numerosa, pues sólo figuran en ella el *Marqués de Lazán, Don Antonio Cornel, D. Juan O'Neylle, Don Felipe de Saint-Marcq, Don Juan Butler* y el *Barón de Warsage;* pero por extensión hemos creído conveniente añadir las biografías de los brigadieres *Don Vicente Bustamante* y *Don Antonio de Torres* que en momentos difíciles desempeñaron con acierto y fortuna el gobierno interino de la plaza, así como también la del desgraciado Teniente General *Don Jorge Juan de Guillelmi* depuesto del mando por los promotores del alzamiento de 24 de mayo y detenido en la Aljafería de donde ya no salió, pues habiendo fallecido el 12 de marzo de 1809, fué su cadáver sepultado en la iglesia del histórico palacio.

El General Marques de Lazan

Nació en Zaragoza el 2 de junio de 1772 y fué el primogénito de los Marqueses de Lazán, D. Juan Felipe Rebolledo de Palafox y D.ª Paula Melzi de Eril, natural de Milán. Llamábase *Don Luis:* estudió las humanidades con el P. Basilio Boggiero, de las Escuelas Pías, saliendo tan aventajado alumno que, en el certamen del año 1787, pronunció la oración latina, y al siguiente tradujo del latín las *Costumbres de la Iglesia Católica de S. Agustín,* que dedicó al Arzobispo D. Agustín de Lezo.

De su fortuna y altísima representación en la aristocracia dan cabal idea los encabezamientos de los decretos y certificaciones que expedía cuando desempeñaba la Capitanía General de Aragón, pues

era Marqués de Lazán, Cañizar, Navarrés y San Felices, Señor de la Baronía de Estercuel, de las Villas de Oliete y Moneva, lugares de Salas Altas y Bajas, Letux, Obón, Alcaine, Estercuel, Cañizar y Gargallo, de las pardinas de Lazán, San Felices, La Codoñera, La Mezquitilla y monte de Aguilar en el reino de Aragón; de la villa de Navarrés en el de Valencia; del palacio y torre de Saldadueña, villa de Sanzacin, lugares de Cojovar, Olmos Altos y Saldaña, en la provincia de Burgos; de la casa fuerte de Nogueira, Cobo de Acevedo, su tierra y agregados en el reino de Galicia, y del mayorazgo y señorío de la villa de Cuzcurrita del río Tirón, en la Rioja; Gran Cruz de la Real y distinguida orden española de Carlos III y de la militar de San Hermenegildo, Teniente General de los Reales ejércitos, Capitán General y Gobernador político del reino de Aragón, Presidente de su Real Audiencia, etc.

Presentado al rey D. Carlos IV por su tía la Duquesa de Granada, Camarera mayor de Palacio, con sus hermanos D. Francisco y D. José, fueron admitidos para sus guardias de Corps, de cuyo cuerpo era ya cadete en 1795, y primer Teniente de la compañía americana, con el grado de Mariscal de Campo en 1808, cuando ocurrió la revolución de Madrid. Salió de la Corte con permiso de Murat el día 1.º de junio, simulando aceptar el encargo que le hizo de despronunciar á Zaragoza y convencer á su hermano D. José para que no hiciese armas contra los franceses. Corriendo la posta llegó á la capital de Aragón el 5 de junio y el 6 salió para Tudela al frente de una pequeña columna encargada de contener el avance del enemigo.

El 8 de junio fué atacada y tomada la ciudad de Tudela por la vanguardia de Lefebvre con escasa resistencia del vecindario y de los dos bisoños tercios 1.º y 2.º que formaban el grueso de la columna del Marqués quien tuvo que marchar en retirada, deteniéndose en Mallén de cuya posición le desalojó el enemigo el día 12 después de dos horas de fuego. Vuelto á Zaragoza con aquellas fuerzas, asistió á la defensa de los puentes de La Muela y Casa Blanca (15 de junio), retirándose á Belchite después de mediodía, cumpliendo órdenes del Capitán General que dejó encargado del Gobierno de la plaza al Teniente de Rey D. Vicente Bustamante.

Recibido en Belchite el 17 de junio el pliego que por conducto del Teniente Coronel D. Emeterio Barredo remitía el Gobernador Bustamante al Capitán General dándole cuenta de la victoria del 15, dispuso aquella autoridad superior que el Marqués volviese á Zaragoza como lo hizo en la mañana del 18, llevando poderes amplios para que en el Gobierno militar y político de Zaragoza fuese reconocido como segundo del caudillo á quien había de sustituir en ausencia y enfermedades cuyo mandato fué recibido y acatado por el Real Acuerdo y el

Ayuntamiento. Desempeñando ese mando con el celo é inteligencia que le caracterizaban, ordenó el 23 de junio la constitución de la Junta de Hacienda llamada á arbitrar, recaudar y administrar los fondos necesarios para llevar á cabo la alta empresa en que Zaragoza estaba empeñada; ordenó y presidió el célebre juramento de banderas de la Puerta del Carmen el 26 de junio, y al día siguiente, á la vez que dictaba previsoras disposiciones para el salvamento de los heridos en la voladura del Seminario, tomó eficaces medidas para evitar que el enemigo intentase atacar el recinto aprovechándose del terror producido por la catástrofe, como en efecto sucedió, teniendo la fortuna de rechazarle el 28 de junio en toda la línea y principalmente en las puertas de Santa Engracia y Carmen combatidas con más rigor.

El 1.º de julio comenzó el sitiador un tremendo bombardeo y cañoneo contra las baterías defensoras, bien guarnecidas y custodiadas, principalmente por el Marqués que, á caballo y seguido de una reserva numerosa, acudía á todas partes para animar y reforzar los puestos peligrosos consiguiendo siempre rechazar al enemigo. A las seis de la tarde de dicho día, entraba el Capitán general por la Puerta del Angel, trayendo el socorro de 1.300 soldados y 60 caballos con gran alegría y entusiasmo del vecindario, y tomando enseguida posesión de su mando supremo, cesó en él nuestro biografiado, que, como segundo de su hermano, asistió valerosamente á los combates del día 2 y á la salida del 16 desde el Arrabal, en cuyo día y acompañado del brigadier D. Antonio de Torres, rechazó á los franceses que ocupaban el Alto de los Molinos. Del 1 al 3 de agosto tomó providencias oportunas para el salvamento de los enfermos del Hospital, á cuyo acto benéfico concurrió personalmente, y el 4 de agosto, después de haber defendido con gran tesón la cortadura de la calle de Santa Engracia, se retiró por el Coso, y Puente de Piedra, camino de Osera, quedando encargado del mando interino el brigadier Torres.

Reunidas en Osera el 5 de agosto las fuerzas que venían en socorro de Zaragoza, ascendentes á 5.500 hombres, dispuso Palafox que su hermano el Marqués, con el tercer batallón de Guardias Españolas, un pequeño convoy de víveres y algunos carros de municiones regresase inmediatamente á Zaragoza, emprendiendo su jornada por Pastriz y el vado de Gállego, donde quedaron dos compañías de Guardias para defender el paso contra la caballería de Torrero que cruzaba el Ebro; y el Marqués, á la una de la tarde, entraba felizmente con el convoy y el resto del batallón, que al atravesar el Arrabal con su música, apoyado por una salida del brigadier Torres, fué recibido con vítores y aplausos por el honrado vecindario de dicho suburbio.

Apenas entrado en la ciudad dió el Marqués una entusiasta orden del día para anunciar su llegada, disponer que se molestase sin tregua ni descanso al enemigo y regularizar los servicios, alojamientos y mantenimiento de las tropas; y como los enfermos de los hospitales, y sobre todo, el número de los heridos habían aumentado considerablemente, dispuso que se organizasen cuatro nuevos centros de socorro en las casas de D. Manuel Esmir (calle del Sepulcro), Viuda de Antón (ahora del Marqués de Huarte), del regidor D. Joaquín Gómez (que formaba una manzana aislada en lo que es ahora plaza de la Seo) y en los bajos del Ayuntamiento.

Y en su celo por regularizar el buen gobierno de la plaza, al par que atendía á contener al enemigo en los edificios que ocupaba, redactó y expidió sus órdenes de los días 7 y 8 de agosto, por la primera de las cuales creaba otras cinco casas de socorro de heridos, verdaderos hospitales de sangre para que no se retrasasen los necesarios primeros auxilios, estableciéndolas en los Colegios de las Vírgenes y San Pedro Nolasco, San Felipe, Mercado y Piedras del Coso, poniendo este servicio á cargo del Cirujano mayor D. Salvador Bonor, con atribuciones para utilizar á todos los facultativos de la ciudad. Y no menos interesante fué la del 8 de agosto, pues como quiera que en los cadáveres enemigos se encontrasen alhajas y dinero procedentes del saqueo y se supiese que algunos soldados y paisanos españoles habían hecho depredaciones en las casas del Coso, disponía que todos esos efectos fuesen depositados en la casa del General (que es la llamada de los Gigantes), conminando con pena de muerte á cuantos individuos fuesen aprehendidos con objetos robados.

Tales fueron los servicios del Marqués de Lazán en el desempeño de su cargo de Gobernador de Zaragoza, desde 18 de junio hasta 4 de agosto, y desde el 5 de este mes hasta el 14 en que los franceses levantaron el primer sitio. La Junta Central bien persuadida de la eminencia de sus méritos lo promovió á teniente general con antigüedad de 21 de octubre de 1808.

Era preciso perseguir al enemigo en su retirada á Navarra y el Marqués acompañado del coronel Obispo, que le servía de jefe de E. M., al frente de una pequeña división, emprende la marcha el 17 de agosto con objeto de limpiar de enemigos el territorio de Cinco Villas; sigue después sobre Tudela donde reprendió severamente al Ayuntamiento por haber entregado al enemigo las armas que se habían suministrado para su defensa, y avanzando hasta Alfaro, en unión del barón de Warsage, sostiene con la retaguardia de Lefebvre un vivo choque, el 27 de agosto, teniendo que retirarse á Tudela en

buen orden ante el amago de la gran masa de caballería y artillería de batalla de los franceses, regresando poco después á Zaragoza.

Y habiendo sido derrotados los catalanes en la Montaña Negra con gran sentimiento de la Junta Central que ordenó á Palafox mandase cuantas fuerzas pudiera en su socorro, dispuso en consecuencia que su hermano el Marqués partiese el 8 de octubre para Cataluña al frente de una división aragonesa fuerte de 5.000 hombres, llevando de jefe de E. M. al coronel D. José Obispo. Las fuerzas mal armadas y medio desnudas recibieron vestuario en Lérida; y como quiera que existe verdadera confusión en las listas de los cuerpos que habiendo concurrido al primer sitio de Zaragoza no pudieron asistir al segundo por haber salido de la plaza, y el historiador Alcaide los cita en ocasiones como presentes en la ciudad, no estará de más enumerar las unidades adscriptas á la división Lazán, que fueron las siguientes:

1.er Batallón de Voluntarios aragoneses llamado *Reserva del General*, al mando de su primer jefe D. José Cucalón.

3.er Tercio, ó Batallón ligero de Voluntarios aragoneses, al mando del teniente coronel D. Alonso Escobedo.

Tercio ó *Batallón ligero de Daroca,* al mando del teniente coronel D. Manuel Carbón.

Regimiento infantería de Fernando VII al mando de su coronel D. Pablo Casáus.

Batallón, llamado al principio *de la reunión de Osera*, y más tarde de *Tiradores de Doyle,* al mando del teniente coronel D. Antonio María Guerrero.

1.er Batallón ligero, Voluntarios de Zaragoza, al mando del teniente coronel D. José Ortega.

Una batería á caballo, de cuatro piezas, al mando del capitán don Manuel de Zara.

Y una brigada de artilleros de plaza, de la que era comandante D. Pascual de Antillón.

Brillante fué la campaña del Marqués en la Cerdaña y el Ampurdán en auxilio de la plaza de Gerona, y fueron dignas de generales alabanzas la acción que sostuvo contra los enemigos el 26 de diciembre en Armentera y las de 1 y 2 de enero de 1809 en Castellón de Ampurias, así como la que sostuvo en Tarrasa, en todas las cuales patentizó su valor y pericia. Entre tanto marchaba adelante el 2.º sitio de Zaragoza, amenazada de tremenda catástrofe si no era pronta y eficazmente socorrida: el representante de la Junta Central D. Francisco Palafox corría desde Cuenca, donde sus gestiones con el Duque del Infantado fueron inútiles, hasta Tortosa, donde se hallaba el General de Cataluña D. Teodoro Reeding que atendió su súplica en cuanto le era posible, concediendo que la división aragonesa de Lazán

fuese la destinada á prestar el solicitado socorro; y en virtud de esta concesión púsose el Marqués en marcha, viniendo sobre Lérida, Fraga y Sariñena; pero al llegar á esta villa recibió la noticia de que Zaragoza había capitulado y no pudo hacer otra cosa que retroceder á Cataluña.

Incorporada la división Lazán al ejército de Aragón y Valencia al mando del general Blake, tomó parte en las ventajosas acciones de Samper de Calanda y Alcañiz, seguidas de las desdichadas de María y Belchite, y consiguiente retirada á Tortosa, siendo después nombrado gobernador militar y político de Lérida.

Hallábase en esta ciudad bien ajeno de la persecución tramada en la Junta Central por las aviesas maquinaciones de Calvo de Rozas contra su persona y la de su hermano D. Francisco, que dió margen á la prisión de ambos. El Marqués fué conducido al castillo de Peñíscola y sometido á las molestias de un proceso del cual salió indemne, como no podía menos, y llamado á Cádiz, de donde ya no salió, fué elegido diputado de las Cortes Constituyentes, figurando entre los más juiciosos y moderados miembros de aquella célebre Asamblea.

En una biografía inédita del Marqués de Lazán, que tenemos á la vista, escrita por el modesto alguacil D. Faustino Casamayor, se da breve cuenta de las vicisitudes del noble general después de terminada la guerra, en los siguientes concisos términos:

«Venido á Madrid luego que marcharon los franceses, apenas tuvo »noticia del deseado arribo de nuestro Católico Monarca á España, »voló á su Patria, donde tuvo el honor de besar su Real mano y la »gran satisfacción de tenerlo en su casa (toda cribada de bombas, gra»nadas y balazos) á refrescar y obsequiarle con un sarao la noche del »11 de Abril, primero de Pascua de 1814, á quien siguió á Valencia »junto con su hermano, y de allí á Madrid, pasando de orden de »S. M. á ocupar la Capitanía general de Castilla la Vieja, con la »Comandancia de los reinos de León, Asturias y costa de Santander, »y la Presidencia de la Real Chancillería de Valladolid, en los que, »en los pocos meses que residió, quedará memoria de sus adelanta»mientos».

«En 27 de Septiembre de 1815 le nombró S. M. para la Capitanía »general de Aragón, relevando de ese mando á su hermano D. José »para que con más desembarazo pudiese acudir al gobierno del Ejér»cito del Centro que le tenía confiado como así lo expresa su Real »título, y leído en el Acuerdo celebrado á 20 de octubre, prestó el »juramento y se posesionó de la Presidencia, en la que permaneció »hasta el aciago día 5 de marzo de 1820 que quedó de Comandante

»Militar; y aun de éste fué quitado por no corresponder á las ideas sub-»versivas durante el dominio de la nombrada Constitución. Pero res-»tituído nuestro antiguo gobierno fué nombrado por S. M. para el »Virreinato de Navarra que ha ejercido hasta el año 1824, y en el día »se halla en sus estados de Cuzcurrita, despojado de la compañía de su »esposa la Excma. Sra. D.ª María Gabriela de Palafox y Portocarrero »(que murió víctima de la más falsa calumnia en el tiempo de la per-»secución constitucional, pero vindicada y declarada inocente así en »justicia como por todo el pueblo), esperando mejorar la suerte que »con tan justos méritos le pertenece por su constante lealtad».

Estos párrafos de Casamayor necesitan alguna explicación que daremos seguidamente.

Siendo Lazán Capitán general de Aragón ocurrió el pronunciamiento del 5 de Marzo de 1820, que secundando el movimiento de Riego, proclamó la Constitución de 1812. No pudo impedirlo el Marqués á pesar de su entereza y vigilancia, y forzado por la guarnición y el pueblo tuvo que jurar la Constitución y acatar el nuevo gobierno que le conservó en el mando hasta Diciembre de 1820, en cuya fecha fué relevado y sustituído por el célebre general Riego. Su separación de la Capitanía general coincidió con un hecho altamente indigno y censurable; la Marquesa su esposa, acusada de reunir en su casa gentes conspiradoras contra el régimen constitucional, en 30 de diciembre del referido año fué puesta en prisiones con sus contertulios el Dean Fernández Navarrete, el Canónigo Barón de la Torre de Arias, el brigadier D. Diego de la Vega, Coronel del regimiento de Cantabria y otras personas no menos respetables, en virtud de orden del Jefe político D. Luis Veyán. Llevado el asunto á los tribunales de justicia, se averiguó plenamente que el hecho era falso de toda falsedad, y que la pretendida conspiración era una calumnia infame, inventada por un menestral llamado Manuel Salillas, autor de la delación, que sufrió justo y severo castigo, quedando en libertad los acusados por auto del juez de 8 de enero de 1821 y dejando Veyán su cargo abrumado por aplastador descrédito.

Ese inicuo atentado hirió tan profundamente á la noble y pundonorosa Señora, que le costó la vida.

Era el Marqués de Lazán un varón dignísimo, probo y sincero, cortés é instruído; escribía con gran ingenuidad como comprenderá cualquiera que haya leído su *Campaña de Verano en 1808,* sus interesantes *Observaciones* á la obra de Alcaide, publicadas en el Tomo III de este autor y sus *Notas al Papel de D. Lorenzo Calvo de 6 de Agosto de 1811:* de este último trabajo que no creemos haya visto la luz pú-

blica, pero cuyo manuscrito de letra del autor tenemos á la vista, dedúcense juicios nada favorables á la veracidad del vanidoso Intendente, que llevan al ánimo la convicción de lo irregular é ingrato de su comportamiento con los Palafox, y de que acertó Alcalá Galiano al calificarle de *hombre de malas entrañas.*

En el matrimonio del Marqués con la Señora D.ª María Gabriela de Palafox y Portocarrero, de la ilustre casa de los Condes del Montijo, quedaron sus dos hijos D. Mariano y D. Luis Rebolledo de Palafox y Palafox. El 2.º, que pasados algunos años vino á heredar todos los títulos y Señoríos de su ilustre casa, era capitán, ayudante de campo del general Canterac, y cuando la sublevación de Cardero en Madrid en el año 1835, quedó gravemente herido con pérdida de la mano derecha, de la misma descarga que mató á su General. Casó años andando con la Condesa de los Arcos D.ª Antonia de Guzmán y Caballero, Grande de España, hija de los Condes de Oñate, y murió en Zaragoza á 21 de octubre de 1879 sin sucesión varonil, pero dejando á sus dos hijas *D.ª Pilar*, que casó con el Conde de Guendulaín, aportando á su línea los marquesados de Lazán y San Felices, el Condado de los Arcos y últimamente el Ducado de Zaragoza, y *D.ª Joaquina*, Marquesa de Navarrés y de Cañizar, y Condesa Viuda de Bureta, por el matrimonio que contrajo con el malogrado D. Mariano de Francia López Fernández de Heredia y Fernández Navarrete, Conde propietario de dicho título.

En el archivo de la ilustre Señora Marquesa de Navarrés, entre otros muchos documentos referentes á los Sitios de Zaragoza que hemos tenido la fortuna de examinar, consérvanse nada menos que 161 minutas de certificados de servicios escritos de puño y letra de su ilustre abuelo, que nos han servido grandemente para la redacción de estas biografías.

Permaneció el Marqués algunos años en sus posesiones de Rioja, entristecido por la pérdida de su digna esposa y por el justo resentimiento con que debía mirar al partido constitucional, causante de su desgracia; pero reintegrado el Rey en la plenitud de su potestad volvió nuestro biografiado á su casa de Zaragoza, honrado por S. M. con el alto cargo de Protector del Canal Imperial, que seguía desempeñando en 1828 cuando el Rey y la Reina D.ª María Josefa Amalia de Sajonia se detuvieron en esta capital de regreso de su expedición á Cataluña.

Muerto Fernando VII trasladó á Madrid su familia y residencia, y en dicha Villa y Corte falleció de un catarro pulmonar el día 28 de Diciembre de 1843, siendo años adelante, en 1857, trasladados sus restos al panteón del Convento del Olivar del Orden de la Merced, radicante en términos de la villa de Estercuel, patronato de su ilustre casa.

Su muerte produjo general sentimiento, y Zaragoza no debe olvidar que el Marqués fué el principal regularizador de su primera defensa.

El Teniente General
Don Antonio Cornel

Tenemos á la vista la hoja de servicios, ampliamente documentada, de este benemérito aragonés, de quien se pudiera escribir una extensa biografía si el espacio estrecho en que debemos encasillarla no nos obligara á muy ceñida concisión.

Nació en Benasque á 31 de enero de 1745, de los cónyuges D. Antonio Cornel y Ferraz y D.ª Catalina Ferraz y Doz, señores de la casa de Anciles y descendientes de la ilustrísima familia de los Corneles, ricos-hombres de natura, que tanto figuran en la historia de la reconquista aragonesa.

En enero de 1766, cuando contaba 21 años de edad, ingresó en el servicio militar como cadete del Regimiento infantería de Galicia; y siendo ya capitán de dicho cuerpo y ayudante de campo del famoso Conde de Aranda, tomó el hábito de la Orden y caballería de Santiago en 26 de noviembre 1771. En 1775 asistió á la desdichada expedición de Argel, sirviendo de ayudante al general en jefe Conde de O'Reylly, y en el rudo combate del 8 de julio, peleando con gran bizarría, resultó gravemente herido de bala de fusil, por cuyo mérito obtuvo el grado de teniente coronel. Ascendido á sargento mayor y teniente coronel del Regimiento de Vitoria pasó con este cuerpo á nuestras posesiones de América meridional, siempre en lucha con los ingleses, donde contrajo méritos bastantes para ser agraciado por Su Majestad con la encomienda de Oreja en la Orden de Santiago, que rentaba ocho mil reales anuales.

Ascendido á coronel en agosto de 1790 y á brigadier en abril de 1792, obtuvo el mando del Regimiento infantería de Burgos, á cuyo frente concurrió á toda la campaña del Rosellón, distinguiéndose tanto por su valor y pericia militar que conquistó en alto grado la estimación del general Ricardos y el aplauso de españoles y franceses. Apenas se podrá citar un sólo hecho de armas de aquella memorable campaña en que el Regimiento de Burgos, conducido por su bravo jefe, no se haya cubierto de gloria. Testigos y partícipes de su valero-

sa cuanto eficaz cooperación fueron en 1793, la toma del campamento enemigo de *Thuir*, la gloriosa defensa de *Argelés*, la célebre *batalla de Truillas*, la defensa del campo atrincherado de *Boulou*, el asalto del campamento enemigo de *Villalonga* y *batería del Coll de Banyuls* y el sitio y rendición de *Colliure;* y en 1794, cuando ya la fortuna nos volvía las espaldas, la batalla del *Palau del Vidre*, la acción de *Montesquieu*, el ataque de *San Lorenzo de la Muga* y las defensas de *Port-Vendrés* y *Colliure*. Pero de todos estos hechos de armas, aquel en que aparece más hazañosa la intervención del brigadier Cornel, fué el asalto de las baterías del campo de Villalonga (14 á 17 de diciembre de 1793) en que los franceses perdieron 26 piezas de artillería. El general en jefe D. Antonio Ricardos, hizo cumplido elogio del comportamiento de su valiente compatricio en el parte de la acción publicado en la *Gaceta de Madrid*, y esta vez no se hizo esperar el galardón pues por Real decreto de 24 de diciembre del referido año fué Cornel ascendido á mariscal de campo.

La nobleza de su nacimiento, la gallardía y gravedad de su porte, su cultura, don de gentes y brillante carrera, dieron á nuestro héroe fácil acceso á la más alta sociedad de la Corte y motivo á la regia estimación que le favoreció con muchas y valiosas recompensas. En 19 de marzo de 1795 fué nombrado Gobernador militar y político de Lérida; en 4 de septiembre del mismo año ascendió á Teniente General conservando aquel gobierno; en 19 de noviembre de 1796 fué promovido al cargo de Capitán General interino de Mallorca y Presidente de su Real Audiencia, obteniendo dicha Capitanía general en propiedad el 6 de abril de 1797; en 2 de abril de 1798 obtuvo el mando militar del reino de Valencia, destino que dejó por promoción á la Capitanía general de Cataluña con la presidencia de su Audiencia Real por decreto de 11 de mayo de 1799, cuyo cargo le duró pocos meses, pues llamado á la Corte por el rey D. Carlos IV fué ensalzado al Ministerio de la Guerra por Real decreto de 3 de septiembre del referido año.

Pero aquellos tiempos de Godoy, Caballero y Urquijo eran harto menguados para que un hombre de la probidad de Cornel pudiera desarrollar iniciativas fecundas. Su paso por la Secretaría de guerra resultó, como no podía menos, completamente estéril para la restauración de nuestro decadente poderío militar, á pesar de sus buenos deseos.

Y sobrevino la tremenda crisis de 1808 con la entrada fraudulenta de los ejércitos napoleónicos, la cautividad del rey y la sanguinaria dictadura de Murat. El *Dos de Mayo* fué el primero y vigoroso grito de protesta lanzado contra la torpe injuria; los españoles levan-

tábanse como un sólo hombre de honor contra la audacia del César francés, y Cornel, excitado por el más vivo patriotismo, corrió presuroso á tomar parte en la lucha que se avecinaba.

Llegó á Zaragoza á tiempo de contribuir al glorioso alzamiento del 24 de mayo, siendo tan bien recibido en la ciudad que hasta estuvo para ser aclamado capitán general de Aragón.

Acompañó á Palafox en la jornada de Alagón (14 de mayo) cuyos funestos resultados eran de prever, y aun le dió el buen consejo (que el caudillo no siguió) de detenerse en Casetas donde la posición era ventajosa y más fácil y segura la retirada. Concurrió á todo el 1.er Sitio durante el cual ejerció el cargo de Vicepresidente de la *Junta Suprema gubernativa del reino* que le fué conferido por las Cortes de Aragón, celebradas el 9 de Junio; y también fué Vicepresidente de la *Junta militar* y de la de *fortificación* cuyas tareas auxilió con las luces de su experiencia.

Pero como no tuvo ningún mando de armas y, en cierto modo, consideraba poco airosa su situación pasiva en Zaragoza, no quiso esperar el 2.º Sitio y marchó á Sevilla donde en 1809 fué nombrado por la *Junta central* Director general de Artillería y Ministro de la Guerra, cuyos destinos desempeñó con acierto y competencia. Dos notas simpáticas podemos consignar del paso de nuestro biografiado por el primer gobierno de la Junta central: la primera, el alto concepto que mereció al ilustre Jovellanos quien le califica de ardiente y honrado patriota; la segunda, haber sido el Ministro que refrendó el Real despacho de Subteniente de infantería, con sueldo, á favor de nuestra heroina D.ª Agustina Zaragoza con fecha 1.º septiembre 1809.

Terminada la guerra con tanto honor de España, pasó Cornel los últimos años de su vida retirado en Valencia donde era de todos querido y respetado, y allí descansan sus restos en el panteón de sus sobrinos los señores Ferraz y Azcón bajo lauda sepulcral que tiene el siguiente epitafio:

«*Aquí yace el Excmo Señor Don Antonio Cornel y Ferraz, Teniente General de los Extos nacionales, natural de Benasque, caballero comendador en la Orden militar de Santiago, Gran Cruz de la de San Hermenegildo, Capitán General que fué en las provincias de Mallorca, Valencia y Cataluña; Secretario de Estado y del despacho de la guerra en dos épocas y finalmente Consejero de Estado. Murió el día 14 de febrero de 1821, á los 74 años de edad—Rogad á Dios por su alma*».

Vivió y murió soltero por un motivo que caracteriza su fisonomía moral. Siendo Capitán y muy joven, tenía concertado matrimonio con una hermosa y distinguida señorita de Zaragoza, que pereció abrasada en el horroroso incendio del teatro el 15 de noviembre de 1778. Esta catástrofe causó pena tan honda y duradera al apasionado novio,

que jamás pensó en otro enlace: considerábase viudo y conservó la fidelidad del afecto á su prometida hasta la muerte.

En la casa solariega de Benasque consérvase un retrato excelente del ilustre general, pintado en Madrid cuando era Ministro de la Guerra, y, aunque no hemos visto esa pintura, son tantos los elogios que de ella nos han hecho personas competentes que presumimos pueda ser obra del famoso Goya, por aquello de *á tal personaje tal pintor.*

D. Juan O'Neylle

El glorioso apellido O' Neylle de los antiguos Reyes de Hibernia y Príncipes de Ultonia, debe ser recordado con afecto y reverencia por los buenos zaragozanos.

Dos ilustres generales, padre é hijo, procedentes de aquella egregia estirpe, duermen el sueño eterno en la tierra sagrada de Zaragoza. El uno consagró sus talentos, virtudes, alta representación y dotes de gobierno á la felicidad de Aragón, el otro aun hizo más, puesto que, después de haber combatido eficaz y gloriosamente en defensa de nuestra capital, pereció en la demanda.

El padre, *D. Félix O'Neylle y O'Neylle,* nació en Ultonia (Irlanda) en 1720, de los cónyuges Enrique y Catalina. Huyendo de la furia protestante y de la tiranía con que Inglaterra aplastaba á Irlanda, llegó á España, niño aún, pues sólo tenía diez años cuando sentó plaza de Caballero cadete en el Regimiento Infantería de Hibernia, el 25 de Marzo de 1730. Pasó por todos los grados militares, que ganó con su valor, distinguiéndose en la reconquista de Orán y en las guerras de Italia. Ascendió á Coronel en 1747 con el mando del regimiento de Hibernia, á brigadier, con el mismo mando, en 1760, y á Mariscal de Campo en 1763, obteniendo sucesivamente los gobiernos militares y políticos de Vigo, Gerona y Barcelona, que desempeñó á satisfacción del Rey y de aquellas importantes ciudades. Promovido á Teniente General en 1784 y elevado al cargo de Capitán General de Aragón y Presidente de su Real Audiencia, se captó el amor de sus gobernados por la bondad, modestia y justificación de que dió constantes pruebas, hasta que falleció en la *casa de los Gigantes,* á 12 de Julio de 1792, siendo sepultado su cadáver en el panteón del capítulo de la iglesia de San Gil. La Real Sociedad Económica Aragonesa, cuyos trabajos secundaba con la mayor eficacia y á cuyas sesiones era concurrente asiduo, le nombró su Director perpetuo, y, al ocurrir su

fallecimiento, le dedicó elegante panegírico, escrito por el doctor don Antonio Arteta, Arcediano de Aliaga, lujosamente estampado en Madrid, en la Imprenta Real, año 1796.

Entre otros muchos beneficios, debe Zaragoza á D. Félix O' Neylle la fundación de la Real Academia de San Luis de Nobles y Bellas Artes.

Había casado en Galicia con D.ª Jacoba Varela y Sarmiento, señora de noble linaje y esclarecidas virtudes, que sólo sobrevivió 45 días á su benemérito esposo, y yace con él en el panteón de la iglesia de San Gil. Fruto de ese matrimonio fueron tres hijos varones, militares y distinguidísimos todos ellos: D. Terencio, D. Félix y D. Juan.

El hijo menor *D. Juan O' Neylle, Varela, O' Neylle y Sarmiento*, caballero del hábito de Santiago, era ya en 1792, al fallecimiento de su ilustre padre, teniente coronel de infantería y comandante del tercer Batallón del Regimiento de la Princesa. Las guerras del Rosellón y Cataluña, en que lució su denuedo y pericia, fueron motivo de mayores adelantos, y en Mayo de 1808 era ya mariscal de campo y gobernador propietario de la plaza de Jaca, aunque en ausencia, por desempeñar en comisión el cargo de segundo cabo de Mallorca.

Acudiendo presuroso al llamamiento de Palafox, desembarcó en Valencia, desde cuya ciudad se trasladó á Aragón al frente de aquellas bravas divisiones Valenciana y Murciana, cuya aproximación obligó á Lefebvre á levantar el primer Sitio de Zaragoza y á retirarse con sus tropas hacia Navarra.

Era preciso perseguir esta retirada, obligando al enemigo á abandonar el territorio aragonés; y el General Palafox encomendó tan importante servicio al Marqués de Lazán y á O' Neylle; debiendo el primero obligar á los franceses á evacuar la ciudad de Tudela, y el segundo flanquear su marcha, impidiendo que se corriesen al territorio de Cinco Villas. Cumplieron su encargo ambos generales, y O' Neylle derrotó una fuerte columna francesa en *Nardués*, empujándola camino de Pamplona.

Reunidos los ejércitos de Andalucía (Castaños) y Reserva (Palafox), concurrieron el 23 de Noviembre de 1808 á la desastrosa *batalla de Tudela*, ganada por Moncey, después de un rudo combate de ocho horas, en que las divisiones O' Neylle y Saint-Marcq pelearon con singular bizarría, sin que les fuera próspera la fortuna, pues tuvieron que retirarse sobre Zaragoza al ver cortada la línea española y envuelta el ala derecha que con tanto valor habían sostenido.

Ascendido nuestro héroe á Teniente General por su conducta en Tudela, compartió con Palafox, de quien fué segundo en el mando, todos los riesgos y trabajos del segundo sitio, teniendo parte principalísima en la organización de las tropas y en la vigilancia para acudir al quite ante los vigorosos esfuerzos de los invasores. Concurrió personalmente á la gloriosa *batalla del Arrabal* (21 de Diciembre), que es uno de los mayores timbres de la defensa zaragozana, en que las baterías españolas al mando del hazañoso D. Manuel de Velasco, vigorosamente sostenidas por la Infantería Valenciana y Murciana, rechazaron repetidamente los rudos ataques de la división Gazán, obligada á retirarse, dejando en el campo más de mil cadáveres.

Otro hecho valeroso, en que combatió personalmente nuestro General, fué la salida efectuada el 25 de Diciembre. Los sitiadores habían tendido un puente de barcas desde el soto de Almozara á la opuesta orilla del Ebro, para mantener la comunicación entre su campamento de la Bernardona y la división Gazán. A este efecto, ocupó el enemigo el soto de la Mezquita, donde intentó atrincherarse, y acudiendo O'Neylle valerosamente al frente de cuatro mil soldados, logró por el momento arrojar á los invasores de aquella importante posición, si bien, no habiendo podido impedir la conservación del puente, resultó el esfuerzo efectuado completamente estéril, siquiera glorioso.

En los últimos días de enero de 1809 ya el valeroso general yacía en el lecho, enfermo de la epidemia reinante, que su fuerte constitución resistía, dando esperanza de que pudiera dominarla. Pero llegados los días de la ocupación de la plaza, fué tan grande su pena y el aplastamiento que la noticia le produjo, que se *echó á morir*, según escribe el doctor *D. Sebastián Hernández de Morejón* en su *Idea Histórica del 2.º Sitio*. Alojábase en la casa de la Excma. Sra. Marquesa Viuda de Ayerbe, D.ª Josefa de Azlor, dama caritativa y dignísima que cuidaba á treinta enfermos en el antiguo palacio del mayorazgo de Urríes, derruído por la apertura de la calle de Alfonso. En ese histórico edificio, morada de héroes y refugio de desdichados, murió D. Juan O'Neylle, á los 43 años de su edad, el día 24 de febrero de 1809, habiendo sido llevado á enterrar al Santo Templo Metropolitano de la Excelsa Patrona de Aragón, donde yace en olvidada sepultura. Que no eran los tiempos muy á propósito para epitafios encomiásticos, necrologías apologéticas, ni siquiera para la relación extensa de las partidas de óbito. La de nuestro héroe, sólo contiene esta sucinta cláusula: «*En 24 de febrero de 1809 murió el Excelentísimo señor D. Juan O'Neylle, Teniente General de los Reales Exercitos: recibió la extremaunción, no testó y se enterró en el Pilar*».

Y séanos lícito terminar este esbozo biográfico del héroe que sacrificó la dulce vida en la gloriosa hecatombe de Zaragoza, exclamando con el poeta:

.....¡Oh Patria!
¡Cómo te olvidas de tus nobles hijos!
¡Ni en una piedra sepulcral los nombras!

El General Saint-Marcq

Cierto que todas las comparaciones son odiosas y aun pudiera añadirse que casi siempre resultan injustas; máxima y comentario que exactamente cuadran á las *Memorias del general barón de Marbot* (Tomo II, pág. 118) cuando al tratar del segundo Sitio de Zaragoza se dispara con este estupendo párrafo que traducimos literalmente:

«¡Singularidad de las cosas humanas! La fama atribuye á Palafox el mérito de la heroica defensa de esta ciudad *no obstante lo poco que contribuyò á ella, porque cayó enfermo desde los primeros días del sitio y entregó el mando al general de Saint-Marcq, belga al servicio de España*. Este fué quien sostuvo todos nuestros ataques con un valor y un talento relevantes. Mas como era *extranjero, el orgullo español personalizó toda la gloria de la defensa en Palafox,* cuyo nombre pasará á la posteridad, mientras que el del bravo y modesto general Saint-Marcq permanecerá ignorado, porque ninguna relación le menciona».

No discutiremos el párrafo transcrito en que con más inexactitudes que palabras, pero siempre siguiendo injustos convencionalismos franceses, se pretende poner en menosprecio la gigantesca figura de Palafox. Los historiadores españoles, dando á cada uno lo suyo, relatan en sus diarios del sitio (desconocidos sin duda para el barón de Marbot) los grandes méritos del general Saint-Marcq, cuya noble biografía vamos á escribir, bien seguros de que ni la verdad ni el *orgullo español* encontrarán en ella nada que amengüe los prestigios del inmortal caudillo de Zaragoza.

El general *D. Felipe de Saint-Marcq,* como le decían en España, ó más bien *D. Felipe Augusto, caballero Le Clement de Saint-Marcq et d'Ostrel, señor de Grand-Bus et de Lobel,* como se llamaba en Bélgica, nació en Taintegnies (Hainaut) el 16 de junio de 1762, hijo de

los cónyuges Felipe-Alejandro-José Le Clement, caballero hereditario, señor de Saint-Marcq, de la baronía de Taintegnies, de Guignies, de Grand-Bus, de Lobel, etc., y de María Teresa Josefa d'Ostrel de Flers.

Persona de tan esclarecida nobleza y adornada de las mejores disposiciones militares, no podía encontrar obstáculos en España para su ingreso en el famoso regimiento de *Guardias Valonas,* donde obtuvo plaza el 26 de julio de 1776 á la edad de 14 años; y continuando casi toda su carrera militar en dicho privilegiado cuerpo, siempre con fama de buen soldado y excelente caballero, llegó al empleo de capitán de compañía, equivalente al de brigadier de ejército que ya tenía en 1808 cuanda las tropas francesas de Murat se apoderaron de Madrid.

Leal á la legítima dinastía de los reyes de España á quienes en tres reinados venía sirviendo desde la adolescencia, simpatizó noblemente con el alzamiento de los españoles ansiosos de sacudir el yugo napoleónico y se aprestó á contribuir con su esfuerzo personal á la salvación de su patria adoptiva. Obedeciendo á tan hidalgos estímulos se fugó de Madrid el 11 de junio, llegó á Valencia el 24, y enseguida se dedicó á organizar é instruir una pequeña división á cuyo frente, y bajo el mando superior del General Caro, defendió valerosamente la ermita de San Onofre en Cuarte el día 27. Un mes más tarde se veía el Mariscal Moncey obligado á levantar el sitio de Valencia, y nuestro héroe peleaba gloriosamente contra la retaguardia del ejército francés forzándola á apresurar su retirada, mereciendo por su distinguido comportamiento el ascenso á Mariscal de Campo, (General de División) que le otorgó la Junta Suprema de Valencia.

Libre ya del peligro propio quiso esta Junta soberana acudir en socorro de la capital de Aragón sitiada por Lefebvre Desnouettes, á cuyo efecto puso á las órdenes del general Saint-Marcq una división de 6.000 infantes, 100 caballos y seis piezas de artillería que á marchas forzadas se dirigió á Zaragoza, llegando á Paniza el 7 de agosto. Lefebvre, amenazado de frente y contenido por la guarnición y el pueblo de Zaragoza, de flanco por la columna del Barón de Warsage llegada á La Muela, y sobre su retaguardia por la división valenciana de Saint-Marcq que había avanzado hasta Muel, tuvo que decidirse á levantar el campo á toda prisa en la noche del 13 al 14 de agosto de 1808 abandonando su artillería, víveres y bagajes. Tal fué la conclusión feliz del 1.er Sitio de la capital de Aragón que las relaciones francesas atribuyen exclusivamente á su desastre de Bailén, prescindiendo de las otras concausas más próximas y determinantes que dejamos apuntadas.

Después del Sitio y de haber perseguido ardorosamente á las tropas francesas en su retirada sobre Navarra, continuó Saint-Marcq sirviendo en el ejército de Aragón bajo el mando en jefe de Palafox, y concurrió á la desastrosa batalla de Tudela el 23 de noviembre de 1808,

Su división con las de O'Neylle y Roca, formaban la derecha española que sostuvo durante nueve horas un combate heroico y mortífero; pero habiendo sido cortada por el mariscal Moncey la extensa y defectuosa linea de batalla dispuesta por Castaños, tuvieron las tropas españolas del ala derecha que batirse en retirada, llegando en pleno desorden á Zaragoza, donde no tardaron en ser reorganizadas por apremios de la necesidad. Que la batalla de Tudela abría á Moncey camino franco á la capital de Aragón, amenazada de un nuevo y tremendo asedio, y el general Palafox, de acuerdo con su segundo don Juan O'Neylle, quiso prevenirse distribuyendo los restos del ejército aragonés, que no llegaban á 30.000 hombres, en cuatro pequeñas divisiones al mando de los brigadieres D. José Manso, D. Diego Fivaller y D. Fernando Gómez de Butrón, y del mariscal de campo don Felipe de Saint-Marcq.

La conducta de este último durante el segundo sitio, fué admirable desde el principio hasta el fin de la gloriosa defensa en que se le vió acudir á todos los puestos peligrosos decidido, hábil é imperturbable. El 21 de diciembre sostuvo algunas horas la posición de *Torrero* atacada por fuerzas superiores del cuerpo de Moncey, y no abandonó este puesto, insostenible ya y próximo á ser envuelto, hasta después de haber volado el puente de América, sobre el Canal Imperial, dirigiendo personalmente la retirada á la cabeza del 2.° regimiento de Voluntarios de Aragón que diferentes veces hizo rostro resuelto al enemigo que le perseguía, conteniéndole con sus fuegos. Más tarde, cuando la defensa tocaba á su término, cuando empezada la que se llamó guerra de casas y calles, perecían diariamente 800 á 1.000 personas víctimas del plomo, de las minas y de la peste, obtuvo Saint-Marcq el mando de la linea del Coso bajo, desde el Almudí á la Universidad, que defendió con habilidad y valor incontrastables conteniendo siempre los vigorosos ataques del enemigo, habiendo día (el 29 de enero) en que rechazó cinco terribles asaltos. El insigne Palafox, testigo de sus hazañas y en muchas ocasiones partícipe de sus peligros, premió dignamente los grandes servicios de Saint-Marcq, promoviéndole á teniente general el 25 de Enero de 1809.

Todo acaba en el mundo, y la resistencia de la moderna Numancia tenía que acabar también por el completo agotamiento de sus fuerzas. En la interesante *Idea Histórica del 2.° Sitio de Zaragoza* publicada en Valencia (año 1809) por el capellán de ejército y testigo ocular doctor D. Sebastián Hernández de Morejón, se explican los sucesos del 19 de Febrero en el siguiente sencillo cuanto terminante párrafo:

«*El caudillo de Aragón, el héroe de Zaragoza, el general en jefe Palafox, cayó herido del contagio: su segundo O'Neylle estaba espirando*

entre las ruinas de la casa de Ayerbe, donde murió al cabo de dos días: el general Saint-Marcq, luchando con la fiebre y las fatigas. se encargó del mando. Habían perecido 200 oficiales y 16.000 soldados. La carestía llegó al último extremo».

Ante la inminencia de la catástrofe final hubo de plegarse Palafox al nombramiento de una Junta magna compuesta de cuarenta personas distinguidas de la ciudad, el clero y el ejército que, bajo la presidencia del regente de la Real Audiencia D. Pedro María Ric, deliberase sobre los medios con que aun pudiera contarse para proseguir la defensa, ó se acordase intentar una honrosa capitulación caso de creer imposible continuar la resistencia. En esa Asamblea de notables, reunida el 20 de febrero, propusieron los generales Saint-Marcq y don Antonio de Torres que los restos de la guarnición, debilitada por las enfermedades, el hambre y la fatiga, se abrieran paso con la espada y la bayoneta á través de las líneas enemigas, pero tan bizarro intento fué reconocido como impracticable, imponiéndose la capitulación que Lannes firmó y publicó en parte en su orden del día, hecho indudable por más que le nieguen sistemáticamente los historiadores franceses.

Prisionero de guerra por consecuencia de la capitulación y conducido á Francia, residió en Nancy hasta principio del año 1814 en que, el tratado de Valencey, le devolvió á España y al ejercicio de su alta categoría militar tan dignamente conquistada en Valencia y Zaragoza. Fué capitán general de Galicia, obtuvo en 1817 la gran cruz de San Hermenegildo, y en 1819 la más preciada de nuestras condecoraciones militares, la gran cruz de San Fernando que le concedió el rey Fernando VII en justo galardón de sus hazañas.

La revolución dominante en el trienio de 1820 á 1823 dejó sin mando á Saint-Marcq, cuyo nacimiento, brillante carrera y gratitud á la amistad con que el rey le distinguía, le inclinaban naturalmente al régimen realista en que se había educado en tiempos de Carlos III. Decíase que pertenecía á la *camarilla* palatina; y por esta causa, cuando en 1822 se sublevó la Guardia Real contra el gobierno que en continuo desorden regía la nación, fué desterrado á Valencia por orden del ministro de la Guerra general López Baños que, en cierto modo, acertó á elegir dicha residencia, porque, restaurado el sistema absoluto en 1823, pasó el ilustre desterrado del ostracismo al ensalzamiento, siendo nombrado capitán general de los reinos de Valencia y Murcia, cuyo mando desempeñó hasta junio de 1825 en que fué relevado al salir del ministerio de la Guerra el general Aymerich.

Poco tiempo permaneció en el descanso del hogar entregado á los

afectos de la familia y libre de los sinsabores del mando, porque al fallecimiento de D. Luis de Bassecourt, capitán general de Aragón, fué nombrado para sustituirle por Real decreto de 25 de febrero de 1826. En este cargo, dificilísimo en aquellos tiempos de rencores políticos y enconadas pasiones, dió clara muestra del carácter conciliador, prudente y bondadoso con que supo mantener en paz y justicia las provincias aragonesas, sin extremar el rigor contra los constitucionales, que antes bien defendió de las iras del conde de España en muchas ocasiones. Conservó la capitanía general hasta el año 1830 en que, á solicitud propia por sentirse enfermo y achacoso, fué relevado por el héroe de Gerona D. Blas de Fournas. Falleció en Madrid en 1831 á los 69 años de su edad.

Hemos oído decir á muchas personas que le conocieron y trataron, que era de gran estatura, musculoso y flaco de carnes, serio y callado, acaso porque nunca consiguió hablar con soltura y corrección la lengua española. La honorabilidad de su carrera militar y sus prendas de cumplido caballero, habíanle captado en Zaragoza una grande y respetuosa simpatía. Habitó en la casa de los barones de Arascot, frontera á la iglesia de Santa Cruz, donde durante algunos años estuvo instalada la Capitanía general.

Había casado en España (según escribe el teniente general Wauwermaus del ejército belga, á quien debemos las noticias que vamos anotando de la familia Saint-Marcq) con la señora D.ª Margarita Gordo, en quien tuvo á sus hijos Felipe y José, oficiales ambos del ejército español, y una hija, Teresa Viviana, esposa del conde Adrien d' Astorg, mariscal de campo al servicio de Francia. José murió joven en España; Felipe, que ya en 1830 era coronel de infantería y primer jefe de un batallón de la Guardia Real, murió del cólera en París en 1848.

Tal es en breve resumen la nobilísima biografía del general Saint-Marcq que, si en nada oscurece la gloria insigne de Palafox en la epopeya de Zaragoza, como con falsos argumentos pretende el barón de Marbot, fué uno de los más heroicos auxiliares del gran caudillo, y hasta su sustituto en el mando y gobierno de la plaza en las últimas 48 horas de su gloriosa resistencia.

El Teniente General D. Juan Bútler

De la ilustre familia de su apellido, tan conocida y estimada en la Marina Real de España, desempeñaba en 1808 el Gobierno militar de la importante plaza de Cartagena, cuando el glorioso alza-

miento de Zaragoza, en 24 de Mayo de 1808, excitó de tal modo su entusiasmo que resolvió ponerse inmediatamente en marcha para la capital de Aragón, acompañado de algunos distinguidos oficiales deseosos, como su jefe, de servir y defender la causa de la Patria á las órdenes del ilustre Palafox.

Llegó á Zaragoza el 20 de Julio de 1808 á tiempo de concurrir á buena parte del primer Sitio. Era persona de edad provecta; había sido muchos años Coronel del regimiento infantería inmemorial del Rey, á cuyo frente se distinguió en las guerras contra la república francesa, mereciendo en 1795 el ascenso á Mariscal de Campo. Palafox le promovió á Teniente General.

Y claro es, que dada su alta categoría y edad avanzada, más bien fué hombre de consejo que de acción. Creada en 7 de octubre de 1808 la *Junta de Sanidad* que presidió Palafox en persona, fué Butler nombrado vicepresidente; perteneció también á la junta que tuvo el triste encargo de tratar con Lannes la capitulación de la ciudad, y fué conducido á Francia prisionero de guerra. Murió antes de 1823 en cuyo Estado Militar ya no figura.

El General Baron de Warsage

La familia *L'hotellerie de Falloise* es una de las más nobles de Bélgica: cuenta más de cinco siglos de antigüedad en el dominio del castillo de Rabossé, jurisdicción de Wandre, donde una larga serie de generaciones de esta raza tuvo su constante domicilio; profesó siempre la Religión Católica Apostólica Romana, y sirvió con acendrada lealtad á los reyes de España durante su combatida soberanía en el condado de Flandes hasta fines del siglo XVII.

A mediados del XVIII era jefe de esta familia Gille Charles Alexandre de L'hotellerie de Falloise, caballero de Warsage y señor de Grandmer, casado con María Luisa Catalina de Calone de Tournay; quien prosiguiendo noblemente la afición heredada á nuestros reyes, mandó á España á sus hijos Rolando y Angel para que les sirviesen en el famoso *regimiento de Reales Guardias Walonas* creado por Felipe V, en 1704.

El primogénito *D. Rolando Joseph Augusto de L'hotellerie barón de Warsage*, nacido en 1718 y muerto en 1778, fué capitán de guardias Walonas, coronel de ejército y teniente coronel del regimiento infantería del Príncipe. Casó en Calatayud con la señora D.ª María Ana Fernández de Heredia y Fernández de Moros, de las nobilísimas casas

aragonesas de estos apellidos, en quien tuvo al héroe cuya biografía pretendemos escribir, y edificó para su morada en dicha ciudad el hermoso palacio de la calle de la Rua, actual domicilio del Casino Bilbilitano.

El D. Angel L'hotellerie, nacido en 1723 y muerto en Barcelona en 1800, titulábase también *barón de Warsage,* fué soltero, y alcanzó mayor longevidad y más alta graduación que su hermano mayor, pues falleció siendo mariscal de campo de los Reales Ejércitos, bajo testamento en que nombraba heredero á nuestro biografiado el insig ne defensor de Zaragoza.

INSINUADA la ilustre procedencia del general *D. José de L'hotellerie Fernández de Heredia, Barón de Warsage,* nacido en la ciudad de Calatayud en 1755, abordemos llanamente su elogio necrológico.

Ingresó muy joven en el Regimiento de Guardias Walonas, verdadero plantel de ilustres generales, en cuya academia fué aventajadísimo discípulo de Courten, Coupigni, el barón de la Barre y otros excelentes maestros en las ciencias de la guerra. Su valor temerario y sus nobles prendas físicas y morales de gallardía, talento cultivado, bondad y llaneza, captáronle generales simpatías lo mismo en Calatayud que en Madrid y Zaragoza. En esta ciudad y principalmente en la parroquia de San Pablo donde tuvo su habitación durante el segundo Sitio, fué popularísimo.

Hallábase en su casa de Calatayud en Mayo de 1808 al surgir el patriótico alzamiento de los zaragozanos y era á la sazón capitán de guardias walonas, empleo equiparado al de coronel de infantería, algunos años antes había contraído matrimonio con la Sra. D.ª Josefa de la Barre, hija del general Barón de la Barre, en quien tuvo distinguida sucesión.

Requerido por D. José Palafox se apresuró á reclutar é instruir una fuerte columna que recibió el nombre de *brigada de vanguardia del Ejército de Aragón*, cuyo núcleo principal, acantonado en Calatayud, debía guardar las fábricas de pólvora de Villafeliche, conservar libres y expeditas las comunicaciones con Madrid, y defender contra probables ataques del invasor los fértiles valles del Jalón y del Jiloca; y á este efecto organizó en el corregimiento de Calatayud tres batallones de voluntarios que unidos al de Daroca y en ocasiones al de fusileros del Campo de Cariñena alistado por D. Ramón Gayán, constituyeron la fuerza de la brigada.

Trabajó mucho y bien. En la noche del 22 al 23 de Junio concurre con Palafox á la desgraciada acción de Epila. El 25 del mismo mes castiga y arroja de Villafeliche á 500 granaderos franceses que in-

tentaban apoderarse de los molinos de pólvora, cuya operación repite con igual fortuna el 25 de Julio. El 6 de Agosto recibe noticias del apuro en que se encuentran los zaragozanos con el enemigo dentro de la ciudad, y sin pérdida de momento ordena la concentración de sus fuerzas en parte dispersas, y seis días después llega á La Muela con sus 4.000 valerosos reclutas, cuya presencia contribuyó no poco á decidir el levantamiento del primer Sitio.

Después de este fausto suceso se sitúa en Plasencia, y el 21 de Agosto marcha sobre Tudela en combinación con el Marqués de Lazán obligando al enemigo á abandonar su campo de Fontellas dejando libre aquella ciudad navarra; y prosiguiendo la persecución avanzan las dos columnas combinadas hasta Alfaro donde el 27 detuvo su movimiento con amenazadores amagos la gran masa de caballería y artillería de campaña que constituía la retaguardia del ejército de Lefebvre.

Los notorios méritos del Barón en esta primera campaña eran dignos de alta recompensa, y Palafox no vaciló un momento en otorgársela ascendiéndole á comandante de batallón de guardias walonas, equivalente á brigadier de infantería. Y aún hizo más, puesto que apreciando las dotes de buen organizador y táctico de que el agraciado acababa de dar brillante muestra, le confirió el comprometido cargo de *Cuartel Maestre general* (que ahora diríamos Jefe de Estado Mayor general) del ejército de Aragón, que el insigne caudillo preparaba para resistir el nuevo y más formidable ataque con que la venganza de Bonaparte amenazaba á Zaragoza.

Desempeñando tan honroso destino concurrió á la desgraciada batalla de Tudela (23 de Noviembre) y á toda la segunda defensa de la capital, nuevamente sitiada por el ejército francés. Acompañó á Palafox en la victoriosa jornada del Arrabal (21 de Diciembre) y en la dirección de la porfiada resistencia con que se contuvo el ataque general de los franceses el 27 de Enero de 1809. Pero donde la intrepidez de Warsage se manifestó con mayor relieve fué en el frustrado conato de recobrar el convento de Trinitarios del Campo del Sepulcro el día 31 de Enero: los parroquianos de San Pablo piden por aclamación que se les lleve á desalojar al enemigo de aquel edificio extramuros, y el noble bilbilitano, ardiendo en patriótico entusiasmo, se ofrece á conducirlos: los cañones de la Aljafería abren brecha en el convento, y Warsage, al frente de una gran muchedumbre de soldados, paisanos y hasta mujeres, reunidos en apretado haz, realiza el asalto travando uno de los más temerarios combates al arma blanca de que ofrece ejemplos la historia de la segunda defensa. Mas por desgracia tan ínclita hazaña resultó del todo infructuosa, porque los sitiadores acudieron con gran golpe de gente en auxilio de sus compañeros; el

fusil rechazó á la espada y los asaltantes tuvieron que retirarse al recinto con grandes pérdidas, habiéndolas causado no menores al enemigo.

Pero la resistencia de Zaragoza tocaba á su término fatal; Gazán dueño del convento de Jesús desde el 8 de Febrero, cañoneaba reciamente el arrabal de Altabás con amenazas de próximo asalto, y Palafox, postrado por la calentura, quiso intentar el último esfuerzo mandando á Warsage, ya ascendido á mariscal de campo, á tomar el mando y extremar la resistencia del comprometido burgo cuya pérdida tenía que traer aparejada la capitulación de la ciudad.

Era el 18 de Febrero, fecha fatal en los fastos de Zaragoza. Las baterías francesas del Soto del Cañar y embocadura del Huerva á la vez que arrasan con sus fuegos el convento de San Lázaro que inmediatamente va á ser asaltado, azotan el puente de piedra con vaporoso golpear de balas rasas y cascos de granada para impedir todo socorro de la plaza á los defensores del arrabal. Esclavo del deber militar y despreciando la inminencia del riesgo, lanzóse el Barón al puente cuyo trayecto no consiguió franquear, porque pasando la segunda arcada cayó en brazos de sus ayudantes herido mortalmente de bala de cañón, y trasladado á su casa falleció al otro día en medio del sentimiento general. Murió gloriosamente y como quien era; como valiente caballero y gran soldado.

La insigne iglesia de San Pablo guarda en ignorada sepultura los restos mortales del héroe según parece de la correspondiente partida de óbito que copiada á la letra, dice así:

En Zaragoza, 19 de Febrero de 1809, murió de bala de cañón el M. I. Sr. D. Josef de L'hotellerie Fernandez de Heredia, Barón de Warsage, Mariscal de Campo de los Reales Exércitos y Quartel Maestre General de este de Aragón, de 53 años, natural de Calatayud, marido de Doña Josefa de la Barre. Recibió los Santos Sacramentos por D. Antonio Lostao, coadjutor. y fué sepultado á tres actos en la Iglesia Parroquial de San Pablo en 20 de los dichos. Hizo testamento ante el coronel D. Josef Larraga en 18 y 19 de los corrientes, hecho militarmente. Deja en hijos á D. Bernardo de 13 años, á D. Manuel de 11, y á D.ª María del Pilar de 6. Vivía en la calle de las Armas número 77 firmado, *Mosen Josef Burriel. coadjutor,* firmado, *Licdo. Antonio de Salzes Prior.*

CIERTAMENTE que Fernando VII no pecó de pródigo al galardonar en la familia Warsage el heroico sacrificio del defensor de Zaragoza, puesto que la real munificencia sólo se extendió á conceder á D. Bernardo de L'hotellerie el empleo de segundo teniente de guar-

dias walonas: y como quiera que la descendencia directa del malogrado general puede carecer, y acaso carezca, de medios bastantes para sustentar dignamente el rango de su apellido en las carreras del Estado, no creemos pasar plaza de indiscretos al advertir que todavía es tiempo de enmendar las deficiencias de la remuneración.

Cuatro palabras para concluir.

Hasta pocos años ha, erguíase sobre el pretil del puente de piedra una modesta cruz, que mostraba al pasajero el solar donde á impulsos del honor sucumbió gloriosamente el general *Barón de Warsage;* solar tanto más reverente cuanto que es el mismo en que, mártires de santo patriotismo y víctimas de inicua venganza perecieron el *P. Basilio Boggiero* y el presbítero *Mosen Santiago Sas.* Y como honrar la memoria de los pasados es sagrado deber de los presentes, la Real Junta del Centenario se creyó obligada á restablecer el sencillo monumento pagando deudas de justa é inefable gratitud á los tres ínclitos varones, cuyos nombres deben ser saludados con profundo respeto por quien se precie de buen zaragozano.

D. Vicente Bustamante

Después del primer Sitio de Zaragoza, donde, como teniente de Rey y gobernador interino de la plaza en los días 15, 16 y 17 de Junio de 1808 hasta el regreso del Marqués de Lazán se condujo con tanto valor, prudencia y pericia, que á sus disposiciones se debieron muy en primer lugar, la vigilancia y reglamentación de la defensa, fué ascendido por Palafox al grado de brigadier y devuelto al gobierno político-militar de Alcañiz, encomienda de la Orden de Calatrava que ya tenía en propiedad muchos años antes, puesto que en la Guía Oficial de 1794 figura con tan honorífico destino. Es decir que Bustamante no concurrió al segundo Sitio, pero no por eso tuvo un final menos trágico que cuantos en la catástrofe zaragozana sucumbieron.

El mariscal Lannes, que á mediados de Enero tenía muy adelantado el asedio de Zaragoza y asegurada en breve plazo su conquista, destacó fuerzas considerables del ejército sitiador con el objeto de auyentar á los partidarios, dominar el país y recoger subsistencias para sus tropas. Una de estas columnas fuerte de 2.000 infantes, 600 caballos y algunas piezas de artillería de campaña al mando del general Wathier marchó á la Tierra Baja, y después de dispersar á 3.000 paisanos que en la Puebla de Híjar se atrevieron á hacer cara, atacó vi-

gorosamente la ciudad de Alcañiz que al cabo de tres horas de vigorosa resistencia fué tomada por asalto.

Ocurrió esta desdicha el día 26 de Enero de 1809; Wathier entró en Alcañiz á saco y degüello, pasando de 140 personas las que perecieron, según escribe el historiador D. Nicolás Sancho; el gobernador, parte de la guarnición y muchos vecinos, lograron fugarse saliendo de la plaza cuando el enemigo victorioso entraba en ella, y el veterano Bustamante logró llegar á la Fresneda donde se creyó en salvo, no pudiendo esperar que los paisanos de aquel pueblo, apellidándole traidor, le asesinaran injusta y cruelmente, como lo hicieron.

Tan absurdo y doloroso fué el final del anciano caballero calatraveño, víctima del desenfreno de un populacho exaltado por inconsciente furor patriótico. Había seguido la carrera militar en el Real Cuerpo de Guardias de Corps, residió muchos años en Zaragoza, era muy estimado de los hermanos Palafox y contaba 60 años al morir. En su partida de defunción se expresa que era zaragozano, en lo que suponemos haya error, pues según nuestras noticias había nacido en la montaña de Santander, donde el apellido Bustamante es de la más calificada y antigua nobleza.

Su viuda, D.ª María Benita Viu, defendió con perseverante dignidad la buena y honrada memoria de su desdichado esposo, promoviendo la formación de un proceso sobre el cual recayó sentencia del Consejo Supremo de Guerra y Marina publicada por R. O. de 6 de Marzo de 1819 en la que se declara la completa honorabilidad del brigadier Bustamante, víctima inocente de un lamentable error popular.

D. Antonio y D. Jeronimo de Torres

Grandes fueron los servicios prestados á la defensa de Zaragoza por estos dos patriotas é infatigables hermanos á quienes el historiador Gómez de Arteche llama *los dos ilustres Torres*.

Ambos nacieron en el lugar de la Muela, próximo á Zaragoza, en la casa solar y armera de su apellido, y fueron hijos de los cónyuges D. Jerónimo de Torres (primer capitán y organizador de la compañía de miñones en 1766) y D.ª Jerónima Jimeno.

Ambos eran militares de antigua y honrosa carrera, y como primero y segundo jefe, el coronel D. Antonio y el teniente coronel don Jerónimo mandaban en 1808 *la compañía de fusileros de Aragón*, vulgo *Miñones* (especie de sección de Guardia civil, compuesta de 200 in-

dividuos de escogida y veterana tropa) creada por su padre como queda dicho.

Y de ambos puede afirmarse con evidencia, que apenas se registrará un episodio importante en la defensa de Zaragoza, desde el glorioso alzamiento del 24 de Mayo de 1808 hasta el día triste de la capitulación en que no figuren dignamente. Ellos acompañaron al general Guillelmi á la reclusión de la Aljafería impidiendo con su prestigio que fuera ofendido por las turbas; y tomaron parte principal en la proclamación de Palafox como caudillo; y concurrieron al *choque de Alagón*, donde D. Antonio resultó herido; y á la *batalla de las eras el 15 de Junio;* y á rechazar el ataque general de los franceses el 2 de Julio en que el general testigo de su intrepidez, supo galardonarlos ascendiendo á brigader á D. Antonio y á coronel á D. Jerónimo.

Día de honor y gloria fué para D. Antonio de Torres el memorable *cuatro de Agosto de 1808*. El formidable ataque de los sitiadores había prevalecido á pesar de la tenaz resistencia con que fueron defendidas la puerta y batería de Santa Engracia. El enemigo, avanzando como impetuoso torrente, se apoderaba del convento y puerta del Carmen, recorría en triunfo la calle de Santa Engracia, se extendía por los dos ramales del Coso hacia el Mercado y plaza de la Magdalena é invadía el arco de Cineja y calle del Peso (hoy del 4 de Agosto). Soldados y paisanos huían aterrados y despavoridos hacia el Arrabal, y ante tales hechos que auguraban la total perdición de la ciudad, Palafox, general en jefe del ejército de Aragón y que como tal no debía dejarse coger prisionero incautamente, resolvió ir á ponerse al frente de las tropas que tenía en Osera, acompañado de sus hermanos, del intendente Calvo de Rozas, y todo el cuartel general, dejando á don Antonio orden por escrito para que se encargase del mando de la harto comprometida plaza.

Crítica era la situación del nuevo gobernador, pero no vaciló un momento en afrontarla. Retiene en la plaza de la Seo á los militares y paisanos que corrían empujados por el pánico hacia el puente de Piedra; les arenga con energía; los reacciona virilmente ayudado de su hermano y el coronel Obispo; avanza con esta muchedumbre por las calles transversales, que van al Coso matando sin compasión á los soldados enemigos, que encuentra dedicados al pillaje y merodeo, y consigue paralizar la acción de los que ya se creían dueños de la ciudad, encerrándoles á tiros y bayonetazos en los edificios del Hospital y San Francisco, de donde no pudieron salir sino por su línea de retirada en la noche del 13 al 14 de Agosto cuando Lefevre levantó el primer Sitio.

Y aunque la gloriosa jornada del *cuatro de Agosto* no pasa de ser un triunfo relativo, puesto que los sitiadores, siquiera acorralados,

ocupaban el corazón de la ciudad, y aunque se reconozca, como es justo, que al éxito obtenido contribuyeron otros militares, ciudadanos y eclesiásticos como Renovales, Simonó, Sas, Casamayor, D. Ignacio López, Cerezo, Piedrafita, San Clemente y muchos más, fuerza será convenir que del gobernador partió la hábil dirección, la valerosa iniciativa y el empuje del ataque contra el enemigo desbandado que ya saqueaba y destruía los barrios centrales de la ciudad con salvajismo impropio de tropas disciplinadas. El brigadier Torres fué en aquellos momentos el salvador de Zaragoza, y en el parte por escrito que inmediatamente remitió á Osera, lícito le fué descargar su amargura lamentándose *de la ausencia de Palafox y de sus señores hermanos en día de tanta gloria*, pidiendo su inmediato regreso con refuerzos, municiones y bastimentos, *pues ni yo ni nadie,* añadía, *podrá librar á esta plaza del comprometimiento en que V. E. la ha dejado, con unos enemigos tan feroces.*

En las postrimerías de su gobierno de 24 horas, pues apenas transcurridas se presentaba de nuevo á tomar el mando de la plaza el marqués de Lazán, todavía manifestó D. Antonio su energía moral en la junta de guerra, celebrada en la mañana del 5, que *acordó, por unanimidad, proseguir la defensa á todo trance y no contestar á la intimación que acababa de hacer Lefévre:* resolución bien diferente á la que con torpes y mal intencionadas reticencias, insinúa D. Lorenzo Calvo en el desatinado engendro publicado en Madrid (año 1839) bajo el título *Resumen histórico de la defensa de Zaragoza en su primer Sitio.*

Y después de esto vemos en los Diarios la constante participación de los Torres en cuantos trabajos y hechos hazañosos acaecieron hasta el día de la capitulaeión; la valerosa salida que hicieron al vado de Gállego en la tarde del 5 de Agosto para auyentar las avanzadas francesas y favorecer la entrada en la ciudad del convoy de pólvora y del batallón de Guardias Españolas al mando de D. Nicolás Fivaller; la organización del regimiento de Fusileros del Reino sobre la base de la antigua compañía de miñones con la fuerza efectiva de 1291 plazas; la conducción de los franceses presos en la Aljafería al castillo de Alcañiz efectuada por D. Antonio y D. Mariano Cerezo el 25 de Noviembre; la tenaz defensa de la línea que forman los edificios de la Encarnación, Hospital de Convalecientes y San Ildefonso, en que se estrellaron los esfuerzos del sitiador al finalizar el segundo Sitio; y por último, la gallarda actitud del veterano brigadier cuando, en la atribulada Junta de 21 de Febrero de 1809, votaba contra toda idea de capitular apoyando la temeraria proposición del general Saint-Marcq de que la guarnición, rompiendo las líneas enemigas, se abriese paso con la espada y la bayoneta. ¿Quién podrá presentar mejores títulos á la gratitud de Zaragoza?

Prisioneros por consecuencia de la capitulación, fueron ambos hermanos conducidos á Francia, de donde regresaron en 1814 condecorados por el Rey cristianísimo con la Flor de lis de la Vendèe. Años más tarde visitaron por segunda vez la nación vecina á donde tuvieron que emigrar en 1823, perseguidos por la reacción realista.

Nació D. Antonio en 1751 y empezó adolescente la carrera militar, que siguió con fortuna y lucimiento puesto que en 1793 era ya teniente coronel. Ascendido á brigadier por Palafox, como queda dicho, fué promovido á mariscal de campo (general de división) por la Junta Suprema gubernativa del Reino, con antigüedad de 3 de Marzo de 1809. Estuvo empleado en el Ejército del Centro en 1815, era caballero gran cruz de San Hermenegildo desde 1816, y, además de la preciada cruz de tercera clase de la orden de San Fernando que le fué otorgada por sus hazañas, lucía las condecoraciones de las dos defensas de Zaragoza.

Era D. Antonio de Torres de aventajada estatura, enjuto de carnes y de carácter algo adusto, pero persona noble, leal, respetabilísima y muy estimada en Zaragoza. De la severidad de su genio, poco amigo de charlatanes, daba clara muestra la pintura de la mampara que cerraba la puerta de su despacho, representando á *un miñón aragonés puesto el dedo índice delante de la boca,* en actitud de imponer silencio á cuantos esperaban en la antesala. Afiliado al partido constitucional en el trienio de 1820 á 1823, costeó de su propio peculio una modesta lápida de la Constitución para el pueblo de la Muela, que fué colocada en su plaza con gran fiesta de *negros* é irritación de *blancos;* donativo político de evidente puerilidad, pero que dió margen á futuras persecuciones y bastó para que Fernando VII tomase ojeriza al donante hasta el punto de que, á pesar de sus méritos notorios, y de estar á la cabeza de los mariscales de campo, nunca quiso ascenderle á teniente general. Había casado en Zaragoza á 24 de Febrero de 1799 con la señora D.ª Bruna Cánovas y Naura, propietaria de la casa conyugal, en que murió á la avanzada edad de 81 años, el día 14 de Julio de 1832 (según consta en los libros de difuntos de San Juan y San Pedro) y después de solemnes exequias celebradas en la iglesia del convento de San Francisco, fué sepultado en el Cementerio del Hospital con todos los honores de ordenanza y acompañamiento del pueblo en masa, que quiso rendir ese tributo *al mayor héroe del Cuatro de Agosto.* Su viuda D.ª Bruna Cánovas sólo le sobrevivió tres años, falleciendo á 15 de Diciembre de 1835.

Hija única y heredera de tan distingnidos consortes fué D.ª Jacinta de Torres y Cánovas, que al morir en 1858, legó para obras benéficas la casa nativa en que moraron y fallecieron sus padres, que lleva el núm. 50 de la calle de D. Jaime el Conquistador, modernamente

reconstruída y propia ahora de los Sres. Hernández Fajarnés. ¿No es verdad que el renovado frontispicio estaba pidiendo á voces la lápida conmemorativa, que ya ostenta, el nombre de su anterior dueño el casi olvidado héroe *del Cuatro de Agosto?* Con el producto de la venta del vetusto caserón se hizo la gran cocina nueva de la casa de Misericordia y se construyó la capilla del Cementerio del Hospital en cuya cripta yacen el matrimonio Torres y la fundadora D.ª Jacinta.

D. Jerónimo de Torres era algunos años menor que su hermano, de quien fué compañero inseparable, y no alcanzó su longevidad pues murió en 1828 siendo brigadier de infantería, grado á que le ascendió la Junta Suprema con antigüedad de 9 de Marzo de 1809 por sus méritos en las dos defensas de Zaragoza, con cuyas condecoraciones se honraba. Era ya teniente coronel al comenzar el siglo XIX en cuya época se casó con la Sra. D.ª Luisa Cotored y Guzmán de quien tuvo distinguida sucesión. Y diremos para concluir que en casa de la respetable Sra. D.ª Mariana de Aisa y Perpiñán, viuda del coronel de caballería D. Jerónimo de Torres y Cofered, consérvanse pintados en miniatura y vistiendo el típico uniforme de los *Miñones ó fusileros de Aragón*, los retratos de los dos heroicos hermanos que tanto enaltecieron su apellido peleando sin descanso en la defensa de Zaragoza.

D. Jorge Juan Guillelmi y Andrada

El teniente general Guillelmi, aunque oriundo de Italia, no fué italiano, como algún moderno escritor supone, pues nació en Sevilla á 5 de Enero de 1734. Fué caballero del hábito de Santiago; comenzó á servir de cadete en el regimiento infantería de Bruselas, antes de cumplir los doce años y en 5 de Febrero de 1757 ascendió, previo examen, á subteniente del segundo batallón del regimiento Real de artillería, en cuyo cuerpo continuó sirviendo todos los grados de la escala militar hasta su promoción á teniente general. Como sabio facultativo se distinguió profesando las matemáticas en la Academia de Segovia desde 1781 hasta 1790, y viajando en comisión por Francia, Bélgica y Alemania durante los años 1791 y 92, presentando al regreso, como fruto de su observación y estudio, cuatro excelentes memorias técnicas que no sabemos hayan sido publicadas. Era persona por todos títulos respetable, prudente y docta; poseía profundamente las ciencias exactas y las naturales, y le eran familiares los principales idiomas europeos,

Y si como facultativo era un oficial brillante, no se distinguió menos como buen soldado en la campaña de Portugal, en el heroico sitio de Gibraltar, y en la peligrosa guerra contra la república francesa por las fronteras de Navarra y Guipuzcoa, donde pagó á la patria el tributo de su sangre, quedando atravesado de un balazo en el ataque de *Castel Piñón*. Promovido por antigüedad á coronel de artillería en 1796, cuando ya disfrutaba empleo personal de teniente general de ejército, fué al año siguiente nombrado capitán general del Reino de Aragón y presidente de su Real Audiencia, cargos que ejerció en una década á satisfacción de los honrados aragoneses: su mano sólo era pesada para los criminales.

Agradecido á Godoy que había hecho justicia á sus méritos elevándole á la cumbre de la milicia, no por eso faltó á sus deberes de español amante de la patria independencia; pero sobrevinieron los gloriosos acontecimientos de Madrid precursores de la guerra sin tregua con que España respondió al reto del moderno César, y Guillelmi, obediente al gobierno constituído, y á la Junta que presidía el infante D. Antonio, aconsejó á sus administrados la calma, la prudencia y la concordia en su bando del 5 de Mayo de 1808, en que el más exigente crítico no podrá vislumbrar una sola frase que no sea juiciosa, oportuna y correcta. Mas no lo comprendió así el pueblo zaragozano, que respondiendo al movimiento madrileño con la explosión del 24 de Mayo, no sólo despojó del mando al anciano capitán general, cosa que hubiera sido natural y corriente en aquellos momentos, sino que le puso en prisiones encerrándole en la Aljafería, donde permaneció durante los dos Sitios enfermo y abatido, desde 24 de Mayo de 1808 á 12 de Marzo de 1809, en que su cadáver fué depositado en la iglesia de San Martín del histórico palacio.

Tal es en breve síntesis la vida y muerte del general Guillelmi que extractamos de sus biografías; pero el juicio póstumo, la crítica de un siglo después, tienen que decir algo más, tienen que asentar sin rodeos que la prisión del noble anciano *fué un acto de notoria injusticia,* y vamos á probarlo.

Queriendo justificar tan dura medida un orador famoso, no encontró á mano mejor argumento que injuriar á Guillelmi, diciendo que era *afrancesado, delito atroz para los zaragozanos de entonces.* Pero ni aún eso es cierto y hay imperdonable ligereza en el calificativo: Guillelmi no fué á Francia á rendir homenajes á Napoleón, ni los rindió por escrito, ni menos pudo prestar obediencia á José Bonaparte nombrado rey de España por decreto imperial á *6 de Junio de 1808 cuando el general llevaba ya trece días en prisiones.* Resultando con toda la fuerza de la evidencia que ni existió, ni se dió tiempo á que existiese el pretendido *afrancesamiento.* Su obediencia á Murat era la de-

bida al lugarteniente general de Carlos IV, no al representante de los Bonapartes.

El presbítero D. Ramón Cadena, que es á no dudar *el más rudo é inculto* pero á veces el más ingenuo de los historiadores de los Sitios de Zaragoza, no llegó en sus atrevimientos á injuriar al general Guillelmi como lo hizo el orador aludido. Solo dice que los zaragozanos tuvieron su congreso secreto, y que una de sus determinaciones fué *«ver el modo de precaber que los puestos en mando por el vil, infame, traidor, y vendedor del Reino, Godoy, no manden, apartándolos á do convenga, y esto ha de ser la primera empresa. Asi lo ejecutaron; pues se fueron al Palacio del general Guillelmi, le pidieron armas y municiones; la respuesta fué que no tenía; replicaron, en la Aljafería las hay: Vuestra Excelencia ha de venir á darlas y distribuirlas, y no tema Vuestra Excelencia: con este modo el Sr. Guillelmi fué allá y llegado que fué, al punto le cerraron, dexaron guardia, y miraron la Armería, se apoderaron de las armas, etc.»* Véase cómo la apreciación del historiador es que Guillelmi fué preso tan sólo porque Godoy le había colocado en el mando que desempeñaba. Ni siquiera se opuso al armamento popular, y, cuando se prestaba á disponerle cayó en el lazo que le preparó el rencor, quedando encerrado en la torre del castillo, donde pasó nueve meses de cautiverio seguido de su muerte.

Don Agustín Alcaide, historiador oficial de los *Sitios de Zaragoza*, da á la detención de Guillelmi el carácter de *prevención para salvar su vida del furor popular*, y así fué sin duda en los primeros momentos: pero, ¿por qué después no se aprovechó ninguna ocasión propicia para ponerle en salvo? ¿Por qué no se le puso en libertad después del primer sitio? Pecado fué éste y pecado grande del general Palafox, siempre débil para oponer su autoridad á las bajas pasiones de la multitud. ¡Cuántas veces en las soledades de su calabozo de Vincennes turbaría los sueños del glorioso caudillo de los zaragozanos el espectro del mártir de la Aljafería!

La temosidad aragonesa persiguió á Guillelmi hasta más allá de la tumba. El anónimo autor de los *«Acontecimientos ocurridos en Aragón en la guerra contra Francia desde 1808 á 1813»*, dice al hablar de la capitulación de Zaragoza, (pág. 61)..... *«La opresión de tantos puso en libertad al general Guillelmi y al conde de Fuentes..... Poco duraron las satisfacciones de uno y otro, que en breves días murieron»*.

Así hablaba el rencor; pero de pasión tan bastarda no manarán jamás las puras y tranquilas aguas de la verdad histórica. Los nueve meses de prisión estrecha seguidos de la muerte. que el despotismo popular impuso al venerable General Guillelmi en odio á Godoy, serán eternamente uno de los lunares que afean el cuadro admirable de la defensa de Zaragoza. No es posible defender lo contrario sin incurrir

en notoria ignorancia y palmaria injusticia. Los hechos y las fechas, más convincentes y piadosas que el furor patriótico y la locuacidad indiscreta, vindican por su propia eficacia la memoria del desventurado general.

SEGUNDO GRUPO

LOS ARTILLEROS

En Mayo de 1808 no tenía el Real Cuerpo de Artillería otra fuerza en Zaragoza que la compañía fija establecida en dicha capital por la plantilla vigente á la sazón. No sabemos á cuánto ascendería su fuerza presente, pero, descontando el destacamento de Jaca á cargo del subteniente D. Félix Iñigo, puede asegurarse que el efectivo disponible en Zaragoza, no pasaría de 50 individuos de tropa al mando del teniente facultativo *D. Francisco Camporedondo* y del subteniente práctico *D. Pedro Dango*. Vacante entonces la Comandancia de Artillería de la plaza, desempeñábala interinamente el teniente Camporedondo, pero debe advertirse que tan pronto como el capitán retirado del Real Cuerpo *D. Ignacio López Pascual* se presentó al general Palafox, fué de hecho el director de todos los servicios de la artillería, marchando Camporedondo á encargarse de la Comandancia de Jaca.

Además de los oficiales anotados, residía en Zaragoza, el teniente del Cuerpo *D. Rafael de Irazabal,* á quien los patriotas recluyeron en el Castillo de la Aljafería por el único delito de ser sobrino del capitán general D. Jorge Juan Guillelmi, depuesto y arrestado en dicha fortaleza á consecuencia del alzamiento del 24 de Mayo.

Por estos mismos días llegaba á la Capital el capitán 1.° del Real Cuerpo *D. Juan Nepomuceno Consul* que, en virtud de órdenes de Palafox y por su propio derecho como oficial más antiguo, tomó posesión de la Comandancia. Tan benemérito artillero concurrió con su valor habitual al choque de Alagón, pero no llegó á tomar parte en la batalla de las Eras por haber salido en posta para Huesca, donde se detuvo cinco días á fin de organizar fuerzas y allegar recursos de orden del general, según escribe el Conde de Toreno.

No es fácil empresa puntualizar el número de los artilleros existentes en la ciudad al comenzar el primer Sitio, siendo tan grandes como

son las contradicciones de los historiadores: Alcaide, el más minucioso y abundante en noticias, afirma (Tomo I, pág. 62) que el 14 de Junio, víspera del primer ataque del enemigo, sólo se contaba con 50 artilleros, esto es con la fuerza de la Compañía fija; pero esta cifra es tan notoriamente errónea que el mismo historiador la rectifica en el estado inserto á la pág. 325 del citado tomo, de cuyos datos resulta que días antes de que Lefebvre embistiese á Zaragoza, había en la plaza 1.463 soldados veteranos, de los que, los 250 eran artilleros y zapadores.

Pero tampoco es cierto este dato; las compañías de zapadores organizadas é instruídas por el insigne sargento mayor del Real Cuerpo de Ingenieros D. Antonio Sangenís, no fueron creadas hasta que principiaron los trabajos de fortificación en 18 de Junio, y ya el 14 de dicho mes había entrado en la plaza un pelotón de 250 artilleros del primer regimiento, procedentes de Barcelona, que se puso á cargo del capitán Cónsul. El autor anónimo del librito titulado *Acontecimientos de Aragón*, que en 1813 á raíz de aquellos redactaba sus impresiones de testigo ingenuo, libre de la monomanía de Alcaide (siempre empeñado en regatear al ejército su participación en el primer Sitio) al describir la famosa batalla del 15 de Junio y la heróica resistencia opuesta al enemigo en las puertas de la ciudad, en la Aljafería y demás puntos atacados, dice textualmente (pág. 16): «*Doscientos cincuenta artilleros* que salieron de Barcelona y llegaron el 14, estaban con los pocos de la plaza distribuídos en estos parajes.» Ya vamos viendo claro: añádase esta fuerza del primer regimiento á la de la compañía fija, y resultará que el Real Cuerpo de Artillería contribuyó á la defensa de Zaragoza desde los primeros momentos de su asedio con los tres oficiales facultativos D. Juan Consul, D. Ignacio López y D. Rafael de Irazábal, el práctico D. Pedro Dongo y 300 ó más individuos de tropa.

A fines de Junio ya estaba en Zaragoza, procedente de Navarra, el benemérito capitán 1.º *D. Salvador de Ozta,* que por su valeroso comportamiento en los combates de los dos primeros días de Julio, fué ascendido por Palafox al empleo de Sargento mayor de Artillería, y siendo el más antiguo de los oficiales presentes, se encargó de la Comandancia del arma, desempeñándola con tanta firmeza como sabiduría, hasta que en la memorable jornada del 4 de Agosto, fué forzoso retirarle de las baterías de Santa Engracia gravemente herido. En 1.º de Julio llegaban procedentes de Barcelona, impulsados por su honor y patriotismo, los subtenientes, recién salidos de la academia, *D. Jerónimo Piñeiro de las Casas y D. Francisco Betbecé,* que desde luego tomaron el mando de las baterías más castigadas por el sitiador; al segundo de estos oficiales le pusieron Calvo de Rozas y Alcaide el apodo de *Bozete,* con tanta fortuna, que pasaron por él tomándole por apellido verdadero los historiadores Conde de Toreno, Príncipe, General

Arteche y hasta el sabio preceptista artillero D. Manuel Fernández de los Senderos engañados por la autoridad de los inventores del desatino.

Que en todo el mes de Julio se acrecentó grandemente el número de artilleros con los que fugados de las plazas ocupadas por el enemigo llegaban á cada momento á la ciudad, es un hecho que no admite duda, porque en los primeros combates de dicho mes fueron numerosísimas las bajas de sangre, y á pesar de ello más bien aumentó que disminuyó el efectivo numérico, puesto que contaba el cuerpo con un sargento mayor, tres capitanes, tres tenientes, tres subtenientes, 10 sargentos, 34 cabos y 306 artilleros de tropa veterana, ó sean cuatro compañías bien completas. (Alcaide, Tomo I, pág. 160.) Cierto que esta fuerza con su escasa oficialidad no era bastante para manejar de día y de noche más de 70 piezas de todas clases y calibres, repartidas en una multitud de baterías en constante ejercicio, y de aquí que los oficiales de ingenieros *Cortinez y Simonó*, el teniente de navío *D. José Primo de Rivera* y su hermano *D. Joaquín,* capitán de infantería, el de caballería *D. Luciano de Tornos* y otros varios tuvieran que encargarse de la dirección de los fuegos en algunos parajes, y que gran número de voluntarios y soldados de infantería tuviesen que ayudar eficazmente al servicio y manejo de los cañones.

Pero debemos aclarar la duda que surge á la vista del párrafo antecedente. De la afirmación de Alcaide, resulta que á principios de Julio había en Zaragoza diez oficiales del cuerpo, de los cuales solo hemos nombrado siete; los tres restantes son el sargento *D. Jaime Gaist.* (Rit según dicho historiador) ascendido por el general Palafox á subteniente práctico, el capitán 1.º *D. Angel Salcedo* comandante del arma en la columna del Barón de Warsage y el teniente *D. Juan Calixto de Ojeda* afecto á las fuerzas del coronel Perena y comandante de las baterías del Arrabal en las postrimerías de la 1.ª defensa.

Antes que ésta terminase con la retirada de los sitiadores, todavía recibió la guarnición el refuerzo de una batería montada, de seis cañones de á 4, que procedente de Tarragona y al mando del capitán *D. Manuel de Zara* llegó á Osera el 5 de Agosto entrando en la capital el 9 del mismo mes con las tropas de socorro acaudilladas en persona por el general Palafox: con esta fuerte columna venían los capitanes *D. Pascual de Antillón* y *D. Joaquín Lirón de Robles*, y de jefe de todos ellos el coronel *D. Diego Navarro Sangrán.* Por las fechas expresadas se comprende que esos oficiales del Cuerpo contribuyeron al éxito de la defensa, concurriendo durante cinco días á los últimos combates del Coso hasta que los enemigos levantaron el Sitio.

El comportamiento de los artilleros, tanto oficiales como soldados, fué tan admirable que excede á la mayor ponderación; sellaron con su sangre todas las puertas del endeble muro, quedando 17 fuera de

combate en la batalla de las Eras el 15 de Junio (Alcaide, Tomo I; pág. 81); solo en la defensa de la puerta del Portillo durante los furiosos ataques del 1 al 2 de Julio perecieron 50 al pie de los cañones (Alcaide. Observación XIV de Palafox, Tomo III, pág. 169); en la gloriosa jornada del 4 de Agosto murieron cuantos servían las piezas de la batería de Santa Engracia (Alcaide, Tomo I, pág. 204), siendo además considerable la suma de los que en las otras puertas, en las varias voladuras, en las salidas y acciones de las afueras sucumbieron al rigor del hierro y fuego enemigo. Sin incurrir en pecado de exageración, bien puede asegurarse que las bajas de nuestros artilleros excedieron de 200 individuos, cuya cifra representa más de la mitad de la fuerza combatiente.

Por eso no es de extrañar que aquellos valerosos soldados fuesen tan deseados y bien admitidos, que el aumento de uno solo era una verdadera adquisición para los comandantes de los puestos artillados. Esmerábase el vecindario en agasajarlos, llevándoles alimentos y refrescos á las baterías, y entre los artilleros de las puertas del Portillo y Sancho llevaron á cabo las heroinas Agustina Zaragoza y Casta Alvarez aquellas singulares hazañas, que les conquistaron duradera y simpática fama en las historias. El día 2 de Julio en que eran enormes las bajas de sangre, llegaron á la Puebla de Alfindén nueve artilleros procedentes de Cataluña, y el coronel Gómez de Butrón, jefe de aquella avanzada, los remitió en un carro á la plaza, para que ganando velocidad llegasen á tiempo de tomar parte en las luchas de tan memorable día (Alcaide, Tomo I, Cap. XV, pág. 160).

Y como siempre que la artillería se fracciona del modo extraordinario con que lo efectuó en Zaragoza, por el gran número de puestos que fué forzoso guarnecer, sube de punto la importancia de los sargentos, debemos hacer constar que los del Cuerpo se portaron á maravilla por su valor é inteligencia, distinguiéndose muy especialmente algunos de ellos cuyas semblanzas formarán parte de nuestra Galería.

No concurrieron á la 2.ª defensa algunos oficiales del Real Cuerpo que se habían distinguido notoriamente en la 1.ª: fueron éstos *D. Ignacio López,* comisionado por Palafox para que le representase cerca del Gobierno Nacional; *D. Rafael de Irazabal,* que desaparece sin que sepamos cuál haya sido su suerte; *D. Jerónimo Piñeiro,* prisionero del enemigo en la gloriosa jornada del 4 de Agosto, y por último *D. Manuel de Zara, D. Pascual de Antillón, D. Juan Calixto de Ojeda* y *D. Joaquín Lirón de Robles* que en Octubre de 1808 salieron para Cataluña mandando la artillería afecta á la división expedicionaria del Marqués de Lazán.

Pero la falta de estos siete beneméritos oficiales fué subsanada con exceso por los que llegaron al final del 1.er Sitio con las divisiones valenciana y murciana. Aun con tan valioso refuerzo no pasaron de 21 jefes y oficiales facultativos y 3 prácticos los concurrentes á la 2.ª defensa, cuya lista insertamos á continuación.

Mariscal de Campo	D. Luis Gonzaga de Villaba.
Brigadier Coronel	D. Diego Navarro Sangrán.
» »	D. Angel de Ulloa.
Teniente Coronel	D. José de la Serna.
» »	D. Manuel de Velasco.
» »	D. Salvador de Ozta.
» »	D. Juan Consul. †
» »	D. Angel Salcedo.
Capitán	D. José Ruiz de Alcalá.
»	D. Matías Moñino.
»	D. Miguel de Forcallo. †
»	D. Joaquín Montenegro.
»	D. Juan de Pusterla. †
Teniente	D. Francisco Betbecé. †
Subteniente	D. José de Saleta. †
»	D. José Rodríguez Zambrano. †
»	D. Joaquín de Villaba.
»	D. José Arnedo y Antillón.
»	D. José de Aguilar.
»	D. Rafael del Pino.
»	D. Antonio Primo de Rivera.
Teniente práctico	D. Pedro Dango.
» »	D. Francisco de Nevot. !
Subteniente práctico	D. Jaime Gaist (Rit según Alcaide)

Eran pocos, pero buenos, como dice el general Gómez Arteche, y claro es que para las ímprobas atenciones del servicio de las 26 baterías instaladas en el recinto y puestos destacados, sin contar las secciones volantes empleadas en las salidas, y las piezas que defendieron las calles en la guerra de casas, se necesitaba un personal mucho más numeroso de capitanes y subalternos: 20 de los primeros y 40 de los segundos no hubieran sido demasiados, siendo forzoso subsanar la diferencia agregando al servicio del Cuerpo muchos oficiales de las otras armas que se portaron muy bien, y de los cuales sólo hemos podido identificar los 12 siguientes:

Teniente de Navío	D. Santiago Salazar.
Alférez de Navío.	D. Félix Ruiz.
Teniente de Infantería	D. Isidro Meseguer. †
» »	D. Nicolás Corona.

Teniente de	Infantería	D. Santiago Angulo.
»	»	D. Jaime Fábregues.
»	»	D. Felipe Zayas.
»	»	D. Nicolás Rodabani.
»	»	D. Gregorio Martín.
Subteniente de	Infantería	D. Mariano Yoldi.
»	»	D. José Lecumberri.
»	»	D. Pedro Moya.

Y como quiera que no de todos estos beneméritos defensores hemos logrado reunir los datos necesarios para escribir sus biografías, cumplimos un deber de justicia dejando consignados sus nombres.

Decíamos en el *Concepto Crítico,* que en Zaragoza se habían reunido muchas más piezas de artillería de las necesarias para su defensa, y justo será que nos detengamos á probar esa afirmación.

En los almacenes de la Aljafería había desde el año 1797 un tren de artillería de campaña compuesto de 75 cañones de á 4 y bien se ve lo considerable del número aunque esas bocas de fuego fueran de muy escaso efecto. Y como á fines del mes de Junio se recibieron 6 cañones gruesos procedentes de la plaza de Lérida y 2 obuses que vinieron de Monzón, resulta que los defensores dispusieron de 83 piezas de diferentes clases y calibres, sin contar en ellas la batería del Capitán Zara y el pequeño tren que introdujo Palafox en 9 de Agosto, ya que en Octubre de 1808 volvieron para Cataluña con la división del Marqués de Lazán.

Debe advertirse que en las jornadas de Mallén, Alagón y Epila, así como en las baterías de Buena-Vista y puentes de la Muela y Casa-Blanca se dejaron clavadas y perdieron 16 de los expresados cañoncitos, cuyo número restado de los 83 que formaban el total, deja subsistente la cifra de 67 bocas de fuego que constituyó la dotación de la plaza en la primera defensa.

Al retirarse los sitiadores el 14 de Agosto, arrojaron al Canal todo su tren de sitio y no pequeño número de piezas de campaña que según datos oficiales componían las siguientes bocas de fuego:

Cañones	de á 4 cortos. . , ...	21
»	de á 8 cortos.	4
»	de á 8 largos.	3
»	de á 12	4
»	de á 16	6
Obuses	de á 2 pulgadas	5
»	de á 7 »	2

Morteros de á 12 pulgadas	5
» de á 9 »	2
Morterete de probar pólvora.	1
	53

Sólo con tan considerable refuerzo de artillería, gruesa en su mayor parte, que elevó hasta 98 el número de bocas disponibles en la 2.ª defensa, puede concebirse el armamento de 26 baterías instaladas en el recinto y sus puestos destacados. Solamente en el frente atacado desde la torre del Pino al convento de Santa Mónica con sus puestos exteriores del Reducto del Pilar y San José, se emplazaron y sirvieron tenazmente nada menos que 11 baterías artilladas con 40 bocas de fuego, sin desatender á los otros frentes y las avenidas del Arrabal. Los morteros y obuses se colocaron preferentemente en las baterías de los Mártires y del Jardín Botánico, para bombardear los edificios de Torrero, parque principal del sitiador.

Y CLARO es que tan extraordinario número de bocas de fuego no podía ser servido por sólo las tropas de artillería que al principio de la 2.ª defensa consistían en las ocho compañías organizadas por D. Juan Consul, y las tres (una de ellas á caballo) procedentes de Valencia, que en conjunto reunían 940 hombres entre artilleros y clases. El servicio resultaba penosísimo y fué forzoso reforzar el personal necesario con gran parte de los regimientos 1.º de Valencia, y Peñas de San Pedro, batallón de Floridablanca, y las partidas sueltas de otros doce cuerpos procedentes del ejército de Andalucía.

Basta lo expuesto para que pueda comprenderse hasta qué punto contribuyó el Cuerpo de artillería á las tenaces y gloriosísimas defensas de Zaragoza. Pero si como combatiente puso tan alta la raya de la fortaleza y del honor, como exclusivamente técnico en la creación de la Maestranza, de la fundición de proyectiles y metralla, en la instalación de la armería, molinos de pólvora y talla de piedras de chispa, fueron tan eminentes sus servicios, que sin su cooperación fecunda, ardorosa y perseverante, hubiera resultado imposible de todo punto la resistencia de una ciudad abierta y desprevenida.

Las biografías que siguen darán á conocer más al pormenor los méritos y servicios individuales del insigne grupo de artilleros defensores, gala del Real Cuerpo y ornamento de la Patria.

D. Ignacio Lopez Pascual

Tristes reflexiones nos asaltan al bosquejar el elogio del benemérito oficial de artillería á quien el conde de Toreno calificó de *pilar de la defensa de Zaragoza en su primer sitio;* del más amado de Palafox; del que más lució por su valor é inteligencia en los peligros supremos y en las más espinosas comisiones, y que, sin embargo de tantos méritos, sólo necesitó el transcurso de una centuria para que el olvido más pesado y frío que la losa del sepulcro, haya borrado su nombre de la memoria de los vivos.

¿Será que las glorias de este mundo se apagan con la brevedad del fuego fatuo? ¿Será que en la vida terrena no cabe la perpetuidad de los recuerdos? Sin duda alguna, porque de otro modo no se concebiría que la corporación artillera haya olvidado el nombre y los hechos del oficial benemérito que tanto contribuyó á extender su clarísima fama por toda la haz de la tierra: no sería posible que un historiador tan diligente y grave como el general Gómez de Arteche, de artillera procedencia, y que sin duda conoció á muchos antiguos oficiales contemporáneos del defensor de Zaragoza, le confunda lastimosamente con D. Ignacio López Pinto, adjudicando á éste glorias que no le corresponden; y aun se comprendería menos que la capital de Aragón haya olvidado del todo los merecimientos del hijo esclarecido que fué alma de su defensa y gloria de sus armas.

Y que de este olvido no tienen culpa alguna los contemporáneos de López, es un hecho indiscutible. El conde de Toreno aprovecha con viva satisfacción todos los lugares de su historia en que tienen acceso los servicios de aquél, para calificarle de sabio y valeroso; el historiador de los sitios D. Agustín Alcaide (en el catálogo de los defensores que prestaron servicios distinguidos é incluye en el tomo III de su obra) trazó una pálida semblanza de D. Ignacio, pero biografía al fin, y que como tal nos instruye de algunas particularidades de su vida; y el célebre cantor de *Trafalgar y de la Imprenta*, el gran poeta Quintana, honró la memoria de López al ocurrir su fallecimiento, publicando en el núm. 49 del *Semanario Patriótico de Cádiz*, su tan sentido como entusiasta elogio necrológico.

De la familia infanzona de los López de Avenia, originaria de la villa de Quinto, nació D. Ignacio en Zaragoza el 1.º de Febrero de 1776, se bautizó en la pila de San Gil y fueron sus padres D. José López y D.ª María Francisca Pascual. Su genio militar y los altos

prestigios del cuerpo de artillería le llevaron al colegio de Segovia, donde terminado el curso de estudios con sobresaliente concepto, ganó la charretera de subteniente alcanzando el 2.° puesto en la promoción de 1798, y ascendido á capitán 2.° en 1803 fué ayudante profesor de la compañía de caballeros cadetes, desempeñando con gran lucimiento la clase de fortificación. En 1804 tuvo necesidad de retirarse del servicio con motivo del fallecimiento de sus padres y hermano mayor para cuidar los intereses de su casa, y en tal situación se hallaba cuando el glorioso alzamiento de Zaragoza vino á sacarle, lo mismo que á su cuñado el entonces capitán y después general D. José Obispo, del apacible y voluntario retiro que disfrutaban, para lanzarles como ardientes patriotas á la lucha por la independencia nacional.

Sus servicios en el armamento de Aragón y en la primera defensa de Zaragoza fueron tan relevantes que basta la simple reseña para que se comprendan y aquilaten sin necesidad de extremar la apología. Estrechamente adicto á Palafox por personales afectos é identidad de miras, fué su leal consejero en las resoluciones, su inseparable camarada en los riesgos, y su persona de confianza para las comisiones más arduas. Por orden del General se trasladó á la frontera el 29 de mayo para asegurar el paso de Canfranc y organizar las defensas de la plaza de Jaca, donde dejó de comandante de artillería al teniente D. Francisco Camporredondo, cuya comisión desempeñó con tanta inteligencia como peligro, pues los patriotas jacetanos le tomaron por espía de Godoy, y hubiera perecido á manos de las turbas sin la intervención del teniente coronel D. Fernando García Marín que calmó la efervescencia popular afirmando que López era un distinguidísimo oficial de artillería afecto con alma y vida á la causa del Rey y de la Patria. Terminada su comisión revuelve á Zaragoza con vertiginosa celeridad, organiza una batería volante de cuatro piezas y asiste con ella al desgraciado choque de Alagón el 14 de Junio; al día siguiente, memorable fecha de la embestidura de la ciudad por las tropas de Lefébvre, gobierna con tanta bravura como inteligencia la batería avanzada de Casa Blanca donde sostiene vigorosamente el fuego hasta que inutilizadas las piezas y envuelta la posición por el enemigo, tiene que retirarse con los defensores de aquel puesto. Fué entonces cuando el ilustre caudillo recordando que las defensas pasivas son siempre infecundas y que, como Capitán General de Aragón tiene el sagrado deber de ponerse al frente del ejército para hostilizar al enemigo por la espalda y obligarle á levantar el sitio, resuelve salir de la ciudad para reunir tropas con el objeto expresado, llevando consigo á nuestro capitán para que prosiga en las operaciones exteriores la serie de importantes servicios comenzada el día del alzamiento.

Unido Palafox á su hermano D. Francisco, á los coroneles Obispo y Gómez de Butron y á nuestro D. Ignacio, llevando á sus órdenes el batallón antiguo voluntarios de Aragón, el regimiento infantería de Fernando VII, los dragones del Rey y una batería de cuatro piezas que había concentrado en Belchite, marchó por Longares á La Almunia de Doña Godina para juntar sus fuerzas con las alistadas en Calatayud por el barón de Warsage; y pareciendo dicho puesto poco extratégico para las operaciones que meditaba, marchó sobre Épila, teatro de antiguas y reñidas batallas, y posición que juzgó excelente para sus miras de hostilizar al enemigo, cortarles sus comunicaciones y socorrer á Zaragoza en cualquier evento, habiendo logrado reunir un efectivo de 2.346 infantes (en su mayor parte paisanos nuevamente alistados) con 363 caballos y cuatro piezas de artillería. Pero comprendiendo Lefébvre la necesidad urgente de conjurar el peligro que amenazaba su retaguardia pudiendo obligarle á combatir con desventaja entre dos fuegos, después de engañar con un ataque simulado á la guarnición de Zaragoza el día 22, dispuso que el coronel Khlopistki marchase rápidamente sobre Épila con tres batallones, un escuadrón y algunas piezas. A las 9 de la noche del 23 están los adversarios frente á frente y sus avanzadas rompen el fuego; al amanecer del 24 principia su ataque el enemigo, y aunque el choque fué sostenido con firmeza por las tropas veteranas y muy especialmente por la artillería que combatió dignamente, distinguiéndose como siempre D. Ignacio López que la manejaba, entró el pánico y consiguiente desorden entre los bisoños voluntarios que huyeron en todas direcciones viéndose forzado Palafox á retirarse sobre Calatayud con los restos de sus fuerzas de la víspera (Toreno, libro V. Arteche, tomo II, cap. IV.)

Lefebvre en tanto apretaba el sitio de Zaragoza, y Palafox, concentrando en Belchite los dispersos de Epila, reunió una columna de 1.300 hombres con 60 caballos disponiéndose á conducir este refuerzo á la ciudad, y no siendo factible llevarlos por la derecha del Ebro sin exposición á una nueva derrota, dispuso que pasasen dicho río por la barca de Velilla, y desde allí los condujo en carros á la capital para evitar el cansancio y aligerar la marcha á fin de que tan importante socorro llegase á tiempo de oponerse al ataque general que preparaban los franceses, como sucedió en efecto, entrando por la Puerta del Angel al anochecer del 1.º de Julio (Alcaide, tomo I, cap. XII, pág. 136).

Ya era tiempo, pues el 2 de Julio, hábilmente preparado el ataque general con el bombardeo é incesante cañoneo de la víspera, fueron todas las puertas de la ciudad, desde la de Sancho á la de la Quemada, teatro de empeñada lucha en que los franceses recibieron duro escar-

miento. Acude López con el Capitán General á los sitios de mayor peligro; combate bravamente en las baterías del Portillo, Agustinos descalzos y Misericordia, y Zaragoza escribe una nueva é inmortal página en sus efemérides.

Viendo los franceses que el *sitio brusco* hasta entonces intentado no puede prevalecer por el heroismo de los defensores, apelan al *sitio en regla,* principiando trabajos de trinchera contra el ángulo saliente de Santa Engracia y Torre del Pino, elegido al efecto por mandato del Emperador; mas no por eso dejan de atormentar á los sitiados con un sostenido bombardeo, ni de procurar la entrada por sorpresa en diferentes puntos del primitivo ataque, mientras van adelantando sus paralelas, y la puerta del Carmen en la noche del 17 de julio es objeto de una enérgica acometida en que nuestra batería dirigida por D. Ignacio López y D. Francisco Betbecé, escarmienta duramente al agresor rechazándole con pérdida considerable. El 29 de julio dispuso el Capitán General que la guarnición practicase salidas por los puestos de Santa Engracia, Arrabal, y puertas del Portillo y Sancho para detener los trabajos del sitiador, y López desde la batería del Portillo apoya con fuegos certeros la salida efectuada por el coronel Marcó del Pont, siendo su comportamiento justamente alabado en la *Gaceta* del día (Alcaide, tomo I, pág. 193); posteriormente cuando en el memorable 4 de Agosto consigue el sitiador penetrar en la ciudad y llegar hasta el Coso, donde le detiene con heróico valladar de fuego y hierro la intrepidez zaragozana, que no cesa de combatir sin descanso hasta la deslucida retirada de los sitiadores en 14 de dicho mes, fué también nuestro D. Ignacio (en alternativa con D. Juan Consul) el comandante de todas las baterías establecidas en aquella calle histórica y en las embocaduras de sus afluentes que tanta importancia tuvieron en el éxito final. (Alcaide, tomo III, pág. 121).

No es de extrañar, por tanto, que servicios tan relevantes tuviesen cumplida recompensa, y que López obtuviese el empleo de coronel al terminar el primer sitio de su ciudad nativa, entre cuyos defensores ingresó de simple capitán. Su carrera fué rápida, pero merecida.

Una de sus más celebradas iniciativas como oficial facultativo consistió en la improvisación de una fábrica de pólvora con utensilios tan rudimentarios como son los almireces de los farmacéuticos, confiteros y chocolateros; pero taller al fin que desde el 10 de julio proporcionó á los zaragozanos algunas arrobas diarias de aquella munición indispensable, sin la cual hubiera sido vano intento el de prolongar la defensa harto comprometida desde el 27 de junio, fecha tristísima de la voladura del Seminario Conciliar que privó á la plaza de su mayor acopio de tan capital elemento. Y aunque es cierto que la elaboración resultaba insuficiente, que la defensa no hubiese podido continuar sin

los auxilios de la fábrica de Villafeliche, y sobre todo sin el gran convoy introducido por Palafox en los últimos días, no por eso se rebaja en lo más mínimo la grandiosidad del pensamiento concebido y ejecutado por D. Ignacio López en los momentos más críticos, que ha venido á establecer en el arte de defender plazas la máxima novísima, *de que la falta de pólvora no debe ser motivo inmediato de capitulación habiendo salitre y azufre en almacenes.*

La retirada de los franceses el 14 de agosto fué originada, no sólo por el valor zaragozano que paralizó sus esfuerzos, sino también por los triunfos de Bailén y Valencia, que obligando al enemigo á retroceder á la frontera, permitió auxiliar á la capital aragonesa con la división Saint-Marcq que ya á una jornada de Zaragoza, decidió el movimiento retrógrado de Verdier y Lefebvre harto parecido á obligada fuga. Pero Palafox, que no desconocía el genio de Napoleón y su inmenso poder, tampoco podía ilusionarse con el triunfo efímero del primer sitio, prólogo no más del drama terrible anunciado con voces de ira y venganza desde la opuesta falda del Pirineo; y lejos de dormirse sobre sus laureles, dió comienzo á los preparativos de la nueva defensa que meditaba, comisionando con plenos poderes al Coronel López para que concertase con la Junta Central los auxilios que la metrópoli aragonesa había menester en el pavoroso trance que la amenazaba.

Pasó el Coronel en Madrid todo el mes de septiembre recibiendo grandes deferencias del Presidente de la Junta Suprema Gubernativa del Reino, así como de su secretario D. Martín de Garay que escuchaban los pareceres militares del Comisionado con la consideración debida á su rectitud y gran entendimiento. Tratábase entonces de la concentración de nuestros ejércitos entre Burgos y Zaragoza para cubrir la capital de la Monarquía y contener la nueva invasión que el Emperador preparaba desde Bayona con poderosos medios; y como para ello debía contarse con la cooperación del ejército británico, fuerte de 23 mil hombres, que se hallaba en Portugal, comisionó la Junta al coronel López, por orden de 6 de octubre, para que, con el personal auxiliar necesario cuyo nombramiento dejaba á su elección, marchase rápidamente á Lisboa á conferenciar con el general en jefe á fin de concertar la entrada en territorio español de aquel lucido ejército al que López debía señalar la ruta más conveniente para su comodidad y la de los pueblos del tránsito, y proporcionarle cuantos socorros de alojamientos, víveres y forrajes pudiera necesitar.

Preparados los auxiliares necesarios que encontró López en el excelente personal de los regimientos irlandeses al servicio de España,

salió de Madrid el 14 de octubre, llegando á Lisboa el 22 y concertó en el acto la entrada de los cuerpos ingleses, que el 3 de noviembre debían estar en territorio español. El cuerpo principal, bajo el gobierno del general en jefe Sir Moore, debía entrar por Almeida en Ciudad Rodrigo; la división Hoppe penetrar por Badajoz; y á la del mayor general Paget, comandante de las tropas ligeras, se le señaló la entrada por Alcántara. Estas fuerzas, lo mismo que el cuerpo principal, tenían prescripta su marcha á Burgos, punto elegido para la concentración. El coronel López estaba ya en Badajoz el 27 de octubre y corriendo postas llegó rápidamente á Salamanca, en cuya ciudad trazó con gran tino y conocimiento los itinerarios que habían de seguir las tres columnas, señalando detalladamente los caminos, pueblos y descansos para que los oficiales auxiliares, en combinación con los Ayuntamientos, tuviesen, como tuvieron, perfectamente dispuestos los víveres y alojamientos necesarios para nuestros huéspedes, por más que las vacilaciones de Moore malograsen la sabia y bien meditada empresa.

Cumplida su comisión, marchó D. Ignacio á Sevilla para dar cuenta del desempeño á la Junta Suprema Gubernativa del Reino, y con pliegos de ésta para Palafox, regresaba á Zaragoza, donde ya no pudo entrar, por estar sufriendo dicha capital los horrores del segundo sitio. En tal situación no vacila un momento el patriotismo del joven oficial, é incorporado al ejército de Cataluña, contribuye al socorro de Gerona asistiendo á las operaciones del general García Conde, y del brigadier D. Enrique O'Donnell, y nombrado por el general D. Joaquín Blake mayor general de artillería de los ejércitos reunidos de Aragón y Valencia, concurre al triunfo de Alcañiz (23 mayo 1809) donde con su acostumbrada pericia, dirigió el fuego de aquella famosa batería de 19 piezas, situada en el cerro de las Horcas, centro de la línea española, que obligó á Suchet á emprender su retirada á Zaragoza después de haber visto destruída por la metralla de López aquella fuerte columna de 2.000 hombres, á cuya cabeza pretendió el general Fabre apoderarse de la posición.

Después del descalabro de María (15 de junio de 1809), volvió López á Cataluña por orden de Blake, para reconocer y poner en defensa las plazas fuertes de dicho principado, concurriendo á la batalla de Vich, donde fué ascendido á brigadier por el general O' Donnell, quien le dió comisión de pasar á Andalucía para informar al Consejo de Regencia de las circunstancias críticas en que se hallaban aquel ejército y provincia. Instalado en Cádiz con el honorífico cargo de Ayudante general de E. M. del Ejército, y cuando la opinión pública conocedora de sus méritos le indicaba para los más altos puestos del Gobierno, contrajo una dolencia ocasionada por los continuos trabajos que había

arrostrado y, descuidada imprudentemente al principio, le arrebató á la Patria y al Ejército el 24 de Octubre de 1810 á la juvenil edad de 34 años; su partida de obito que copiamos literalmente, dice así. «Fr. Ma»nuel Delgado, Cura Párroco de esta Villa Real, Isla de León. Certi»fico: Que en el libro III de entierros á fojas 230 vuelto está la partida »siguiente: En la villa de la Real Isla de León en 25 de Octubre de »1810, se enterró por esta Jurisdicción Castrense, en el depósito co»mún, Casa Alta, el cadáver de D. Ignacio López, brigadier, Ayudante »general de E. M. de este Ejército, natural de Zaragoza, soltero, hijo »legítimo de D. José López y de D.ª Francisca Pascual. Murió en 24 »del mismo, recibió los Santos Sacramentos de penitencia y extrema»unción, testó militarmente. fueron testigos D. Bartolomé Rodríguez »Madueño y D. José Pascual, y para que conste lo firmé en dicho día »*ut supra*. Fray Manuel Delgado.»

Era D. Ignacio López persona de gallarda figura, clarísimo entendimiento y singular erudición, y principió á escribir un diario del primer sitio de Zaragoza, del que por desgracia sólo se conservan los cuatro primeros pliegos. Estos papeles así como los borradores de sus famosos itinerarios, reales despachos, pruebas de nobleza, testamento y partida de defunción, estuvieron en poder de su hermana y heredera la Excma. Sra. D.ª Rita López, viuda del general Obispo, de cuyas manos pasaron á los señores Unceta y López, sus sobrinos, quienes tuvieron la bondad de proporcionárnoslos para redactar esta biografía, que terminaremos con las sentidas frases dedicadas por el gran Quintana á las singulares prendas de nuestro malogrado héroe.

«Festivo y decidor cuando hablaba, era la delicia de sus amigos en »el trato particular, lleno de ocurrencias y sales oportunas. Los exce»lentes estudios que había hecho en su juventud, le proporcionaban »alternar sin violencia, con el humanista, con el hombre de estado y »con el filósofo, del mismo modo que con el militar, hallando todos »en su conversación extremadamente agradable, un compañero inteli»gente y aficionado á aquellos mismos conocimientos. Su corazón, »franco y leal, no conocía el artificio ni la lisonja; y por un privilegio »que la Naturaleza concede á muy pocos, López estaba sin cesar di»ciendo verdades á los hombres y nadie se ofendía de ellas. Fué dolo»roso sin duda, verle perecer en el vigor de la edad, en medio de tan »bellas esperanzas y cuando podía hacer los mayores servicios á su »Patria.»

D. Rafael de Irazabal

El Conde de Toreno y el general Gómez de Arteche en sus respectivas historias de la guerra de la Independencia, al narrar el famoso y frustrado ataque dado por los franceses á las puertas de Zaragoza el memorable 15 de junio, expresan que el Castillo de la Aljafería donde gobernaba D. Mariano Cerezo, contribuyó grandemente con el certero fuego de sus cañones á que el enemigo fuese duramente escarmentado en sus intentos contra la puerta del Portillo, la del Carmen y el cuartel de caballería, posiciones que dominaban las baterías establecidas en aquel antiguo é histórico palacio de los reyes de Aragón, añadiendo un concepto omitido por D. Agustín Alcaide que atribuye al paisano Cerezo todo el mérito de aquel oportuno y bien dirigido cañoneo; y es que un joven oficial de Artillería sobrino del general Guillelmi y preso con éste en el castillo «*olvidándose del agrabio recibido, sólo pensó en no dar quiebra á su honra y cumplió con lo que la Patria exigía de su persona*», al lanzarse á dirigir el fuego de los cañones hábil y denodadamente. Las palabras subrayadas son del Conde de Toreno.

Pero si Alcaide nada dice de esta hazaña, se complace grandemente en referir la prisión del oficial de artillería *D. Rafael de Irazábal*, sobrino de Guillelmi efectuada el 24 de mayo, atribuyéndole el pensamiento de desertar á Jaca, llevando consigo los artilleros que estaban en Zaragoza. (Tomo I, pág. 8.)

Perdonemos al historiador aquella sospecha desprovista de pruebas y racionales fundamentos, en gracia de que nos descubre el nombre del joven oficial que tan gallardamente contribuyó al triunfo del 15 de junio; y séanos lícito manifestar la extrañeza que causa el ver que ni Arteche ni Toreno citen el nombre, cuando ponderan la hazaña.

D. Rafael de Irazábal salió del Colegio de Segovia en la promoción de 1799, ascendió á teniente en 1802, y en 1808, cuando fué detenido en la Aljafería, era Capitán segundo á las órdenes de su tío el Capitán General de Aragón D. Jorge Juan de Guillelmi. Es de presumir que prosiguiese en el Castillo durante todo el primer sitio, pero no podemos afirmarlo. El joven capitán desaparece de toda memoria; en ninguna parte le encontramos, y no podemos decir si su prematura baja en el Cuerpo de Artillería fué por muerte, por voluntaria separación del servicio ó por afrancesamiento: solo nos consta que ya no figura en la Escala de 1810 ni en ninguna de las sucesivas.

D. Jeronimo Piñeiro de las Casas

Natural de Santiago de Galicia, de la noble casa de su apellido, caballero de justicia en la orden de San Juan y hermano del que fué ilustre general de artillería D. Santiago Piñeiro, había ascendido á subteniente el 2 de enero de 1806 con destino al primer regimiento. Hallábase en Barcelona en junio de 1808, cuando los acontecimientos de Zaragoza, inflamando su juvenil entusiasmo, le impulsaron á abandonar aquella plaza en compañía de D. Francisco Betbecé, y correr en posta camino de la capital de Aragón á donde llegaron en la tarde del 1.º de julio.

Su llegada no pudo ser más oportuna; los franceses emprendían vigoroso ataque general á las puertas de la ciudad y Palafox recibió con gran afecto á los jóvenes artilleros destinando á Piñeiro á la batería del Portillo y á Betbecé á la del Carmen.

¿Cómo se portó Piñeiro en la defensa de la batería del Portillo durante el memorable combate del 2 de julio? Dícelo claramente la Gaceta del mismo día en estas breves palabras: *Es imponderable el valor de los oficiales y soldados artilleros y de los comandantes y tropa de las baterías y puestos atacados.* Dícelo también el galardón que Palafox concedió tanto á Piñeiro como á Betbecé, otorgándoles el grado de teniente, en premio de sus hazañas.

Invadidos por el enemigo, poco después, los fértiles campos de Rabal en la izquierda del Ebro, fué preciso disponer columnas volantes que guardasen aquellas cercanías impidiendo todo conato de bloqueo que hubiera sido perjudicialísimo á la defensa. A este efecto se preparó un cañón de campaña que dirigido por Piñeiro concurrió con las demás tropas á los combates de Ranillas el 10 y el 11 de julio, á las reñidas escaramuzas de 14 y 16 del mismo mes en el alto de los Molinos y carretera de Barcelona, al reconocimiento del puente del Gállego el día 23, donde pereció gloriosamente el brigadier D. Manuel Viana, y á las salidas de los coroneles Butrón y Obispo en los días 29 y 30 para obligar al enemigo á que abandonase sus ataques á la Torre del Arzobispo. Después de estos reñidos encuentros todavía combatió denodadamente en la que pudiéramos llamar gran batalla del 4 de agosto, en la cual tuvo la desgracia de quedar prisionero en el Coso, pero su comportamiento había sido tan meritorio y distinguido, que obtuvo por de pronto los grados de capitán y teniente coronel, y tiempo andando la cruz laureada de San Fernando de 2.ª clase.

Conducido á Francia, permaneció 16 meses en el depósito de Dijon, pero logró evadirse y presentarse en el primer ejército en 12 de

diciembre de 1809, marchando en seguida á Cádiz en cuya defensa perseveró hasta el fin de la guerra.

No pasó del empleo de Capitán de artillería, en el cual obtuvo su retiro para Caldas de Reis en 26 de abril de 1820; pero descontento de su inacción ó instigado más bien por sus opiniones constitucionales volvió al servicio en 1823 y estuvo en la defensa de Sevilla contra el ejército realista; y claro es que la reacción le hizo pagar muy cara su nueva intrusión en nuestras intestinas luchas, persiguiéndole de muerte y obligándole á emigrar á Francia, desde donde no pudo regresar hasta el 20 de mayo de 1834.

Retirado de nuevo á su casa de Caldas, obtuvo mejora de retiro en 28 de julio de 1847, según leemos en su hoja de servicios. Como ya dijimos, no pasó de Capitán de artillería, pero tenía el grado de coronel.

D. Manuel de Zara y Varela

Por una certificación del general Palafox consta que Zara salió de Tarragona mandando una batería de seis piezas de batalla el 20 de julio de 1808: que en su marcha fué atacado por las avanzadas enemigas en Aljafarín, á las cuales rechazó valerosamente: que incorporado al General en Villamayor, hizo con él su entrada en Zaragoza el 8 de agosto, permaneciendo en ella hasta el 27 en que regresó al ejército de Cataluña: y añade que desde el 8 al 14 del referido mes de agosto le encomendó el mando de las baterías del Portillo y Misericordia, que desempeñó bien y cumplidamente.

Nuestro biografiado nació en Ceuta en 1779 é ingresó como caballero cadete en el Alcázar de Segovia el 10 de abril de 1793; ascendió á Subteniente en 11 de enero de 1799 y á Capitán 2.° en 12 de septiembre de 1804, y no teniendo particulares noticias de sus servicios hasta el final de la guerra de la Independencia, nos limitaremos á decir que en 4 de marzo de 1816 se le concedió el grado de Teniente Coronel con antigüedad de 14 de agosto de 1808, por sus méritos en el primer Sitio de Zaragoza, gracia del todo estéril, puesto que desde el año 1812 era ya Teniente Coronel efectivo del cuerpo; en la escala de 1817 figura con el grado de Coronel; fué Teniente Coronel Mayor del primer regimiento, Comandante del arma en la plaza de Gerona, y habiendo ascendido á Coronel del cuerpo y Comandante de la plaza de Tortosa, falleció en esta ciudad en 22 de diciembre de 1828 á los 49 años de edad.

D. Pascual de Antillon y Marzo

Era hermano del benemérito cuanto desgraciado Sr. D. Teodoro de Antillón y ambos nacidos en Santa Eulalia de Albarracín, en la antigua y noble casa de su apellido. D. Pascual ingresó en el Alcázar de Segovia, como caballero cadete del Real cuerpo de Artillería en 1796; ascendió á subteniente en la promoción de 1799, á la que también perteneció *D. Pedro Velarde;* á Capitán 2.º en 1804, con este empleo prestaba sus servicios en la fábrica de armas blancas de Toledo, cuando á consecuencia de los memorables sucesos del 2 de mayo de 1808 se fugaron de sus destinos los oficiales de artillería destinados á dicho establecimiento en busca de las fuerzas españolas que se aprestaban á la lucha contra los invasores.

Antillón debió refugiarse en Valencia y llegar á Zaragoza con las divisiones de Saint-Marcq y O'Neille, puesto que no hemos registrado noticias de su presencia en la capital de Aragón hasta los últimos días de la primera defensa.

En octubre de 1808 fué nombrado por el general Palafox Comandante de Artillería de la división que á las órdenes del Marqués de Lazán salió para Cataluña, con la cual concurrió á todas sus marchas, operaciónes y hechos de armas, especialmente á la acción de 26 de diciembre en Armentera y á la de 1 y 2 de enero de 1809 en Castellón de Ampurias, manifestando en todas su valor y pericia, y contribuyendo eficazmente al buen éxito de ellas. Posteriormente, en agosto de 1809, obtuvo la comandancia de artillería de la plaza de Mequinenza en la que fué hecho prisionero después de haberla defendido con el valor que es notorio, constando todos estos méritos y servicios en una certificación que tenemos á la vista, librada en Madrid por el Marqués de Lazán á 19 de julio de 1814.

Por los citados méritos obtuvo Antillón á su regreso á la patria el grado de Coronel de ejército con el empleo de Teniente Coronel de Artillería al que le correspondió ascender con antigüedad en 1812. En 1817 era Comandante del arma en la plaza de Peñíscola, y estaba condecorado con la cruz de San Hermenegildo y la de distinción por la victoria de Castellón de Ampurias.

Pocos años debió sobrevivir Antilón á la fecha de 1817 antes apuntada, puesto que no figura en la escala del cuerpo correspondiente al año 1823 inserta en el Estado Militar de dicho año.

D. Juan Calixto de Ojeda

Caballero cadete del Real Cuerpo de Artillería en el Alcázar de Segovia ascendió á subteniente en 1801, siendo el primero de su promoción, y á teniente con destino al 2.º departamento, ó sea á Cartagena, en 1803.

Con este empleo y sin duda antes que las divisiones valencianas, llegó á Zaragoza y tomó parte en la 1.ª defensa, en la cual obtuvo el mando de las baterías del Arrabal, portándose en ellas con honor y acierto según consta en un certificado del general Marqués de Lazán que tenemos á la vista.

Por otro certificado del mismo ilustre general, consta que Ojeda salió de Zaragoza en Octubre de 1808, afecto á la artillería de la división expedicionaria del expresado Marqués, y que con ella concurrió á todas sus operaciones y hechos de armas, distinguiéndose en el combate de Castellón de Ampurias el 2 de enero de 1809.

Terminada la guerra de la Independencia sólo sabemos de Ojeda que ascendió á Teniente Coronel del Cuerpo en 1813, á Coronel en 1832 y á Brigadier Subinspector del departamento de Puerto Rico en 1845. Fué comandante de artillería de las plazas de Valencia y Zaragoza y estaba condecorado con la placa de la Orden de San Hermenegildo, la encomienda de Isabel la Católica, y varias cruces de distinción, entre ellas la del 1.er Sitio de Zaragoza.

D. Joaquin Liron de Robles

Como Antillón, Ojeda y Zara, llegó á Zaragoza á tiempo de asistir al último período del primer sitio, y en unión de dichos oficiales salió para Cataluña con la brigada de artillería afecta á la división del Marqués de Lazán, concurriendo con ella á los gloriosos combates de Armentera y Castellón de Ampurias, en los cuales se distinguió notablemente.

Corta fué su vida, pues murió gloriosamente en la defensa de Tarragona el 28 de junio de 1811, cuando la plaza fué asaltada por los franceses, siendo uno de los once oficiales de artillería que perecieron en las brechas de aquella histórica ciudad, conquistando eterna fama al Real Cuerpo, cuyo uniforme honraban.

No sabemos de dónde era natural: había ascendido á subteniente

en 1799, siendo compromocionario de Velarde, Antillón y Mantilla, todos de ilustre memoria, y al morir era Capitán 2.º, á cuyo empleo ascendió en 1804, con el grado de teniente coronel por méritos de guerra.

El General Villava

Poco dicen de él los historiadores porque, ni su graduación, ni el dificilísimo cargo que desempeñaba de comandante general de artillería del cuerpo de ejército embotellado en Zaragoza, durante su segundo sitio, le daban puesto de combatiente en los lances de armas de continuo empeñados. Su labor fué fructuosa, activa y constante. Proveer las múltiples baterías de personal, material y municiones; atender á la continua recomposición de las bocas de fuego y armas portátiles; y fabricación de piedras de chispa, pólvora, montajes, cartuchería, proyectiles y demás elementos de maestranza á que atendió con celo y actividad incontrastable, y sin los cuales no hubiera podido llevarse á cabo la defensa, son servicios tales que solamente los técnicos pueden apreciar debidamente. Mucho debió la defensa al benemérito general Villava, que, si bien secundado por jefes del Real Cuerpo tan acreditados y distinguidos como su mayor de brigada D. Manuel de Velasco, D. Juan Consul, D. Salvador de Ozta y D. Angel Salcedo, poco tiempo ha podido dar al descanso durante el largo período del segundo sitio terminado por su gloriosa cuanto lamentable capitulación.

Era *D. Luis Gonzaga de Villava* un aragonés entusiasta, un artillero acreditadísimo y un patriota que todo lo sacrificaba al honor de la independencia de España.

Nació en Zaragoza en 1751, de la ilustre y antigua familia de su apellido. Fué hijo de los cónyuges D. Joaquín de Villava y Valls, magistrado integérrimo de la Real Audiencia de Aragón, y D.ª Francisca de Aybar Sanahuja Marco y Catalán, y hermano por tanto del benemérito Miguel de Villava y Aybar, Regente de la misma Real Audiencia. Era persona de gran instrucción, capacidad y firmeza de carácter, acrecentando el imperturbable valor que manifestaba en los peligros la circunstancia de ser sumamente sordo.

Tenemos á la vista la hoja de sus servicios cerrada por fin de Diciembre de 1807. Fué caballero cadete en el Real Colegio de Segovia en 1770; siguió con distinción toda su larga carrera; sirvió algunos años en Méjico; concurrió á la guerra contra Francia (1794-95) perte-

neciendo al ejército de Navarra; fué coronel director de la fábrica de pólvora de Murcia, en cuyo empleo contrajo en 1803 su matrimonio con la Sra. D.ª Javiera de Arróspide, natural de Tolosa de Guipúzcoa, en quien tuvo á su hijo D. Luis de Villava y Arróspide, que fué coronel de artillería. Ascendió á Brigadier Jefe de Escuela del segundo departamento del arma (Cartagena) en 25 febrero 1806.

En la hoja de servicios á que nos referimos consta el informe del General Subinspector del departamento D. José Manuel de Vivanco, que por curioso y conciso no queremos dejar de copiar. Dice así:

«Este oficial reune muchos conocimientos en diferentes ramos de artillería y con especialidad en el de pólvoras que ha tenido á su cargó, desempeñándole con mucho acierto y la actividad propia de su genio: tiene talento é inteligencia conocida, pero es sumamente sordo.»

La Junta Suprema de los reinos de Valencia y Murcia, premió los méritos del brigadier Villava, ascendiéndole á mariscal de campo y encomendándole por decreto de 22 de agosto de 1808, el mando de una división fuerte de 5.500 hombres, al frente de la cual vino en socorro de Zaragoza cumpliendo lo mandado por la referida Junta.

Llegado á esta ciudad en momentos en que el general Palafox organizaba el ejército que sucesivamente se llamó del Centro y de Reserva, se deshizo la división murciana que fué repartida entre las que mandaban los generales O'Neille y Saint-Marcq, quedando encomendado á Villava el alto cuanto difícil cargo de Comandante general de Artillería.

PUBLICÓ en 1809 un opúsculo titulado *Zaragoza en su segundo Sitio* de que no pudimos haber á la mano ningún ejemplar, pues el folleto se ha hecho rarísimo y sólo conocemos de él los escasos fragmentos publicados por el historiador Alcaide, que hacen sentir vivamente la falta de la obra íntegra, aunque basten para dar á conocer el estilo limpio, castizo y severo del autor, así como su disidencia con Palafox respecto al último período de la defensa que tantas ruinas ocasionó inútilmente á la ciudad, pues escribía (V. Alcaide T.º II, nota 13, pág. 329): «Viendo los oficiales facultativos que la catástrofe »de Zaragoza tenía poco remedio, y que *en todo el tiempo no se había »hecho una junta de guerra, ni la más leve consulta*, pidieron por escrito »á Palafox se congregase según lo prevenido por el artículo 24, Título V, tratado III de las Reales Ordenanzas, añadiendo que su objeto »no era otro sino el de cubrir la responsabilidad bajo su firma, y que »su Excelencia era árbitro de determinar lo que le pareciera después »de oir á los jefes, quienes estaban prontos á cuanto resolviese; pero »esta seria exposición no tuvo siquiera la fortuna de ser contestada.

»Continuaron las desgracias porque los franceses, dueños ya desde »aquellos días de varios puntos y barrios de la ciudad, se apoderaban »de las casas y minaban, *pereciendo en las voladuras todos los días las »bizarras tropas, dignas de suerte más gloriosa en discreta y racional »guerra.»*

Después de esta sentida queja, referente al ningún efecto que causó á Palafox la razonada cuanto legal pretensión de los comandantes generales de artillería é ingenieros, queréllase con justa severidad de la forma en que se efectuó la entrega de la plaza, y para demostrar la perfidia con que el vencedor trató á los prisioneros, prescindiendo descaradamente de lo capitulado, dice: «Apenas llegaron nuestras tropas á la »Casa Blanca, empezó el robo de caballos y equipajes; y que habiéndo»se quejado al general Morlot que las conducía, respondió, *que eran »entregados á discreción y de consiguiente nada tenían que reclamar.* »Fusilaban á nuestros soldados que se quedaban atrás por no poder »sufrir la fatiga de tan violenta marcha; y se pasaba por encima de »los cadáveres tendidos en el camino real, hasta el número de 270 »desde Zaragoza á Pamplona, sin contar con otros que fusilaron en »los campamentos y en las divisiones de los caminos». (Alcaide. Tomo II, nota 19, pág. 342).

Como se ve nuestro general llegó hasta Pamplona en la cuerda de prisioneros, pero debió fugarse en el pequeño trayecto de dicha ciudad á la frontera, puesto que en 20 de Agosto de 1809 fechaba en Murcia el opúsculo de que hicimos referencia, y en 20 de Octubre de 1811 hallábase en Palma de Mallorca donde firma las notas y adiciones á su obrita. Poco le duró la vida, pues falleció en Diciembre de 1815 á los 64 años de su edad, apretado por los achaques y penalidades que le proporcionó el segundo sitio de Zaragoza.

D. Diego Navarro Sangran

Los tres ilustres hermanos, *D. José, D. Diego y D. Joaquín Navarro Sangrán,* aunque por la línea paterna eran oriundos de Aragón, nacieron en Valencia, siendo sus padres el coronel del cuerpo de artillería D. José Antonio Navarro y Ferrández, natural de Añón, y doña Isabel Sangrán y Lizarraga, hija del celebérrimo general de artillería D. Diego Sangrán, que gobernó y salvó la plaza de Orán al ocurrir la muerte del ilustre Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

D. José Navarro Sangrán, Mariscal de campo y jefe de E. M. de artillería del generalísimo Godoy, emigró con éste y no volvió á Es-

paña, viviendo constantemente en París, donde la única hija que tenía murió sin dejar sucesión.

D. Joaquín Navarro Sangrán, Conde de Casa-Sarria, Teniente General é insigne artillero, para cuya gloria basta insinuar que fué cuartel maestre, ó sea jefe de E. M. General de Castaños en la inmarcesible batalla de Bailén, murió también sin dejar sucesión en los dos matrimonios que contrajo.

D. Diego Navarro Sangrán, el 2.° de los tres hermanos, fué el defensor de Zaragoza, de cuyo breve esbozo biográfico vamos á ocuparnos.

Era ya D. Diego coronel de ejército, y teniente coronel de artillería cuando procedente de Cataluña, acompañando al tercer batallón de Reales Guardias Españolas y al 2.° de Voluntarios de Aragón, llegó á Osera el 5 de agosto de 1808, presentándose en dicha villa al General Palafox y al Marqués de Lazán, con quienes celebró consejo para tratar del socorro de Zaragoza, y entrando en esta ciudad con el Caudillo asistió á los últimos combates del primer sitio y á todo el segundo. Fué en éste uno de los más conspicuos consejeros del General, quien en premio de su comportamiento le ascendió á brigadier.

Enfermo de la epidemia y debilitado por los trabajos y fatigas de la defensa, empezaba á convalecer cuando la capitulación de la plaza lo redujo á la triste condición de prisionero de guerra; y como su salud había quedado achacosa y debilitada, tanto que ya nunca pudo reponerla por completo, tuvo que prestar palabra de honor de no fugarse para poder salir de los depósitos, habitar en las inmediaciones de París y últimamente en Niza, donde según nuestras noticias falleció á los 44 ó 45 años de edad en 1812, conservando su situación de prisionero.

Dejó una hija única, D.ª María del Carmen Navarro y Fonseca, Camarista de la Reina, al servicio de la Infanta D.ª María Luisa Carlota, que en 1824, casó con el Coronel y después Brigadier D. Joaquín Dusmet y Sesma, gentil-hombre y secretario del Infante D. Francisco de Paula Antonio. Dicha señora heredó á toda la familia de los Navarro de Añón, que este era su verdadero apellido paterno, y fué propietaria de la casa solariega y rico patrimonio de los Navarros en la villa de Ambel y campo de Borja. A la muerte de D.ª Carmen heredó este patrimonio su hijo D. Joaquín Dusmet y Navarro, antiguo y distinguido jefe de E. M. fallecido en 1888 siendo brigadier de ejército. En dicha casa solariega y entre otros excelentes retratos de familia hemos visto el de D. Diego Navarro Sangrán de media figura, y pequeño tamaño, que, como su padre y hermanos, era persona de gallardo porte y expresiva fisonomía.

D. Angel Ulloa y Vargas

Figura muy honoríficamente en el parte de la batalla de Tudela dado por O' Neille á Palafox, á cuyo hecho de armas concurrió como coronel comandante de Artillería de la división Saint-Marcq, quien también le elogia y recomienda en su parte, fechado en 8 de diciembre de 1808, en cuyo documento se dice que éste y los demás oficiales del Real Cuerpo causaron mucho daño al enemigo por el acierto con que dirigieron el fuego. Asistió después al segundo sitio de Zaragoza, apareciendo su nombre con el empleo de brigadier en las listas de defensores, pero el historiador Alcaide no particulariza sus méritos y solo sabemos que concurrió á la batalla del Arrabal.

Era natural de Olmedo y miembro de una de las más ilustres familias de Castilla la Vieja. Nació hacia el año 1760, ingresó en el colegio de Segovia en 1775, ascendió á subteniente de Artillería en la promoción de 1780, y siendo capitán del cuerpo, graduado de teniente coronel, solicitó y obtuvo su retiro en 28 de enero de 1803. Estaba por tanto en situación de retirado en 1808 al sobrevenir los movimientos precursores de la guerra contra Francia y debía residir en el Reino de Valencia, pues no de otra manera puede explicarse su venida á Zaragoza con la división Saint-Marcq.

Prisionero, como comprendido en la capitulación, pocos años pudo tardar en morir, pues vemos que su nombre no figura en la Escala del año 1817 ni tampoco en el Estado Militar de 1823.

D. Jose de La Serna y de Hinojosa

Tan preclaro varón que, en justo premio de sus excepcionales méritos, alcanzó las elevadas jerarquías de teniente general de los Reales ejércitos, virrey del Perú y Conde de los Andes, fué uno de los ilustres artilleros concurrentes á la segunda defensa de Zaragoza, de cuya medalla conmemorativa siempre hizo gala, poniéndola en el pecho y en el encabezamiento de sus decretos al lado de las grandes cruces de San Fernando, San Hermenegildo é Isabel la Católica que ostentaba dignamente.

Hijo de padres de la más calificada nobleza, nació en Jerez de la Frontera en el año 1770; ingresó en 1782 en el Colegio de Artillería de Segovia, y ascendió á subteniente en 1787, siendo compañero de

promoción del inmortal Daoiz. Conquistó merecida fama por su valor é inteligencia en la heroica defensa de Ceuta sitiada en 1791 por el Emperador de Marruecos, y muy principalmente en los días 25 de agosto, 30 de septiembre y 31 de octubre del referido año, cuando la guarnición realizó aquellas valerosas salidas que destruyeron todos los ataques y baterías del sitiador, obligándole á levantar el cerco; y no fueron menos importantes sus servicios en las guerras del Rosellón y Cataluña contra la república francesa, y en las expediciones marítimas del general Mazarredo contra los ingleses. En 1805 ascendió á teniente coronel, sargento mayor del 2.º Regimiento de Artillería, con cuya unidad concurrió á la defensa de Valencia, y últimamente á la de Zaragoza, á donde llegó en los primeros días de agosto de 1808, mandando las compañías de artilleros de plaza afectas á las divisiones enviadas por la Junta Suprema de Valencia en socorro de los aragoneses.

En pleno segundo sitio claro es que, por su categoría de jefe, no desempeñó el mando inmediato de ninguna batería aislada, pero sí el grupo de las que constituían una misma línea, y como Cónsul, Ozta, Velasco y Navarro Sangrán, eligió siempre para su asistencia é inspección los puestos de mayor peligro.

Prisionero por la capitulación y conducido al norte de Francia, pudo evadirse felizmente, y atravesando Suiza, Alemania y Hungría, aportar á Salónica, embarcarse y llegar á tiempo de coadyuvar al glorioso y definitivo triunfo de la Patria.

Ascendido á coronel del cuerpo en 1812 obtuvo el mando del 3.er Regimiento, y al terminar la guerra de la Independencia, en la que conquistó envidiable notoriedad, fué promovido á brigadier del ejército.

Promovido en 1816 á mariscal de campo y nombrado general en jefe del ejército del Alto Perú, cuyos apartados dominios gobernaba desde Lima el virrey D. Joaquín de la Pezuela, Marqués de Viluma, principió La Serna sus trabajosas campañas contra los insurrectos peruanos que, dueños de un país de extensión inmensa, luchaban por su emancipación, protegidos por los buques ingleses de los almirantes Cochrane y Guise, que bloqueaban los puertos, imposibilitando los socorros de España. No era difícil, por tanto, predecir el fin de tan desigual contienda.

Por otra parte, proclamada en España y aceptada por Fernando VII la Constitución de 1812, á la que Pezuela era poco afecto, surgieron desavenencias que motivaron la renuncia del Virrey, quien en 29 de enero de 1821 resignó su alto cargo en manos del general

La Serna, designado para sucederle por mandato de S. M. contenido en un pliego secreto.

Litigiosa y poco saneada era la herencia que el nuevo virrey recibía de su benemérito antecesor; el tesoro estaba exhausto; Colombia, Venezuela y Buenos-Aires, eran independientes de hecho; Chile había roto el vasallaje derrotando á los españoles en *Maypú* en abril de 1818; el ejército Real, compuesto casi en su totalidad por naturales del país y simpatizadores con su independencia, tenía que habérselas con los numerosos contingentes de colombianos, venezolanos, chilenos y argentinos que entraban por norte, poniente y sur al mando de Alvarado, Riva-Agüero, Tristán, Chinchilla, Santa Cruz, Bolivar, San Martín, el francés Sucre y los ingleses Miller y Duchbury. En el reloj del destino sonaba hora de emancipación para la América meridional, y en vano procuraba retrasarla el noble virrey, preparándose al combate como buen soldado y honrado caballero.

Cumpliendo elementales deberes dió comienzo á su mando proclamando en Lima la Constitución de 1812 vigente en la madre Patria; y considerando urgente acudir con mano firme á los apuros del tesoro, convino con los principales jefes del ejército en reducir las pagas á la mitad, dando, para decretar esa reducción, el buen ejemplo de renunciar á sus pingües haberes, quedándose solamente con 12.000 pesos anuales, que para la alta representación de un virrey y general en jefe, era suma insignificante, máxime si se tiene en cuenta la carestía de aquel país.

Tomada esta resolución, y encomendando el mando del ejército al general D. José de Canterac, no dudó el virrey en afrontar la necesidad de establecer su gobierno en punto más céntrico y libre que la ciudad de Lima, estrechamente bloqueada por mar y por tierra, y presa á la sazón del hambre y de la peste. La salida de las extenuadas y famélicas tropas de aquella guarnición se imponía como medida salvadora, y La Serna, dejando bien guarnecida y provista la fortaleza del Callao, evacuó la capital el 6 de julio, llevando las tropas restantes á reponerse en el saludable valle de Jauja, y poco después á la ciudad del Cuzco, antigua residencia de los Incas y punto estratégico tanto para el buen regimiento del Estado como para la dirección de las operaciones militares.

En el año 1822 prosiguió la *guerra guerreada* de grandes marchas y pequeñas acciones, cuyos hechos más salientes fueron la victoria de *Ica* (7 de abril) en que Canterac destrozó la división insurgente de Tristán, y el levantamiento del bloqueo de la ciudad de *La Paz* conseguido por D. Jerónimo Valdés, después de haber castigado con mano dura al cabecilla Lanza. Y todavía más gloriosas y fecundas en triunfos fueron las campañas realizadas en 1823: rómpelas Valdés

desbaratando al insurgente D. Rudesindo Alvarado en *Torata* y *Moquehua* (19 y 21 de enero) casi al mismo tiempo que Canterac consigue recobrar á *Lima* (18 de junio) y que el virrey después de alcanzar otra brillante victoria sobre Santa Cruz en *Sicarica* y de poner en desbandada la caballería de Sucre en *Arequipa* (8 de octubre) consigue limpiar la costa de sus tenaces perturbadores, por cuyos méritos obtuvo el ascenso á teniente general.

Pero la campaña de 1824 fué del todo funesta para las armas y los intereses españoles; principió por la traición del general Olañeta que, abandonando al ejército leal, se pasó con su división al enemigo, y acabó por la catástrofe de *Ayacucho*, que puso término á la dominación de España en la América del Sur. La Serna, al frente de un pequeño ejército compuesto de 8.400 infantes, 1.600 caballos y 14 piezas de artillería de montaña, marchando por las escabrosidades de los Andes invade la provincia de *Huamanga*, y el 3 de diciembre ataca y desaloja á Sucre de sus posiciones de *Matara*, obligándole á retirarse sobre *Quinoa;* síguele el virrey y el 8 de diciembre acampa en el cerro de *Condorcánqui* al frente del enemigo. Sólo el pequeño llano de *Ayacucho* separa á los dos beligerantes; la batalla es inevitable y tiene que ser decisiva, porque ni Sucre puede abandonar su excelente posición defensiva sin riesgo de perderse, ni á La Serna le es posible retroceder teniendo á su espalda al traidor Olañeta, que le hubiera destruído en los pasos ventajosos previamente ocupados. La única salvación posible era la victoria.

Y amaneció el nefasto 9 de diciembre de 1824; la batalla sangrienta, ventajosa al principio y bien reñida en nuestra derecha, se pierde en izquierda y centro, y el general La Serna que á la cabeza de sus tropas procura acrisolar su honor y buscar la muerte. cargando impetuosamente al enemigo en desigual pelea, cae prisionero en sus filas derramando sangre por seis heridas.

Solo el ala derecha, capitaneada por Canterac y Valdés pudo continuar resistiendo en la áspera ladera del *Condorcanqui*, pero era forzoso capitular y Canterac afrontó esa dolorosa responsabilidad: perdióse la batalla pero quedó incólume la honra.

Libre el Virrey de sus prisiones por consecuencia de la capitulación, fué conducido á la *Caleta de Quilca* con los generales Canterac, Monet, Villalobos, Valdés, Ferraz y demás compañeros de infortunio que con tanto valor como desdicha pelearon en Ayacucho, y la fragata francesa *Ernestina,* que zarpó el 1.° de enero de 1825, los desembarcaba en Burdeos tan pobres como honrados, después de cinco meses de navegación.

Adornaban al general La Serna las más relevantes prendas de talento, valor, probidad y patriotismo, y fueron tan grandes sus esfuerzos para la conservación del imperio de los Incas, que ni aun el desastre de Ayacucho logró mancillar su fama. Alábanle los historiadores Conde de Clonard, D. Modesto de la Fuente y D. José Segundo Florez, y sus mismos subalternos, que ordinariamente cargan sobre el general vencido todas las culpas de la adversidad, fueron sus mayores apologistas: Espartero en una proclama célebre, llamábale *el más virtuoso de los Virreyes;* García Camba en sus interesantes *Memorias* no le cita una sola vez sin elogiarle, y otro tanto hace el ingenuo D. Jerónimo Valdés en su conocida *Exposición á S. M.* El mismo Fernando VII, á pesar de su carácter suspicaz y desconfiado, lejos de dar oído á envidiosos y calumniadores, que nunca faltan, y previa una minuciosa depuración de la verdad, quiso honrar noblemente al vencido, agradeciéndole con el título de *Conde de los Andes* en recuerdo de sus glorias, trabajos y desventuras.

Acompañado del duelo del cuerpo de Artillería y de cuantos le conocieron, murió el Conde en Cádiz, en julio de 1832, á los 63 años de su edad.

D. Manuel de Velasco y Coello

Nació en Villa del Prado á 7 de Marzo de 1776. Era Regidor de Madrid y persona de posición en la Corte, tanto por la notoriedad de sus méritos, como por el rango de su aristocrática familia.

De su hoja de servicios, resulta que ingresó como caballero cadete en el Colegio de Segovia el 28 de Diciembre de 1787, alcanzando la charretera de subteniente á 12 de Enero de 1793 una vez terminados los estudios profesionales. Ascendió á capitán primero en 16 de Septiembre de 1804, y á teniente coronel en 26 de Agosto de 1810. En 14 de Octubre de 1814, se le revalidó el entorchado de brigadier, que le concediera Palafox sobre el campo de batalla del Arrabal de Zaragoza, y en 30 de Mayo de 1815 fué ascendido á mariscal de campo. Restablecido el sistema constitucional, y nombrado Velasco gobernador militar de Madrid en Junio de 1820, fué baja en el Cuerpo de Artillería, en cuya escala acababa de obtener el empleo de coronel por antigüedad.

Tan rápida y brillante carrera no fué debida al favor, y sí merecido premio de hazañas portentosas por el número y la calidad, que conquistaron á Velasco el prestigio de los grandes héroes. Hizo sus primeras armas en la guerra contra la República francesa, distinguiéndose

por su denuedo en la defensa de Irún. En la lucha contra Inglaterra, que siguió á poco tiempo, cúpole la gloria de ser comandante de la famosa batería de Santiago de Algeciras, donde después de seis horas de furioso cañoneo con el navío británico *El Anibal*, consiguió rendir y apresar este soberbio buque de 74 cañones el 6 de Julio de 1801. A los comienzos de la guerra de la Independencia, siendo capitán del 2.º Regimiento, asistió á la defensa de Valencia, atacada por el Mariscal Moncey el 28 de Junio de 1808, y habiéndose encomendado á su honor el mando de la batería de Santa Catalina, principal objetivo de los sitiadores, rechazó valerosamente tres encarnizados asaltos, mereciendo por su pericia y arrojo que se le agraciase con el grado de coronel entre los vítores de aquella guarnición. Incorporado al cuerpo de ejército que la Junta Suprema de Valencia mandó en socorro de la metrópoli aragonesa, fué nombrado comandante de artillería de la división O'Neylle, concurriendo con ella á la batalla de Tudela el 23 de Noviembre de 1808. Su comportamiento en esta desastrosa jornada fué distinguidísimo; sostuvo durante nueve horas el combate de las baterías, paralizando el ataque de frente de los franceses, y cuando envuelta la línea española fué forzosa la retirada, logró salvar nueve piezas, y todo el parque de reserva, mereciendo que el general O'Neylle le recomendase vivamente para la recompensa. (Alcaide, tomo II, página 306.)

El segundo sitio de Zaragoza, donde Palafox confió á Velasco el mando de toda la línea de baterías del burgo de Altabás, gallardamente embestidas por la división Gazán el 21 de Diciembre de 1808, proporcionó á nuestro héroe y á los oficiales del Cuerpo que le secundaron, aparejada ocasión para lucir su incontrastable fortaleza. En los grupos y corrillos de las calles y en el seno de las familias *discurría el entusiasmo, haciendo girar las conversaciones sobre la intrepidez de Velasco y la pericia de los artilleros,* (Tomo II, pág. 65). El doctísimo D. Ignacio de Asso, redactor de la *Gaceta del Sitio,* decía en su número del 24 de Diciembre: «Es excusado todo encarecimiento para re»presentar el heroismo, pericia y singular esfuerzo de los oficiales de »artillería, los cuales, en defensa de las baterías, elevaron á muy altos »quilates el gran renombre y clarísima fama de este nobilísimo Cuer»po». Y aunque todos los historiadores, sin excepción, entonen el himno de alabanza al que fué alma de tan hazañosa jornada, dejemos que la enérgica pluma del coronel D. Fernando García Marín, testigo de aquella lucha de gigantes, desarrolle ante nuestra vista el panorama del combate, para que podamos contemplar á nuestro héroe descollando sobre los que, héroes también, escribieron una página insigne en los fastos de la patria. *(Memorias para la historia militar de España*, pág. 86 y siguientes);

«Mientras el Mariscal Moncey, desplegando sus inmensas masas, »se aproximaba á la capital por su derecha..., atacó el Mariscal Mor»tier, y bajo sus órdenes el General de división Gazán en la tarde del »21 de diciembre por la parte del Arrabal con 13.000 hombres, la »mayor parte granaderos, divididos en siete columnas. En los fastos »militares se refieren pocos ataques más atrevidos, impetuosos y san»grientos; y jamás el espíritu enardecido de los combatientes, se ma»nifestó con rasgos más imponentes y heroicos. Los franceses, llenos »de ardor, temerariamente audaces y exaltados hasta el extremo, á »medida que hallaban mayor resistencia, se arrojaban á paso de carga »y con invencible osadía sobre las baterías del *Rastro* y del *Tejar*, eri»zadas de cañones, llegando hasta el pie de ellas donde pagaban con »la vida su bárbaro atrevimiento. Nuestra metralla hacía estragos es»pantosos en sus columnas, que al instante eran reemplazadas por »otras que las seguían, para ser sucesivamente destrozadas. Al mismo »tiempo la espada de la caballería y el fuego bien dirigido de nuestra »infantería, acabaron de derrotar al enemigo, que tuvo que huir ver»gonzosamente en pleno desorden, arrojando las armas y dejando en »el campo de batalla más de 4.000 cadáveres.»

«Todos los Generales, oficiales y cuerpos que tuvieron parte en »tan gloriosa jornada, se portaron con intrepidez y serenidad digna de »los más altos encomios, pero, quien justamente llamó la atención del »General en Jefe y del Ejército *por su pericia y extraordinario valor*, en »aquella tarde memorable, fué el coronel D. Manuel de Velasco, co»mandante de las baterías, al cual podemos decir en obsequio de la »verdad, *se debió en gran parte la completa victoria que conseguimos* »sobre el enemigo. Este *jefe singular* llevó su bizarría, serenidad é *ini»mitable presencia de ánimo*, hasta el peligroso extremo de ponerse de »pie varias veces á cuerpo descubierto sobre la cresta del parapeto, con »el fin de observar los movimientos y dirección del enemigo, y correr »de una á otra batería, para contenerle y rechazarle, despreciando el »vivo fuego que se le dirigía con inminente riesgo de ser sacrificado. »Colocado al lado del obús ó del cañón, no permitía que disparando »sin objeto cierto y próximo se desperdiciase un solo tiro. Los artille»ros con el botafuego en la mano, fija la vista en su comandante en »actitud de esperar sus órdenes, se impacientaban de la flema que al »parecer mostraba, pero que sabiamente regulaba con el tiempo que »los precipitados franceses debían tardar en ponerse al alcance de la »metralla que, sin perder un grano, vomitaban sobre ellos las fulmi»nantes máquinas, destrozando columnas enteras y cubriendo el cam»po de cadáveres y miembros mutilados.»

«Nada resistió al acertado manejo de estos tremendos instrumentos »de la devastación y la muerte, dirigidos por aquel diestro jefe, que

»adquirió en una tarde muchos siglos de gloria. El general en jefe, »justo apreciador del mérito distinguido, le promovió *sobre el campo »de batalla* á brigadier de los Reales ejércitos, con universal aceptación »y complacencia de cuantos *habían admirado los brillantes hechos y se»ñalados servicios que acababa de contraer*, y debían ser tan útiles y »de tan trascendentales consecuencias para los ulteriores progresos de »nuestras armas y de la defensa de Zaragoza en que ya nos veíamos »empeñados.»

ADELANTADO el sitio, adoleció Velasco de la enfermedad infecciosa que convirtió la ciudad heroica en un vasto cementerio; pero su robusta naturaleza consigue triunfar del mal, y convaleciente apenas en los momentos de la capitulación, pudo sustraerse con la fuga á la infeliz suerte de prisionero, llegando trabajosamente á Valencia. Destinado al ejército de Cataluña, se le confirió el Gobierno militar de Tortosa en 1.° de mayo de 1810; proveyó sus baterías y almacenes, y con una impetuosa salida destruyó los primeros trabajos de los franceses contra aquella plaza el 4 de julio de dicho año. El 16 de julio fué relevado por el Conde de Alacha, é incorporado al ejército de operaciones, obtuvo mando de brigada á las órdenes del Marqués de Campo Verde, asistiendo con su habitual bizarría á las acciones de La-Bisbal, Cerdaña y Cardona, que le valieron la cruz de San Fernando, *patente de heroismo,* tan raramente concedida entonces que sólo la obtuvieron *ocho oficiales de Artillería* en toda la guerra de la Independencia. En 1.° de noviembre fué nombrado gobernador de la Seo de Urgel, donde rechazó valientemente un sitio brusco del enemigo, obligándole á retirarse con afrenta. En 1811 relevó al brigadier Sarsfield en el mando de las tropas, que bajo la mano de su nuevo jefe, defendieron con tanta bizarría el arrabal de Tarragona, saliendo de esta ciudad antes de la capitulación para desempeñar el cargo de segundo gobernador de Valencia que se le había conferido. Prisionero por la capitulación de Valencia, que siguió al desastre de Murviedro, fué llevado á Francia, de donde logró evadirse el 20 de enero de 1814, para concurrir inmediatamente á la invasión del territorio enemigo, mandando una brigada del ejército de la Izquierda.

Leal á Fernando VII, que galardonó sus relevantes servicios con la faja de mariscal de campo, se abstuvo á pesar de sus opiniones liberales, de tomar parte en ninguno de los movimientos intentados para restablecer la Constitución de Cádiz, y en 1820 combatió el pronunciamiento de Riego, como jefe de la artillería del ejército, que al mando del general Freire encerró y puso sitio á los sublevados en la ciudad

de San Fernando. Pero desde el momento en que la revolución se extendió por toda la Península, y el Soberano dijo su célebre frase *marchemos, y yo el primero, por la senda constitucional,* ya no tuvo Velasco que ocultar su simpatía á la política dominante; y unido en amistad estrecha á Riego, Quiroga, Arco-Agüero y López Baños, caudillos é iniciadores del popular movimiento, desempeñó sucesivamente los cargos de gobernador de Madrid, comandante general de Extremadura y capitán general de Andalucía.

Pero no tenía nuestro héroe las mismas aptitudes para gobernar provincias revueltas que para brillar en las sublimidades de la batalla, y tan comprometidos destinos labraron su perdición. Que en aquel período de locura á que puso fin trágico la intervención francesa de 1823; en aquel delirio de los clubs anárquicos, de los banquetes patrióticos, del Trágala y del Himno de Riego; en aquella explosión de la licencia en que, como dijo D. Antonio Alcalá Galiano (capítulo XVII de sus *Memorias):* «el que mandaba lo hacía solo en el nom»bre, teniendo que prestarse á obrar según quería la peor parte de los »que igualmente en el nombre obedecían, entre los cuales también »era superior la influencia de las personas menos dignas de aprecio,» Velasco, militar valiente y entendido, honrado, serio y duro, pero del todo inexperto en política é impotente para dominar los desórdenes populares, fué juguete de la parcialidad exaltada en que se afilió, «y »si no cantaba el Trágala, como Riego en Aragón, protegía á los tra»galistas,» (Marqués de Miraflores, *Apuntes histórico-críticos)* alcanzando por ello opinión de patriota furibundo. Adversario de la intervención extranjera, intentó levantar el reino de Extremadura contra los franceses; pero las defecciones del Conde de La-Bisbal, Morillo, Manso y tantos otros que unieron las armas constitucionales á las del Duque de Angulema, imposibilitando toda resistencia, cortaron el vuelo á sus propósitos, y sólo, disfrazado y perseguido, corrió á Cádiz ansioso de morir defendiendo aquel último baluarte de la libertad española.

Mas ya no era Cádiz la ciudad invicta de 1812; cayó el último baluarte, y la reacción vencedora, obedeciendo á una ley tan ineludible y cierta en el orden moral, como en el físico, fué tan tremenda y desbordada como violenta y desatinada había sido la revolución. Disuelto el ejército, indefinida la oficialidad, imperante la barbarie, ajusticiado Riego, arrastrando cadenas ó proscriptos y condenados á muerte cuantos se habían señalado por sus opiniones constitucionales en el Gobierno, en el Parlamento, en la prensa ó en la milicia, desapareció Velasco sin que nadie volviese á saber de su persona. Presumíase que habiendo conseguido emigrar del patrio suelo fallecería obscurecido é ignorado en tierra extraña pero una rarísima, historia de Fernan-

do VII (1) descorre el velo de sus misteriosas postrimerías en este sen. tido párrafo:

«Entregados los indefinidos á la rabia de sus perseguidores, no tar. »daron en ser *impurificados* y mendigar por las calles un sustento que »habían ganado en cien combates peleando contra las águilas del im- »perio. Muchos perecieron devorados por el hambre, como aconteció »en Cádiz al General de artillería D. Manuel de Velasco, que después »de haber brillado como ninguno en la heróica y desesperada defensa »de Zaragoza vino á morir en una buhardilla entre las garras de la »miseria y á recibir la sepultura con nombre supuesto y en clase de »mendigo, para librar del furor de la policía al vecino que le había »tenido oculto.»

Así sucumbió D. Manuel de Velasco á la lozana edad de 48 años. Si sus altos hechos le conquistaron el lauro de los héroes, ¿podríamos regatear á su triste morir la palma de los mártires? ¿Quién figuraría con mejor derecho en el insigne martirologio de los artilleros españoles?

D. Salvador de Ozta

Terminados los estudios en el Alcázar de Segovia ascendió á subteniente de Artillería en la promoción de 1791, y á capitán primero del Cuerpo en 1803, con destino á la fábrica de municiones de Orbaiceta. En este establecimiento seguía en 1808 y en él adquirió la práctica de la fundición de proyectiles que con tanto éxito planteó en el segundo Sitio de Zaragoza, correspondiendo eficazmente á los apremios de la necesidad.

Aquel espíritu de honor y patriotismo que inflamaba á los oficiales del Real Cuerpo, sacó á Ozta de las amenazadas soledades de Orbaiceta, llevándole por propio impulso á la capital de Aragón, donde bien pronto tuvo motivo de distinguirse, puesto que por su comportamiento en las jornadas de 1.° y 2 de julio mereció que el general Palafox le ascendiese á sargento mayor de artillería (Alcaide—Tomo I, cap. 12); y siendo el oficial del Cuerpo de mayor antigüedad y graduación, cúpole en suerte desempeñar el difícil cargo de comandante del arma en la plaza que ejerció durante todo el resto del primer Sitio.

(1) Titúlase la obra *Historia de Fernando VII, Rey de España*; es de autor anónimo; consta de tres tomos en cuarto, y fué estampada en Madrid, imprenta de Repullés, año 1842. El párrafo transcrito está inserto en el tomo III, libro XII, pág. 329. El ejemplar que yo he visto pertenece á selecta biblioteca del Casino de Zaragoza.

Dedicado por completo á la dirección de todos los múltiples artillados del recinto, y asistiendo siempre al puesto de mayor peligro, mandó en persona, el 4 de agosto, la batería de Santa Engracia, tan rudamente atacada por el enemigo que perecieron todos los artilleros, resultando gravemente herido nuestro biografiado, que no consintió le retirasen de aquel puesto de honor hasta que una segunda herida vino á sacarle de combate (Alcaide—Tomo I, cap. 19, pág. 204 y primera nota de la pág. 308.)

Todavía convaleciente de sus heridas del primer Sitio, vino el segundo á poner nuevamente á prueba la inteligencia y el valor de Ozta. En esta celebrada ocasión tenía el mando superior de la artillería el general D. Luis Gonzaga de Villava, encargándose Ozta de la dirección de la maestranza, en cuyo destino fué incansable. Tenía talleres en la Aljafería, en la Universidad, en el Convento de San Francisco, en la casa de la Baronía de Torrellas, sita en la plaza del Pilar, y hasta en la torre del Arzobispo. Construyó toda clase de efectos de guerra, fabricó pólvora, talló piedras de chispa, fundió metralla y proyectiles sólidos y huecos, en cuya tarea le auxilió con gran pericia el comisario de Artillería D. Vicente Ezpeleta, que era fundidor muy práctico y, en una palabra, prosiguiendo la grande obra del ilustre Cónsul y del benemérito D. Ignacio López Pascual, puso los improvisados talleres en tan excelente talle que respondieron en cuanto fué humanamente posible, á las más imperiosas necesidades de la defensa.

Bien entrado el mes de enero de 1809, fué nuevamente destinado Ozta al mando de las baterías (Alcaide=Tomo II, cap. 10, pág. 131) relevándole D. Juan Cónsul en la dirección de los talleres. Y aunque nada dicen los historiadores de su comportamiento en el último período de la defensa, ni particularizan sus hechos militares, seguramente los llevaría á cabo con el valor de que tan relevantes pruebas diera en el primer Sitio.

En la Escala de 1810 figura como teniente coronel del Cuerpo á cuyo empleo ascendió en 27 de abril de 1809. En el Estado Militar de 1811 aparece su nombre con el dicho empleo de teniente coronel y grado de coronel con destino en Cartagena, y la Regencia, en nombre de S. M., le concedió con fecha 7 de septiembre de 1811 Real licencia para casarse con la señora D.ª Dolores González Berzabal; cuyos hechos patentizan que logró fugarse después del segundo Sitio de Zaragoza y que, por entonces no fué prisionero de guerra.

Pero lo fué en 1812 con motivo de la capitulación de Valencia, permaneciendo en dicha plaza de donde después de algún tiempo logró fugarse: y si bien justificó su conducta en el expediente reglamentario á que, como todos los prisioneros, fué sometido, se advirtió en aquélla algo equívoco, que molestaba la pundonorosa susceptibilidad

del cuerpo de Artillería. Lo cierto y positivo del caso fué, que á pesar de la envidiable y gloriosa nombradía conquistada por Ozta en la defensa de Zaragoza, fué puesto en entredicho y no admitida su continuación en el Real Cuerpo, en cuya Escala del año 1817 ya no figura, aunque poco después se le concedió el retiro con el haber correspondiente por Real Orden de 7 de mayo de 1818, según vemos en su hoja de servicios.

D. Juan Consul †

Don *Juan Nepomuceno Cónsul y González del Villar* nació en Oviedo el año 1779. Su padre, D. Juan Nepomuceno Cónsul y Requejo, juez primero noble y regidor perpetuo de la capital del Principado, socio de mérito de la Económica de Asturias, mayorazgo y señor de la casa solariega del Villar en el Concejo de Siero, fué aquel benemérito patricio, tan amado de Jovellanos, á quien la cultura asturiana debe el establecimiento de la escuela de dibujo en Oviedo de que fué promotor y primer director. Su madre D.ª Rita González del Villar y Fuertes Pola, natural de Luanco, pertenecía por ambos apellidos á los linajes de más calificada nobleza en el Concejo de Gozón. Así resulta de la información de hidalguía recibida, según pauta y borrador que dió al efecto el regidor perpetuo y alférez mayor de Gijón D. Francisco de Paula Jovellanos, para solicitar el ingreso del joven D. Juan, en la Real Academia de Segovia.

Educado por padre tan celoso, llevaba D. Juan, á la vez que los más arraigados y severos principios de honor y religiosidad, una preparación científico-literaria completa y nada común, al ingresar como Caballero Cadete de Artillería en el Alcázar segoviano, en virtud de Real orden de 13 de enero de 1792. Allí bajo la disciplina de sabios y renombrados oficiales, siguió y terminó la carrera con el aprovechamiento consiguiente á sus talentos y aplicación, obteniendo el octavo puesto en la numerosa lista de promovidos á subtenientes del Cuerpo el 11 de agosto de 1796.

La hoja de servicios de Cónsul, que calla sus postreras vicisitudes y lamentable fin, ofrece clara noticia de sus méritos hasta los comienzos del año 1808. Cinco de los seis años que fué subteniente los sirvió en la marina, embarcado en la escuadra de S. M., al mando sucesivamente de D. José de Mazarredo, D. Federico Gravina y D. Antonio de Córdoba, asistiendo con lucimiento de su persona, á la defensa de Cádiz contra los ingleses, tan sabia y valerosamente dirigida por D. To-

más de Morla, ascendido á teniente en 12 de julio de 1802, con destino á las compañías de artilleros á caballo del 3.er regimiento, apenas pudo tomar posesión de aquel empleo, ya que en 7 de agosto del mismo año, fué promovido á capitán segundo del 1.º

Por real despacho de 9 de diciembre de 1803 se le nombró ayudante mayor de aquella sección, sin que conste la fecha del cese en dicho cargo electivo, que dejó para volver al Alcázar de Segovia á servir el más honorífico y preferente de ayudante segundo en la compañía de Caballeros Cadetes, comisión que todavía desempeñaba en 1806 al ascender á capitán 1.º con destino al primer regimiento residente en Barcelona.

Después de larga licencia pasada en Asturias con motivo del fallecimiento de su padre, acababa de llegar á la corte con intento de proseguir su marcha cuando ocurrió la patriótica explosión del *Dos de Mayo;* é impulsado por su propio espíritu y por la fraternal amistad que le unía á D. Luis Daoiz, fué de los primeros oficiales que se presentaron en el *Parque de Monteleón*, baluarte de la independencia española donde se inauguró la lucha desigual, terminada seis años después con el vencimiento del gran capitán moderno. En aquel solar insigne, al lado de Daoiz y de Velarde, de Ruiz, Carpegna y Arango, al frente de los denodados madrileños y de aquel pelotón de artilleros que tan heróicamente llegó á la meta del sacrificio, Cónsul intrépido contribuye con la eficacia de su palabra y ejemplo á mantener el sangriento y transcendental combate, cuya importancia crece y se agiganta al transcurso del tiempo. Salvado milagrosamente de la muerte á que se ofreció voluntaria víctima, recibe en sus brazos á Daoiz agonizante, é increpa con altivo ademán y severa frase á los matadores del héroe sublime.

La intervención del ministro O'Farrilcerca de Murat, impidió que fuesen víctimas de la venganza francesa los oficiales de artillería que sobrevivieron á la gloriosa catástrofe del parque; y Cónsul pudo continuar su marcha camino de Barcelona, después de dirigir á su familia, á manera de fe de vida, aquella interesantísima carta, perdida por desgracia, en que se daban minuciosos detalles de la jornada de Madrid, y fué el documento que más vivamente impresionó al pueblo ovetense para su glorioso levantamiento contra la dominación extranjera.

El 24 de mayo de 1808 alzábase Zaragoza contra la intrusión napoleónica, respondiendo al heróico grito de Madrid, y el pueblo en masa aclamaba por su caudillo al brigadier D. José de Palafox y Melci, recluyendo en el alcázar de la Aljafería al anciano ca-

pitán general D. Jorge Juan Guillelmi. Las Cortes de Aragón convocadas por Palafox en la forma acostumbrada antes de la anulación del régimen foral, confirmaban pocos días después la elección popular, confiriendo al elegido de sus conciudadanos los altos empleos de Capitán General del antiguo reino y Presidente de su Real Audiencia.

A los últimos días de mayo y en pleno período álgido de la patriótica exaltación, llegaba Cónsul á Zaragoza y se presentaba á Palafox, que sabedor de los méritos del viajero por informes del capitán D. Ignacio López, no vaciló en detenerle y conservarle á sus órdenes para que, en la especialidad artillera, prestase el concurso de su saber y notorio valor á la empresa de resistir al enemigo común á que los zaragozanos se aprestaban con poderosos alientos. Siendo Cónsul el más caracterizado de los cuatro únicos oficiales de artillería presentes á la sazón en la plaza, fué nombrado comandante del arma y vocal de la Junta Militar de defensa que presidía Palafox en persona, cuyos cargos desempeñó con extraordinario celo hasta fines de junio, en que habiéndose presentado el capitán D. Salvador de Ozta, se encargó de la comandancia que le correspondía por ser más antiguo.

Nuestro D. Juan no concurrió á la batalla del 15 de junio porque (según escribe el Conde de Toreno) estaba á la sazón en Huesca recogiendo recursos y organizando fuerzas por orden de Palafox. Pero cuatro días adelante ya aparece en Zaragoza, asistiendo á las reuniones de la Junta militar de defensa (al decir del historiador Alcaide, que comete el yerro de suponerle comandante de Ingenieros) y desde la fecha de su regreso, hasta que en las postrimerías del segundo Sitio le abatió la enfermedad de que fué víctima, no abandonó, ni por un instante, el cumplimiento de sus ímprobos deberes.

Al encargarse de la comandancia del arma, recién llegado á Zaragoza, procedió con febril actividad á establecer los talleres y servicios del Parque, á la vez que reclutaba, organizaba é instruía aquel heroico batallón de artilleros que tan generosamente se sacrificó en la defensa de las baterías. Sirvió de núcleo á esta sección ejemplar el grupo de 250 individuos del primer regimiento, que procedentes de Barcelona llegaron el 14 de junio á tiempo de concurrir á la batalla de las Eras; alcanzó su efectivo la considerable cifra de 700 plazas, amén de una batería de á caballo incorporada á la Maestranza, y fueron tan enormes sus pérdidas que el 20 de febrero de 1809 sólo tenía 133 individuos sanos en las compañías de plaza y 32 en la volante; el resto había perecido al pie del cañón ó víctima de los estragos de la peste.

No menos meritoria y eficaz para la gloriosa resistencia fué la improvisación de los talleres de maestranza, imprescindibles en una plaza sitiada, cuyo establecimiento se debió al espíritu organizador de Cónsul. Era diaria y apremiante la necesidad de habilitar el arma-

mento, la de proveer al extraordinario consumo de balas de fusil y de cañón, la sustitución de los granos de cobre en las piezas desfogonadas por continuo tronar, la talla de piedras de chispa y la construcción, compostura y preparación de cureñas, explanadas, juegos de armas, cartuchería, cuerda-mecha, estopines, espoletas y pertrechos de todas clases. Cónsul á todo atendía, venciendo con su ingenio, actividad y carácter cuantas dificultades se presentaban. El vasto mesón del Portillo convertíase al mandato de su voluntad en armería, donde al cargo del maestro mayor del Parque *D. Manuel del Bosque*, trabajaban 355 operarios. El suntuoso palacio de la Universidad literaria, que fundó el Obispo Cerbuna para templo de Minerva, trocábase en bullicioso taller de Marte. El comisario *D. Vicente Ezpeleta,* alumno del ilustre Pe-de-Arrós en la gran manufactura sevillana, fundía los proyectiles de hierro; el maestro de coches *D. Mariano Nadal,* abandonaba su pacífico taller para desempeñar funciones de maestro mayor de montajes; poníase al frente del obrador de atalajes el maestro guarnicionero *D. Manuel Gil;* ejercitábanse los religiosos en cargar cartuchos; nutridos pelotones de mujeres cosían saquetes para las cargas y sacos terreros para los espaldones; organizábase la compañía de maestranza con los herreros y calafates de la Acequia Imperial, y proveíase á la talla de piedras de chispa, instalando un obrador á cargo del pedrero *Antonio Celestino* en que se cortaba el excelente pedernal rojo, traído de las canteras de Jaulín, y el negro fino de los montes de La Muela. Tal era la vida, tal la animación del Parque. Los zaragozanos, tan pródigos de sus recursos como de su sangre, acudían al improvisado arsenal con el plomo de las canales de sus casas y el estaño de sus vagillas, para tener en continuo ejercicio las calderas y turquesas: las rejas de balcones y ventanas, cortadas en pequeños fragmentos, los cascos de las granadas enemigas desmenuzados á golpe de mandarria, los clavos y desperdicios de hierro viejo que hasta los mendigos traían continuamente, proporcionaban la metralla que, encerrada en canastillos de mimbre, en saquetes de arpillera ó cargada á granel, llevaba el espanto y la muerte al sitiador, conteniendo sus furiosas acometidas. Las balas francesas eran devueltas al campo enemigo por el cañón español, y jamás faltaron á la defensa municiones para sus fusiles ni cargas y montajes para sus bocas de fuego.

Por transcendentales motivos tan notorios como los triunfos de Bailén y Valencia y la aproximación de las divisiones que al mando de O' Neylle y Saint-Marcq enviaban los valencianos en socorro de Zaragoza, tuvo Lefebvre que levantar el primer Sitio en la madrugada del 14 de agosto, después de diez días de tan rudo cuanto estéril combate en el corazón de la altiva ciudad que no pudo señorear. En esa última fase del asedio, en que, resultó gravemente herido el co-

mandante del arma D. Salvador de Ozta, desempeñó D. Juan Cónsul el mando accidental, alternando con su amigo y compañero D. Ignacio López Pascual en la dirección de las baterías. Emplazadas las piezas en la boca-calle del Hospital de convalecientes, en los conventos de San Ildefonso y Santa Fe, en los torreones que todavía flanqueaban el *Arco de Cineja,* derruídos más tarde, y en las cortaduras abiertas á la inmediación de la plaza de San Francisco en ambos ramales del Coso, vomitaban el hierro y el fuego contra las posiciones del Hospital general y conventos de Franciscanos y Carmelitas de que el enemigo solo pudo salir en vergonzosa retirada. La victoria de Zaragoza asombró al mundo, y Palafox, justo admirador de los servicios de Cónsul, supo premiarle dignamente confiriéndole empleo personal de coronel de ejército sobre el de teniente coronel con que anteriormente le había agraciado; pero apresurémonos á decir que en este ejemplar, como en otros muchos, el calumniado dualismo solo sirvió para adornar la mortaja de un héroe.

PREVIENDO que los franceses, irritados por la derrota, habían de volver de nuevo y con mayores fuerzas sobre Zaragoza, decretó Palafox la creación de una Maestranza de artillería completa y bien provista, que reuniese en un solo local todos los elementos y talleres dispersos improvisados por Cónsul para las atenciones de la primera defensa, eligiendo para su instalación el histórico edificio de los Torrellas, donde estuvo en capilla y salió para el cadalso el desventurado Juan de Lanuza. Alzase este palacio en la calle de Santiago y prolóngase por la espalda hasta la plaza del Pilar á cuya parroquia corresponde. En septiembre de 1808 instalaba Cónsul la maestranza en su nuevo domicilio, quedando perfectamente organizados los talleres de todos los oficios en que de día y de noche, se recomponía el armamento, y se aderezaba el material deteriorado en la primera defensa, y se construían los pertrechos necesarios para contrarrestar los horrores del nuevo sitio con que la ira de Napoleón amenazaba.

Bien pronto quedó justificada la previsión de Palafox. Por consecuencia de la rota de Tudela (23 de noviembre) replegáronse sobre Zaragoza los restos del ejército vencido al mando de los generales O'Neylle y Saint-Marcq: la guarnición de la plaza resultaba numerosa y hasta excesiva, pero también lo eran las fuerzas y los medios con que, el 20 de Diciembre, quedó embestida por el ejército enemigo gobernado por el Mariscal Moncey á quien, tiempo andando, reemplazaron sucesivamente Junot y Lannes.

No es ahora nuestro objeto describir, ni siquiera en breve síntesis, las peripecias de esa encarnizada lucha de dos meses, de que informa

el diario del segundo sitio. Contrayéndonos á las vicisitudes de don Juan Nepomuceno Cónsul, basta á este propósito advertir, que el nuevo comandante general de artillería de la plaza, D. Luis Gonzaga de Villaba y Aybar, le relevó de la dirección de la Maestranza, en cuyo cargo puso al benemérito D. Salvador de Ozta, apenas convaleciente de sus heridas, cometiéndole el más activo y peligroso de comandante en jefe de todas las baterías del recinto que servía su valeroso batallón, quedándole subordinados los oficiales que las mandaban respectivamente.

La presencia de Cónsul, jefe dignísimo de tales subalternos, era segura en los parajes donde había que afrontar mayores riesgos: pero tantas fatigas y el desgaste físico originado por aquella lucha sin tregua y por una alimentación insana y deficiente, quebrantaron su salud en términos de que el General Palafox se creyese obligado á proporcionarle relativo descanso, á cuyo fin dispuso que se encargase nuevamente de la dirección de la Maestranza, hacia el último tercio del mes de enero, siendo sustituído por Ozta en el mando general de las baterías.

¡Era tarde! la peste asoladora agotaba las fuerzas del bizarro coronel que, al borde del sepulcro, consagraba todavía sus facultades intelectuales al vasto establecimiento que había creado é iba á servirle de cámara mortuoria.

La resistencia zaragozana tocaba su término fatal. El enemigo apoderado del burgo de Altabás, en la izquierda del Ebro, bombardeaba los barrios del Pilar y La Seo, indemnes hasta entonces á los estragos del mortero; el histórico palacio de la Maestranza era blanco predilecto de los bombardeos franceses, y la amistad que velaba á Cónsul en sus postrimerías, quiso sustraerle al peligro de las explosiones, conduciéndole á los sótanos del edificio donde, después de recibir los auxilios espirituales con la devoción y entereza propias de su piedad y temple de alma, devolvió ésta al Señor el mismo día 20 de febrero de 1809 en que Zaragoza, exánime, suscribía la capitulación dictada por Lannes. Diríase que, como los antiguos saguntinos, prefirió sepultarse entre las ruinas de la ciudad *Siempre Heroica*, antes que someterse á las desventuras del vencimiento.

Allí, en la veneranda basílica de Nuestra Señora del Pilar, que guarda las cenizas del valeroso O'Neylle, del gran ingeniero Sangenís y de tantos otros héroes olvidados, duerme el sueño eterno *D. Juan Nepomuceno Cónsul.* Pero si su sepultura quedó ignorada al correr del tiempo, justo será que no dejemos perder la memoria de sus merecimientos tan dignos de la póstuma alabanza.

D. Angel Salcedo

Era natural de Fuentenovilla en Castilla La Nueva.

Terminados los estudios profesionales en el Colegio de Segovia fué promovido á subteniente de Artillería en 16 de octubre 1781, y ascendió á capitán del Cuerpo en 4 de septiembre 1794, con cuyo empleo concurrió á la guerra de Navarra, resultando gravemente herido en Lecumberri el 16 de octubre de dicho año.

Terminada esta campaña, en la que obtuvo el grado de teniente coronel, solicitó su retiro que le fué concedido en 21 de marzo de 1798.

En mayo de 1808 residía en Aragón en calidad de retirado, dirigiendo particularmente las fábricas de pólvora de Villafeliche, cuando el alzamiento de Zaragoza, sacándole de sus ocupaciones industriales, le obligó de nuevo á ceñir la espada. Tuvo mucha parte en la instrucción y organización del batallón Voluntarios de Daroca, y con él defendió los molinos de Villafeliche rechazando dos ataques del enemigo; sirvió en la brigada de vanguardia al mando del barón de Warsage, y con ella acudió á socorrer á Zaragoza en las postrimerías del primer Sitio, siendo galardonado por Palafox con el grado de Coronel.

Concurrió con gran lucimiento á todo el segundo Sitio, y tuvo á su cargo la famosa batería del *Rastro de los Clérigos* en la memorable jornada de 21 de diciembre de 1808 cuando Gazán atacó furiosa y decididamente las posiciones del arrabal de Altabás. Su comportamiento en tan peligroso puesto fué lucidísimo, y en la *Gaceta* de 22 de diciembre se hace cumplido elogio de la firmeza y esfuerzo desplegados por Salcedo, á quien se califica de valeroso Capitán (Alcaide, tomo II, pág. 58). La Junta Central remuneró sus méritos ascendiéndole á brigadier de ejército con antigüedad de 9 de marzo de 1809.

De regreso de su cautividad en Francia siguió en el servicio activo del Cuerpo con el empleo efectivo de teniente coronel al que le correspondió ascender en 1810. Desempeñó durante algunos años la Comandancia del Arma en Tortosa, y en 1823, siendo ya coronel del Cuerpo, era comandante de la plaza de Santoña. Murió en 1827, en cuyo año la Sra. D.ª María Felipa Garcés, esposa del finado, solicitaba la pensión de viudedad que le correspondía.

D. Jose Ruiz de Alcala

Terminada su facultativa carrera en el colegio de Segovia, fué el tercero de la promoción de 1796, y ascendió á capitán del Cuerpo en 1806, con destino al 2.° regimiento, residente á la sazón en Cartagena.

Hallábase en Valencia el 28 de junio de 1808, cuando el mariscal Moncey atacó bruscamente dicha ciudad, distinguiéndose nuestro biografiado por su valor é inteligencia como comandante de la batería de Puerta de Cuarte, una de las más vivamente asaltadas por los franceses, y contribuyó con el buen empleo de las piezas al espléndido triunfo de los españoles en aquel memorable día. (Conde de Toreno).

Incorporado á las divisiones que la Junta Suprema de Valencia enviaba en socorro de Zaragoza, concurrió á todo el 2.° Sitio de esta ciudad, ejerciendo el mando de las baterías del convento de San José del Huerva, convertido en fuerte avanzado, del que era gobernador el bravo coronel D. Mariano Renovales.

De su distinguido comportamiento en puesto tan peligroso, hallamos honorífica mención en los partes de Renovales que copia en sus historias de los Sitios el doctor Alcaide. Protegió eficazmente la salida de aquel jefe contra las trincheras enemigas el 31 de diciembre de 1808. (Alcaide. Tomo II, capt. 5.° pág. 76); contribuyó, con el certero fuego de sus piezas y asidua vigilancia, á rechazar el ataque que los franceses, aprovechándose de una densa niebla, intentaron contra el convento el 2 de enero de 1809, en cuyo día, anduvo entre los artilleros la heroina Manuela Sancho (Tomo II, cap. V, pág. 82); y el 11 de enero, cuando en medio del más horroroso bombardeo recrudeció el sitiador su furia contra el convento, cuyas robustas fábricas demolía con el no interrumpido tronar de 16 piezas, mantuvo Ruiz de Alcalá sus baterías á pecho descubierto, afrontando los rigores de aquel espantoso diluvio de proyectiles, allí donde, como dice Renovales en el parte del suceso, *solo el valor de nuestros artilleros podía maniobrar* (Tomo II, cap. 7, pág. 95). A la media noche de aquel glorioso día abandonaron los españoles las ensangrentadas ruinas de San José, cuya resistencia, del todo agotada, no era posible proseguir, llevando en su retirada, al recinto de la plaza, todos sus heridos, la artillería, los proyectiles enemigos que no habían estallado, y los cascos de bombas y granadas utilizables para metralla.

Los historiadores del 2.° Sitio no puntualizan los servicios de Ruiz de Alcalá en el último período de aquel insigne episodio, que no es de dudar serían dignos de su honor y su denuedo. Quedó prisionero de guerra como comprendido en la capitulación y fué conducido á

Francia; á su regreso era teniente coronel de artillería con antigüedad de 1810 y tenía el grado superior de coronel en premio de los méritos contraídos en las defensas de Valencia y Zaragoza. En 1823 era ya coronel efectivo y director de la fábrica de pólvora de Murcia, y á su fallecimiento, acaecido en julio de 1833, á los 41 años de buenos servicios, no había pasado de aquel empleo y era director de la fábrica de fusiles de Placencia.

D. Matias Moñino

Era murciano, de la ilustre familia del Conde de Florida Blanca, y mandando como capitán la batería de campaña afecta á la división O'Neylle concurrió á las operaciones de Navarra y batalla de Tudela, figurando entre los que más se distinguieron y se citan con mayores elogios en el parte de aquella desgraciada acción. (Alcaide, tomo II, página 309).

Después de aquel suceso asistió con lucimiento á todo el segundo sitio de Zaragoza. El 1.º de diciembre, cuando por primera vez se aproximaron tropas enemigas con intento de embestir la plaza, mandaba Moñino la batería de la Casa Blanca, contribuyendo con el acertado fuego de sus piezas á rechazar aquel conato. El 21 de diciembre concurrió á la célebre batalla del Arrabal, dirigiendo los fuegos de la batería de las Balsas, ó del Tejar, de ominoso recuerdo para los franceses, á las órdenes del celebérrimo coronel D. Manuel de Velasco. El 2 de enero de 1809 tomó parte en la salida hecha por el Arrabal en combinación con la columna de Perena para hostilizar las avanzadas de Gazán y romper el bloqueo, portándose en este hecho de armas con su acostumbrado valor. Y ya nada más dice Alcaide de nuestro biografiado á quien dedica algunos renglones de elogio en el catálogo de defensores distinguidos (tomo III, pág. 135), al expresar que se le confirió el grado de teniente coronel.

No tenemos noticias circunstanciadas de la asistencia de Moñino á los últimos combates de la defensa, pero no hay duda que prestó en ellos su valiosa cooperación, toda vez que en 23 de enero de 1809 fué agraciado por Palafox con el escudo de premio y distinción que los valientes defensores ponían bordado en el brazo derecho. (Alcaide, tomo III, pág. 35.)

Terminada la guerra de la Independencia con el grado de coronel y el empleo efectivo de teniente coronel del Cuerpo al que ascendió en 1814 al regresar de su cautividad en Francia, poco más sabemos de

D. Matías Moñino. Había ascendido á subteniente en la promoción de 1801, y á teniente en 1804; fué comandante del 2.° escuadrón, y muchos años subdirector de la fábrica de pólvora de Murcia; ascendió á coronel en 1822, y un año después al decretarse la disolución del ejército, como consecuencia de la reacción absolutista, perdemos por completo la memoria de nuestro biografiado de quien no encontramos noticia alguna.

D. Miguel de Forcallo †

Nació en Ciudad-Real año 1780; en 1791, siendo menor de edad, obtuvo plaza de caballero cadete del colegio de artillería; ascendió á subteniente en 27 diciembre de 1800, á teniente en 23 mayo 1803, y era Capitán 2.° del Real cuerpo cuando se presentó en Zaragoza á participar de las glorias y peligros de la segunda defensa.

El 12 de enero de 1809 desempeñaba Forcallo el mando de la batería de la Puerta del Carmen que el sitiador intentaba combatir reciamente emplazando sus piezas en la confluencia de la carretera de Casa Blanca y paseo del Convento de Capuchinos (hoy cuartel de Hernán Cortés). Pero nuestro oficial, en presencia de Palafox dirigió con tanto acierto el fuego de sus cañones contra los trabajos del enemigo que le obligó á cejar en sus propósitos ahuyentándole de aquellos parajes, por cuyo brillante éxito *el General gratificó con dos onzas de oro á los artilleros y elogió públicamente á su Capitán.* (Alcaide, tomo II, pág. 104).

Enfermo de la epidemia, marchaba conducido á Francia en las famosas cuerdas del general Morlot; pero no pudo pasar de Pamplona en cuyo hospital falleció nuestro héroe el 3 de marzo de 1809 á los 29 años de su edad.

D. Joaquin de Montenegro

Terminado el curso de estudios en el Alcázar de Segovia fué promovido á subteniente de artillería en 1802; en 1804 ascendió á teniente con destino á la sección de artilleros á caballo del 2.° regimiento, y en 1808 fué uno de los capitanes del cuerpo que vinieron con las divisiones valencianas á la segunda defensa de Zaragoza, donde por sus grandes méritos obtuvo el grado de teniente coronel conque figura en

las listas de defensores publicadas por Alcaide en el Tomo III, pág. 95 de su obra.

Pero el deficiente historiador apenas dedica otro recuerdo á Montenegro que la simple cita de su nombre, y pasarían olvidadas las hazañas de tan intrépido oficial sin la nerviosa reseña de la defensa de las baterías de la Puerta del Sol que hace su testigo ocular el coronel don Fernando García Marín en la nota 10, pág. 216 de sus *Memorias para la Historia Militar de la Guerra de la Revolución de España.*

Tuvo Montenegro á su cargo el mando de las baterías de la Puerta del Sol tan ruda como infructuosamente atacadas por los franceses los días 26, 27 y 28 de enero de 1809, en cuyos heróicos combates, y en los sucesivos hasta la capitulación de la plaza, perecieron 1400 defensores y 60 artilleros, resultando gravemente herido nuestro biografiado cuya conducta fué tan justamente encomiada como se desprende de los dos siguientes párrafos, que copiamos del libro del Coronel Marín.

«Las dos baterías de la puerta del Sol, situada la una á la parte »exterior, y la otra en la interior junto á la Universidad, siguieron »constantemente sus fuegos dirigidos por su diestro comandante Mon»tenegro; y á pesar de los tenaces redoblados ataques que diariamente »sufrieron, no pudieron vencer los franceses la firmeza y valeroso »denuedo con que fueron defendidas, ni posesionarse de ellas hasta »la capitulación de la ciudad».

«Esta bella defensa, que puede contarse entre las más señaladas y »gloriosas de cuantas han tenido lugar tanto en el memorable segun»do Sitio de Zaragoza, como en las demás plazas de la Península, cuya »resistencia justamente se ha admirado, hace por sí misma sin necesi»dad de interpretaciones ni comentarios, la debida apología del briga»dier D. Josef Miranda, comandante que fué de aquel punto y del de »las baterías *D. Joaquín de Montenegro*, á cuya sabia dirección, mane»jo y serenidad, se debió en gran parte tan gloriosa resistencia; siendo »lo más digno de admirar en este valiente oficial, que sin embargo de »haber recibido una fuerte contusión en el primer día del ataque, y »una herida bastante grave de bala de fusil la antevíspera de la capi»tulación, siempre se mantuvo al lado del cañón sin separarse del »punto atacado por más tiempo que el preciso para curarse; lo que »causó una vehemente impresión en cuantos lo presenciaron, que le »dispensaron los justos elogios debidos á su firmeza y bizarra con»ducta».

Sin duda pudo fugarse y eludir de este modo su conducción á Francia, puesto que figura en la Escala de 1810 conservando el mando de los artilleros á caballo del ejército de Aragón. Por sus servicios en la defensa de Zaragoza, además del grado de teniente coronel, que dejamos dicho, obtuvo la cruz de San Fernando de 1.ª clase.

Terminada la guerra de la Independencia, sirvió poco tiempo en el cuerpo de artillería nuestro biografiado, á pesar de sus prestigios, por no estar conforme con las opiniones constitucionales sustentadas por la inmensa mayoría de sus compañeros. Así que solicitó el retiro para Murcia, volviendo al servicio activo, pero no al del Cuerpo, después de la reacción de 1823, siendo en 1825 ascendido á brigadier por Fernando VII, que le profesaba singular estimación.

A la muerte del Rey siguió la parcialidad del Infante D. Carlos, de quien fué leal consejero, Ministro de la Guerra, general distinguido y preceptor del Conde de Montemolín. El convenio de Vergara le llevó á la emigración, permaneciendo algunos años en el extranjero y falleciendo poco después de su regreso.

D. Juan de Pusterla †

Caballero cadete del Colegio de Segovia, ascendió á subteniente de artillería en la promoción de 1803; en 1805 fué ascendido á teniente con destino al 2.° regimiento, y á capitán en 1808 por los méritos que contrajo en la defensa de Valencia. Incorporado á las divisiones valencianas que acudieron en auxilio de Zaragoza, concurrió á las operaciones de Navarra en persecución del enemigo, y á su regreso á la capital de Aragón obtuvo un puesto de honor en la famosa batería del Rastro de los Clérigos, donde D. Angel Salcedo ejercía el cargo de comandante del arma.

Brevísima fué su carrera, pues el 21 de diciembre de 1808, primer día del 2.° sitio, murió gloriosamente en la expresada batería situada en el arrabal de Altabás (en el solar del actual Convento de Religiosas Carmelitas de S. José), que el enemigo asaltaba en vano por tercera vez. Su muerte fué sentidísima por la guarnición y el vecindario, y al dar cuenta de ella la *Gaceta* del 22 de diciembre ensalzando, como era justo, la pericia y el valor de los artilleros á quienes se debió principalmente el triunfo en aquella celebérrima jornada, lamenta con sentidas frases la pérdida de nuestro malogrado oficial.

D. Francisco Betbecè †

Este era el nombre del heroico oficial de artillería á quien el Conde de Toreno, Alcaide y otros historiadores apellidan *Bosete*, conti-

nuando un yerro de la *Gaceta de Zaragoza* que ninguno de aquellos escritores acertó á subsanar hasta que mal y tarde lo hizo Alcaide en la fe de erratas de su tomo III; pues le llama *Berbecey*.

Había nacido en Montevideo, hijo del Coronel de artillería don Francisco Betbecé, y fué hermano de otro joven oficial del Real Cuerpo llamado D. José, distinguidísimo en la defensa de Gerona.

Caballero cadete en el Colegio de Segovia, ascendió á subteniente en la promoción de 1807 con destino al departamento de Barcelona. Allí llegaron á su oído los heróicos esfuerzos de los zaragozanos contra la opresión francesa excitando en tan alto grado su juvenil entusiasmo que decidió abandonar su destino y correr en posta á la capital de Aragón, donde se presentó el 1.º de julio, ávido de contribuir á su defensa y participar de las glorias de tan hazañosa empresa.

Gratamente admitido por Palafox y encargado en el acto de la batería de Puerta del Carmen, sostuvo tan valerosamente los recios ataques del enemigo el día 2 de julio, apoyando con sus cañones los esfuerzos de la fusilería hábilmente dirigida por el bravo teniente coronel de Extremadura D. Domingo La Ripa, herido gloriosamente en aquel puesto invulnerable, que el general Palafox le recompensó con el grado de teniente sobre el campo de batalla (Alcaide, tomo I, cap. 12, pág. 138). Siguió hasta el levantamiento del Sitio en el mismo peligroso puesto, distinguiéndose siempre por su valor, acierto y serenidad, especialmente al rechazar el furioso ataque que por sorpresa intentaron los sitiadores en la noche del 16 al 17 de julio. Los franceses llegaron en terrible avalancha á la boca de las piezas, y el combate, reñido á tiro de pistola, causó muchas víctimas entre los artilleros, si bien prevaleció la energía española que logró rechazar al enemigo, merced á los esfuerzos de Betbecé y del bravo coronel, comandante del puesto D. Pedro Hernández (Alcaide, tomo I, cap. 17, pág. 177).

Ocupado por los franceses el Convento del Carmen y corriéndose al Colegio de San José (actual escuela de Veterinaria) en la mañana del 4 de agosto, retiró nuestro oficial los cañones de su gloriosa batería á los inmediatos edificios de las Religiosas de la Encarnación, hospital de Convalecientes, y huerta del Convento de San Ildefonso, que, bien guarnecidos, fueron barrera insuperable á los esfuerzos del sitiador.

A los comienzos del 2.º Sitio, y ya con el grado de Capitán á que ascendió por los especiales méritos contraídos en el 1.º, fué nombrado comandante de las baterías del célebre *Reducto del Pilar*, fuerte avanzado que el Coronel Sangenís instaló sobre el camino de Torrero como cabeza del puente del Huerva, cuya heroica defensa constituye una de las más insignes páginas de la epopeya zaragozana. En esa gloriosa lucha, sostenida desde el 10 al 15 de enero de 1809, era co-

mandante del improvisado fuerte el intrépido coronel D. Domingo La Ripa, y cupo á Betbecé la honra de ser su compañero y súbdito. El 10 de enero rompieron el fuego los franceses con cuatro formidables baterías situadas á 40 toesas de distancia que con los continuos disparos de cuatro obuses, cuatro cañones gruesos y siete de batalla llevaban el estrago á los débiles parapetos y la muerte á los defensores. El 11 prosiguieron el cañoneo con vertiginosa actividad, causando á la valiente guarnición la pérdida de 20 oficiales muertos ó heridos y 110 bajas de tropa; pero Betbecé y su compañero de cuerpo *don José Arnedo y Antillón*, se cubren de gloria, combatiendo á pecho descubierto y desmontando por tres veces la principal de las baterías enemigas, como consta del parte del suceso (Alcaide. Tomo II, páginas 102 y 103) y de los comentarios que le añade la *Gaceta* de 17 de enero, copiados por el coronel D. Fernando García Marín en sus Memorias (pág. 103). El día 12, y los sucesivos, destrozada la artillería y arrasados sus parapetos, aun resiste el famoso reducto, defendido por el fusil y la bayoneta que rechazan los furiosos asaltos del sitiador, le atacan en sus trincheras, clavando algunas de sus piezas (García Marín, Memorias, pág. 105), y sólo cuando ya no queda ladrillo sobre ladrillo en aquellas ruinas eternamente memorables, obedeciendo terminante mandato de Palafox, varias veces repetido, abandonan los pocos defensores que quedaron con vida, aquel puesto, ya del todo insostenible, retirándose á la plaza, y volando el puente en la noche del 15 de enero.

Fué Betbecé uno de los contados oficiales que, si bien cubiertos de heridas y oprimidos por la fatiga, lograron salir con vida de aquel montón de cadáveres y escombros; y como después no le vemos citado en ninguno de los combates que ilustran la defensa de Zaragoza hasta la fecha de la capitulación, y por otra parte, no hay duda de que terminó en el 2.° Sitio su tan breve cuanto gloriosa carrera, es de presumir que pereció víctima de las lesiones recibidas en el reducto, si es que no lo fué de la asoladora epidemia que abrió olvidadas tumbas á más de la mitad del vecindario y guarnición de la ciudad *Siempre Heroica*.

D. Jose de Saleta y Descallar †

Todavia más breve que la del anterior fué la existencia del subteniente Saleta. En 1807 era subbrigadier de los caballeros cadetes externos, con premio de uso de cordones por su aplicación, y ascen-

dió á subteniente del Cuerpo en la numerosa primera promoción de 1808, obteniendo en *ella el 5.º lugar*.

Pocos meses después hacía sus primeras armas en la batalla del Arrabal de Zaragoza el día 21 de diciembre, encontrando anticipada, ya que gloriosa muerte en la misma batería del Rastro, enrojecida con la sangre de su compañero Pusterla. La *Gaceta* del Sitio también consagró simpático recuerdo á tan valiente cuanto malogrado joven.

D. Jose Rodriguez Zambrano †

De este malogrado joven no hacen la más insignificante mención los historiadores del 2.º sitio de Zaragoza. Solo sabemos de él que fué una de las víctimas con que el Cuerpo de artillería contribuyó á la gloria de aquella heróica defensa.

Era Rodríguez Zambrano el 3.º de la promoción de 1806, y como sus compañeros D. Joaquín de Villava y D. Antonio Sequera, 1.º y 2.º respectivamente, permaneció en el colegio de Segovia continuando *estudios superiores*, según resulta de la escala de 1807. Era, por tanto, un oficial tan distinguido por sus talentos y aplicación como por su nacimiento, cualidades que hicieron más sensible su temprana muerte.

D. Joaquin de Villava y Heredia

Era natural de Zaragoza, hijo de los ilustres consortes D. Miguel de Villava y Aybar, Regente de la Real Audiencia de Aragón, y D.ª Micaela de Heredia y Alamán, de la noble casa de Graus. Fué por tanto hermano del famoso jurisconsulto D. Manuel de Villava y Heredia, y sobrino carnal de D. Luis Gonzaga de Villava y Aybar, comandante general de artillería del ejército de Aragón, durante el segundo sitio de Zaragoza.

En el colegio de Segovia cursó con tanto aprovechamiento la carrera de Artillería que obtuvo el número primero en la promoción de 1806, continuando en aquellas aulas los estudios que se llamaban sublimes.

En 1808 sirvió en el ejército de Castilla la Vieja al mando de D. Gregorio de la Cuesta, encontrándose en las batallas de Cabezón y Rioseco en cuyos desgraciados hechos de armas se distinguió por su

denuedo: é incorporado de nuevo á dicho ejército, después de su retirada concurrió á la defensa de Logroño en los días 28 y 29 de octubre mandando una de las baterías que sostuvieron el recinto de aquella capital. Asistió después á la batalla de Tudela y á todo el segundo sitio de Zaragoza donde alternó con sus compañeros del Real Cuerpo en el servicio de las baterías, desempeñando á la vez el cargo de ayudante de campo de su tío el general Villava.

Hecho prisionero por consecuencia de la capitulación, logró fugarse en compañía de su ilustre pariente, á quien siguió á Murcia y Mallorca.

Por sus méritos en la guerra de la Independencia obtuvo el grado de teniente coronel sobre el empleo de capitán de artillería á que ascendió en 1811. Era oficial distinguidísimo por su gran cultura y bondadoso carácter; sirvió en Madrid, la mayor parte de su vida, destinado á la Junta Superior Facultativa, y ascendido á coronel del cuerpo en 1837, fué algunos años secretario de la Dirección general, y últimamente Comandante del arma en Zaragoza, donde falleció el 11 de junio de 1843.

Su muerte fué repentina y ocasionada por un disgusto muy grave que tuvo con el general Seoane, Capitán general de Aragón. Llamado por éste á su palacio (que era el de los Condes de Fuentes sito en el Coso), departieron general y coronel sobre los sucesos políticos que se avecinaban y tuvieron tan desastroso final para la Regencia del Duque de la Victoria como para el mismo Seoane, vencido y abandonado por los suyos en los campos de Torrejón de Ardoz. El General, decidido á lanzarse á la lucha, aguijoneado por su habitual cuanto irreflexiva impetuosidad, no pudo oir con paciencia los sanos y prudentes consejos que le dió Villava para que aguardase los acontecimientos sin precipitarse á resoluciones peligrosas, pues no era posible desconocer que el ejército en general y el de Aragón en particular, había perdido la fe en Espartero y miraba con simpatía la declaración á favor de la mayor edad de la Reina Isabel, sustentada por Narváez.

El consejo era leal y bueno; pero no sólo fué desoído, sino contestado con tal alubión de palabras injuriosas, que el pundonoroso anciano cayó como herido del rayo víctima de fulminante apoplegía, falleciendo á los pocos momentos en la misma cama del General, aterrado de las consecuencias de su destemplanza.

D. Jose y D. Manuel Arnedo y Antillon

Creemos que eran hermanos y de la ilustre familia navarra de los *Arnedo-Antillón*, antigua y muy heredada en la ciudad de Cascante. Ambos eran caballeros de la Orden de San Juan y juntos siguieron la carrera militar en el Alcázar de Segovia, ascendiendo á subtenientes del Real Cuerpo de Artillería en la segunda promoción de 1808.

D. José Arnedo y Antillón llegó á Zaragoza con las divisiones valencianas, y según consta en su hoja de servicios, concurrió á las operaciones de Navarra en la primera campaña de 1808, distinguiéndose en la acción de Alfaro (24 de agosto), en el ataque del puente de Caparroso (24 octubre) y en la batalla de Tudela (23 noviembre), asistiendo después á todo el 2.º Sitio de la capital de Aragón, donde obtuvo el grado de teniente que le concedió el general Palafox en 12 enero 1809, y más tarde el grado de capitán otorgado por la Junta Suprema en 9 de marzo del mismo año.

Fué uno de los oficiales del cuerpo de Artillería que dirigió el fuego de los cañones del *Reducto del Pilar*. En este puesto de honor y de peligro nada dejó que desear el comportamiento de Arnedo, de cuyo celo, actividad y valor hace cumplido elogio el ínclito coronel don Manuel de Velasco, en un certificado expedido en Tortosa el 28 de marzo de 1810: y no menos alabanzas le fueron dedicadas por el brigadier Amorós, jefe de la línea de Santa Engracia, en el parte que inserta el coronel D. Fernando García Marín, á la pág. 99 y siguiente de sus *Memorias para la Historia Militar de la Guerra de España*.

Fugado de sus guardianes cuando le conducían prisionero á Francia, se presentó el 1.º de julio de 1810 en la plaza de Tortosa, donde el comandante de Artillería D. Juan Calvo de la Cantera, le destinó al fuerte de Orleans, cuya batería dirigió con tanto valor como riesgo, pues entre solos 33 artilleros que la servían tuvo 27 bajas de muertos y heridos, saliendo ileso milagrosamente. Y habiendo capitulado la plaza pudo fugarse de nuevo, llegando á la de Tarragona á cuya defensa concurrió también con su habitual bizarría, resultando herido de dos balas de fusil, según certifica D. Joaquín Arnau, mayor de brigada de Artillería en dicha plaza, con fecha 22 de junio de 1811.

Cuando ya el sitiador señoreaba el frente atacado y se pactaba la capitulación, tuvo la fortuna de poder embarcarse y llegar á la isla de

Mallorca, eludiendo por tercera vez la desdicha de quedar prisionero de los vencedores.

Ascendido á teniente del Cuerpo en 1811, terminó lucidamente la guerra de la Independencia con el grado de capitán, la cruz de San Fernando de primera clase y la del segundo Sitio de Zaragoza. En la Escala de 1817, siendo todavía teniente, figura con destino á la expedición de Ultramar, y ninguna otra noticia posterior hemos logrado obtener de la vida y vicisitudes de este valiente oficial que no pasó de capitán y murió antes del año 1823.

D. Manuel Arnedo y Antillon

Era mayor y más antiguo que D. José, aunque ambos fuesen promovidos á oficiales en el año 1808, como queda dicho. Había nacido en Zamboanga (Mindanao) en 1788 y era hijo de D. Francisco Arnedo y Antillón, gobernador militar y político de aquella importante plaza del archipiélago filipino.

Llegó á Zaragoza á primeros de agosto de 1808, sirviendo en la brigada de artillería de las divisiones valencianas, y con ellas concurrió á las operaciones de Navarra y últimamente á la batalla de Tudela donde mandó con extraordinario valor la batería del puente hasta que fué asaltada por el enemigo, sacrificándose para favorecer la retirada del ejército vencido, por cuya gloriosa acción fué ascendido á capitán, si bien no le dieron tiempo para servir dicho empleo, puesto que hecho prisionero de guerra fué llevado á Francia y recluído en el depósito de Bellegarde.

En la Escala de 1817 figura en la lista de los capitanes de artillería á cuyo empleo había ascendido con antigüedad de 1813.

Casó en Valencia con la Sra. D.ª Antonia Escribá de Romaní, hija de los Barones de Beniparrel, de quien solo dejó sucesión femenina. No pasó de Capitán, pues siendo muy joven solicitó y obtuvo su retiro para la ciudad de Cascante, donde vivió muchos años con el apodo del *Indiano,* sin duda por haber nacido en Filipinas. Era propietario, rico y señor de Serué.

Sus descendientes son los Escribá de Cascante.

D. Jose de Aguilar y Puertas

Nació en la ciudad de Antequera, año de 1790, y fué hijo de los cónyuges D. José y D.ª Luisa, ambos de ilustres familias. Ingresó como caballero cadete en el Colegio de Segovia el 28 de febrero de 1804, ascendió á subteniente de artillería en 9 de enero 1808, y hallándose en Madrid al sobrevenir los sucesos del 2 de Mayo, consiguió fugarse y llegar á Valencia donde fué destinado á la compañía de á caballo del 2.º regimiento.

Con dicha compañía concurrió á la defensa del paso del Júcar en la persecución del ejército de Moncey, y adscripto á la división de vanguardia de las tropas valencianas, llegó á Aragón y Navarra asistiendo con distinguido comportamiento á la batalla de Tudela donde le mataron el caballo que montaba.

Vuelto á Zaragoza permaneció en esta ciudad durante todo el 2.º Sitio, alternando con los demás oficiales del cuerpo en el servicio de las baterías de S. José, Rastro de los Clérigos y Balsas de Ebro, sin perjuicio de seguir mandando su sección de artilleros á caballo, á cuyo frente concurrió á la salida efectuada el 2 de enero de 1809 por el camino de Barcelona, resultando herido de un balazo en dicho combate.

Prisionero por consecuencia de la capitulación, fué conducido á Francia, permaneciendo en el depósito de Nanci, y más tarde en los de Normandía, hasta que consiguió fugarse con varios de sus compañeros y presentarse en el ejército de los Aliados que sitiaba á París.

Regresado á España se presentó en Barcelona el 16 de julio de 1814, y habiendo sido purificado de su conducta como prisionero, y rehabilitado en los empleos y sueldos que le habían correspondido durante su cautividad ascendió á Capitán del cuerpo con la fecha atrasada de 16 de julio de 1812. En 1823 concurrió á la defensa de Cartagena sitiada por los franceses del Duque de Angulema.

Después de larga impurificación que dejó transcurrir en su casa de Antequera, siguió normalmente la carrera del oficial de artillería, sirviendo con distinción en regimientos, fábricas y comandancias.

Ascendió á Coronel en 5 de marzo de 1839, y desempeñando el honorífico cargo de director de la fundición de bronces de Sevilla fué inicuamente asesinado en las calles por la sediciosa soldadesca del regimiento de Guadalajara, levantado contra el Gobierno de Narváez por los comandantes Portal, Gutiérrez y Moriones en 13 de mayo de 1848.

Así acabó su virtuosa vida el Coronel Aguilar, uno de los más es-

forzados defensores del Convento de S. José en el memorable 2.º Sitio de Zaragoza. Era casado y fué padre del caballeroso general de Artillería D. Isidro de Aguilar y Hallé, fallecido en Madrid recientemente.

Estaba condecorado con la placa de la Real y Militar Orden de S. Hermenegildo, la de San Fernando de 1.ª clase, la encomienda de Isabel la Católica, la cruz del segundo sitio de Zaragoza y la concedida á los oficiales que se fugaron de Madrid, después del 2 de Mayo de 1808.

D. Rafael del Pino Yera

De este joven oficial solo sabemos que concurrió á la 2.ª defensa donde ganó el escudo de honor, y antes á la batalla de Tudela en cuyo parte se menciona y pondera el especial mérito que contrajo cuando rodeado de enemigos retiró la artillería, clavando la que no pudo retirar.

Había ascendido á subteniente en la primera promoción de 1808. En la escala de 1817 figura como capitán del cuerpo con destino al segundo regimiento, á cuyo empleo ascendió en 1812. En la de 1823 ya no aparece su nombre, lo que nos hace sospechar que debió morir muy joven.

Los hermanos Primo de Rivera

En la biografía del teniente general de la armada *D. José Primo de Rivera*, escrita á la vista de su hoja de servicios por el vice-almirante y ministro que fué de marina, D. Francisco de Paula Pavía, leemos que el ilustre biografiado, siendo teniente de navio, se hallaba en Madrid al sobrevenir los trágicos sucesos del *Dos de Mayo de 1808* á los que siguió el alzamiento general de España contra los invasores y que ardiendo en patriótica indignación se fugó á Valencia viniendo enseguida á Zaragoza donde gratamente acogido por Palafox, desempeñó importante papel en la 1.ª defensa.

La escasez de oficiales de artillería y el conocimiento y práctica que del empleo de esta arma tienen los marinos, indujo á Palafox á confiar á Primo de Rivera el mando de la *batería del Portillo* que desempeñó con valor y acierto, contribuyendo á rechazar el ataque general del 15 de junio, más conocido por el nombre de *batalla de las Eras*.

El 2 de julio siguiente sirvió dos piezas emplazadas en el *Jardín Botánico*, sobre la huerta de Santa Engracia, durante el segundo ataque general del enemigo, también gloriosamente rechazado, y en los dos días siguientes alternó con los artilleros en el cuidado de las baterías de las puertas del *Carmen, Portillo y Santa Engracia.*

El 5 de julio reemplazó á D. José Mor de Fuentes en el importante cuanto poco descansado puesto que se denominó *comandancia de la Vigía de la Torre Nueva,* cuyo cargo ejerció durante veinte días con gran exactitud y vigilancia, dando al Gobernador continuos avisos de los trabajos y movimientos del enemigo para evitar, como siempre se evitó, que la plaza fuese sorprendida.

Ante el temor de que decayese la defensa tanto por la extrema escasez de pólvora y mantenimientos, como por las bajas experimentadas por los combatientes, resolvió el general en jefe ordenar á las fuerzas reunidas en Pina que, con las debidas precauciones, se dirigiesen á la ciudad escoltando el preparado y bien provisto convoy que debía traer á los defensores la seguridad y la abundancia.

Para trasmitir esas órdenes y activar su cumplimiento, necesitábase un oficial inteligente y enérgico, y fué elegido Primo de Rivera, quien no pudiendo dirigirse á Pina por la carretera, infestada de enemigos, salió en un bote por el río Ebro en la noche del 24 de julio, recorriendo aquel trayecto fluvial de siete leguas, sin ser advertido por las patrullas francesas que vigilaban ambas orillas. Llegado á Pina y puesto al habla con los jefes de los cuerpos allí reunidos, hizo que emprendiese el movimiento su vanguardia con algunos carros de municiones, llegando el 5 de agosto á Villamayor, donde el Marqués de Lazán le mandó adelantarse solo á Zaragoza para anunciar al brigadier Torres la inmediata llegada de los auxilios.

Hízolo así Primo de Rivera con gran habilidad y audacia; vadeó el río Gállego atravesando la línea enemiga y tuvo la fortuna de llegar ileso á Zaragoza, eludiendo la persecución de los jinetes franceses que no consiguieron darle alcance.

Levantado con inmarcesible gloria de Zaragoza su célebre 1.er Sitio en el que ganó el grado de teniente coronel, escudo de distinción y un certificado muy honorífico del general Palafox, salió nuestro biografiado para Madrid y Sevilla, donde le dejaremos continuando su carrera ilustrada por multitud de hazañosas empresas. Pasó en el mar la mayor parte de su vida, visitó las cinco partes del mundo, navegó por todos los Océanos y alcanzó justa fama de ser uno de los mejores entre los más acreditados marinos españoles. Llegó al alto empleo de teniente general ó vicealmirante de la Armada y falle-

ció repentinamente en su casa de Sevilla el 25 de julio de 1853, á los 76 años de edad, pues había nacido en 28 de abril de 1777.

Era hijo de los ilustres consortes D. José Primo de Rivera, capitán del Real cuerpo de Artillería, y D.ª Antonia Ortíz de Pinedo y Auncibay, ambos de nobles linajes, y trasladado con sus padres á Venezuela en edad temprana, sentó plaza de cadete en el Regimiento de milicias de Maracaibo á 28 de abril de 1789; pero su decidida vocación le arrastraba imperiosamente á los riesgos del mar y, apenas vuelto á España, ingresó como guardia-marina en el departamento de Cádiz el día 14 de mayo de 1792.

En la ciudad sud-americana de Montevideo contrajo feliz matrimonio con la Sra. D.ª María de las Mercedes Sobremonte, hija del general gobernador militar y político de la Banda Oriental, de cuyo vínculo dejó distinguida sucesión, pues entre otros hijos, tuvo al teniente general *D. Rafael,* ya fallecido y al capitán general de Ejército *D. Fernando, Marqués de Estella*, Ministro de la Guerra.

A la epopeya de Zaragoza concurrieron con nuestro biografiado sus dos hermanos D. Joaquín y D. Antonio, también valientes y muy entendidos oficiales.

D. Joaquín Primo de Rivera, capitán de infantería agregado en la primera defensa al servicio de la artillería, se distinguió mucho sirviendo dos cañones de campaña en los combates de Ranillas (10 y 11 de julio de 1808) cuando una fuerte columna enemiga pasó por primera vez á la izquierda del Ebro por el puente militar establecido al pie del convento de San Lamberto, frente á Juslibol. Destinado después al regimiento de Granaderos de Fernando VII, resultó gravemente herido, el 20 de diciembre, en el combate reñido sobre el Barranco de la Muerte por las avanzadas españolas y francesas.

D. Antonio Primo de Rivera, el menor de los tres hermanos, ascendió á subteniente de Artillería en la promoción de 1807, y llegó á Zaragoza con las dos compañías del 2.º regimiento adscriptas á la división Saint-Marcq: excusado será añadir que combatió con lucimiento de su persona en las baterías de la plaza, alternando en tan rudo servicio con sus compañeros del Real Cuerpo. Obtuvo por sus merecimientos el empleo de capitán y la cruz del 2.º Sitio, fué prisionero de guerra, y devuelto á España sirvió algunos años en las islas Canarias; gozaba poca salud y murió joven sin pasar del empleo de teniente coronel de Artillería.

D. Pedro Dango

Subteniente práctico, destinado á la compañía fija de Zaragoza, hallábase en esta ciudad el 24 de de mayo de 1808 cuando tuvo lugar el glorioso alzamiento contra los franceses, al que se adhirió con entusiasmo.

Era natural de Cáseda (Navarra), y hombre de largos servicios en la clase de tropa, pues no bajaba de 48 años.

Concurrió á las defensas de Zaragoza, portándose en ellas con valor y acierto, especialmente en la primera donde sus servicios fueron más útiles por la gran escasez de oficiales facultativos.

El 15 de junio mandó y sirvió las baterías de Torrero que le estaban asignadas; el 2 de julio combatió en la de Santa Engracia y el 4 de agosto en la del Jardín Botánico.

En 1809, después de la capitulación, aunque prisionero de guerra como todos, recibió órdenes de quedar en Zaragoza para atender y cuidar á los enfermos y heridos del Cuerpo; pero consiguió fugarse y presentarse en el ejército de Aragón, asistiendo poco después á las jornadas de María y Belchite, donde cayó prisionero el 18 de junio de 1809.

Conducido á Francia permaneció en aquellos depósitos hasta el fin de la guerra, y al regresar á España recibió en premio de sus méritos, el grado de teniente coronel.

Ascendido á capitán de Artillería en la Escala práctica, mandó algunos años la compañía fija de Mallorca, en cuyo cargo cesó en 30 de marzo de 1821 por haber obtenido el retiro para el pueblo de su naturaleza.

D. Francico Nevot y Alvarez

Nació en Madrid á 3 de julio de 1782, hijo de los cónyuges D. Pascual Nevot, teniente de fragata con destino al archivo de la Secretaría de Marina, y D.ª Francisea Alvarez, y en 1794 ingresó como soldado distinguido en la brigada de artillería de Marina, pasando poco después á la del ejército, donde fué promovido á subteniente práctico en 1.º de julio de 1806, con destino á la compañía fija de Valencia.

En 1808, por los grandes méritos que contrajo en la defensa de

Valencia, atacada por Moncey, obtuvo grado de capitán de ejército, y con él vino á Zaragoza mandando una sección de artillería afecta á la división valenciana del general Saint-Marcq. Asistió á la batalla de Tudela el 23 de noviembre, distinguiéndose tanto por el acierto y eficacia con que dirigió el fuego de sus piezas con gran estrago en las filas enemigas, que mereció ser honoríficamente citado por dicho general en el parte de aquel desgraciado hecho de armas (Alcaide. Tomo II, pág. 314, nota 2.ª).

Concurrió al 2.º Sitio de Zaragoza, prestando señalados servicios, especialmente en el mando de las baterías de Palafox y Molino del aceite, furiosamente cañoneadas por los franceses el 17 de enero de 1809 desde las dos nuevas y formidables baterías que emplazaron en el convento de San José. El valeroso Nevot, á pesar de la inferioridad de sus cañones en número y calibre, sostuvo el combate al descubierto con tanto ardor y perseverancia que conservó su puesto mientras dispuso de la última boca de fuego, todas una tras otra más bien destruídas que desmontadas, no siendo menores los estragos causados en el personal á sus órdenes, pues perecieron el teniente agregado D. Isidro Meseguer y cuatro artilleros, resultando otros ocho gravemente heridos. Fué este cañoneo uno de de los hechos más relevantes del 2.º Sitio, como consta del parte dado al general Palafox por el teniente coronel D. Diego de Perosa, comandante del puesto, que copia el doctor Alcaide á la pág. 119 de su tomo II.

Prisionero de guerra por consecuencia de la capitulación, consiguió fugarse en Tudela, presentándose en Sevilla el 31 de marzo de 1809. En dicha ciudad andaluza obtuvo un honorífico certificado suscripto por el general D. Fernando Gómez de Butrón, en cuyo documento se hace constar que Nevot había sido condecorado con el escudo de distinción.

Destinado al ejército de Cataluña concurrió á la defensa de Tortosa, y al terminar la guerra de la Independencia era teniente práctico de la compañía fija de Valencia á cuyo empleo ascendió en 1813, estaba graduado de teniente coronel y obtuvo, á par de la cruz del 2.º Sitio, una de las primeras de San Fernando que se concedieron á raíz de ser instituída esta Orden, habiéndosele expedido la correspondiente Real Cédula en 9 de mayo de 1817. En 27 de enero del mismo año se le concedió reglamentariamente la cruz de caballero de la Orden de San Hermenegildo.

Los adelantos de su carrera fueron después mucho más rápidos, ascendiendo á capitán de la compañía fija de Mallorca el 30 de marzo de 1821, en la vacante originada por haber obtenido su retiro D. Pedro Dango, otro de los más valientes defensores de Zaragoza. El 9 de junio de 1826 fué ascendido á brigadier de ejército en premio de sus

servicios á la causa realista, obteniendo á la vez el importante Gobierno militar de la plaza de Cartagena, pero la muerte del Rey vino á poner término á sus progresos, y en la Guía Oficial del año 1853 todavía figura en la lista de brigadieres con el cargo de jefe de los cuarteles de Madrid, de cuyo importante destino le apeó la revolución de 1854, dejándole de cuartel, y en esta pasiva situación falleció en 1861 á la edad de 80 años.

Había casado en 1816 con la señora D.ª Josefa Merino, en quien tuvo distinguida sucesión, siendo nieta suya la señora D.ª Julia Nevot, esposa del coronel de Artillería D. Ricardo Pascual de Quinto.

El brigadier Nevot fué el último artillero que honraba su pecho con la cruz del 2.º Sitio de Zaragoza.

D. Santiago Salazar

Llegó á Zaragoza con el general Butler acompañado de tres hermanos suyos oficiales de infantería, dos de los cuales perecieron en el segundo Sitio. D. Santiago era teniente de navío de Real Armada, y como todos los de esta procedencia prestó útiles servicios agregado al Cuerpo de Artillería.

Tuvo á su cargo el mando de la batería del Jardín Botánico que desempeñó cumplida y valerosamente, combatiendo con gran eficacia las posiciones enemigas y muy especialmente las de Torrero, donde en repetidas ocasiones causaron grandes estragos los morteros que Salazar dirigía.

Palafox premió sus buenos servicios ascendiéndole á teniente coronel.

Conducido prisionero á Francia á raíz de la capitulación, consiguió evadirse al atravesar la alta Navarra, y prosiguiendo sus méritos en la guerra de la Independencia, ganó el empleo de coronel de infantería.

El único de sus hermanos que salió ileso del 2.º Sitio de Zaragoza, estuvo prisionero en Francia hasta el fin de la guerra y, casado en Valencia muchos años después, fué padre del general de brigada don Froilán Salazar y Rives, antiguo y benemérito oficial de Artillería.

D. Santiago tuvo ideas avanzadísimas en política, y como todos los liberales de su tiempo quedó impurificado é indefinido por Fernando VII. Pasadas las tormentas de la reacción obtuvo su retiro para la ciudad de Murcia donde se estableció tranquilamente desempeñando la administración de bienes de los Condes de Sástago y llegó á gran ancianidad, pues falleció del cólera en la epidemia de 1865. Era natural de Mazarrón en la provincia de Alicante,

D. Nicolas Corona

Teniente agregado á la artillería que llegó á Zaragoza con las divisiones valencianas; se distinguió mucho en la batalla de Tudela, según resulta del parte dado por el general Saint-Marcq, asistiendo después á todo el 2.º Sitio.

D. Felix Ruiz

Alferez de fragata y capitán de infantería, agregado al servicio de las baterías, concurrió á las del convento de San José, donde fué herido y obtuvo el grado de teniente coronel.

D. Jaime Fabregues

Capitan agregado á la artillería y segundo comandante de la establecida á espaldas de la Real Casa de Misericordia, contribuyó poderosamente á rechazar los ataques del enemigo en los días 27 y 28 de Enero de 1809.

D. Isidro Meseguer †

Solo sabemos de él que era teniente de infantería agregado al servicio de la artillería, y que murió gloriosamente en el combate y defensa de la batería alta de Palafox, ó del Molino del aceite el 17 de enero de 1809.

D. Luciano de Tornos y Cagigal

Tomó parte muy decidida en el alzamiento de Zaragoza y era teniente de Caballería retirado y parroquiano de Santa Cruz.

El 15 de junio se distinguió por su valor en la defensa del Portillo donde le mataron el caballo que montaba. Agregado después al servicio de la artillería y mandando la batería del convento de San Lázaro el 4 de agosto, fué tanta su indignación al ver la muchedumbre de paisanos y soldados que, huyendo de los enemigos, se lanzaba al Puente de Piedra, que apuntó sus cañones á los que huían, amenazándoles con ametrallarlos; así contuvo aquel espantoso pánico y proporcionó al brigadier Torres las fuerzas que necesitaba para volver al Coso, y acorralar á los enemigos en los edificios del Hospital y San Francisco.

Tornos salió vivo de ambos Sitios y ascendido á teniente coronel.

D. Gregorio Martin

Teniente agregado. Mandó y dirigió las piezas establecidas en la Universidad y Arco de Valencia el 12 de febrero, distinguiéndose por su valor y acierto. Palafox le agració con el grado de capitán y el escudo de distinción.

D. Santiago Angulo

Teniente del batallón de las Peñas de San Pedro y agregado al servicio de la artillería se distinguió en las baterías del Reducto del Pilar y de la puerta del Carmen. En los trabajos del Parque tuvo á su cargo la construcción de la cuerda-mecha.

D. Jaime Gaist

Así le llama el general Saint-Marcq en su parte de la batalla de Tudela, recomendándole para el premio de que se había hecho digno por su valeroso comportamiento. Era sargento graduado de oficial y ascendido por Palafox á subteniente práctico, asistió con distinción á todo el 2.º Sitio de Zaragoza. El historiador Alcaide le dedica algunos renglones de elogio en su catálogo de distinguidos defensores, llamándole *D. Jaime Rit*, pero entendemos que su verdadero nombre es el citado en en el referido parte oficial.

D. Pedro Moya

Sargento de Artillería, ascendido á subteniente por el general Palafox, situó un cañón en el Arco de Cineja el 17 de febrero de 1809 y sostuvo vivo fuego de metralla contra los franceses que ocupaban las ruinas del Hospital. (Alcaide, tomo II, pág. 199).

D. Francisco Magri

Sargento de Artillería. Dirigió el fuego de dos cañones emplazados en el puente de San José el 2 de julio de 1808. Avanzando las guerrillas francesas y entrando el pánico en los paisanos que escoltaban la artillería se retiró dejando clavados los cañones con la pérdida de tres artilleros muertos. (Alcaide. tomo I, cap. 12).

D. Francisco Gonzalez †

Sargento de Artillería. Mandaba los dos cañones del convento de San Ildefonso en los días 10 y 11 de agosto de 1808, muriendo gloriosamente en la última de dichas fechas después de cinco horas de combate, tan bien sostenido que los franceses no pudieron asaltar el edificio. (Alcaide, tomo I, pág. 245).

D. Mariano Lozano

Sargento de Artillería. El día 15 de junio en que los franceses embistieron la plaza les disparó los primeros cañonazos en la avanzada del puente de la Muela, y solo cuando la posición iba á ser envuelta se retiró con los artilleros y los juegos de armas, dejando clavadas las dos piezas de á cuatro que mandaba.

D. Cosme Manero Aguerri †

Era sargento 2.° de Artillería y murió al pie del cañón destrozado por una bala rasa el día 4 de agosto de 1808 en la batería de la puerta de Santa Engracia. (Libros parroquiales de San Felipe, tomo VI de difuntos folio 140).

D. Antonio Fernandez

Sargento 1.° de Artillería. Muerto el brigadier Quadros y gravemente herido el comandante de Artillería de la plaza D. Salvador de Ozta que mandó en persona la batería de la puerta de Santa Engracia en el memoroble 4 de agosto, retiró las piezas á las casas del Monasterio de Santa Fe (hoy de los Sres. Pamplona) desde las cuales sostuvo valientemente el combate conteniendo al enemigo hasta que próximo á ser envuelto el edificio pudo salvar las piezas retirándolas al Arco de Cineja, donde las emplazó y sostuvo el fuego contra las posiciones de San Francisco y el Hospital, perseverando en esta lucha con una energía indomable hasta el levantamiento del primer Sitio. Obtuvo el grado de subteniente en premio de su valerosa conducta.

D. Manuel y D. Felipe Bosque

En los documentos de las *Revistas de Inspección* pasadas al Parque de Artillería de Zaragoza en los años 1826, 1829 y 1833, hallamos noticias curiosas de estos beneméritos maestros que fueron parte muy principal en la buena organización de los talleres de la Maestranza, improvisada por D. Juan Cónsul.

D. Manuel fué maestro mayor del taller de armería durante los dos Sitios de 1808 y 1809, desempeñando *D. Felipe* el cargo de segundo maestro. Tenía el taller 335 operarios, y tanto el padre como el hijo obtuvieron escudos de distinción y las condecoraciones de ambos asedios.

Contaba el primero en octubre de 1829 nada menos que 75 años de edad y 55 y medio de servicios, de modo que al morir, en 1832, tenía respectivamente 78 y más de 58: era ya maestro armero de la

plaza con Real despacho, desde 1796, y por sus servicios en 1808 y 1809 se concedió á *D. Felipe*, futura de sucesión después de los días de su padre en la plaza de Zaragoza, lo que no tuvo efecto por haberle antecedido en la muerte; y á su otro hijo *D. Ramón* que á los 13 años de edad era aprendiz en la Maestranza provisional, se le agració con el cargo de maestro armero de la plaza de Jaca con Real despacho de 29 de noviembre de 1826.

Apuntamos estas noticias como prueba palmaria de que el Cuerpo de Artillería siempre ha sido, como hoy es, decidido protector de sus buenos auxiliares.

D. Felipe Bosque había sido nombrado sargento de obreros de la compañía de Maestranza mandada crear por decreto de Palafox en 21 de septiembre de 1808. Posteriormente en 1813, sirvió el cargo de maestro mayor de armería, de la división de Navarra, durante su permanencia en Zaragoza, y después, la del ejército del Centro hasta su extinción en 1816. Y como por su muerte anticipada á la de su padre, como queda dicho, no pudo sucederle en la plaza de Zaragoza, la obtuvo, con Real despacho de 15 de septiembre de 1832 el maestro *don Juan Javier de Salazar*, á quien hemos conocido, que llegó á gran ancianidad, y había sido también uno de los armeros de la Maestranza provisional.

D. Jose Ximenez Cisneros

Era administrador de las Reales fábricas de salitre de Zaragoza, y se halló en los dos Sitios de esta ciudad, desempeñando el cargo de maestro mayor de la fábrica de pólvora improvisada para suplir la falta de esta indispensable munición que en muchas ocasiones no podía traerse de Villafeliche, por razón del bloqueo; cuyo cargo desempeñó con utilidad y lucimiento durante los dos Sitios según consta de certificación expedida en Granada por el Marqués de Sarau á 2 de diciembre de 1812.

Digno compañero de D. José Ximénez fué el maestro polvorista *D. José Zapater* que con personal de la fábrica de Villafeliche trabajó en la de Zaragoza durante todo el 2.º Sitio. Estableciéronse en el edificio de la Inquisición (calle de Predicadores, ahora de la Democracia) dos molinos de pilotes que elaboraban hasta nueve arrobas diarias por el procedimiento de percusión: y aunque es claro que esta cantidad de pólvora ni era superior ni suficiente para las necesidades del servicio, todavía fué de grande utilidad en los últimos días de la defensa,

TERCER GRUPO

LOS INGENIEROS

Fué gran fortuna para Zaragoza que el natural desconcierto imperante en la Nación invadida por cautelosos enemigos trajese á su seno un importante contingente de bizarros y distinguidos oficiales de Ingenieros, que con su sabia cooperación tanta y tan decisiva parte tuvieron en las dos defensas; porque debe advertirse que en mayo de 1808 solo contaba la plaza con el coronel jefe de la Comandancia D. Narciso Codina, el capitán del detall D. Luis Veyán, el teniente D. José de Armendariz, el subteniente D. Manuel Tena y el teniente coronel D. Luis Rancaño de Cancio, supernumerario en el Cuerpo.

La famosa fuga de Alcalá de Henares trajo en la primera mitad de junio un grupo de 13 ingenieros, en el que según nuestras noticias entraron el anciano coronel D. Manuel Pueyo, el sargento mayor D. Antonio Sangenís, los capitanes D. Manuel Caballero, don Francisco Bustamante, D. Manuel Bayo, D. Juan Miguel de Quiroga, D. Francisco de Gregorio, y los subalternos D. José Cortinez, don Manuel Rodríguez Pérez, D. Pedro Romero de Tejada, D. José Román y D. José Navarro. ¿Vendría con ellos el benemérito capitán don Marcos de Simonó que también por aquellos días hizo su aparición en Zaragoza? Sospechamos que sí.

Poco después que los de Alcalá y ya principiado el asedio, se presentaron en la plaza el sargento mayor D. José Font, procedente de Cataluña y el capitán D. Juan Sánchez Cisneros que venía de Valencia.

Días antes del levantamiento del primer Sitio, llegaron á Zaragoza con las divisiones valencianas el sargento mayor D. Cayetano Zappino, el capitán D. Francisco Xaramillo, y los tenientes D. Quintín de

Velasco, D. Salvador Manzanares, D. Francisco López y D. Mariano Zorraquín.

Y por último, en el intermedio de las dos defensas todavía se aumentó este selecto personal con el ingreso en el Real Cuerpo, en clase de subtenientes, de los jóvenes doctores aragoneses D. Mariano Villa y D. Ramón Mateo; el primero por la notoriedad de sus servicios en el primer asedio, y el segundo previo examen.

Resulta por tanto la asistencia de 27 oficiales del Cuerpo facultativo á las defensas de Zaragoza, y aún de 28 si incluimos en el número al capitán Simonó por las razones que expondremos en su biografía.

Además de estos ingenieros auténticos hubo muchos paisanos y oficiales de otras armas agregados al servicio del facultativo instituto, como fueron los arquitectos Rocha, Gracián y Caso que no obtuvieron más recompensa que los escudos de distinción, los cinco hermanos Tabuenca que fueron ascendidos á oficiales, y los que lo eran don Pablo Defay, D. Blas Gil, D. Tomás González, D. José Arrambide, D. Felipe Senillosa, D. Miguel Mir y D. Vicente San Bruno, cuyos nombres consignamos con satisfacción sintiendo que la falta de noticias seguras nos impida publicar algunas de sus semblanzas.

Que las obras defensivas de Zaragoza eran improvisadas y por tanto muy deficientes, es un hecho palmario que no necesita demostración alguna. La ciudad, entonces como hoy, estaba rodeada de un muro ó pared de 4 metros de altura formado en muchos trozos por casas, conventos y tapias de corrales y huertas. Fuera del recinto y cerca de la puerta del Portillo se alza la Aljafería, antiguo palacio de los Reyes de Aragón, rodeado de foso y de una escarpa en la que, cuatro torres defienden los ángulos. Por la parte del Norte resguarda la poblacion de todo asalto ó ataque brusco el Ebro caudaloso. Cúbrela por el Este el profundo cauce del Huerva, exhausto de aguas en el verano y fácilmente vadeable en todas estaciones, pero si la cubre no la defiende, porque dominando la orilla derecha á la izquierda, dispone el sitiador de excelente emplazamiento para sus baterías que con escasas fuerzas pueden vigilar los movimientos del sitiado y evitar sus salidas ó rebatirlas fácilmente. Los frentes del Sur y del Oeste quedan descubiertos y desprovistos de defensas naturales; pero la robustez de los edificios extramuros que en gran parte los rodeaban, como eran la Aljafería, el convento de Agustinos Descalzos, extramuros del Portillo, el de Trinitarios del Campo del Sepulcro, frontero á la Casa de Misericordia, y el de Capuchinos (actual cuartel de Hernán Cortés) sobre la avenida de Casa-Blanca y próximo al Huerva, haciendo el papel de fuertes destacados de estos frentes de la cintura poligonal de

Zaragoza, hacía de ellos los más defendibles relativamente y los más á propósito para escarmentar á un sitiador arriscado é irreflexivo, como demostraron los hechos durante todo el primer período del primer Sitio.

Y esto dicho, fácilmente se comprende que el papel del Cuerpo de Ingenieros en la primera defensa, mucho más fácil de decir que de ejecutar, se redujo á aspillerar el muro y los edificios de él lindantes con las puertas; á establecer en todas éstas sus correspondientes baterías, apenas abrigadas con espaldones de sacos terreros y sacas de lana; á atrincherar y fortalecer los edificios exteriores; á inutilizar las brechas abiertas en el frente atacado del Este en el segundo período del Sitio, y á establecer cortaduras, barricadas y baterías en las calles cuando el enemigo llegó á penetrar en el corazón de la ciudad. En todas estas operaciones siempre difíciles y mucho más cuando se ejecutan bajo el fuego de un enemigo valeroso, desplegaron tanto los oficiales y el batallón de Zapadores improvisado por Sangenís, como las numerosas cuadrillas de trabajadores que el vecindario proporcionó constantemente, todo el celo, el valor y el acierto, que fueron siempre norma y característica del ilustre Cuerpo.

Levantado el primer sitio por los franceses y siempre en espera del segundo que se avecinaba, era preciso proceder á la erección de algunas obras defensivas reclamadas por los imperiosos apremios de la necesidad. Hízose un reparo general en la débil muralla, cerrando todas sus brechas; perfeccionáronse las baterías, revistiendo sus espaldones con faginas, cestones y zarzos; mejoráronse las defensas de la Aljafería y se comunicó este edificio con la plaza por medio de una doble caponera; se estableció á modo de cubre-cara ó contra-guardia del frente Sur, un muro de piedra seca con su foso de cuatro metros de profundidad que corría desde el convento de los Agustinos descalzos del Portillo hasta el puente del Huerva, dejando incluída en el recinto toda la ronda del Carmen y adscripto á él, el convento de Trinitarios del campo del Sepulcro; se trazó y ejecutó la cabeza del puente del Huerva (á la que condecoró el público con el pomposo título de *Reducto del Pilar),* en forma de amplia luneta, con buen foso, cuya contra-escarpa estaba defendida por galerías de minas, y se unió esta obra por un doble atrincheramiento con el convento de Santa Engracia, cuya fortificación fué mejorada en lo posible; también se reforzó el convento de San José, cabeza del otro puente del Huerva, cuyas ruinas subsisten todavía, para que hiciese papel de fuerte avanzado del frente oriental, en el que con laudable previsión se construyeron las dos baterías alta y baja que recibieron el nombre de baterías de Palafox; y por último se cerró y atrincheró el Arrabal de Altabás, y se hicieron algunas obras en Monte Torrero restableciendo la batería de Buena-

Vista y trazando una pequeña cabeza de puente sobre el llamado de América.

Tales fueron en breve suma las defensas con que el cuerpo de Ingenieros contribuyó á la resistencia de Zaragoza. Labor fué de gigantes, dado el corto plazo, la falta de recursos y los constantes peligros con que se llevó á cabo. Esas fortificaciones no eran *formidables* como escriben los historiadores franceses, ni mucho menos, pero tuvieron eficacia bastante para detener durante cuatro meses al ejército vencedor de Europa.

D. Manuel Pueyo

Pocas noticias tenemos de este ilustre aragonés y antiguo oficial de ingenieros que en el Estado Militar de 1808 figuraba con el número 5, en la lista de coroneles del cuerpo y con el mando del regimiento Real de Zapadores que, unido á la Academia, tenía su residencia en Alcalá de Henares.

Conocida es de todos la famosa *fuga* de Alcalá, motivada en los sucesos del célebre 2 de Mayo. El regimiento de Zapadores, impulsado por el más vehemente patriotismo, emprendió rápida marcha sobre Valencia, quedando en la ciudad del Henares algunos jefes y oficiales que, habiendo recibido órdenes de Murat para trasladarse á Madrid, decidieron salir para Zaragoza el 6 de Junio, con el noble fin de presentarse á Palafox y tomar parte decidida en el levantamiento de Aragón contra el gobierno intruso.

Al frente de aquel brillante personal, compuesto de jefes y oficiales tan distinguidos como Sangenís, Quiroga, Román, Cortínez, Caballero y otros, venía el veterano coronel D. Manuel Pueyo, que siendo más antiguo que D. Narciso Codina y el más caracterizado de aquella oficialidad, parecía llamado á la dirección y jefatura superior de los servicios del cuerpo; pero no sucedió así; Palafox le retuvo á sus inmediatas órdenes, pero no le otorgó el mando, pasando su presencia tan desapercibida en la población que el historiador Alcaide no le cita una sola vez en sus relaciones ni le incluye siquiera en las listas de coroneles y brigadieres concurrentes á las dos defensas, á pesar de ser cosa indudable que Pueyo estuvo en ellas, habiendo alcanzado la graduación de brigadier y resultado prisionero por la capitulación, permaneciendo en los depósitos franceses hasta el fin de la guerra.

De vuelta de su cautiverio obtuvo el ascenso á mariscal de campo

por Real Decreto de 30 de Mayo de 1815, siendo poco después condecorado con la gran cruz de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, y así consta en el Estado Militar de 1823, pero sin tener destino en el cuerpo de su procedencia. Era sin duda muy anciano y debió morir poco después de la expresada fecha.

D. Narciso Codina

Era catalán de origen, coronel antiguo del cuerpo de ingenieros y persona de edad madura, que años antes de 1808 desempeñaba el cargo de comandante principal de su instituto en la plaza de Zaragoza. Vivía en la parroquia de San Pedro y estaba casado con la señora D.ª María Candelaria Alcalde, según resulta de las partidas mortuorias de dos de sus hijas fallecidas en dicha parroquia en el año 1806. En el Estado Militar de 1808 tenía el número 8.º entre los 15 coroneles de su cuerpo.

Fué por tanto el coronel Codina comandante de ingenieros de Zaragoza en el primer Sitio, desempeñando en virtud de dicha jefatura, el cargo de vocal de las *Juntas Militar y de Defensa*. Auxiliado por los oficiales que servían á sus órdenes y por algunos jóvenes arquitectos, procedió con celo é inteligencia á improvisar los abrigos y baterías de las puertas y supo distinguirse por su energía y valor personal en el memorable *4 de agosto*, conteniendo al enemigo en el convento de religiosas de la Encarnación y hospital de convalecientes. Palafox galardonó los buenos servicios de Codina ascendiéndole á brigadier de ejército, con cuyo empleo figura en el Estado Militar de 1820 muy á la cabeza de los promovidos en 1808.

A raíz del levantamiento del primer Sitio por los franceses, fué nuestro brigadier comisionado para reparar las fortificaciones de Lérida, por cuya causa no concurrió á la 2.ª defensa de Zaragoza. Acaso, y á pesar del ascenso que se le concedió, se juzgaba desairado por las preferencias que Palafox concedía al ilustre Sangenís, quien de hecho desempeñaba la comandancia de ingenieros de la plaza, con algún menoscabo de los derechos del propietario.

A principios del año 1810 recibió Codina el nombramiento de gobernador militar de Tortosa, pero no llegó á tomar posesión de su destino por seguir en Lérida, bloqueada ya por Suchet, quedando prisionero de guerra por la capitulación de dicha plaza, rendida á los franceses el 14 de mayo del referido año.

Devuelto á España por la paz general, pocas son las noticias que

hemos podido recoger relativas á nuestro biografiado. En el Estado Militar de la Guía de 1820 figura su nombre en la lista general de brigadieres del ejército, pero no en los del Real cuerpo de Ingenieros en el que, al parecer ya no servía. En la Guía de 1821 ya no aparece su nombre en parte alguna, resultando por tanto que su fallecimiento acaeció en 1820.

D. Antonio de Sangenis y Torres †

Quisiéramos dar á esta biografía todo el relieve que de justicia corresponde á los merecimientos del preclaro varón cuyos hechos y gloriosa muerte intentamos reseñar, por más que el breve espacio de que disponemos para dar á su retrato lugar eminente en esta galería de héroes, no se preste á decorar con flores del ingenio la fisonomía moral del biografiado.

El ínclito comandante de Ingenieros de Zaragoza sitiada, nació en Albelda (provincia de Huesca) el 12 de julio de 1767, hijo de los cónyuges D. Francisco de Sangenís y Pocurull, Barón de Blancafort y D.ª Teresa de Torres y Castelnou, natural de Albelda, ambos de nobilísima prosapia.

Atendiendo á los méritos del Barón, que quiso recompensar en sus hijos, concedió el Rey D. Carlos III (en 1774) la charretera de subtenientes de infantería á los tres hermanos D. Ramón, D. José y D. Antonio de Sangenís y Torres. Este último era teniente del regimiento del Príncipe al ingresar en el Real Cuerpo de Ingenieros.

Siguió los estudios facultativos en la Academia Militar de Barcelena y terminados con lucimiento, obtuvo en 12 de noviembre 1790 el Real despacho de ayudante de Ingenieros. Desde 1792 á 1793 desempeñó cumplidamente la honorífica comisión de reparar y poner en estado de defensa todos los pequeños fuertes y baterías de la costa cantábrica, desde Castro Urdiales á Vivero, *que perduran como entonces las dejó*, para patente muestra de la imprevisión militar de nuestros gobiernos modernistas. Por Real Orden de 11 de septiembre 1794 ascendió á ingeniero extraordinario y, destinado á los ejércitos de operaciones en la guerra que á la sazón sosteníamos contra la República francesa, obtuvo por premio de su valor el empleo de capitán. En 4 abril de 1805 ascendió por antigüedad á sargento mayor de brigada, ó segundo teniente coronel del Real Cuerpo de Ingenieros, y esta graduación, equivalente á la actual de comandante, es la que tenía en 1808 al comenzar la guerra de la Independencia.

En octubre de 1804 fué destinado á la Real Academia de Ingenieros establecida por aquel tiempo en Alcalá de Henares, en concepto de profesor de fortificación, cuya cátedra desempeñó con el mayor lucimiento. Estudiaba escribiendo, como hace todo el que quiere y sabe estudiar bien. Hizo muy curiosos extractos ó epítomes de lo más substancial que contienen *Las Reflexiones Militares* del Marqués de Santa Cruz de Marcenado y el gran *Tratado de Artillería* de D. Tomás de Morla; escribió diferentes Memorias sobre asuntos profesionales y un excelente *Tratado de Fortificación de Campaña*, cuyos interesantes manuscritos logró recoger y conservar el Sr. D. José de Sangenís, sobrino del heroe y heredero de la noble casa de sus mayores, donde se guarda también el retrato auténtico del glorioso comandante, de cuyo original sacó el pintor D. José Gonzálvez la artística copia que posee la Academia Militar de Guadalajara.

Los sucesos del glorioso *Dos de mayo de 1808* y el terror imperante en Madrid y sus cercanías por la barbarie de Murat, fueron motivo de dispersión para la Academia de Alcalá. Muchos de sus profesores y alumnos marcharon á Valencia: Sangenís, con su ayudante Cortínez Espinosa y una docena de oficiales y cadetes corrieron á guarecerse en Zaragoza, donde tan importante misión les aguardaba.

Concurrió á las dos memorables defensas; fué organizador y jefe del batallón de zapadores; *perteneció á la Junta de Defensa* y á la de *Fortificación;* y aunque al principio no era comandante de ingenieros de la plaza (cargo que con honor y suficiencia desempeñaba el coronel D. Narciso Codina) muy pronto llegó á ser el principal director de las obras defensivas. Incansable en la vigilancia y el trabajo, emprendedor, activo y valeroso, supo captarse la más absoluta confianza del general Palafox, del Marqués de Lazán, de la guarnición entera y, lo que es más difícil, del pueblo en masa. Su valor corría parejas con su gran entendimiento, y en la célebre jornada del *cuatro de agosto* tomó el mando del puesto de mayor peligro, que era la *puerta y batería de Santa Engracia,* después de la gloriosa muerte de D. Antonio Quadros y de haber sido retirado con gravísimas heridas el comandante de artillería de la plaza, D. Salvador de Ozta.

Palafox premió sus merecimientos con el empleo de coronel, que le confirió en primero de agosto, y con el *escudo de distinguido defensor de la patria* en fecha 30 de septiembre.

En los *Diarios* de ambas defensas se registran los continuos servicios del heróico Sangenís: él improvisó á cada momento baterías, cortaduras, blindajes, contraminas, aspilleras, galerías de comunicación y cuantos medios le sugería su ciencia para contener los avances del

enemigo y atenuar los estragos de sus proyectiles. A su finura y amabilidad nativas juntaba una energía incontrastable, verdaderamente numantina, pues siempre dijo *que debían perecer todos envueltos por las venerandas ruinas de Zaragoza antes que someterse al yugo extranjero*, y por su parte cumplió aquellos heróicos propósitos. Apoderado el enemigo de las ruinas del convento de San José, extramuros, en la noche del 11 de enero de 1809, y reconociendo nuestro héroe en la mañana del 12 la nueva conquista del sitiador para estudiar los medios de combatirla desde la plaza, cayó gloriosamente muerto por una bala de cañón en la *batería alta de Palafox ó del molino del aceite*, que aún yergue sus robustos merlones junto á las tapias de Santa Mónica, teatro de tantas y tan asombrosas hazañas. Con su muerte perdió la defensa una de sus más firmes columnas. Llorado por el pueblo y el ejército, y con la singular excepción de haber sido el único jefe á quien se tributaron pompas funerales durante el segundo sitio, fué llevado su cadáver al Santo Templo Metropolitano del Pilar, donde yace en olvidada, siquiera dignísima sepultura, á la espalda de la Santa Capilla de la Virgen.

Su partida de óbito que copiamos del tomo IX de los libros parroquiales del Pilar, al folio 328 vuelto, retrasa en un día la fecha del fallecimiento de nuestro biografiado, sin duda por error, y dice así:

«*En trece de Enero de mil ochocientos* y *nueve. Murió D. Antonio Sangenis, soltero, Coronel y Comandante de Ingenieros de este Exército y Reino; no recibió ningún Sacramento ni pudo hacer testamento por haber ocurrido su repentina muerte á resulta de un balazo que recibió en defensa de esta Capital; se depositó su cadaver y se enterró en esta Iglesia á tres actos de todos en sepultura.—Dr. Josef Rodrigo Regte. del Pilar*».

El día 25 de octubre de 1818 celebrábase en Madrid, y en su iglesia del Hospital de Monserrat, honras solemnes por las heróicas víctimas de Zaragoza, pronunciando la oración fúnebre el Dr. D. Nicolás Antonio Heredero Mayoral, Canónigo y Catedrático de Elocuencia de la Universidad complutense, que al hablar de la porfiada defensa de la *batería de Palafox* en el glorioso cuanto aciago 12 de febrero de 1809, dijo este vibrante párrafo:

«Allá emulan su valor (alude á la resistencia del *Reducto del Pilar*) los defensores de la alta batería que bajo el nombre del gran caudillo inspira confianza. Dignas son de nuestras honras las ilustres víctimas, que allí lo fueron del cañón y del mortero. Lugar distinguido entre los patriotas ocuparéis siempre, artilleros impávidos, que en gran número rendísteis la vida al pie del arma tronante: id á reuniros con

Daoiz y Velarde para perpetuar la gloria de vuestra corporación. En pos de vosotros va á marchar el ínclito comandante de ingenieros, el héroe aragonés que á todos inspiraba patriotismo, publicando sin cesar su resolución de perecer entre las ruinas de su patria. *La última piedra será mi parapeto*, decía; mas la muerte se anticipa traidora, y le sorprende en su incauto denuedo. Con él cayó uno de los baluartes de Zaragoza; sus moradores le rinden el honor funeral que la crisis común negó á todos los demás valientes: él recibe *por todos* el testimonio religioso de sus conciudadanos. El templo del Pilar resonó entonces con los acentos lúgubres que ahora repite multiplicados este santo templo, y en aquel reiteran los zaragozanos sobre el cadáver de Sangenís, el juramento irrevocable de morir por la patria y por la religión».

El teniente coronel D. Manuel Caballero, distinguido oficial de ingenieros que concurrió á las dos defensas de Zaragoza, hace de su ilustre jefe Sangenís, este tan breve cuanto sentido elogio:

«Murió á los cuarenta y tres años (en esto hay error, pues no llegó á cumplir cuarenta y dos) defendiendo el país que le había visto nacer. Había servido con honor en nuestro Cuerpo durante veinticinco años: había hecho las campañas de Cataluña, y después fué profesor durante diez años en las escuelas militares de Zamora y Alcalá. Su bondad y sus virtudes valiéronle la amistad de todos sus camaradas. Sus discípulos le miraban como un padre, y sus talentos y valor le conciliaban la confianza de sus jefes y el respeto de todos.»

Tal fué en vida y en muerte el benemérito coronel Sangenís, personalidad culminante y popular como pocas en la epopeya zaragozana; pero son tan escasas las popularidades resistentes al desgaste de un siglo, que juzgamos labor oportuna la de reverdecer los laureles y refrescar las memorias del héroe, para que no sean tantos como ahora los que al leer la rotulata del cuartel de Pontoneros de Zaragoza, que lleva su ilustre nombre, pregunten: *¿quién fué Sangenís?*

D. Cayetano Zappino

Era coetáneo, comprofesor en la academia de Alcalá y grande amigo de D. Antonio Sangenís, y tenía un puesto anterior á este en la escala de segundos tenientes coroneles ó sargentos mayores del Real Cuerpo de Ingenieros, en enero de 1808, en cuya lista vemos juntos los dos nombres, Zappino con el número 8 y Sangenís con el 9.

Perteneció á una ilustre familia militar y vino á Zaragoza con las

divisiones valencianas, concurriendo con ellas al final de la 1.ª defensa y á toda la 2.ª, en la cual y por expresa orden del general en jefe, á pesar de no corresponderle por su antigüedad, desempeñó con gran valor y competencia el comprometido cargo de comandante de ingenieros de la plaza, vacante por la gloriosa muerte de Sangenís ocurrida el 12 de enero.

En justo premio á sus notorios méritos fué promovido á coronel por Palafox, y á brigadier por la Junta Suprema con antigüedad de 9 de marzo de 1809; y todavía, años adelante, al ser instituída la Orden militar de San Fernando, obtuvo cruz de 1.ª clase por su valeroso comportamiento en Zaragoza.

Prisionero por la capitulación y conducido á Francia con sus compañeros de infortunio, no pudo regresar á la patria hasta el año 1814. En el de 1815 y á propuesta de D. José de Palafox, general en jefe del Ejército del Centro mandado organizar en Zaragoza para atender á las eventualidades de la *guerra de los cien días*, desempeñó Zappino el alto cargo de comandante general de ingenieros, hasta el año 1816 en que dicho ejército quedó disuelto por innecesario, después de la total derrota y cautividad de Bonaparte. En 1823 era comandante de ingenieros de la plaza de Madrid, y en 1830 director subinspector del cuerpo.

De la misma cepa de este ilustre ingeniero, y aun sospechamos que hermano suyo, fué otro bravo defensor de Zaragoza llamado *D. Fernando Zappino*, sargento mayor 2.º jefe del batallón ligero de Puerta del Carmen, que en muchas ocasiones se distinguió por su valor y muy principalmente el 4 de agosto de 1808, rechazando los furiosos ataques del enemigo al hospital de convalecientes.

D. Luis Rancaño de Cancio

Le encontramos en la *Guía* de 1808: era coronel graduado, y teniente coronel de ingenieros, supernumerario en el cuerpo.

Mucho tiempo antes de empezar la guerra residía Rancaño en Zaragoza donde todos le tenían en opinión de sabio y entendido. Regía las clases de matemáticas en la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País, y al ser embestida la ciudad por los franceses, formó con sus discípulos una compañía de jóvenes inteligentes y valerosos, que prestó grandes servicios y se batió bien. Terminada la primera defensa mar-

chó á Madrid por cuya capitulación fué conducido prisionero á Francia, donde no tardó en prestar homenajes al rey José, y después del triunfo de Vitoria tuvo que someterse á la dura ley del vencimiento marchando camino del destierro.

Emigrado vivió en París dedicándose con éxito á la enseñanza de las matemáticas y la fortificación, y en aquella populosa capital dirigió la educación científica del joven D. Francisco Javier de Azpiroz, que, andando el tiempo, murió siendo meritísimo teniente general y conde de Alpuente.

D. Jose Font

El historiador Alcaide le llama *Font* ó *Fonz*, en su prurito de trastornar los apellidos, pero se llamaba *Font*, era teniente coronel comandante de ingenieros de la plaza de Valencia en 1808, y fué uno de los jefes militares convocados el 25 de mayo para la instalación de la Junta gubernativa de los reinos de Valencia y Murcia. Como sargento mayor del Real Cuerpo figura en el Estado Militar de 1808 y no aparece su nombre en el de 1811, cosa natural por su situación de prisionero en Francia á consecuencia de la capitulación de Zaragoza.

Por lo que respecta á su estancia en esta ciudad no tenemos más noticias que la de su llegada á Alfajarín el 13 de julio, y que venía acompañado de D. Tomás González, capitán de caballería agregado al servicio de ingenieros; que fué comandante de su instituto en el arrabal de Altabás cuyas fortificaciones dirigió personalmente y que prestó útiles servicios tanto en la 1.ª como en la 2.ª defensa distinguiéndose en la jornada del 21 de diciembre.

Debió morir antes del año 1823, en cuyo Estado Militar no aparece su nombre.

D. Juan Sanchez de Cisneros

El Marqués de Lazán, en un certificado expedido en Cádiz á 18 junio de 1812, expresa que conoció en Zaragoza al coronel D. Juan Sánchez de Cisneros, entonces capitán graduado de teniente coronel del Real Cuerpo de Ingenieros, quien bajo las órdenes de su comandante D. Antonio Sangenís, dispuso y dirigió diferentes obras de fortificación que defendieron aquella ciudad en su primer sitio: que, acabado éste, dirigió la construcción de las que se hicieron en el fuer-

te de San José y las baterías de Palafox y del Jardín Botánico, quedando á su cargo toda esta línea, en cuya comisión, como en las anteriores, dió repetidas pruebas de valor, inteligencia y patriotismo: que, posteriormente, fué comisionado por el Capitán General para la recolección de enseres y efectos para los hospitales de Zaragoza y Parque de Artillería, con cuyo objeto salió de dicha ciudad estando ya puesto el segundo sitio; y que habiendo cumplido exactamente este encargo y no pudiendo de ningún modo introducir en Zaragoza los efectos recolectados, por razón de dicho sitio, se presentó en Tortosa, donde el Marqués, que desempeñaba cargo de Capitán General interino del reino de Aragón, le cometió la instalación de un hospital militar para las tropas aragonesas en el pueblo de Vinaroz, nombrándole inspector y jefe de él, cuyo destino desempeñó con el mayor tino y honradez.

Ya antes de principiar la segunda defensa había sido nombrado por Palafox vocal de la *Junta de Sanidad*, instituída para combatir la epidemia reinante con enérgicas disposiciones higiénicas.

Terminada la guerra fué promovido á brigadier á propuesta del ilustre Palafox, y en 1815 obtuvo mando en el ejército que el célebre caudillo organizaba en Zaragoza á consecuencia de haberse fugado Napoleón de la isla de Elba, dando con este acto origen á la guerra llamada de *los 100 días*. En 1822 fué promovido á mariscal de campo por el Gobierno Constitucional, con lo que dicho queda el partido político en que Sánchez de Cisneros militó.

D. Luis Veyan y Aparicio

Este distinguido oficial de Ingenieros nació en Quito hacia el año 1776, hijo de los cónyuges D. Serafín y D.ª Nicolasa, vecinos de aquella ciudad americana. Pero debe advertirse que el D. Serafín era natural de Tamarite de Litera y miembro de la familia de Veyán, una de las más ilustres del Alto Aragón, por cuya causa nuestro biografiado siempre se tuvo y fué tenido por aragonés.

En 27 de julio de 1806, siendo ya capitán del Real Cuerpo de Ingenieros, cuya carrera siguió con gran aprovechamiento, contrajo matrimonio en Lérida, ante el Obispo de aquella diócesis, con su prima carnal D.ª Melchora de Veyán y Torres, heredera de la rica é ilustre casa de Veyán. En este matrimonio solo tuvo un hijo, que fué el doctor D. José de Veyán y Veyán, catedrático de la Universidad de Huesca y persona de gran capacidad, que murió joven, sobreviviéndole su padre muchos años.

La revolución de mayo de 1808 alcanzó á Veyán en la comandancia de Ingenieros de Zaragoza donde prestaba sus servicios como capitán del cuerpo. Concurrió á la primera defensa en que trabajó mucho dirigiendo gran parte de las obras improvisadas, y distinguiéndose por su valor é inteligencia que le valieron el ascenso á teniente coronel. Levantado el primer Sitio y nombrado comandante de su Instituto en Mequinenza, donde también desempeñó el cargo de gobernador interino, contribuyó poderosamente á la conservación y defensa de aquella pequeña plaza.

Las avanzadas opiniones liberales de D. Luis ya coronel de ingenieros en 1820 sacáronle del servicio normal del cuerpo para tomar parte activa en la política revolucionaria dominante por la insurrección de Riego, y fué nombrado jefe político de Zaragoza donde se desacreditó mucho por su absurdo fanatismo liberal y las persecuciones violentas que dictaba contra familias respetables por el único motivo de ser afectas á la monarquía pura. La injusta y temeraria prisión de la dignísima señora Marquesa de Lazán, del brigadier D. Diego de la Vega, del Dean Fernandez de Navarrete y del canónigo Cistué delatados por un miserable como reos de una conspiración realista que resultó falsa, colmaron la medida de sus desaciertos, y el gobierno se vió obligado á trasladarle á Pamplona con el mismo cargo de jefe político á principios de 1821. La reacción de 1823 dejó á Veyán indefinido, y cuando pudo retirarse á su casa de Tamarite entretuvo sus ocios enseñando matemáticas á los jóvenes de aquella villa, entre los cuales sacó un discípulo famoso, *D. Pedro Bailac* más conocido por el apodo de *el zapatero de Tamarite.*

La guerra civil de los *siete años* sacó á Veyán de su casa, y ascendido á brigadier fué gobernador de Daroca y después ya solo sabemos de él que falleció en Tamarite el día 2 de noviembre de 1844, de más de setenta años. Era pequeño de cuerpo, obeso de carnes, feo de rostro y pasaba por persona de carácter atrabiliario. El historiador Alcaide, en su constante trastorno de los apellidos, le llama algunas veces Veal.

D. Manuel Caballero y Zamorategui

En todos los diarios y relaciones de los sitios de Zaragoza vemos figurar á este jefe con el empleo de teniente coronel de ingenieros y el cargo de segundo comandante de la plaza; pero al comenzar el primer asedio tan solo era capitán, y uno de los beneméritos compañeros de Sangenís en la famosa *fuga de Alcalá.*

Era persona de grandes conocimientos técnicos, ameno trato y valor que supo hacer notorio en ambas defensas; pero llegada la capitulación y hallándose prisionero en Francia, perdió la fe en el triunfo de España y se afrancesó, prestando homenaje al rey José, con lo que dicho está, que la hora de aquel triunfo fué para Caballero el principio de una larga y pavorosa emigración.

Luchando por la vida, llegó á Varsovia atravesando á pie media Europa en atrevida odisea, y en aquella capital polaca pasó más de quince años desempeñando el profesorado en la escuela de ingeniería regida por el español Bethencourt. El decreto de amnistía otorgado por la Reina Gobernadora D.ª María Cristina, abrió al proscripto las puertas de la Patria, donde murió en edad octogenario incorporado al cuerpo de ingenieros civiles.

Atribúyese á Caballero un trabajo del que se valió D. Agustín Alcaide, titulado «*Sucinta relación de las obras ofensivas y defensivas que se han ejecutado durante el sitio de la ciudad de Zaragoza en el año de 1808, por un oficial del cuerpo de Ingenieros*». El mencionado historiador tuvo el manuscrito que el general Cornel le remitió desde Palma de Mallorca en abril de 1814, y no sabemos que se haya publicado.

Pero la obra de que fué autor indudable nuestro desventurado oficial, y que seguramente llevó escrita á la emigración, fué su hermoso libro titulado *Defensa de Zaragoza ó Relación de los dos sitios que sostuvo en 1808 y 1809*. Publicada en Francia y en lengua francesa por Mr. L. V. Angliviel de la Beaumelle, pasa para muchos por original de éste, aunque sea bien sabido que fué simple traductor y que Caballero quiso ocultar la paternidad de su trabajo. Es libro breve pero ingénuo, verídico, ajustado á los hechos, y nutrido de juicios rectos referentes á las personalidades culminantes de la defensa de Zaragoza.

D. Francisco Bustamante

En 1808 era ya capitán del Cuerpo y uno de los 13 oficiales fugados de Alcalá: á las órdenes de Sangenís desempeñaba el importante cargo de capitán del detall de la plaza según consta de certificaciones de obras que tenemos á la vista, y es indudable por tanto, que concurrió á las dos defensas portándose en ellas con honor y distinción puesto que Palafox le ascendió á teniente coronel efectivo y que la Junta Central mejoró aquella recompensa concediéndole grado de coronel con antigüedad de 9 de marzo de 1809.

Después de la capitulación tuvo la buena suerte de fugarse y no estuvo prisionero. Desempeñó cargo de profesor en la Academia de Granada, y en el Estado Militar de 1823 figura con el empleo de coronel de Ingenieros, sirviendo el preferente destino de secretario en la Inspección general del Cuerpo.

D. Jose Cortinez Espinosa

Este benemérito personaje, honor del Cuerpo de Ingenieros, nació en Caracas (Venezuela) en 1782.

Educado en España siguió con lucimiento la carrera de oficial de tan ilustre cuerpo, y al iniciarse la guerra contra Francia, en mayo de 1808, era teniente y ayudante profesor en la Real Academia de Alcalá de Henares. Fué uno de los mejores de aquel grupo de brillantes oficiales que, indignados contra las arterías napoleónicas, corrieron á Zaragoza capitaneados por Sangenís.

Asistió á la jornada de Epila, entró con Palafox en la capital el 1.º de julio, y desde esta fecha prestó grandes servicios en la primera defensa, desempeñando sucesivamente el cargo de comandante de Ingenieros en los puestos de Puerta del Sol, Arrabal, Puerta del Carmen y, después del 4 de agosto, en la línea constantemente atacada, del convento de la Encarnación al de San Ildefonso; valladar insuperable al ardimiento francés. En el 2.º Sitio fué comandante de su instituto en todo el frente atacado desde Santa Engracia á Santa Mónica, distinguiéndose siempre por su valor y habilidad en la improvisación de defensas, que le valieron el ascenso á teniente coronel.

Estuvo prisionero en Francia de donde regresó en 1816; corrió todos los grados de la escala militar con honorable reputación, y en la guerra carlista de los siete años, siendo ya coronel del Cuerpo, combatió bizarramente en el Norte, el Centro y Cataluña, y desempeñó el alto cargo de comandante general de Ingenieros en los tres ejércitos, ascendiendo á brigadier y mariscal de campo. En 1843 fué nombrado capitán general de Cataluña; ascendiendo á teniente general en 28 de septiembre de dicho año, y siendo ministro del Supremo Tribunal de Guerra y Marina, falleció en Madrid en 1856, á los 74 años edad.

Juntó Cortínez en grado eminente la intrepidez del soldado con los más amplios conocimientos facultativos y una nunca desmentida caballerosidad. Dejó escritos profesionales muy estimados en su tiempo; trazó y construyó la carretera de Madrid á Valencia por las Cabrillas, y fué suyo el excelente y utilísimo proyecto del Canal de Ur-

gel. En una palabra: su memoria es respetable por muchos y justos títulos.

D. Jose de Armendariz

Era teniente de ingenieros, estaba ya en Zaragoza antes del 1.er Sitio, y Alcaide con sus habituales trastrueques de apellidos le llama algunas veces *Albendani*. Creemos que era aragonés ó navarro y de la ilustre familia de su apellido, pero, fuera de donde fuera, conquistó concepto de oficial valeroso que, después de distinguirse en toda la primera defensa, cayó gravemente herido el 11 de agosto en la casa de Misericordia. Por esta causa, sin duda, no figura entre los defensores del 2.º Sitio, aunque estuvo en él, fué prisionero de guerra y ascendido á capitán.

Tampoco encontramos su nombre en las listas de oficiales de ingenieros insertas en el *Estado Militar de España* correspondiente á los años 1820, 21 y 23. Posible es que falleciese antes.

D. Pedro Romero de Tejada †

De este joven y malogrado teniente de ingenieros, que fué uno de los fugados de Alcalá con el benemérito Sangenís, solo sabemos que pereció á consecuencia de la voladura del Seminario Conciliar el 27 de junio de 1808.

D. Manuel Bayo

Ascendió á capitán del Real cuerpo en 1807 y procedente de Alcalá llegó á Zaragoza con Sangenís, concurriendo con distinción á las dos defensas. El cronista Alcaide no le cita siquiera en las listas de defensores, á pesar de los méritos que contrajo y le valieron el ascenso á teniente coronel concedido por Palafox y el grado de coronel que le otorgó la Junta Suprema con antigüedad de 9 de marzo de 1809.

Prisionero por la capitulación, permaneció en Francia hasta el fin de la guerra, y á su regreso prestó constantemente sus servicios en el Cuerpo. En la escala inserta en el Estado Militar del año 1823, todavía figura como teniente coronel.

D. Jose M.ª Roman y Herrera Davila

Era teniente de ingenieros, estuvo en las dos defensas desde el principio hasta el fin, y ejecutó las obras de fortificación del puente de piedra, según consta por un oficio que en 6 de agosto de 1808 le dirigió el coronel Sangenís. Había venido de Alcalá de Henares con dicho ilustre jefe, de quien fué ayudante predilecto en todo el lapso de los dos asedios.

Los historiadores de éstos no particularizan las acciones de Román que debieron ser relevantes, á juzgar por la honrada reputación que conquistó, y por las recompensas con que fué remunerado, que fueron los empleos personales de capitán y teniente coronel, las cruces de los dos Sitios y la de San Fernando de 1.ª clase.

Prisionero en Francia, pudo fugarse del depósito de Caudebec (Normandia) en marzo de 1814, presentándose al ejército de los Aliados que le facilitó los medios de regresar á España. Después sirvió muchos años en el Ministerio de la Guerra y llegó á la categoría de brigadier en el escalafón de los oficiales de secretaría, cuyo empleo tenía al morir en edad no muy avanzada.

Era persona de mucha respetabilidad y valía: había nacido en Matapozuelos (provincia de Valladolid) y estuvo casado con la señora doña Inés Blake y Tovar, Dama Noble de la Orden de la Reina María Luisa (nombrada en 1846) hija del célebre general de aquel apellido. En honor de su ilustre suegro escribió una obrita titulada «*Noticias históricas de la vida del general Blake*», cuyo manuscrito cita con elogio D. Modesto de la Fuente en su «*Historia de España*», y no sabemos haya visto la luz pública.

D. Quintin de Velasco y Ordoño

Vástago de ilustre familia, nació en Espinosa de los Monteros (provincia de Burgos) el 31 de octubre de 1784.

Ingresó á los 17 años en la Academia militar de Zamora y á los 19 en la de ingenieros de Alcalá de Henares, donde fué discípulo de profesores tan distinguidos como Zappino, Sangenís y Cortinez Espinosa. Obtuvo la charretera de subteniente alumno en 19 de septiembre de 1804, y terminado con aprovechamiento el curso total de estu-

dios de la carrera, ascendió á teniente á principios de 1808 con destino al Regimiento Real de zapadores-minadores.

Siguió á este brillante Cuerpo en su *famosa fuga*, emprendida en 25 de mayo de 1808 para sustraerse al gobierno tiránico de Murat, llegando á Valencia el 7 de junio, á tiempo de prestar relevantes servicios en dicha capital atacada por Moncey pocos días después. El comportamiento de Velasco en la defensa de Valencia y persecución de la retirada de Moncey hasta Navarra fué tan recomendable, que se le premió con el empleo personal de capitán.

Llegado á Zaragoza después del desastre de Tudela, concurrió á todo el 2.° Sitio, en el cual ejecutó acciones tan distinguidas que acreditan de modo singular tanto la viveza de su ingenio como su intrepidez. Consta por certificado, expedido por D. José Palafox con fecha 22 de julio de 1814, que fué Velasco el ingeniero que llevó á cabo la voladura del *puente de América* (21 diciembre 1808) para contener al enemigo al otro lado del canal y favorecer la retirada del general Saint-Marcq. Y que fué el encargado de las obras de defensa y reparación de brechas del *Reducto del Pilar*, así como de la voladura del puente sobre el Huerva, en cuyos trabajos sirvió con el mayor celo, actividad é inteligencia á pesar de haber sufrido dos fuertes contusiones. Y que fué quien dispuso aquella línea de fogatas pedreras, cuyas explosiones frustraron el asalto del sitiador al monasterio de Santa Engracia (15 enero 1809) rechazándole con grandes pérdidas. Y por último que estuvo valientemente sobre las brechas de aquel edificio el día que las asaltaron los enemigos (27 de enero), en cuyo trance recibió una grave herida que le tuvo imposibilitado algunos meses. Tales y tan grandes fueron los méritos de Velasco en la 2.ª defensa de Zaragoza, que le valieron el empleo personal de teniente coronel y últimamente el grado de coronel con antigüedad de 9 de marzo de 1809.

Al regreso de su cautividad en Francia, donde permaneció cinco años en los depósitos de prisioneros, fué purificado de su conducta y reintegrado en su puesto del escalafón, obteniendo en 1815 el empleo de teniente coronel de ingenieros con el mando del 2.° batallón del único regimiento que entonces tenía el cuerpo.

Y sobreviniendo poco después el pronunciamiento de Riego y la guerra civil de 1820 á 1823, concurrió Velasco á esta campaña, portándose con su valor habitual en la acción de Ayerbe, en la de Alquezar y en la toma del castillo de Murviedro (ahora Sagunto). Pero rendida Cádiz al duque de Angulema y disuelto el ejército, quedó nuesto héroe en situación de indifinido é *impurificado* en castigo de sus opiniones constitucionales, residiendo en Briviesca sin más recursos que la miserable pensión alimenticia de *266 reales y 22 maravedi-*

ses mensuales que le fué concedida por Real órden de 20 de julio de 1827.

El natalicio de la Princesa de Asturias, que fué después la Reina D.ª Isabel II, vino á sacar á Velasco de su deplorable situación; el Rey Fernando VII, se dignó purificarle por Real órden de 12 de diciembre de 1830 «*con el plausible motivo del feliz alumbramiento de la Reina, su muy cara y amada esposa*», y por consecuencia de la soberana disposición le fueron devueltos sus despachos y diplomas, y obtuvo licencia ilimitada para Briviesca en espera de vacante para ser colocado.

A la muerte de Fernando VII, vino sobre España la calamidad de la guerra civil y dinástica llamada *de los siete años*, y en atención á los méritos de D. Quintín de Velasco, fué nombrado (en febrero de 1834) segundo comandante general de ingenieros del Ejército del Norte, cuyo cargo desempeñó con notorio crédito. Activo, inteligente y valeroso concurrió á la batalla de Mendigorría, y (en 1836) al levantamiento del sitio de Bilbao, dirigiendo todos los trabajos, tomando parte personal en las reñidas acciones de 24 y 25 de diciembre, y siendo el primero que, al frente de sus bravos zapadores y bajo el fuego de cañón y fusil del enemigo, subió al parapeto que cubría el puente cortado de Luchana, cuyo paso habilitó enseguida. Por estas acciones se le concedió el empleo de brigadier de infantería, siendo ya coronel efectivo de ingenieros por antigüedad.

En 1837, después de haber asistido á los hechos de armas de Santa Marina, Galdácano y Zornoza, concurrió al ataque de las líneas de San Sebastián, donde cometió la temeridad de cargar al frente del escuadrón de caballería de la legión inglesa, siendo arrollado y despedido del caballo con una pierna rota que le dejó por bastante tiempo inútil para el servicio de campaña y le obligó á cojear toda su vida. Durante la licencia que obtuvo para atender á sú curación contrajo matrimonio en Briviesca (el 12 de julio de 1838) con la señora D.ª Tomasa de Salazar, viuda de uno de sus hermanos, en quien no tuvo sucesión.

Terminada la guerra civil fué D. Quintín (en 5 de diciembre de 1840) nombrado coronel del Regimiento de Ingenieros y jefe de estudios de la Academia de Guadalajara, cuyos cargos desempeñó durante más de cuatro años, siguiendo en ellos á pesar de haber sido ascendido á mariscal de campo en mayo de 1844. Grande fué su contrariedad al tener que separarse de un regimiento tan brillante, donde estaba en su centro y era de todos sus subordinados querido y admirado; pero habiéndole correspondido por antigüedad ejercer el mando de *Director Subinspector*, fué destinado á Baleares, á donde aportó el 3 de

agosto de 1845, permaneciendo en Palma hasta que, víctima de fulminante apoplegía, falleció el 19 de julio de 1851, á los 67 años de edad y 48 largos de servicios efectivos. Su viuda le sobrevivió pocos meses.

Y claro es que á un veterano de tan envidiable historia no podían faltarle honores y distinciones en gran copia: teníalos en efecto, puesto que estaba declarado Benemérito de la Patria, era gran cruz de la Orden de San Hermenegildo, caballero dos veces de la de San Fernando, y en recuerdo de su larga cautividad y gloriosas campañas, decoraban su pecho la medalla del Sufrimiento, la cruz de la Fuga de los zapadores, la del 2.º Sitio de Zaragoza y las de Mendigorría y Bilbao.

Pero mucho más que á los méritos de su hazañosa carrera, con ser tantos y de tan buena ley, debía el general Velasco la celebridad y estimación que disfrutó en el ejército, y cuya memoria perdura entre los ancianos, á sus características genialidades, frases graciosas, y hasta á las interjecciones y muletillas con que matizaba sus pintorescas peroratas. De esa fase anecdótica de la vida de D. Quintín se publicó en Madrid (1892) un interesante opúsculo titulado *¡Paso á su Excelencia!* cuya paternidad se atribuyó al general O' Rian, y recomendamos su lectura á quien quiera conocer al ilustre biografiado con más pormenores que los contenidos en este bosquejo.

D. Francisco de Gregorio y Gracia

Era teniente de ingenieros y vino de Alcalá con Sangenís, con quien colaboró asiduamente en el trazado y construcción de las improvisadas fortificaciones, distinguiéndose por su valor y vigilancia en la defensa de la puerta del Portillo, en cuyo combatido puesto desempeñó el cargo de comandante de su instituto desde 1.º julio de 1808 hasta que los franceses levantaron el primer sitio. En un certificado expedido por el Marqués de Lazán en 1.º de agosto de 1828, vemos que continuó sus servicios con igual distinción en el segundo sitio.

Terminada la guerra y vuelto á la Patria después de cinco años de cautiverio, debió permanecer muy poco tiempo en situación activa, puesto que no figura en las listas del cuerpo de Ingenieros incluídas en el Estado Militar del año 1823. Había ascendido á capitán en mayo de 1809.

Fué hijo del Marqués de Vallesantoro (que en 1808 era teniente general y virrey de Navarra) y de su esposa D.ª Esperanza Gracia de Tolva y Mezquita, hija de los Barones de Claret y Sres. de Banastón. Por muerte de su padre heredó el expresado título de Marqués de Vallesantoro, fué casado y dejó sucesión femenina que aun existe en Villa-Carrillo.

Aunque oriundo de Italia por línea paterna, rama de la ilustrísima familia de Esquilace, pudo nacer en Aragón, ya que aragonesa era su madre, y bien heredada lo mismo en Barbastro, donde radica la casa de Gracia, que en Zaragoza donde era muy principal y antigua la familia de Mezquita, propietaria del célebre soto que lleva este nombre y fué teatro de reñidos combates en el segundo sitio.

D. Juan Miguel de Quiroga

Era teniente del Real Cuerpo y por sus servicios obtuvo el ascenso á capitán que le otorgó Palafox: su comportamiento en ambos sitios fué distinguidísimo según escribe el historiador Alcaide y consta en otros documentos. Concurrió á la defensa de la puerta del Portillo y se cubrió de gloria el 4 de agosto dirigiendo bajo el fuego enemigo las cortaduras de la calle de Santa Engracia y las barricadas que fué preciso establecer en el Coso para contener y sitiar al enemigo en los edificios del Hospital y San Francisco. Era uno de los oficiales fugados de Alcalá con el benemérito Sangenís, y prisionero en Francia en virtud de la capitulación, padeció en sus depósitos cinco años de triste cautiverio.

En el Estado Militar de 1823 aparece su nombre en la lista de los tenientes coroneles del Cuerpo con destino en la comandancia de Zaragoza, y sobreviniendo poco después el período de las *impurificaciones* que tanto paralizaron la carrera militar, tardó algunos años en ascender á coronel, llegando por antigüedad á brigadier, de cuyo empleo no pasó.

D. Francisco Lopez

Joven entusiasta y valeroso tomó parte principal y activa en la célebre fuga de Alcalá y llegó á Zaragoza al final del primer sitio, mandando una de las compañías de zapadores-minadores procedentes de Valencia, á cuyo frente concurrió con lucimiento de su persona á

la famosa batalla del Arrabal (21 de diciembre de 1808), rompiendo la acequia del *Soto de Mezquita* para inundar los campos inmediatos al camino de Juslibol, operación que llevó á cabo con gran riesgo y bajo el fuego del enemigo, impidiéndole el ataque del flanco á la batería *del Tejar*. Después reforzó con su compañía la batería del Rastro de los Clérigos, donde mandaba el bravo jefe de artillería D. Angel Salcedo, encargándose del servicio de las piezas por la gloriosa muerte de los oficiales de aquella arma D. Juan de Pusterla y D. José de Saleta.

En el escalafón de 1809 vemos el nombre de López entre los de sus compañeros de cuerpo hechos prisioneros en la defensa de Zaragoza, pero nada sabemos de sus vicisitudes posteriores. En el Estado Militar de 1823 no figura en las listas de los oficiales de ingenieros.

D. Jose Navarro y Herrera

Fué uno de los jóvenes oficiales que acompañaron á Sangenís en su célebre fuga de Alcalá á Zaragoza, donde concurrió á las dos defensas, prestando los peligrosos servicios de su instituto en el frente atacado, distinguiéndose siempre por su valor y vigilancia y muy especialmente en los reñidos combates del 4 de agosto de 1808. Sólo era teniente á los comienzos del primer sitio y fueron tales sus merecimientos que Palafox le ascendió sucesivamente á capitán y teniente coronel, cuyo empleo personal disfrutaba al marchar prisionero á Francia.

Devuelto á la Patria en 1815 pasó á continuar sus servicios en las provincias americanas, y en 1820 era coronel, teniente coronel de ingenieros, y comandante principal del cuerpo en la isla de Puerto Rico: en 1823 ya era coronel en Ultramar: en 1830 hallábase de regreso en la península y era coronel supernumerario en expectación de destino: ascendió á brigadier en 15 de abril de 1840 y en este empleo fué muchos años director-subinspector del distrito militar de Aragón donde le conocimos y pudimos estimar sus nobles prendas de inteligencia, cortesía y bondad: y por último, en 25 de abril de 1861 fué promovido á mariscal de campo con destino á la subinspección de Cataluña, falleciendo en Barcelona en 1864 cuando frisaba en los 80 años.

Aunque nacido en Algeciras, teníase por aragonés y no sin razón, porque aragoneses eran sus padres y de la ilustre y arraigada familia de los Navarros de Burbáguena, bien conocida por su calificada nobleza.

Casó dos veces, y de su primer matrimonio tuvo un hijo distinguidísimo que fué cónsul de España en Burdeos y le antecedió en la muerte: habiendo visitado el General á su hijo en aquella populosa ciudad, fué muy obsequiado por la guarnición que dió una fiesta en su honor á la que asistió de uniforme ostentando las cruces y escudos de los dos sitios de Zaragoza, con gran complacencia de los oficiales franceses, que elogiando como merecían las glorias de la defensa zaragozana, sacaron calcos y dibujos de las honoríficas condecoraciones.

El general Navarro acabó sus días afligido por una gran desgracia doméstica. En su ancianidad contrajo segundas nupcias con una señora de carácter violento que, habiendo reprendido con acritud á un criado, murió asesinada por éste en un rapto de furor; y el anciano esposo, agobiado por la pesadumbre de tan horrible catástrofe, falleció al poco tiempo.

D. Manuel Rodriguez Perez

Llegó á Zaragoza en compañía de Sangenís y concurrió con notoria distinción á las dos defensas, señalándose principalmente en la segunda, en la cual desempeñó el peligroso cargo de comandante de su instituto en el *convento de San José*, donde debió hacer grandes cosas á juzgar por los elogios que le dedica el descontentadizo coronel Renovales en el parte de la salida efectuada en 31 de diciembre de 1808, en cuyo documento oficial le califica de *famoso y experto capitán de ingenieros.* Palafox le premió con el empleo personal de teniente coronel, según vemos en las listas de Alcaide.

Prisionero por la capitulación, permaneció en los depósitos franceses hasta el fin de la guerra, siguiendo después sus servicios en el Real Cuerpo, alcanzando el empleo de coronel con que figura en el Estado Militar del año 1823.

D. Manuel de Tena

Nació en Caspe, de noble y antigua familia, en 1785. Ingresó en la carrera militar, en clase de caballero cadete del Regimiento infantería de Zamora, el 11 de octubre de 1802, pasando enseguida á examinarse en la Academia de Ingenieros, donde obtuvo el ascenso á

subteniente de dicho Real cuerpo en 5 de septiembre de 1804, y el de teniente en 26 de Mayo de 1808. Hallábase en Zaragoza antes del alzamiento; y en unión de D. Luis Veyán fué comisionado para establecer en Tudela algunas obras de defensa.

Permaneció en Zaragoza durante todo el primer Sitio, distinguiéndose por su entusiasmo, valor é inteligencia profesional, tanto en los trabajos de fortificación como en los más reñidos combates. Por su comportamiento en los días 1 y 2 de julio obtuvo empleo personal de capitán de infantería, y por sus hazañas del 4 de Agosto en la gloriosa defensa de la puerta y batería de Santa Engracia, fué ascendido á teniente coronel, cuyas recompensas, concedidas por Palafox, aun quiso ampliar la Junta Suprema Gubernativa del Reino, confiriéndole el grado de coronel con antigüedad de 9 de Marzo de 1809.

Levantado el primer Sitio de Zaragoza fué Tena destinado al ejército de Cataluña en el que prestó relevantes servicios hasta agosto de 1811, en clase de segundo ayudante de Estado Mayor. Sirvió después sucesivamente en los ejércitos de operaciones 3.º y 4.º, en la famosa División Mallorquina y, por último, en el 2.º ejército, donde terminó la guerra desempeñando el empleo de primer ayudante de Estado Mayor equivalente al de coronel efectivo: y excusado será añadir que en esos seis años de ruda campaña concurrió nuestro héroe á penosas operaciones y multitud de hechos de armas, con gran lucimiento y fama de su persona.

Restablecida la normalidad en 1814, volvió Tena á prestar sus servicios como capitán de Ingenieros en la comandancia general de Aragón donde permaneció algunos años. En 1821 era ya teniente coronel del Cuerpo, y se señaló por lo avanzado de sus opiniones revolucionarias, dándole no poca celebridad la violenta polémica que por escrito sostuvo con el Obispo de Zamora, por negarse su Ilustrísima á facilitarle noticias del *comunero Acuña*, antecesor del prelado en aquella Sede, cuyo asunto dió mucho juego á la vocinglería de las sociedades patrióticas, y hasta temas de discusión á las Cortes. En 1823 servía en la comandancia de Burgos, y quedó *impurificado* á raíz de la toma de Cádiz por el Duque de Angulema. En 1831 residía en Barcelona, conservando su precaria situación de *indefinido*, según resulta de las listas de suscriptores á las historias de Alcaide, en las cuales aparece su nombre sin otro título que el de *antiguo ingeniero*.

La muerte de Fernando VII y la amplia amnistía decretada por su augusta viuda, reintegraron á Tena en sus grados y honores militares, volviéndole en mal hora al servicio activo: pues siendo ya coronel de Ingenieros, brigadier de ejército y gobernador de la plaza de Figueras, pereció trágicamente, asesinado en un escandaloso motín, el 11 de julio de 1836. De tan lamentable manera terminó la vida de aquel de-

nodado defensor de Zaragoza que á la juvenil edad de 28 años era ya coronel efectivo.

D. Mariano Villa

Era natural de Berbedel (provincia de Zaragoza), doctor en Derecho y arquitecto distinguido.

Palafox le hizo teniente del 5.° tercio, agregándole al Cuerpo de Ingenieros, en cuyas obras trabajó mucho y bien, conquistando reputación de inteligente y valeroso. Se portó con gran intrepidez en ambos Sitios, distinguiéndose en el 1.° por su conducta en la defensa de la puerta del Carmen, á las órdenes del coronel D. Pedro Hernández; y en el 2.° por su denuedo en la gloriosa resistencia del Jardín Botánico, convento de Santa Catalina y casa del Conde de Aranda, donde perdió un ojo por herida de bala de fusil. Al terminar el 2.° Sitio había llegado por ascensos sucesivos, al empleo de teniente coronel de infantería, y por la notoriedad de su ciencia y valor á ingresar en el escalafón del Cuerpo de Ingenieros.

Prisionero por la capitulación, logró fugarse felizmente y, presentándose en el ejército de Aragón y Valencia, desempeñó con lucimiento el cargo de segundo ayudante de Estado Mayor; era á la vez combatiente y estudiante de libros militares y al acabar la guerra de la Independencia no solo era coronel personal y capitán de Ingenieroo, sino que fué de los primeros condecorados con la cruz laureada de San Fernando de segunda clase.

En 1816 fué nombrado gobernador militar y político del corregimiento de *Cinco Villas*, en cuyo alto cargo tuvo que cesar al ser elegido diputado por Aragón en el bienio 1820-21. De sus circunstancias de familia solo sabemos que estaba casado con la señora D.ª Francisca Galindo de Salcedo, en quien tuvo sucesión.

Triunfante la revolución liberal en aquel período de embriaguez y locura á que dió golpe de gracia la intervención francesa de 1823, cometió *el ciudadano coronel Mariano Villa*, que así se firmaba, la imprudencia de publicar algunos opúsculos de tan subido color democrático y tan atentatorios á los prestigios del trono, que necesariamente habían de proporcionarle larga cosecha de persecuciones al sobrevenir la reacción. La muerte de nuestro héroe fué sobremanera desastrosa: Vivía con su familia en Zaragoza (calle de San Jorge cantón á la del Refugio, donde está ahora la Administración de Correos) cuando, en una noche del año 1829, le sorprendió dormido y redujo á prisión el te-

niente de rey D. Ignacio Alonso Cuevillas, el menor, en virtud de orden del Conde de España, capitán general de Cataluña. Llevado con otros á la cárcel de la Inquisición y recluído en estrecho calabozo, apareció ahorcado con una sábana el 14 de septiembre de 1829.

Tan lamentables fueron las postrimerías del bravo coronel. Díjose entonces que el motivo de su arresto fué una delación atribuída, con fundamento ó sin él, á D. Pascual Madoz, de que Villa y sus compañeros recibían cartas de Mina con quien conspiraban para derribar el gobierno absoluto. Díjose también con gran insistencia, que Villa murió asesinado y no suicida, y que se le mató de este modo para cubrir el crimen con la apariencia del suicidio. ¿Quién podría averiguar ahora cómo pasaron las cosas? Lo positivo es que el cadáver del infortunado coronel fué enterrado en el fosal de la plaza de San Pablo, donde se sepultaban los ajusticiados, según consta en el libro de difuntos de dicha parroquia.

D. Ramon Mateo y Lozano

Nació en Monreal del Campo, de ilustre familia, el 31 de agosto de 1783. Fueron sus padres los cónyuges D. Francisco Mateo y Fernández Felices, caballero hacendado de Monreal, y D.ª Manuela Lozano y Monoy, de Ibdes. Siguió los estudios universitarios con gran aprovechamiento, y era matemático distinguido y doctor en ambos derechos cuando el patriótico alzamiento de Aragón, en mayo de 1808, vino á sacarle de sus pacíficas tareas, impulsándole á trocar la toga por la espada.

Alistado en 14 de junio el primer tercio de voluntarios de Daroca por el teniente coronel de infantería D. Miguel Olivera, gobernador de dicha ciudad, fué D. Ramón Mateo propuesto para teniente de la 8.ª compañía. Y aprobada la propuesta por el Barón de Warsage, comandante principal del cantón de Calatayud, y por D. José de Palafox, general en jefe del ejército de Aragón, dió el joven oficial brillante principio á sus servicios militares, sorprendiendo en Murero á un destacamento francés al que apresó 25 soldados con 33 fusiles, y guarneciendo durante el primer Sitio de Zaragoza la importante fábrica de pólvora de Villafeliche.

En 20 de septiembre de 1808 contrajo el doctor Mateo un mérito científico verdaderamente excepcional. La Academia militar de Alcalá de Henares, trasladada en parte á Zaragoza por el ilustre Sangenís, conservaba todas sus facultades de corporación docente: ante ella se

presentó nuestro héroe á probar su suficiencia, y tales y tan brillantes fueron sus exámenes que obtuvo Real despacho de subteniente del Cuerpo facultativo de Ingenieros, al que perteneció toda su vida.

Concurrió al 2.º Sitio de Zaragoza prestando el servicio de su instituto y distinguiéndose singularmente en la heroica defensa de las brechas del convento de Santa Mónica á las órdenes del famoso don Pedro de Villacampa. Allí en aquel puesto de honor, contribuyó nuestro joven oficial á rechazar los ocho asaltos dados por el enemigo en los días 27, 28 y 29 de enero de 1809, saliendo ileso de milagro: pero no fué tan dichoso en la guerra de casas de la calle de Santa Engracia donde, el 31 del expresado mes, resultó gravemente herido y magullado por la explosión de un hornillo de mina que aplastó hasta los cimientos la casa avanzada en que vigilaba los trabajos del sitiador; y prisionero de guerra por la capitulación, logró fugarse y huir á Cataluña, presentándose al general Blake en Reus el 15 de agosto de 1809 Por premio de su comportamiento en el 2.º Sitio de Zaragoza obtuvo el grado de capitán que le confirió la Junta Suprema con antigüedad de 9 de marzo del referido año.

Acompañó al ejército de Cataluña en sus operaciones encaminadas á socorrer la plaza de Gerona; y destinado á la de Tortosa en 1.º de enero de 1810, concurrió á la resistencia de dicha ciudad, encargándose de las obras de defensa del frente atacado, y distinguiéndose por su valor y pericia en la salida del 28 de diciembre, en cuya peligrosa operación destruyó gran parte del coronamiento del camino cubierto é incendió los repuestos de la trinchera.

Rendida Tortosa el 2 de enero de 1811 fué Mateo conducido á Francia en calidad de prisionero. Su primera tentativa de fuga le hizo sufrir los rigores de dura cárcel, pero en la segunda, ocurrida en 7 de marzo de 1814, fué más afortunado, logrando burlar la vigilancia de sus guardianes y presentarse en el ejército de los Aliados que le facilitaron pasaporte y medios para embarcarse en Holanda, aportar á Inglaterra y regresar á España, desembarcando en la Coruña.

Su comportamiento en el depósito de prisioneros había sido sumamente laudable por el celo con que se dedicó á enseñar matemáticas y fortificación á sus compañeros de cautividad, entre los cuales era grande el número de oficiales improvisados y faltos de estudios técnicos: y una vez purificado, previo expediente, de su conducta como prisionero, obtuvo el ascenso á capitán de Ingenieros con antigüedad de 20 de julio de 1811, quedando adscripto á la comandancia general de Aragón,

Por Real orden de 4 de marzo de 1816, fué el capitán Mateo destinado á regir las clases de matemáticas de la Real Sociedad Económica Aragonesa, ocupación gratísima para sus gustos y aptitudes que tuvo que dejar en julio de 1822 para encargarse de la comandancia de Ingenieros del castillo de Monzón, que desempeñó hasta 22 de julio de 1823, en cuyo día, por capitulación con las tropas francesas sitiadoras, quedó prisionero y trasladado al Depósito de Teruel. En esta honrosa defensa fué relevante la conducta de Mateo al rechazar una escalada sigilosa del enemigo el 9 de mayo.

Disuelto el ejército, quedó nuestro heroe *indefinido* y sin colocación hasta 24 de agosto de 1824, en cuya fecha fué rehabilitado por S. M.; y poco después obtuvo el distinguido cargo de profesor del nuevo *Colegio General Militar* instalado en Segovia, que desempeñó con gran lucimiento hasta fin del año 1829, por cuyo mérito fué recompensado con el grado de teniente coronel.

En 15 de septiembre de 1832 ascendió á teniente coronel de ingenieros con destino al distrito de Aragón, y, comenzada poco después la guerra carlista, llevó á cabo en 1834 las obras de reparación del castillo de Alcañiz, y concurrió á la defensa de Zaragoza sorprendida por Cabañero en 5 de Marzo de 1838.

En el año 1816 había contraído matrimonio con la distinguida señora D.ª Ana Josefa Romeo y Antillón, en quien tuvo á su hija doña Josefa Mateo y Romeo que casó con D. Francisco Beltrán, fallecido pocos años ha, siendo coronel retirado del cuerpo de Estado Mayor.

Obtuvo nuestro ilustre veterano el empleo de coronel de ingenieros, por antigüedad, y el de brigadier de ejército por los grandes méritos contraídos en su larga carrera; y hallándose en Zaragoza, donde desempeñaba el cargo de comandante general de su instituto, pereció víctima de un accidente desastroso. Pues paseándose tranquilamente por la Ronda de la ciudad, y habiéndose espantado al paso de una diligencia el caballo que montaba, cayó bajo las ruedas del pesado carruaje con tanta desventura que falleció en el acto, á la edad de 57 años no cumplidos, el día 26 de mayo de 1840. Tan inesperado y lamentable fin tuvo el valiente ingeniero de Santa Mónica.

Su hija D.ª Josefa hizo exhumar los restos del malogrado brigadier trasladándolos al panteón de su familia, sito en la ermita de Nuestra Señora del Carmen de la villa de Monreal del Campo, donde descansan.

Era D. Ramón Mateo caballero de la Orden de San Hermenegildo, consiliario de la Real Academia de San Luis, socio de mérito de la Económica Aragonesa, y estaba condecorado con la cruz del 2.º Sitio de Zaragoza y la medalla del sufrimiento por la patria

Frutos de su saber y aplicación dejó dos obras excelentes. La primera una extensa *Memoria sobre la importancia de la plaza de Jaca, con el proyecto de las obras necesarias para ponerla en buen estado de defensa*, trabajo que mereció expresivo oficio de aprobación y gratitud del ingeniero general. La segunda fué un *Tratado de Topografía* escrito para texto de esta asignatura en el colegio de Segovia, por cuyo mérito le libró certificación muy honorífica el general Venegas de Saavedra, director de aquel importante establecimiento científico militar.

D. Francisco Xaranillo

Solo le conocemos de nombre. Llegó á Zaragoza en agosto de 1808, mandando una de las compañías de Zapadores afectas á la división Saint-Marcq y solo era teniente de ingenieros puesto que á capitán del Real Cuerpo no ascendió hasta mayo de 1809. Era uno de los oficiales que á raiz de los sucesos del 2 de mayo marcharon desde Alcalá de Henares á Valencia, por cuyo hecho obtuvo, tiempo andando, la cruz de distinción de la *Fuga de los Zapadores*.

Concurrió honrosamente á la defensa del Arrabal y sin duda logró fugarse á tiempo, pues no fué conducido á Francia en calidad de prisionero: prosiguió después sus servicios de guerra en el ejército de Aragón contrayendo méritos que fueron remunerados con el grado de coronel.

En el Estado Militar de 1820 figura con el empleo de teniente coronel, y en el de 1823 con el de coronel.

D. Mariano Zorraquin

Era un brillante oficial de Ingenieros tan distinguido por el saber como por el personal denuedo, y, á pesar de la brevedad de su vida, dejó luminosa estela de ciencia en la academia del Real Cuerpo y de excepcionales aptitudes bélicas en los campos de batalla.

Gozaba empleo personal de capitán cuando en agosto de 1808 llegó

á Zaragoza con las divisiones valencianas, siendo subteniente de Ingenieros: concurrió á las operaciones de Navarra en persecución de los franceses, se distinguió en la batalla de Tudela, resultando contuso, y asistió á toda la segunda defensa de Zaragoza, contrayendo méritos que le valieron el ascenso á teniente coronel, concedido por Palafox, y el grado de coronel que le otorgó la Junta Suprema con antigüedad de 9 de marzo de 1809.

Prisionero por la capitulación permaneció en Francia hasta que la paz general le devolvió á la Patria, y habiendo tomado activa parte en el pronunciamiento del ejército á favor del régimen constitucional, fué en 1820 ascendido á brigadier.

Bien pronto sobrevino sañuda guerra civil entre liberales y realistas, terminada por la bochornosa intervención extranjera de los cien mil hijos de San Luis que trajo el Duque de Angulema, mandatario de la Santa Alianza. La lucha ardía potente en Cataluña, sostenida de una parte por las tropas españolas al mando del general D. Francisco de Espoz y Mina, y de otra por la bastarda Liga de realistas y franceses que acaudillaba el mariscal Moncey; y en uno de sus encuentros, que tuvo lugar cerca de Vich el 27 de mayo de 1823, halló gloriosa muerte el benemérito brigadier Zorraquín, jefe de Estado Mayor de Mina.

Murió en la flor de la edad y con él perdió el Cuerpo de Ingenieros una de sus más legítimas glorias y el ejército una de sus más lisonjeras esperanzas.

D. Salvador Manzanares

Uno de los jóvenes oficiales de Ingenieros, que llevaron á cabo la célebre *fuga de los Zapadores* de Alcalá, fué el subteniente *don Salvador Manzanares* que procedente de Valencia llegó á Zaragoza con la división Saint Marcq, concurriendo con distinción á toda la segunda defensa, por más que no le mencione ni siquiera incluya en sus listas el historiador Alcaide.

Era persona de amena cultura, conocido valor y notables fuerzas físicas. Después de cinco años de penoso cautiverio en Francia regresó á España é impulsado por sus convicciones, tomó grande y decisiva parte en las conspiraciones fraguadas para restaurar el régimen constitucional, y una vez alcanzado el triunfo obtuvo la investidura de diputado á Cortes.

Los tiempos eran sobre toda ponderación borrascosos al mediar el

año 1823. Ardía la guerra civil en toda la Península é iba á ser un hecho la intervención francesa; gobierno y parlamento obligaron al Rey á marchar á Sevilla y Cádiz, suspendiéndole del ejercicio de la soberanía que se encomendó, el 11 de junio, á una Regencia compuesta de los Sres. Valdés, Císcar y Vigodet; se constituyó un nuevo ministerio, último por entonces del régimen constitucional, en el que Manzanares desempeñó el cargo de Ministro de la Gobernación; y Rey suspenso, Regencia y Parlamento marcharon á la ciudad gaditana que pocos días después bloqueaban y sitiaban el general de Bourmont y el Duque de Angulema.

El asedio no fué largo ni difícil y convenida la capitulación salía el Rey de Cádiz repuesto en el pleno goce de la soberanía y dictaba aquel rencoroso decreto de 10 de septiembre que condenaba á muerte á los regentes y á todos los ministros del último Gabinete.

Manzanares y sus compañeros de infortunio salvaron fácilmente sus personas protegidas por los vencedores extranjeros, dando principio á una emigración muy larga y no poco accidentada por su constante conspiración contra el régimen absoluto que les impulsaba á efectuar continuas entradas en España suponiendo que la nación en masa había de levantarse á su favor.

Pero no fué así: y por más que repetían una y otra vez sus imprudentes algaradas, siempre reprimidas, alentábales la esperanza de una restauración liberal que no habían de alcanzar hasta después de la muerte del Rey.

En una de esas intentonas salió Manzanares de Gibraltar, en marzo de 1831, al frente de 300 hombres que invadieron la serranía de Ronda, donde fueron derrotados por los voluntarios realistas. Pudo retirarse el jefe con muy pocos de los suyos á las fragosidades de Sierra Bermeja, y buscando medios para salir de aquel peligro, trató con dos hermanos ganaderos llamados Juan y Diego Gil para que le proporcionasen los alimentos de que carecía y le fletasen un barco en Marbella, único medio posible de volver á Gibraltar. Partieron los hermanos Gil, y lejos de cumplir sus promesas regresaron á las pocas horas seguidos de gran golpe de voluntarios ávidos de exterminar, como lo hicieron, á los infelices refugiados, y Manzanares ardiendo en indignación se lanzó sable en mano sobre los traidores, matando á Juan Gil de un solo tajo en la cabeza, cayendo á su vez muerto también del tiro vengador con que Diego Gil le atravesó el corazón. Tal fué el trágico fin del intrépido ingeniero de Zaragoza.

D. Marcos Maria de Simono †

El recuerdo de este heroico defensor de Zaragoza no podía faltar en nuestra galería, aunque solo sea por un sencillo esbozo, por no permitir otra cosa el fracaso de cuantas investigaciones hemos intentado para allegar noticias biográficas, de tan popular personaje.

Ignoramos dónde nació, aunque á juzgar por la eufonía, de su apellido parece debía ser natural, ó cuando menos oriundo de Valencia ó Cataluña. Tampoco podemos afirmar en absoluto si fué oficial propio del Cuerpo de Ingenieros, ó simplemente agregado á los servicios de aquel facultativo instituto, á las órdenes del ilustre Sangenís. *Ingeniero voluntario* le llama el historiador Alcaide con inadecuada calificación; pero en nuestro concepto no es razón bastante el que su nombre no figure en el escalafón de 1805 para privar al Cuerpo de Ingenieros de la gloria de tener por suyo á un oficial tan benemérito, porque tampoco aparecen en dicho escalafón los nombres de D. Juan Sánchez Cisneros y otros concurrentes á la defensa de Zaragoza que fueron ingenieros positivos: ¿Por qué á Simonó se le ha de negar esta posibilidad? ¿No pudo retirarse del servicio antes de 1805, y volver á él en 1808, como lo hizo el célebre artillero D. Ignacio López?

Simonó debía saber bien lo que era, y en una certificación expedida con fecha 25 de enero de 1809, declarando los grandes méritos contraídos en la defensa del Reducto del Pilar, por el oficial de la Intendencia D. Antonio Vicente y Santa María, pone el siguiente encabezamiento que en nuestro sentir resuelve de plano la cuestión, pues dice así: *D. Marcos Simonó, Coronel graduado del Real Cuerpo de Ingenieros y Comandante de las fortificaciones del Reducto del Pilar, Cortina de la Huerva, Puerta de Santa Engracia y demás anexas á este punto: Certifico etc.*

¿Hubiera podido Sangenís confiar un mando tan extenso, difícil é importante á quien técnica y legalmente no fuese oficial de ingenieros? No podemos creerlo.

Lo que positivamente sabemos es que, habiendo llegado á Zaragoza casi al mismo tiempo que Sangenís y sus compañeros, concurrió á las dos inmortales defensas, distinguiéndose tanto en ellas por su valor temerario y celo incansable, que entró en la ciudad capitán y murió coronel, llorado del pueblo y del ejército. Era lo que se llama

un soldado intrépido, un espíritu batallador, á quien siempre se hallaba en los puestos de mayor peligro, dando á todos ejemplo de patriotismo y fortaleza. De aquí su gran popularidad, y que, después de transcurrida una centuria, se pronuncie su nombre con tanta admiración como los de los héroes legendarios.

En multitud de ocasiones dió pruebas relevantes de su bravura y muy especialmente en las jornadas de 4 y 5 de Agosto de 1808, en las que, después de haber defendido con tesón las posiciones de Santa Engracia que logró asaltar el enemigo, reune un numeroso tropel de soldados y paisanos, á cuyo frente contiene á los franceses en la puerta del Sol, les obliga á abandonar la plaza de la Magdalena, los persigue sin descanso, y juntando sus fuerzas á las de Renovales, Casamayor y Arnedo, limpia de enemigos el Coso bajo y, desalojándolos de las casas que ocupaban, los acorrala y bloquea en el Hospital.

Con no menos lucimiento se condujo en la incomparable defensa del *Reducto del Pilar*, desde el 10 al 15 de enero de 1809. En aquel solar glorioso, arrasado por la artillería sitiadora, contribuyó el día 11 á rechazar cinco terribles asaltos, persiguiendo al enemigo con una impetuosa salida hasta tocar la 2.ª paralela y clavar algunos de sus cañones, resultando ileso de tan peligrosos trances. No tuvo igual fortuna en la reñida guerra de casas de la calle de Santa Engracia, conquistada palmo á palmo por los sitiadores y literalmente demolida por sus minas; herido mortalmente nuestro héroe de bala de fusil el 3 de febrero de 1809, defendiendo la casa llamada *del Canal*, frontera al convento de religiosas de Jerusalén, falleció pocos días después, si no hay error en la partida mortuoria que, copiada á la letra, dice así:

«*El coronel de Ingenieros D. Marcos María Simonó, murió en Zaragoza el día diez de febrero de mil ochocientos nueve, de un balazo que recibió en la calle de Santa Engracia de dicha ciudad, combatiendo contra el ejército francés, siendo depositado su cadáver en la iglesia de San Lorenzo, según testimonio de testigos, entre estos el de su asistente Joaquin Guiral. Estaba casado con D.ª María Josefa de Aizpúrua*».

Con gusto publicamos los únicos documentos auténticos que hemos logrado acopiar referentes al malogrado coronel Simonó, si malogrado puede llamarse al que generosamente sacrifica su vida en defensa de la patria.

D. Juan Antonio Tabuenca

Empezó á servir en los sitios de Zaragoza, era arquitecto é improvisado oficial por Palafox quedó agregado al cuerpo de Ingenieros á las órdenes del ilustre Sangenís, de quien fué uno de los más inteligentes cooperadores, además de distinguirse por su valor en multitud de ocasiones.

Llegó á ser coronel de infantería y en 1822 murió desastrosamente en la acción que, al frente de las tropas del gobierno, sostuvo el 18 de noviembre en las inmediaciones de Albalate del Cinca, contra la partida realista acaudillada por D. Antonio Marañón (a) el Trapense. Por Real Orden de 26 de octubre de dicho año se dispuso que en Zaragoza se tributasen solemnes exequias al malogrado coronel, con el aparato y honores de general que muere en campaña, y así se hizo en la Iglesia del convento de Santo Domingo, con asistencia del Capitán General de Aragón, D. Manuel de Velasco y Coello, el célebre artillero de la batalla del Arrabal.

Tuvo D. Juan Antonio cuatro hermanos improvisados capitanes por Palafox, que por sus prendas y servicios honraron su apellido: fueron éstos:

D. Mariano Tabuenca †

Arquitecto, que después de combatir sin descanso en ambos Sitios murió gloriosamente defendiendo el convento de Jerusalén el 3 de febrero de 1809.

D. Francisco Tabuenca

Teniente coronel graduado que regresó á España después de haber sido prisionero de guerra; murió en Zaragoza en mayo de 1818 y fué sepultado en la iglesia de San Miguel de los Navarros.

D. Manuel y D. Matias

Unicos de los cinco que llegaron á la edad madura, arrostraron noblemente la accidentada vida con que Fernando VII fustigó á muchos defensores de Zaragoza por el delito de sus opiniones constitucionales. Indefinidos, impurificados y sin sueldo ni destino, tuvieron que vivir de sus manos, como habilísimos bordadores que eran, trabajando de oficiales en el acreditado taller de D. Joaquín Jiménez, donde bordaron varios magníficos mantos de la Virgen del Pilar y tuvieron parte principal en la obra de los dos grandes reposteros de terciopelo rojo, con los blasones del Cabildo de Zaragoza, que tapizan los muros colaterales de la capilla mayor de la Seo, hechos en 1828 por dibujos del escultor D. Tomás Llobet.

El *D. Manuel* llegó á coronel de Infantería y fué sargento mayor de la plaza de Valencia, donde murió.

D. Pablo Defay †

Murió en el 2.º Sitio, sin que podamos decir cuándo ni cómo acaeció su muerte. Era capitán de Infantería, agregado al servicio de Ingenieros ó *ingeniero voluntario* como escribe Alcaide; se distinguió el 21 de diciembre de 1808 en la batalla del Arrabal, y asistió valerosamente á la salida efectuada por el general O'Neylle contra el campamento enemigo del Soto de Mezquita el 25 de enero de 1809.

D. Tomas Gonzalez

Llegó de Cataluña el 13 de julio de 1808 acompañando en clase de ayudante al teniente coronel de Ingenieros D. José Font. Era capitán de Caballería agregado al servicio del cuerpo de Ingenieros y se distinguió por su valor en la jornada del 4 de agosto.

D. Vicente de San Bruno

En el primer sitio de Zaragoza fué nombrado teniente de infantería, y en atención á sus conocimientos y buenos servicios quedó agregado al cuerpo de ingenieros, en cuyo destino cumplió exactamente sus deberes, dando pruebas, nada comunes, de valor y patriotismo. Concurrió después al segundo sitio, y fugado cuando los franceses se apoderaron de la plaza, se presentó en el ejército de Cataluña, donde se portó con igual estimación, mereciendo ser premiado con el grado de capitán, según consta del certificado expedido en Cádiz por el Marqués de Lazán á 14 de Julio de 1813.

D. Blas Gil

Era teniente de infantería agregado á las compañías de zapadores procedentes de Valencia, y sólo sabemos de él que se distinguió en los combates del Arrabal y que fué ascendido á capitán.

D. Felipe Senillosa

El historiador Alcaide cita á un *D. Felipe Semillos* que en los dos Sitios de Zaragoza desempeñó la Comandancia de Ingenieros del Castillo de la Aljafería, siendo teniente de dicho Cuerpo: pero debemos advertir que ni dicho oficial se llamaba Semillós ni servía en el Cuerpo de Ingenieros, aunque en efecto estuvo agregado á sus trabajos.

Tenemos á la vista un certificado expedido por el Marqués de Lazán en 19 de mayo de 1814 á instancias del interesado, que á la letra dice:

«Certifico que *D. Felipe Senillosa*, cadete de caballería, se presentó en Zaragoza en junio de 1808 con 50 soldados desertados del ejército francés, con cuyo pie, habiéndose formado una compañía de *Cazadores Portugueses*, la estuvo mandando con la graduación de teniente, durante todo el primer sitio de aquella ciudad, en el cual tuvo á su

cargo la dirección de los trabajos del castillo de la Aljafería; se halló en diferentes acciones muy arriesgadas que ocurrieron en dicho asedio, ya en la derecha, ya en la izquierda del Ebro, portándose en todas con el mayor honor y bizarría, y acudiendo con su compañía á donde quiera que era necesario, cuyo servicio era tanto más importante en aquellas circunstancias, por haber en Zaragoza muy pocas tropas de línea; posteriormente continuó su mérito en el 2.º Sitio de Zaragoza, en cuya ciudad quedó prisionero de guerra. Y para que conste donde convenga, á instancias suyas doy el presente, que firmo en Madrid á 19 de mayo de 1814».

Nieto de este olvidado defensor de Zaragoza, es el doctor D. Felipe Senillosa, abogado ilustre, natural y residente en Buenos Aires, y persona de respetable reputación en la República Argentina.

D. Juan Arrambide

No conocemos su procedencia militar y únicamente sabemos que era un joven oficial de infantería que prestó excelentes servicios en calidad de agregado al cuerpo de ingenieros, en el cual ingresó definitivamente en el año 1811, previo examen en la academia de la isla de León. En el Estado Militar del año 1823 figura con bastante antigüedad en la lista de los capitanes de ingenieros. Resultó herido en la segunda defensa de Zaragoza, pero sin duda logró evadirse después de la capitulación, pues no fué prisionero de guerra.

CUARTO GRUPO

JEFES DE LÍNEA

PUESTO O CUERPO

En esta advertencia previa nada tenemos que decir respecto á las biografías más ó menos extensas que hemos logrado reunir; pero á pesar de lo numeroso del grupo debemos reconocer que no nos fué posible incluir en él, por falta de datos, las semblanzas de muchos dignísimos jefes de cuerpos ó fracciones de ellos que, habiéndose retirado á Zaragoza después de la desastrosa batalla de Tudela, tomaron parte muy principal en la segunda defensa.

Pero ya que de estos beneméritos militares no podamos hacer memoria cumplida, subsanemos en cuanto nos sea dable, tan sensible deficiencia, anotando sus nombres para que figuren dignamente en este cuadro de honor.

Son los siguientes:

Coronel D. Jacinto de Taboada: del primer Regimiento Infantería de Valencia.

» » Felipe de Arzú: del segundo íd. íd. íd.

» » Pedro de la Mota: del Regimiento Infantería Peñas de San Pedro.

» » Manuel Melgarejo: del Primer Regimiento Infantería de Murcia.

» » Antonio Pérez de Chuecos: del quinto Regimiento Voluntarios de Murcia.

» » Raimundo Girona: del Regimiento Infantería Voluntarios de Orihuela.

» » Antonio de Lechugu Reinoso: del Regimiento Voluntarios de Castilla.

Coronel D. Alonso de Valdés: del Regimiento Reunión de Aragón.
Teniente Coronel D. Agustín Dublaisel: del segundo Batallón ligero del Portillo.
» » » Pedro Labarra: del Batallón de Fernando VII de Aragón.
» » » Manuel Cerveró: del Batallón de Fernando VII de Valencia
» » » Antonio Gutiérrez: del Regimiento Infantería de América.
» » » José de Echenique: del Provincial de Soria.
» » » Francisco Núñez: del segundo Batallón Tiradores de Murcia.
» » » Francisco Marín Castaño: del Batallón Cazadores de Floridablanca.
» » » Frey Firmo de Valdés: del Batallón Cazadores de Segorbe.
» » » Francisco Martínez del Batallón Cazadores Voluntarios de Chelva.
» » » Joaquín Marín: del Regimiento Caballería Cazadores de Olivenza.
» » » Domingo Vasallo: del Regimiento Caballería de Fuensanta.
» » » Carlos Vega: de la Caballería reunida que tomó el nombre de Húsares de Aragón.

Sirva esta larga lista de nombres para subsanar en lo posible la falta de sus biografías.

D. Francisco de Palafox y Melzi

Palafox *el Desgraciado,* le llama el diarista D. Faustino Casamayor, y ciertamente que está bien apropiado el adjetivo.

Era el segundo de los tres célebres hermanos, discípulo como ellos del P. Basilio Boggiero, y, como ellos también, siguió la carrera militar en el privilegiado Cuerpo de Reales Guardias de Corps.

Ingresó como caballero guardia el 29 de mayo de 1791; ascendió sucesivamente á cadete, exento, coronel y brigadier de Caballería; concurrió á la guerra del Rosellón desde noviembre de 1793 hasta su fin, portándose en ella con el denuedo tradicional en su familia; era caballerizo y gentil-hombre de S. M. el Rey D. Carlos IV, y habiendo acompañado á Fernando VII en su viaje á Bayona, regresó á Zaragoza si-

guiendo á su hermano D. José, quien le confirió el cargo de *coronel general de Caballería* del ejército de Aragón.

Comenzado el primer Sitio de Zaragoza asistió á los combates de Mallén y Epila, y á las salidas contra el enemigo por los campos de la izquierda del Ebro; y después que los franceses levantaron el asedio, fué nombrado por su hermano D. José, *representante de Aragón en la Junta Central*, incorporándose á ella en Aranjuez y siguiendo después su marcha á Sevilla.

En dicha Junta, que en ausencia del Rey tenía omnímoda autoridad para gobernar el reino, fué uno de los miembros que con más tesón clamaban porque se instituyese una Regencia revestida de toda la Regia autoridad, que juzgaban imprescindible para oponer un firme valladar á las tendencias revolucionarias manifestadas por muchos de los representantes. Con motivo de estas divergencias de opinión, se enemistó grandemente con Calvo de Rozas, quien publicó un papel calumniándole con falsas apreciaciones, á cuyo documento contestó D. Francisco con otro Manifiesto mucho más razonado y convincente, al que puso por título *Desagravio de una calumnia.*

Delegado por la Junta Central para que la representase en los ejércitos de Castaños, Palafox y Cuesta, reunidos bajo el mando en jefe del primero de dichos generales, se presentó en Navarra y asistió á la desgraciada batalla de Tudela, donde en vista de las desacertadas disposiciones de Castaños, cruzó con éste palabras y comunicaciones de tono tan vivo y áspero que produjo implacable rompimiento entre ambas ilustres personalidades.

Poco después marchaba adelante el segundo Sitio de Zaragoza puesto por los franceses con tan poderosos medios que era segura la pérdida de la ciudad si no se la socorría pronta y eficazmente. El glorioso caudillo de Aragón reclamaba este auxilio con avisos cada vez más apremiantes, y el representante de la Junta Central corría en posta desde Cuenca á Cataluña en petición de esos auxilios que nunca pudo conseguir. El Duque del Infantado, general en jefe del ejército situado en Cuenca, reunió Consejo de Generales, proponiendo una rápida marcha sobre Zaragoza, pero la obediencia á órdenes recibidas de la Junta Central exigía su regreso á Andalucía, dejando á Zaragoza sin socorro. Marchó seguidamente D. Francisco á Tarragona y Tortosa donde D. Teodoro Reeding, general del ejército de Cataluña no pudo proporcionarle otras tropas que la división aragonesa del Marqués de Lazan: ésta se puso en marcha viniendo rápidamente sobre Lérida, Fraga y Sariñena, pero llegada á esta villa recibió la noticia de que Zaragoza había capitulado y no pudo hacer otra cosa que retroceder á Cataluña.

Palafox, el Grande, mantenía en Zaragoza la ilusión del próximo

socorro y le publicaba en la Gaceta para alimentar el entusiasmo de los defensores, aunque no ignoraba que la fuerza acaudillada por sus hermanos era harto escasa para operar con éxito sobre la retaguardia de Lannes. Pero después de todo, era lo cierto que Zaragoza no había sido socorrida á pesar de los anuncios insertos en la Gaceta, y los zaragozanos más ardientes echaban sobre D. Francisco toda la culpa de sus desgracias. Cierto que había en este cargo injusticia tan notoria que juzgamos excusado discutirla: porque ¿cómo era posible llevar un ejército á Zaragoza agonizante, si ese ejército, sólo existía en la candorosa imaginación de los patriotas zaragozanos?

Vuelto á Sevilla, donde residía la Junta Central, que le ascendió á mariscal de campo con antígüedad de 8 de Junio de 1809, de tal manera había minado sus prestigios é influencia el revoltoso Calvo de Rozas, que fué perseguido por supuesta conspiración contra el supremo gobierno y recluído con rigurosos procedimientos en la célebre Cartuja, de donde el pueblo sevillano le sacó en triunfo cuando los centralistas corrían á refugiarse en Cádiz, aterrados ante el amago de la invasión de Andalucía por los ejércitos franceses, después de la batalla de Ocaña. Las circunstaucias eran críticas, y D. Francisco nuevamente revestido de sus poderes de Representante, corrió á Extremadura á disponer con el general Duque de Alburquerque aquella famosa retirada que puso en salvo la Isla de León, último é incontrastable baluarte de la independencia española.

Avido de combatir á los invasores extranjeros volvió á Aragón, cuya Junta regional le autorizó á levantar tropas, como lo hizo, emprendiendo en Julio de 1810 activa y ruda campaña. Entró en Alcañiz y ocupó la ciudad, aunque no el castillo; entró triunfante en Samper de Calanda; marchó sobre Borja y Tarazona ahuyentando las guarniciones enemigas, y hallándose en Añón el 6 de Agosto de 1810, fué sorprendido por el Coronel Gayán que le detuvo pero por orden de Villacampa y le condujo á Valencia.

La prisión de D. Francisco Palafox alcanzó desagradable resonancia en Aragón y fué tenida por injusta. Acusábasele de no haber recorrido la plaza de Mequinenza ni haber acudido á Daroca en auxilio de Villacampa. Decíase que su mal llamada *División* estaba formada por gente perdida é indisciplinada, y que estragaba los pueblos con enormes exacciones. Quejábase el comandante general de Aragón D. Francisco Marcó del Pont de que Palafox no obedecía sus órdenes, ni acataba su autoridad, viviendo en plena soltura, y en vista de tales querellas dictó el Consejo de Regencias su Real orden de 6 de julio de 1810, por la cual se deponía del mando y sometía á formación de

proceso á nuestro biografiado. Tal fué el origen de su desgracia y el motivo de que la Junta de Aragón, obedeciendo el mandato de la superioridad, diese al general Villacampa la orden de prisión de Palafox y el desarme de su columna, orden que Gayán cumplimentó en forma no poco ruda y estrepitosa.

Desde Valencia fué conducido á Palma de Mallorca en un buque de guerra á disposición del capitán general de las Islas Baleares, y allí empezó á tramitarse el proceso por los pretendidos delitos de que le acusaban los generales Marcó del Pont y Villacampa, acaso celosos de la popularidad de D. Francisco y de los brillantes hechos de armas que en el poco tiempo de su permanencia en Aragón había llevado á feliz término. Los excesos é indisciplinas de que se acusaba á su división quedaron totalmente desvanecidos hasta el punto de que el Consejo de guerra ni siquiera los tomó en cuenta; pero no así la falta de subordinación al comandante general Marcó del Pont de quien Palafox intentó desentenderse y prescindió del todo. El hecho era cierto y quedó justificado á pesar de los esfuerzos del brigadier D. Fernando de Sada, encargado de la defensa; y reunido el Consejo de señores oficiales generales bajo la presidencia del capitán general de ejército don Gregorio de la Cuesta, el día 27 de septiembre de 1811, se dictó sentencia por la cual se condenaba á D. Francisco á la pena de un año de suspensión de empleo y arresto en un castillo por el mencionado y único delito de insubordinación. Su honor por lo referente á los excesos que se le imputaban, había quedado á salvo.

Arrestado en el histórico castillo de Bellver, amargado por las tristezas y disgustos consiguientes á su desairada situación, y padeciendo las privaciones á que le condenaba la pérdida de sus haberes, pasó los últimos meses de su vida redactando su vindicación y violentos manifiestos contra Calvo de Rozas, Marcó del Pont y Villacampa, en cuya celosa rivalidad veía la causa eficiente de sus penalidades y desdichas. Tenemos á la vista los borradores de esos nerviosos documentos que inspiran compasiva impresión.

Las consecuencias de persecución tan injusta en sus causas como inconsiderada y violenta en las formas, tenían que ser fatales para una persona de tan subido punto como D. Francisco Palafox. Un vómito de sangre anunció la inminencia del peligro: y aunque el general Cuesta se apresuró á ordenar que el arrestado saliese del castillo de Bellver dándole por cárcel el pintoresco pueblo de Benisalen, el remedio resultó tardío. La lesión cardiaca había tomado tan grandes proporciones, que el ilustre enfermó falleció de muerte repentina en la noche del 4 de febrero de 1812, con sólo el Sacramento de la Extre-

maunción, por no haber permitido otra cosa la violencia del accidente.

Razón tenía Casamayor al apodarle *Palafox el Desgraciado*, pues lo fué en gran manera cuando por su nacimiento, prendas personales, acendrado patriotismo, valor, abnegación y cultura, parecía llamado á los más brillantes destinos. Pasaba en Madrid por ser uno de los más apuestos caballeros y mejores jinetes de la corte de Carlos IV, y era tan estimado del Rey, que le agració con la encomienda de Aceuche en la Orden de Alcántara, cuyo producto ascendía á 4.000 pesetas anuales.

Estaba casado con D.ª Teresa de Villalpando y San Juan, hermana del conde de Torresecas y heroina de la 1.ª defensa, en quien tuvo á su hija única D.ª Carlota de Palafox y Villalpando, que casó con D. José Montalvo y Collantes, cuya descendencia subsiste en la ciudad de Huesca.

D. Antonio Maria Quadros †

Entre las heroicas víctimas de la epopeya zaragozana, ninguna más simpática que el caballeroso coronel, que al sucumbir gloriosamente en la jornada del *4 de agosto de 1808*, defendiendo contra el cañoneo y asaltos del sitiador los puestos de mayor peligro confiados á su lealtad, pericia y denuedo, mereció á la posteridad el hermoso título de *el héroe de Santa Engracia*, que lo es también del poema histórico en que la ilustre poetisa Patrocinio de Biedma cantó con altos y sentidos acentos el generoso sacrificio de aquel esclarecido varón.

No conocemos ninguna biografía suya, aunque parezca extraño: acaso los editores de Galerías y Diccionarios pusieron al preterirle, que una vida consagrada á la Patria y sacrificada en su holocausto, era poca cosa al lado de tantas medianías y hasta calamidades de la política que de continuo llenan las páginas de aquellas colecciones.

Pero á falta de biografía sabemos, por una honorífica certificación de D. José de Palafox, librada en 1809, «que siendo Qüadros »gobernador militar y político de Teruel y su partido, acudió espon»tánea y personalmente á la primera defensa de Zaragoza con todas »las fuerzas que pudo reunir. Que acreditó su carácter, mérito y »talento militar en veintidós años de servicio en el Real cuerpo de

»Guardias Españolas; que lució su integridad, prudencia, imparciali-»dad y desinterés en los diez años que desempeñó el corregimiento de »Teruel; y su gloriosa muerte dió ejemplo á sus compañeros y claro »testimonio de la obligación en que está todo buen español, y enseña »á sus hijos el camino seguro que deben tomar para ocupar el vacío »de su buen padre y hacerse acreedores al aprecio, gratitud y recono-»cimiento de la Patria».

Hasta aquí Palafox.

Por otras referencias sabemos que entró en Zaragoza el 3 de Julio, trayendo á su guarnición el considerable refuerzo de 420 excelentes soldados turolenses.

También hemos podido averiguar que el valeroso comandante de la Torre del Pino y de la Puerta de Santa Engracia, era andaluz, natural de Baeza y primogénito de la esclarecida familia de los Marqueses de San Miguel de la Vega, título creado por Felipe V en 1706. Correspondíale, por tanto, en pleno derecho, ese marquesado, que obtuvo su hijo D. Antonio Joaquín en 1831, y su nieto D. José María Qüadros y Romero en 1870, usándole actualmente D.ª Joaquina Qüadros y Arellano.

Estaba casado con la ilustre señora D.ª Joaquina Romero, de quien tuvo tres hijos, que dejó huérfanos en la infancia. Era todavía joven al morir, pues contando solamente 32 años de servicio entonces, como resulta de la certificación librada por Palafox, y habiendo ingresado de cadete en las Reales Guardias Españolas, no parece que su edad pudiera exceder de 45 ó 46 años.

De los hijos del héroe solamente vivía en 1873 la primogénita doña María del Carmen Qüadros y Romero; y queriendo el rey don Amadeo I de Saboya perpetuar en esta señora y descendientes la memoria de su glorioso padre, le concedió por Real Decreto de 16 de noviembre de 1872, el título de *Conde de Santa Engracia*, con grandeza de España de 1.ª clase. Triste es confesarlo, pero el malogrado príncipe extranjero, resultó sabiendo mejor que los zaragozanos la historia de la resistencia de su noble ciudad. Ni un simple azulejo advierte al transeunte que mira indiferente el teatro de Pignatelli, construído sobre el solar de la primitiva puerta y famosa batería de Santa Engracia, que allí, en defensa de la Patria Española y de la ciudad de los mártires, exhaló su último aliento el noble y denodado Marqués de San Miguel de la Vega.

Su cadáver fué conducido el 5 de agosto á la iglesia parroquial de Santa Cruz, donde yace en la cisterna del Santísimo Cristo, según consta al tomo tercero, folio 269 de los libros de difuntos.

El general Obispo

Conocidos son los méritos de este ilustre jefe en la primera defensa de Zaragoza, pues en todos los *diarios* y *relaciones* constan sus excepcionales servicios: pero debemos recordar cuánto contribuyó con su denuedo á los grandes éxitos de 15 de junio y 1.° de julio, así como su decisión y pericia para limpiar de enemigos la izquierda del Ebro el 16 del mismo mes, su energía para salvar los enfermos del Hospital General bárbaramente bombardeado é incendiado el 2 de agosto, y el esfuerzo imponderable que desplegó en la lucha del día 4 y los siguientes hasta el levantamiento del Sitio. Pero si como combatiente rayó á tanta altura, no fué menos útil su cooperación como inteligente instructor y organizador de fuerzas, de cuya ímproba labor dejó claras pruebas en su estadística como mayor general de infantería, cargo importantísimo que Palafox tuvo el acierto de confiarle. El 4 de agosto, estando ya el enemigo en el corazón de la ciudad, tuvo la previsión de acudir á la Tesorería donde salvó los libros y papeles de la contabilidad y caudales de consideración.

Era natural de Buendía en la Mancha, y siendo capitán del regimiento infantería de Zaragoza, pidió y obtuvo el retiro para esta ciudad donde había contraído matrimonio con la señora D.ª Rita López Pascual, hermana del ilustre y malogrado artillero D. Ignacio. Realizado por Palafox el glorioso alzamiento del 24 de mayo de 1808, decidióse Obispo á luchar sin descanso en defensa de la Patria ultrajada, llamando á los licenciados del ejército que había en la ciudad y gratificando á cada uno de los que acudían á su voz, con tres pesos fuertes de su peculio particular. Así organizó el primero y más antiguo batallón *ligero de Zaragoza*, del que fué comandante con el empleo de teniente coronel que le confirió Palafox.

Al lado de este caudillo asistió al combate del 15 de junio en las inmediaciones de Casa-Blanca, consecuente retirada á Belchite y acción de Epila; y desempeñando el cargo de mayor general de infantería, concurrió con el lucimiento que dejamos insinuado á todo el resto de la primera defensa á cuya terminación era coronel.

En 14 de agosto de 1808 salió con la división del Marqués de Lazán en persecución del enemigo á quien siguió hasta Navarra, marchando después á Cataluña con dicho Marqués: siendo bien sabida la trabajosa cuanto brava labor de esta división aragonesa incorporada al ejército de Blake, nos limitaremos á indicar que Obispo, ya brigadier, concurrió al socorro de Gerona, á las acciones de la *Armentera* (20 di-

ciembre 1808) y *Castellón de Ampurias* (1 y 2 de enero 1809) á la victoria de *Alcañiz* y derrotas de *María y Belchite*, á las que siguió la retirada sobre Tortosa.

Posteriormente, siendo mariscal de campo, mandó la cuarta división del ejército de Aragón y Cataluña, asistiendo con actividad y valor extraordinarios á multitud de hechos de armas ya prósperos, ya adversos desde el año 1811 hasta la terminación de la guerra.

Su cuñado D. Ignacio López, que le conocía bien, le escribía en Octubre de 1808, cuando la división Lazán hacía su entrada en Navarra después del primer sitio, estas significativas palabras..... «*No opines siempre por atacar y mirad bien donde os meteis; yo no tomaría la ofensiva hasta haber reunido los buenos ó malos Ejércitos Españoles*»....

Así era el general Obispo, arrogante de aspecto, y alma de gran temple, la lucha era su elemento, buscar al enemigo y atacarle con audacia su constante ejercicio.

No se hizo viejo, pues los trabajos y fatigas de la guerra aceleraron el curso de su vida. Falleció en Zaragoza á 13 de Enero de 1816, sobreviviéndole muchos años su viuda y su hijo único D. José Obispo y López, á quien dejó huérfano de seis años, que también siguió la carrera militar y murió hacia el año 1869, siendo coronel retirado.

Vivió y creemos que murió el general Obispo en la calle del Coso, casa número trece, frente al Arco de San Roque, y descansan sus cenizas en la Iglesia parroquial de San Gil, en ignorada sepultura.

D. Manuel Carbon

Era capitán del primer Batallón ligero Voluntarios de Aragón, con cuyo cuerpo, fugado de Madrid, llegó á Zaragoza antes que comenzara el primer sitio, asistiendo con lucimiento á sus primeros combates y á la acción de Epila. Conociendo sus méritos el general Palafox, le comisionó para organizar el *batallón de Daroca*, afecto á la brigada de vanguardia al mando del barón de Warsage, con la cual vino al socorro de Zaragoza al terminar el primer sitio. Levantado éste por los franceses, salió con las fuerzas acaudilladas por el Marqués de Lazán en persecución del enemigo hasta Tudela, y en octubre marchó á Cataluña con la división de dicho Marqués, concurriendo á todas las acciones de guerra que sostuvo aquella en dicho principado, siendo uno de los jefes que más sobresalieron por su valor y por la excelente disciplina en que tenía el cuerpo de su mando, como se vió patentemente el 2 de enero de 1809 en la gloriosa acción sostenida

en los campos de Castellón de Ampurias, cuyo éxito fué debido, en mucha parte, al batallón de Daroca. Posteriormente se distinguió Carbon en la victoriosa jornada de Alcañiz, rechazando el ataque de los franceses á la ermita de Nuestra Señora de los Pueyos, que no pudieron ocupar, y continuó sus distinguidos servicios en las desgraciadas batallas de María y Belchite, guardando, con el batallón de Daroca, la línea del río Algas. Vuelto á Cataluña y quedando prisionero su batallón en el desgraciado hecho de armas de los campos de Margalet, consiguió fugarse y acompañar al general en Jefe O'Donell en su retirada á Tarragona.

Nombrado después Gobernador de la plaza de Mequinenza, defendió esta fortaleza con acierto y tesón, alargando su defensa mucho más tiempo del que pudiera esperarse, hasta el momento en que falto de toda clase de auxilios y recursos, le fué forzoso capitular.

Prisionero por esta capitulación, logró evadirse nuevamente, continuando sus servicios en el ejército de Aragón, y habiendo sido ascendido á brigadier por el Supremo Gobierno, se trasladó á Cádiz, donde la Regencia le destinó al ejército de operaciones al mando del general Ballesteros. En él acabó Carbon su brillante carrera, muriendo gloriosamente de un balazo en el desgraciado combate de Bornos.

Así terminó su vida el benemérito jefe y organizador del batallón *Voluntarios de Daroca*, cuyas breves noticias biográficas extractamos de un muy honorífico certificado expedido por el Marqués de Lazán en fecha 17 de enero de 1818, á instancia de la familia del malogrado brigadier.

D. Antonio Maria Guerrero

Al frente del batallón que se llamó de la *Reunión de Osera*, organizado por el decreto del general Palafox en 10 de septiembre de 1808, salió de Zaragoza para Cataluña el 8 de octubre, formando parte de la división expedicionaria al mando del Marqués de Lazán. Este batallón tomó después el nombre de *Tiradores de Boyle*, y terminada la guerra fué destinado á los ejércitos de Ultramar.

Guerréro había estado en Zaragoza en el último período del primer Sitio, y en la campaña de Cataluña se distinguió en el combate de Montagut á las inmediaciones de la plaza de Gerona, en las batallas de Alcañiz y Belchite y en la defensa de la plaza de Mequinenza, donde por la capitulación quedó prisionero de guerra, siendo conducido á Francia.

D. Alonso Escobedo

Hallábase ya en Zaragoza antes del alzamiento, le tenemos por aragonés y era oficial antiguo que había principiado la carrera militar en clase de cadete del regimiento infantería de América. Era capitán y fué ascendido por Palafox á sargento mayor con destino al tercer tercio de voluntarios.

Concurrió á toda la primera defensa, portándose en ella con valor é inteligencia: luchó en Casa-Blanca el 15 de junio, desempeñó la ardua comisión de transportar la pólvora desde los almacenes de Torrero al Seminario Conciliar; y se distinguió especialmente defendiendo el Colegio de Carmelitas de San José, el 4 de agosto, salvando su guarnición y artillería que condujo al Hospital de Convalecientes y contribuyendo eficazmente á la defensa de este puesto y el de San Ildefonso, invulnerables á los ataques del enemigo,

El día 8 de octubre de 1808, ya como primer jefe del tercer batallón ó tercio de Voluntarios, salió para Cataluña con la división del Marqués de Lazán, asistiendo con ella á las acciones de la Armentera y Castellón de Ampurias, en auxilio de Gerona, y terminada esa breve campaña, retrocedió al Alto Aragón y territorio de Cinco Olivas, donde levantó partidas é hizo cruda guerra á los invasores. Hallándose en la villa de Hecho pereció trágicamente con su mujer é hijos asesinados todos por la partida, ó mejor dicho, banda de foragidos afrancesados que con escándalo de Aragón y mengua de la humanidad, llevó á cabo en aquellos valles del Pirineo los más terroríficos y violentos atentados de que hay ejemplo en las historias.

D. Francisco Arnedo y Antillon

Por sus apellidos no cabe duda que procedía de la ilustre cepa de los Arnedos de Cascante, señores de Serué, y no sabemos si fué padre ó tío de los artilleros que tanto se distinguieron en la 2.ª defensa de Zaragoza.

Era oficial antiguo con 39 años de servicios al estallar el alzamiento de Zaragoza, á cuyo E. M. estaba agregado como teniente coronel efectivo, y esa categoría y antigüedad nos hace sospechar que fué el antiguo gobernador de Zamboanga, en las Islas Filipinas, donde nació su hijo D. Manuel Arnedo.

El general Palafox, conocedor de su denuedo y pericia bien probados en todo el primer sitio, le confió el mando del puesto de Puerta Quemada, que defendió bravamente con dos compañías del regimiento de Extremadura y gran golpe de paisanos, distinguiéndose el 4 de Agosto en que no sólo defendió con gran tenacidad la línea que le estaba encomendada, sino que contribuyó eficazmente á limpiar de enemigos la plaza de la Magdalena y el Coso bajo encerrando á los desmandados franceses en las casas del Hospital.

No encontramos al veterano Arnedo en las relaciones del 2.º sitio al que no debió concurrir por muerte ó variación de destino.

D. Jose Manso †

No debe confundirse con su homónimo el ilustre catalán D. José Manso, que de humilde origen é impulsado por su ardiente patriotismo, comenzó guerrillero en edad juvenil y murió anciano en la cumbre de la milicia siendo teniente general y conde de Llobregat.

El nuestro, si así podemos llamar al defensor de Zaragoza, era persona de noble nacimiento y reputación militar, brigadier de ejército y capitán del 3.er batallón de Guardias Españolas, cuyo Real Cuerpo, procedente de Valencia venía mandando como jefe accidental. Su entrada en Zaragoza el 5 de Agosto, escoltando al general gobernador Marqués de Lazán y conduciendo un pequeño convoy de municiones después de haber limpiado de enemigos el vado de Gállego, fué brillantísima; y fué algo más; porque aquel batallón de 600 plazas de fuerza veterana y aguerrida que recorría las calles acompañado por los ecos marciales de su música y los estruendosos aplausos del vecindario, era feliz presagio del próximo triunfo.

Y llegó éste con el levantamiento del 1.er Sitio, pero bien pronto surgió el 2.º preñado de horrores y amenazas, y Palafox quiso prepararse á la tremenda lucha organizando su ejército en cuatro divisiones, una de las cuales, con el encargo de defender el arrabal de Altabás, confió á la pericia del brigadier Manso.

Fué por tanto este ilustre jefe el gobernador y defensor del Arrabal en todo el segundo sitio desde el memorable 21 de diciembre de 1808 (en cuyo día compartió con D. Mariano Peñafiel, D. Manuel de Velasco y D. Angel Salcedo, la gloriosa defensa de aquellas baterías incontrastables á los ataques de Gazán) hasta el 18 de febrero de 1809, en que después de diez días de continuo cañoneo y tres ataques rechazados, logró el enemigo apoderarse por asalto del casi de-

rruído burgo, haciendo prisionera la mayor parte de la guarnición, y con ella, á su valeroso jefe, que fué ascendido por Palafox á la jerarquía de mariscal de campo, cuya gracia, siquiera resultase póstuma, confirmó la Junta Central por Real Decreto de 9 de marzo.

El malogrado vencedor de Gazán en la batalla del 21 de diciembre, no fué conducido á Francia porque víctima de la epidemia falleció en Zaragoza á raíz de la capitulación, y, como O'Neylle, Cerezo, La Ripa, Cónsul y otros muchos heroicos defensores, no pudo resistir la tristura del vencimiento. La noticia de su muerte, omitida por los diaristas, la hemos leído y registrado en los apuntes y borradores de D. Francisco Palafox, conservados en el archivo de la Marquesa de Navarrés.

Los Fivaller † †

Eran naturales de Barcelona, de familia nobilísima, hermanos, brigadieres ambos y capitanes del tercer batallón de Reales Guardias Españolas enviado desde Valencia en socorro de Zaragoza donde (acompañando desde Osera al marqués de Lazán) hizo el batallón su valerosa entrada el 5 de agosto, custodiando el convoy de víveres y municiones y entrando desde luego en combate con la caballería enemiga que auyentó de la ronda del Huerva.

Llamábanse *D. Diego* y *D. Gaspar Fivaller y Bou.*

El brigadier D. Diego mereció gran confianza á Palafox; que le nombró comandante general de la segunda división de las cuatro organizadas con las tropas reunidas en Zaragoza para atender á todas las contingencias del segundo sitio. El brigadier D. Gaspar, estuvo siempre al frente del glorioso batallón de Guardias Españolas, que tanto se distinguió hasta el término de la defensa y muy principalmente en la *batalla del Arrabal*, el 21 de diciembre de 1808.

Ambos perecieron antes de la capitulación víctimas de la epidemia que azotaba la ciudad, pues D. Gaspar falleció el 4 de febrero de 1809, y D. Diego cinco días después, siendo sepultados en el Santo Templo del Pilar, en cuyos libros parroquiales constan sus partidas de óbito.

D. Fernando Gomez de Butron

Aunque es bien sabido que la familia *Gómez de Butrón*, cuyo solar está cerca de Guernica, es una de las más nobles, antiguas y principales de Vizcaya, tenemos entendido que nuestro héroe era andaluz de nacimiento.

Joven aristócrata tuvo fácil ingreso en el cuerpo de Guardias de Corps, tan adecuado para llegar pronto á las altas jerarquías militares. En 1808 era ayudante del cuerpo, y en virtud de orden del Capitán de Guardias, Marqués de Castelar, acompañó á Palafox á Francia para enterar á Fernando VII de la forma en que se dió libertad á D. Manuel Godoy.

Obedeciendo mandatos del joven Rey llegaron ambos compañeros á Aragón, en cuyas soledades de la torre de Alfranca prepararon el patriótico alzamiento del 24 de mayo, tan fecundo en glorias como en desdichas. Por eso, y no sin fundamento, solía decir Butrón en sus últimos años: «*mi nombre no se olvidará mientras España recuerde el de Palafox, el del padre Basilio, el del tío Jorge y el de Bellido*».

Sus hazañas en ambas defensas son bien conocidas y alabadas por todos los diaristas, con la sola excepción de que hablaremos. Acompañó á Palafox, en calidad de ayudante, á todas sus expediciones y combates en ambos sitios; dirigió la célebre salida del 29 de julio de 1808 para auyentar á los franceses del término de Rabal conservando y defendiendo valerosamente la Torre del Arzobispo atacada (los dos días siguientes) por el enemigo, ávido de cortar á la plaza su comunicación con Cataluña; también mandó en persona la no menos difícil salida del 31 de diciembre al abrigo del cañón de la Aljafería para practicar un reconocimiento ofensivo sobre el campamento francés de la Bernardona; y por último, ya en las postrimerías de la segunda defensa, guardó valerosamente la línea del Coso desde Puerta Cineja al Almudí, aun después de apoderarse el enemigo de las ruinas del Hospital General, tenazmente defendidas por el brigadier Bellido, su segundo en el mando de la línea.

Con tales méritos y la decidida protección de su gran amigo el general Palafox, se explica perfectamente la rápida carrera de Butrón. Ascendido á coronel al principiar el primer sitio, obtuvo el entorchado de brigadier por su brillante comportamiento en las reñidas acciones del Arrabal y la Bernardona; conquistando en las postrimerías de la segunda defensa (10 de febrero 1809) el grado de mariscal de campo que le fué confirmado por la Junta Central.

Tuvo, como la mayor parte de los defensores de Zaragoza, opiniones constitucionales y así se comprende la animosidad con que le trata D. Ramón Cadena, realista intransigente que en 1815 escribía su desatinada lucubración, tan falta de crítica y de verdad como nutrida de odio contra Palafox y los de su camarilla. El malhumorado escritor se desata contra Butrón cuya popularidad no puede sufrir; pone dudas á su valor que fué notorio y, lo que es más censurable, lo tilda de *muratista* intentando deslucir su probado patristismo, concepto absurdo de todo punto. Pero en cierto modo insinúa el motivo de su ruda malquerencia, pues se conoce que el alegre y gallardo ayudante del general era muy bien visto de las damas, y el austero historiógrafo le tilda de *prostituto* (sic) acechando ocasiones de fustigarle.

Prisionero de guerra por la capitulación y conducido á Francia, debió fugarse en el camino, y harto pronto, puesto que en abril de 1809 ya estaba en Sevilla. Incorporado en el mismo año á las tropas que operaban en Extremadura, obtuvo el cargo de comandante general de la caballería del *Ejército de la Izquierda* á cuyo frente concurrió, con su habitual ardimiento, entre otros hechos de armas, á la reñida acción de *Fuente de Cantos* (15 de octubre 1810) contra los franceses acaudillados por Mortier.

Terminada la guerra fué agraciado, en 1814, con el gobierno militar y político de Ceuta, pero le duró poco tan importante destino, porque sus opiniones avanzadas no eran antecedentes recomendables para obtener brillantes colecciones en aquella primera etapa de las venganzas políticas. El famoso pronunciamiento de Riego, que restableció el sistema constitucional vino á sacar á Butron de su obligada pasividad elevándole segunda vez al gobierno de Ceuta que desempeñó desde 1820 hasta fin de 1822: pero en 1823, vencido el ejército constitucional por el Duque de Angulema, y reintegrado Fernando VII en el pleno goce de su absoluta potestad, se vió constreñido nuestro héroe á salvar la vida emigrando á Francia despojado de sus grados, honores y condecoraciones militares, entre las que lucía la cruz de San Fernando de tercera clase, ganada por su valeroso comportamiento en la guerra de la Independencia.

En Francia perteneció Butron al grupo de emigrados inquietos que capitaneados por el célebre Mina vivían en perpetua conspiración, alucinados con la esperanza del triunfo de sus ideales políticos; y no fué pequeña calaverada la que ambos generales cometieron entrando en Navarra por Vera el 7 de Octubre de 1830 al frente de cuatrocientos emigrados que, si bien pelearon valerosamente, fueron batidos por la división realista del general Llauder, grandemente superior en número, que les obligó á regresar en plena derrota á Fran-

cia, de donde nuestro defensor de Zaragoza no volvió á salir hasta que la generosa amnistía de la reina gobernadora D.ª María Cristina le devolvió á la patria y al goce de sus honores militares.

En 1834 fué nombrado comandante general de Guipúzcoa y, en combinación con Jáuregui, su inmediato sucesor en aquel mando, limpió la provincia de las partidas carlistas que la infestaban, desalojándolas de sus formidables posiciones de la *sierrra de Aralar* y empujándolas á Navarra. En 18 de Enero de 1835, cuando se sublevó el Regimiento de Aragón, ya estaba Butron en Madrid, y fué con otros generales á la casa de correos, ocupada por los insurrectos, para procurar que su jefe D. Cayetano Cardero se sometiese al Gobierno.

Alcanzó por fin el empleo de teniente general y falleció hacia el año 1852 conservando en la ancianidad la elegancia, el gracejo y el don de gentes que tantas simpatías le conquistaran en su turbulenta juventud.

D. Mariano Renovales

Era un verdadero cántabro por naturaleza y carácter; de corazón noble, corteza dura y valor temerario, supo captarse el amor y el respeto del pueblo y el ejército en las dos defensas de Zaragoza donde ilustró su nombre con hazañas de fama imperecedera. Palafox le conocía bien, y al encomendarle la guarda de la línea de Santa Engracia á Puerta del Sol que tan gallardamente defendió el 4 de Agosto le decía por escrito que no le advertía la necesidad de una extrema vigilancia *«por constarle que no se dormiría ni dejaría dormir á los demás.»*

Había nacido en las Encartaciones de Vizcaya y gustaba de ostentar su hidalguía por los cuatro costados, poniendo sus apellidos en cabeza de las certificaciones que expedía: Llamábase *D. Mariano de Renovales y Rebollar, Santetices y Mollinedo*, que son en efecto cuatro de los más ilustres linajes del solar montañés.

¿Por qué residía en Zaragoza á principios de Junio de 1808? No lo sabemos. Pero nos consta que era hombre hecho, teniente coronel de caballería, oficial de honrosa carrera, y que había servido algunos años en nuestras provincias de América del Sur, acreditando su valor en las guerras con los ingleses.

Su gloriosa cuanto fecunda participación en la defensa de Zaragoza solo á modo de abreviadísimo índice puede reseñarse en esta biografía. Combatió con tesón indomable desde la primera embestidura

de la plaza hasta el día de la capitulación y como los héroes de la edad caballeresca pudo decir de sí mismo:

Mis arreos son las armas,
Mi descanso el pelear.

El 15 de Junio de 1808 le vemos arrojar á los franceses del cuartel de caballería en que habían penetrado, y á los pocos momentos rechazarlos en su segundo ataque á la puerta de Santa Engracia: el 2 de Julio, después de escarmentar al enemigo en la puerta de Sancho al frente del valeroso tercio de Tauste, corre presuroso en auxilio de los comprometidos defensores del Portillo; el 7 y el 29 de Julio efectúa vigorosas salidas por dicha puerta de Sancho para ahuyentar las avanzadas francesas que infestaban el llano de Almozara obligándolas á replegarse al collado de la Bernardona; el memorable *4 de Agosto* arroja al enemigo de la huerta del Marqués de Campo Real, contigua á la iglesia de San Miguel, y combinando sus escasas fuerzas con las acaudilladas por Arnedo, Simonó y Casamayor barre de franceses la plaza de la Magdalena y las piedras del Coso, los persigue sin descanso, los desaloja de las casas del Hospital y contribuye á encerrarlos en las ruinas de la iglesia de dicho establecimiento benéfico y convento de San Francisco, en cuyos puestos no tuvieron otra salida que la de su retirada *el 14 de Agosto.*

Servicios tan notorios eran dignos de la recompensa con que le agració el general en jefe, ascendiéndole á coronel y encomendándole la organización de un nuevo regimiento de caballería denominado *Húsares de Palafox.* Dicho cuerpo, del cual fué teniente coronel el valeroso é inteligente D. Juan Lartigue, llegó á tener 346 soldados, muy pocos caballos y escaso cuadro de oficiales y clases, así que solo en el nombre fué regimiento de caballería, y los pretendidos húsares pelearon casi siempre desmontados y, muy bravamente por cierto, en la guerra de casas de las calles del Pabostre (hoy de Manuela Sancho) y de Puerta Quemada (ahora del Heroismo).

Las hazañas de nuestro biografiado en el segundo asedio no necesitan ponderación: para enaltecerlas basta decir que fué gobernador ó comandante del convento fortificado de San José, sobre el río Huerva, principal objetivo de los esfuerzos del sitiador que le combatió con todo el poder de su artillería por ser la llave táctica del frente atacado. Once días sostuvo ese puesto de honor rechazando repetidos asaltos con firmeza incontrastable, y solo cuando aniquilada la guarnición, arrasado el convento y desmontadas sus baterías era imposible de todo punto prolongar la resistencia, emprendió su aplaudida retirada á la plaza (11 de enero 1809), llevando á sus heridos, salvando la mayor parte de sus cañones y hasta las rejas del convento por la utilidad que

pudieran reportar. Palafox, entusiasmado, le ascendió en el acto á brigadier de ejército.

Y todavía después, como segundo del general Amorós, defendió palmo á palmo la disputada y estrecha calle de Santa Engracia desde el 27 de enero al 10 de febrero: fué un luchador duro é incansable, *no dormía ni dejaba dormir.*

Cuando le conducían prisionero á Francia, como á todos los defensores de Zaragoza, consiguió Renovales evadirse en Pamplona acudiendo á un medio que el honor militar reprobará siempre, aun tenida en cuenta la atenuante de la exaltación patriótica. Explica el caso el Mariscal Suchet *(Memoires Capto. 2.º)* quien al hablar de las guerrillas levantadas por algunos oficiales en los valles del Pirineo (en mayo de 1809), escribe este párrafo que traducimos literalmente:

«Entre estos oficiales se distinguía *Renovales*, que después de ha»berse ilustrado en la defensa de Buenos-Aires contra los ingleses, »había sido hecho prisionero en Zaragoza. Cuando se le conducía á »Francia desertó en Pamplona donde, á petición suya, se le dejó en »libertad bajo palabra, se fué á Lérida y obtuvo el mando de todos los »valles del Oeste de Jaca. En la organización de este levantamiento »desplegó toda la actividad y el celo que un oficial podía poner al ser»vicio de una causa por la cual no había temido faltar á su palabra »de honor».

De su breve campaña de 1809 hablan con elogio todos los historiadores. A principio de mayo juntó fuerzas en el valle de Roncal, con las cuales, el 21 de dicho mes, batió á un destacamento francés en la Peña de Undari, cerca de Ansó, Concentrando el enemigo fuerzas poderosas para *despronunciar* los valles, tuvo Renovales que abandonarlos y retirarse á la ribera del Cinca donde se pusieron bajo su mando las fuerzas del brigadier Perena y del coronel Baget. Viéndose de nuevo con soldados, contramarchó hacia Navarra donde, el 15 de junio escarmentó al enemigo cerca de Lumbier, y entonces fué cuando cruzó con el general D' Agoult aquellas agrias comunicaciones en que el francés le decía que cumpliese su palabra presentándose como prisionero, y el español contestaba reclamando que antes de todo se cumpliese la capitulación de Zaragoza á que tan descaradamente faltaban los vencedores. D' Agoult terminó la polémica marchando con grandes fuerzas en persecución de Renovales, quien dejándose de retóricas retrocedió al Cinca, y comprendiendo que en sus riberas no podía sostenerse ante la formidable persecución organizada por Suchet, dejó sólo á Perena y no paró hasta Cádiz, donde se encontró promovido á

mariscal de campo por la Junta Central con antigüedad de 9 de marzo de 1809.

En la hermosa ciudad andaluza, inexpugnable baluarte de la independencia española, fué nuestro héroe recibido con gran entusiasmo. La estimación popular, manifestada en aclamaciones y banquetes en honor del bravo soldado, de tal modo perturbó su juicio que, en 1810, publicó bajo su firma una alocución ó proclama extravagante en cuya cabeza puso la caricatura del rey José cayéndose de borracho y con un jarro de vino en la mano. Este desatino y otros semejantes mermaron no poco sus prestigios en el concepto de las personas graves, dando margen á que el ilustre Alcalá Galiano (Memorias, Tomo I, pág, 258 y siguientes) le calificase *de hombre de arrojo, gran presunción, pocas letras y tal cual entendimiento.*

Y todavía fué más perjudicial á su fama la célebre expedición marítima que, en dicho año 1810, le confió la Regencia para que operase contra los franceses en la costa de Cantabria. Lleno de lisonjeras esperanzas salió de Cádiz y aportó á la Coruña, de donde zarpó el 14 de octubre con 1200 soldados españoles y 800 ingleses convoyados por cuatro fragatas. Fondeó en la concha de Gijón el 17 de octubre, y después de un cañoneo tan absurdo como innecesario, porque la villa asturiana estaba libre de enemigos, desembarcó el 18. En Asturias nada tenía que hacer, y vuelto á embarcar puso rumbo á Santoña donde rechazado por las baterías y buques franceses que le ganaron la delantera, tuvo que retroceder á Galicia, tomando puerto en Vivero con dos barcos menos, perdidos en tan estéril y deslucido viaje, (Conde de Toreno Tomo 3.º, pág. 82).

En 1812 mandaba las fuerzas levantadas por el Señorío de Vizcaya, reuniendo 3700 hombres organizados en tres batallones y un escuadrón. Con estas tropas constituyó la 4.ª división del 7.º ejército bajo el mando en jefe del general D. Gabriel de Mendizábal, y al frente de su pequeña hueste contribuyó con eficacia y fortuna á que el enemigo evacuase la provincia de Santander y á tener en continua intranquilidad las guarniciones de Bilbao, Durango y Orduña, con las que sostuvo siete acciones campales, hostilizándolas sin tregua ni descanso. En 1813 continuaba con el mismo mando, y habiendo resultado herido y prisionero en un combate desventajoso, fué conducido á los depósitos de Normandia desde los cuales tuvo la suerte de fugarse y buscar refugio en Inglaterra.

En 1814 aun seguía en Londres, donde le perdemos de vista hasta que vuelto á España le hallamos de nuevo fomentando perturbaciones políticas á que le arrastraba su natural inquieto y díscolo. En 1817,

secundando planes revolucionarios de Lazi, Mina y Porlier, intentó levantar el país vascongado contra el régimen absolutista, sin más resultado final que el de verse proscripto, sometido á un proceso criminal y exhonerado de sus grados y honores. Pero el pronunciamiento de Riego en las Cabezas de San Juan (8 de Julio de 1819) al que siguió el restablecimiento del sistema constitucional, trajo aparejada la rehabilitación de Renovales y demás proscriptos que volvieron triunfantes al goce de sus honores y ejercicio de sus empleos en virtud del Real decreto de 8 de marzo de 1820.

Poco tiempo pudo disfrutar la restauración de su carrera, pues ya no encontramos su nombre en el *Estado Militar* de 1.º de enero de 1823, siendo presumible que falleciese antes de dicha fecha.

Así terminábamos la biografía del heróico defensor del convento de S. José, escrita años ha; ignorábamos entonces dónde y cómo había ocurrido su muerte de cuyas pavorosas circunstancias hallamos abundante relación en un artículo suscripto por D. Emilio Luna y publicado recientemente, de cuyo interesante trabajo extractamos los siguientes datos.

Hallábase Renovales en Nueva-Orleans de regreso de una censurable expedición que llevó á Venezuela promovida y costeada por los ingleses, cuando supo el cambio político ocurrido en la Península á causa del pronunciamiento de Riego. Embarcando apresuradamente para volver á la Patria llegó el 15 de mayo de 1820 al puerto de la Habana, donde no sin grandes dificultades obtuvo permiso para desembarcar, siendo conducido preso y enfermo de extrema gravedad *(medio muerto*, dice el articulista) al castillo de la Cabaña en cuyas casamatas falleció dos días después (21 de mayo) no sin que se haya escrito é insinuado la especie de que fué víctima de un veneno.

No podemos creerlo. Si estaba ya *medio muerto al desembarcar y fué preciso llevarle á su prisión en silla de manos*, ¿á quién podrá extrañar que se *muriese del todo*, obrando de consuno la pesadumbre de la enfermedad y el disgusto del encarcelamiento, harto potentes por sí solos para producir la catástrofe sin necesidad del supuesto *jicarazo*?

Por otra parte, si aún tratándose de un criminal indultado se resiste el ánimo á admitir la suposición de semejante asesinato ¿puede concebirse que las autoridades de Cuba consintiesen ó más bien perpetrasen tan infame atropello en la persona de un general ilustre amnistiado y rehabilitado por el Rey, en el goce de sus empleos y honores?

Los absurdos inventados por la pasión política son siempre y de todo punto inadmisibles; entendemos por tanto que el fallecimiento del célebre defensor de Zaragoza fué natural y no violento, siquiera

viniese acompañado de circunstancias dramáticas que dieron pábulo á suposiciones y hablillas desprovistas de racional fundamento.

D. Teodoro Galvez Cañero

Entre las figuras relevantes de la defensa de Zaragoza en 1808 y 1809, ninguna tan olvidada y necesitada de que reverdezcan sus laureles como el heróico *Gálvez Cañero*: pues si es cierto que en aquella alta ocasión alcanzó justa fama y que los historiadores le citan con elogio como uno de los cooperadores más allegados al general Palafox, pocos son los que puntualizan los méritos anotados en el historial de su hoja de servicios, que tuvimos la fortuna de examinar.

El ilustre *D. Teodoro Gálvez Cañero y Fernández Gallegos de Medina* nació en Puente Genil el día 1.º de abril de 1775, hijo de los cónyuges D. Santiago y D.ª Francisca, ambos de familias nobles, antiguas y bien heredadas.

Estudió en Córdoba latinidad y filosofía, é inclinado á la carrera de las armas obtuvo la charretera de subteniente en el Regimiento Granaderos del Estado en 1.º de enero de 1795, ascendiendo á teniente el 13 de noviembre de 1799.

Sirvió en las Escuadras de S. M. y de 1802 á 1805 permaneció acampado en la línea de Gibraltar, dedicando al estudio de la profesión militar los escasos ratos de ocio que el penoso servicio del campamento frontero á la plaza enemiga le consentía.

Hallábase en Madrid cuando para gloria de España y mengua de sus opresores ocurrieron los pavorosos sucesos del *Dos de Mayo*, y enardecido el patriotismo del joven oficial, ya no pensó más que en evadirse de la tiranía francesa y correr á Aragón ansioso de luchar como bueno por nuestra santa independencia. El 28 de mayo estaba ya en Zaragoza ocupado en organizar é instruir rápidamente las compañías de *Escopeteros del Portillo*, hueste famosa que bajo el mando de su jefe mosen Santiago Sas y de los capitanes D. Pascual Ascaso y D. Miguel Sas había de ser tan ominosa al sitiador. En 31 del mismo mes obtuvo el empleo de capitán con destino á los Tercios de Calatayud que, formando el núcleo principal de la columna al mando del brigadier Barón de Warsage, debían operar en la ribera del Jalón para cortar las comunicaciones entre Madrid y los enemigos que muy pronto debían intentar el asedio de Zaragoza.

Pocos días tardó en obtener mayor grado militar, porque el 22 de junio, habiéndose reunido en Epila el general Palafox y el Barón de Warsage con un pequeño contingente de tropas bisoñas, fueron brio-

samente atacados por el coronel *Klopistki* al frente de un numeroso destacamento enviado por Lefebvre, cuidadoso de evitar que le cortasen sus comunicaciones con Madrid, aunque esto nunca pudo conseguirlo. Duró el combate desde las siete y media de la noche del 22 hasta las ocho y media de la mañana del 23, acabando por la dispersión de nuestros voluntarios, todavía no acostumbrados á la lucha en campo abierto. Pero Gálvez Cañero peleó ardientemente dando á sus soldados ejemplo de firmeza y serenidad, y en medio de la casi general dispersión, pudo retirarse ordenadamente con un considerable núcleo de fuerza y las cuatro piezas de artillería de la columna, dirigiéndose á los desfiladeros del puerto del Frasno á donde el enemigo no osó seguirlo. Por su comportamiento en esta acción fué ascendido nuestro héroe á teniente coronel con antigüedad de 22 de junio.

El gran caudillo de Aragón había conocido las prendas de valor, entendimiento y entusiasmo patriótico que distinguían á Gálvez Cañero, y quiso tenerle á su lado: mandó que se le incorporase en Ossera; hizo que le acompañase el 1.º de julio en su famosa y casi triunfal entrada en Zaragoza con los socorros de tropas, municiones y vituallas que salvaron la ciudad en uno de sus mayores apuros; y le honró nombrándole su *secretario particular*, que es tanto como decir que fué el principal colaborador en los decretos, bandos y proclamas del caudillo, cuyo cargo conservó hasta el día de la capitulación en que el vencedor separó á los dos amigos para ponerlos en prisiones.

En el intermedio de los dos sitios organizó el Regimiento Infantería del *Infante D. Carlos* del que fué nombrado coronel en primero de septiembre de 1808.

El 2.º Sitio y principalmente la bizarra defensa de la línea del Coso, ofreció á Gálvez Cañero nuevas ocasiones en que manifestar su valor. Y cuando, ya en las postrimerías de la titánica defensa, hallándose Palafox enfermo, sin habla y casi moribundo, se presentó un oficial francés con la última intimación de Lannes *ofreciendo una capitulación honrosa á la ciudad cuya gloriosísima defensa nunca conocida en los fastos de la historia, la hacía digna de mejor suerte*, Gálvez Cañero, autorizado por el enfermo para dar órdenes, y sabiendo su firme resolución de perecer antes que rendirse, escribió una valiente contestación en que el caudillo español manifestaba *que se avergonzaría teniendo á sus órdenes un ejército y un pueblo demasiado acostumbrados á triunfar de las águilas francesas, de oir la palabra capitulación con sus enemigos irreconciliables, y que antes preferiría sepultarse bajo las gloriosas ruinas de aquella invencible capital.* Pero en vano se buscó la estampilla de Palafox que no se halló en su equipaje, y el enérgico secretario llevó tan viril documento á la firma del general Saint-Marcq, entregándola luego al oficial parlamentario.

Rendida la ciudad principiaron para Gálvez Cañero los mayores riesgos, porque Lannes, rencoroso, no ignoraba quién era el autor de la respuesta á su *ultimatum*, y en su fuero interno habíale condenado á muerte. Ocupado su alojamiento de la calle de Predicadores (donde casi agonizante yacía Palafox) por un general y cuarenta granaderos franceses, lleváronle al depósito de prisioneros y alistáronle en el primer pelotón que salió para Francia; pero detenido en Alagón en virtud de orden superior y devuelto á Zaragoza, fué puesto en prisiones en el cuartel general, donde Lannes dispuso que fuese fusilado. Detuvo por el momento la feroz sentencia un ayudante del mariscal, insinuándole respetuosamente que siendo el preso un jefe militar de alta graduación, y no un guerrillero, debía ser oído y juzgado en consejo de guerra para ser legalmente ejecutado. Pareció bien el consejo á Lannes, quien ordenó el traslado de Gálvez á la Aljafería, donde se comenzó á instruirle proceso militar: pero habiendo conseguido, á fuerza de astucia, introducirse en otra numerosa cuerda de prisioneros que salió para Francia, logró evadirse en Tudela y ganar los montes de la Bardena, donde no pudo permanecer porque supo que el gobernador de Pamplona, cumpliendo mandatos de Lannes, había publicado edictos ofreciendo premios á quien le presentase vivo ó muerto.

Terrible y peligrosísima era la situación de nuestro héroe, pero no se acobardó. Resuelto á marchar á Andalucía, atravesó media España ocupada por tropas francesas, sorteó encuentros con los enemigos, cruzó montes y valles, ríos y llanuras y protegido por el patriotismo de campesinos y pastores, que le alimentaron y le condujeron por poco trilladas sendas, puso término á su odisea llegando pobre, cansado y andrajoso, pero sano y salvo á Córdoba, donde reparó sus fuerzas, y últimamente á Sevilla, capital entonces de la España genuinamente española. La *Junta Central*, justa apreciadora de sus grandes méritos, le confirió el ascenso á brigadier de los Reales Ejércitos, con antigüedad de 9 de marzo de 1809.

Después concurrió con el ejército de Extremadura á las campañas de 1809 á 1812, á las órdenes del mariscal de campo D. Fernando Gómez de Butrón, comandante general de la caballería, su grande amigo y compañero de Zaragoza.

Nombrado más tarde coronel del regimiento de América, cuyo mando desempeñó desde 1820 á 1822, estuvo de guarnición en la plaza de Ceuta, de la que era gobernador el mencionado general Butrón, y en 1823 asistió con las tropas constitucionales á la defensa de Cádiz sitiada por el ejército francés del Duque de Angulema, teniendo á su cargo la línea avanzada de *Santi Petri* en la isla de León, que defendió valerosa y tenazmente.

Y claro es que tomada Cádiz y reintegrado Fernando VII en la plenitud de su poder absoluto, quedó paralizada la carrera de Gálvez Cañero, ardiente partidario del sistema constitucional. El Rey no le persiguió como á otros, pero tampoco quiso ascenderle á las altas jerarquías de la milicia, reservadas á los absolutistas declarados, y era el brigadier más antiguo del ejército español cuando la reina D.ª Isabel II le promovió á mariscal de campo el 6 de enero de 1853, en digna reparación de añejas injusticias.

Más de 35 años pasó en su apacible retiro de Puente-Genil, donde aun vivía en 1858, y falleció en este año ó el siguiente, de edad avanzadísima. Después de terminada la guerra contrajo matrimonio con la señora doña Teresa de Villalpando y San Juan, viuda del general D. Francisco de Palafox, en quien tuvo á su hija D.ª María Teresa Gálvez Cañero y Villalpando, condesa de Torresecas.

D. Pedro de Villacampa-Maza de Lizana

El honor de Aragón le llamaba Palafox, y nadie más digno de tan expresivo elogio.

Nació nuestro biografiado en la villa de Laguarta, partido judicial de Boltaña en la provincia de Huesca, el 10 de Mayo de 1776, y fué hijo de los cónyuges D. Domingo Villacampa-Maza de Lizana y doña Francisca Periel, propietarios bien acomodados y miembros de familias antiguas y nobilísimas de la montaña alto aragonesa.

Su genio belicoso y atlética complexión le inclinaron decididamente á la carrera de las armas con gran disgusto de su familia que le destinaba al estado eclesiástico. En primero de Octubre de 1793 sentó plaza de caballero cadete en el 2.º batallón ligero *Voluntarios de Aragón* y comenzando á distinguirse por su denuedo en la guerra contra la República Francesa, obtuvo el ascenso á subteniente en 30 de Enero de 1795. Concurrió á la campaña de Portugal en el año 1801, y terminada se le destinó con fuerza de su compañía á la persecución de malhechores en que desplegó tanto celo y bizarría que fué agraciado con el empleo inmediato. Destinado su batallón á guarnecer las Islas Baleares, ascendió allí á 2.º ayudante en 29 de Abril de 1807; y comenzada la guerra de la Independencia tuvo parte muy activa en las nobles gestiones de su batallón para regresar á la península y concurrir á la defensa de Zaragoza como lo hizo, rompiendo la línea fran-

cesa para entrar en la ciudad el 8 de Agosto de 1808 á tiempo de tomar parte activa y eficaz en los últimos combates del primer sitio.

El 14 de Agosto se alejaba de Zaragoza, emprendiendo rápida retirada el ejército sitiador al mando de Lefebvre, al mismo tiempo que llegaba en auxilio de los sitiados la división valenciana de D. Felipe de Saint Marcq que, reforzada con el 2.° de Aragón, persiguió al enemigo picándole la retaguardia. Villacampa siempre en las guerillas al frente de sus voluntarios, concurrió con su habitual bizarría á las acciones de Sangüesa, Sos, y Aybar. en Setiembre y Octubre, mereciendo por ellas el ascenso á teniente coronel de infantería. Próxima á emprenderse la batalla de Tudela y mediando desavenencias entre Castaños y Palafox sobre la dirección de las operaciones, regresó á Zaragoza con este último general, y en 15 de Diciembre obtuvo el mando del primer batallón *Voluntarios de Huesca,* á cuya cabeza había de realizar tan asombrosas hazañas en el segundo Sitio.

¿Qué diremos de ellas que no sea de pública notoriedad? Desde la memorable efeméride del 21 de diciembre, antes que Mortier comenzase la ruda *batalla del Arrabal,* hasta el día de la capitulación, vemos constantemente á nuestro héroe siempre el primero en las salidas, en la guarda de las trincheras, en la defensa de los fuertes destacados, en las brechas de la débil muralla y últimamente en la terrible lucha de calles y casas. Ardiente, valeroso, incansable y siempre vigilante, conquista el amor de sus paisanos y la admiración de sus enemigos estupefactos ante el heroismo del jefe incontrastable que al frente del sublime batallón de Huesca defiende el convento de Santa Mónica desde 13 al 29 de enero de 1809, en el que muertos casi todos los defensores, desplomada y convertido en polvo y escombros el vetusto edificio, se ve en la necesidad de abandonarle después de haber rechazado en un solo día (el 27) ocho terribles asaltos. Palafox premió dignamente tanto heroismo, confiriendo á Villacampa el empleo de brigadier, y encomendándole el mando del Arrabal de Altabás para que durante algunos días pudiera dedicarse á la curación de sus heridas y contusiones.

Al capitular Zaragoza el 21 de Febrero, preguntó Lannes por el jefe de Santa Mónica y al saber que estaba herido y enfermo, dispuso que se le facilitasen cuidados y medicinas, procurando atraerle al servicio bonapartista. Pero no era fácil conseguir tal evolución en persona de la rectitud y temple de Villacampa. Enfermo, herido y prisionro logra fugarse y llegar atravesando grandes riesgos hasta presentarse al general Blake, de quien en 2 de agosto recibió el encargo de reclutar y organizar la división de la izquierda del ejército de Aragón y Cataluña.

La Junta Central premió los excepcionales servicios de Villacampa

en la defensa de Zaragoza, ascendiéndole á mariscal de campo con antigüedad de 9 de marzo de 1809.

NADA más prodigioso y rápido que la organización de esa nueva división reclutada en la serranía de Teruel, Albarracín y Molina y á cada momento engrosada con los oficiales y soldados procedentes de Zaragoza que lograran eludir la desdicha del cautiverio. A fines de agosto del año 1809 empieza sus operaciones sorprendiendo correos, desarmando los pequeños destacamentos franceses del puerto del Frasno y librando acciones ventajosas siempre. Laval comprende la necesidad de deshacer esa nube que desde la sierra de Albarracín amenaza no dejar á los franceses puesto ni comunicación seguros y reuniendo fuerzas poderosas en octubre de 1809 rodea en Orihuela la escasa hueste del caudillo aragonés y cuando después de perder 300 hombres en el avance, ve seguro el exterminio de su adversario, retírase éste tomando nueva posición en el *Tremedal*. Búscale allí á pesar de las tinieblas de la noche y lánzase á la colina el coronel Henriot, llegando á coronar la cumbre y cuando creen copada la exigua división española se encuentran en el vacío; Villacampa ya tiene tercera posición en el *Cuervo*, y Leval avergonzado se retira hasta Monreal con pérdidas graves y sin haber causado daño de importancia á los españoles. El héroe de Santa Mónica comienza con fortuna su táctica peculiar que hizo tan célebre su nombre con estrago y espanto del enemigo; cuando está equilibrado con el adversario, combate, vence y es *Villacampa* el terrible y victorioso; cuando la superioridad numérica del enemigo hace punto menos que imposible la victoria, se evapora y desaparece por lo alto de montañas, punto menos que inaccesibles, y es *Villa escapa* como le apellidaron los enemigos por mofa y él repetía con gracejo, no exento de legítima satisfacción, porque nunca fué vencido.

Laval corrido se retiró á Teruel, y Villacampa después de restaurar sus fuerzas en Ademuz, se corre hasta Villel donde escarmienta duramente la columna enemiga de Klopistki el 16 de febrero de 1810. Del Tajo al Ebro ya no tienen las tropas de Suchet punto en que puedan estar tranquilas; y cuando á fines de febrero de 1810 decide el orgulloso mariscal marchar sobre Valencia, corre Villacampa á *Concud* (aldea de Teruel) en cuya venta llamada de Malamadera, después de cuatro horas de fuego se apodera de un destacamento de 200 enemigos, avanza rápidamente sobre Teruel y se hubiera apoderado de su guarnición y de su comandante Blite si Suchet no se hubiese apresurado á levantar el sitio de Valencia. Pero esta ventaja con ser tan grande no dejó satisfecho al general español, que haciendo una rápi-

da marcha sobre *Albentosa* (11 de Marzo) cae como el rayo sobre la retaguardia de Suchet, y destruye, mata, aprisiona, 260 extranjeros, les arrebata dos cañones, recoge importante botín y hasta se apodera del equipaje del mariscal. Valencia salvada en esta memorable ocasión, se reconoce deudora de su libertad al caudillo aragonés, y en prenda de gratitud le obsequia con el magnífico sable de honor que Villacampa usó durante toda su larga vida.

En 13 de Mayo del mismo año, sabedor de que Tena, corregidor afrancesado de Calatayud, con poderosa escolta gobernada por el coronel Petit, llevaba á Zaragoza un convoy de cuatrocientas caballerías y treinta y un carros cargados de los granos y mantenimientos recogidos en aquella comarca, marcha Villacampa rápidamente por la montaña apareciendo por las alturas de Sabiñán en el puerto del *Frasno*, donde exterminó la escolta, hizo fusilar al corregidor y regresó á Calatayud con el convoy apresado. Furiosos los franceses caen por todas partes sobre la emprendedora división, pero Villacampa que sabe todos los movimientos de aquéllos emprende rápidamente su retirada á Cuenca, castigando de paso á las guarniciones enemigas de Daroca y Cariñena y haciendo jornadas de doce y catorce leguas se libra de la pertinaz persecución volviendo á ser *Villaescapa* burlador de Suchet y de sus lugartenientes.

Repuesta la bizarra columna y sabedor su activo general de que Suchet tiene estrechamente bloqueada á Tortosa, concibe el pensamiento de operar á retaguardia de los sitiadores, y el 6 de Septiembre cae como el rayo sobre *Andorra* donde destruye un fuerte destacamento francés del que no se salva un solo individuo, y se apodera del convoy de novecientas cabezas de ganado y gruesa suma de dinero que conducía al Real de Tortosa; y dos días después acomete al coronel Plicque en la sierra de *Villaseca*, le destroza y arrebata otro abundante convoy de granos y ocho mil cabezas de ganado lanar. Suchet puesto en grave apuro por falta de subsistencias, decide acabar de una vez con su eterno adversario, y destaca al general Habert con los coroneles Kliski y Plicque para que en combinación con el incansable Klopistki rodearan y cayeran por todos lados con fuerzas enormes sobre la división aragonesa; pero Villacampa conjura el peligro adivinando la persecución y se acoge á sus guaridas de la sierra para caer el 11 de noviembre con tres mil hombres sobre el Santuario de la *Fuensanta* á espaldas de Villel, donde en dos horas de rudo combate escarmienta á Klopistki haciéndole más de mil bajas y retirándose á sus inexpugnables posiciones de Ojos-Negros donde terminó ese año tan fecundo en atrevidas y hazañosas empresas.

En el año 1811 se forma el 2.° Ejército, asignándole los territorios de Aragón y Valencia bajo el mando en jefe de D. Luis Bassecourt; y Villacampa al frente de su valerosa división opera como subordinado fuera del antiguo teatro, testigo de sus triunfos. En combinación con el Empecinado, ataca el 31 de enero en *Checa* á los generales Paris y Abbé, y cediendo á la inmensa superioridad del número tiene que retirarse á la Alcarria; pero repuestos los caudillos españoles, atacan la villa y puente de *Auñón* sobre el Tajo (23 de marzo) y después de un reñido combate desalojan á los franceses que mandaba el coronel Luis Hugo, causándoles más de 200 muertos y 100 prisioneros. Pero ya Suchet se apresta para su gloriosa campaña de Valencia, y Villacampa con su división concurre á la batalla de *Murviedro* (12 de octubre) donde sostiene bravamente la posición de Benaguacil, y á la desostrosa del *Turia* (25 de octubre), donde después de luchar gloriosamente quedó vencido el ejército español que se retira sobre Valencia donde pronto caerá prisionero. Villacampa prevé esta catástrofe y en vez de encerrarse en la ciudad del Cid salva su división, retirándose sobre el Jùcar, donde toma el mando interino de aquel ejército que le corresponde al quedar prisionero Blake. Consérvale poco tiempo procurando la reorganización de aquella desalentada hueste, que entrega á D. José O'Donell, y recogiendo su valerosa columna regresa á Aragón, teatro de sus proezas, donde vamos á verle en 1812.

Las empresas de Durán contra Calatayud y La Almunia, habían obligado al enemigo á cubrir ese importante trozo del camino de Zaragoza á Madrid con fuerzas considerables, al mando de generales tan acreditados como Palombini y Pannetier, que no, sin fatiga contrarrestaban la división de aquel activo guerrillero; pero la llegada de Villacampa dió al traste con los guardadores de la línea que sufrieron duro escarmiento el 8 de marzo en *Campillo*, el 22 en *Ateca*, el 28 en *Pozondón*, sin que en este último hecho de armas valiera á los imperiales acudir á la retirada sobre *Monterde*, porque Villacampa, vencedor, les acosa y persigue hasta desbaratar su columna. Embarazado con la muchedumbre de prisioneros que difícilmente puede guardar, resuelve conducirlos al castillo de Alicante, atravesando la provincia de Cuenca. Sábelo el general D'Armagnach gobernador de aquella comarca por el rey intruso, y corre á arrebatar la presa al caudillo aragonés á quien ataca en *Villalba* el 6 de abril; pero todos sus esfuerzos se estrellan ante el tesón de la división española, y Villacampa, después de castigar duramente al enemigo consigue llevar sus prisioneros al término de su destino sin perder uno solo.

Ya en territorio valenciano emprende nuestro general sus operaciones de guerra, escarmentando al enemigo el 13 y 14 de julio en *Domeño* y *Chelva;* pero la campaña toma nueva y favorable fase con la

decisiva derrota de Marmont en los Arapiles: Andalucía y Castilla la Nueva quedan pronto evacuadas por los ejércitos enemigos que procuran ganar rápidamente la zona fronteriza y el litoral valenciano donde domina Suchet; la guarnición de Cuenca, unida á la brigada recién llegada de Madrid al mando del general *Barón de Mampoint* emprende su movimiento para unirse á Suchet y lleva mucho adelantado para conseguirlo cuando Villacampa, después de varios días de penosas marchas, consigue alcanzar aquel cuerpo enemigo el 25 de julio entre *Utiel* y *Requena*; porfiado y sangriento fué el combate, quedó el campo cubierto de cadáveres, perdieron los franceses 2 cañones, 120 prisioneros con todo el bagaje, y sólo una presurosa retirada, que bien pudiera llamarse fuga, salvó los restos de la columna enemiga. Fué acción brillante para la división aragonesa, y ese triunfo de *Utiel* valió al caudillo la cruz laureada de San Fernando, de cuarta clase. Suchet, impotente contra Villacampa, quiso ganarle por medio del soborno y le escribió al efecto, pero no era D. Pedro persona capaz de envilecerse.

El 5 de Julio de 1813 evacuó Suchet la capital valenciana, y la división Villacampa fué la primera que entró en la ciudad libertada entre los vítores y aplausos de sus moradores. Después de tan feliz suceso concurre á la acción de *Cherta* y al bloqueo de *Tortosa*, donde bajo los muros de la plaza arrebató á los sitiados todo el ganado que tenían para su mantenimiento.

Tales son, en breve resumen, los servicios del héroe de Laguarta en la guerra de la Independencia. Incansable en aquella lucha tenaz, dió al enemigo más de treinta acciones de guerra, y si no fué vencedor en todas ellas, jamás salió derrotado. Sus maravillosas retiradas y los ataques imprevistos fueron el secreto de su táctica y la desesperación de sus adversarios. Apresó á los imperiales 7 convoyes, 8 piezas de artillería y 9.550 cabezas de ganado: entre muertos, heridos y prisioneros, causó á las tropas napoleónicas más de siete mil bajas: examinó á gran número de generales acreditadísimos que con todo su gran poder y esfuerzos jamás pudieron vencerle; y sus triunfos sobre Suchet, Laval, Paris, Kopistki, Henriot, Petit, Habert, Plicque, Klïski, Abbè, Hugo, Palombini, Severoli, Pannetier, D'Armagnuach y Mampoint, constituyen tan gloriosa corona que durará tanto como la espléndida historia militar de España. Protector de los pueblos, en ellos halló siempre cordial acogida, recursos abundantes, fidelidad acendrada, seguras noticias de los movimientos del enemigo y voluntarios dispuestos á servir bajo su mando paternal y prestigioso. La poesía popular llevó su nombre desde el Pirineo á Calpe siendo innumerables los cantares dedicados á sus proezas. Juntó la pericia del oficial de carrera á la intuición excepcional del partidario y lo fué tan

admirable como Mina y el Empecinado, por más que el que le llamaran guerrillero le molestaba tanto que en una ocasión hasta puso comunicados en los periódicos rechazando aquel dictado.

VARÓN de tan excelsa historia y relevantes méritos no podía quedar olvidado en el reparto de las recompensas, y no lo fué por de pronto, pues nombrado capitán general de Madrid en junio de 1813 e ascendió la Regencia del Reino á la jerarquía de Teniente General en 21 de febrero de 1814. Pero la llegada á España del Rey Fernando cuya causa había tan bizarramente defendido fué para nuestro héroe origen de injustísima persecución que comenzando el 11 de mayo, en que le prendieron de orden del general D. Francisco de Eguía, no terminó hasta que triunfante la bandera constitucional en Andalucía salió de su cárcel en marzo de 1820 para ponerse al frente de la capitanía general de Barcelona de que la revolución depuso á Castaños. Pero la prisión á que se le sometió en un lóbrego calabozo del convento de San Juan de Dios de Madrid fué una verdadera iniquidad; en ella adquirió la enfermedad de la vista de que jamás llegó á curar, y su triste situación apenaba á todos los espíritus generosos, tanto que hasta el duro corazón de Fernando quiso ponerla término mandando un emisario al recluso para que se reconociese culpable de haber hablado públicamente contra las prerrogativas del trono y se recomendase á la Real clemencia; pero Villacampa no podía someterse al deshonor de la palinodia que se le exigía y su exposición al soberano fundada en la convicción de la propia inocencia solo pedía justicia. *No es eso lo que yo quería* dijo Fernando al recibirla y por Real decreto de 15 de diciembre de 1815 le recluyó en el castillo de Montjuich por tiempo de ocho años.

Libre de su cautiverio durante el trenio constitucional no supo ser rencoroso contra sus enemigos; oponíase á ello su ingénita generosidad y nobleza de alma. Fué capitán general de Cataluña hasta febrero de 1822, y de Granada hasta abril de 1823. Disfrutó el honor de ser Ayudante de campo de S. M., y cuando los desapoderamientos de la revolución agonizante menospreciando sagrados respetos obligaron al Rey á trasladarse de Madrid á Sevilla (20 de marzo á 10 de abril de 1823) fué Villacampa comandante general de las fuerzas que escoltaron la Real persona y después general en Jefe del ejército de Andalucía; fué entonces cuando Fernando quiso tentar su lealtad insinuándole que al frente del ejército de su mando apostatase de la espirante causa constitucional y proclamase sus derechos de Rey absoluto; pero el caudillo aragonés, con respetuosa firmeza, se negó á todo pronunciamiento contra la constitución que había jurado.

Triunfante la reacción al apoyo de las bayonetas extranjeras y comprendiendo el experimentado guerrero que le aguardaban persecuciones no menos duras que las que padeció desde 1814 á 1820, buscó refugio en Gibraltar desde donde, con grandes riesgos, pudo trasladarse á Malta, permaneciendo en esta isla del Mediterráneo hasta marzo de 1828, en que ansioso de acercarse á la madre patria, se trasladó á Túnez, pobre, enfermo y abatido. Allí pasó los últimos cinco años de su triste emigración, disfrutando la hospitalidad generosa del cónsul inglés, sin cuyos auxilios hubiera muerto de hambre. La primera amnistía de María Cristina le abrió las puertas de la patria á donde llegó el 12 de febrero de 1833, siendo destinado á la plaza de Mahón en situación de cuartel y con solos doce mil reales de sueldo.

La muerte de Fernando VII á que siguió la restauración del régimen constitucional, reintegró á Villacampa en los destinos correspondientes á su alta jerarquía; en 1835 fué nombrado capitán general de las Islas Baleares y lo fué hasta febrero de 1839; en 1843 desempeñó el mismo cargo en Valencia aunque por breve tiempo, pues elegido senador por la provincia de Huesca concurrió á las legislaturas de 1843 y 1844, quedando de cuartel en Zaragoza y siendo nombrado senador vitalicio por Real decreto de 15 de agosto de 1845. Desde entonces hasta su muerte fué su persona reverenciada, disfrutando en vida de la gloria y prestigio que rodeaba su nombre. Era caballero Gran Cruz de San Fernando desde 1815 y de San Hermenegildo desde 1835: al fallecimiento de D. José de Palafox, le sucedió en la dirección del Cuerpo y cuartel de Inválidos por Real decreto de 7 de marzo de 1847 y siendo el primero y más antiguo de los Tenientes generales españoles obtuvo al fin de la Reina Isabel el último y supremo galardón de los grandes guerreros, ascendiendo á la dignidad de Capitán General de ejército por Real decreto de 19 de Noviembre de 1852. España entera aplaudió un ascenso tan justo y bien merecido, que tuvo el mérito de proceder de la exclusiva inspiración de S. M.

Allí en el solitario ex-convento de Atocha, cuidando del bienestar de los infelices inválidos de la guerra á quienes, á falta de hijos propios, miraba como tales, pasó los últimos años de su venerable ancianidad el heróico defensor de las brechas de Santa Mónica. Querido de todos los españoles que veían en su ilustre personalidad una de las más puras glorias de la patria; conservando hasta sus postrimerías aquel vigor del soldado aguerrido y del cazador incansable que imposibilitado de emprender largas excursiones todavía se ejercitaba en su diversión favorita por los extensos olivares del convento, llegó al término de su vida con la entereza y religiosidad características del temple de su alma, falleciendo el 27 de Diciembre de 1854, á los setenta y

ocho años de su edad. La veneranda y Real Basílica madrileña guarda sus cenizas con las de sus insignes contemporáneos los duques de Bailén y Zaragoza.

D. Domingo de la Ripa †

De ilustre renombre en la cultura aragonesa es la familia de la Ripa, originaria del Valle de Hecho, cuyo apellido honraron el poeta *Pedro de la Ripa*, traductor de los *Epígramas de Marcial*, el cronista D. Fray Domingo de la Ripa que en el siglo XVIII publicó *La Corona Real del Pirineo*, y los célebres jurisconsultos *D. Francisco Javier de la Ripa y Aznárez*, Oidor de la Real Audiencia de Aragón, y *D. Juan Francisco de la Ripa y Marraco*, abogado famoso y autor del *Tratado de los cuatro procesos forales.*

Sobrino carnal del último fué el veterano defensor de Zaragoza *D. Domingo de la Ripa*, aquel valeroso teniente coronel del Regimiento de Extremadura que, venciendo dificultades y peligros de todo género, trajo desde Cataluña su bravo batallón ante cuya bandera prestaron los tercios aragoneses el célebre juramento de la Puerta del Carmen (26 de Junio) ofreciendo á la Patria el sacrificio de sus vidas.

Nutrido el batallón con los reclutas necesarios para completar su fuerza, fué durante las dos defensas de Zaragoza modelo perfecto de disciplina y valor; otros cuerpos emularon sus méritos, pero ninguno consiguió excederle. Al mando de sus prestigiosos jefes La Ripa y Ramírez guardó heróicamente la Puerta del Carmen el 2 de julio, rechazando los fieros y repetidos asaltos del sitiador á expensas de muchas bajas de sangre, y entre ellas la de La Ripa herido gravemente de un balazo que, si le valió el ascenso á coronel, le retuvo en larga curación impidiéndole compartir con sus bravos soldados las glorias del 4 de agosto y días siguientes en los que con tanto tesón guardaron el Hospital de Convalecientes y el convento de San Ildefonso.

Reservábale más frondosos laureles el 2.º Sitio, y con decir que fué el comandante ó gobernador del *Reducto del Pilar*, el puesto más peligroso y uno de los más heróicamente defendidos entre cuantos celebra la epopeya zaragozana, queda dicho todo. Allí vió perecer la flor del ejército, rota y destrozada la artillería y arrasados los parapetos sin dejar un momento aquel solar sagrado, hasta que obedeciendo repetidas y terminantes órdenes de Palafox, tuvo que retirarse al recinto el día 15 de enero, galardonado con el ascenso á brigadier que tanto y también había merecido.

Salió ileso del famoso reducto y aún tuvo algunos días el mando de la Puerta del Carmen, constante puesto de honor del Regimiento de Extremadura; pero desde entonces se pierde su memoria y solo sabemos que falleció en casa de su ilustre tía D.ª Clara Andreu y Heredia, viuda de D. Francisco de La Ripa, días antes ó días después de la capitulación, ignorándose la fecha fija y hasta si su muerte fué consecuencia de heridas ú ocasionada por la epidemia reinante.

Toda nuestra diligencia empeñada en reconstruir la biografía del bravo brigadier alto-aragonés, resultó punto menos que baldía, y habremos de resignarnos á enaltecer su memoria con este ligero bosquejo. Solo pudimos averiguar que era varón entrado en años, veterano de las campañas de Rosellón y Cataluña, que murió soltero, y que había comenzado sus servicios militares en el famoso batallón de Guardias Walonas. En la solariega casa de los señores Pérez Petinto, de Mallén, deudos del héroe, consérvase su retrato con el uniforme y divisas de subteniente de aquel Real cuerpo, y aunque la pintura es de bien escaso mérito, resulta interesante como trasunto juvenil de una de las más útiles y generosas personalidades que dieron su vida por la patria en la defensa de Zaragoza.

D. Francisco Marco del Pont

A juzgar por la eufonía del apellido, debió ser catalán ó valenciano; pero nos faltan antecedentes de su patria y familia, por cuya razón tiene que resultar incompleta esta semblanza.

Era ya *D. Francisco Marcó del Pont* persona de edad madura, y teniente coronel del batallón ligero *voluntarios de Tarragona*, de guarnición en Pamplona, cuando invadida España por los franceses y descubiertas las condiciosas miras de Napoleón, acudió al llamamiento patriótico de Palafox, fugándose de Navarra al frente de un centenar de sus valientes voluntarios que entraron en Zaragoza á los comienzos de junio de 1808.

Llegó á esta ciudad precedido de la fama de buen soldado, oficial ordenancista y jefe organizador; y con tales antecedentes fué, desde los primeros días de su estancia, uno de los consejeros áulicos del caudillo aragonés y miembro de la *Junta Militar de defensa*, en la que desempeñó el difícil cargo de Fiscal, bien adecuado á la rectitud y justificación de su carácter.

Sus méritos y servicios de guerra en las dos defensas fueron notorios, y á veces de importancia decisiva. Tal ocurrió en la famosa jor-

nada de *15 de junio* de 1808, vulgarmente llamada *batalla de las Eras*, cuando Lefebvre atacó fusiosamente las puertas y tapias de la ciudad desde el Portillo á Santa Engracia. Marcó guarnecía con sus catalanes el arrabal de Altabás, que no fué atacado, y donde por tanto permanecía inactivo, cuando llegaban á su oído los estruendos de la furiosa batalla desarrollada en la línea combatida. En esta situación tuvo noticia de que la puerta de Santa Engracia corría gran peligro porque los sitiadores manifestaban deliberada intención de ocuparla habiendo sido rechazados en tres asaltos, y Marcó ya no duda: al frente de sus catalanes corre al sitio del peligro; llega en el momento en que, muertos más que vencidos los defensores, lograban los franceses coronar la posición y los ataca con tal denuedo, que les obliga á retirarse con grandes pérdidas.

No menos eficaz y decisiva fué la llegada de Marcó del Pont á la puerta del Portillo el 2 de julio de 1808. En el ataque general de aquella fecha, preparado con 48 horas de furioso cañoneo, la batería del Portillo arrasada, desmontadas casi todas sus piezas y muertos ó heridos casi todos los artilleros; no podían rechazar el asalto de la columna enemiga que avanza con la seguridad del triunfo. Detenida un momento por el famoso cañonazo de Agustina Zaragoza, pronto, muy pronto se repone del pasajero pánico para volver al ataque. Pero ese brevísimo tiempo fué bastante para la llegada de Marcó del Pont, al frente de sus valerosas fuerzas, que atacando con decisión heroica al enemigo, le puso en vergonzosa retirada con tal escarmiento, que la gloriosa puerta del Portillo ya no volvió á ser embestida por los franceses ni en el resto del primer Sitio ni en todo el segundo.

Palafox, que al frente de su cuartel general había acudido presuroso al Portillo, con escogidas tropas para rechazar á los invasores, encontró resuelto el conflicto por Marcó del Pont, á quien felicitó con entusiasmo ascendiéndole á coronel sobre el campo de batalla.

Levantado el primer sitio, en el memorable 14 de Agosto de 1808, no era dudoso que el César francés, nunca hasta entonces vencido, había de volver á España, ávido de vengar las derrotas de Bailén, Zaragoza, el Bruch y Valencia: y Palafox que no dormía sobre sus laureles, se preparó al segundo sitio creando un ejército siquiera bisoño para la defensa de Aragón.

Entre los regimientos nuevamente formados fué uno el de *Granaderos Reales de Fernando VII*, vulgo de Palafox, cuya organización, por decreto de 13 de Septiembre encomendó al coronel Marcó del Pont, quien al frente del nuevo cuerpo peleó con denuedo en los más peligrosos hechos de armas del segundo sitio, y principalmente en la

famosa salida del general Butrón contra las posiciones de la Bernardona, en que conquistó los entorchados de brigadier.

Evitó el cauteverio que le amenazaba fugándose á raíz de la capitulación para proseguir en constante lucha con los invasores, siendo los méritos que contrajo en la 2.ª defensa de Zaragoza tan estimados por la *Junta Central*, que decretó su ascenso mariscal de campo con antigüedad de 9 de Marzo de 1809, y le encomendó el cargo de Comandante General de Aragón que desempeñaba en 1810 y 1811 con su acostumbrada pericia y actividad.

Fué D. Francisco Marcó del Pont muy estimado de Fernando VII que para dar notoria prueba de lo mucho que apreciaba los méritos, servicios y acrisolada lealtad del anciano guerrero le nombró en 1815 capitán general, y presidente de la Real Audiencia de Chile, una de nuestras provincias ultramarinas que luchaba por conseguir su independencia bajo la forma republicana.

En este comprometido mando, según escribe D. Mariano Torrente en su *Historia de la Revolución Hispano Americana* (publicada en Madrid, imprenta de Moreno, 1830) se manifestó gobernador riguroso, pero justo, probo, accesible á las quejas de sus administrados á quienes oía en audiencia pública un día á la semana, y en alto grado leal al Rey y á la Patria. No consiguió pacificar aquella provincia sublevada y, en 1817, tuvo la desgracia de caer prisionero del caudillo insurgente San Martín que, sin respeto á sus méritos, desdichas, elevada jerarquía y canas venerables, le encerró en un calabozo, le puso grillos como á un criminal vulgar, y al confinarle á la Punta de San Luis, le hizo atravesar las calles de la capital entre los insultos de una plebe soez, siquiera menos indigna que el jefe consentidor de tales atropellos.

Cuando en 1819 coronaron los chilenos sus actos de salvajismo con las pocas veces vista barbarie de asesinar á los indefensos prisioneros españoles confinados en la Punta de San Luis respetaron la vida del anciano general y le trasladaron al pueblo de Luján, donde sobrellevando su cautiverio con incontrastable dignidad y fortaleza, murió de *tristeza* en dicho año.

Tal fué el desdichado fin del general *D. Francisco Marcó del Pont*, aquel denonado jefe de voluntarios de Tarragona, cuya memoria debe de saludar Zaragoza con respeto y gratitud.

D. Pedro Hernandez †

Era persona de edad provecta y teniente coronel de infantería, retirado, con residencia en Zaragoza, al estallar (en 24 de mayo de 1808) el glorioso alzamiento contra Napoleón, al que se adhirió con entusiasmo. Creemos que era aragonés, aunque sin poder afirmarlo, pero sí podemos decir que había casado en Zaragoza.

Por consecuencia del decreto dictado por Palafox en 29 de mayo para el alistamiento y creación de cinco batallones, que se llamaron tercios, organizó rápidamente la segunda de dichas bisoñas unidades á cuyo frente acompañó al Marqués de Lazán en su expedición á Tudela y retirada á Zaragoza, concurriendo á los desdichados combates de Mallén y Gallur.

Ya formalizado el primer Sitio le confirió Palafox uno de los cargos más comprometidos y difíciles de la defensa, el de comandante del puesto y batería de la *Puerta del Carmen*, que desempeñó con gran esfuerzo, pericia y vigilancia, rechazando el formidable ataque del 2 de Julio, el del 16 del mismo mes, y el que en la noche del 17 intentó por sorpresa el enemigo saliendo sigilosamente del convento de capuchinos (ahora cuartel de Hernán Cortés) de que se había apoderado.

El cuatro de agosto, después de haber repelido valerosamente varios ataques exteriores, tuvo que ordenar la retirada de sus fuerzas y artillería al hospital de convalecientes y conventos de la Encarnación y San Ildefonso, obligado porque los franceses que asaltaron por Santa Engracia y Torre del Pino (ahora convento de Reparadoras) se corrían al convento y colegio de los PP. Carmelitas (ahora cuartel de artillería y escuela de Veterinaria) amenazando dejar cortada la guarnición de Puerta del Carmen.

En su retirada á San Ildefonso, cayó prisionero del enemigo que le retuvo en el depósito de Torrero hasta el 13 de agosto en que Lefèbvre le devolvió á la plaza. Palafox premió los notorios méritos de D. Pedro Hernández, ascendiéndole á coronel.

En los diarios y relaciones del segundo Sitio no encontramos más noticias concretas de Hernández, que la de haber sido comandante del puesto de Torrero hasta el 21 de diciembre de 1808, en que lo tomaron los franceses: pero otros buenos servicios debió prestar puesto que Palafox le ascendió á brigadier. Después de esto, solo sabemos que atacado por la epidemia, sucumbió á sus rigores el 4 de abril de 1809, según consta de la siguiente partida de óbito, que hemos copiado literalmente de los libros parroquiales del Pilar:

«*En 4 de abril de 1809 murió D. Pedro Hernández, marido de doña*

Melchora Balaguer, Brigadier de los Reales Ejércitos. Recibió los Sacramentos, no testó y se enterró en Santo Domingo».

D. Benito Piedrafita

Hombre de edad madura y oficial antiguo retirado con el grado de teniente coronel, residía en Zaragoza y tuvo parte muy activa en el glorioso alzamiento del 24 de mayo.

Era aragonés de pura raza y aún creemos que zaragozano, porque la familia de los Piedrafitas, tan antigua en las montañas de Jaca, tenía en Zaragoza una ilustre rama, habitante en la parroquia de San Andrés, en cuya iglesia fundó en el siglo XVII la capilla de los Reyes.

El valor de Piedrafita y sus hazañas en las dos defensas conquistáronle la popularidad de los héroes legendarios; pero impetuoso en demasía, tan apto para el combate como amigo de la acción independiente y libérrima, sólo tuvo á sus órdenes tropeles colecticios de extranjeros, paisanos y soldados sueltos. Palafox, á pesar de lo bien que le quería, nunca se decidió á entregarle unidades regladas, si bien le nombró vocal de la *Junta militar*.

Al frente de su arriscada hueste llevó la extrema vanguardia en el choque de Alagón (13 de junio), donde mereció á D. Ignacio López el calificativo de *jefe imprudente* por su apresuramiento en atacar al enemigo sin esperar órdenes. El 4 de agosto, con 40 voluntarios de Sas y algunos paisanos, desalojó á los franceses de la casa del Conde de Fuentes matando á más de 50 y persiguiendo á los restantes que huían por los tejados del Coso, hasta que en esa singular y casi aérea cacería consiguió acorralarlos en el convento de San Francisco. Y lo mismo en el 2.° Sitio que en el 1.° concurrió con su habitual ardimiento á multitud de combates distinguiéndose notablemente el 10 de febrero de 1809 en la gloriosa defensa de los claustros del convento de San Francisco, volado y asaltado por el enemigo, en cuyo hecho de armas resultó gravemente herido y ganó á fuerza de puños la efectividad de coronel de cuyo empleo no pasó.

Si, como es de suponer, fué conducido á Francia en concepto de prisionero de guerra, no tiene duda que la paz de 1814 le devolvió sano y salvo á Zaragoza donde residía en 1816 desempeñando el cargo de vocal del Consejo de guerra de oficiales generales en la Capitanía general de Aragón, según consta en la *Guía Borau de Latrás*, donde hasta encontramos las señas de la habitación del veterano coronel. Vivía en el *Café de la Carmen*, calle del Coso, cantón á la de San Gil, Debió morir antes de 1820.

D. Pablo Casamayor

Este heroico defensor de Zaragoza, cuyas hazañas son tan celebradas (y muy principalmente la que al frente de paisanos y soldados llevó á cabo en la plaza de la Magdalena el día *4 de agosto de 1808*, derrotando y poniendo en fuga á la columna francesa dispuesta á ocupar aquel extremo del Coso), nació en la ciudad de Barbastro el 2 de marzo de 1777, hijo de los cónyuges D. José Casamayor y D.ª Josefa Pérez Cardiel.

A fines del año 1807 terminaba en Madrid en la escuela de Bethencourt la carrera facultativa de *comisario de caminos y canales* y obtenía la patente de aquel honroso cargo, cuando bien pronto los sucesos del eterno *Dos de Mayo*, exaltando su patriotismo, le movieron á tomar las armas, incorporándose al batallón 1.º Voluntarios de Aragón, que con su teniente coronel D. José de Torres á la cabeza se fugó de la Corte, viniendo rápidamente á Zaragoza. Palafox, informado del ardimiento y felices disposiciones del joven comisario, le dió patente de capitán en 1.º de junio, encargándole la organización y mando de la compañía de *tiradores extranjeros* que llevó su nombre, distinguiéndose tanto en ambas gloriosas defensas, que al rendirse la ciudad era ya coronel aquel bizarro mozo que pocos meses antes se presentaba en Zaragoza como soldado voluntario.

Combatió gallardamente en la jornada del Arrabal (21 de diciembre de 1808) al frente del *batallón de suizos* que Palafox le encomendó por haber resultado heridos sus dos jefes Fleuri y Walquer: pero su última y más celebrada hazaña fué la que realizó el 16 de febrero de 1809, defendiendo con indomable tesón el Coso bajo, donde cayó herido y prisionero. Conducido á Francia logró fugarse en Irún el 9 de marzo, y con esta misma fecha fué promovido á brigadier por la Junta Central.

Atravesando Navarra y el Alto Aragón con grandes trabajos y peligros, consiguió incorporarse al ejército del general Blake, donde fué muy bien recibido por el Marqués de Lazán que, justo apreciador de sus méritos, le confirió en el acto el mando del batallón *cazadores de Doyle*, á cuyo frente concurrió valerosamente á las desastrosas jornadas de María y Belchite, á la retirada sobre Tortosa y á la defensa de esta plaza, donde cayó prisionero de guerra el 2 de enero de 1811. Conducido á Francia no pudo regresar á la Patria hasta el año 1814.

Después de estos grandes sucesos se oscurece nuestro héroe, por su ropia voluntad. En 1823 era brigadier teniente coronel mayor del

Regimiento infantería del Príncipe: indefinido luego y purificado en 1826, residió casi constantemente en Valencia, donde fué muy estimado, y donde á la edad de ochenta y tres años, siendo el más antiguo de los brigadieres del ejército, falleció el 2 de octubre de 1860. Era caballero, placa de San Hermenegildo y obtuvo la cruz de San Fernando por sus méritos en la guerra de la Independencia.

D. Jose de Torres

Aunque sólo sea en sencillo apunte, por no permitir otra cosa la escasez de datos, justo es que el nombre de este bravo militar figure en nuestra galería, por haber sido uno de los primeros que, como Sangenís, Marcó del Pont, La Ripa, y otros, acudieron por su propia iniciativa en auxilio de Zaragoza, acaudillando fuerzas veteranas que tan eficaz concurso prestaron á la primera defensa.

Era militar antiguo y aragonés de nacimiento, aunque no sabemos de qué pueblo. El *2 de mayo* de 1808, hallábase de guarnición en Madrid mandando el *primer batallón ligero de voluntarios de Aragón*, del que era teniente coronel primer jefe; y ardiendo en patriótica ira ante la feroz dictadura de Murat, resolvió fugarse de la Corte, como lo hizo, acompañado de su segundo el sargento mayor D. Pedro Gasca, algunos oficiales y 300 soldados de su Cuerpo. Con ellos llegó á marchas forzadas á Calatayud donde se incorporó á la columna que á la sazón organizaba el coronel Barón de Warssage, y allí permaneció hasta que, reclamado por Palafox, entró el batallón en Zaragoza el 13 de junio á tiempo de asistir al choque de Alagón, á la defensa de Casa-Blanca, al combate de Epila, á la batalla de Tudela y á los més hazañosos episodios de los dos Sitios, distinguiéndose muy especialmente en la gloriosa resistencia del convento de San José y en la guerra de casas.

Los méritos de Torres habían sido relevantes, y Palafox supo galardonarlos ascendiéndole á coronel.

Después de la capitulación consiguió eludir la triste suerte de prisionero, fugándose cuando lo conducían á Francia, y unido á las fuerzas de Gayán y Villacampa hizo constante guerra á los franceses. En 1811 servía en el ejército de Cataluña mandando como coronel el batallón ligero Voluntarios de Valencia, y en 1813 fué promovido á brigadier, de cuyo grado no pasó.

Terminada felizmente la guerra quedó agregado al ejército de Aragón, y en 1816 pertenecía al Estado Mayor de la plaza de Zaragoza,

donde desempeñaba el cargo de teniente de rey; aun vivía en 1821 y debió morir antes de 1830, puesto que no figura su nombre en la Guía Oficial de dicho año.

D. Luis de Garro †

Carecemos de las noticias necesarias para bosquejar la biografía de este valeroso defensor de Zaragoza, y habremos, por tanto, de limitarnos á la conmemoración de sus hazañas consignadas en los diarios.

En edad juvenil era ya coronel capitán de una compañía de guardias walonas, cuerpo distinguido, en cuya oficialidad sólo podían ingresar personas de influyente y noble clase; circunstancia que autoriza la sospecha de que nuestro *D. Luis* perteneciera á los Garros de la ilustre familia de los vizcondes de Zolina, una de las doce casas de la antigua rico-hombría de Navarra, pues consta positivamente que no era de los Garros de Zaragoza.

¿Cuándo llegó á esta ciudad? No podemos afirmarlo; mas como quiera que su nombre no aparece en los hechos de armas del mes de junio y figura por primera vez con lucimiento en los rudos combates de la Torre del Arzobispo el 14 y 16 de julio, debe suponerse que entró el 2 de dicho mes con los refuerzos acopiados é introducidos por el general Palafox.

Y después le vemos el 23 de julio peleando con su habitual denuedo en la defensa del convento de Trinitarios, y en la Puerta del Carmen el 4 de Agosto, y guarneciendo la línea defensiva del convento de la Encarnación al de San Ildefonso hasta el fin del 1.er Sitio, en cuyo puesto rechazó repetidos ataques del enemigo, y finalmente en la salida del último de aquellos conventos que por la calle de la Biblioteca efectuó el 7 de Agosto al frente de su brava compañía, logrando aventar las partidas francesas que infestaban el barrio del Azoque desde la plaza del Carmen (hoy del Pueblo) hasta Santa Fé (ahora plaza de Salamero). Palafox premió estos servicios concediéndole el escudo de distinción.

En las relaciones del 2.º Sitio no hallamos particularizados sus méritos: sólo sabemos que pereció en la guerra de casas, sin que conste lugar ni fecha.

El Baron de la Linde

Llamábase *D. Luis Amat y Terán*, zaragozano, primogénito de los ilustres cónyuges D. Ramón Amat de Mauleon y Osorio y doña Eulalia de Terán y Sánchez del Castellar, baronesa de la Linde, señores de la antigua y gran casa de la plaza de Sas.

Era oficial antiguo, puesto que antes del año 1808 mandaba ya como coronel primer jefe el *2.º batallón ligero voluntarios de Aragón* con destino en Mallorca.

Entusiasmada la oficialidad de tan brillante cuerpo al recibir la noticia del alzamiento de Zaragoza, manifestó sus fervientes deseos de venir á defender la Patria; y respondiendo gustoso el coronel á tan levantadas instancias, escribió á Palafox rogándole que reclamase el batallón. Hízolo el general y se corrieron rápidamente las órdenes, tanto que el 17 de julio desembarcaba el batallón en Tortosa, llegaba á Osera el 4 de agosto y el 8 del mismo mes hacía su entrada casi triunfal en Zaragoza acompañando al capitán general, ahuyentando á los bloqueadores enemigos y escoltando aquel famoso convoy de víveres y municiones que trajo la abundancia al vecindario y la seguridad á la guarnición.

El refuerzo era importantísimo: un batallón de 1.200 plazas que inmediatamente entra en fuego vigorizando la línea de defensores que bloqueaban los puestos de San Francisco y el Hospital, no fué poca parte para obligar á Lefebvre al levantamiento del Sitio. El comportamiento del Barón era digno de premio, y Palafox se lo otorgó ascendiéndole á brigadier por decreto de 28 de agosto.

Y vino luego el 2.º Sitio con toda su larga serie de sangrientos cuanto gloriosos episodios en que el batallón ligero cumple dignamente sus deberes militares sacrificando la mitad de su fuerza, pero honrando su bandera en la salida contra los atrincheramientos de la Bernardona, y en las defensas del Molino del Aceite, Santa Mónica, San Agustín, Reducto del Pilar, Santa Engracia y calle del Coso. Fraccionado por compañías concurrió á los puestos de mayor peligro.

D. Luis Amat siguió la triste odisea de casi todos los defensores de Zaragoza; fué prisionero de guerra, permaneció cinco años en los depósitos franceses y no regresó á España hasta el año 1814. Siguió siendo brigadier hasta el año 1829 en que, con motivo de las cuartas bodas de Fernando VII, fué ascendido á mariscal de campo en justo premio de su antigüedad y notorios méritos. Al fallecimiento del general, sin dejar sucesión directa, heredó la baronía de la Linde la ilustre

señora D.ª Juana Amat y Terán, hermana del finado y esposa de don Antonio Sánchez Muñoz, barón de Escriche.

Había nacido en septiembre de 1762 y murió en Andújar el 4 de abril de 1837 á la edad de 75 años.

Los hermanos Gasca †

Llamábanse *D. Gervasio* y *D. Pedro:* eran naturales de Embid de la Ribera é hijos de los cónyuges D. Juan Gasca y Pérez y doña María Ormigón y Cuenca, ambos de familias infanzonas, de antigua cepa aragonesa y regularmente acomodadas.

D. Gervasio nació á 19 de junio de 1760 y desde muy joven sirvió en el Real Cuerpo de Guardias de Corps. Era uno de los mejores mozos que había en la Corte y también de los más estimados en Palacio por sus prendas de carácter, educación y cultura, así que Godoy le miraba con algún recelo y procuró su alejamiento. En 1806 era coronel del Regimiento caballería de Farnesio y gentil hombre de S. M. En 1807 fué nombrado gobernador militar de Daroca, cuyo cargo seguía desempeñando en mayo de 1808 al comenzar la guerra de la Independencia.

Desde estos momentos dedicó todo su celo, entusiasmo patriótico y práctica militar á la organización de aquel valeroso tercio de Daroca con que reforzó la columna de Calatayud al mando del Barón de Warssage, que tan útil fué para conservar libres de enemigos los ricos valles de Jalón y Jiloca, rechazando victoriosamente cuantas agresiones intentaron, y para cortar las comunicaciones entre los sitiadores de Zaragoza y el gobierno afrancesado de Madrid hasta los principios del *Segundo Sitio.*

Comenzado éste, combatió Gasca valerosamente en muchas ocasiones, distinguiéndose en la batalla del Arrabal y reconocimientos de los dos días siguientes sobre el alto de los Molinos y el vado de Gállego, alcanzando por su honroso comportamiento el ascenso á brigadier con antigüedad de 9 de marzo de 1809. Logró fugarse después de la capitulación, presentándose en el ejército de Cataluña, donde fué comandante general de la caballería, y allí llevó á cabo una brillante operación militar de que dió cuenta el *Diario de Palma de Mallorca* del jueves 3 de octubre de 1811, en los siguientes términos:

«El general en jefe del ejército de Cataluña D. Luis de Lacy, des»pués de oir á la Junta de Generales y á la Superior del Principado, »en vista de que en su distrito, por falta de mantenimientos, no podía

»subsistir la división de caballería cuyos servicios serían muy útiles »en el 2.º Ejército que al mando de Blake ocupaba la región valencia»na, ordenó que la división, al mando del brigadier Gasca, empren»diese la difícil marcha necesaria para salvarla y conducirla á su »nuevo destino. Hízolo Gasca felizmente emprendiendo tan arriesga»da operación el 25 de Julio desde la ribera del alto Segre hasta llegar »á Liria donde se incorporó á las tropas de Blake el 5 de Septiembre. »En ese trayecto de 186 leguas por provincias ocupadas por los fran»ceses, recorrió el Alto Aragón, el territorio de Cinco Villas, Navarra, »Soria, la Alcarria, la serranía de Cuenca y gran parte del Reino de »Valencia. Atravesó vadeando, el río Segre, los dos Nogueras, Esere, »Cinca, Gállego, Arba de Suesia (donde tuvo encuentro con los ene»migos), Ebro por Puente de la Barca, Tajo por Ocentejo, Guadiana »por cerca de Alcántara, Júcar y Cabriel. Casi todas las jornadas se »hacían de noche con grandes precauciones, y de noche vadeó ríos »caudalosos, conduciendo la división con singular habilidad, mante»niendo en ella una disciplina extraordinaria y llegando al término »de tan brillante operación sin más pérdida que 200 caballos extra»viados ó ahogados. El benemérito D. Joaquín Blake, general en jefe »del 2.º Ejército, después de revistar la fuerza expedicionaria con tan»to gusto como asombro, dió la orden del día 12 de Septiembre de »1811, sumamente honorífica para la división y su ilustre jefe, por el »valor, acierto y disciplina desplegados en una marcha tan larga, di»fícil y arriesgada.»

Escasas noticias hemos podido recoger de las vicisitudes del brigadier Gasca después de su famosa marcha. En 1815 y algunos años más, estuvo empleado en el distrito militar de Aragón á las órdenes del Marqués de Lazán, su capitán general. En 1820 se le confirió el mando del regimiento de caballería de Villaviciosa. En 1830, á pesar de no ser más que brigadier con letras de servicio, de cuyo grado no pasó, obtuvo el cargo de segundo cabo de este distrito militar que siguió desempeñando hasta su fallecimiento acaecido en 1834. Fué sepultado en uno de los nichos primitivos del cementerio de Torrero.

Don *Pedro Gasca* era algunos años más joven que su hermano don Gervasio y perteneció al arma de infantería. Comenzó su carrera militar de cadete en el primer batallón ligero *Voluntarios de Aragón* en cuyo cuerpo sirvió constantemente; ascendiendo á subteniente en mayo de 1794, obtuvo el grado de teniente en febrero de 1796, la efectividad en diciembre de 1798, y en 1806 ya era capitán de dicho cuerpo que, en 1808, estaba de guarnición en Madrid al sobrevenir los sucesos del memorable *Dos de Mayo*.

Exaltado el patriotismo de oficiales y soldados al saber que los Zaragozanos se alzaban en armas contra los franceses, desertó de la corte el batallón ligero al mando de su primer jefe el teniente coronel don José de Torres y de nuestro D. Pedro Gasca su segundo comandante accidental, llegando á Calatayud con 300 soldados que fueron muy bien recibidos por el Barón de Warssage. Siguieron á Zaragoza llegando á tiempo de asistir al choque de Alagón y á los combates del 15 de junio: acompañaron al General Palafox en su retirada á Belchite, en la acción de Epila (23 de junio) y en su regreso á la capital el 2 de julio, contribuyendo á rechazar el furioso ataque de Verdier, á los combates de todo el resto del primer Sitio, y muy singularmente á la gloriosa jornada del *Cuatro de Agosto*.

Ascendido por Palafox á teniente coronel en premio de su bizarro comportamiento, obtuvo Gasca el mando de su valiente batallón que, después de distinguirse en la batalla de Tudela, fué destinado á guarnecer el convento de San José, puesto avanzado de la línea del Huerva, que los sitiadores atacaron con empeño y resolución solo comparables á la tenaz resistencia de los defensores.

Los franceses demolieron el convento con el incesante cañoneo de los días 9, 10 y 11 de enero y sólo cadáveres y escombros quedadan en el histórico edificio cuando en la noche de la última de aquellas fechas, el ínclito Renovales, gobernador del destruído fuerte, se veía obligado á abandonar sus ruinas y retirarse al recinto de la ciudad, salvando la artillería y las escasas reliquias de la guarnición que había tenido la honra de mandar. Los pocos soldados sobrevivientes del primero de Voluntarios de Aragón conducían silenciosos la camilla en que iba el cuerpo casi exánime de su ilustre comandante D. Pedro Gasca, herido mortalmente por un casco de granada en la noche del 10 de enero. El bizarro jefe, cuyas postrimerías quiso consolar Palafox ascendiendole á coronel, aún tardó ocho días en sucumbir; su robusta naturaleza resistía; pero era grande el daño é incurable la herida, y falleció al fin el 19 de enero, siendo sepultado en la iglesia parroquial de San Felipe, donde yace en olvidada sepultura, según consta por su partida de óbito de que tenemos copia.

La familia Gasca se distinguió mucho por su patriótica decisión en la guerra de la Independencia. Sobrinos dignísimos de los dos héroes biografiados fueron *Mosen Cosme Gasca*, oficial intrépido en la incansable división del general Villacampa, y *D. Baltasar Gasca*, también valeroso oficial en la defensa de Zaragoza.

D. Felipe Perena

Estuvo casi siempre fuera de la plaza tanto en el 1.º como en el 2.º Sitio; pero fueron tan útiles los servicios que prestó en ambos, maniobrando con una pequeña columna por los pueblos de la ribera del Gállego, que bien merece ser contado en el número de los ilustres defensores de Zaragoza y de que la ciudad le haya recordado con gratitud imponiendo su nombre á una calle, siquiera esta sea tan insignificante y ruin como la llamada anteriormente subida de la Albardería.

Era D. Felipe Perena un caballero distinguido, propietario bien acomodado en la campiña de Huesca y doctor en leyes por la Universidad Sertoriana; pero su carácter belicoso inclinábale más bien al recreo de la caza y á los ejercicios marciales que á las sedentarias tareas de la abogacía; así que, al estallar nuestra lucha contra la república francesa en 1794, levantó á su costa una numerosa y valiente partida con la que defendió y guardó los pasos del Pirineo central que nunca pudieron franquear los franceses, mereciendo en premio de su patriótica conducta el empleo de teniente coronel de Infantería que le concedió Carlos IV en 1795. Tal fué el honroso principio de su carrera militar.

Alzado Aragón en armas contra la perfidia napoleónica, fué nuestro héroe autorizado por Palafox, en 6 de junio de 1808, para reclutar é instruir fuerzas destinadas á la defensa de Zaragoza; y lo hizo tan pronto y tan bien que organizó aquellos dos valerosos batallones de *Voluntarios de Huesca*, el segundo de los cuales siempre mandó en persona, siendo el primero destinado á guarnecer la capital, donde á las órdenes del gran Villacampa se sacrificó gloriosamente defendiendo las brechas de Santa Mónica.

Ascendido á coronel por Palafox y operando en la izquierda del Ebro, prestó grandes servicios á la ciudad sitiada, manteniendo su comunicación con los pueblos próximos, de que recibía continuos recursos; y acudiendo en su auxilio el 5 de agosto, derrotó en Zuera las avanzadas y descubiertas francesas, ocupando el 8 del mismo mes los altos de Juslibol, con cuya operación consiguió ahuyentar á los enemigos que molestaban las cercanías del burgo de Altabás.

Terminado el primer Sitio, tuvo á su cargo la vanguardia de la división Lazán en la expedición que hizo á Navarra persiguiendo al enemigo, con quien sostuvo la acción de Olaz (24 de octubre) alcanzando por todos estos méritos el ascenso á brigadier.

Amenazada Zaragoza de un segundo asedio y conociendo Palafox

cuán útil había sido la cooperación de la columna de Perena en el primero, ordenó su refuerzo enviando á Jaca (donde á la sazón se hallaba el brigadier) un contingente de 1.500 hombres cuya mayor parte pertenecía al batallón tiradores de Doyle. En aquella plaza añadió dos piezas de campaña á su columna y con estos elementos se preparó á operar nuevamente en el valle del Gállego.

Ya iba adelantado el segundo Sitio cuando Perena decidió acercarse á la ciudad, llamando hacia sí las fuerzas bloqueadoras del Arrabal con ánimo de distraerlas y facilitar las salidas de la guarnición, á cuyo efecto se situó en Zuera; pero Mortier, que estaba sobre aviso, destacó una división que derrotó á nuestro héroe en aquella villa y acabó de desbaratarle en el Santuario de Leciñena, haciéndole muchos prisioneros y quitándole su artillería el 24 de enero de 1809.

La toma de Zaragoza decidió la retirada del brigadier Perena hasta la Litera y valle del Cinca, donde uniendo sus fuerzas á las del coronel Baget quedó formada una gruesa partida con que ambos jefes emprendieron activa campaña de guerrillas sosteniendo acciones ventajosas, recobrando á Monzón en mayo de 1809 y copando una gruesa columna francesa que había salido de Barbastro en socorro de aquella plaza. Pocos días después presentábase á tomar el mando de la partida el general D. Mariano Renovales, que la condujo á Navarra, donde el 15 de junio sostuvo acción importante con el enemigo cerca de Lumbier; pero perseguidos por fuerzas muy superiores tuvieron los tres jefes que retroceder al Cinca en cuyo terreno quedó solo nuestro biografiado al frente de su antigua y brava columna, con la que llevó á cabo el hecho celebradísimo de una atrevida entrada en Francia, regresando por el valle de Arán con gran número de cabezas de ganado. Perseguido por fuerzas muy superiores, tuvo que abandonar las riberas del Cinca y refugiarse en las asperezas de Ribagorza.

Presintiendo con intuición clarísima que Lérida no había de resistir el Sitio con que le amenazaba Suchet, hubo de negarse abiertamente á encerrar su maniobrera partida en dicha plaza, por cuya inobediencia tuvo que presentarse en ella en calidad de arrestado y sometido á formación de causa. Tal era su situación el 14 de mayo de 1810, fecha funesta en que el general gobernador García Conde rindió á Suchet la importante ciudad del Segre con harto poco lucimiento. Prisionero por consecuencia de la capitulación fué conducido á Francia pasando por Zaragoza, donde su desgracia produjo duelo general, é internado en la nación vecina no pudo salir de ella y regresar á la patria hasta el año 1814.

Debe advertirse que mucho antes era ya mariscal de campo, á cuyo alto grado le ascendió la Junta Suprema Gubernativa del Reino con antigüedad de 9 de marzo 1809.

Fué Perena constitucional entusiasta, y con eso dichó está que no perteneció al grupo de los favorecidos con mandos militares hasta después del pronunciamiento de Riego que le llevó al gobierno de Jaca desde 1820 á 1822. Era el mariscal de campo más antiguo del escalafón á la muerte de Fernando VII y fué ascendido á teniente general por la Reina gobernadora D.ª María Cristina en los albores de su regencia. Pasó los últimos años en su casa nativa de Ortilla, pueblo próximo á Huesca, donde vivió y murió como buen cristiano, llorado de sus convecinos á quienes prodigaba constantes beneficios, siendo depositado en la iglesia de dicho pueblo, que conserva su sepultura con el siguiente epitafio:

«*Aquí yace el Excmo. Sr. Dr. D. Felipe Perena, Teniente General de los Ejércitos nacianales, doctor en Leyes y maestro en Artes de la Universidad Literaria de Huesca. Murió el veinte y cinco de Setiembre del año mil ochocientos treinta y cuatro. R. I. P.*»

En su matrimonio con la señora D.ª Vicenta Fortuño tuvo cuatro hijas, de las cuales solo dos se establecieron en Aragón: *D.ª Petra*, casada con D. Francisco Escuer, propietario y vecino de Huesca, y *D.ª Vicenta*, que casó con D. Tomás Villanova, abogado de dicha ciudad. De ambas queda numerosa y distinguida sucesión en Huesca y Zaragoza, en cuya última ciudad residen los Sres. Royo y Villanova, biznietos del general.

Sobrino de D. Felipe y su compañero de glorias y fatigas, fué el coronel *D. Pedro Perena*, uno de los más bizarros defensores de Zaragoza, cuya hoja y certificados de servicios hemos tenido la fortuna de examinar.

Nombrado por Palafox capitán del primer batallón *Voluntarios de Huesca*, concurrió con este Cuerpo á todo el 2.º Sitio de Zaragoza, siempre á las órdenes del ilustre Villacampa, distinguiéndose por su extraordinario valor en la *batalla del Arrabal* (21 diciembre 1808), en la salida del brigadier Butrón contra los atrincheramientos enemigos de la Bernardona (31 diciembre) donde resultó contuso, en la gloriosa defensa del convento de San José, extramuros, y muy especialmente en la tenaz resistencia de *las brechas de Santa Mónica* (20 á 26 enero 1809), donde luchando cuerpo á cuerpo con los asaltantes y derribando con fuerte brazo sus escalas, conquistó el grado de teniente coronel de infantería que le concedió Palafox en fecha 30 de enero, y años más tarde, la cruz de primera clase de la Orden de San Fernando, otorgada por Fernando VII en premio de aquellos heroicos hechos.

Prisionero de los vencedores logró fugarse en Alagón cuando le llevavan á Francia, y pocos días después había conseguido incorpo-

rarse á la columna de su ilustre tío D. Felipe, á cuyas órdenes concurrió á la activa campaña del Cinca y la Litera que dejamos reseñada, y al desastre de Lérida, por cuya capitulación quedó prisionero de guerra, siendo conducido á Francia de donde no pudo regresar hasta 1814, en cuyo año y previa la reglamentaria justificación de su conducta, fué rehabilitado en el empleo de capitán y el grado de coronel que le había concedido la Junta Suprema Gubernativa del Reino con antigüedad de 9 de marzo de 1809.

Era capitán del regimiento de Aragón que guarnecía la plaza de Tarragona, donde el 8 de marzo de 1820 pronunció dicho Cuerpo contra el régimen absoluto proclamando la Constitución de 1812, sin que este acto le produjera el menor adelanto en su carrera militar. Fué gobernador de Hostalrich, y teniente de rey de Tarragona, y combatió con su habitual valor contra los realistas en Falset y Altafulla; pero vino al fin la intervención francesa y consiguiente reacción realista de 1823 que le obligó á emigrar á Francia, de donde no pudo volver hasta el año 1834.

La Reina gobernadora D.ª María Cristina y el general Espartero, fueron para Perena mucho más dadivosos que lo había sido Fernando VII, pues por R. O. de 10 de enero de 1835 obtuvo la efectividad de teniente coronel, y pocos meses después el honroso cargo de gobernador militar y político de Huesca, que en 1842, trocó por el de Tesorero de Rentas de dicha provincia, cuyo destino civil sirvió muchos años. Ascendió á coronel efectivo de infantería por R. O. de 9 de septiembre de 1854, como comprendido en la Ley que se llamó de indemnización á los militares progresistas perjudicados en su carrera por el solo motivo de sus opiniones políticas.

Ciertamente que no hizo la suya por intriga el bravo defensor de Santa Mónica: que 27 años de capitán y 19 de teniente coronel, son lapso más que suficiente para ejercitar la paciencia; pero si no consiguió escalar las altas jerarquías de la milicia podía consolarse contemplando las condecoraciones que adornaban su pecho como testigos mudos de sus nobles servicios, pues era dos veces caballero de primera clase de la Real y Militar Orden de San Fernando, cruz y placa de San Hermenegildo, cruces de distinción del 1.º y del 2.º Ejército, cruz del 2.º Sitio de Zaragoza, creada por Reales Decretos de 30 de agosto y 12 septiembre de 1814, y medalla del *Sufrimiento por la Patria.*

Nació en Huesca en el año 1786 y estuvo casado con la señora doña Teresa Fontova, que le sobrevivió muchos años. Murió sin dejar sucesión el día 16 de noviembre de 1857, y está sepultado en el cementerio de su ciudad nativa.

D. Ramon Gayan y Diaz

Caballero propietario y vecino de Paniza, donde nació en 30 de agosto de 1772, hombre arriscado y gran cazador, estaba lejos de seguir los derroteros de la milicia hasta que la invasión de 1808, inflamando su patriotismo le obligó á empuñar las armas y á organizar aquel famoso batallón llamado de *Escopeteros* y después de *Tiradores de Cariñena*, cuya gloriosa bandera se conserva en la iglesia de esta villa.

Presentado á Palafox á raíz del alzamiento de 24 de mayo y promovido al empleo de capitán con su hermano D. Mariano, comenzó la organización de aquel cuerpo célebre, ayudado del teniente D. Antonio Lombas, alistando á muchos paisanos y soldados dispersos, manteniéndolos á sus expensas, mientras le fué posible, concurriendo á las acciones de Villafeliche, conservando expeditas las comunicaciones con Valencia y favoreciendo grandemente la venida de la división Saint-Marcq.

Tomada Zaragoza, y reforzado el batallón con muchos fugados de la capital, y entre ellos con algunos oficiales que le fueron muy útiles como D. Vicente Vázquez Romay y D. José Sancho Salvador (de Longares), emprendió Gayán ruda y constante campaña contra el enemigo, primero con su sola partida y después en compañía del ilustre Villacampa.

Difícil sería enumerar los hechos de armas á que asistió el denodado batallón en el bienio 1809 á 1810, y sólo haremos de ellos una rápida reseña. En junio de 1809 sorprende y arroja al enemigo del *santuario de la Virgen del Aguila en Paniza* y, unido después al ejército de Blake, combate con gloria en las batallas de *María y Belchite*, teniendo en ésta la pérdida de 200 hombres. En agosto del mismo año, después de una nueva sorpresa en *Paniza*, marcha con Villacampa sobre *El Frasno*, donde en los días 10 y 15 castigó con mano dura á los franceses, arrebatándoles un importante convoy y causándoles muchas bajas de muertos, heridos y prisioneros. En 28 de septiembre, y sorteando la persecución de multitud de columnas enemigas, acompaña á Villacampa en la gloriosa acción y retirada de *Orihuela del Tremedal*, para asistir después durante el año á los hechos de armas de *Villel*, *Teruel*, *Caudé*, *Albentosa*, *El Frasno*, *Luco* (donde sorprendió y rindió á 111 franceses), *Daroca*, *Cariñena*, *Andorra*, *La Fonsanta y Blancas*.

En 6 de agosto de 1810 sorprendió y detuvo prisionero en Añón al

general D. Francisco Palafox, á quien condujo á Valencia en calidad de preso obedeciendo órdenes del Consejo de Regencia, transmitidas por el general Villacampa, en las que se disponía también el desarme de la columna del referido Palafox, y claro es que Gayán fué simple ejecutor de aquellos mandatos de que nunca pudo ser responsable.

Era Gayán hombre de valor temerario y resoluciones tan rápidas y atrevidas, que de continuo confundía y engañaba á las columnas francesas empeñadas en perseguirle, sin poder alcanzarle jamás. Tan pronto se presentaba en la sierra de Albarracín, como en la de Cuenca ó en las riberas del Jalón y del Jiloca. En una ocasión llegó á su noticia que sus grandes amigos los Barones de Valdeolivos pasaban apuros en Cádiz por no recibir recursos de Aragón, teniendo como tenía secuestrada su hacienda D. Pedro María Ric, y estando bajo la administración y tutela de franceses la casa del Conde de Bureta, niño á la sazón. Tan pronto como lo supo tomó Gayan una de sus más atrevidas resoluciones; marchó secreta y rápidamente sobre Bureta y sorprendiendo la villa se apoderó de una gran partida de trigo almacenada en los graneros del Conde; cargándola en carros regresó con la misma rapidez al teatro de sus correrías y vendiendo el grano giró su importe á los nobles desterrados que, por el momento, pudieron salir de sus apuros gracias á una operación tan bizarra como generosa.

Terminó la guerra de la Independencia ascendido á coronel, cuyo empleo militar, de que ya no pasó, había ganado en buena lid: su popularidad en toda la comarca aragonesa, era casi tan grande como la del celebérrimo D. Pedro de Villacampa, siendo buena prueba de ello aquel cantar de jota que dice:

Villacampa es el que campa
En el reino de Aragón,
Y después de Villacampa
El que campa es D. Ramón.

En 1815 fué nombrado teniente de rey de la plaza de Zaragoza, y poco después tenía su destino en Cataluña, donde desempeñaba el gobierno militar de Cardona, de que le exhoneró la reacción realista en 1823. Desde entonces ya no sirvió más y retirado en su casa de Paniza se consagró al cuidado de su familia é intereses, entreteniendo sus ocios en el ejercicio de la caza. Murió en la noche del 2 al 3 de septiembre de 1846 víctima de repentino accidente, pues como acostumbraba había salido á cazar á caballo y le encontraron tendido y moribundo en el monte, á resultas de una congestión cerebral. Era un anciano fuerte y vigoroso, y contaba 74 años al fallecer.

Estuvo casado con la señora doña Luisa del Frasno, de la ilustre casa de este apellido, bien conocido en Cariñena, y tuvo en ella á sus dos hijos D. Mariano y D. José. El primero fué magistrado y regente

de la Audiencia de Mallorca y casó con la señora doña Amalia de Angulo; el segundo vivió en Paniza casado con doña Rafaela Valero, quedando de ambos matrimonios distinguida sucesión. Entre otras hijas tuvo á doña Josefa, que casó con D. Juan Elías del Olmo, vecino de Cariñena.

D. Pedro de Elola

Era coronel vivo y efectivo de infantería desde el año 1796, é intendente militar de provincia desde 1798, hallábase en Zaragoza sin destino, y como desterrado por Godoy al estallar el glorioso alzamiento nacional en mayo de 1808, á cuyos movimientos se adhirió con vivo entusiasmo.

Oficial de larga y honrosa carrera, discípulo de la Academia Militar de Barcelona, aguerrido en el bloqueo de Gibraltar, en la reconquista de Menorca y en las campañas de Navarra y de Guipúzcoa contra la república francesa, había ganado noblemente todos sus grados desde cadete á coronel.

Concurrió con valor notorio á todo el primer Sitio de Zaragoza, distinguiéndose el 15 de junio en la defensa de las puertas, animando y dirigiendo á los paisanos que las defendían, y obsequiándoles con abundantes raciones de pan y vino que hacía llevarles desde su casa. Organizó y tomó el mando de una compañía de trabajadores á cuyo frente defendió el muro de la huerta del Marqués de Campo Real durante todo el primer Sitio, en cuyos combates tuvo muchos muertos y heridos, y con ella fué el primero que acudió á remediar los daños causados por la voladura del Seminario el 27 de junio, contribuyendo con sus acertadas providencias y precauciones á que se desenterraran y salvasen las vidas de 43 personas que sin estos prontos auxilios hubiesen perecido.

Terminado el primer Sitio fué comisionado por el general Palafox para organizar fuerzas y acopiar recursos de todas clases en el territorio del Bajo Aragón, encomendándole el cargo de jefe superior de los cuatro gobiernos de Alcañiz, Daroca, Teruel y Albarracín, con cuyos paisanos constituyó el famoso *Cordón de Calanda*, Cuerpo de guerrillas que contuvo y escarmentó al enemigo en La Zaida, Valde Amposta, río Martín y Alcañiz, sin que costaran al Erario cantidades de ninguna clase las compañías de los pueblos, pues eran mantenidas por el patriotismo de las personas pudientes que estimuladas por el ejemplo de su jefe vendían caras las vidas y despreciaban los más ca-

ros intereses. En atención á estos méritos, el general D. Francisco de Palafox, representante de la Suprema Junta Central, dictó un decreto fechado en Calanda á 27 de diciembre de 1808, por el cual se confirma á Elola la comandancia general de los cuatro gobiernos de Alcañiz, Daroca, Teruel y Albarracín, declarándole la graduación de mariscal de campo.

Pero esta graduación no llegó á tener efecto, y habiéndose el interesado dirigido á Sevilla, donde se presentó á la Junta Suprema, obtuvo en 6 de octubre de 1809 Real título por el que se le conceden los honores de intendente de ejército, á cuyo empleo efectivo ascendió poco después con el alto cargo de Ministro del Supremo Consejo y Junta de Hacienda, categoría que disfrutaba al formalizarse su hoja de servicios por el Real y Supremo Consejo de Castilla, con data de Cádiz á 2 de marzo de 1812.

Poco tiempo debió sobrevivir á esta fecha el benemérito defensor de Zaragoza, pues ya había fallecido antes de agosto de 1814, según resulta de un honorífico certificado suscripto por D. José de Palafox en 20 de dicho mes, en cuyo documento se expresa que «D.ª María »Josefa de Miguel, viuda del Consejero de Hacienda é Intendente de »ejército D. Pedro de Elola, se halló con sus hijos en los dos Sitios de »la ciudad de Zaragoza en los que, después de haber sufrido las esca»seces, epidemia y demás calamidades, tuvo que abandonar su casa »por haberla destruído las bombas, al día siguiente de la capitulación.»

Era Elola natural de Orihuela, donde nació en 1758, hijo de padres nobles, cuya calidad supo enaltecer con las prendas caballerescas que le distinguían y hacían merecedor del general aprecio.

D. Fernando Garcia Marin

El *coronel D. Fernando García Marín y Solano,* valeroso defensor de Zaragoza en el 2.º Sitio y el más entusiasta de sus historiadores, nació en Corera (pueblo del partido de Arnedo, provincia de Logroño) hacia el año 1759, de los cónyuges D. Miguel García Marín y D.ª María Francisca Solano.

Educado en Jaca al lado de su tío y homónimo el cura de Longás, que era un sacerdote ilustradísimo, casó en dicha ciudad el 28 de julio de 1779 con la señora doña Juana Calvo y Guillén, hija de los cónyuges D. José Bernardo Calvo (notario Real) y doña Ana Guillén.

Adquiriendo por herencia la propiedad del oficio de su suegro, fué también Notario Real, cargo que le granjeó mucha popularidad

en los pueblos de la Montaña; empezó á testificar en 1783 y acabó en 1808, cuando las circunstancias de la guerra le decidieron á trocar la pluma por la espada.

Cierto que para este cambio espoléabanle, á la vez que los estímulos del patriotismo y la religión, los no menos ardientes de una decidida vocación militar y sus aptitudes para la carrera de las armas, de que dió pruebas alistándose en la famosa tropa organizazada por el doctor Perena para guardar los pasos del Pirineo aragonés en la guerra de 1794 y 95 contra la república francesa. En esa lucida campaña hizo García Marín su aprendizaje militar, adquirió gran conocimiento del terreno fronterizo, combatió con lucimiento y obtuvo grado y honores de capitán por recompensa; llegada la paz que le devolvió á las tareas notariales, dedicó sus ocios al estudio de la táctica militar y del arte de la guerra en que fué muy competente.

Era persona de gran cultura, humanista excelente y escritor de castizo y vigoroso estilo. Había sido uno de los más asiduos miembros fundadores de la Real Sociedad Económica de Jaca en 1783.

Llamado por Palafox á raíz del alzamiento de Zaragoza, obtuvo el mando del cantón del Canfranc con el empleo de teniente coronel y el encargo de organizar fuerzas que guardasen los pasos del Pirineo central é impidiesen las entradas del enemigo. Organizó é instruyó una fuerte partida de más de 900 plazas distribuídas en varias compañías, artilló la batería de la Espelunca, y al frente de sus bravos montañeses hizo atrevidas incursiones en Francia. Atravesó varias veces el Sum-Port, arrollando las guardias francesas; atacó, ganó y destruyó la venta fortificada de *Peyranera;* se apoderó de más de 2.000 cabezas de ganado y gran cantidad de géneros ricos y variados que trajo á Canfranc, y tal respeto impuso al enemigo que nunca osó franquear la parte de frontera encomendada al cuidado y vigilancia del exnotario.

Antes de principiar el 2.º Sitio de Zaragoza acudió con sus compañías de montañeses al llamamiento del General en jefe y asistió valerosamente á la batalla del Arrabal, así como á otros muchos de los combates que en larga serie constituyen aquella gloriosa epopeya. El general D. Bartolomé Amorós, jefe del puesto de Santa Engracia, en el parte por escrito que dirigió á Palafox el día 17 de enero dándole cuenta de cómo había sido defendido el Reducto del Pilar, elogia la enérgica conducta del comandante de Canfranc que, al ver en un momento de pánico, que los defensores del reducto abandonaban aquel puesto de honor, se lanzó contra ellos sable en mano al frente de un grupo de soldados que había logrado reunir, obligándoles á volver al combate y sosteniéndolos vigorosamente en él. Y como quiera que aquella cabeza de puente del Huerva estaba totalmente arrasada por

los cañones franceses, y su conservación resultaba de todo punto insostenible, previéndose inevitable un asalto á que seguiría el intento de correrse el enemigo hasta las ruinas de Santa Engracia y Torre del Pino, cooperó nuestro héroe al establecimiento de aquella famosa serie de hornillos y fogatas pedreras, ideada por el capitán de ingenieros D. Quintín de Velasco, que tantos estragos causó á los asaltantes, rechazándolos con enormes pérdidas el 15 de enero.

Prisionero por la capitulación y vuelto á España con la paz, no hemos podido descubrir noticia alguna de la vida militar de García Marín; de sus intereses particulares, solo sabemos que en 1826 traspasó su notaría de Jaca á D. Lorenzo María de Torres. Pero si se oculta á nuestras investigaciones la simpática personalidad del bravo soldado que supo ganar noblemente en Zaragoza el empleo de coronel, de que ya no pasó, aparece en cambio á nuestra vista, la no menos noble figura del historiador, que quiso consagrar á la gloria de la heroica ciudad, los trabajos de su amor y diligencia produciendo dos libros dignos de estimación de que vamos á dar noticia como punto final de esta biografía. Titúlanse así:

El 1.º *Memorias para la Historia Militar de la Guerra de la Revolución de España*. Madrid. Imprenta de D. Miguel de Burgos. 1817.

Es un pequeño volumen de 268 páginas en 8.º. en que, con fluído y levantado estilo, bosqueja interesantísima relación del 2.º Sitio de Zaragoza, llena de vida y color, y solo censurable por las cifras exageradas que atribuye al contingente y bajas del ejército sitiador.

El 2.º *Fe de erratas y correcciones al estilo, lenguaje, contradicciones y equivocaciones de la Obra Histórica de los dos memorables Sitios de Zaragoza* (La de D. Agustín Alcaide Ibieca). Zaragoza en la Imprenta Real. Junio de 1834. Folleto de 98 páginas en 4.º, escrito con gran agudeza y muchísima intención, que dejan harto maltrecha la personalidad del cronista oficial por lo que respecta á su criterio, casi siempre erróneo, y á sus mediocres aptitudes de estilista y literato.

Y como ambas obritas se han hecho tan sumamente raras que actualmente son de casi imposible adquisición, y solo de nombre, cuando más, las conocen muchos aficionados á los estudios históricos, entendemos que no se perdería nada en reimprimirlas.

Al publicar García Marín su *Fe de erratas* en 1834, debía contar 75 años de edad, aunque escribía con todo el brío y nervio de la juventud. Era coronel de infantería, Caballero de la Orden militar de San Hermenegildo y estaba condecorado con la Cruz y el Escudo de distinción del segundo Sitio de Zaragoza. Después de aquella fecha poco pudo prolongarse su vida, pero ignoramos dónde y cuándo falleció.

El Coronel Boggiero

Don *Andrés Boggiero*, hermano y compatricio del P. Basilio, sirvió desde muy joven á los reyes de España, tanto en la península como en el continente americano, conquistando fama de valiente y buen oficial. En 1808, al estallar el alzamiento contra los invasores, era coronel graduado y teniente coronel de infantería agregado al estado mayor de la plaza de Zaragoza; y Palafox, que le estimaba mucho, quiso utilizar sus servicios concediéndole la efectividad de coronel y destinándole á las órdenes del Barón de Warssage como segundo jefe y útil auxiliar para la organización de la brigada de vanguardia que debía acantonarse en Calatayud con objeto de guardar la principal línea de comunicación con Madrid y defender las riberas de Jalón y Jiloca.

Con la columna de Warssage asistió Boggiero á los hechos de armas de Villafeliche y Epila, á las operaciones para el levantamiento del 1.er Sitio de Zaragoza, á la persecución del enemigo que se vió obligado á desalojar su campo de Fontellas, á la batalla de Tudela y á todo el 2.º Sitio, del que salió vivo y sano aunque prisionero de guerra.

Vuelto á España, entró en posesión de su grado de brigadier, concedido por la Junta Central con antigüedad de 9 de Marzo 1809, cuya recompensa quiso mejorar el Rey, á propuesta de Palafox, ascendiéndole á mariscal de campo el día de San Fernando (30 de mayo 1815) al mismo tiempo que á D. Manuel de Velasco, D. José Bellido y don Fermín Romeo, héroes todos de la defensa de Zaragoza. Tenía entre otras condecoraciones, la gran cruz de San Hermenegildo que obtuvo en 1819 y las de los dos Sitios; y aun vivía en 1823, pero murió antes de 1830, pues no figura en la Guía Oficial de este año.

Los dos Vianas †

Fueron de los más bravos dafensores de Zaragoza y dignos, por tanto, de que sus nombres ocupen honroso lugar en esta galería.

D. Manuel Viana, † el mayor, antiguo y benemérito coronel de Infantería, hallábase en Zaragoza al estallar el patriótico alzamiento de 24 de mayo de 1808 y el 29 del mismo mes fué elegido por Palafox,

que le estimaba mucho, para organizar é instruir el *1.º de los cinco tercios* ó batallones de voluntarios aragoneses improvisados en aquella fecha. Al frente de su bisoño tercio marchó el 5 de junio á Tudela, fácilmente ganada por Lefebvre tres días después, y en la retirada del Marqués de Lazán desde aquella ciudad á Zaragoza concurrió el 12 á la acción de Mallén. Ya en Zaragoza, y bajo el mando inmediato de Palafox, asiste al combate de Casablanca, el día 15, siguiendo al general en su marcha á Belchite y operaciones sucesivas, á consecuencia de las cuales no pudo regresar con su batallón á la capital hasta el 3 de julio.

El 23 de dicho mes al amanecer, salió por la carretera de Barcelona con 100 voluntarios de su tercio, una sección de dragones del Rey y un cañón de á 4, para hacer la descubierta y reconocer la posición de puente de Gállego que los franceses habían ocupado; y poco antes de llegar al arranque ó partidero del camino de Cogullada fué sorprendido por las descargas de la Infantería enemiga emboscada tras los tupidos cañares que allí crecen y por las violentas cargas de los lanceros polacos que de improviso aparecieron en gran número. La pequeña columna española se dispersó buscando su salvación en la fuga, y el valeroso Viana allí quedó rodeado de cadáveres, acribillado á lanzadas y con la cabeza partida por el medio de un formidable sablazo por no querer rendirse. Murió gloriosamente como noble varón y gran soldado.

El general Palafox, que al frente de fuerzas numerosas se apresuró á acudir en auxilio del héroe, unió con sus propias manos la partida cabeza, hizo trasladar el cadáver al convento de San Lázaro y dispuso que, al ser depositado con gran pompa religiosa y militar en la iglesia conventual, se le hiciesen honores de brigadier, ascenso póstumo que mereció alabanzas del pueblo y del ejército.

Don *Manuel Viana*, el menor, hijo del precedente á lo que creemos, fué aquel joven capitán de Caballería (de Dragones de Numancia), que con tanto valor y entereza defendió el edificio de la Universidad en los últimos días del 2.º Sitio; y no parece que haya sido muy afortunado en la carrera militar, pues en la Guía de 1823 vemos que no pasaba de teniente coronel de su arma, cuyo empleo servía en el regimiento de Villaviciosa. Tenía grado de coronel y obtuvo la cruz de San Fernando de primera clase por su comportamiento en Zaragoza.

El Teniente Coronel D. Nicolas Maldonado †

Era capitán de infantería y tenemos entendido que natural de Alicante. Hallábase en Zaragoza á fines de Mayo de 1808, puesto que en 1.º de junio, fué nombrado por Palafox comandante del 2.º *batallón ligero de voluntarios* que organizó é instruyó en cuanto fué posible, dado el apremio de tiempo, y á cuya cabeza combatió gallardamente defendiendo la cortadura de Santa Engracia *el cuatro de Agosto.*

Principiaba el 2.º Sitio, y considerando Palafox el perjuicio que podía causar á la defensa el que los sitiadores se abrigasen en los olivares de la Partida de las Fuentes, dispuso que grandes cuadrillas de trabajadores, protegidos por los cañones del convento de San José y escoltados por el 2.º batallón ligero, saliesen á efectuar la tala de dicho arbolado. Hízose así el 24 de Diciembre; ahuyentáronse las avanzadas francesas y la tala se emprendió con gran energía; pero cargando poco después el enemigo con fuerzas quintuplicadas, fué forzoso emprender la retirada á la plaza sosteniéndola vigorosamente la batería de San José y el batallón ligero que diferentes veces contuvo á sus perseguidores haciéndoles rostro y salvando á los trabajadores á expensas de la pérdida de algunos soldados y de la muy sentida del teniente coronel Maldonado, muerto aquel día en el campo del honor.

Equivócase por tanto D. José Chamorro, autor de la biografía del general D. Francisco Muñoz Maldonado, publicada en el *Estado Mayor del Ejército Español*, al afirmar que la gloriosa muerte de Maldonado ocurrió al defender la cortadura de Sta. Engracia el memorable *cuatro de Agosto*, de cuyo peligro salió vivo. Lo que sí es verdad es que, deseando la Regencia del Reino galardonar de algún modo el sacrificio del malogrado héroe, y no teniendo éste parientes más próximos que su sobrino carnal D. Francisco Muñoz Maldonado, le nombró cadete del Real Cuerpo de Guardias Españolas por gracia especial, á pesar de su corta edad.

D. Fernando Pascual

Don *Fernando Pascual de Torla y Gasque*, natural de Alcañiz, de la ilustre casa de su apellido, era capitán de infantería con residencia en Zaragoza al estallar el glorioso alzamiento de 24 de Mayo de 1808, al que se adhirió con entusiasmo.

Oficial entusiasta y joven, pues sólo frisaba en 30 años, fué uno de los escogidos por Palafox para organizar é instruir los cinco tercios creados por decreto de 28 de mayo, destinándole al 3.°, del que apenas pudo tomar posesión, pues en 1.° de junio le cometió el mando del nuevo *primer batallón ligero de Zaragoza*, en concepto de primer jefe, confiriéndole al efecto el ascenso á teniente coronel.

Al frente de sus voluntarios acompañó al Marqués de Lazán en la expedición á Tudela, acción de Mallén y retirada á Zaragoza: concurrió con Palafox al combate de Epila en la noche del 22 de junio; con Butrón y Torres á los reñidos combates de la torre del Arzobispo en los días 29 y 30 de julio; y últimamente á la defensa de las puertas de Santa Engracia y Sancho.

Levantado el primer Sitio obtuvo Pascual el grado de coronel, bien merecido por su valeroso comportamiento, y concurrió á todo el segundo, en el que fué comandante del puesto de la Casa de Misericordia y su cortina hasta la puerta del Portillo, cuya línea guarneció y defendió con su batallón ligero. Palafox le concedió la efectividad de coronel, y la Junta Central quiso ampliar la recompensa ascendiéndole á brigadier con antigüedad de 9 de marzo de 1809.

Prisionero por la capitulación y vuelto á España al terminar la guerra, fué recompensado con el destino de gobernador militar y corregidor de Alcira, cargo de gran estimación que vino desempeñando hasta el año 1823, en el que perseguido por sus ideas constitucionales, tuvo que emigrar á Francia. Ignoramos dónde y cuándo falleció.

D. Rafael Estrada †

Era parroquiano del Pilar y sospechamos que natural de Zaragoza y de la familia de los famosos orfebres de su apellido.

Militar antiguo de buena reputación y teniente coronel de infantería, ya en edad madura, hablábase en Zaragoza en mayo de 1808, y

en 1.º de junio fué designado por Palafox para organizar é instruir el *3.er batallón ligero*, según escribe el conde de Clonard.

Prueba indudable de sus aptitudes y conocimientos militares fué el cargo de Fiscal de la *Junta Militar* que se le confirió el 19 de junio y desempeñó dignamente. Acreditó su valor en el 1.er Sitio y muy singularmente el *4 de Agosto*, en cuyo día, rechazando con gloria suya y de su batallón los reiterados asaltos de los franceses al convento de religiosas de Sta. Catalina, cayó gravemente herido de bala de fusil que le atravesó y destrozó una rodilla, falleciendo de sus resultas el 22 de agosto, según parece de la correspondiente partida de óbito que tenemos registrada. Fué sepultado en el Santo Templo Metropolitano de Ntra. Sra. del Pilar.

D. Sancho Salazar

Era un veterano capitán aragonés que tomó parte activa en el alzamiento de Zaragoza: Palafox le ascendió á teniente coronel, encargándole, en 29 de mayo de 1808, el mando y organización del *4.º de los cinco tercios* de voluntarios aragoneses creados por decreto de aquella fecha.

Durante todo el primer Sitio permaneció con dicho cuerpo, que se llamó también *Tercio de Tauste*, en permanente guarnición del arrabal de Altabás, concurriendo á todos los hechos de armas llevados á cabo por los coroneles Butrón y Torres, á mediados de julio, por los campos y torres de los caminos de Barcelona y Huesca.

En la salida efectuada el 24 de diciembre de 1808 para cortar olivares en la partida de las Fuentes, sucumbió gloriosamente el teniente coronel D. Nicolás Maldonado, comandante del 2.º *batallón ligero de Zaragoza;* y en la necesidad de cubrir tan sensible vacante con otro jefe no menos apto y digno, fué nuestro biografiado el elegido al efecto por Palafox. Y no defraudó por cierto la confianza del general, puesto que después de haber concurrido eficazmente á las defensas de Santa Engracia y Puerta de Sancho, obtuvo el mando de la calle de Puerta Quemada (ahora del Heroismo), que con los restos de su 2.º batallón y buen contingente de paisanos, defendió muchos días palmo á palmo, haciendo ilustre su nombre en la historia de los Sitios.

Salió de ellos vivo, acreditado y ascendido á Coronel, pero prisionero de guerra. Poco tiempo después de su regreso de los depósitos franceses, fué á propuesta de Palafox agregado á la Capitanía general de Aragón donde desempeñaba en 1816 una de las plazas de vocal del Consejo de Guerra de Oficiales Generales. Murió antes del año 1823.

D. Joaquin de Urrutia †

Siendo capitán de infantería fué comisionado por el general Palafox en 29 de mayo de 1808 para reclutar tropas en Tauste, donde alistó el tercio que tuvo el nombre de dicha villa con la fuerza efectiva de 304 plazas distribuídas en tres compañías, y con ellas entró en Zaragoza. Estas compañías se incluyeron, poco después, en el 4.º Tercio que mandaba el teniente coronel D. Sancho Salazar, obteniendo Urrutia el cargo de Sargento Mayor 2.º Jefe.

Destinado este cuerpo á guarnecer el arrabal durante el primer Sitio, concurrió á todos los combates, operaciones y salidas llevadas á cabo por Butrón, Torres, Obispo y el Marqués de Lazán, en la torre del Arzobispo, Alto de los Molinos y Puente de Gállego, distinguiéndose Urrutia el 16 de julio cuando, al frente de las compañías de Tauste, desalojó á viva fuerza al enemigo de las casas y torres que ocupaba en el camino de Barcelona.

En la reorganización del ejército dispuesta por el general Palafox para defender la ciudad en el 2.º Sitio, se conservó el *4.º Tercio* con su antigua denominación oficial y la vulgar de *Tercio de Tauste* al mando de Urrutia, por haber sido destinado D. Sancho Salazar al segundo batallón ligero de Zaragoza. Durante todo el 2.º Sitio concurrió el tercio á combates tan importantes como fueron los reñidos en las puertas de Sancho y del Carmen, Convento de Santa Engracia y huerta del Marqués de Campo Real, en cuyos puestos ratificaron los de Tauste los créditos de su valor, ganando Urrutia su merecido ascenso á coronel.

Llegadas las postrimerías del Sitio pereció nuestro héroe en la guerra de casas (según leemos en las notas á la *Oración fúnebre* predicada en Madrid, en honor de las víctimas por el canónigo D. Nicolás Antonio Heredero Mayoral en 1818) sin que se diga dónde ni cómo, pues la muerte de Urrutia pasó del todo desapercibida para los diaristas é historiadores. Sólo sabemos que murió, y que según autorizadas referencias, era riojano y de la ilustre casa de su apellido radicante en Alfaro.

D. Joaquin Garces de Marcilla y Villanova

El *batallón ligero de Calatayud* creado en 1.º de enero de 1809 sobre la base del tercio del mismo nombre, que hasta la citada fecha había estado afecto á la columna del barón de Warssage, fué sin duda uno de los cuerpos improvisados por Palafox que con más valor, decisión y patriotismo se sacrificaron en la 2.ª defensa de Zaragoza. En una hoja de méritos y servicios de su ilustre jefe, el teniente coronel *D. Joaquín Garcés de Marcilla y Villanova*, impresa en 1813, y en una representación que á fines del mismo año dirigió á la Regencia del Reino, vemos expuesto y justificado con prueba documental que el batallón de Calatayud fué el cuerpo que principalmente guarneció el *reducto del Pilar,* defendiéndole con singular tesón durante 26 días de los continuos asaltos del enemigo, con pérdida de un oficial y 200 soldados, y que abandonado el reducto por orden de Palafox se retiró el mencionado batallón á la *torre del Pino* que defendió el 27 de enero sosteniendo tenazmente repetidos ataques desde las diez y media de la mañana á las tres de la tarde, *sin ser reforzado ni haber tenido auxilio alguno,* en cuya gloriosa resistencia sufrió la pérdida de 55 soldados muertos, 11 oficiales y 120 soldados heridos y un capitán con 30 individuos de tropa prisioneros. En esos 27 días de heróica lucha tuvo el batallón 418 bajas de oficiales y tropa, próximamente la mitad de su efectivo, y al apoderarse los franceses de la torre del Pino, todavía sus escasos restos encontraron otro puesto que defender en el convento del Carmen donde mandaba el coronel D. Francisco de Paula Zapata, de cuyo edificio no se hizo dueño el sitiador hasta el día de la capitulación.

Gloria grande fué para D. Joaquín Garcés haber sido organizador y jefe de batallón tan heróico al que no abandonó un instante, dándole constante ejemplo de intrepidez, firmeza y abnegación. Justo es por tanto que su nombre figure en nuestra historia con el honor que de justicia se le debe.

Miembro de la familia de su apellido, una de las celebérrimas de la antigua ricohombría aragonesa, nació en la villa de Ateca en el año 1754. En el de 1770 ingresó en la carrera militar en clase de caballero cadete del regimiento de caballería Dragones de Sagunto, con el cual, siendo ya alférez, concurrió durante seis meses al bloqueo de Gibraltar. En 1777 ascendió á teniente con destino al regimiento Dragones

del Rey, obteniendo en dicho año la licencia absoluta que se vió obligado á solicitar con motivo del fallecimiento de su padre, para atender al cuidado de su casa y á la educación de siete hermanos menores. Avecindado en Calatayud y dueño de pingües heredamientos en esta ciudad, Ateca, Daroca y Morata de Jiloca, pasaba su vida con la tranquilidad y holgura correspondientes á su clase y opulencia, cuando los sucesos de mayo de 1808 vinieron á perturbar su apacible ciudadanía, lanzándole de lleno á todos los peligros y trabajos de la guerra á los 54 años de su edad.

En 1.° de junio del expresado año de 1808, fué nombrado teniente coronel y comandante del tercio de Calatayud, por el barón de Warssage, con poderes del general Palafox, cuyo cuerpo procedió á organizar é instruir con la mayor actividad, y con él fué destinado al socorro de Zaragoza, pasando desde esta ciudad á guarnecer las de Borja y Tudela después de levantado el primer Sitio. De su comportamiento en el segundo, queda ya hecha breve referencia, restando añadir que al ser conducido á Francia en una cuerda de prisioneros, logró fugarse en Pamplona, sobornando á sus guardianes con gruesas sumas de dinero, y presentarse en Valencia al general Blake, de quien impetró con vivas instancias la reorganización de su batallón ligero de Calatayud, estrellándose sus anhelos en la negativa terminante de aquel ilustre caudillo.

Terminada sin más recompensa que el grado de coronel la guerra de la Independencia, en que había servido á su propia costa y sin percibir haberes, se restituyó á Calatayud, hallando su casa principal, lo mismo que las de Daroca y Morata, completamente saqueadas, secuestradas sus grandes rentas de que nada pudo percibir durante seis años, desaparecidos sus ganados víctimas de la rapacidad francesa y arrasados hasta los cimientos su fábrica de papel y molino harinero de Daroca por ser propiedades de *un insurgente*, como franceses y afrancesados llamaban á los buenos españoles. Eralo en alto grado el benemérito D. Joaquín Garcés de Marcilla que, á los 60 años de su edad y en la necesidad de dedicarse á la restauración de su mermado patrimonio, solicitaba pasar á situación de retirado sin sueldo, y que sin sueldo también y solamente como honor á sus buenos servicios, se le concediese el cargo de comandante militar de Calatayud. ¡Qué hermoso ejemplo de caballerosidad y grandeza de alma!

Tal era la noción del honor y del deber sustentado por aquellos héroes que supieron sacrificar vida, familia y hacienda en defensa de la Patria.

D. Francisco de Paula Zapata de Calatayud

Tenemos á la vista la hoja de servicios y no pocos antecedentes familiares de este ilustre aragonés, uno de los más denodados y distinguidos defensores de Zaragoza.

Nació en la villa de Mallén á 1.° de abril de 1773, y fué hijo de los nobles y acaudalados consortes D. Juan Crisóstomo Zapata de Calatayud y Muñoz de Pamplona, teniente coronel de los Reales ejércitos, Caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén, y D.ª Magdalena de Villanova Ximénez de Embún, cuyos apellidos son de notorio lustre en la región aragonesa.

Ingresó en 16 de marzo de 1787 como caballero cadete del regimiento de Guardias Españolas, en el que siguió su carrera militar hasta el empleo de primer teniente (teniente coronel de infantería): desempeñándole hasta 18 de agosto de 1806, en cuya fecha y á solicitud propia obtuvo su retiro, quedando agregado al Estado Mayor de la plaza de Zaragoza. Había concurrido con distinción y crédito á las guerras del Rosellón contra la República francesa, asistiendo á 19 de sus más importantes hechos de armas, en los cuales resultó dos veces herido de gravedad. Tales eran los antecedentes de este distinguido jefe cuando el alzamiento de Zaragoza en 1808 vino á sacarle de la tranquilidad de su retiro, lanzándole de nuevo á los peligros de la guerra.

Habiéndole empleado el general Palafox en la recluta y organización de los tercios convertidos más tarde en batallones de voluntarios aragoneses, asistió á toda la 1.ª defensa de Zaragoza desde los rudos combates del 15 de junio hasta el 3 de agosto. El 16 de junio fué elegido por el gobernador interino, D. Vicente Bustamante, para el cargo de comandante del puesto de la puerta de Sancho, en cuyo servicio y mando alternó con D. Mariano Renovales: destinado después á mandar el punto y baterías de la puerta de Santa Engracia, donde resistió el duro y continuo cañoneo del sitiador en la noche del 3 de agosto, resultó gravemente herido y con la pierna izquierda rota á resultas del estrago causado en el parapeto de la batería por una granada francesa, siendo con tal motivo retirado á su casa y promovido al empleo de coronel.

Apenas restablecido de su gravísimo accidente principió el 2.° Sitio, al cual concurrió valerosamente, desempeñando el mando del convento y colegio del Carmen Calzado (hoy cuartel de Artillería y

Escuela de Veterinaria) que defendió con singular tesón hasta el 19 de febrero de 1809, en cuyo día hubo que retirarle á su casa gravemente enfermo de la fiebre contagiosa que venía llevando en pie; salvado de tan grave peligro cumplió el triste deber de presentarse como prisionero de guerra al gobernador de la plaza, general Suchet, quien le permitió pasar, bajo palabra de honor, á la villa de Mallén, de donde vino á libertarle el coronel Gayán ocupando dicho pueblo el 11 de agosto de 1812. Incorporado á la columna de Gayán, y dejando abandonadas su casa y familia, sirvió á las órdenes de D. José Joaquín Durán, Comandante General de la 6.ª división del 2.º ejército, de cuyas operaciones participó hasta el fin de la guerra, y habiendo justificado su conducta en el tiempo que permaneció prisionero en país ocupado por el enemigo, fué puesto en posesión del empleo de Brigadier que le había concedido la Junta Central por su Real Decreto de 9 de marzo de 1809.

Restablecida la paz y honrado con las condecoraciones de los Sitios de Zaragoza, el brigadier Zapata ya no quiso salir de su casa de Mallén dedicado á las atenciones de su familia é intereses. Había casado el día 4 de febrero de 1806 con su sobrina carnal D.ª Petra Español de Niño y Zapata de Calatayud, natural de Sos, en quien tuvo á sus hijos D. Ramón, D. Santiago y D.ª María Joaquina. Descendientes del héroe son los Navas-Zapata y los Ena-Zapata, de Mallén, y los Zapatas de Alfaro. Murió en 30 de Septiembre de 1831 de resultas de una caída de caballo, á los 58 años de su edad.

D. Jose Sangenis y Torres

Hermano del ilustre ingeniero D. Antonio, y como éste, natural de Albelda en la provincia de Huesca, obtuvo en 1774 la gracia de subteniente, siendo de menor edad, y prestó constantemente sus servicios en el arma de Infantería.

A raíz del levantamiento de Zaragoza en mayo de 1808 y siendo ya teniente coronel, le confió Palafox el mando militar del partido de Barbastro y su frontera, debiéndose en gran parte á su celo y actividad la organización de aquellas famosas 30 compañías llamadas *los tercios de Barbastro*, á cuyo cuidado estuvo la frontera pirenáica durante el 1.er Sitio de Zaragoza.

A la terminación de éste llegó Sangenís á la capital escoltando el gran convoy con 10 de las expresadas compañías, y atendiendo á sus méritos le comisionó Palafox para organizar el *batallón ligero de Torrero*, fuerte de 800 plazas, que tanto y tan bien trabajó en la 2.ª de-

fensa, en virtud de cuyo mérito fué ascendido á brigadier por el ilustre caudillo y honrado con los cargos de gobernador de Lérida y jefe militar de los valles de Segre y Cinca.

Relevado en el gobierno de Lérida por el general García Conde, permaneció en dicha plaza bloqueada por el mariscal Suchet hasta que por la capitulación de 14 de mayo de 1810, quedó prisionero de guerra del enemigo, siendo conducido á Francia con dicho general García Conde y los brigadieres Codina y Perena, prisioneros también.

Vivió Sangenís muchos años en su casa de Estadilla, donde creemos ocurrió su fallecimiento.

D. Joaquin Garcia

Hallábase en Zaragoza en mayo de 1808 al sobrevenir el glorioso alzamiento contra los franceses; era capitán de mililicias provinciales, y Palafox, que conocía su cultura y suficiencia, le eligió para el cargo de Secretario de la *Junta militar de defensa*.

En 4 de junio le comisionó el general para organizar el *batallón ligero de la puerta del Carmen* que durante el primer Sitio no pudo llevarse á perfección; pero después, reforzado con algunas compañías del tercio de Barbastro, nutrió sus filas, completó su cuadro y peleó gallardamente en la puerta de su nombre y en las del Sol, Quemada y Sancho, alternando con los demás cuerpos en estos puestos y en el más peligroso del reducto del Pilar.

Nuestro biografiado era Teniente coronel, primer Jefe del batallón, y tenía por Sargento Mayor al valeroso D. Fernando Zappino. Ambos fueron ascendidos por Palafox al empleo de Coronel por los méritos que contrajeron en el segundo Sitio y principalmente en la constante guarda de la puerta de Sancho.

Logró fugarse cuando lo llevaban prisionero, continuó la guerra á las órdenes de Villacampa, y fué revalidado en el grado de Brigadier de infantería que le concedió la Junta Suprema con antigüedad de 9 de marzo de 1809. Aun vivía en 1830.

D. Manuel de Peñas

En la Plana Mayor del ejército de Aragón reorganizado por Palafox durante el intermedio de los dos Sitios, figura el brigadier *D. Manuel de Peñas* con el cargo de Inspector de Infantería, desempeñado

antes por el Coronel D. José Obispo. La importancia y dificultad de dicha inspección en circunstancias tan apuradas, indica bien que el Brigadier Peñas era oficial de mérito, con dotes de organizador y persona que gozaba toda la confianza del General en Jefe; pero á pesar de esas cualidades son escasísimas las noticias que hemos podido recoger del mencionado Sr. Peñas, que sin duda salió vivo de la segunda defensa, toda vez que el 20 de febrero de 1809 fué uno de los seis comisionados de la Junta que salieron á tratar con Lannes los preliminares de la capitulación.

Pero desde este momento le perdemos de vista por completo; debió quedar prisionero de guerra y ser conducido á Francia, puesto que no figura su nombre en el Estado Militar de 1811; y como tampoco aparece en el de 1823, entendemos que no sobrevivió, ó sobrevivió muy poco á la guerra de la Independencia.

Era oficial antiguo y acreditado; mandaba como primer jefe y ya con el empleo de Coronel el primer batallón ligero *Voluntarios de Aragón* en 1.° de enero de 1808, según vemos en la Guía oficial de este año, y si bien no acompañó á dicho cuerpo en su deserción de Madrid, cuando á raíz de los sucesos del 2 de mayo se presentó en Zaragoza donde tan eficaces servicios prestó á las dos defensas, debió incorporarse poco después, encontrando en el General Palafox la buena acogida que se infiere del importantísimo cargo que se le confirió.

D. Jose Ramirez de Orozco

Llegó á Zaragzoa desempeñando en propiedad el cargo de teniente coronel sargento mayor de aquel bravo batallón del Regimiento de Extremadura, que el benemérito D. Domingo La Ripa trajo de Cataluña, y fué el jefe que en el memorable 26 de junio tomó á los zaragozanos el famoso juramento de banderas, delante de la puerta del Carmen, pronunciando la fórmula prescripta por la ordenanza en presencia del general gobernador Marqués de Lazán y de la *Junta Suprema* nombrada por las Cortes de Aragón.

Distinguióse Ramírez por su denuedo en ambos sitios; en el 1.° defendiendo la puerta del Carmen, el 2 de julio, á las órdenes de su jefe D. Domingo La Ripa, á quien tuvo que sustituir por haber sido herido; en el 2.° rechazando vigorosamente el 26 y 27 de enero de 1809 varios ataques del enemigo á la Puerta Quemada y huerta de Campo-Real, en cuyo mando sucedió al Barón de la Torre de Erruz; y más tarde, ya en las postrimerías de la defensa, luchando palmo á palmo en la guerra de casas de la calle de Puerta Quemada (ahora

del Heroismo), en unión del bravo coronel D. Sancho Salazar que en aquella ensangrentada vía ejercía el mando superior.

Los notorios méritos de Ramírez fueron dignamente recompensados: Palafox le ascendió á coronel y la Junta Suprema á brigadier con antigüedad de 9 de marzo de 1809. Vivía en 1823 y no había pasado de aquel grado.

El brigadier D. Adriano Cardon †

Era coronel del *Regimiento de caballería Cazadores de Fernando VII*, á cuyo frente, después de la desgraciada batalla de Tudela, llegó á Zaragoza donde le faltó el tiempo necesario para reorganizar, instruir y disciplinar sus bisoños escuadrones, cuya notoria ineptitud para el combate le fué funesta.

Porque embestida la ciudad por los franceses el 21 de Diciembre de 1808 y destinado el regimiento á la defensa del arrabal de Altabás, tuvo la desdicha de dar la única nota de flojedad que amengua una jornada tan gloriosa.

Era preciso obligar al bisoño y arremolinado regimiento á cargar al enemigo, dándole sus jefes un alto ejemplo de honor militar, y los escuadrones cargaron al fin siguiendo á su brigadier coronel que cayó mortalmente herido, y á sus jefes *D. Cayetano Torriani* y *D. Juan Dufourqq-Salinis*, heridos también.

Conducido Cardón á su alojamiento, sito en la parroquia de San Pedro, sucumbió el 24 de diciembre. Era flamenco, natural de Mariés en el condado de Artoiz, tenía 60 años y estaba casado con D.ª Teresa Fuentes, natural de Madrid; no dejó hijos y fué sepultado en la iglesia de San Pedro (años ha demolida), según consta de su partida mortuoria que nos proporcionó estas noticias.

D. Pedro del Castillo †
Coronel de Dragones del Rey

Hermosa historia la del regimiento de caballería *Dragones del Rey* en las dos defensas de Zaragoza! El 20 de mayo de 1808 salía de Madrid para oponerse al alzamiento de Aragón, que Murat vislumbraba con no disimulado temor, cuando al llegar á Sigüenza tiene el

coronel D. Juan María Barrio noticia de que el alzamiento era un hecho, y recibe á la vez orden apremiante del Generalísimo extranjero para retroceder á la Corte. Reune á toda la oficialidad y lee la orden exigiendo su inmediato cumplimiento, pero halló oposición tan unánime que se vió forzado á continuar la marcha camino de Zaragoza, á donde llegó el 13 de junio. Palafox, en alto grado satisfecho de tener á sus órdenes un cuerpo de caballería tan completo y brillante, depuso del mando al coronel Barrio como sospechoso de afrancesado, le recluyó en la Aljafería, y dió al veterano regimiento un nuevo y valeroso coronel, que lo fué por poco tiempo *D. Bernardo de Acuña y Portocarrero*, siguiendo en el cargo de Teniente Coronel el que lo era desde algunos años antes, *D. Pedro del Castillo*, oficial aguerrido y veterano de nobles prendas.

Desde su llegada á Zaragoza apenas tuvo el regimiento un día de descanso. Concurrió con el Marqués de Lazán (11 de junio) al combate de Mallén; cargó á los franceses con gran arranque en el choque de Alagón (14 de junio) llevando á su cabeza al ilustre Palafox, que recibió una herida en la brillante carga; asistió el 15 de junio al combate de Casa Blanca, acompañando después al Caudillo en su salida á Belchite; peleó con su acostumbrado denuedo en la acción de Epila (23 junio) y siempre á las órdenes y bajo la mano del General en Jefe, hizo con éste su entrada triunfal en Zaragoza el 1.º de julio.

Incorporado á las fuerzas que guarnecían el arrabal de Altabás tomó parte activa en las salidas efectuadas por los coroneles Torres, Butrón y Obispo contra los franceses que, habiendo pasado á la izquierda del Ebro por su puente militar, infestaban el término de Rabal recorriendo en son de guerra sus fértiles campos. En las reñidas acciones de que fueron teatro la torre del Arzobispo, las orillas del río Gállego y el Alto de los Molinos, pelearon los dragones con noble ardimiento, resultando gravemente herido de un balazo en el cuello el bravo coronel Acuña, en la reñida acción del 14 de julio sobre la torre del Arzobispo. Y necesitando tan digno jefe mucho tiempo para curarse, fué relevado de un mando que ya no podía desempeñar, siendo más tarde destinado al honroso y menos activo puesto de Teniente de Rey y Gobernador de la Aljafería.

Nadie más merecedor de sustituir á Acuña que su segundo *D. Pedro del Castillo* ascendido á coronel por su valeroso comportamiento en los combates del Arrabal, aunque por desdicha suya, conservó el mando del regimiento menos días aun que su antecesor; pues en el memorable 4 de agosto, cuando los franceses después del asalto de la ciudad se desparramaban por el Coso llevándolo todo á sangre y fuego, tropezaron en dicha calle al coronel Castillo, y haciéndole prisionero le mataron inútil y despiadadamente.

Y aunque nuestro objeto sea tan solo honrar y reverdecer la buena memoria del coronel Castillo, puesto que también hemos dicho algo de su bravo regimiento, proseguiremos este tema añadiendo que á raíz de la muerte de su antecesor tomó el mando de los dragones el nuevo coronel *D. Francisco Ferrer*. Que levantado el primer sitio concurrieron á la persecución del enemigo en su retirada á Navarra, combatiendo con noble ardimiento en las acciones de Caparroso y Olite, así como en la batalla de Tudela y muy principalmente en la retirada á Zaragoza donde el bravo regimiento, á expensas de muchas bajas, fué parte muy principal para la salvación de las divisiones O'Neylle y Saint-Marcq.

Principiado el 2.º Sitio, perteneció siempre el regimiento de Dragones á la división que guarnecía el Arrabal á las órdenes del brigadier D. José Manso, y claro es, que en aquel barrio suburbano furiosamente atacado por la división Gazan el 21 de diciembre, tenían que combatir ardientemente los Cuerpos de Caballería, como lo hicieron cargando á las órdenes de Palafox sobre las tropas francesas que atacaron por la carretera de Barcelona, distinguiéndose los dragones del Rey por su bravura. Y todavía afirmaron más y más su crédito de valerosos soldados en la salida que el 31 de diciembre efectuó el brigadier Gómez de Butrón por las puertas de Sancho y el Portillo para atacar las trincheras y fuerzas que los sitiadores tenían en el collado de la Bernardona. El combate fué rudo: la infantería llegó á coronar las trincheras, pero tuvo que retirarse amenazada por fuerzas muy superiores, y hubiera sido destruída sin las brillantes cargas dadas por los dragones del Rey, de Numancia y de Olivencia que merecieron unánimes aplausos, y el honorífico premio otorgado por Palafox de una cinta roja que habían de ponerse en el ojal todos los concurrentes á tan heróico hecho de armas.

Los combates y la epidemia de tal manera mermaron el efectivo del glorioso regimiento, que en las postrimerías del Sitio le quedaba muy poca fuerza. Debe sin embargo, advertirse que fué el único cuerpo de caballería que conservó sus caballos hasta el fin: los demás pelearon casi siempre desmontados.

La capitulación entregó á los franceses los exiguos restos del *Regimiento de los amarillos*, así llamado vulgarmente por el color de su vestuario. Al ser conducidos á Francia fueron muchos los dragones que desertaron y atravesando montes y ríos llegaron salvos al reino de Valencia y ciudad de Gandía, donde, con aquellos y otros soldados procedentes del desastre de Zaragoza, pudo ser reorganizado el regimiento que aun subsiste con el nombre de *Lanceros del Rey*.

D. Manuel de Ena y Gallego

Natural de Huesca y de la noble casa de su apellido, era teniente de navío de la marina real y caballero de la orden de Calatrava al surgir en 24 de mayo de 1808 el glorioso alzamiento de Zaragoza, al que se adhirió con firme convicción, presentándose á Palafox que en el acto le recibió por ayudante de campo ascendiéndole al empleo inmediato de teniente coronel de ejército.

Embestida la ciudad por Lefèbvre el 15 de junio, el ayudante Ena acompaña al General en todos sus riesgos, salidas y operaciones, secundando sus órdenes con gran valor y acierto. El 20 de junio fué comisionado por Palafox para llevar al campamento francés la contestación negativa á la intimación de Lefèbvre.

Al principiar el 2.º Sitio dejó Ena, ya ascendido á coronel, el cargo de ayudante de campo para tomar el mando del nuevo *Regimiento de Fieles Zaragozanos* cuya organización, sobre la base de las compañías de Cerezo y el Tio Jorge, le encomendó Palafox por decreto de 30 de diciembre. Destinado el valeroso cuanto heterogéneo y desnudo regimiento á guarnecer el castillo de la Aljafería, donde mandaba como gobernador el teniente de Rey D. Bernardo de Acuña y Portocarrero, bien sabido es el celo, constancia y energía con que fué defendido aquel puesto avanzado que los sitiadores nunca lograron dominar antes de la capitulación de la plaza.

Llegado este fatal momento, tanto Ena como sus soldados, debían ser conducidos á Francia prisioneros de guerra; pero así el jefe como muchos de sus subordinados tuvieron habilidad bastante para fugarse y llegar en dispersión á Cataluña, donde reunidos y reforzados con otros voluntarios aragoneses, reconstituyeron el *Regimiento de Fieles Zaragozanos* que, bajo el mando de Ena y conservando su glorioso nombre, concurrió á las campañas de Cataluña formando parte del 1.er Ejército, según parece de la Guía oficial publicada en Cádiz en 1811.

Terminada la guerra y puesto en vigor el decreto de la Junta Central por cuya soberana disposición ascendió nuestro héroe al empleo de brigadier con antigüedad de 9 de marzo de 1809, fué el regimiento de Fieles Zaragozanos refundido en el de Baza, que, poco después, perdía también este nombre quedando su fuerza incluída en el regimiento de Aragón todavía subsistente.

El rey D. Fernando VII y la esclarecida Orden de Calatrava premiaron de consuno los méritos del caballeroso brigadier Ena, confiriéndole el honorífico y lucrativo cargo de gobernador militar y polí-

tico del corregimiento de Alcañiz, en cuyo destino, desempeñado muchos años con celo y probidad, supo captarse generales simpatias.

D. Fermin Romeo

Zaragozano, de la ilustre familia de su apellido y cuñado del coronel D. Rafael Pessino, fusilado por sospechas de infidencia, tenía su casa en la calle Castellana (ahora de Boggiero) frente á la puerta de las Escuelas Pías, y en ella murió célibe en edad avanzada.

Era oficial antiguo y teniente coronel en 1808. Palafox le confirió el mando de uno de los improvisados batallones de Voluntarios de Aragón, encomendándole la comandancia militar de Pina, punto estratégico excelente para la reunión de tropas y auxilios de todas clases procedentes del Alto Aragón y Cataluña.

Desempeñó dicho mando militar con toda vigilancia y acierto; y el 29 de julio de 1808 rechazó vigorosamente á una columna francesa que intentó apoderarse de la mencionada villa.

El 4 de agosto se adelantó con su batallón hasta Villamayor, y el 5 atacó en orden escalonado las avanzadas enemigas del Gállego obligando á éstas á concentrarse y dejar libre el vado de Cogullada por donde pasaron algunos carros cargados de pólvora de la que tanta falta había en la plaza; y acompañando á Palafox, al gran convoy y á las fuerzas procedentes de Barbastro y Cataluña, entró en Zaragoza el 9 de agosto.

Ascendido á coronel concurrió á todo el 2.° Sitio, mandando el 2.° *Regimiento ligero Voluntarios de Aragón*, á cuyo frente combatió con su habitual denuedo en las luchas del Coso. Prisionero por consecuencia de la capitulación, no pudo regresar de Francia hasta el año 1814.

Ascendido á brigadier por decreto de la Junta Central con antigüedad de 9 de marzo de 1809, lo fué á mariscal de campo en 30 de mayo de 1815 y obtuvo la gran cruz de San Hermenegildo en 1827: ya era, por tanto oficial en 1787.

El Baron de la Torre de Erruz

Llamábase *D. Ignacio de Erruz*, era natural de Ateca y señor de la antigua y opulenta casa de su apellido.

Principió la carrera militar con el empleo de capitán del Regimiento Provincial de Soria, y en esta ciudad castellana contrajo matrimonio con la ilustre señora D.ª Clara de Teza.

En mayo de 1808, siendo teniente coronel de milicias y residiendo en su casa de Ateca, se presentó en Calatayud al Barón de Warssage, y con la columna del Barón llegó á Zaragoza á tiempo de concurrir al final del 1.er Sitio y á todo el 2.º cuya cruz ostentaba.

Palafox, con quien mantenía relaciones de íntima amistad, le ascendió á coronel de infantería, confiándole el mando de la *línea de la Puerta Quemada al Jardín Botánico*, trozo del recinto harto cañoneado y combatido desde el 19 de enero de 1809 en que el sitiador consiguió apoderarse del convento de San José y dominar con sus fuegos el frente atacado en la parte comprendida entre San Miguel y Santa Mónica.

Portóse el Barón con gran inteligencia, constancia y bizarría en la defensa de tan comprometido puesto, y acrecentó su fama de valiente soldado en la salida que por la puerta de Santa Engracia efectuó el 23 de enero, al frente de una compañía de Voluntarios de Aragón y otra de Guardias Walonas, con las cuales, después de arrollar las avanzadas francesas, consiguió penetrar en las baterías del Molino de Cuéllar, donde dejó clavados seis cañones antes de retirarse en buen orden á la plaza, conteniendo y haciendo rostro al enemigo que le perseguía con fuerzas superiores.

Comprendido en el Real Decreto de gracias otorgadas á los defensores de Zaragoza por la Junta Central, obtuvo el ascenso á brigadier con antigüedad de 9 de marzo de 1809.

Estaba condecorado con la *cruz del 2.º Ejército* (el de Aragón y Valencia) lo cual prueba que logró evitar con la fuga la malandanza de la cautividad y pudo continuar prestando servicios de guerra: terminada ésta se restituyó á su casa de Ateca, donde atacado de repentino accidente, falleció á 6 de septiembre de 1820, siendo sepultado su cadáver bajo honorífica lauda en la capilla de Ntra. Sra. del Rosario de la iglesia parroquial de Santa María, según consta de la correspondiente partida mortuoria que hemos examinado. La baronesa le sobrevivió algunos años.

Le sucedió en el título y mayorazgo su hijo D. Antonio de Erruz y de Teza, que en su esposa Doña Marta Tutor tuvo á su hija D.ª Celsa, en quien vino á recaer la baronía. Casó esta señora con el ilustre caballero D. Ramón Garcés de Marcilla y Heredia, en cuya descendencia radica el derecho al uso del título nobiliario de Barón de la Torre de Erruz, que ha muchos años no aparece en la Guía Oficial.

D. Miguel de Eraso

Navarro, de la ilustre casa de su apellido, era ya teniente coronel de infantería al terminar el primer sitio de Zaragoza y estuvo agregado al batallón ligero llamado en un principio de la *Reunión de Osera,* al mando de D. Antonio Guerrero, que poco después cambió aquel nombre por el de *Tiradores de Doyle.*

No siguió á este cuerpo en su salida para Cataluña formando parte de la división expedicionaria al mando del Marqués de Lazán; se quedó en Zaragoza concurriendo con gran valor á la defensa del reducto del Pilar á las órdenes de D. Domingo de la Ripa, y á la gloriosa resistencia del monasterio de Santa Engracia como segundo del brigadier Amorós. También asistió voluntariamente á la salida efectuada por Butrón el 31 de diciembre de 1808 contra los atrincheramientos enemigos de la Bernardona, y á la de 23 de enero de 1809 llevada gloriosamente á cabo por el Barón de Erruz contra las baterías enemigas del Paseo de Torrero.

Consiguió evadirse cuando le conducían prisionero, y uniéndose á las guerrillas capitaneadas por D. Francisco de Espoz y Mina, hizo guerra incansable á los franceses en Navarra y Rioja.

En 1811 era brigadier y tuvo recios combates con el enemigo en Torrecilla de Cameros, Cornado y Pozondón.

Vivía en 1823 y no había pasado de brigadier según parece del Estado Militar de dicho año.

El Conde de Fleuri †

El *Regimiento de infantería Suizos de Aragón* que concurrió á las dos defensas de Zaragoza, procedía de dos distintos núcleos; el primero llegado de Madrid, y el segundo de Cataluña.

Con el grupo de suizos fugados de Madrid, acogido en Calatayud por el barón de Warssage, y el refuerzo de otros soldados españoles y extranjeros, se organizó un batallón de 500 plazas, cuyo mando tomó el teniente coronel *D. Adriano Walquer* en 21 de junio de 1808. Dos días después concurría el nuevo cuerpo á la acción de Epila, donde combatió bravamente, y siempre adscripto á las fuerzas mandadas en persona por el general Palafox, entró en Zaragoza el 1.º de julio, quedando de guarnición en el Arrabal y principalmente en su puesto

avanzado de las torres del Arzobispo y Lapuyade, que los suizos defendieron con incontrastable decisión y numerosas bajas en los días 14, 16, 29 y 30 de julio.

El 4 de agosto llegó á Osera, procedente de Cataluña, el batallón de Suizos de Wimphen, con solas 361 plazas, al mando de su teniente coronel *D. Esteban Fleuri, Conde de Fleuri*, que entraron en Zaragoza el día 9 con el convoy y los grandes refuerzos valerosamente introducidos en la plaza bajo la personal dirección del general en jefe.

Sobre la base de los dos reducidos batallones se organizó en el mes de septiembre un pequeño regimiento, cuyo mando obtuvo Fleuri, ascendido á coronel. De Walquer, promovido también al mismo empleo en premio de los gloriosos combates del mes de julio, no encontramos más noticias que las de su valeroso comportamiento en la batalla del Arrabal, en la que resultó herido de tanta gravedad, que creemos no curó, pues no vuelve á hablarse de él.

Los suizos guarnecieron constantemente el Arrabal, y durante la ruda batalla del 21 de diciembre experimentaron tantas bajas en la defensa de la torre del Arzobispo y en su difícil retirada al recinto, que el regimiento quedó casi en cuadro y con el coronel Fleuri herido, por cuya causa tuvo que tomar el mando el teniente coronel don Pablo Casamayor. Desde entonces los suizos auténticos no pasaban de un centenar.

Estos acabaron muy mal, pues, en la noche del 10 de febrero, los que guarnecían la batería del Tejar, sobre el camino de Juslibol, desertaron por pelotones en número de 62 con algunos de sus oficiales á la cabeza, manchándose con el oprobio de haber sido los únicos desertores que tuvo la guarnición en sus dos defensas. No así el honorable coronel Fleuri, que apenas convaleciente de sus heridas y después de defender con tenacidad heroica el convento de San Francisco volado con espantosa mina y asaltado por los franceses el 10 de febrero de 1809, prosigue la resistencia desde las bóvedas de la iglesia arrojando granadas de mano al enemigo, y últimamente desde la erguida torre, á donde se acogió seguido de media docena de valerosos combatientes. Atacados en este último refugio el día 11, vendieron muy caras sus vidas que perdieron con honor peleando hasta el instante de ser arrojados desde el campanario á la calle por la furia de los asaltantes.

Tan glorioso término tuvo la vida del bravo y noble conde de Fleuri, quien según tenemos oído, pertenecía á la antigua aristocracia francesa, y emigrado por consecuencia de las persecuciones revolucionarias de 1793, tomó en España carta de nacionalidad, poniendo su espada al servicio de nuestros reyes.

El General Miranda

La defensa del puesto de la *Puerta del Sol y barrio de las Tenerías* (descrita por el historiador Alcaide con harta pobreza de colorido), es uno de los episodios que más abrillantan la epopeya de Zaragoza, como juzgará quien lea las interesantes relaciones del general Gómez de Arteche y del coronel García Marín, testigo el último de aquellos heroicos combates. Teatro de gloriosa resistencia insuperable á los esfuerzos del sitiador, fué aquel pedazo del solar zaragozano, que azotado durante dos días por 15 cañones de á 24 y cuatro obuses de 9 pulgadas que arrasaron sus baterías y defensas, logró rechazar cuatro formidables asaltos el 28 de enero de 1809, revistiendo caracteres homéricos el recobro de la *casa de Victorián González* (ahora cuartel y depósito de caballos sementales), ocupada sólo un momento por el enemigo en la noche de aquel día. Y claro es que tanta gloria sólo pudo ser conquistada á expensas de muchas y dolorosas pérdidas; perecieron 60 artilleros, resultó gravemente herido el capitán de artillería D. Joaquín de Montenegro, comandante de las baterías, y tuvieron los defensores más de mil bajas entre muertos y heridos; pero en el famoso puesto de la *Puerta del Sol*, tremoló la bandera española hasta después de la capitulación, para gloria de aquel puñado de valientes y de su heroico jefe el *brigadier D. José de Miranda*, que allí ganó la faja de mariscal de campo, revalidada más tarde por la Junta Suprema Gubernativa del Reino, con antigüedad de 9 de marzo de 1809.

Pocos pormenores podemos aportar á esta biografía del valeroso defensor de las *Tenerías*, pero allá van ordenadas cuantas noticias suyas pudimos recoger. En mayo de 1808 era ya teniente coronel primer jefe del batallón *Cazadores de Valencia*, á cuyo frente contribuyó con su habitual intrepidez á las victorias del 27 y 28 de junio que obligaron al general Moncey á desistir del sitio brusco con que intentó apoderarse de la ciudad del Turia, mereciendo por su bizarro comportamiento el ascenso á coronel qne le confirió la Junta Soberana de los Reinos de Valencia y Murcia, y el mando del nuevo *Regimiento Cazadores Votuntarios de Valencia* que organizó y condujo á Zaragoza adscripto á la división Saint-Marcq. Concurrió con su regimiento á la persecución de las tropas de Lefèbvre y Verdier en su retirada á Pamplona, asistió al desastre de Tudela, á la batalla del Arrabal (21 de Diciembre) donde Palafox galardonó sus grandes méritos con el entorchado de brigadier, y á todo el 2.º Sitio en el que desempeñó, como

queda dicho, el mando de Puerta del Sol y Tenerías, uno de los cargos más comprometidos y peligrosos que el caudillo de Zaragoza le pudo confiar. Allí, en aquel ensangrentado suelo, vió perecer en casi su totalidad su valeroso regimiento cazadores de Valencia, que al ocupar la peligrosa posición contaba 548 plazas.

Prisionero por la capitulación debió fugarse al ser conducido á Francia, pues, según la Guía Oficial publicada en Cádiz, consta que en 1811 estaba en España. En 1813 ascendió á Teniente General. En 1819 era comandante general de Ceuta, de donde al año siguiente le sacó el pronunciamiento de Riego, siendo sustituído por D. Fernando Gómez de Butrón. En 1834 aun vivía, puesto que figura su nombre en las listas de suscriptores á la *Historia de los Sitios de Zaragoza* publicada en dicho año por D. Agustín Alcaide. Había obtenido la gran cruz de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo en 1821, lo que prueba que era oficial desde 1781: debió, por tanto, fallecer en edad bastante avanzada.

El General Amoros

Inteligente y brava hasta rayar en heroica, fué la conducta de los *jefes de línea* á quienes Palafox encomendó la defensa, por trozos ó partes, de toda la extensa tirada de tapias que circundaba á Zaragoza. Miranda, Villacampa, Renovales, el barón de Erruz y los hermanos Torres, cumplieron gloriosamente su peligroso cuanto difícil cometido, pero en nada inferior al de estos ínclitos varones, fué el comportamiento del brigadier *D. Bartolomé Antonio Amorós*, á quien cupo la honra de guardar y defender á todo trance el ángulo saliente de Santa Engracia con sus puestos dependientes, la torre del Pino y el reducto del Pilar, que eran el principal objetivo de los ataques del sitiador.

El ensangrentado suelo del que había sido célebre *Reducto del Pilar*, abandonado el 15 de enero de 1809 por los pocos sobrevivientes de sus defensores, previo mandato de Palafox, había caído en poder de los franceses. Estos, envalentonados por aquel éxito, creyeron fácil el asalto de las ruinas de Santa Engracia y torre del Pino, y se lanzaron á estos puestos en desordenada muchedumbre; pero no contaron con Amorós que recibiéndolos con vivo fuego de metralla, fusilería y una línea de fogatas pedreras sabiamente establecidas, les escarmentó tan duramente, que el enemigo tuvo que retirarse en fuga veloz, dejando el campo cubierto de cadáveres y heridos. Tan valerosa de-

fensa valió al bravo brigadier el ascenso á mariscal de campo con que le agració Palafox.

El sitiador logró apoderarse de la línea de Santa Engracia el 27 de enero, después de haber destruído y arrasado sus defensas durante muchos días de continuo y furioso cañoneo, que obligó á los defensores á replegarse al interior de la ciudad para guardar la estrecha calle de Santa Engracia, única vía de comunicación con el Coso. Diez días tardó el enemigo en llegar al Hospital y apoderarse de la insignificante calle defendida casa por casa y palmo á palmo, en cuyos combates pereció el general francés Lacoste. Amorós, con su abigarrada hueste de soldados de distintos cuerpos y paisanos de varias condiciones, lo había hecho muy bien.

Pero su valerosa cuanto hábil conducta le atrajo gran antipatía de los generales franceses, que no le perdonaban la muerte de Lacoste y la pesada broma de las fogatas pedreras del 15 de enero; así que, apenas rendida Zaragoza, mandó el Duque de Montebello que llevaran á su presencia el defensor de Santa Engracia, á quien increpó ásperamente, tachando de feroces y contrarios á los usos y prácticas de la guerra los procedimientos de que se había valido para defender su puesto. Al oir un cargo tan desprovisto de razón, interrumpió Amorós al mariscal, exclamando en correcto francés:

—No sé por qué nuestras fogatas hayan podido ser más ilegales é inhumanas que vuestros millares de bombas y vuestras minas.

La observación era contundente y solo podía ser contestada con un exabrupto. Este tampoco podía faltar tratándose de un vencedor tan impetuoso é iracundo como Lannes que, montando en cólera, amenazó al general español con mandarle fusilar.

—Perfectamente, contestó Amorós encogiéndose de hombros; pero holgaba toda la anterior retórica cuando solo se trata de fusilarme por los daños que os he causado y que siento no hayan podido ser mucho mayores.

Y Lannes reprimió su iracundia. Comprendió acaso que estaba faltando á las más elementales nociones de delicadeza con sus amenazas al ilustre prisionero incapacitado de defensa, y llamando á sus ayudantes les dijo en tono vivo:

—Llevaros á esa fiera á donde yo no la vea ni la oiga.

La anterior anécdota, que guardábamos en cartera muchos años ha por referencias de caracterizados defensores de Zaragoza, nos inspiraba vivo deseo de conocer la vida y hechos del general Amorós y de una y otra adquirimos cabal noticia por documentos auténticos (entre ellos el trasunto de su hoja de servicios) debidos á la amistad de

un distinguido murciano: así que ya disponemos de todos los datos necesarios para completar la biografía de tan benemérito cuanto olvidado héroe de los Sitios.

En Caudete, villa populosa del antiguo reino de Murcia, nació *D. Bartolomé Antonio* el día 13 de julio de 1752, hijo de los consortes D. Enrique y D.ª María Alfonsa Vinader, nobles vecinos y ricos hacendados de aquella localidad. En 1766 obtuvo plaza de caballero cadete en el colegio militar de Valencia donde, terminado el curso de estudios con gran aplicación y plausible aprovechamiento, alcanzó la charretera de subteniente de infantería con antigüedad de 8 de mayo de 1769.

Destinado al *Regimiento de Milicias Provinciales de Murcia,* hizo en este Cuerpo, toda su larga y hazañosa carrera militar desde subteniente á mariscal de campo. Fué catorce años subalterno y once capitán, con cuyo empleo y mandando su compañía concurrió á la guerra del Rosellón, desde 1793 á 1795, portándose tan bizarramente en los hechos de armas de Villafranca, Portellá, Thuyir, el Bouleau, Portvendres, Bañuls, Collibre, San Telmo y batalla de Trouillas que, en tres años de ruda campaña, supo ganar con su propio esfuerzo las efectividades de teniente coronel y coronel de infantería, cuyo último empleo le fué conferido en 4 de septiembre de 1795.

Terminada harto desdichadamente, la guerra contra la república francesa que valió á Godoy el título de Príncipe de la Paz, regresó Amorós con su glorioso regimiento de milicias á la Capitanía General de Valencia, desempeñando servicios de guarnición hasta que, en 1808, sobrevino la insidiosa invasión napoleónica que deparó á nuestro héroe aparejadas ocasiones de cosechar nuevos laureles en defensa de la Patria ofendida; pues acometida Valencia por la división del mariscal Moncey, contribuyó grandemente á rechazar los ataques del sitiador guardando con brillante éxito el puesto de San Onofre el día 27 de junio y obteniendo, por galardón de su bizarro comportamiento, el ascenso á brigadier que le confirió la *Junta Soberana de Valencia* por decreto de 4 de agosto, conservándole el mando de su valeroso regimiento.

Y con él llegó á Zaragoza en las postrimerías del primer Sitio de esta ciudad, formando parte de las divisiones enviadas por la Junta de Valencia; y concurrió á las órdenes del ilustre Saint-Marcq á la persecución de los franceses en su retirada por Navarra; y asistió el 23 de noviembre á la desastrosa batalla de Tudela donde, con su habitual tenacidad, defendió muchas horas el puente del Ebro, hasta que rota la línea española se vió obligado á abandonar aquel puesto, retirándose hábilmente á Zaragoza con gran parte de su regimiento y dos piezas de artillería que tuvo la fortuna de salvar.

Apenas llegado á Zaragoza se le cometió el cargo de guardar las posiciones de Torrero, como lo hizo rechazando las avanzadas enemigas del Barranco de la Muerte, el 30 de noviembre, y las que intentaron llegar al collado de Buena-Vista el 1.º de diciembre. Embestida la ciudad pocos días después, y generalizado el 2.º Sitio, obtuvo el mando de la línea de Santa Engracia, verdadero puesto de honor, que en medio de los mayores peligros defendió muchos días tan hábil y tenazmente como queda dicho. Salió vivo por milagro, pero no quedó sin premio; puesto que el ascenso á mariscal de campo que le otorgó Palafox, fué confirmado por Real Decreto de la *Junta Suprema Gubernativa del Reino*, con fecha 9 de marzo de 1809.

PRISIONERO por consecuencia de la capitulación y conducido á Francia como todos sus compañeros de glorias é infortunios, pugnó siempre por recobrar la libertad, realizando al fin su audaz evasión pocos meses antes de que la paz general permitiese á tantos valientes el ansiado regreso á la madre patria. Volvió, pues, el ilustre veterano del Rosellón, Valencia y Zaragoza á disfrutar vida patriarcal en su su casa solariega de Caudete, ajeno por completo á los motines y movimientos políticos que tanto perturbaron la paz y tranquilidad de España y guardando acendrada fidelidad al Rey que había jurado. Exento de ambiciones, rehuyó los mandos militares propios de su elevada jerarquía, y dejó transcurrir plácidamente los últimos 20 años de su venerable ancianidad rodeado del amor de su dignísima esposa D.ª Antonia Fernández de la Portilla y de sus siete hijos, ya todos fallecidos, pero tan fecundos en larga é ilustre descendencia, que aun viven tres nietos, diez y nueve biznietos y diez y seis tataranietos de aquel feliz consorcio.

Fernando VII, reconocido á los grandes méritos, distinguidos servicios y notoria fidelidad de Amorós, quiso premiarle dignamente declarándole benemérito de la patria en grado heroico y eminente, concediéndole la gran cruz de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo y otras muchas condecoraciones, entre las cuales merecen cita especial la de la Flor de Lis, la del Sufrimiento por la Patria y las de los dos Sitios de Zaragoza; pero comprendiendo el Rey que este cúmulo de distinciones no constituía galardón correspondiente á los merecimientos del anciano guerrero, llevó á cabo un acto de justicia, promoviéndole á teniente general por Real decreto de 7 de diciembre de 1829.

Tales fueron en breve resumen la vida y hechos del benemérito defensor de las *ruinas de Sta. Engracia*. Caballero cumplido, soldado intrépido y varón virtuoso, murió tranquila y cristianamente en su

casa de Caudete, á la avanzada edad de 81 años, el día 3 de enero de 1835, rodeado de su familia y del sentimiento de la población entera que lloraba la pérdida del más honorable de sus patricios.

D. Mariano Peñafiel

Fué uno de los mayores héroes de la *batalla del Arrabal* el 21 de diciembre de 1808. En esa gloriosa jornada defendió con tanto denuedo como éxito la batería denominada del Rastro de los Clérigos (sita en lo que es ahora convento de religiosas descalzas de San José) al frente del 2.º *Regimiento Infantería de Murcia*, con el cual rechazó tres empeñados asaltos del enemigo, á quien todavía persiguió en los dos días siguientes obligándole á atrincherarse en el Picarral.

Había llegado á Zaragoza mandando dicho regimiento adscrito á la división murciana del general Villava. Salió después de levantado el primer Sitio, con la división O' Neylle en persecución del ejército de Lefèbvre asistiendo á las acciones de Caparroso y Olite seguidas de de la batalla de Tudela, á cuyo desgraciado hecho de armas, concurrió también, peleando con gran tesón durante ocho horas antes de pronunciarse en forzosa retirada. Regresó á Zaragoza con su mermado cuanto glorioso 2.º de Murcia, fué ascendido á brigadier y destinado á la guarnición del arrabal de Altabás, formando parte de la división encomendada al benemérito brigadier D. José Manso, comandante del batallón de Guardias españolas y gobernador de aquel suburbio zaragozano.

Como 2.º jefe de tan importante puesto, permaneció Peñafiel en dicha guarnición, siempre con el mando de su regimiento, durante todo el 2.º Sitio, distinguiéndose constantemente por su vigilancia, pericia y denuedo, sobre todo en los últimos días de la defensa cuando después de prolongado, furioso y no interrumpido cañoneo, tomó Gazán por asalto los conventos de Altabás y San Lázaro á que siguió la ocupación militar del Arrabal quedando prisionera toda la guarnición, y con ella nuestro biografiado, cuyos merecimientos y trabajos galardonó Palafox con el ascenso á mariscal de campo, confirmado por la Junta Central por R. D. de 9 de marzo de 1809.

Prisionero en Francia, permaneció en cautividad hasta la terminación de la guerra, y á poco tiempo de su regreso se le encomendó el mando de una de las divisiones del Ejército de Reserva de que era general en jefe D. José de Palafox, mandado organizar en Zaragoza en el año 1815 para atender á las eventualidades de la guerra llamada

de los *cien dias*, encendida de nuevo por la ambición de Bonaparte.

Poco tiempo sobrevivió á estos acontecimientos el benemérito general Peñafiel. Debió fallecer antes de 1820, puesto que su nombre no figura en el Estado Militar de dicho año.

D. Francisco Trujillo y Salas

Tenemos entendido que era natural de Murcia, donde todavía se conserva su apellido, y llegó á Zaragoza con las divisiones enviadas por la Junta Suprema de Valencia, mandando el *tercer regimiento de Murcia* del que era coronel, y aunque militar de carrera debía ser entonces bastante joven, puesto que en el Estado Militar de 1823 no estaba todavía en posesión de la placa de San Hermenegildo, aunque ya era caballero de la Orden.

Asistió con gran distinción á todo el 2.º Sitio; formando su regimiento parte de la división al mando del brigadier D. José Manso, á cuyo cargo estaba la defensa del Arrabal. Alternó en este mando con los brigadieres Manso y Peñafiel, se distinguió por su valor y pericia en la batalla del 21 de diciembre, así como en las salidas de los días sucesivos, y defendió con notoria perseverancia el convento de San Lázaro, asaltado por el enemigo el 18 de febrero de 1809.

Prisionero por la capitulación, logró fugarse y presentándose en Murcia obtuvo el mando del regimiento de las Alpujarras, adscripto al tercer ejército, según vemos en el Estado Militar publicado en Cádiz en 1811. Ya antes había sido agraciado con el empleo de brigadier que le otorgó la Junta Central por R. D. de 9 de marzo de 1809, en premio de los méritos que contrajo en la defensa de Zaragoza.

D. Vicente Gonzalez Moreno

El *regimiento infantería del Turia*, cuya vida efímera no excedió de los nueve meses que median desde 24 de mayo de 1808, fecha de su creación en Valencia, hasta el 21 de febrero de 1809, en que por la capitulación de Zaragoza, quedó definitivamente extinguido, fué uno de los Cuerpos que con más valor y decisión peleó en la histórica segunda defensa de la capital aragonesa.

Vino dicho regimiento al mando de su joven y bravo brigadier co-

ronel *D. Vicente González Moreno*, y estuvo adscripto á la división del general Saint-Marcq, con la cual concurrió á perseguir al ejército francés de Lefèbvre en su retirada á Navarra, asistió á la desgraciada batalla de Tudela con glorioso comportamiento que le ocasionó gran número de bajas, y habiendo conseguido retroceder á Zaragoza á raíz de dicha batalla, tomó parte activa en toda la segunda defensa, combatiendo en Torrero, en la línea de Santa Engracia y en las heroicas luchas del Coso, formando siempre parte de la división Saint-Marcq. Sus pérdidas en el breve período de su vida fueron tan grandes que habiendo sido organizado con más de mil plazas, sólo 483 le quedaban en 1.° de enero de 1809, cuya cifra aun se redujo grandemente en las postrimerías del Sitio.

Hijo de un capitán del regimiento infantería de Saboya, nació González Moreno en Cádiz hacia el año 1778, é ingresó en el servicio militar como cadete de dicho regimiento en 1792: con él concurrió á la guerra del Rosellón contra la República francesa, y allí, en la gloriosa escuela del general Ricardos, hizo su primera campaña, portándose con denuedo en hechos de armas tan importantes como los de Illa, Villafranca, Trullás, Montesquieu y Portella. Ascendió á teniente en 1794 y á capitán en 1801.

Invadida España por los ejércitos bonapartistas en 1808, hallábase nuestro biografiado en Valencia al ocurrir el glorioso alzamiento de dicha capital y su reino, en el que tomó parte muy activa. *La Junta Suprema* gubernativa de dicho reino le ascendió á coronel, encomendándole la organización y mando del nuevo regimiento del Turia, de cuya breve y gloriosa historia hemos dado noticia. Ascendido á brigadier por Palafox en justo premio de sus servicios en la expedición á Navarra y batalla de Tudela, concurrió á la segunda defensa de Zaragoza, y pudo eludir con oportuna fuga la desdicha de ser conducido prisionero á Francia.

Concurrió después á toda la guerra de la Independencia, distinguiéndose en numerosas acciones de guerra, sirviendo en los ejércitos 4.° y 6.°, cuyas cruces ostentaba; y después del triunfo de España obtuvo el mando del regimiento infantería de Zaragoza, que desempeñó algunos años.

Sus opiniones realistas, bien patentizadas en la campaña de 1821 á 1823, le incitaron á unirse al ejército franco-hispano del Duque de Angulema, con el cual entró en Madrid, mandando la brigada de vanguardia.

Ascendido á mariscal de campo en 30 de octubre de 1830, obtuvo la gran cruz de la Orden de San Hermenegildo, hallándose con anterioridad en posesión de la de 3.ª clase de San Fernando. Seguidamente fué nombrodo gobernador de Málaga, y poco después capitán gene-

ral de Granada, en cuyos mandos alcanzó tristísima notoriedad por los horrorosos fusilamientos del general Torrijos y sus compañeros que atrajo con engaño, consumando un acto de innoble y sanguinaria política, que conquistó á González Moreno la odiosa reputación con que juzga la Historia á los Nerones y Dioclecianos. Los liberales le abominaron y ni aun los realistas le quisieron bien.

Muerto Fernando VII quedaba cerrado á González Moreno todo camino que no fuera el de seguir las banderas del pretendiente don Carlos. Las siguió en efecto, y, ascendido en 1835 á teniente general, alcanzó el mando en jefe del ejército carlista del Norte, vacante por muerte del famoso D. Tomás de Zumalacárregui. Su campaña fué desastrosa, pues si tuvo en Arrigorriaga un efímero triunfo, sufrió al poco tiempo la tremenda derrota de Mendigorría, que le inhabilitó por el momento para continuar en la suprema jefatura.

Pero este desastre no consiguió anular sus prestigios cerca del Pretendiente. Tenía éste en gran aprecio los conocimientos y práctica militar de González Moreno, así que en 1836 le nombró Jefe de Estado Mayor General del Infante D. Sebastián y después de su propia persona, cuando puesta al frente del ejército emprendió aquella famosa expedición por Aragón, Cataluña y el Maestrazgo hasta Madrid, librando combates tan importantes como los de Huesca, Barbastro y Villar de los Navarros, por los cuales fué el jefe de Estado Mayor ascendido á Capitán General de los ejércitos carlistas.

Poco tardó en sobrevenir el famoso Convenio de Vergara á que González Moreno no quiso adherirse. Considerando terminada la guerra dirigíase camino de Francia buscando hospitalario refugio en extranjera tierra, cuando al atravesar la línea fronteriza entre Urdax y Vera, fué asesinado á bayonetazos por una turba de sus antiguos voluntarios.

Tan trágico y lamentable fin tuvo el antiguo defensor de Zaragoza y mal aconsejado aprobador de la atrocidad jurídica que llevó al martirio á la desventurada D.ª Mariana Pineda.

D. Felix Mas y Fiol

Apenas ocupada Pamplona por los franceses por los medios fraudulentos consignados en la Historia, logró fugarse de aquella plaza el veterano teniente coronel D. Francisco Marcó del Pont acompañado de 100 soldados catalanes del batallón que mandaba denominado *ligero de Voluntarios de Tarragona;* y bien sabido es el valeroso com-

portamiento de esta fuerza en la célebre jornanada de 15 de junio en la que llegó á tiempo de recobrar la puerta de Sta. Engracia, asaltada por el enemigo y dueño de ella por un momento.

El 25 de junio hicieron su entrada en Zaragoza otros 200 soldados catalanes conduciendo dos obuses con su dotación de municiones, procedentes del castillo de Monzón, y puestas también estas dos compañías en unión de la citada anteriormente bajo el mando de Marcó del Pont, contribuyeron eficazmente á defender la batería del Portillo en las memorables fechas del 2 de julio y 4 de agosto.

El 8 de agosto hizo Palafox su entrada triunfal en la plaza conduciendo el gran convoy escoltado por el 2.º de ligeros Voluntarios de Aragón, seis compañías de los tercios de Barbastro y dos más de *Miqueletes de Lérida* que llevando la extrema vanguardia habilitaron con tablones los vados del Gállego para facilitar el paso de los carros, marchando enseguida á la línea del Coso y entrando en fuego con los enemigos encerrados en los edificios del Hospital de San Francisco.

¿Con cuál de estas dos últimas partidas de soldados catalanes llegó á Zaragoza el bravo teniente coronel D. Félix Más y Fiol?

No hemos podido averiguarlo, pues el nombre de tan distinguido jefe no aparece en las relaciones de la primera defensa ni le encontramos en ninguna parte hasta el 4 de octubre de 1808, en cuyo día decretó el general Palafox la organización del batallón *Cazadores Voluntarios de Cataluña*, con 628 plazas de fuerza, que puso bajo su mando, quedando reunidas en una sola unidad orgánica las compañías antes expresadas y todos los soldados catalanes, que, desertando de las provincias ocupadas por los invasores, habían buscado el refugio de Zaragoza.

Ante los amagos del 2.º Sitio, y á raíz del desastre de Tudela, fué organizado el ejército de Aragón en cuatro divisiones por decreto de 1.º de diciembre de 1808, quedando adscripto á la del brigadier Gómez de Butrón el batallón de Cataluña, que ya en el estado de fuerza de 1.º de enero de 1809 sólo tenía 465 plazas.

Concurrió á la célebre salida del 31 de diciembre contra los atrincheramientos de la Bernardona y se distinguió grandemente en la defensa del Coso alto, Jardín Botánico y guerra de casas de la calle de Sta. Engracia, llegando con escasísimos restos vivientes á los momentos de la capitulación.

Y después de ella nada sabíamos de las vicisitudes de D. Félix Mas y Fiol, ascendido á coronel por Palafox. Suponíamosle prisionero de guerra y conducido á Francia, pero no fué así, á juzgar por la rotulata de un retrato del héroe presentado á la Exposición que con motivo del glorioso Centenario de los Sitios se celebra en Zaragoza. El retrato dista mucho de ser obra de pincel sobresaliente, pero debe supo-

nerse que tiene condiciones de semejanza; el héroe viste uniforme de mariscal de campo, lleva al pecho la cruz del 2.º Sitio de Zaragoza, y al pie del retrato se lee la inscripción siguiente:

D. Félix Mas y Fiol mariscal de campo de los reales exércitos de S. M., coronel que fué de Voluntarios de Cataluña y fijo de Aragón, caballero condecorado con la cruz de los defensores de la ciudad de Zaragoza; nació en Palma de Mallorca á 24 de Agosto de 1757 y murió en Zaragoza á 30 de Enero 1812.

Son muy de apreciar los datos biográficos contenidos en la inscripción transcrita, pero en ella advertimos yerros indudables, como son el mando de ese regimiento fijo de Aragón, que nunca existió, y la fecha del fallecimiento del héroe, que debe estar equivocada, pues mal pudiera un general español residir y morir en Zaragoza en enero de 1812, cuando esta ciudad estaba en plena dominación francesa, y tampoco podía el héroe ostentar en aquella fecha la cruz roja del segundo Sitio creada por decreto de Fernando VII del 30 de agosto de 1814. Entendemos, por tanto, que el valeroso coronel de los Voluntarios Catalanes murió algunos años después de lo que dice el retrato, pero nos complacen los adelantos de su carrera que prueban, no solamente que no fué prisionero, sino que continuó peleando con lucimiento durante toda la guerra de la Independencia.

D. Jose Bellido

Era navarro, de la noble casa de los Bellidos de Cascante, y oficial intrépido que llegó á Zaragoza en mayo de 1808 acompañando á Palafox y Butrón, á tiempo de tomar activa parte en el patriótico alzamiento de la ciudad contra la opresión extranjera.

Fué el amigo íntimo y el ayudante predilecto del general, con quien vivía en su misma casa, acompañándole en todos sus peligros y expediciones; pero no se contentaba con el simple desempeño de su ayudantía, sino que quiso simultanearla con el mando de armas y fué teniente coronel del *Regimiento Granaderos de Aragón* (vulgo de Palafox) de que era coronel el benemérito y veterano jefe D. Francisco Marcó del Pont.

En el 1er Sitio acompañó á Butrón en todas sus arriesgadas salidas por el Arrabal y contribuyó eficazmente á la defensa de la puerta y batería del Portillo rudamente atacadas por el sitiador el 2 de julio y el 4 de agosto, por cuyos méritos fué ascendido á coronel.

En la guerra de calles del 2.º Sitio mandaba Butrón la línea del

Coso desde la Cruz al Almudí, y era Bellido jefe del puesto del arruinado Hospital General de Nuestra Señora de Gracia, que defendió heroicamente desde el 3 al 6 de febrero de 1809, en cuyo día, abierta brecha por la voladura de un gran hornillo, fué asaltado por el comandante Guillemain. De aquellas ensangrentadas ruinas sacaron los pocos defensores que pudieron escapar con vida, el cuerpo herido y magullado de nuestro héroe, que allí ganó el bien merecido ascenso á brigadier otorgado por Palafox.

Fué muy estimado de Fernando VII, que apreciaba en gran manera sus altas prendas de valor y lealtad, y le promovió á mariscal de campo en 3 de mayo de 1815, agraciándole poco después con el gobierno militar de Lérida, que desempeñó mucho tiempo. Murió repentinamente en el Casino de Madrid, año de 1856, siendo teniente general y anciano casi octogenario.

El general Gómez de Butrón solía decir: «*Mi nombre no se olvidará mientras España recuerde el de Palafox, el del Padre Basilio, el de Jorge Ibor y el de Bellido*», y decía bien, porque en esos cinco nombres se compendia parte muy principal de la epopeya de Zaragoza.

El Conde de Romree

Don Carlos Felipe José de Romrèe, conde de Romrèe y del Sacro-Imperio, en virtud de cartas patentes del emperador Rodolfo II, dadas en Viena á 25 de marzo de 1598, pertenecía á antigua familia belga, que desde 1622 había sido dignificada con privilegio de nobleza de Castilla, expedida en 30 de noviembre de 1622 por el rey de España D. Felipe IV, Nació en Namur (Flandes) en 25 de enero de 1760, y era hijo de los cónyuges Jacques-Emmanuel-Albert de Romrèe, caballero señor de Vischenet, y Louise-Thèrèse Josephe d'Aux y de Neufville.

Según consta de su hoja de servicios, que tenemos á la vista, ingresó como cadete de Reales Guardias Walonas en 10 de enero de 1780, siguiendo su carrera en este privilegiado Cuerpo, donde obtuvo todos sus ascensos desde alférez á capitán, empleo equivalente al de coronel de infantería. Concurrió al bloqueo y sitio de Gibraltar y á la guerra contra Francia en el ejército del Rosellón, distinguiéndose por su valor en las batallas de Masdeu, Canoes y Truillas, y últimamente á la campaña de Portugal, á cuyas fronteras fué con su batallón. En 25 de julio de 1803 obtuvo su retiro para Valencia, quedando agregado al Estado Mayor de dicha plaza.

Tal era la situación del conde en mayo de 1808, cuando España decidía alzarse en armas contra la invasión napoleónica.

Impulsado por los estímulos de su propio honor y del afecto que profesaba á su patria adoptiva, se presentó á la Junta Suprema de Valencia, ofreciendo sus leales servicios, y fué nombrado coronel del *regimiento de infantería Voluntarios de Borbón*, afecto á la división Saint-Marcq, saliendo inmediatamente para Cuenca á contener los progresos del general Frére, y marchando rápidamente sobre Zaragoza, cuyo primer Sitio levantaron los franceses. Concurrió después á la persecución de la retirada de los enemigos hasta Sangüesa, replegándose sobre Tudela, donde asistió con lucimiento á la batalla del 23 de noviembre y á la difícil retirada á Zaragoza después de aquel desastre. Ya antes de estos acontecimientos había sido ascendido á brigadier por la Junta Suprema de Valencia en 25 de septiembre de 1808.

Principiado el 2.º Sitio de Zaragoza, continuó el regimiento de Borbón afecto á la división Saint-Marcq, de la cual el brigadier-coronel, Conde de Romrée, era segundo comandante general. El valeroso regimiento había tenido tantas bajas en la campaña de Navarra, que solo contaba 317 plazas de fuerza efectiva en el estado de 1.º de enero de 1809.

Esto no obstante, combatió con ardor y perseverancia en la defensa del Coso bajo y de las tapias que limitan la ciudad desde la huerta de Santa Engracia hasta Puerta Quemada, en cuya peligrosa línea alternó Romrée en el mando con el Barón de Erruz y el coronel D. José Ramírez, y defendiendo valerosamente la huerta del Marqués de Campo Real asaltada por el enemigo, resultó gravemente herido de un balazo en el vientre.

Prisionero por efecto de la capitulación y llevado á los depósitos de Francia, logró evadirse y buscar refugio en Bélgica, por cuya causa fué condenado en Consejo de guerra á ser pasado por las armas en la fortaleza de Namur, dominada ya por los franceses. Conducíanle á esta plaza dos gendarmes que habían descubierto su residencia, mas por segunda vez consiguió verse libre venciendo y sujetando á sus guardianes con el poder de sus hercúleas fuerzas, logrando ganar la costa, embarcarse para España y llegar sano y salvo á su casa de Valencia, donde pudo descansar de sus fatigas con la satisfacción de encontrarse ascendido á mariscal de campo como comprendido en el Real Decreto de 9 de marzo de 1809.

Incorporado al ejército de Valencia obtuvo el mando de su vanguardia y en 9 de Febrero de 1812, como comprendido en la capitulación de dicha capital, fué nuevamente hecho prisionero y conducido á Francia, en cuyos depósitos permaneció hasta la paz general.

Estaba condecorado con la cruz del 2.º Sitio de Zaragoza y la medalla del sufrimiento por la patria.

Había casado en la ciudad de Valencia en 8 de julio de 1803 con la Sra. D.ª María Antonia Cebrián y Enriquez, en quien tuvo ilustre sucesión, y entre ella, á su primogénito D. Antonio María, que después de haber servido en la Guardia Real durante su juventud, fué Mayordomo de semana de S. M. la Reina D.ª Isabel II. El D. Antonio contrajo su matrimonio con la Sra. D.ª Josefa Paulin y de la Peña, y tuvo, entre otros hijos, á su primogénito D. Carlos de Romrée y Paulin, que lleva actualmente el ilustre título de sus antepasados.

Réstanos tan sólo añadir que el benemérito general y antiguo coronel del regimiento de Borbón, gloriosamente sacrificado en la batalla de Tudela y la 2.ª defensa de Zaragoza, falleció en Valencia el día 28 de enero de 1820, á los 60 años de edad.

D. Manuel de Leyva y Eguiarreta

Vino á Zaragoza con las divisiones valencianas mandando el primer batallón *Tiradores de Murcia;* era coronel y concurrió á todo el 2.º Sitio, en el que vió desaparecer casi por completo aquel valeroso batallón, víctima de los rigores de la guerra y estragos de la epidemia.

Asistió con lucimiento á la batalla del Arrabal el 21 de diciembre de 1808, y en 5 de febrero 1809 le confió Palafox el mando de la línea del Coso, desde la casa del Conde de Sástago hasta el arco de S. Roque y convento de Religiosas de Santa Fé, cuya línea defendió con tanto denuedo como fortuna, sin que pudieran vulnerarla los enemigos, dueños ya de los edificios de S. Diego y S. Francisco, á pesar de sus pertinaces acometidas.

En estos frecuentes combates quedó herido de bala en el brazo derecho, el 12 de febrero, sin que á pesar de la gravedad del accidente, se prestase á abandonar su puesto de honor; y tres días más tarde, habiendo volado los franceses el muro de la escalera de la casa de Sástago, caía envuelto en las ruinas, de donde pudieron sacarle sus valientes soldados con el brazo herido completamente destrozado. Así ganó Leyva el ascenso á brigadier que le confirió Palafox y confirmó la Junta Suprema Gubernativa del Reino por Real Decreto de 9 de marzo 1809.

Fué prisionero de guerra, regresó á España en 1814 y no pasó de brigadier. En 1831 residía en Barcelona, según parece de las listas de suscriptores á las historias de Alcaide.

D. Jose Puig (Puch)

Figura en las listas de los defensores publicadas por Alcaide con el empleo de brigadier, aunque entonces sólo era coronel de caballería, pues consta que el ascenso á brigadier lo obtuvo por Real Decreto de gracias expedido por la Junta Suprema en 9 de marzo de 1809. Concurrió, por tanto, al 2.° Sitio, y según nuestros informes desempeñó el cargo de coronel del regimiento de caballería *Dragones de Numancia*, por ausencia del que lo era en propiedad D. Miguel Valcarcel.

Era aragonés, natural de la villa de Tamarite, de familia infanzono y empezó sus servicios militares en el Real cuerpo de Guardias de Corps, el día 6 de enero de 1774. Estaba casado con D.ª Francisca Tribiño, en quien tuvo á su hijo *D. Ramón Puig (ó Puch)* que también concurrió á la batalla de Tudela y 2.° Sitio de Zaragoza en calidad de alférez de los dragones de Numancia, según consta de la hoja de sus servicios.

Hija de D. Ramón Puig (que en 1823 era capitán de Numancia) y de su esposa D.ª María de Belén Fernández, fué D.ª Natalia Puig y Fernández, esposa del Sr. D. Rafael Muñoz y Peñalver, coronel de dicho regimiento; é hijas de este ùltimo matrimonio son las señoras D.ª Natalia y D.ª Aurora Muñoz y Puig, Condesa de Tabseira, residentes ambas en Lisboa.

D. Miguel Valcarcel

Era coronel del regimiento de caballería Dragones de Numancia, pero no concurrió con él al 2.° Sitio porque apenas comenzado tuvo que salir para Cuenca acompañando á D. Francisco Palafox, y de allí para Sevilla con pliegos del Capitán General para el Conde de Floridablanca, no pudiendo entrar de nuevo en Zaragoza por lo estrecho del bloqueo.

Según informes de D. Francisco Palafox, que tenemos á la vista, era Valcárcel persona de grandes prendas y talentos militares.

D. Antonio Camps

Vino á Zaragoza desempeñando el cargo de coronel del *Regimiento Infantería Voluntarios de Alicante* y era jefe de grandes prendas de valor, patriotismo é inteligencia que le valieron el empleo de brigadier con antigüedad de 9 de marzo de 1809. En el año 1820 mandaba el regimiento infantería de Navarra y aún vivía en 1830.

D. Diego de la Vega

Llegó á Zaragoza después del desastre de Tudela mandando las escasas fuerzas del *Regimiento de Saboya*, procedentes del ejército de Andalucía, que consiguió salvar de aquella catástrofe. Era ya entonces coronel del referido regimiento.

Concurrió á todo el 2.º Sitio con créditos de jefe distinguido y valeroso, por cuyos méritos fué ascendido á brigadier con antigüedad de 9 de marzo de 1809.

Fugado á Cataluña después de la capitulación, obtuvo el mando del Regimiento de Gerona, sirviendo en él hasta la terminación de la guerra.

Destinado después de la paz al Regimiento infantería de Cantabria, volvió de nuevo á la guarnición de Zaragoza, donde se hallaba en 1820, cuando se restauró el sistema constitucional. Era muy bien quisto del capitán general de Aragón D. Luis de Palafox, Marqués de Lazán, y como constante concurrente á la tertulia de la Marquesa, fué uno de los personajes presos por el jefe político D. Luis Veyán, por sospechas de conspiración absolutista, de cuya causa salió, como todos sus compañeros, absuelto y libre de todo cargo.

QUINTO GRUPO

OTROS MILITARES DISTINGUIDOS QUE NO MANDARON CUERPO

Incluímos en este grupo, con notoria mayoría en él, las semblanzas de aquella bizarra juventud, que bien por pertenecer al estado militar; bien por haber entrado en esta profesión improvisamente, tomaron parte gloriosa en la epopeya zaragozana.

Muchos de esos jóvenes oficiales pertenecían á las más ilustres familias de la nobleza aragonesa, y sentando su plaza en los cuerpos nuevamente creados, ó sirviendo de ayudantes de campo de los hermanos Palafox, continuaron sus carreras en la noble profesión de las armas, llegando en ella á las más altas jerarquías. Otros, espoleados por los estímulos del patriotismo, se fugaron de las guarniciones de Madrid, Navarra y Cataluña, para ayudar á los zaragozanos en la grandiosa empresa de resistir la potencia invasora; y otros muchos de análogas procedencias á las expresadas, vinieron á la capital de Aragón adscriptos á las divisiones valenciana y murciana, al mando de los generales O'Neylle, Saint-Marcq y Villava.

Ya en el grupo de los ingenieros, ha podido ver el lector algunos jóvenes arquitectos y doctores en derecho que prestaron notables servicios y hasta ingresaron en aquel facultativo instituto, como sucedió á los doctores D. Ramón Mateo y D. Mariano Villa. Pero en este que estamos reuniendo, son muchos más los que, como D. Martín Lucas, los hermanos Cistué, Carratalá, D. José Andreu, Martínez de San Martín, Alvarez y otros, cambiando la borla por el yelmo, honraron la milicia española, en la que nunca hubieran ingresado si la invasión napoleónica no hubiera venido á trocar sus destinos.

Y he aquí un concepto que caracteriza con indeleble rasgo la defensa de Zaragoza. En medio de la improvisación de sus fuerzas y del

desorden obligado por lo cruento del ataque, la escasez de recursos y el constante estrago de la epidemia, fué una grande y fecunda *Escuela de Guerra*, madre de muchos ilustres y expertos generales que, andando el tiempo, gobernaron provincias y divisiones del ejército nacional, tanto en las guerras de América como en la dinástica de los siete años; no debiendo omitirse que también salieron de esta escuela los principales caudillos é improvisadores de las huestes carlistas, ya que defendiendo á Zaragoza se ejercitaron en las más duras y difíciles prácticas del servicio de campaña, los generales del Pretendiente, Zumalacárregui, Montenegro, Maroto y González Moreno.

Es un aspecto más de que darán razón estas semblanzas.

Incluímos al final del grupo los bosquejos biográficos de los oficiales de Administración Militar, concurrentes á las dos defensas, según las escasas noticias que de ellos hemos logrado adquirir. Se portaron muy bien, y podemos aplicarles el elogio que el ilustre Gómez de Arteche dedicó á los artilleros: *Eran pocos pero buenos.*

D. Jose Mor de Fuentes

Poeta, periodista y literato de conocida fama en su tiempo, produjo este ilustre aragonés muchos libros que hoy andan casi tan olvidados como su autor, verdadera flor de un día en la república de las letras.

Por su carrera fué teniente de navío é ingeniero de la Armada, cuyo servicio dejó para dedicarse de lleno á sus aficiones literarias. De familia infanzona, había nacido en Monzón, bien adelantada la segunda mitad del siglo XVIII, y aun vivía en 1836, en cuyo año publicó en Barcelona el *Bosquejillo de su propia vida y escritos.* Poco debió tardar en morir después de aquella fecha.

En esa algo pretenciosa auto-biografía, encontramos que Mor de Fuentes presenció en Madrid las atrocidades muratistas *del dos de mayo*; que fugado á Zaragoza contribuyó con sus discursos á enardecer el patriotismo del vecindario, tomando parte activa en su glorioso alzamiento; y por último, que asistió á la 1.ª defensa, desde el 15 de junio hasta el 11 de julio, en cuyo día, comisionado por Palafox, salió absolutamente solo á reconocer el estado de nuestra raya con Francia, por la parte confinante á Cataluña, de donde no se tenía noticia alguna.

Un día de junio ocurriósele subir á la *Torre-Nueva* para observar los movimientos del enemigo, y allí concurrió también el comandante

de artillería (éralo D. Juan Cónsul) llevado por igual pensamiento: convinieron ambos interlocutores en la necesidad de establecer allí mismo una atalaya ó vigía que constantemente avisase con sus menores detalles de los trabajos del sitiador para prevenir la defensa; y aprobada la idea por el general gobernador Marqués de Lazán, quedó establecida la *comandancia de la Atalaya*, de que se encargó desde luego nuestro poeta, asistido del personal necesario.

Y es sumamente curioso lo que el antiguo marino dice respecto á la instalación de tan útil é importante oficina, en estas palabras: «Mi »amiga la Condesa de Bureta subió á visitarme, brindándome con »unos excelentes anteojos que heredó de su padre..... Por este medio »atalayaba á mi satisfacción al enemigo, y así en mis partes solía espe»cificar el número cabal de las tropas y la calidad de las piezas que se »ponían en movimiento para sus ataques y expediciones».

En los primeros días de julio fué Mor de Fuentes sustituído en la comandancia y dirección de la atalaya por el teniente de navío, y años andando, ilustre general de la Armada, D. José Primo de Rivera. El cargo no era muy apetecible ni por descansado ni por poco peligroso, puesto que el odio que los franceses cobraron á la *Torre-Nueva*, singular frustradora de sus planes, la convertían en constante objetivo de sus obuses y cañones. No permitió Dios que los proyectiles franceses hirieren el histórico alminar mudéjar de la plaza de San Felipe: su desaparición estaba destinada á la ingratitud y osadía del vandalismo modernista.

D. Pedro Mendieta †

Entre los más heroicos defensores de Zaragoza merece lugar eminente la memoria del coronel graduado, capitán del 1.er batallón Voluntarios de Huesca, *D. Pedro Mendieta*, muerto gloriosamente el 29 de enero de 1809 en las brechas de Santa Mónica, destrozado por dos granadas que le rompieron ambas piernas, después de haber contribuído con su esfuerzo á rechazar ocho asaltos del sitiador. De la participación del héroe en aquella lucha gigantesca, da ingenuo testimonio un honorífico certificado del general Villacampa, fechado en agosto de 1814, que tenemos á la vista.

El capitán Mendieta era aragonés, natural de Aguarón, villa del campo de Cariñena, en la que todavía se conserva su ilustre apellido. Principió su carrera militar como caballero cadete en el 2.° batallón ligero Voluntarios de Aragón, donde alcanzó los empleos de subte-

niente y teniente, y con este último llegó á Zaragoza, sirviendo en dicha unidad orgánica al terminar el 1.er Sitio.

Ascendido á capitán y destinado al 1.er batallón de Voluntarios de Huesca, cuyo mando encomendó Palafox al valiente D. Pedro de Villacampa, asistió con su acostumbrado denuedo á la salida de Butrón contra los atrincheramientos de la Bernardona (31 diciembre) pasando después á guarnecer el convento de Santa Mónica, donde ganó el grado de coronel y se abrió gloriosa sepultura.

Había contraído su matrimonio con la señora doña Antonia Traver, en quien tuvo y dejó una hija llamada doña Jerónima, que tiempo andando casó con D. Pío de Soto Valladares, abogado de los Reales Consejos, de cuya descendencia directa sólo vive actualmente el comandante de infantería D. Ricardo Enamorado y Soto Mendieta, biznieto del héroe.

El rey D. Fernando VII atendió con generosidad á la familia de D. Pedro, pues por R. O. de 16 de septiembre de 1809, concedió el Consejo de Regencia pensión de teniente coronel á la desolada viuda, y por nueva disposición soberana de 10 de octubre de 1814, se aumentó aquella viudedad en 1.600 reales anuales sobre los fondos de Expolios y Vacantes, á fin de que resultase pensión completa de coronel vivo y efectivo, en consideración al glorioso sacrificio de la vida hecho por su difunto marido, y para que pueda atender á su subsistencia y la de su hija sobreviviente.

El Coronel D. Jose Maria de Paniagua

Le conocimos y tratamos en la biblioteca del Casino de Zaragoza, á la que concurría diariamente. Era un anciano grave, pulcro, y bien hablado: tenía las cruces y los escudos de distinción de las dos gloriosas defensas, y discurría sobre ellas con tanto juicio como conocimiento. ¡Lástima grande que no haya dejado escritas las memorias que nos refería sobre tema tan interesante!

Porque, además de partícipe y testigo excepcional de aquellos acontecimientos, fué persona de varia y amena cultura, buen escritor y tan aficionado á los estudios militares como á los agronómicos. Publicó en 1821 un excelente *Tratado de Elocuencia Militar*, traducido del francés é ilustrado con abundantes notas de su exclusivo caudal; y años después, un buen *Discurso sobre el estado actual de nuestra agricultura* y un buen *Manual de Selvicultura*.

En 1808 era capitán afecto á la secretaría del general Palafox, en la

que tuvo por jefe al coronel Gálvez Cañero; y con esto, dicho está la parte importantísima que le corresponde en las proclamas, bandos, órdenes y correspondencia del caudillo de Zaragoza, á quien acompañaba en sus salidas y expediciones como secretario de campaña. Prisionero por la capitulación y vuelto á España con la paz, era en 1815 teniente coronel efectivo y secretario de la capitanía general de Aragón, que desempeñaba el Marqués de Lazán; lo fué después en la de Cataluña, regida sucesivamente por los generales Castaños y Conde de España, y volvió á serlo de la de Aragón en 1821, ya ascendido á coronel, durante el mando del desdichado D. Rafael del Riego.

En su juventud se afilió en el partido constitucional exaltado y fué uno de los más ardientes oradores de la *Tertulia Patriótica* que, en 1820-21 y 22, se reunía en Zaragoza en la casa lindante con el palacio de los Gigantes. En su ancianidad, era un varón moderado en política como en todo, y que solo se enardecía cuando se le tocaba la fibra sensible de los Sitios de Zaragoza y las grandezas de Palafox, á cuya memoria conservaba un culto idólatra.

Tuvo casa propia en Zaragoza (calle de Pabostría, numero 6) y en ella murió en edad octogenaria hacia el año 1862.

D Ramon Bernad y Lopez de Castro

Era natural de Jerez de la Frontera y oficial antiguo, que después de distinguirse en la defensa de Valencia contra Moncey, llegó á Zaragoza al finar el 1.er Sitio con el 2.º regimiento Infantería de Valencia afecto á la división O'Neylle, de cuyo cuerpo era teniente coronel. Para el historiador Alcaide pasó completamente desapercibido este jefe á pesar de los notorios méritos que contrajo y constan en su hoja de servicios, pues ni siquiera le anota en sus listas de defensores.

Asistió con O'Neylle á las operaciones de Navarra, distinguiéndose por su valor en los hechos de armas de Olite y Tafalla, así como también en la batalla de Tudela, después de la cual regresó á Zaragoza permaneciendo en ella durante todo el 2.º Sitio, aunque inhabilitado para el combate á causa de las graves heridas que recibió en la reñida jornada del Arrabal (21 diciembre 1808) donde á costa de su sangre ganó el ascenso á coronel que le concedió Palafox sobre el campo de batalla.

Rendida la ciudad consiguió fugarse en Hernani cuando le conducían prisionero á Francia, y presentándose en el ejército de Cataluña, tuvo el honor de asistir á la gloriosa defensa de Gerona.

Y después de esto sólo sabemos que obtuvo el ascenso á brigadier que le otorgó la Junta central con antigüedad de 9 de marzo de 1809, y que aún vivía en 1823, según consta del estado militar de dicho año.

D. Cosme Corvasi

El batallón ligero de Floridablanca (voluntarios de Murcia) al mando de su teniente coronel 1.er jefe, D. Francisco Marín Castaño y de su 2.º el sargento mayor D. Cosme Corvasi, fué uno de los cuerpos que á pesar de su corto efectivo, pues pasaba poco de 200 plazas, se distinguió notablemente en el 2.º Sitio de Zaragoza.

En la batalla del Arrabal, al mando de Corvasi, por enfermedad de su 1.er jefe, guardó valerosamente y con grandes pérdidas, la avenida de la carretera de Barcelona, y al siguiente día (22 de noviembre) en la salida efectuada por el mismo camino contra los franceses, resultó Corvasi herido de un balazo.

Agregado después al servicio de la artillería, concurrió el pequeño batallón con sus jefes y oficiales al servicio de las baterías de la puerta del Sol, Tenerías, y puestos atacados del barrio de Santa María Magdalena, portándose con valor, celo y acierto, según consta por certificación del comandante general de Artillería D. Luis de Villava, librada en Murcia á 29 de septiembre de 1809.

Conducido á Francia en la cuerda de prisioneros á cargo del general Morlof, lograron, tanto Corvasi como Marín, fugarse en Tudela el 24 de Febrero y llegar á Murcia pasando grandes trabajos y peligros. Ambos jefes fueron condecorados con la cruz del 2.º Sitio.

D. Juan Dufourcq-Salinis

Era capitán del regimiento caballería de Borbón y hallábase con su escuadrón en Martorell, cuando en febrero de 1808 entraron en Barcelona los franceses de Duhesme. El regimiento se dispersó, escapando del dominio extranjero; y Dufourcq, acompañado del ayudante D. Juan de Pozas, logró, venciendo grandes dificultades y peligros, emprender retirada á Zaragoza al frente de cincuenta caballos que pudo reunir, llegando á la capital el 27 de junio, día nefasto, en que por la voladura del Seminario pereció gran parte de la familia de su esposa.

En el primer sitio, al frente de varias partidas de caballería reunidas en Zaragoza, de las que era núcleo principal la del regimiento de Borbón, y ascendido por Palafox al grado de Sargento mayor y jefe de esa fuerza heterogénea, concurrió á las salidas de Butrón por el Arrabal, y siempre acompañado del ayudante Pozas, peleó valerosamente el memorable *Cuatro de agosto* en la calle de Santa Engracia y en el Coso. En el 2.º Sitio estuvo en la batalla del Arrabal (21 de diciembre) donde fué gravemente herido de bala de fusil que le atravesó un muslo, sin que por ello se prestara á que le retirasen de su puesto. Nunca quiso entrar en una bodega, mirando, con exagerado pundonor sin duda, el descanso en aquellos refugios subterráneos, como indigno de la gallardía militar.

Enfermo de la epidemia y prisionero por la capitulación, fué dejado moribundo en el hospital de Pamplona, desde donde al convalecer, ayudado por la influencia de su tía la baronesa de Armendariz, pudo ser conducido á su casa nativa de Orthez, siempre en calidad de prisionero de guerra. Pidió y obtuvo el retiro después de la paz, previa justificación de su acendrada lealtad al Rey de España y de la ejemplar conducta observada durante los cinco años que pasó prisionero en Orthez, según documentos que tenemos á la vista, y siguió residiendo en Francia hasta que en 1830 se trasladó con su familia á Zaragoza. Vivió en la parroquia de San Pedro, y en ella murió á los 76 años de su edad, el 23 de abril de 1834, siendo sepultado en el cementerio del Hospital.

Nació en Orthez en 30 de julio de 1758, hijo de los nobles consortes Antonio Vicente de Dufourcq-Salinis, señor de la Beguerie d'Olorón, y Catalina de Lacoste-Montagut, hija del señor de Láa. Con decididas aficiones militares y sin vocación para el estado eclesiástico á que sus padres le destinaban, vino á Pamplona á la edad de 20 años, buscando la protección de sus tíos los barones de Armendáriz, que le consiguieron una bandolera en el Real Cuerpo de Guardias de Corps, donde sirvió algunos años, pasando después con el empleo de teniente al regimiento de Borbón, á solicitud propia. Concurrió con su regimiento al bloqueo de Gibraltar desde 1798 á marzo de 1801 y seguidamente á la guerra de Portugal, donde ascendió á capitán. Regresó á Zaragoza en 1802 y aquí permaneció de guarnición hasta 1805 en que el regimiento de Borbón fué destinado á Cataluña.

Casó en Zaragoza con la ilustre señora doña Carmen de Molina y Andreu (que después de viuda fué segunda marquesa de Ballestar) en quien tuvo á sus dos hijas doña Carmen, tercera marquesa de dicho título, que casó con su tío D. Joaquín Andreu y Claver, señor de Ligüerre de Cinca, y doña Juana, esposa del señor D. Prudencio Romeo y Torón.

Fué el caballeroso D. Juan Dufourcq-Salinis, muy popular entre los defensores de Zaragoza, y al morir anciano en esta ciudad que regó con su sangre, tuvo la satisfacción de dejar en ella bien arraigado su noble apellido, que el historiador Alcaide equivoca, escribiendo Dufur y Dofú.

D. Federico Dolz de Espejo

Era caballero sanjuanista, teniente coronel de infantería, y en mayo de 1808 habitaba en el palacio de San Juan de los Panetes en compañía de su hermano *D. Fray Jerónimo Dolz de Espejo*, Comendador y Recibidor de la Orden.

Bien conocida de los genealogistas aragoneses es la ilustre familia de los Dolzes de la Comunidad de Teruel, caballeros de conquista de dicha ciudad, con famoso palacio solariego en Allepuz y otra no menos famosa casa en Teruel, procedente de la noble estirpe de los Pérez Arnal y Marcilla, que es la llamada vulgarmente *de los Amantes*.

Los ya citados D. Federico y D. Jerónimo, eran hermanos menores del primer conde de la Florida *D. Pedro Federico*, é hijos los tres de D. Pedro Joaquín Dolz de Espejo y Borrás, noble de Aragón, y doña Paula Pérez de Pomar y Tudela de Lanuza, hija de los Marqueses de Ariño y San Martín.

Los tres hermanos tuvieron parte conocida en la defensa de Zaragoza. El primogénito *D. Pedro Federico*, conde de la Florida, concurrió como representante de la ciudad de Teruel á las Cortes de Aragón reunidas en la capital el 9 de junio de 1808, y vuelto á su casa contribuyó grandemente con sus donativos y autoridad, á la organización del famoso tercio que mandó en persona el coronel Qüadros.

El 2.º *D. Fray Jerónimo*, residente en su encomienda de Zaragoza, no sólo permaneció en ella durante todo el 1.er Sitio favoreciendo con largueza las necesidades de la defensa, sino que después fué vocal de aquella celebérrima *Junta de Aragón* que sin domicilio estable y siempre perseguida por el enemigo mantuvo constante guerra de partidarios conservando en patriótica tensión el espíritu aragonés.

Al 3.º *D. Federico*, como militar que era, le correspondió el papel de combatiente en ambos Sitios, portándose siempre como valeroso soldado y distinguiéndose en la defensa del *Reducto del Pilar* como 2.º comandante del puesto á las órdenes de su primer jefe D. Domingo Larripa. Palafox le ascendió á coronel y después de la paz, en calidad de agregado al E. M. de la plaza de Zaragoza, fué vocal de la

Comisión Militar permanente, con cuyo cargo figura en la Guía publicada por Borau de Latrás, domiciliado en el palacio de San Juan de los Panetes, falleciendo en este edificio pocos años después y siendo sepultado en el panteón de los Caballeros de la Orden, todavía existente en su iglesia.

D. Jose Sanchez Muñoz †

Zaragozano, hijo de los Barones de Escriche, era 2.° teniente del Real Cuerpo de Guardia Walonas y joven de grandes esperanzas. El día 25 de enero de 1809 cubría dicho cuerpo el servicio de vigilancia y defensa de la Huerta de Santa Engracia, y habiendo intentado los franceses atacar de sorpresa aquel puesto á las diez de la noche, fué la columna enemiga briosamente rechazada por los Guardias después de un vivo combate con bajas por una y otra parte, siendo nuestro joven oficial una de las víctimas.

Los Hermanos D. Joaquin y D. Jose Andreu y Claver y los Tercios de Barbastro

El Corregidor D. Andrés Santaolaria y Junta del partido de Barbastro, grandemente auxiliados por los hermanos *Andreu*, caballeros muy principales de aquella localidad, alistaron en junio de 1808 nada menos que 30 compañías de infantería, las 8 de la ciudad, y las 22 restantes de los pueblos comarcanos, que por entonces tomaron el nombre de *Tercios de Barbastro*. Veinte de las expresadas compañías subieron á los puertos de Plán y Bielsa, para guardar estos pasos del Pirineo que el enemigo nunca se atrevió á franquear, quedando en Barbastro las 10 restantes; y llegados los grandes apuros de Zaragoza en el último período del primer Sitio, marcharon á dicha capital escoltando un convoy de 100 carros y 600 caballerías mayores cargadas de todo género de comestibles ofrecidos por los vecinos de la ciudad y el partido, que fué el primero y el mayor donativo que Zarago-

za recibió en aquellos momentos tan supremos y difíciles, así que aclamó á Barbastro por su libertadora.

Llegado el convoy á Villamayor por el camino de Leciñena al mismo tiempo que los Guardias Españoles y el 2.º batallón ligero Voluntarios de Aragón, procedente de Mallorca, y admitido el donativo por el ilustre Palafox, entró con él en la plaza el 8 de agosto.

Terminado felizmente el primer Sitio y ante el temor de un próximo segundo ataque, mandó el general que se reuniesen en Zaragoza la mayor parte de las compañías del tercio de Barbastro, dejando pocas en la montaña, y con ellas organizó dos hermosos batallones que recibieron los nombres de *Puerta del Carmen* y *Monte Torrero*, al mando, respectivamente de D. Joaquín García y D. José Sangenís.

Adelantado el 2.º Sitio y bloqueada Zaragoza de modo que no podía recibir auxilios, comisionó Palafox al primogénito del Marqués de Ayerbe, D. Ignacio Jordán de Urriés y á D. Juan de Pedrosa, para que en Barbastro y pueblos comarcanos organizasen un nuevo regimiento; y obedeciendo el superior mandato bajaron al Cinca las compañías que cubrían los puertos de Bielsa y Plau, y reforzadas con los pocos jóvenes que quedaban en sus casas, se constituyó un cuerpo que tomó el nombre de *Los Pardos de Aragón*. Puesto inmediatamente en marcha para Zaragoza, detúvose en el Santuario de Leciñena; pero los franceses, después de haber batido á Perena en Zuera, atacaron rápidamente el Santuario, poniendo en fuga á *Los Pardos*, que se dispersaron, salvándose á la desbandada en la Sierra de Alcubierre, reuniéndose después á sus jefes en Poleñino: pero tomada Zaragoza, se disolvió este cuerpo, incorporándose su contingente á otros del ejército de Cataluña.

En mayo de 1808 residía en su casa de Barbastro el ilustre caballero *D. Joaquín Andreu y Heredia,* señor de Ligüerre y Mipanas, Carlán de Güel y Regidor perpetuo de la ciudad, viudo de doña María Benita de Claver y Tarazona, en quien tuvo á sus dos hijos *D. Joaquín* y *D. José Andreu y Claver,* el primero mayorazgo al cuidado de su pingüe patrimonio, y el segundo doctor en ambos Derechos.

El primogénito D. Joaquín, alentado por el prtriotismo de su anciano padre y el suyo propio, fué el alma y el alistador de los famosos tercios de Barbastro y capitán de la primera de sus compañías. Abriendo sus arcas, graneros y bodegas en beneficio de la causa nacional, contribuyó con cien mil reales á los gastos de organización de aquellas fuerzas y dió sus granos y caldos para el abastecimiento de Zaragoza, siendo sus donativos los mayores de cuantos contenía el famoso convoy introducido en la capital el 8 de agosto de 1808, que

acompañó por su persona, permaneciendo al frente de su compañía hasta el 6 de octubre, en cuyo día regresó á Barbastro de orden del general Palafox con el cargo de comandante militar de la ciudad y su comarca, para sosegar las inquietudes y alborotos que de continuo se originaban, *habiendo en todas ocasiones manifestado su prudencia, celo ardiente y amor al Real servicio*, como textualmente dijo el coronel D. José Sangenís en su honorífico certificado que tenemos á la vista.

Desempeñando su cargo de comandante militar durante el segundo Sitio, organizó no sin grandes trabajos, contrariedades y disgustos, las nuevas compañías que sirvieron de base al regimiento llamado de *Los Pardos*. y después de la catástrofe de Leciñena fué comisionado por el general D. Juan Carlos de Areyzaga, comandante general de las montañas de Aragón y Navarra, para recoger los dispersos y desertores de aquel desgraciado hecho de armas, cuya comisión desempeñó cumplidamente, asistiendo después con gran utilidad y lucimiento á la campaña de los valles del Segre y el Cinca, según consta en expresivas certificaciones de D. Fray Teobaldo Rodríguez Gallego y el coronel D. Miguel Sarasa. En las de este último, enalteciendo la conducta de D. Joaquín Andreu, se alaba «la firmeza con que menos»preció las amenazas, las promesas de grandes ventajas y la pérdida »de sus intereses, no siendo bastante para quebrantar su fidelidad, ni »siquiera la prisión de su desgraciado padre, conducido de calabozo »en calabozo hasta la ciudad de Pamplona, donde se le notificó sen»tencia de muerte; añadiendo que el afligido hijo sólo pudo conse»guir la libertad del preso ganando á fuerza de oro á los allegados al »general Suchet y *gratificando á éste con la gruesa suma de cien mil »reales que exigió por el rescate del anciano caballero*».

Tanto *D. Joaquín* como su hermano *D. José*, capitán también de los Tercios de Barbastro, y últimamente del batallón de Torrero, sirvieron á sus expensas y sin percibir pagas durante toda la guerra de la Independencia, retirándose á su casa de Barbastro cuando aquélla terminó. D. Joaquín no pasó de capitán; D. José, que estuvo en todo el 2.° Sitio, donde se portó con notorio valor, fugándose á Valencia á raíz de la capitulación, vió premiados sus méritos con el grado de coronel, y murió soltero en Zaragoza, víctima de la epidemia colérica, á 22 de julio de 1855.

D. Joaquín, caballero Maestrante y capitán retirado, contrajo matrimonio con su sobrina *D.ª Carmen de Dufourcq-Salinis y de Molina*. 3.ª Marquesa de Ballestar, y falleció en Zaragoza á 25 de octubre de 1844, dejando ilustre sucesión.

Como palabra final á la rápida reseña de los tercios de Barbastro, no debemos omitir que en ellos sirvieron en clase de oficiales los jóvenes de las más ilustres casas del país, figurando en sus listas los *Cariellos, Panos, Pitrarques, Heredias, Valones, Nogueras, Cabreras, Lucas, Lasierras* y *Subías:* algunos de ellos, como *D. Lorenzo Cabrera, D. Martín Lucas* y *D. Agustín Nogueras,* prosperaron en la milicia llegando el 1.° á brigadier, el 2.° á mariscal de campo y el 3.° á teniente general: diferentes derroteros siguió el benemérito *D. Florencio Subías*, que después de haberse portado en la guerra con patriotismo y valor distinguiéndose noblemente en la defensa de Zaragoza, reanudó sus estudios eclesiásticos, adquiriendo fama de sacerdote insigne por su saber y virtudes y muriendo anciano en Zaragoza con la dignidad de Arcipreste del Salvador de la Santa Iglesia Metropolitana.

Los Marqueses de Artasona †

Creó este título en 1804 el Rey D. Carlos IV para premiar en sus descendientes los grandes méritos y servicios contraídos por don Alberto Nicolás Claramunt de Suelves, Señor de Artasona y de Suelves, Noble de Aragón é Intendente de Toledo. Había casado este caballero con la Sra. D.ª María Josefa de Azlor y Villavicencio, hermana mayor de la célebre Condesa de Bureta, dejando de su matrimonio sus dos hijos *D. José* y *D. Alberto*, que sucesivamente poseyeron y llevaron el mencionado título.

Los antiguos Señores de Artasona que ya en el siglo XV tenían en Barbastro su casa principal y pingüe hacienda, obtuvieron por herencia el gran patrimonio de los Suelves y Oriola, de Zaragoza, residiendo á menudo en esta ciudad y habitando en su casa del Coso, esquina á las calles de Palomar y San Agustín, tan celebérrima en la 2.ª defensa en la que fué teatro de reñidos combates, incendios y voladuras que acabaron con ella arrasándola hasta sus fundamentos.

El primogénito *D. José Claramunt de Suelves Oriola y Azlor, primer Marqués de Artasona* † fué ayudante de Palafox, se portó con valor y dignidad en las dos defensas, perdiendo en la 2.ª su gran casa y rico mobiliario, y pereció víctima de la epidemia el 12 de enero de 1809.

Por muerte del anterior heredó su casa y estado el *Sr. D. Alberto Claramunt de Suelves Oriola y Azlor*, 2.° Marqués, Caballero del Hábito de San Juan y ayudante también del general Palafox, á quien acompañó y siguió en todos sus riesgos y operaciones conquistando

por su propio esfuerzo el empleo de coronel de ejército. Retirado del servicio militar, falleció en 1848.

Estuvo casado con la Sra. D.ª Felisa Sánchez-Muñoz y Amat, hija de los Barones de Escriche y de la Linde, en quien tuvo á *D. Alberto,* último Marqués de su apellido que murió sin sucesión; *D.ª Clementa* que tampoco dejó hijos; *D.ª Pilar,* casada con D. José María de Otal (de la casa de Almudévar) en cuya descendencia radica el título, y *D.ª Manuela,* casada con D. Faustino Cunchillos, con sucesión residente en Barbastro.

El Conde de Torresecas

Llamábase *D. Mariano de Villalpando y San Juan*, y además de Conde de Torresecas, éralo de Castelblanco y Marqués de la Compuerta. Como curiosidad histórica anotaremos que el joven conde, pues á lo sumo podría tener 28 ó 30 años al ocurrir el alzamiento de Zaragoza, era sobrino carnal de la ilustre Señora *Doña María Teresa de Ballabriga*, apodada la *Infanta*, por su casamiento con el infante D. Luis de Borbón.

De su comportamiento en la 1.ª defensa de Zaragoza, da breve noticia un certificado expedido en la ciudad de Cádiz por D. Luis Rebolledo de Palafox, Marqués de Lazán, cuya minuta autógrafa tenemos á la vista, y dice así:

«Certifico: que el Conde de Torresecas, natural y vecino de Zara»goza, desde luego que el Reino de Aragón se declaró en favor de la »justa causa que defiende la Nación, se ofreció con su persona y bie»nes al Capitán General D. José Palafox, quien le condecoró con el »nombramiento de capitán de caballería, en cuya clase sirvió en el pri»mer Sitio de Zaragoza, bajo las inmediatas órdenes del brigadier »D. Francisco Palafox, con quien continuó, habiéndole acompañado »en su viaje hasta Aranjuez. Y para que conste donde convenga, doy »la presente á petición del interesado, en la ciudad de Cádiz, á 14 de »marzo de 1811».

Era teniente coronel de caballería al terminar la guerra, y en 1815 volvió á ser ayudante de Palafox. Murió hacia el año 1848 sin dejar hijos, puesto que en 1849 recayeron sus títulos y patronatos en su hermana la Sra. D.ª María Josefa Villalpando de Arce, y últimamente en la Excma. Sra. D.ª Pilar de Arce y Villalpando, viuda del teniente general D. Pascual del Real, fallecida pocos años ha en gran ancianidad, después de haber sobrevivido á todos sus hijos.

D. Esteban Ulzurrun de Asanza

Era zaragozano, hijo de los cónyuges D. Julián Ulzurrun de Asanza y Moreno, marqués de Tosos, y doña Polonia de Peralta, también de ilustre abolengo en Zaragoza.

Los Marqueses de Tosos, título creado por D. Felipe V en 1703, tenían en Zaragoza su casa principal en el Coso, cantón al Trenque (ahora Alfonso I) y es la que recientemente renovada llamamos del café Moderno.

D. Esteban Ulzurrun principió la carrera militar siendo guardia de Corps, y fugado de Madrid después de los sucesos del 2 de mayo, se presentó en Zaragoza acompañando al Marqués de Lazán, de quien fué ayudante de campo muy predilecto.

Concurrió á todo el primer Sitio á las inmediatas órdenes de dicho general, portándose con gran valor; le acompañó después á la expedición de Navarra y á la campaña de Cataluña, habiéndose hallado en los hechos de armas de Armentera, Castellón de Ampurias, Alcañiz, María y Belchite, «*distinguiéndose siempre por su denuedo, patriotismo y honor militar*», según consta de varios certificados suscriptos por el Marqués de Lazán, que tenemos á la vista.

Terminada la guerra sirvió en el regimiento caballería de Santiago, ascendió sucesivamente á teniente coronel y coronel, y fué durante algunos años gobernador del castillo de Benasque.

Por muerte de su hermano D. Manuel sin dejar hijos, sucedió en el marquesado de Tosos en 1846, y habiendo fallecido también sin dejar sucesión directa, vino á recaer en la descendencia de su hermano menor el coronel de artillería D. Juan Ulzurrun de Asanza, jefe valeroso también como lo fueron todos los de esta ilustre familia.

D. Jose Maria Sancho Salvador

Nació en Longares á 25 de marzo de 1786, hijo de los cónyuges D. Joaquín Sancho Pérez y D.ª María Salvador García, infanzones, vecinos y hacendados de Longares.

Seguía la carrera eclesiástica en el Seminario Conciliar de Zaragoza, donde alcanzó el grado de bachiller en Teología, y cuando á consecuencia del glorioso alzamiento se procedió á la organización de los *Tercios*, sentó plaza de soldado distinguido en el 1.º de Volunta-

rios de Aragón, con cuyo cuerpo asistió á todo el primer Sitio de Zaragoza, á la expedición de Navarra, á la batalla de Tudela y á toda la segunda defensa

Tuvo la fortuna de fugarse para evitar su cautividad en Francia, y habiéndose presentado en el batallón Cazadores de Cariñena, organizado por D. Ramón Gayán, del cual era pariente, fué subteniente y teniente de dicho valeroso cuerpo y con él concurrió dignamente á diecinueve reñidos hechos de armas, formando parte de la división Villacampa; y habiendo sido hecho prisionero en la acción de Blancas (20 de diciembre de 1810) consiguió fugarse de nuevo y presentarse en Sigüenza, donde sirvió en el regimiento de caballería Húsares Provinciales de Aragón y en el de Cazadores de Guadalajara, con el cual, formando parte de la columna del brigadier Durán, concurrió á otras seis importantes acciones de guerra, según consta en su hoja de servicios que tenemos á la vista.

Ascendido á capitán de Caballería en 29 de octubre de 1811, ya no pasó de este empleo porque pocos años después de terminada la guerra se constituyó en Longares á cuidar de su lucida hacienda, y en dicha villa contrajo matrimonio con la Sra. D.ª Francisca Royo Badenas, en quien tuvo distinguida sucesión, siendo uno de sus hijos el comandante de Infantería D. Joaquín Sancho y Royo, muerto á consecuencia de gloriosas heridas recibidas en la campaña de Africa.

Se retiró definitivamente del servicio militar en 1828: estaba condecorado con las cruces de los Sitios de Zaragoza, era Caballero de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo y falleció en Longares el día 23 de febrero de 1862 á los 76 años de su edad, en su casa nativa, que es sin duda la mejor del pueblo, que todavía la llama *la casa del capitán*.

El Marques de Campo Real

La familia Sada, cuyo apellido llevan los Marqueses de Campo Real, es muy antigua é ilustrísima en Aragón. A mitad del siglo XV el caballero Juan de Sada era señor del castillo de Sos, en cuyas góticas estancias nació el gran Rey D. Fernando el Católico el día 10 de marzo de 1452.

Jefe y pariente mayor de tan noble y opulenta familia zaragozana, éralo durante los Sitios el *M. I. Sr. D. Manuel de Sada y Bermúdez de Castro*, Marqués de Campo Real, Conde de Cobatillas y Señor de Marlofa que, sin dejar sucesión directa, falleció en Zaragoza el

día 11 de febrero de 1827 en el antiguo palacio de sus mayores, lindante con la parroquial iglesia de San Miguel de los Navarros. Por muerte del Marqués recayeron sus títulos y mayorazgos en la línea de su hermano D. Fernando de Sada y Bermúdez de Castro, casado muchos años antes en Palma de Mallorca con la ilustre Sra. D.ª María Ignacia de Montaner, de cuyos consortes fué primogénito el defensor de Zaragoza cuya breve biografía vamos á bosquejar.

D. Fernando de Sada y Montaner (que en 1831 obtuvo Real carta de sucesión en los expresados títulos, con grandeza de España) nació en Palma de Mallorca el 22 de agosto de 1790. En mayo de 1808 era alférez del regimiento de caballería Dragones del Rey; y con este valeroso cuerpo llegó á Zaragoza en los primeros días de junio. El general Palafox, de quien Sada era muy próximo pariente por el apellido Bermúdez de Castro, le nombró enseguida su ayudante de campo, y acompañando al ilustre caudillo concurrió con valor notorio al choque de Alagón (14 de junio), á la defensa de Casablanca (15), á la acción de Epila (23), á los combates de 1.º y 2 de julio y á la entrada del convoy el 9 de agosto. Por los méritos que contrajo en el 1.er Sitio le agració Palafox con el empleo de capitán y el grado de teniente coronel.

No concurrió á la 2.ª defensa por haber salido para Cuenca el 18 de diciembre con pliegos del general para el Duque del Infantado, y como se hizo imposible su regreso á Zaragoza, nuevamente sitiada por los franceses, tuvo que incorporarse á la división del Marqués de Lazán, asistiendo con ella á las campañas de Cataluña, Aragón y Valencia, terminando la guerra con el empleo de teniente coronel.

Cuando en 1815 y 16, con motivo de la guerra de los 100 días, se organizó en Zaragoza el *Ejército de Reserva* bajo el mando en jefe del general Palafox, volvió el teniente coronel Sada á ejercer las funciones de ayudante del insigne caudillo.

Creado por Fernando VII el privilegiado instituto de la Guardia Real, sirvió Sada en su famosa brigada de Caballería donde alcanzó los ascensos á coronel y brigadier, cuyo grado disfrutaba antes de que el Regente Duque de la Victoria disolviese aquel brillante instituto en 1841. En 1846 fué promovido á mariscal de campo y gran cruz de San Hermenegildo; fué comandante general de la provincia de Segovia, Consejero del Supremo de Guerra y Marina y falleció en Madrid en 1862, dejando ilustre sucesión.

El Baron de la Menglana y su hermano D. Jose de Cistue

Ninguno de los dos estaba destinado á la carrera de las armas, pues el mayor, D. Luis, era doctor en ambos derechos por la Universidad de Huesca, y el menor, D. José, licenciado en la misma facultad. La guerra de la Independencia, inflamando su patriotismo, les obligó á trocar la toga por la espada.

Eran hijos de los ilustres cónyuges D. José de Cistué y Coll (Barón de la Menglana, Noble de Aragón, señor de las casas solariegas de Estadilla, Fonz y Monzón, Consejero de S. M. y su Fiscal en el de Indias) y D.ª Josefa Martínez de Ximen Pérez y Manrique de Lara, dama estimadísima de la reina D.ª María Luisa de Borbón.

El primogénito, *D. Luis María de Cistué, Barón de la Menglana* y aragonés por abolengo, nació en Madrid á 3 de julio de 1788, siendo apadrinado por los Reyes en el bautismo, á cuyo alto honor siguió otro no menos excepcional, cual fué la imposición de la Cruz de Carlos III, con que le condecoraron sus regios padrinos el 23 de enero de 1793, cuando sólo contaba 4 años de edad.

Acudiendo al llamamiento de Palafox, se presentó en Zaragoza en mayo de 1808 y fué nombrado teniente del 1.er Tercio, con el cual asistió á la batalla de las Puertas y á la acción de Epila. En 1.º de julio obtuvo el ascenso á capitán, sin goce de sueldo, y el cargo de ayudante de campo de D. Francisco de Palafox. En el 2.º Sitio, por ausencia de dicho general, quedó agregado al Estado Mayor y concurrió, con notorio denuedo, á la defensa del Coso y plaza de la Magdalena, en cuyo último puesto, el 4 de febrero de 1809, resultó herido gravemente por un casco de granada que le valió el ascenso á teniente coronel, á expensas de no pocos padecimientos y achaques que le duraron toda la vida. Tiempo andando, fué agraciado por la Junta Central con el grado de coronel, cuya antigüedad debía contarse desde 9 de marzo 1809.

Enfermo, herido y prisionero, logró fugarse en Zaragoza y llegar trabajosamente á su casa de Fonz, donde no se le dió tiempo para convalecer, pues nombrado comandante de los somatenes organizados en los pueblos ribereños del Cinca para guardar los vados de este río, sostuvo varios reñidos combates con los franceses, maniobrando en combinación con las fuerzas de Baget, Perena y Renovales, de cu-

yos jefes, hemos visto laudatorias certificaciones referentes á la pericia, vigilancia y valerosa conducta del Barón.

Continuó después prestando distinguidos servicios en toda la guerra de la Independencia, y siempre á expensas propias, á pesar de tener todas sus rentas confiscadas por el enemigo. Afecto al Estado Mayor del 7.º Ejército, fué nombrado ayudante de campo de su general en jefe D. Gabriel Mendizábal, y desempeñando este cargo, obtuvo el mando de cuatro compañías de guipuzcoanos, al frente de las cuales puso riguroso bloqueo á la villa y castillo de Guetaria, obligando á los franceses á desalojar dicha plaza, de cuyo gobierno quedó encargado en junio de 1813.

Finalizada la guerra y ascendido en 30 de abril de 1815 á brigadier de infanteria, *sin goce de sueldo*, fijó su residencia en Zaragoza, dedicándose á sus aficiones jurídico-literarias y al cuidado de su vasto patrimonio, harto necesitado de restauración después de los desastres de 1809, en que los franceses saquearon y quemaron sus casas de Fonz y Monzón, perdiendo en ellas todo su mobiliario, ganados de labor y gran cantidad de frutos de todas clases, cuyos daños ascendieron á más de 17.000 pesos fuertes, según información jurídica, sin contar el producto de las haciendas, secuestradas durante cuatro años en castigo del notorio patriotismo de su dueño.

Por R. O. de 6 de mayo de 1821, fué nombrado coronel del regimiento provincial de Soria y comandante militar de esta provincia, cuyos cargos desempeñó con gran acierto en aquellos difíciles tiempos, y fué entonces euando principió á percibir el sueldo correspondiente á su categoría militar.

Competentemente autorizado por Real disposición de 24 de mayo de 1822 para residir en Zaragoza y ejercer en esta ciudad la abogacía, hízolo así como paso previo para ingresar en la magistratura con todos los requisitos legales, y cumplida esa formalidad, fué nombrado oidor de la Real Audiencia de Valencia en 24 de agosto de dicho año, dándose el caso verdaderamente excepcional, y acaso único, de un brigadier de ejército fallando pleitos civiles con plena competencia y legal autoridad.

Y todavía dió mayor realce al dualismo de carreras y aptitudes del benemérito Barón, el hecho también extraordinario, de que S. M. la Reina Gobernadora le nombrase rector de la Universidad de Zaragoza por decreto de 19 de noviembre de 1835, en virtud de propuesta unánime del Claustro de dicho ilustre establecimiento docente.

En 1836 reanudó nuestro biografiado su servicio militar con el ascenso á mariscal de campo y el cargo de 2.° cabo del distrito de Aragón, que por Reales decretos de 29 de agosto de dicho año le otorgó la Reina Gobernadora en justo premio de su honrosa carrera. Pero dicho cargo (que traía aparejada la interinidad del gobierno militar y político de Aragón por ausencia del propietario D. Evaristo San Miguel, general en jefe del ejército del Centro), era muy superior á las fuerzas físicas del Barón, harto más debilitadas por las dolencias que por la edad, y con este motivo se creyó obligado á solicitar su cuartel, que obtuvo en 18 de diciembre del referido año.

Día de gloria será eternamente para Zaragoza el *5 de marzo de 1838*, cuando la ciudad, sorprendida en el sueño por el jefe carlista Cabañero, tuvo aquel heroico despertar que reverdeció los laureles de los Sitios, arrojando de su recinto á los asaltantes; y día de penosa remembranza el 6 de marzo, en que turbas desenfrenadas asesinaron injusta, cruel y despiadadamente, al honrado general D. Juan Bautista Esteller. El conflicto era grande; la tranquilidad pública reclamaba que una autoridad vigilante y prestigiosa se encargase del mando, para impedir nuevos ataques exteriores y sujetar las malas pasiones internas, y el noble Barón de la Menglana tuvo que sobreponerse á sus achaques y abandonar el lecho para encargarse de la capitanía general: en ella desplegó tanta prudencia y habilidad, que consiguió devolver la paz moral á Zaragoza, si bien se censuró que no castigase con mano dura á los asesinos, cosa más fácil de pedir que de ejecutar en aquellos momentos, por falta de la guarnición militar necesaria para imponerse.

Pasadas estas circunstancias volvió á obtener su cuartel, y en esta situación falleció en Zaragoza en el año 1842, á los 54 de su edad. Sus restos descansan en el cementerio de Torrero.

Gozó en vida el Barón de la Menglana de toda clase de prestigios y simpatías conquistadas por las nobles prendas de bondad, ilustración y cortesía que le adornaban. Decíase, y no sin gracejo, *que en Zaragoza lo había sido todo..... menos arzobispo*, y era verdad.

Estaba condecorado con la gran cruz de San Hermenegildo, la de caballero de Carlos III, las dos cruces y los dos escudos de los Sitios de Zaragoza, las de los Ejércitos 2.° y 7.° y la del 5 de marzo de 1838. Y además de estas distinciones militares, era individuo correspondiente de las Reales Academias de la Historia, de San Fernando y de Ciencias Naturales, socio de mérito de la Económica Aragonesa y académico honorario de las de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza y San Carlos de Valencia.

Casó dos veces. La primera con la ilustre señora D.ª Carmen Barruchi, en quien tuvo á su primogénito D. Luis, que le sucedió en el

título y fué padre de D. Teótimo Cistué y Escudero, actual Barón de la Menglana. La segunda con la señora D.ª Vicenta Navarro y Morales (de las ilustres casas de sus apellidos en la Almunia y Magallón) que le sobrevivió muchos años, dejando en hijos á D. Rafael y D. Vicente (célibes), á D.ª Luisa, esposa del general D. Rafael Serrano Acebrón, y á D.ª Pilar, casada con D. Mariano Pérez Baerla, ambas con sucesión.

D. Jose de Cistue y Martinez de Ximen Perez

Fué también uno de los más bravos y decididos defensores de Zaragoza, de cuyos célebres Sitios tuvo la fortuna de salir ileso, condecorado con las cruces y los escudos y adelantado en la profesión militar, puesto que obtuvo el empleo de capitán y el grado de teniente coronel.

De su larga y honrosa carrera Militar solo sabemos que gozó fama de ser uno de los más entendidos y bizarros coroneles de infantería, que se distinguió grandemente en la guerra civil de los siete años, donde ganó el entorchado de brigadier, que ascendió á mariscal de campo en 7 de junio de 1847, obteniendo enseguida y con la antigüedad de esta fecha la gran cruz de la Orden de San Hermenegildo, y que desempeñó con gran tino y general aceptación las comandancias generales de las provincias de Oviedo y Alicante.

Era como su hermano D. Luis, persona adornada de nobilísimas prendas de cultura y carácter: casó en Asturias con la ilustre señora doña Nicolasa Bernaldo de Quirós (hermana del Marqués de Campo Sagrado) en quien tuvo ilustre descendencia y, víctima del cólera morbo, falleció en Mieres, en el palacio de los marqueses, en el año de 1855, cuando destinado á más altos empleos habia sido nombrado capitán general de Extremadura.

D. Francisco de P. Alcala

Valenciano de ilustre familia y subteniente del regimiento infantería Cazadores de Valencia de nueva creación, llegó á Zaragoza con la división Saint-Marcq, concurriendo con ella á la batalla de

Tudela y á todo el 2.° Sitio. Se distinguió por su valor en las baterías del Arrabal, en el convento de San José, en la Puerta del Sol y muy especialmente en la defensa de la Universidad hasta el 18 de febrero de 1809 en que la asaltaron los enemigos. Fué uno de los oficiales menos recompensados, pues en premio de su brillante comportamiento tan solo obtuvo el grado de teniente. Habiendo conseguido fugarse cuando prisionero le conducían á Francia. se presentó al general Blake, general en jefe del ejército de Valencia, en el cual sirvió con honor hasta la conclusión de la guerra de la Independencia; concurrió, tiempo andando, á la civil y dinástica de los siete años, consiguiendo á fuerza de servicios y méritos subir á la meta de la carrera militar; llegó á teniente general, desempeñó los importantes mandos de Vascongadas, Filipinas é Inspección General de Infantería, fué senador del Reino y murió en 1856.

D. Pedro Pablo Alvarez

Don Pedro Pablo Alvarez y Pérez de Guzmán, nació en Burgos, de ilustre familia, el 29 de abril 1788. Cursó en las Universidades de Valladolid y Alcalá y era maestro en artes cuando contrariando la voluntad de sus padres, sentó plaza de soldado distinguido en el regimiento caballería de la Reina, el 16 de abril de 1807.

El 15 de junio de 1808, estando en Santander, á cuyo alzamiento contra los franceses se adhirió, fué hecho sargento 1.° y comandante de una partida de 34 jinetes, soldados y paisanos, con los cuales salió á operaciones. Derrotados los españoles en Cabezón de la Sal y Reinosa, pudo Alvarez escapar con 22 soldados de Calatrava y Montesa y llegar á Zaragoza, donde puesto á las órdenes del coronel Renovales y formando parte del nuevo regimiento Húsares de Palafox, combatió á pie y á caballo, distinguiéndose tanto en el 1.° como en el 2.° Sitio, en la defensa del convento de San José y en los combates y salidas del Arrabal. En 1.° de enero de 1809, fué ascendido á alférez de caballería.

Prisionero y fugado cuando le conducían á Francia, se presentó en Asturias é hizo aquella campaña y las de Santander y Navarra, en la columna del brigadier D. Juan Díaz Porlier, siendo de gran lucimiento para el teniente Alvarez, la sorpresa de Briviesca el 3 de agosto de 1809 y la de Oviedo el 21 de septiembre. En 1.° de enero de 1810, ascendió á capitán. Sirvió después en la división de Longa y concurrió á la toma de Castro Urdiales, donde quedó de goberna-

dor, y defendió gloriosamente la plaza en sus dos Sitios, hasta que salvando la guarnición en lanchas al amparo de la escuadra inglesa, abandonó sus gloriosas ruinas el 12 de mayo de 1813. Concurrió á la batalla de Vitoria y fué ascendido á teniente coronel.

De opiniones constitucionales, padeció persecuciones y atropellos en vida de Fernando VII, pero la nueva dinastía le favoreció, premiando sus servicios en la guerra civil con el empleo de coronel en 1839 y el de brigadier en 1847. Sirvió algunos años en la Dirección de caballería á las órdenes del ilustre general Ferraz, y por encargo de éste escribió un concienzudo trabajo histórico sobre la *Emancipación y guerras del Perú*, que no sabemos si fué publicado. Era persona de claro talento, ameno trato y general cultura, que le granjearon estimación en el ejército y la Corte. No pasó de brigadier y falleció en Madrid á los 72 años de su edad.

D. Jose Carratala

Alicantino y licenciado en derecho fué promovido á teniente del nuevo Regimiento Infantería de Alicante por la Junta Soberana de Valencia, y con dicho cuerpo, adscripto á la división Saint-Marcq, llegó á Zaragoza al terminar el primer Sitio, saliendo inmediatamente para Cinco Villas y Navarra en persecución del enemigo.

Herido gravemente en la batalla de Tudela (23 noviembre 1808) y sin completar su convalecencia, concurrió á todo el segundo Sitio distinguiéndose por su valor en las baterías de *Puerta del Sol y Tenerías*, y en la portentosa defensa de la línea del *Coso bajo*, encomendada á la pericia del ilustre Saint-Marcq, donde Palafox, digno apreciador de sus méritos, le ascendió á capitán en 17 de enero de 1809, cuyo galardón aun quiso acrecentar la Junta Central concediéndole grado de teniente coronel con antigüedad de 9 de marzo.

Prisionero por la capitulación, logró fugarse en el hospital de Pamplona cuando le conducían á Francia, y concurrió con honor á toda la guerra de la Independencia, siendo á su terminación teniente coronel efectivo. Destinado (en 1816) á continuar sus méritos en nuestras insurreccionadas provincias de América del Sur, permanció en ellas nueve años prestando tan relevantes servicios de guerra que sucesivamente ganó los empleos de coronel, brigadier y mariscal de campo con que regresó á España en 1825. Este alejamiento de nuestros disturbios políticos durante el accidentado trienio de 1820 al 23

fué muy beneficioso á su tranquilidad, pues á pesar de sus ideas constitucionales no tuvo que sufrir vejaciones.

Posteriormente concurrió con lucimiento á la guerra civil de los siete años, fué capitán general de Extremadura, Valencia y Castilla la Vieja, y nombrado en 1838 Ministro de la Guerra tuvo muy pronto que dimitir tan difícil cuanto honorífico cargo, obligado por la necesidad de atender al cuidado de su salud debilitada por antiguas y gloriosas heridas. Ascendido á teniente general rigió nuevamente los distritos militares de Castilla la Vieja y Andalucía, y siendo Senador del Reino falleció en Madrid en 1856.

D. Jose Fernandez de Cendrera

Llamábase *D. José María Fernández de Cendrera y Mortela* y nació en Cádiz á 21 de julio de 1789.

Hizo su aprendizaje militar en Zaragoza, adonde vino con la división murciana, siendo teniente del Regimiento Infantería de Valencia, y en 23 de agosto de 1808, á la edad de 19 años, fué ascendido á capitán y destinado al batallón ligero *Peñas de San Pedro*, afecto á la 3.ª división, al mando del brigadier D. José Manso.

Estuvo en las operaciones de Navarra y en todo el 2.º Sitio, alternando con su batallón en las defensas de San José, reducto del Pilar, guerra de casas en la calle de Santa Engracia y Arrabal de Altabás donde cayó prisionero el 18 de febrero de 1809. Como premio de su valeroso comportamiento en el Sitio, obtuvo el grado de teniente coronel.

Habiendo conseguido fugarse en Tolosa cuando le conducían á Francia, concurrió á muchos hechos de armas, y últimamente á la famosa batalla de San Marcial, donde ganó la efectividad de teniente coronel.

Muerto Fernando VII y encendida en 1834 la guerra civil de los siete años, concurrió Cendrera á esta lucha defendiendo con su habitual denuedo los derechos de Isabel II: en 1839 ascendió á coronel, con el mando del Regimiento de Africa, y en 1841 á brigadier. En 1843 asistió al choque de Torrejón de Ardoz, que puso fin á la combatida Regencia de Espartero y fué por éste ascendido á mariscal de campo, pero quedó sin efecto la gracia hasta que fué revalidada en el año 1847 con la antigüedad de su primitiva concesión.

No pasó de mariscal de campo; estaba condecorado con la gran

cruz de San Hermenegildo, dos de 3.ª clase de San Fernando, la del 2.º Sitio de Zaragoza y la de San Marcial.

D. Valentin Ferraz y Barrau

Era nuestro biografiado, uno de tantos ejemplos demostrativos de que los Sitios de Zaragoza constituyeron amplísima y fecunda escuela militar donde se formaron muchos y muy distinguidos generales españoles.

La familia *Ferraz* es de las más nobles y antiguas del Pirineo aragonés; tiene su palacio solariego en Anciles (Benasque), y en tan histórico edificio nació D. Valentín en 1794.

A los 14 años de su edad, apenas adolescente, pero espoleado por su entusiasta y decidida vocación, llegó á Zaragoza amenazada del segundo asedio y sentó plaza de cadete en el regimiento de Caballería Dragones del Rey el 3 de diciembre de 1808.

Pocos días tardó en acreditar su valor portándose bizarramente en la salida de Butrón sobre los atrincheramientos de la Bernardona (31 de diciembre), en la defensa del Arrabal y en la guerra de casas que antecedió á la capitulación, mereciendo ser ascendido á alférez con antigüedad de 9 de marzo de 1809.

Habiendo conseguido fugarse cuando le conducían prisionero á Francia, pudo unirse á su regimiento que se reorganizaba en Gandía, concurriendo con él á toda la guerra de la Independencia en la que conquistó los ascensos á teniente y capitán. En 1816 fué destinado al ejército del Perú, donde prestó tan grandes servicios, que habiendo ido capitán regresó de brigadier en 1824, después de ocho años de ruda campaña.

Tenía la fama justamente adquirida de ser uno de los mejores jefes del arma de Caballería y fué destinado á la Guardia Real, en cuyo privilegiado instituto concurrió á la guerra civil de los siete años, mereciendo la estimación de todos los generales en jefe y muy especialmente la de Espartero, sobre quien ejerció especial y benéfico influjo. Ascendió á mariscal de campo en 1835 y á teniente general en 1839; fué inspector de Caballería, de útiles y fecundas iniciativas, comandante general de la división de Caballería de la Guardia Real, y estaba condecorado con las grandes cruces de San Hermenegildo, que obtuvo en 1835, y de San Fernando en 1838. Era senador del Reino desde 1853 y falleció en Madrid en 1866.

Su muerte fué muy sentida de todas las clases sociales porque en

todas era popular. De figura arrogante y fisonomía simpática, aristócrata por el nacimiento y la finura del trato, valiente, leal, culto y bondadoso, reunió en su persona todas las prendas del buen ciudadano, del gran soldado y del cumplido caballero.

D. Francisco Ferraz y Cornel

Nació en Benasque, en la nobilísima casa de sus apellidos el 2 de diciembre de 1776 y fué hijo de los cónyuges D. José y Doña Joaquina.

A los 14 años, obtuvo la bandolera de guardia de corps, y en 1800 fué destinado con el empleo de capitán al regimiento de caballería Dragones del Rey: en 1808 era ya sargento mayor, y fugado de Madrid por consecuencia de los sucesos del 2 de mayo, entró en Zaragoza con el referido regimiento.

Concurrió con notorio valor á todo el primer Sitio, á las operaciones de Navarra y batalla de Tudela; y estaba ya comenzado el segundo asedio cuando pudo salir de la plaza, burlando el bloqueo, para llevar pliegos importantes del general Palafox á la Junta Suprema que encontró en Sevilla.

Imposibilitado de regresar á Zaragoza, próxima á caer en manos del enemigo, se presentó sucesivamente en los ejércitos de operaciones de Valencia y Andalucía, batiéndose con denuedo en Cartama y Amposta, Chiclana y Tarifa, cuyas cruces ostentaba, así como las de los dos Sitios de la capital de Aragón, la del 3.er ejército y la de San Fernando laureado de 4.ª clase. Brigadier, al terminarse la guerra, ascendió á mariscal de campo en 30 de Mayo de 1815, fué inspector de caballería del ejército del Centro, organizado en dicho año por Palafox, con motivo de la guerra de los 100 días, y en 1822 fué nombrado inspector general del arma de caballería.

Fué D. Francisco persona estimadísima en todo el ejército y en la ciudad de Valencia, donde residió muchos años; llegó al empleo de teniente general y ostentaba las grandes cruces de las órdenes militares de San Fernando y de San Hermenegildo.

D. Antonio Ibarz y Faure

Hijo de una familia propietaria de muy modesta hacienda, pero noble y antigua, como lo comprueba el que algunos de sus individuos fueran caballeros maestrantes de Zaragoza, nació en Monzón (Huesca) á 6 de mayo de 1791.

Impulsado por su ardiente patriotismo, acudió á Zaragoza en 1.º de junio de 1808, alistándose como soldado en los improvisados tercios, con los cuales concurrió á los principales combates del 1.er Sitio, ganando los galones de cabo por premio de una grave herida que recibió el 2 de julio. Destinado al batallón *cazadores de Doyle*, salió con la división Lazán para Cataluña, en cuyo ejército y en el de Aragón hizo toda la guerra de la Independencia, sin pasar de sargento 1.º, después de seis años de ruda campaña.

En infantería había sido poco afortunado, y deseoso de mejorar de suerte, solicitó su traslado al arma de caballería, embarcándose para nuestras provincias de América del Sur, donde ardía la guerra insurreccional, ofreciendo ancho campo á su honrada ambición. Habiéndose distinguido por su valor en muchos hechos de armas, ascendió á alférez en 1819 y á teniente en 1820: regresó á la península en 1822, y en 1823 quedó impurificado, hasta que el nuevo régimen le volvió al servicio activo en 1834, concediéndole el grado de capitán y el cargo de ayudante del regimiento Húsares de la Princesa.

Ya en plena guerra civil concurrió con su bravo regimiento á la batalla de Arlabán, y herido en la de Orduña, fué ascendido á capitán en 25 de mayo de 1836, con destino al regimiento caballería de Cataluña, adscripto al Ejército del Centro, que operaba en el Maestrazgo. En 1838 ascendió por méritos de guerra á comandante de dicho regimiento, y herido de dos balazos en la reñida acción de Muniesa, obtuvo en 1839 el empleo de teniente coronel y el grado de coronel. En 1840 concurrió con lucimiento al sitio de Aliaga y victoriosas acciones de La Cenia y Lucena, ganadas por el general O'Donell, siendo ascendido á coronel y nombrado por la Regencia del Reino comandante general de la provincia de Ciudad Real.

Cuatro campañas, otros tantos balazos y una larga serie de acciones de guerra en que Ibarz había patentizado su gran valor y excelentes aptitudes militares, pusieron en consonancia su edad y su graduación. Y no menos afortunado en la paz que lo había sido en la guerra civil, fué promovido á brigadier de caballería en 1847, y á mariscal de

campo en septiembre de 1854. El valiente soldado, que recibió su bautismo de sangre en las tapias de Zaragoza, había conseguido por su propio esfuerzo, escalar un puesto en la cumbre de la milicia.

Era persona modesta, grave y callada. Estaba condecorado con la gran cruz de San Hermenegildo, la de San Fernando de 1.ª clase, la del primer Sitio de Zaragoza, la de Alarbán y otras. Retirado por propia voluntad á su casa de Monzón donde pasó apaciblemente los últimos años de su vida, falleció en el de 1864, siendo un claro ejemplo de que en las luchas de la vida, la perseverancia vence á la mala fortuna y logra por fin el premio.

El doctor y despues general
D. Martin Lucas y Arcaine

Nació en Barbastro á 11 de noviembre de 1780; estudió primeramente en el Seminario Conciliar y luego en la Universidad de Zaragoza, obteniendo en 22 de junio de 1806 el grado de doctor en derecho civil y canónico; pero los sucesos de mayo de 1808 le llevaron por distintos derroteros, y en 4 de junio ingresó como teniente en el primer tercio de voluntarios de Barbastro destinado á guardar la frontera pirenaica. Llamado su tercio á Zaragoza concurrió Lucas á todo el 2.º Sitio, con cuya cruz de distinción se honraba, y en 12 de octubre fué ascendido á capitán del batallón ligero cazadores de Palafox, distinguiéndose por su valor en la guerra de calles.

Consiguiendo evadirse cuando le conducían prisionero á Francia, asistió con mérito conocido y durante cinco años á toda la guerra de la Independencia en los ejércitos de Aragón y Cataluña, concurriendo á más de veinte hechos de armas sin más adelanto en su carrera que el grado de teniente coronel que obtuvo en 1814. Fué capitán 23 años; ascendió en 1831 á comandante del Regimiento del Infante; en 1833 á teniente coronel del de Zaragoza; y en 1835 á coronel con el mando del referido Regimiento del Infante. Ocho acciones campales contra los carlistas del centro, y algunas de ellas tan importantes como las de Beceite (1835) y de Torre Velilla (1837), por las que mereció dos cruces de San Fernando, valiéronle al fin el ascenso á brigadier que obtuvo en 7 de agosto de 1838. Fué gobernador de las plazas de Monzón y Jaca, y en junio de 1847 ascendió á mariscal de campo, siendo con la misma antigüedad condecorado con la gran cruz de San Hermenegildo. Desempeñó sucesivamente las comandancias generales de Pontevedra

y Lugo, y obligado por sus achaques solicitó el cuartel para Madrid donde falleció á 11 de febrero de 1852.

Era el veterano general Lucas persona muy respetable por su modestia, gran cultura y brillante historia militar. Fué casado y dejó un hijo, también oficial distinguido, llamado D. Juan Lucas y Amorós que murió siendo teniente coronel de Artillería.

El General Maroto

Ningún español medianamente culto, dejará de conocer los hechos más culminantes de la vida de *D. Rafael Maroto*, personaje de funesta celebridad para el partido carlista, á quien hirió de muerte con los fusilamientos de Estella y dió golpe de gracia con el convenio de Vergara, que puso término á la guerra civil de los siete años. Pero lo que pocos saben, y también nosotros ignoraríamos á no haber tenido ocasión de examinar su hoja de servicios, es que Maroto fué uno de los más denodados defensores de Zaragoza en el 2.º Sitio, al que concurrió como capitán que era del regimiento infantería de Valencia, constando en su historial que se distinguió notablemente en la defensa del *Reducto del Pilar* y en los reñidos combates de *las Tenerías* (28 enero 1809) donde recibió herida grave de bala de fusil y fué premiado por Palafox con el grado de teniente coronel.

Fugado felizmente cuando le llevaban prisionero á Francia, continuó sus servicios de guerra con tanto lucimiento que en 1813 era ya coronel primer jefe del regimiento infantería de Talavera; y á poco de pacificada la península fué destinado á combatir la insurrección de nuestras colonias sudamericanas, donde hizo activa y valerosa campaña que le valió el grado de brigadier y más tarde el de mariscal de campo, cuya alta gerarquía disfrutaba al regresar á España en 1825.

A la muerte de Fernando VII se presentó en Portugal al infante D. Carlos, pretendiente al trono, y fué el último general en jefe del ejército carlista del Norte, cuyo mando desempeñó con poca fortuna. Después del convenio de Vergara, que le reconoció su grado de teniente general, viviendo disgustado y perseguido de asechanzas en España, solicitó y obtuvo real licencia para residir en Chile, donde falleció en 1847 á la edad de 67 años, pues había nacido en la ciudad de Lorca (Murcia) en octubre de 1780.

D. Francisco Muñoz del Toro

Era natural de Puente Genil y subteniente alumno de la Academia de Ingenieros.

Indignado por las atrocidades del 2 de mayo se fugó de Alcalá de Henares presentándose en Zaragoza, donde fué tan bien acogido por Palafox que en 5 de junio le promovió á capitán de infantería con destino al batallón ligero de Torrero, cuya organización estaba encomendada al teniente coronel D. José Sangenís.

Concurrió nuestro héroe á las dos defensas, portándose con singular bizarría en muchos combates anotados en su hoja de servicios. Consta su asistencia al *choque de Alagón* (14 de junio de 1808); á la llamada *batalla de las Puertas* (15); al *hecho de armas de Epila* (22 á 23); á la reñida *accción del Vado de Gállego* (14 de julio) en la que resultó herido, sin que este accidente le impidiese combatir dos días después con su acreditado valor en la salida del coronel Butrón para ahuyentar á los enemigos empeñados en el ataque de la *Torre del Arzobispo*, y por último en las empeñadas *luchas del Coso* (4 á 14 de agosto) donde el joven capitán demostró cumplidamente que era digno de este empleo.

Levantado el primer Sitio, concurrió á la persecución de la retirada de los franceses por Navarra, portándose con su habitual bravura en las acciones de Caparroso, Lumbier y Aybar; y llegada la hora de las recompensas, fué ascendido á teniente coronel en 3 de octubre y agregado al nuevo regimiento Granaderos de Palafox, al mando del benemérito coronel D. Francisco Marcó del Pont. En el breve plazo de cuatro meses había corrido la escala militar desde subteniente á teniente coronel.

Y después estuvo en la desdichada batalla de Tudela y en todo el segundo Sitio, distinguiéndose en la salida de Butrón contra los atrincheramientos y baterías de la Bernardona (31 diciembre 1808), en el heroico intento de reconquistar el convento de Trinitarios, emprendido por el Barón de Warssage (31 de enero de 1809) y últimamente en los 25 días de la incomparable defensa del Coso, que antecedieron á la capitulación. Los méritos de Muñoz eran notorios: Palafox le ascendió á coronel en 10 de febrero, y la Junta central á brigadier con antigüedad de 9 de marzo de 1809.

Ocupada Zaragoza por el enemigo, tuvo nuestro héroe la fortuna de fugarse cuando lo conducían á Francia, y retirado á su casa de

Puente Genil al terminar la guerra, dejó correr en ella su apacible existencia que finó hacia el año 1856, sin haber pasado de la categoría de brigadier, ganada en Zaragoza.

D. Jose Martinez de San Martin

Médico en su juventud, ingresó en la carrera militar durante el 1er Sitio de Zaragoza. Palafox que conoció su decisión y talento le promovió á capitán de infantería y el 9 de agosto le comisionó para salir con una fuerte partida á interceptar los convoyes del enemigo. En 27 de octubre le dió el mando de Villafeliche, localidad importante por sus molinos de pólvora, cuyo puesto tuvo que abandonar ante el avance del gran ejército francés que venía á poner nuevo asedio á la capital de Aragón.

Concurrió después con honor y fortuna á toda la guerra de la Independencia, conquistando fama de hábil y atrevido guerrillero, y ganando grados sucesivos en la jerarquía militar, hasta el punto de que en 1814 era ya brigadier.

En 1821 fué nombrado jefe político de Madrid, cuyo cargo desempeñaba con reconocida aptitud y cuando los trastornadores del orden público, enfurecidos por haber sido depuesto D. Rafael del Riego del mando militar de Aragón, intentaron una pública y estrepitosa manifestación en la calle Mayor paseando en carroza el retrato de su ídolo, cargó sobre los amotinados al frente de un batallón de milicia urbana con tanta resolución y viveza que el orden quedó impuesto en el acto con gran satisfacción del vecindario pacífico que aplaudía con entusiasmo al vencedor de la que, por mofa, se llamó *Batalla de las Platerías.*

Mucho peor lo hizo en el año 1834 cuando, ya ascendido á mariscal de campo, desempeñaba los cargos de capitán general y superintendente de policía en la capital de España. El cólera morbo diezmaba á Madrid con horrores hasta entonces no vistos; y los revolucionarios, propalando que los frailes eran los causantes de la mortandad por haber envenenado el agua de las fuentes, dieron margen á que una plebe salvaje, enfurecida por tan odiosa cuanto inverosímil calumnia, asaltase los conventos y casas religiosas ensañándose en la matanza de los regulares, haciendo entre ellos cuasi un centenar de víctimas inocentes inicuamente sacrificadas al furor sectario. San Martín, ni como superintendente había previsto el caso, ni como general supo evitarle ocupando puntos estratégicos para contener á la desbordada muche-

dumbre; y aunque acudió en persona á todas partes al frente de un batallón de la milicia urbana, poniendo en fuga á los asesinos y evitó, sin duda, que el número de víctimas resultase mucho mayor, fueron tales y tan lamentables los sucesos que presenció Madrid en aquellos dos días funestos, 17 y 18 de julio, que incapacitaron al general para continuar en el mando; y sustituído por el Duque de Castroterreño, solicitó la formación de un proceso del que no salió ni podía salir otra cosa que la notoriedad del descrédito con que se había conducido.

El general D. Agustin Nogueras

Fué uno de tantos jóvenes oficiales que habiendo principiado su carrera en las defensas de Zaragoza, llegaron á la cumbre de la milicia patentizando que los célebres Sitios de la capital de Aragón, constituyeron fecunda escuela de futuros generales.

Mozo arriscado y lleno de amor á la patria acudió al llamamiento de Palafox que le improvisó teniente del batallón Cazadores de Doyle, y con algunas compañías de este cuerpo pasó á guarnecer la plaza de Mequinenza. Después concurrió á toda la guerra de la Independencia, á la de América y á la civil de los siete años, en la cual, ascendido á brigadier y mariscal de campo, trabajó con más actividad y denuedo que fortuna en las campañas del Maestrazgo.

Dióle triste y equivocada resonancia el horrible fusilamiento de la anciana madre del cabecilla carlista D. Ramón Cabrera, en cuya cruenta represalia fué simple ejecutor de las órdenes del Capitán General de Cataluña D. Francisco de Espoz y Mina; y por tanto el denigrante apodo de *Mata Viejas* que injustamente se aplicaba á Nogueras, correspondía con mejores títulos al famoso guerrillero navarro. A cada uno lo suyo.

Siguió al Duque de la Victoria en su emigración á Inglaterra, á consecuencia de los sucesos de 1843, y vuelto á España tomó parte muy principal en la revolución de 1854 que llevó de nuevo al gobierno al general Espartero durante el llamado bienio progresista. Ascendido Nogueras á Teniente General retrotrayendo su antigüedad á 9 de julio de 1843, obtuvo sucesivamente los mandos militares de Galicia y Canarias y murió al poco tiempo. Era natural de Alcolea del Cinca y de la ilustre casa de su apellido.

D. Pedro Maria Pastors de la Sala y Cella

Con gusto extractamos la hoja de servicios de este ilustre general que en su juventud fué uno de los más valerosos defensores de Zaragoza.

Vástago de familia nobilísima, nació en Gerona el 29 de junio de 1783. Ingresó en 1800, como caballero cadete, en el Real Cuerpo de Guardias Españolas, asistió en 1801 á la campaña de Portugal, y terminado con aprovechamiento el curso de estudios en la academia del cuerpo, fué destinado en 1805 al 3.er batallón residente en Barcelona, con el cual se fugó de dicha ciudad el 2 de junio de 1808, llegando á Zaragoza á tiempo de concurrir al final del 1.er Sitio y á todo el 2.º

Ascendido á alférez de guardias (capitán) se distinguió por su valor en muchas ocasiones y muy especialmente en la salida del brigadier Butrón contra los atrincheramientos de la Bernardona (31 de diciembre de 1808), en cuyo hecho de armas no consintió le retirasen del combate en que resultó herido de gravedad y ganó por su bravura el grado de teniente coronel, con que fué agraciado por Palafox; y apenas convaleciente de sus heridas fué uno de los más heroicos defensores del convento de San José y Molino del aceite, en cuya gloriosa resistencia conquistó el ascenso á teniente de Guardias Españolas, equivalente al empleo de teniente coronel de infantería.

La defensa de Zaragoza había llegado á su término fatal, y el 19 de febrero de 1809 desempeñó Pastors la dolorosa comisión de pasar al cuartel general de Lannes y entregar á éste el mensaje de Palafox en solicitud de una suspensión de hostilidades por plazo de tres días. El mariscal francés denegó la petición del caudillo español y contra todo derecho retuvo en su campo al oficial parlamentario en calidad de prisionero.

Desde los depósitos de Francia consiguió fugarse á las avanzadas de los aliados en 1813, y agregado al ejército prusiano, donde fué muy bien recibido, concurrió al sitio de París combatiendo gallardamente en la ocupación de Montmartre. Vuelto á España y purificado de su conducta como prisionero, fué promovido á capitán del cuerpo de Reales Guardias Españolas (coronel efectivo) en 3 de agosto de 1814, á la juvenil edad de 31 años.

En 1822 al 23, período tristísimo en que tuvieron comienzo nuestras luchas políticas, combatió en Navarra mandando una brigada del

ejército realista, á cuyo frente asistió con su habitual bravura á muchos hechos de armas, mereciendo ser promovido á brigadier de ejército por la Regencia de Urgel. Mandando un batallón de la Guardia Real, á raíz de su creación, concurrió al sitio y toma de Cádiz por el Duque de Angulema (1823) contribuyendo con su personal esfuerzo á la restauración del poder absoluto de Fernando VII.

En 1830 ascendió á mariscal de campo, de cuyo empleo no pasó, y fué durante muchos años, sucesivamente, gobernador de la ciudadela de Barcelona y 2.° cabo de la capitanía general de Cataluña, desempeñando el primero de dichos cargos en 1835 cuando ocurrieron los acontecimientos revolucionarios en que pereció indignamente asesinado el general Bassa. Era el general Pastors tipo y modelo de caballeros cumplidos, y alcanzó una longevidad nada común, pues contaba 85 años cuando, en el de 1868, falleció en Barcelona, donde pasó el último período de su vida en situación de cuartel. Tenía las grandes cruces de San Hermenegildo y de Isabel la Católica, era caballero de la distinguida orden de Carlos III y de la militar de San Fernando, y honraba su pecho con las condecoraciones de los Sitios de Zaragoza, por las que sentía singular y especialísima predilección.

Los hermanos D. Francisco de Paula y D. Joaquin Ruiz y Martinez Navarro

Eran de Cartagena y de ilustre casa. El mayor, *D. Francisco*, nació el 27 noviembre de 1789, y nombrado en 24 de junio de 1808 subteniente del 2.° *Regimiento infantería voluntarios de Murcia*, al mando de D. Mariano Peñafiel, vino á Zaragoza con las divisiones enviadas por la Junta Soberana de Valencia en auxilio de la capital de Aragón.

Herido en la batalla de Tudela, concurrió después á todo el 2.° Sitio, cuya cruz ostentaba, portándose con gran valor el 21 de diciembre en la defensa de la batería del *Rastro de los clérigos*, en las salidas de los dos días siguientes, y en los numerosos combates sostenidos en el Arrabal de Altabás, hasta que los sitiadores le tomaron por asalto el 18 febrero de 1809.

Prisionero de guerra por consecuencia de la capitulación, consiguió fugarse en Tafalla y asistir con lucimiento á toda la guerra de la

Independencia, y más tarde á los movimientos revolucionarios de 1820 á 23, en los cuales comprometió su carrera y seguridad personal hasta el punto de tener que emigrar á Francia de donde no pudo regresar hasta que le devolvió á la Patria el famoso decreto de amnistía dictado por la Reina D.ª María Cristina de Borbón en 15 octubre 1832.

La guerra civil de los siete años proporcionó á Ruiz nuevas ocasiones de distinguirse: en ella ganó los empleos de teniente coronel y coronel, y á su terminación, en 1840, el de brigadier. En 1843 fué ascendido á mariscal de campo por el Regente Duque de la Victoria, que le apreciaba mucho.

Era nuestro biografiado un *esparterista* acérrimo, y fué el principal instigador de los pronunciamientos de Alicante y Cartagena para derrocar al gabinete González Bravo aclamando la *Junta Central* (1844) y exigiendo la inmediata organización de la Milicia Nacional (cuyas sediciones contuvo con mano dura el general Roncalí, conde de Alcoy) permaneciendo oscurecido hasta que el gobierno del célebre bienio progresista (1854 á 56) le puso nuevamente en acción ascendiéndole á teniente general y encomendándole la capitanía general de Galicia por Real Decreto de 31 de enero de 1856.

El 19 de julio de dicho año intentó levantar bandera de rebeldía contra el gabinete O'Donell, que sustituyó al de Espartero, para cuyo pronunciamiento contaba con toda la milicia nacional y el regimiento infantería de Cantabria, ya en marcha para la Coruña. Pero tan temeraria cuanto ilegal tentativa quedó paralizada por la lealtad y entereza de los oficiales del 4.º regimiento de artillería, que en defensa de la regia prerrogativa, detuvieron á Ruiz en el momento de montar á caballo para ponerse al frente de los sublevados. Recluído en el castillo de San Antón y sometido á militar proceso, fué depuesto del mando sin ulteriores consecuencias á causa del generoso indulto que le otorgó la magnanimidad de la Reina.

Era un anciano enérgico y robusto, caballeroso y bueno, á quien sacaba de quicio la idolatría con que veneraba al Duque de la Victoria, personaje que hubiera querido exaltar sobre todos los reyes y emperadores del mundo. Falleció en Madrid en 1864, dejando á su hija única D.ª Enriqueta, casada con el sabio y distinguido coronel de artillería D. Elíseo Loriga y Taboada.

Don *Joaquín Ruiz*, hermano menor de D. Francisco, sólo tenía 15 años cuando en agosto de 1808 llegó á Zaragoza con la charretera de subteniente del mismo regimiento 2.º de Murcia, en que servía su hermano. Antes de esto era aspirante á guardia marina y había navegado.

Se distinguió por su denuedo en la defensa del Arrabal, donde presenció las hazañas de Palafox y D. Manuel de Velasco, que recordaba con entusiasmo, así como las gloriosas muertes de los artilleros Pusterla y Saleta, y la del *Tío Lucas*, labrador, segundo del *Tío Jorge* y capitán de los escopeteros del Arrabal, que vió caer á su lado.

En el último y victorioso asalto del enemigo recibió tres heridas gravísimas, cuasi mortales, que le infirió un enorme sargento francés, según nos decía; una de bala y otra de bayoneta en el pecho, seguidas de un feroz culatazo en la boca que le hizo saltar toda la dentadura. Medio muerto y con el conocimiento perdido, fué trasladado al hospital de San Ildefonso donde volvió en sí, y logró convalecer después de cinco ó seis meses de dolorosas curas y en plena ocupación francesa.

Recibida el alta, sólo pensó en fugarse de Zaragoza para no ser llevado á Francia; disfrazado de baturro y jinete en pacífico asno, emprendió largo, difícil y peligroso viaje á Cartagena, llegando á la casa paterna donde su robusta naturaleza recobró la salud perdida. En los últimos años de su vida y hablando de los Sitios y de sus propias peripecias, decíanos el amable veterano que del balazo se había curado pronto y bien, que el bayonetazo fué mucho más despacio, y que el culatazo le dejó reliquias para toda su vida, obligándole á gastar dentadura postiza.

Después de la guerra de la Independencia se distinguió en la del 20 al 23 y en la civil de los siete años, conquistando reputación de jefe valeroso y entendido, pero sin pasar de coronel. Viudo y retirado fijó su residencia en Zaragoza donde transcurrieron los tres últimos lustros de su vida al lado de su hijo único D. Enrique Ruiz Carrascosa, excelente oficial de artillería fallecido en Madrid, pocos años ha, siendo coronel del cuerpo. D. Joaquín murió en Zaragoza á la edad excepcional de 87 años, en el de 1880, y *fué el último sobreviviente de los defensores de la ciudad, y el último también que honraba su pecho con la gloriosa y veneranda condecoración de los Sitios.*

Era el bondadoso anciano una historia viva de aquellos grandes acontecimientos, esculpidos en su memoria, que refería con encantadora naturalidad y escuchábamos con embeleso. Había conocido y tratado á muchos de los principales héroes de la defensa y daba noticias de sus hechos que nosotros apuntábamos cuidadosamente. Fino, tolerante, pulcro, galante con las damas y con todos cariñoso, ganó en Zaragoza la estimación general, bien patentizada en el sentimiento con que la noticia de su muerte fué recibida por todas las clases sociales.

D. Manuel de Soria y Vargas

De noble linaje, nació en Granada el 1.º de enero de 1789, y murió en 1871 á la avanzada edad de 82 años. Merced á esa poco común longevidad fué el último de los generales españoles que honraba su pecho con las cruces de los Sitios de Zaragoza.

Siendo subteniente alumno de la Academia de ingenieros y exaltada su patriótica indignación por las iniquidades del *Dos de Mayo*, pudo reunir en Alcalá hasta 300 soldados veteranos (muchos de ellos suizos) escapados de la guarnición de Madrid, á cuyo frente se presentó al Barón de Warssage en Calatayud, y el 5 de junio á Palafox en Zaragoza. El gran caudillo agradeció el socorro que traía el joven oficial y premió á éste ascendiéndole á teniente con destino á los *Suizos de Aragón*, en 21 de junio, y á capitán del Regimiento de Extremadura en 25 de julio.

Durante el 1er Sitio sirvió Soria en la columna del Barón de Warsage, concurriendo con ella á las acciones de Epila y Villafeliche, al socorro de Zaragoza en los últimos días de su gloriosa defensa y á la persecución del ejército francés en su retirada á Navarra. Asistió después con su habitual denuedo á la batalla de Tudela y á todo el 2.º Sitio, destinado sucesivamente al 1.er batallón ligero de Zaragoza y al Regimiento de Fieles Zaragozanos, cuerpos que con tanta gloria y fortuna defendieron la casa de Misericordia y la Aljafería. Por los méritos que contrajo en tan combatidos puestos, obtuvo grado de teniente coronel con antigüedad de 9 de marzo: hermoso principio de carrera para un mozo de 20 años.

Habiendo logrado huir de Zaragoza enseguida de la capitulación, pudo dirigirse á Cataluña é incorporarse á su ejército, distinguiéndose en la defensa de Tarragona, por cuya rendición quedó prisionero de guerra. Ingeniero por sus estudios, no llegó á prestar servicios en este Real cuerpo, y desde su llegada á Zaragoza ingresó en el arma de infantería á la que dedicó toda su inteligencia y laboriosidad. Sirvió con gran distinción en la Guardia Real, fué Ministro de la Guerra, Inspector general de Infantería de útiles y fecundas iniciativas, Consejero de Estado y, durante muchos años, Presidente del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, de cuya elevada magistratura le depuso la revolución de 1868, á la que sólo sobrevivió tres años, falleciendo en Madrid en situación de cuartel en medio del sentimiento del ejército que reverenciaba en el general Soria una de las más honorables reliquias de sus antiguas glorias.

D. Tomas Zumalacarregui

No intentamos escribir una nueva biografía de este célebre personaje, cuya historia es bien conocida de todas las personas cultas, y más principalmente de los militares aficionados á los estudios técnicos de su profesión; como improvisador de un ejército admirable, como gran maestro en la guerra de montaña, como táctico insigne y como persona dotada de las más altas prendas de inteligencia, firmeza de carácter, lealtad á su Príncipe, valor brillante y probidad incorruptible, fué Zumalacárregui un modelo insigne que alcanzó laureles imperecederos, siquiera dolorosos para la Patria, como son siempre los conquistados en luchas intestinas.

Pero lo que no es tan sabido de la generalidad, es que el gran caudillo carlista de la guerra de los siete años hizo su aprendizaje militar en la primera defensa de Zaragoza, y que por tanto, tiene derecho propio á un puesto de honor en esta Galería de ilustres defensores. Dícelo terminantemente el general D. Juan Antonio Zaratiegui en el interesante libro á que puso por título *Vida y Hechos de D. Tomás Zumalacárregui, nombrado por el Sr. D. Carlos María Isidro de Borbón. Capitán general del ejército realista, Duque de la Victoria y Conde de Zumalacárregui,* en estas breves palabras: «Desde muy temprano ma»nifestó decidida vocación por las armas, y su humor guerrero le con»dujo á la defensa de Zaragoza en 1808; pero apenas los franceses le»vantaron el primer sitio, se restituyó á su casa de Ormaiztegui per»maneciendo en ella hasta tanto que los guipuzcoanos, siguiendo el »ejemplo de las otras provincias de España, se declararon contra la »dominación de Bonaparte, en cuyo instante, se alistó bajo las inme»diatas órdenes de D. Gaspar Jáuregui, más conocido por el *Pastor*».

Lo expresado por el general Zaratiegui no es del todo exacto: Zumalacárregui, joven entonces de 20 años, sentó su plaza en el *primer batallón ligero Voluntarios de Aragón,* con el cual asistió á todo el primer Sitio y á los comienzos del segundo, pues fué el 31 de diciembre de 1808 cuando en la valerosa salida del general Butrón contra los atrincheramientos de la Bernardona quedó prisionero de los franceses, y habiendo conseguido fugarse á Navarra llegó sin contratiempo á su casa de Ormaiztegui, reanudando seguidamente su vida de campaña. Terminada ésta y siendo ayudante del Capitán general de las provincias vascongadas D. Juan Carlos de Areizaga, fué ascendido á capitán de infantería del ejército permanente.

Conocida es de todos la desastrosa muerte del famoso caudillo car-

lista á consecuencia de la herida de bala de fusil recibida en 15 de junio de 1835 en el primer Sitio de Bilbao, de cuyas resultas falleció en Cegama el 24 de dicho mes, á la edad de 47 años; pues había nacido en Ormaiztegui el 29 de diciembre de 1788.

Estaba casado con la Sra. D.ª Pancracia de Ollo y sólo dejó sucesión femenina.

D. Pedro Aranda †

En la desatinada apología del intendente D. Lorenzo Calvo de Rosas, publicada por su deudo y tocayo D. Lorenzo Calvo y Mateo, bajo el título *Resumen histórico de la inmortal defensa de Zaragoza en su primer Sitio* (Madrid, 1839), sustentando la absurda tesis de que el intendente fué el verdadero general, el patriota, el político, el administrador y el *fac totum* de todo lo concerniente á aquel glorioso episodio, escribe entre otras muchas falsedades, la enormísima de que no había en Zaragoza ni un sólo oficial de Administración militar, aseveración que de resultar cierta, claro es, sería prueba palmaria de la extraordinaria capacidad del hombre que, por ciencia infusa y sin práctica alguna del difícil mecanismo administrativo de un ejército y de una plaza sitiada, hubiera por sí sólo, ó con ayuda de personal improvisado por arte de encantamiento, sacado de la nada, una completa y perfecta máquina administrativa.

Pero es el caso que el intendente dispuso de un personal altamente idóneo, siquiera no fuese muy numeroso: Tesorero del Reino lo era el Comisario ordenador de los Reales ejércitos, D. Tomás de la Madrid y Montes; Contador el Comisario ordenador honorario, D. Ventura Elordui, funcionario de merecido crédito; Oficial 1.º de la Tesorería, D. José de Unceta; Comisarios de servicios D. Felipe Fernández Arias, D. Manuel Robleda, D. Pedro Yoldi y D. Pedro Aranda, todos cuatro á cual más beneméritos, y personal subalterno muy apto, es consiguiente que tampoco faltaba, aunque fuera preciso aumentarle. De estos aumentos bien podemos hacer gracia al vanaglorioso D. Lorenzo ya que no de otra cosa.

Y es tanto más de notar la preterición que de dicho personal hace el autor del citado librejo cuando no podía ignorar la desastrosa muerte de *D. Pedro Aranda* en la catástrofe del 27 de junio, bien explicada en los Diarios de Casamayor.

A las dos de la tarde de dicho día, cargándose algunos carros de [illegible] en el gran almacén del Seminario Conciliar del Coso para

trasladarla al convento de San Agustín, alguna imprudencia de los cargadores ó carreteros fué causa de la formidable explosión de aquel gran edificio que se oyó á muchas leguas de distancia, no dejando vidriera sana en la ciudad, con ruina de todas las casas fronteras y vecinas y muerte de muchos centenares de personas, entre ellas el *Comisario D. Pedro Aranda* con toda su familia, *hombre benemérito y de gran confianza en el desempeño de los servicios de administración militar al decir de Casamayor.*

Nada más sabemos de este digno funcionario ni tampoco de su familia que pereció con él. Pero honremos su memoria y el buen nombre del cuerpo á que pertenecía injustamente agraviados por el inveraz panegirista de D. Lorenzo Calvo.

D. Manuel Robleda

Era Comisario de Guerra afecto á los servicios de su instituto en la plaza de Zaragoza, de donde salió para Calatayud en los críticos momentos de ser embestida por los franceses, llevando á su cargo y con no poco riesgo los caudales de la Tesorería.

Durante casi todo el 1.er Sitio permaneció en Calatayud adscripto á la brigada de vanguardia organizada por el barón de Warssage, y con ella vino á Zaragoza el 9 de agosto. Fué un funcionario de inmejorables aptitudes que durante todo el 2.º Sitio prestó activos y útiles servicios para el abastecimiento de las tropas y del vecindario, dirigiendo la construcción de más de 30 tahonas ó molinos movidos por fuerza animal, pudiendo afirmarse que si en Zaragoza no llegó á faltar el pan, siquiera fuese de munición, se debió al celo incansable y á la habilidad del Comisario Robleda. Justo es, por tanto, que conservemos y enaltezcamos la buena memoria del benemérito funcionario.

Y aunque su misión más era de proveedor que de combatiente, todavía manifestó su valor en las postrimerías del Sitio, salvando con grandes fatigas los utensilios almacenados en una casa sita en la calle de Palomar, en medio del fuego del enemigo que ya la invadía.

Salió ileso de los Sitios, pero no así su esposa D.ª Carmen Pallarés que víctima de la epidemia, cuando ya principiaba sus estragos, falleció el 20 de octubre de 1808.

Los méritos de Robleda fueron premiados con la graduación de intendente y goce de sueldo el año 1815; con esa categoría figura en el Estado Militar del año 1823.

D. Felipe Fernandez Arias

Era Comisario de guerra de los Reales ejércitos y prestó excelentes servicios en Zaragoza durante el primer Sitio.

Estuvo en el choque de Alagón, donde se batió bien y cayó prisionero. Lefèvbre le puso en libertad, entregándole su primera intimación á los administradores de Zaragoza, que Arias puso en manos del teniente de rey y gobernador interino D. Vicente Bustamante.

Elógiale D. Agustín Alcaide en su *Catálogo de algunos defensores que hicieron servicios distinguidos*, expresando que los prestó muy interesantes en la recepción de efectos para el vestuario de las tropas, en el salvamento de los heridos por la explosión del Seminario (27 de junio) en la extracción de los enfermos del Hospital (3 de agosto) y en la recolección de los efectos que los franceses dejaron en Torrero cuando levantaron el 1.er Sitio.

El 5 de agosto de 1808, al regresar á Zaragoza y encargarse del mando el general gobernador Marqués de Lazán, halló suspendidos todos los servicios administrativos por la ausencia del intendente don Lorenzo Calvo que, en el apresuramiento de su salida de la ciudad durante el combate del día anterior, no había dejado sucesor accidental en sus cargos. En la necesidad de subsanar tan grave falta, dispuso el de Lazán que Fernandez Arias se encargase interinamente de la intendencia, cuyas funciones desempeñó cumplidamente, tanto en proporcionar caudales como provisiones para el socorro de la tropa y paisanaje armado en términos de que nada faltó hasta el regreso del intendente propietario, como el Marqués hizo constar en expresivo certificado cuya minuta tenemos á la vista.

Debió morir antes de 1823, pues no aparece su nombre en el Estado Militar de dicho año.

D. Pedro Yoldi y Bernal

De linaje infanzón, nació en Zaragoza en 1761, principió á servir en clase de meritorio en la Tesorería de Aragón el 17 de noviembre de 1775, y fué ascendiendo por pasos contados á oficial 5.°, 4.°, 3.°, 2.°, Mayor, Comisario de guerra en (1810) con 18.000 reales de sueldo y Comisario ordenador (en 1815) con 30.000.

Su hoja de servicios y méritos que tenemos á la vista es sumamente honorable. Al obtener en 30 de mayo de 1825 la jubilación que se vió obligado á solicitar por sus achaques, tenía 52 años de buenos servicios, contándose entre ellos 3 por doble tiempo de campaña; era académico de honor de la de San Luis de Zaragoza y estaba condecorado con las cruces de las dos defensas de esta ciudad y la del 2.° Ejército.

Concurrió con distinción á la guerra contra la república francesa, por cuyo mérito fué graduado de oficial mayor de Tesorería en 14 de agosto de 1794; y en atención á su antigüedad, desempeño y útiles conocimientos se le otorgó con fecha 2 de noviembre de 1802 el grado de Tesorero de Ejéreito.

Prestó notorios servicios en las dos defensas de Zaragoza; en la primera como comisario de todos los cuerpos que operaban en la izquierda del Ebro; y en la segunda como tesorero único del ejército por haber salido las oficinas para la villa de Calanda. En medio del más espantoso fuego recorría diariamente todas las baterías y puestos atacados para pagar sus jornales á los trabajadores y defensores pobres á fin de que no abandonasen sus puestos. Su casa fué completamente saqueada por los enemigos el 4 de agosto.

Fugado de la capital así que capituló y obtenida su confirmación en el cargo de tesorero del ejército, siguió las marchas, operaciones y combates de la división Villacampa, hasta que por la necesidad de establecer hospitales militares en aquellas montañas, fundó y sostuvo á fuerza de perseverantes cuidados los de Castelsavid, Moya, Tejeda y Mora de Rubielos, de los cuales fué comisario inspector desde 1.° de enero de 1810 hasta bien entrado el 1811, continuando en el teatro de la guerra hasta su terminación.

Desempeñó durante diez años el alto cargo de comisario ordenador del ejército de Aragón, y falleció en Zaragoza lleno de años y méritos.

SEXTO GRUPO

AUTORIDADES CIVILES Y ADMINISTRATIVAS NOBLEZA, CIUDADANOS MENESTRALES Y LABRADORES

Por punto menos que imposible tendríamos la factura de este preámbulo si en él hubiera de reflejarse, siquiera en forma concisa, la grandiosa conducta del pueblo zaragozano representado en sus dos asedios por la unanimidad de todas las clases señaladas en el epígrafe, que son las que constituyen el verdadero pueblo.

Todo él fué patriota, religioso, desprendido y valiente, y la misma grandeza de su esfuerzo y comportamiento general, casi excluye la posibilidad de traducirla en listas y semblanzas individuales, sin que por eso dejemos de abordar aquellas más conocidas y relevantes. ¿Quién podría trazar las vidas individuales de un pueblo entero? La suma nos es bien conocida pero no así los sumandos.

Autoridades, Concejo y personas pudientes, excediendo á su posibilidad, todas contribuyeron á sostener el magno compromiso que la ciudad arrostraba; y sólo así puede comprenderse la enormidad del caudal suscrito para aquellas atenciones que aparece en las *Gacetas* oficiales, elevándose á más de tres millones y medio de reales lo aprontado en metálico y raciones por la ciudad, y á más de otro tanto lo aprontado por zaragozanos y aragoneses en metálico y efectos, formando en suma un total que excedió de siete millones de reales sin contar la plata labrada, ropas, caballerías, carros y otros artículos que aumentarían grandemente aquella suma, ya de por sí importantísima, si se considera el valor de la moneda en aquellos tiempos (Véase Alcaide, Tomo III pág. 196 y 197).

La labor corporativa empleada en las numerosas juntas, lo mismo en las preexistentes que en las creadas para las diversas atenciones de la defensa demandadas por la fuerza de las circunstancias, espanta también y casi no se comprende que hubiese personal sano y apto para tantas y tan trabajosas corporaciones. *La Real Audiencia. el Ayuntamiento* con sus meritísimos Regidores y Alcaldes de barrio, *la Junta de Gobierno del Reino* nombrada por las Cortes, *la Militar de defensa, la de Fortificación, la de Hacienda, la de Sanidad, la de Abastos* y tantas otras que surgieron al calor del patriotismo y de las necesidades perentorias como ocurrió con aquella triste y numerosa junta final que se llamó de *Capitulación*, ocuparon á multitud de personalidades del orden civil pertenecientes á todas las clases sociales.

La nobleza, la propiedad, el comercio, los gremios industriales, la agricultura y los oficios, todos dieron apto é infatigable contingente á esas corporaciones á la vez que ocupaban sus brazos en las obras de defensa y en contener los estragos é incendios del bombardeo, sin perjuicio de asistir con su habitual bravura á los combates. La nobleza, natural enemiga de los exterminadores de sus congéneres ultra-pirinaicos, nutrió con su juventud los cuadros de oficiales de los improvisados Cuerpos, y puede afirmarse en absoluto que no hubo una sola familia principal que faltase á ese deber. El Comercio, además de empobrecerse, extendiendo más que pudo la mano de los donativos, ofreció los nobles ejemplos de Sanclemente, los Gallart, los Del Cacho, Gúrpide y tantos otros intrépidos ciudadanos. La Agricultura presentó á los Cerezos y el tio Jorge, á Mariano Lucas Aced y Valero Ripoll, que obtuvieron empleos militares en premio de sus proezas, y á los beneméritos Zamoray y Peromarta, que si no obtuvieron aquellos grados, conquistaron el honor de dar sus nombres á dos calles de la ciudad. Los gremios y oficios, en fin, tuvieron representación dignísima en Miguel Salamero, Matías Carrica, Abanto y La Hera, cuyos hechos y nombres no se olvidarán. Y claro es que si en este momento no citamos al clero no es por injusta omisión, sino porque su conducta reclama capítulo aparte.

Pero con profundo sentimiento debemos confesar que solo con poco más de dos docenas de semblanzas, podemos nutrir este grupo en el que por derecho propio pudieran figurar muchos millares de héroes que sacrificaron sus vidas para tejer á Zaragoza su corona de gloria y conquistarla el título de *Inmortal* que hoy la condecora. Y no es esto decir que esos millares de héroes fueran propiamente anónimos, porque muchos de sus nombres figuran en los libros mortuorios de las parroquias de donde hemos extraído numerosas listas: en el último período de la defensa, la epidemia fué voraz, y lo mismo se ensañó con personas de tan esclarecida nobleza como el Marqués de

Artasona, el Conde de Sobradiel y D. Pedro de Peralta, que con ciudadanos tan calificados como D. Pedro Miguel de Goicoechea, don Joaquín Virto de Vera, D. Francisco de Zamora y los dos hermanos Cerezo, que con esa muchedumbre de individuos de modestísima posición social á que antes nos referíamos.

Aunque á primera vista parezca escaso el número de biografías recogidas en este grupo, dado el general y vigoroso esfuerzo desarrollado por Aragón en la defensa de su capital, debemos hacer notar que no faltan tantas como parece, puesto que son muchos los aragoneses y zaragozanos cuyas vidas quedan incluídas bajo otros epígrafes. En ellos figuran noblemente los tres hermanos Palafox, Warssage, Villacampa, el artillero D. Ignacio López, los hermanos Sangenís y multitud de representantes de la nobleza aragonesa, tanto de la que ostentaba antiguos títulos como de la no titulada; y claro es que con solo este refuerzo hubiera resultado este sexto grupo el más numeroso é importante de la Galería.

Y todavía hay más: suele decirse, aunque no con fundamento á nuestro entender, que los españoles cultos, amantes de la regeneración de la Patria, miraban con marcada simpatía la sustitución de los Borbones por los Bonapartes, en una palabra, que los supradichos cultos eran afrancesados. Pero no podrá decirse esto de los aragoneses en general ni de los zaragozanos en particular, con solo recorrer de pasada los grupos de nuestra Galería. Comisario de caminos, (como en aquel tiempo se llamaba á los ingenieros civiles) era *D. Pablo Casamayor;* médico distinguido, *D. José Martínez de San Martín;* notario, sumamente ilustrado, *D. Fernando García Marín;* arquitectos afamados los cinco valerosos miembros de la familia *Tabuenca* y el bravo é inteligente *D. Mariano Villa*, que tan importantes servicios prestaron al cuerpo de ingenieros; y doctores, ó cuando menos licenciados en Derecho, *D. Felipe Perena*, los hermanos *D. Luis* y *D. José de Cistué*, *D. Martín Lucas*, *D. José Andreu* y *D. Ramón Mateo*, que en su mayor parte llegaron á las alturas del generalato. Véase, pues, de qué manera trocaron sus destinos los *intelectuales de entonces* para demostración palmaria de que el saber marchaba al unísono con el patriotismo: y véase, una vez más lo que hubiera sido el grupo de semblanzas de naturales de Aragón y ciudadanos de Zaragoza, si la religión militar, á que tantos se adhirieron, no nos hubiera obligado á encasillarlos en otros lugares.

Y esto dicho, pongamos punto final á este preámbulo, que hemos creído imprescindible como explicación del escaso número de biografías que le siguen.

D. Pedro Maria Ric y Monserrat

En la casa solariega de los barones de Valdeolivos sita en Fonz, villa importante del antiguo condado de Ribagorza, consérvase el retrato del *Regente Ric*, figura muy principal, en la defensa de Zaragoza sitiada; cuya pintura, hecha en 1814 por el monje cartujo D. Fray Manuel Bayeu, tiene á su pie una inscripción encomiástica de los méritos y honores del personaje retratado, verdadero compendio de su vida oficial, que copiamos como documento interesante, sin perjuicio de ampiarle después con notas aclaratorias. Dice así:

«*El Iltmo. Sr. D. Pedro María Ric y de Monserrat, Barón de Valdeolivos, Noble de Aragón, Carlán de Aguilar, Señor de la Bujeda y de la Torre de Aguilar, Caballero pensionado de número de la Real y distinguida orden española de Carlos III.—Fué Colegial del Mayor de San Vicente de la Ciudad de Huesca, Catedrático y Rector de la Universidad de la misma Ciudad, Camarero secreto de S. S. Pío VI, Ministro del Crímen, Oydor, Gobernador de la Sala y Regente de le Real Audiencia de Aragón, Individuo de la Junta creada por las Cortes de Aragón para ejercitar la Soberanía durante la cautividad del Rey Nuestro Señor Don Fernando VII, Presidente de la Suprema de Aragón erigida en el 2.º Sitio de Zaragoza, Vicepresidente de la de conservación y defensa del mismo Reyno, Ministro del Supremo Tribunal de Vigilancia cuya plaza renunció, así como otra del Real y Supremo Consejo de Castilla, y Su Majestad le concedió los honores y antigüedades del mismo Consejo y del de la Cámara—Mereció el honor de que el Rey Nuestro Señor y el Serenísimo Sr. Infante D. Carlos á su regreso de Francia fuesen á su casa, comiendo en su Real mesa todos los días que se detuvieron en Zaragoza.—Además de la Cruz de Carlos III está condecorado con la Flor de Lis de Francia, y las de los dos Sitios de Zaragoza, con el uso de los dos escudos que le concedió el General Palafox por sus servicios en los dos Sitios. Fué Diputado en las Cortes de Cádiz. Obtuvo la jubilación de sus empleos con todos sus honores que solicitó para restituirse á Fonz donde nació en 24 septiembre de 1766. Murió en Fonz á 29 de marzo de 1831 á la edad de 64 años 6 meses y 5 días*».

Padre de hijo tan esclarecido, lo fué el ilustre señor D. Miguel Esteban Ric y Pueyo de Urries, Barón de Valdeolivos, caballero de Montesa y de San Jorge de Alfama.

Los méritos propios y los prestigios heredados abrieron fácil vía á la brillante carrera de D. Pedro en la cátedra y el foro, pues ya era Oidor de la Real Audiencia de Aragón mucho antes de junio de 1808

en que el General Palafox, por sospechas de infidencia no bien justificadas, exhoneró al Regente D. José Villa y Torre, en las postrimerías del primer Sitio, elevando al Sr. Ric á aquella eminente magistratura.

Perteneció á casi todas las juntas creadas para regularizar la defensa de Zaragoza, y por último presidió la que, agotados todos los recursos, tuvo el triste encargo de procurar la capitulación de la ciudad moribunda, en cuyo asunto procedió con gran tino y entereza. No fué combatiente pero tampoco esquivó los peligros que supo afrontar con valor sereno para animar con su presencia á los defensores y socorrerles en sus necesidades, por cuyos méritos le condecoró Palafox con los escudos de los dos Sitios.

En el intermedio de ambos contrajo matrimonio con la célebre heroina *D.ª María de la Consolación de Azlor y Villavicencio, condesa viuda de Bureta*, el día 1.º de octubre de 1808, y con ella, á raíz de la capitulación, buscó tranquilo refugio en Valencia, donde los nobles consortes tuvieron á su hija única D.ª Pilar Ric y Azlor, que, años adelante, casó con D. Ramón de Otal. Electo diputado á cortes tuvo que trasladar su domicilio á Cádiz y tomar activa parte en la labor constituyente, permaneciendo en aquella hermosa ciudad andaluza hasta que el definitivo triunfo de España, al comenzar el año 1814, le devolvió á su casa de Zaragoza y al alto cargo de Regente de la Real Audiencia de Aragón.

Pero su dicha doméstica fué muy poco duradera; el 23 de diciembre de 1814 fallecía la ilustre esposa á consecuencia de un sobreparto funesto, y el afligido viudo tuvo que sobreponerse á sus penas entregado de lleno á las múltiples y patrióticas ocupaciones que la regia confianza le encomendó; pues además de Regente de la Audiencia era *Presidente de la Junta de reintegro de bienes confiscados por los franceses en todo el Reino de Aragón, Protector del término de la Camarera y Vicepresidente de la Real Junta de Beneficencia creada por S. M. para la reedificación del Hospital Real y General de Ntra. Sra. de Gracia.*

El cansancio de la edad y del trabajo constante, tristezas propias y disgustos de las luchas políticas, impulsáronle á solicitar la jubilación para pasar los últimos años de su existencia en el apacible retiro de la casa solariega de Fonz, donde, respetado y querido de todos, murió á 29 de marzo de 1831, siendo sepultado dentro de la iglesia parroquial en el panteón de la capilla de San Miguel Arcángel, propia suya, fundada á fines del siglo XVI por D. Guillermo Ric, canónigo de la colegial de Monzón y sobrino del Ilmo. Cerbuna, Obispo de Tarazona y protector insigne de la Universidad de Zaragoza.

Fué D. Pedro María Ric un gran patriota, caballero de notoria cristiandad, magistrado integérrimo y literato de tan varia como ame-

na erudición. El Racionero Latassa, alaba un elegante discurso que leyó al ser admitido académico en la de Buenas Letras de Barcelona, y también mereció grande aprecio su *Relación de las heroicas defensas de Zaragoza* que escribió en Valencia y publicó en el *Semanario Patriótico* de Cádiz en agosto de 1809.

El Intendente D. Lorenzo Calvo de Rozas

De este personaje, tan ensalzado por algunos escritores, como deprimido por otros, no hemos logrado encontrar biografía que merezca este título. Lo que no faltan son juicios, ora exagerados en la apología con mengua de la verdad, ora violentos en la censura con menoscabo de la justicia.

Era D. Lorenzo un comerciante inteligente y acaudalado, de Madrid, á quien Palafox sacó de sus ocupaciones bancarias, confiriéndole los cargos de Intendente de Aragón y Corregidor de Zaragoza durante el primer Sitio. «*Estaba lleno de honradez y patriotismo, y abandonó su casa é intereses, llevando á Zaragoza parte de su fortuna que ingresó en Tesorería*», al decir de D. José Canga Argüelles (Observaciones sobre la guerra de España § V); y nótese que este culto y verídico escritor, estampó aquella frase con perfecto conocimiento de su exactitud, puesto que fué Intendente de Aragón en 1821, y pudo cerciorarse de los servicios y larguezas de su antecesor.

Los méritos de D. Lorenzo en el primer Sitio son tan evidentes que fuera yerro grande el desconocerlos. Miembro distinguido de la *Junta de Defensa* creada por Palafox, Secretario de las Cortes de Aragón y Jefe inmediato de los alcaldes de barrio, que tanto y tan bien trabajaron en aquellas circunstancias, él facilitó los alistamientos de combatientes; dió libertad al benemérito D. Antonio Sangenís, preso por los patriotas inconscientes que le tomaron por espía el 15 de junio; é hizo recoger las herramientas y sacas de lana que se necesitaron para las improvisadas fortificaciones; y alistó cuadrillas de trabajadores á ese efecto, y al de apagar los incendios originados por los proyectiles enemigos; y él, en fin, montó con perfección, inteligencia, orden y economía, los ramos de Hacienda, contabibidad, acopio y reparto de víveres, distinguiéndose además por su valor, serenidad y acierto en el salvamento de los enfermos del hospital en los primeros días de agosto, cuando furioso bombardeo incendiaba y destrozaba el

edificio, y contribuyó con su palabra y ejemplo á mantener el patriótico ardimiento del pueblo, pudiendo con verdad afirmarse que hizo cuanto pudo en pro de la defensa y que fué en ella utilísimo auxiliar.

Pero de esto á adjudicarle el principal papel desde el 15 de junio, cuando por primera vez se ausentaron los hermanos Palafox; suponerle gobernador militar de la plaza y sustituto del capitán general, cargo que no obtuvo ni un momento; y pretender que fuese el honorable banquero, y no el gobernador efectivo D. Luis de Palafox, Marqués de Lazán, quien al frente de la bandera del regimiento de Extremadura, presidió el acto de recibir á soldados y paisanos el célebre juramento de la *Puerta del Carmen* (como escribe D. Mariano Amador en su infeliz *Reseña del primer Sitio de Zaragoza*), media el abismo que separa la verdad del error y lo razonable de lo absurdo.

Pero detengámonos un momento á discutir los conceptos acabados de expresar y que juzgamos necesario controvertir.

El Conde de Toreno, describiendo los sucesos del 15 y 16 de junio de 1808, dice que Calvo de Rozas, *nombrado Jefe en ausencia de Palafox*, dió libertad al ingeniero Sangenís arrestado el 15 por la gente popular. Esa *jefatura* novísima es á todas luces inexacta y absurda, pues jefe civil ya lo era como Corregidor, y como tal libertó á Sangenís; jefe militar ni le nombró nadie ni podía serlo en presencia ni en ausencia del general, porque en la milicia hay sucesión de mando, y al vacar interinamente el Gobierno Militar de la plaza, se encargó de tan elevadas funciones el Teniente de Rey D. Vicente de Bustamante á quien correspondía por ordenanza y por expresa entrega que le hizo el Marqués de Lazán, que así lo dice terminantemente en sus aclaraciones á la obra de Alcaide. En casa de Bustamante se reunió la *Junta de Defensa* el día 16 de junio y hubo contestaciones sobre la presidencia, *pues unos querían darla al Corregidor Calvo y otros al Teniente de Rey; no se zanjó el punto, etc.* (Alcaide, tomo I, pág. 90).

Véase, pues, cómo cae por su base y cómo carece de todo aparejo de razón y de verdad ese pretendido *gobierno cívico militar* de Calvo, insinuado por Toreno, afirmado en honor de la familia por el inveraz historiador del primer Sitio D. Lorenzo Calvo y Mateo, deudo y tocayo del Intendente, y aplaudido con entusiasmo por el antimilitarista D. Mariano Amador. El Corregidor nunca pasó de ser tal autoridad civil; ni fué gobernador militar, ni aunque lo pretendió, se le dió la presidencia de la Junta.

Aun más infelices, si cabe, están los dos últimos citados pseudo historiadores al afirmar que Calvo de Rozas recibió á pueblo y ejército el famoso juramento de 26 de junio, acto sublime que mandó y pre-

sidió el Marqués de Lazán, gobernador de la plaza, con asistencia de la Diputación permanente de las Cortes á la que concurrió el Sr. Calvo como Secretario que era de ellas, pronunciando la fórmula prescripta por las Reales Ordenanzas el Sr. D. José Ramírez de Orozco, sargento mayor de Extremadura, ante la bandera de este cuerpo. Medrados estamos si hemos de rectificar tales dislates.

Y todavía resulta menos afortunada, la afirmación que hace el Conde de Clonard, obsesionado por las fábulas é invenciones de Calvo y Mateo, de que al Intendente se debió en gran manera la heroica resistencia del *cuatro de agosto* alcanzada por los esfuerzos de paisanos y militares, regidos en dicha gloriosísima ocasión por el benemérito brigadier y gobernador accidental D. Antonio de Torres. Cuando á medio día de aquella fecha célebre salieron los tres Palafoxes por el camino de Barcelona, para ponerse al frente de las tropas reunidas en Pina, en cuyo avance cifraban la única salvación de la ciudad, que acaso creyeron perdida, marchaba con ellos el ilustre D. Lorenzo, que ningún papel podía tener en aquella operación exclusivamente militar; así resulta del relato de Alcaide, de los diarios de Casamayor y de los diálogos manuscritos de mosén Ramón Cadena, quien burlescamente explica la fuga del corregidor diciendo que la llevó á cabo *con la excusa de ir á recoger víveres para que estuviese bien surtida la ciudad y el ejército*. Véase, una vez más, cómo el elogio inmotivado resulta contraproducente.

Llegó D. Lorenzo Calvo á Zaragoza, acompañado de su familia y huyendo de los horrores de Madrid, el 28 de mayo de 1808, y basta apuntar la fecha de su llegada para dejar bien probado que no tuvo parte alguna en el glorioso alzamiento de los zaragozanos en 24 de dicho mes. Palafox le detuvo, y noticioso de su probidad y patriotismo le confirió el cargo de Corregidor de Zaragoza, improvisándole además *Intendente del Reino y Ejército de Aragón*, exhonerando de ellos al coronel Garcini, tenido por godoista; y, como ya queda dicho, le nombró Secretario de las Cortes de Aragón, reunidas el 9 de junio, y Vocal de la Junta Militar de Defensa, durante todo el primer Sitio.

Que en tan difíciles cargos desplegó celo, acierto y probidad, dicho queda también. Espíritu enérgico y sereno, afrontó con honor no pocos peligros, y muy especialmente el ya indicado del salvamento de los enfermos, y el 25 de junio el de su entrevista con el general Lefèvbre; y como todos estos hechos eran dignos de recompensa, la obtuvo no pequeña en la confirmación de su jerarquía de Intendente Militar y en la concesión de la cruz de San Fernando de 3.ª clase, que le fué otorgada á raíz de la creación de dicha orden.

Lo que nunca fué es combatiente. Que no se cansen los panegiristas de Calvo de Rozas en escudriñar los medios de adjudicarle hazañas, porque no las encontrarán. Su comportamiento fué digno y honrado, sin asomo de duda, pero no hazañoso. Cuando en Cádiz se vanagloriaba el Intendente de haber visto estallar á sus pies millares de bombas y granadas, no decía ni más ni menos que cuanto pudiera afirmar de sí mismo cualquiera vecino de la ciudad sitiada. El autor de la infelicísima Oda dedicada en 1808 al general inglés Doyle, cuando llegó á Zaragoza en el intermedio de los dos Sitios, que canta las glorias de Palafox por todo lo alto, comparándole con Moisés, Josué, Sansón y Athlante, elogia los talentos, pero no el valor de D. Lorenzo, en estos malos versos:

Calvo de Rozas, ínclito Intendente:
Pues tanta luz nos dió tu entendimiento
Y pues sacrificaste tu talento
Al bien de Zaragoza
Que por tanto, los lauros de que goza
En las glorias de Marte,
Contigo justamente las reparte.

Era el bueno de D. Lorenzo un demócrata como hay muchos: agrio de carácter, tieso, presuntuoso y tan poseído de su olímpica superioridad, que resultaba inaguantable ó poco menos. Y claro es que tales condiciones le hacían antipático á los zaragozanos acostumbrados á la amable y distinguida llaneza de la Condesa de Bureta, Palafox, Butrón, D. Ignacio López, Sangenís, el P. Boggiero, los Barones de Valdeolivos, y de Purroy y tantos otros aristocráticos caballeros y militares de la ciudad, en quienes la afable cortesía era cualidad ingénita. Sobre todo á los ineducados y fanáticos, cuyo sentir esculpe más bien que describe Mosen Ramón Cadena, les era en gran modo repulsivo y sospechoso. Llegaron á considerarle como «*un intriguista, que le tenía comprado Murat desde Madrid*», concepto positivamente absurdo. Dice el dicho Cadena, en una nota escrita con hiel más que con tinta, que era Calvo, «*mercader hombre, intrigante, solapado y sospechoso, y que por tal le tuvieron en la Junta de Cádiz y por maquinador de la muerte del Marqués de Lierta, según corrió en un impreso, y también del Marqués de la Romana, según otro impreso*»: y añade, remachando el clavo con menos desatinadas indicaciones y criterio más ajustado á la verdad conocida, que el general D. José de Palafox, sin guardar reglas ni cumplir las instrucciones recibidas, «*nombró vocales de la Junta Central á su hermano D. Francisco y don Lorenzo Calvo, su Intendente, que no era aragonés (un intriguista y*

sospechoso á la nación) de que resultaron descontentos los aragoneses».

Lo que no dice Mosen Cadena es que Palafox aprovechó acaso una ocasión decorosa para desprenderse de un personaje que debía serle molesto.

Hay hombres nacidos con escaso don de simpatía, y al número de estos desdichados perteneció el tan traído y llevado D. Lorenzo Calvo á quien, si los aragoneses no quisieron bien, los gaditanos trataron mucho peor de palabra, por escrito y con argumentos más contundentes, pues el coronel D. Joaquín de Osma le hizo blanco de su cólera sacudiéndole soberana paliza con tanta algazara y contento del público, que la pluma satírica de *D. Bartolomé J. Gallardo,* con el pseudónimo de *Licenciado Palomeque,* la dedicó chistosa *Apología*, publicada en obsequio de las armas y las letras.

No le trata con más benevolencia el ilustre *D. Antonio Alcalá Galiano* que en el tomo II de sus *Memorias* (páginas 405 á 407), dice sustancialmente: «*Que dió fama á Calvo haber tenido parte muy principal en la primera defensa de Zaragoza..... Que era persona de cortísimo saber y criada para la profesión del Comercio..... Que fué miembro muy exaltado de la Junta Central..... Que en 1820 figuró en las sociedades patrióticas y fué Director de Rentas pero no llegó á ser diputado..... Que era de talento mediano y pasaba por de malas entrañas y poco escrupuloso para satisfacer sus pasiones..... Que con sus pretensiones democráticas hermanaba la pasión á las distinciones, y no se quitaba del pecho la cruz que los de la Junta Central se habían dado á sí mismos, y que después él sólo llevaba..... Y por último que formó ministerio con Flórez Estrada en marzo de 1823 cuando el viaje del Rey á Sevilla, donde cayó ese gobierno que no llegó á funcionar; así que sólo fué ministro en el nombre, con gran sufrimiento de su vanidad*».

Fué, en efecto, el Sr. Calvo uno de los más exaltados miembros de la Junta Central y de él salió la primera proposición para que se decretase la libertad de imprenta. Perteneció á la Comisión de Hacienda en que era muy perito, y su probidad fué puesta en tela de juicio con arta sinrazón, en lo que convienen Alcalá Galiano, Jovellanos y Canga Argüelles. La Regencia le hizo poner preso y lo estuvo desde 15 febrero de 1810 á noviembre de 1811, en cuyo período dió á la prensa multitud de vindicaciones que corren en un conocido folleto. Consecuente á su amistad con Palafox, cuando empezaron á dibujarse reticencias depresivas contra el glorioso defensor de Zaragoza á su regreso de Francia, publicó en el *Suplemento al Redactor Universal* de 20 de febrero de 1814, un noble comunicado en defensa del héroe justificando su conducta con interesantísimos documentos. Aun vivía

en 1834, en cuyo año le hizo procesar el ministerio Martínez de la Rosa por presunta participación en las tramas de Abinareta contra el *Estatuto*, de cuya causa salió absuelto.

Y con esto dicho está lo más culminante que en pro y en contra de D. Lorenzo Calvo hemos leído en los autores citados, y en otros cuyos nombres omitimos por la concisión que nos imponemos en estas notas biográficas. Los merecimientos y servicios del Corregidor en la primera defensa de Zaragoza quedan reconocidos y enumerados siquiera brevemente. Las apologías antimilitaristas de los que le suponen segundo de Palafox y hasta superior al ilustre caudillo en algunas ocasiones de aquel célebre episodio, quedan suficientemente rebatidas: de las sospechas de traición y espionaje que insinúa Mosen Ramón Cadena, ya hemos dicho que son absurdas, y los absurdos no se discuten. Queda pues el retrato moral trazado con rasgos tan vigorosos por Alcalá Galiano, cuyo pintoresco bosquejo dejamos al juicio del lector.

El Intendente D. Mariano Dominguez Longas

Este personaje que sustituyó á D. Lorenzo Calvo de Rozas en los cargos de Intendente del Ejército de Aragón y Corregidor de Zaragoza, no fué, como su antecesor, advenedizo en la ciudad ni funcionario improvisado. Natural de Sos y pariente mayor de la noble y acaudalada familia de su apellido, bien conocida en las Ordenes militares, era ya, en 1785, Caballero de la Real y distinguida Orden de Carlos III, del Consejo de S. M., su Secretario, é Intendente de los Reales ejércitos; y algunos años después fijó su domicilio en la referida villa de Sos, trasladándose á Zaragoza á raíz del levantamiento del 1er Sitio.

Había nacido en 15 de septiembre de 1752, hijo de los ilustres consortes D. Antonio Domínguez y Sada y D.ª Jerónima Longás y Climente de Embún.

En el desempeño de su espinoso cargo durante la 2.ª defensa, desplegó todo el celo é inteligencia necesarios para mantener el orden y policía en la ciudad, así como para proveer á la seguridad y alimentación del vecindario y del ejército. De sus determinaciones queda vi-

gente todavía la de la vigilancia nocturna para la cual instituyó el servicio de serenos efectuado por primera vez el 1.º de enero de 1809 y no interrumpido en el transcurso de un siglo.

Mucho menos afortunado que Calvo de Rozas en el desempeño de su difícil ministerio, encontró la ciudad en completa perdición; el Municipio y el vecindario habían agotado por completo sus recursos; dinero, vituallas, medicinas y municiones, todo faltaba dentro y nada podía traerse de fuera por lo estrecho del bloqueo. Ni Domínguez ni nadie hubiera podido dominar situación tan pavorosa.

Agotada la defensa, fué uno de los más conspicuos vocales de la junta nombrada por Palafox pra tratar con Lannes las condiciones de la capitulación. El Mariscal hizo prestar á los miembros de esta junta juramento de fidelidad al rey intruso José Bonaparte, y entre los que se prestaron á este acto figuró en primer término nuestro biografiado, de quien dice el mariscal Suchet; (capítulo 1.º de sus Memorias): «*Mariano Domínguez, anciano lleno de energía, dijo al prestar su juramento.—Nosotros hemos cumplido nuestro deber contra vosotros, defendiéndonos hasta el último extremo: con la misma constancia cumpliremos nuestras nuevas obligaciones.—Lenguaje leal, cuya sinceridad demostró después con su conducta.*»

Y todavía le elogia más (en el Capítulo X) al añadir «*que conservó el título de Corregidor de Zaragoza y estableció en la capital una excelente policía; que en un período de diez y ocho meses no se turbó el orden ni un solo instante, ni aún cuando las operaciones militares nos forzaron á dejar una muy débil guarnición. En todo ese tiempo no se cometió ni un solo asesinato*».

De esta manera se afrancesó D. Mariano Domínguez después de haber cumplido como bueno en la defensa de Zaragoza.

Tal vez se impuso tan desairada actitud con el plausible objeto de proteger al vecindario, evitando, como evitó, persecuciones á muchos defensores, y entre ellos á D. Ignacio de Asso: pero después de todo, se aficionó á la vida bonapartista, tuvo gran amistad con Suchet, á quien dió buenos consejos, y secundó sus planes de atraerse con fiestas y diversiones las simpatías de la sociedad zaragozana, con no pequeño enojo de los buenos patriotas que siempre estuvieron en gran mayoría. Por eso no es de extrañar que hablase de él *á posteriori* y con rencor no encubierto Mosen Ramón Cadena, diciendo en una nota tan breve como sustanciosa, estas pocas palabras: «*D. Mariano Domínguez, natural de la villa de Sos, fué elegido por el Sr. Palafox Intendente de la provincia, á instancias del Sr. Calvo, cuando éste se fué á las Cortes para constituir ó instalar la Junta Central gubernativa de España. Si aquel era intriguista y receloso, Dominguez no ha tenido semejante*».

Poco tiempo desempeñó Domínguez la intendencia de Zaragoza,

que fué encomendada al Conde de Menchet, francés; pero sirvió el cargo de Jefe de policía de la derecha del Ebro, desempeñando Don Agustín de Quinto el de la izquierda de dicho río. Ya queda dicho que en ese novísimo destino se portó tan á gusto de franceses y afrancesados como á disgusto de los españoles netos; y, resultando por tanto, del todo imposible su vida en España, hubo de tomar el camino del destierro en compañía del Obispo Santander, cabalgando ambos á los lados del general Barón París cuando en 1813 y ante el avance de Mina tuvo que retirarse la guarnición enemiga, evacuando la plaza y volando la última arcada del puente de piedra para detener la persecución de las tropas españolas.

Pasó emigrado en Francia todo el resto de su vida, pues consta que falleció el 17 de Mayo de 1818 en Poey, departamento de Bajos Pirineos, cantón de Lescar. En el acta de su defunción, cuya copia tenemos á la vista, se consigna que era célibe, Caballero de la Legión de Honor, domiciliado en Pau, y habitante hacía algún tiempo, en la sobredicha municipalidad de Poey.

D. Ignacio Jordan de Asso

Aunque el nombre de este insigne patricio zaragozano sea universalmente conocido, y su fecunda labor científico-literaria alcance la suma de cuarenta y tres obras, todas de capital importancia y singular mérito, inventariadas en la Biblioteca de Latassa, le haya galardonado con esclarecida fama póstuma, es lo cierto, que ni en la biografía que le dedica el célebre Racionero de la Seo, ni en el breve elogio que de sus méritos hace el erudito Borao en su Historia de la Universidad de Zaragoza, ni siquiera en el que le dedica D. Clemente Herranz, en su estudio sobre los economistas aragoneses, se particulariza la vida de nuestro sabio biografiado ni su importancia reconocida, por el historiador Alcaide, en cuanto se refiere á su inmistión en la defensa de Zaragoza. Es bien conocido el sabio filólogo que así dominaba casi todos los modernos idiomas europeos como el latín, el hebreo, el griego y el árabe; es universalmente alabado el celoso cónsul de España en Dunkerque, Holanda y Guiena, siempre desvelado en aprender los adelantos extranjeros para introducirlos en su patria; el jurisconsulto que en colaboración de D. Miguel de Manuel Rodríguez publicó tan excelentes libros sobre el Derecho de Castilla; y el historiógrafo, el insigne naturalista, el crítico, el numismático, el bibliógrafo, el

literato y el editor de las obras de sus paisanos, y el economista de singular cultura á cuya gloria bastaría sin duda haber concebido la hermosa *Historia de la Economía Política en Aragón* para que su nombre atraviese radiante por medio de las generaciones venideras sin temor al olvido. Pero del ciudadano patriota que tanto se desveló por exaltar el espíritu de sus paisanos contra el yugo extranjero, nada ó poco se había escrito hasta ahora.

Nació D. Ignacio en Zaragoza el 4 de junio de 1742 y se bautizó en la parroquia de San Miguel de los Navarros. Fué hijo de los cónyuges D. Onofre Jordán de Asso y D.ª María Antonia del Río, ambos de antigua y calificada nobleza. Estudió la filosofía, las matemáticas y las ciencias naturales, en que salió tan aventajado en el Colegio de Nobles de Barcelona; en 1760 se graduó de Bachiller en Artes en la Universidad de Cervera, y cursando después la jurisprudencia en la de Zaragoza, recibió la borla de doctor en 22 de julio de 1764, apadrinándole el sabio profesor D. Manuel Vicente Aramburu de la Cruz. Leyó Derecho civil en la Universidad de su patria y trasladando su residencia á Madrid, donde lució grandemente su ingenio, aplicación y literatura, entró en 1776 en los destinos consulares en que sirvió con gran distinción durante catorce años.

Había contraído matrimonio con D.ª María Teresa Florensa, parroquiana de la Magdalena, señora de la casa de su apellido en la plaza de la Balsa, llamada ahora de Asso, donde el doctísimo D. Ignacio falleció el 21 de mayo de 1814. No dejó sucesión y fué honoríficamente enterrado en el presbiterio de la citada iglesia parroquial, donde por desdicha con la renovación del pavimento se ha perdido la memoria de su sepulcro.

Es bien sabido que D. Ignacio de Asso, persona de ánimo varonil y entero, fué uno de los áulicos de Palafox; y si no tenemos noticias de que concurriese á los combates y se señalase en ellos (cosa natural pues frisaba en los 67 años) prestó el singular servicio de fomentar el patriotismo de sus paisanos con los artículos en que mintiendo triunfos de los españoles, pocas veces ciertos por desgracia, y burlándose de los franceses con su gracia cáustica, alentaba á los defensores ávidos siempre de leer los escritos del benemérito Cónsul que á diario daba la *Gaceta* de que era director y redactor casi único. Cuando las circunstancias apremiaban expedía *Gacetas extraordinarias* que producían el efecto de un botafuego, y es lástima grande que la colección de tan interesante periódico, redactado, publicado y leído entre el estruendo del combate, se haya hecho tan rara y mutilada que falten muchos de sus números. D. Agustín Alcaide tuvo la fortuna de poseerla completa y de ella se valió grandemente para escribir su historia de los Sitios. También quiso el eximio literato escribir esa historia de que dió

á luz algunos pliegos; pero la capitulación de la plaza detuvo ese conato, y la obra, si es que la terminó, quedó inédita y acaso perdida.

Se atribuyó á Asso la contestación que Palafox dió á Lannes rechazando la intimación que el mariscal sitiador le hizo en 24 de enero de 1809. Esto podrá no ser cierto, pero sí lo es que insertó dicha intimación en la *Gaceta* comentándola con notas ingeniosas de que tuvo noticia el caudillo francés, quien tan pronto como entró triunfante en Zaragoza, mandó al corregidor D. Mariano Domínguez que le trajera el periódico y el periodista que acaso hubiera podido pagar harto caro su gracejo; pero Domínguez avisó secretamente al Cónsul para que se fugara, como lo hizo disfrazado de labrador. Lo que más molestó al Duque de Montebello fué la salida del gacetero burlón que decía: *se puede apostar que de aquí á dos años no se encontrará quien dé dos reales por el tal ducado*» y fué buen profeta, puesto que á los cuatro meses no cumplidos, perecía el ilustre Duque en la batalla de Essling el 22 de mayo del mismo año 1809 en que rindió á Zaragoza.

Alcanzó la felicidad de ver la derrota del hombre que tanto había perturbado la paz del mundo, de ver España libre de sus invasores y de morir en su propia casa, entre el cariño de sus deudos y amigos y el duelo general de la ciudad á cuya gloria y heroismo había consagrado sus talentos. Falleció á los setenta y dos años de edad, dejando en sus libros uno de los nombres más ilustres y honoríficos de que con justicia se envanece Aragón.

Como naturalista, escribió la *Flora de Aragón*, obra de mérito sobresaliente.

Como historiador, el *Discurso sobre los naturalistas españoles y La Biblioteca Arábigo-Aragonesa*.

Como editor, sacó del olvido y dió á luz las *Poesías selectas* del canónigo Martín Miguel Navarro, la *Aganipe* del doctor D. Juan Francisco Andrés, las *poesías latinas* de Antonio Serón, Juan Sobrarias, Domingo Andrés, Juan Verzosa y otros.

Su partida de óbito, que hemos visto en los libros parroquiales de Santa María Magdalena, dice así: «*D. Ignacio de Asso*. Día 21 de mayo del año 1814 murió en esta parroquia y en la plaza de la Balsa el doctor D. Ignacio de Asso Cónsul, natural de Zaragoza, de edad de 72 años, marido de D.ª María Teresa Florensa, no dejó hijos..... y en el día 22 de dicho mes se enterró en la Iglesia á todo gasto».

El Conde de Sastago

Varón insigne, tanto por la respetabilidad de los años y los méritos como por el lustre y grandeza de su casa, segunda de las ocho aforadas del antiguo patriciado aragonés, era en 1808 la más relevante personalidad de Zaragoza el Excmo. Sr. D. Vicente Fernández de Córdova-Alagón y Glimes de Bravante, Grande de España, Conde de Sástago y de Glimes, Marqués de Peñalva, de Aguilar y de Espinardo, señor de la Baronía de Pina, Camarlengo de la Corona de Aragón, Gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Carlos III, Gentil-hombre de Cámara de S. M., Regidor del Hospital General, Director de la Real Sociedad Económica Aragonesa y Protector de los Canales Imperial de Aragón y Real de Tauste, en cuyo eminente cargo fué inmediato sucesor del celebérrimo D. Ramón de Pignatelli.

Dejó en Zaragoza brillante estela de su aplicación y provechosas iniciativas. Publicó en 1784 una excelente memoria sobre las *utilidades de la arcilla;* en 1785 otra no menos interesante sobre *la decadencia de los caballos de España y medios de remediarla;* en 1796 su gran *elogio del canónigo Pignatalli* leído en solemne sesión de la Real Sociedad Aragonesa, y últimamente su famosa *descripción de los Canales,* verdadero monumento del esplendor de la tipografía zaragozana al final del siglo XVIII.

Entre otras muchas mejoras débele Zaragoza la explanación y plantaciones de arbolado de los paseos de Torrero y rondas del Carmen y del Huerva, que tanta hermosura dieron á los alrededores de la ciudad, proporcionando á sus habitantes lugares de sano y apacible esparcimiento.

La perfidia con que los franceses se apoderaron de Pamplona y Barcelona, sin previa declaración de guerra ni motivos para ella, colmó la medida de la indignación del Conde, y adherido con alma y vida al alzamiento de Zaragoza, concurrió á toda la primera defensa distinguiéndose en ella por la largueza de sus donativos, por la asiduidad de su asistencia á las Juntas, por su personal cooperación al salvamento de los enfermos del hospital y por la caridad con que acogió en su palacio del Coso á muchos defensores menesterosos que alimentaba, y á la Comunidad entera de Religiosas Carmelitas Descalzas, que mantuvo también, cuando éstas tuvieron que desalojar su convento.

Asistió por el Brazo de Nobles, á la asamblea de las Cortes reunidas en 9 de Junio de 1808, mereciendo en ellas el honor de ser nom-

brado *Vocal de la Junta Suprema* compuesta de seis conspícuas personalidades, bajo la presidencia del general Palafox, para atender á las apremiantes necesidades de la gobernación del Reino.

El 4 de Agosto tuvo que abandonar su palacio que ocuparon é incendiaron los enemigos con pérdida de su rico mobiliario; y el 19 del mismo mes, habiendo convocado Palafox una reunión numerosa compuesta del ilustre Ayuntamiento con representaciones del Cabildo Eclesiástico y los gremios, para notificar á todas las fuerzas vivas de la ciudad que, debiendo constituirse en Madrid una Junta Central encargada del supremo gobierno del Estado en ausencia del Rey legítimo, había elegido para que en ella representasen al reino de Aragón, á los Sres. Conde de Sástago, D. Francisco de Palafox y D. Lorenzo Calvo de Rozas, cuyos nombramientos al efecto fueron aprobados por unanimidad.

Y en virtud de este encargo, marchó el Conde con su familia á la casa de su residencia en Madrid, y no concurrió á la segunda defensa.

Palafox se había equivocado: los representantes debieron ser dos y no tres; y era forzoso anular uno de los nombramientos. Lo natural era que se hubiese invalidado el de Calvo de Rozas que, además de tener el tercer lugar, ni era regnícola ni pasaba su residencia en Aragón del cortísimo lapso de tres meses; pero su genio artificioso se impuso al caudillo y éste cometió el gravísimo yerro de invalidar la credencial del Conde, sin reunir ni oir á la Junta que le había conferido el cargo, dándole el primer lugar.

Era el de Sástago espíritu harto recto y pundonoroso para sufrir en silencio el desaire de ser pospuesto á un advenedizo para representar al reino de Aragón; y tanto en comunicaciones oficiales al caudillo como en cartas particulares al amigo y deudo, desahogó su molestia diciendo verdades y rechazando injusticias con gran energía de concepto, siquiera suscriptas con mano temblorosa; pero sus razones quedaron desatendidas, y sería muy oportuna la publicación de esos documentos por lo mucho que podrían ilustrar al público respecto á las travesuras del solapado Intendente, autor indudable de la conspiración de cartas y anónimos fraguada contra el ilustre prócer, tildándole de sospechoso por su antigua amistad con el arzobispo Arce.

Nació el Conde en Zaragoza en 1741, tenía el número 12 en la cronología de su ilustre título, y alcanzaba 67 años de edad en 1808. Había casado con la señora D.ª Vicenta de la Cerda, de la ilustrísima casa de los Condes de Parcent, en quien tuvo á su primogénito el Conde D. Francisco, abuelo que fué de la Condesa D.ª María Antonia Fernández de Córdoba-Alagón y Bernaldo de Quirós, recientemente fa-

llecida, por cuyo casamiento con el Marqués de Monistrol, dieron los Escribá de Romaní nuevo apellido á la nobilísima estirpe de los Alagones, Ricos Hombres de Natura del antiguo reino aragonés.

El Conde de Sobradiel †

No figuró en el número de los combatientes, pero fué uno de los ilustres próceres aragoneses que, sin pertenecer al estado militar, contribuyeron con su prestigio, largueza, buena voluntad, y en último término con el sacrificio de la vida, á la gloria y fama eterna de Zaragoza.

Convocadas Cortes del Reino por Palafox en 31 de mayo de 1808 y reunidas en el salón mayor del Ayuntamiento de la capital el 9 de junio, concurrió el Conde á la patriótica asamblea tomando asiento en el *Brazo de Nobles.*

La guerra es cara por naturaleza, y en Zaragoza era forzoso acopiar caudales y mantenimientos para sustentar á los combatientes que eran muchos y á los menesterosos que eran más. A fin de prevenir tan imperiosa necesidad, solicitando donativos, imponiendo tributos, recaudando bien y administrando mejor, creó el Capitán General una *Junta de Hacienda* (en 23 de junio de 1808) compuesta de honorables ciudadanos bajo la presidencia del Conde que, pródigo de sus intereses y de su persona, desempeñó cumplidamente el honroso cometido acudiendo á toda clase de arbitrios para conseguir su patriótico objeto. El 25 de diciembre, fiesta de la Natividad de Nuestro Señor (según cuenta Casamayor en sus diarios) se puso á pedir limosna en la puerta del Pilar con éxito tan feliz, debido tanto á la generosidad de los fieles como á los prestigios del ilustre postulante, que en pocas horas, colectó por valor de 24 onzas de oro, suma importante que tuvo la satisfacción de entregar á Palafox para socorro de los defensores pobres.

No pasó nuestro biografiado por la honda pena de presenciar la cautividad de su pueblo, pues acometido de la peste, falleció el 11 de febrero de 1809.

Era el noveno Conde de Sobradiel en el orden cronológico de los que llevaron ese antiguo título trasmitido de los Celdranes á los Caveros en 1670; llamábase *D. Joaquín Matías Cavero* y estaba casado con la señora D.ª Bernarda de Tarazona y Orovio. Fruto único de este matrimonio fué el décimo Conde D. Joaquín Florencio Cavero y Tarazona, que casó con la señora D.ª María Teresa Alvarez de Toledo, de la

egregia casa de los marqueses de Villafranca, en quien tuvo ilustre sucesión, siendo nietos suyos los Caveros de este linaje que ahora existen.

El Baron de Purroy

Don *José Dara Sanz de Cortés Celdrán de Alcarraz y La Caballería* (hijo de D. José Dara La Cabra y Celdrán y de D.ª María Francisca Sanz de Cortés, de la ilustre casa de los Marqueses de Villaverde, Condes de Morata) casó á 14 de abril de 1788 con D.ª Luisa Gonzaga de Zamora y de Molina, por su propio derecho Baronesa de Purroy, como hija de los cónyuges D. Nicolás de Zamora y Triviño y D.ª Antonia de Molina y Constanti, Baronesa de Purroy.

Bien se comprende por lo que dejamos dicho, que el Barón consorte de Purroy era un gran caballero; pertenecía á la clase de los *Nobles de Aragón*, poseía una gran fortuna y por juro de heredad estaba en posesión de los honoríficos cargos de Regidor perpetuo de Zaragoza y Regidor de Sitiada del Hospital General.

Zaragozano lleno de desinterés y patriotismo, fué modelo de desprendimiento en los grandes donativos con que atendió á las penurias de la ciudad sitiada y no economizó su persona y aptitudes en los conflictos que en larga serie se fueron desarrollando. Era vocal de la Junta de Hacienda, creada el 23 de junio, y tanto se distinguió en el salvamento de los enfermos del Hospital el 3 de agosto, que Palafox le confirió el escudo de distinción á la vez que el cargo de inspector ó superintendente de todos los hospitales de la ciudad, en cuyo cuidado trabajó con celo incansable y actividad fecunda durante todo el 2.º sitio. Al terminar éste fué el Barón uno de los conspicuos ciudadanos, militares y eclesiásticos, elegidos por el Capitán General el 18 febrero 1809 para constituir la Junta encargada de tratar con Lannes las condiciones de la capitulación.

D. Mariano Sardanya y Pascali

Tenemos á la vista una información jurídica de los méritos contraídos por este ilustre zaragozano en las dos defensas de su ciudad nativa, en la cual era regidor perpetuo y uno de sus más conspícuos ciudadanos.

De dicha información, que sirvió de motivo á que se le concediesen las cruces y escudos de las dos defensas, resulta que no solo contribuyó á ellas prodigando sus intereses, sino que en una y otra peleó valerosamente en los puestos de *Puerta Quemada* y *Huerta de Campo Real*, y que fué vocal de la Junta de Hacienda constituída en 23 de junio de 1808, distinguiéndose también por su arrojo y serenidad en el salvamento de los enfermos del Hospital el 3 de agosto, víspera del asalto dado por los franceses al monasterio de Santa Engracia.

En su gran casa de la Plaza del Carmen, ahora del Pueblo, buscó alojamiento el general enemigo Verdier, herido en la jornada del 4 de agosto, y á pesar de haberle prodigado toda clase de auxilios, que debieron empeñar su gratitud, cuidó tan poco de manifestarla que no se opuso á que su escolta y sirvientes saqueasen el edificio despojándole de cuantas alhajas, ropas y objetos de valor encontraron, causando á su dueño cuantiosas pérdidas.

D. Mariano Yoldi

De antigua cepa aragonesa que dió funcionarios de buena memoria á la Administración Militar, con patrimonio y casa propia en Zaragoza calle del Coso cantón á la de la Parra, era en 1808 un joven de 20 años, culto, bien educado y lleno de ardor religioso y patriótico á la vez; que le impulsó á tomar parte activa en el alzamiento de la ciudad y á empuñar las armas para defenderla.

Promovido á subteniente por el general Palafox fué destinado, al propio tiempo que su compañero D. José Lecumberri y otros jóvenes entusiastas, pertenecientes á distinguidas familias, á prestar sus servicios en las improvisadas compañías de artilleros que organizaba é instruía el benemérito D. Juan Nepomuceno Cónsul. Con estas fuerzas permaneció durante los dos Sitios en la batería del Jardin Botánico, portándose siempre con denuedo, ganando el ascenso á teniente y distinguiéndose por su ardor y celo al frente de una sección de sus artilleros en el salvamento de los heridos y aplastados el 27 de junio por la voladura de la pólvora almacenada en el Seminario Conciliar que convirtió en ruinas y escombros gran parte de las casas del Coso bajo.

Conocimos á este integérrimo varón en los últimos años de su vida y hemos escuchado de sus labios no pocas noticias referentes á la defensa de Zaragoza, que utilizamos en estos apuntes. Blasonaba de artillero aunque la capitulación puso punto final á sus servicios bélicos. Persona era á quien toda la ciudad reverenciaba por sus relevantes virtu-

des sobre todo por su acendrada caridad y por el celo que dedicaba á la buena asistencia hospitalaria. Fué miembro distinguido de la *Junta de Beneficencia y Presidente de la Comisión administrativa de las Obras del Pilar* llevadas á cabo por iniciativa del Emmo. Sr. Cardenal don Fray Manuel García Gil. En edad octogenaria y tan lleno de méritos como de años, falleció en 28 de mayo de 1871, siendo depositado su cadáver en la cripta de la capilla del cementerio del Santo Hospital, donde yace al lado de otros beneméritos ciudadanos, entre ellos don José Andreu y D. Manuel Dronda, sus compañeros en buenas obras.

D. Agustin Alcaide e Ibieca

Doctor en Derecho y abogado distinguido, fué D. Agustín Alcaide un zaragozano muy patriota, muy trabajador, muy amante de su pueblo, y sobre todo muy aprovechado para resolver el problema de la vida, introduciéndose como asesor y secretario en cuantas corporaciones había en la ciudad.

La *Guía Instructiva de Borau de Latrás* correspondiente al año 1816, nos ofrece clara y tangible demostración de aquel aserto, pues en ella figura Don Agustín como asesor del Excmo. Ayuntamiento y del Juzgado de Montes y Huertas, abogado-fiscal del tribunal de la Inquisición, secretario de la Real Sociedad Económica Aragonesa, de la Real Academia de San Luis de Nobles y Bellas Artes y del Monte Pío de Labradores de Zaragoza y catedrático de Economía Política de esta Universidad: y lo que Borau no dice es que aún tenía otro destino que utilizó grandemente durante algunos años y especialmente en el período de los Sitios y de la ocupación francesa, que fué el de Archivero del Concejo en calidad de sustituto del Regidor perpetuo D. Juan Romeo y Tello.

Aunque no le encontremos luchando en las baterías, y le satirice el coronel García Marín por la ponderación con que cuenta los peligros á que se aventuró, tenemos por indudable que tampoco hurtó su cuerpo á las balas, y que, cuando menos fué testigo presencial y sereno de muchos de los hechos que refiere, puesto que de no haber sucedido así, no era posible que Palafox le galardonase con los dos escudos de mérito y distinción, como lo hizo. Acaso pasaba ya por su mente juvenil la idea de escribir y publicar las historias de tan gloriosos acontecimientos, y especialmente los dos primeros volúmenes estampados en Madrid (año 1830) en la imprenta de D. Miguel de Burgos.

Que dicha obra, aun cuando valiese al autor el ingreso en la Real Academia de la Historia, deja bastante que desear, ya lo hemos dicho repetidamente en muchas de las biografías que anteceden. Esa crónica oficial de los Sitios, forma una relación desordenada de aquellos memorables acontecimientos: su estilo es bajo casi siempre, su criterio erróneo en muchas ocasiones, trastorna los apellidos de los defensores con lamentable frecuencia, desconoce en absoluto la tecnología militar, y sólo en el tomo III impreso en Madrid en 1831, anda algo mas atinado, siendo tal el conjunto, que no puede leerse con provecho si no se tiene al lado la famosa *Fé de Erratas y Correcciones* publicada en 1834 por el coronel D. Fernando García Marín.

Pero esto dicho, apresurémonos á manifestar, en honor á la verdad, que el trabajo de Alcaide fué sumamente útil, por encerrar una copiosísima colección de documentos y datos fidedignos, sin los cuales fuera de todo punto imposible el conocimiento de los hechos y de las personalidades concurrentes á las dos memorables defensas. En una palabra, que si las historias de Alcaide son pobres, lánguidas y defectuosas como narración de la gran epopeya zaragozana, tienen el indiscutible mérito de constituir abundante almacén de datos y noticias que utilizaron después con mejor criterio y más arte, casi todos los escritores nacionales y extranjeros que trataron de los gloriosos asedios, desde el francés Belmás al español Gómez de Arteche. Nosotros mismos hemos utilizado grandemente sus estadísticas y noticias en la factura de nuestro Obelisco.

¿Cómo pudo reunir el señor Alcaide ese cúmulo de datos y documentos oficiales que no se conservan en el Archivo de la Capitanía General (arrebatado por los vencedores) ni en los de la Real Audiencia y el Ayuntamiento que no parece fueran saqueados? Porque es de advertir que en el archivo municipal donde se guardan perfectamente ordenados los libros de actas y demás documentos anteriores y posteriores al período de los asedios, falta todo, absolutamente todo lo que debió corresponder á dicho célebre período, cuya falta intentó subsanar el Cronista poniendo los borradores de sus libros en lugar de la documentación desaparecida.

En una representación dirigida al Ayuntamieuto explica Alcaide tan lamentable desaparición diciendo que los soldados franceses, alojados en la Casa Consistorial, sacaban legajos del archivo para quemarlos y calentarse con tan extraño combustible, y que él tuvo la fortuna de llegar á tiempo de impedir que el daño fuese mucho mayor, salvando y llevando á su casa cuanto no había sido presa de las llamas. La explicación no resulta muy convincente en verdad, pero habremos de pasar por ella, no sin expresar nuestro recelo, al ver que lo desaparecido fuese únicamente lo que el autor podía necesitar para su crónica.

El régimen constitucional premió los méritos de D. Agustín con la toga de magistrado de la Audiencia de Aragón, y disfrutando tan honrosa categoría falleció en Zaragoza á 3 de abril de 1846, á los 65 años de su edad. Era soltero, hijo de los cónyuges D. Lorenzo Alcaide y D.ª María Teresa Ibieca, y murió en su casa propia y nativa, calle Mayor, número 184 antiguo, correspondiente ahora al número 22 ó 24 de la de Espoz y Mina.—Yacen sus restos en el cementerio de Torrero. (Libros de la parroquia de Santa Cruz, tomo 3.º, folio 345).

D. Felipe Sanclemente y Romeu

Comerciante y natural de Barbastro, estaba avecindado en Zaragoza mucho antes de la invasión francesa, puesto que en 1802 ya pertenecía al Ayuntamiento como Diputado del Común. Nació en 1.º de Mayo de 1858.

Fué honradísimo ciudadano y gran patriota; y Palafox, que le estimaba mucho, le designó para el cargo de vocal de la *Junta Militar:* sacrificó sus haberes para los gastos de la defensa y tomó parte personal y activa en las luchas del 1.er Sitio hasta el 5 de Agosto de 1808 en que rechazando un violento ataque de los invasores en los jardines del Conde de Fuentes, resultó tan gravemente herido que quedó inutilizado para el combate, y por eso no aparece su nombre en las listas de la segunda defensa.

La desgracia de Sanclemente fué muy sentida por todo el vecindario; la Condesa de Bureta y los generales Palafox y Doyle le honraron y consolaron con repetidas visitas; y, al ser evacuada Zaragoza por los invasores en 1813, pidió el pueblo en masa que se le concediese un destino adecuado para la subsistencia del inválido que había sabido sacrificar su salud y fortuna en defensa de la patria. Y en efecto, respondiendo el Gobierno al popular clamor, fué Sanclemente nombrado administrador de Aduanas de Zaragoza; pero el destino apenas le duró dos años, realizándose una vez más la desdicha de *recibir mala paga por buenos servicios.*

Era nuestro héroe persona de simpática fisonomía y varonil apostura como parece del retrato dibujado y grabado por Gálvez y Brambila; uno de los mejores de su celebrada colección de estampas de los Sitios de Zaragoza.

Tenemos á la vista la minuta de un honorífico certificado de los servicios de Sanclemente, expedido por el capitán general de Aragón,

Marqués de Lazán, en 6 de diciembre de 1815. En dicho documento, además de los méritos que dejamos anotados, se expresa que la herida de D. Felipe *fué un balazo que le atravesó la rodilla, de cuyas resultas, habiendo padecido mucho y estado á la muerte, se vé en el día obligado á andar con dos muletas: que á pesar de esto, habiéndose rendido Zaragoza el día 21 de febrero de 1809, se fugó con su mujer de esta ciudad y anduvo errante por las provincias libres de España hasta que pudo refugiarse en Cádiz, en cuya ciudad fué notorio su patriotismo y celo por la causa que ha defendido la Nación.*»

El honorable inválido buscó lenitivo á las penas de su emigración escribiendo algunos opúsculos en los cuales dió pruebas claras de que, si quedó cojo, no era manco para la literatura satírica y pendenciera de aquel tiempo. De dos de estos opúsculos, harto olvidados y de pocos conocidos, daremos breve cuenta.

El 1.º publicado en Cádiz (1812), titúlase «*Los serviles cuerdos y los liberales locos, transformados en Maniqueos antiguos mixturados con los modernos*», concepto cuya simple enunciación manifiesta bien claramente cuán discorde andaba el autor con los descarrilamientos democráticos de nuestros famosos Constituyentes.

El 2.º es un folleto de 7 páginas en 8.º mayor, impreso por Andrés Sebastián en Zaragoza, sin expresar el año, que lleva por título: «*Caso moral y ejemplar, ocurrido en Madrid en el siglo pasado entre un comerciante calvo y otro cojo, que puede servir de introducción á la conducta pública y privada de otro comerciante Calvo de cierta montaña*». El cuento es graciosísimo y bien narrado; y si, como siempre se ha supuesto, es una invectiva enderezada á Calvo de Rozas, habría que convenir en que no queda muy bien parada la integridad mercantil del olímpico intendente.

D. Mariano † D. Manuel † y D. Lorenzo Cerezo

Los *Ceresso* ó *Cerezo* no eran gente rústica é ineducada como supone el vulgo. Propietarios regularmente acomodados que moraban en casa propia y administraban su propia hacienda, habían recibido una instrucción superior á la común de sus congéneres de la clase media; eran personas de alguna suposición y descendían de antigua familia de ciudadanos de Zaragoza que, ya en el siglo XVI, desempeñaban cargos preeminentes en la Junta de Parroquia de San Pablo,

D. Mariano Cerezo y Martínez † hijo de Juan y María, nació en Zaragoza á 9 de noviembre de 1739, según vemos en su partida bautismal: casó á fines de 1775 ó principios de 1776 con una *D.ª Joaquina Santa Romana*, que seguramente no era feligresa de San Pablo, puesto que en esta Iglesia no se registra la partida matrimonial correspondiente; y suponemos que ambos cónyuges vivieron bastantes años fuera de dicha parroquia en cuyos libros no aparece la partida bautismal de su primogénito *D. Lorenzo*, ni otra alguna hasta el año 1783 en que hallamos el nacimiento de una niña, y el 1784 (á 7 de diciembre) en que vemos el bautismo del niño *Mariano Ambrosio* que costó la vida á su madre, muerta de sobre-parto siete días después, según parece vislumbrarse en la correspondiente partida de óbito que copiada á la letra dice:

«*Doña Joaquina Santa Romana, mujer de D. Mariano Cerezo, calle de la Ilarza, se enterró en San Pablo el 15 de diciembre de 1784 á tres actos* y *á bando. Testamento en capítulos matrimoniales ante D. Pedro Marín en 18 de diciembre de 1775. Ejecutor el sobreviviente*».

Poco tiempo guardó nuestro héroe su primera viudez, puesto que en 15 de agosto de 1786, y previa dispensa de parentesco, pasó á segundas bodas con D.ª Catalina Capdevilla á quien también sobrevivió, sin que el nuevo consorcio dejara sucesión.

No resultan ciertas las noticias del conde de Clonard, en su famosa *Historia Orgánica*, al decir que D. Mariano era capitán retirado antes de empezar la guerra de la Independencia: si lo hubiera sido, para nada necesitaba Palafox conferirle un empleo que ya tenía, y el ilustre escritor confunde sin duda á nuestro héroe con su hijo D. Lorenzo que en efecto era capitán de infantería.

Lo indudable es que el anciano Cerezo, si bien militar improvisado, conservaba todo el brío de la juventud unido á la experiencia de la edad y á una feliz intuición que en gran manera suplía la falta de estudios profesionales. Fué el principal agente del glorioso alzamiento del 24 de mayo; y el primero que se puso la escarapela; y el más ardiente en promover la jefatura de Palafox; y el organizador de las heróicas *Compañías cívicas de la parroquia de San Pablo* que en gran parte mantuvo á sus expensas; y el denodado gobernador de la Aljafería en el primer Sitio; y el patriota caballeresco que armado de espada y broquel á la antigua usanza, con tanta bizarría combatió en el Coso el 4 de agosto contribuyendo eficazmente á encerrar á los franceses en el convento de San Francisco, tal como lo representaron los pintores Brambila y Gálvez en sus conocidas estampas.

Palafox que le profesaba grandísima estimación (y le había confiado comisiones de tanta monta como el gobierno de la Aljafería en el primer Sitio; la custodia permanente y en cierto modo protectora del

general Guillelmi, del Conde de Fuentes y de los franceses detenidos; la conducción de estos últimos al castillo de Alcañiz que llevó á cabo el 25 de noviembre de 1808, en compañía del brigadier D. Antonio de Torres; y el cargo de vocal de la Junta que, en el nefasto 18 de febrero de 1809, cumplió el triste deber de convenir con Lannes las condiciones de la ya ineludible capitulación de la plaza) supo galardonar noblemente los afanes y sacrificios del viejo patriota, dándole Real despacho de capitán de infantería á raíz del alzamiento, otorgándole el escudo de distinción, y ascendiéndole á teniente coronel con destino al regimiento de *Fieles zaragozanos* mandado organizar al coronel D. Manuel de Ena por decreto de 30 de diciembre de 1808, cuya nueva unidad orgánica, á que sirvieron de base las compañías cívicas de San Pablo y del Portillo, fué la que bizarramente guarneció y defendió el palacio de la Aljafería durante todo el 2.º Sitio.

Mientras se trataba de pelear sostúvose Cerezo con firmeza incontrastable, pero llegado el momento de rendir las armas al invasor extranjero, no pudo soportar la pesadumbre de la cautividad de su patria querida, y víctima de la epidemia, falleció el 13 de marzo de 1809, siendo su cadáver sepultado en el cementerio provisional establecido por mandato de Lannes en la huerta del convento de Santo Domingo. Su partida de óbito que copiamos del «Tomo XXI de difuntos de la Parroquia de San Pablo», al folio 135, dice así:

«*En Zaragoza á 13 de marzo de 1809, murió de enfermedad D. Mariano Zerezo y Martínez, teniente coronel, de 67 años* (tenía 69 bien cumplidos) *natural de Zaragoza, viudo de D.ª Catalina Capdevila; recibió los Santos Sacramentos por el P. Pablo Laborda, carmelita calzado; sepultado á tres actos en el distrito de la parroquia, por orden superior, en 14 de los dichos, hizo testamento ante D. Anastasio Marín, notario, en 13 de los corrientes, nombrando ejecutores al Rector del Seminario conciliar, doctor D. Vicente Barta, á D. Salvador Santa Romana y á D. Lorenzo Zerezo Martinez–Sin hijos* (entiéndase que no los tuvo de su segundo matrimonio). *Vivía en la calle de San Pablo*».

Grandes eran el concepto y el cariño que nuestro biografiado mereció al Duque de Zaragoza á juzgar por los elogios que, muy *á posteriori*, le consagra en una certificación de méritos librada en Madrid, á 23 de Marzo de 1837; á instancia del teniente del 3.er Regimiento de la Guardia Real de Infanteria D. Manuel Cerezo y Urrea, hijo de don Lorenzo y nieto del héroe popular. En ese interesante documento dice el ilustre caudillo:

«Que en el glorioso pronunciamiento de Zaragoza en 1808 por la independencia de la Nación..... *D. Mariano Cerezo*, vecino de la Parroquia de San Pablo, hacendado y Comisario de aguas del Canal Imperial, cuyo destino hacía años desempeñaba con tanta honradez

como prudencia, prestó los mayores servicios en defensa de la Patria por cuyas circunstancias gozaba de una grande y merecida influencia entre los labradores de la Ciudad y muy particularmente en los de su dilatada parroquia. Y dando con su ejemplo ánimo á sus conciudadanos durante los memorables sitios de la inmortal Zaragoza, en que fué nombrado por mí capitán de una compañía, contrajo con ella méritos sobresalientes en cuantas ocasiones se presentó en el combate, siendo de los primeros en defender los puntos más arriesgados..... Después le conferí el mando de cuatro compañías que sirvieron de base para el *Regimiento de Fieles Zaragozanos* en cuya organización le nombré teniente coronel. Sitiada segunda vez la plaza, le confié la defensa del castillo de la Aljafería, manifestando en esto la confianza que hacía del expresado Cerezo por ser el puesto más interesante, conduciéndose en ella con el valor y denuedo que tan acreditado tenía... Con su muerte perdió la Patria un virtuoso ciudadano, modelo de honradez, patriotismo y valor, y Zaragoza en particular uno de sus más intrépidos defensores y de los que más contribuyeron á sus glorias; no concretándose á esto sus servicios, pues consumiendo la mayor parte de su caudal en mantener los paisanos que se armaron bajo sus órdenes y en socorrer á sus familias desvalidas, legó á sus descendientes honradez y pobreza, sacrificando sus intereses, familia y vida en defensa de la Patria.»

El retrato resulta bosquejado de mano maestra. ¿Quién con tanta exactitud y autoridad como el gran caudillo hubiera podido darnos á conocer la fisonomía moral de aquel mártir del honor y el patriotismo que se llamó en vida D. Mariano Cerezo?

DON *Manuel Cerezo y Martínez* † En todo compañero de su hermano mayor, le siguió como la sombra al cuerpo en destinos y combates, en trabajos y sacrificios, antecediéndole pocos días en la muerte, víctima como él de la epidemia que despoblaba á Zaragoza. Estaba casado con *D.ª Josefa Vicente,* señora dignísima y verdadera heroina que se distinguió grandemente por su valor y serenidad en la jornada del 15 de junio, llevando refrescos y mantenimientos á los defensores de las puertas con menosprecio de los peligros que arrostraba.

Nombrado por Palafox teniente de las compañías de San Pablo, alistadas por D. Mariano, peleó valerosamente D. Manuel en los más reñidos combates del primer Sitio, concurriendo durante todo él á las gloriosas defensas de la Aljafería y el Portillo y tomando parte en las heroicas luchas del Coso el 4 de agosto. Ascendido á capitán en justo galardón de su comportamiento, fué destinado con su antigua

compañía al *Regimiento de Fieles Zaragozanos,* nuevamente creado por Palafox para la guarnición permanente del Castillo, donde durante todo el 2.º Sitio contribuyó con tanto valor como fortuna á repeler los continuos embates del sitiador.

Retirado á su casa en los primeros días de febrero de 1809 al sentirse herido por la epidemia reinante, y anonadado, más que por ésta, por el triunfo de los enemigos de la patria española, sucumbió el 23 del expresado febrero según su partida funeral inserta al tomo XXI de difuntos de la parroquia de San Pablo (folio 80) que copiada literalmente dice:

«*En Zaragoza á 23 de febrero de 1809, murió de enfermedad Don Manuel Cerezo, capitán de Fieles Zaragozanos, de 58 años de edad, natural de Zaragoza, marido de Doña Josefa Vicente. Recibió los SS. Sacramentos por Don Tomás Jarante; sepultado en la iglesia de San Pablo en 24 de dichos, sin testamento. Deja en hijos á D. Manuel, de 16 años, á D. Mariano de 11 y á D. Juan de 4. Vivía en la calle de la Ilarza*» (ahora de Casta-Alvarez).

Don *Lorenzo Cerezo y Santa Romana.* Hijo de D. Mariano y doña Joaquina, debió nacer hacia el año 1777 y desconocemos cuáles fueran sus primeros pasos en la carrera militar, que no era improvisada. Solo sabemos que en mayo de 1808 ya era capitán de infantería, no empleado, con residencia en Zaragoza, y que, por decreto de Palafox, fecha 29 de dicho mes, le fué encomendada la organización del *Regimiento de Nuestra Señora del Pilar,* cuyo Cuerpo, que nunca pasó de ser un núcleo de 150 á 200 soldados, ya no figura en el cuadro orgánico de 1.º de enero de 1809.

Pero de todos modos, continuando nuestro D. Lorenzo las gloriosas tradiciones de su familia, prestó grandes servicios á la defensa de Zaragoza, y al frente de lo que pudiéramos llamar su conato de regimiento, ya con el grado de teniente coronel, se distinguió notablemente el 4 de agosto rechazando los repetidos asaltos con que el sitiador intentó apoderarse de la puerta del Carmen, contribuyendo en los días sucesivos á la tenaz resistencia de la línea del convento de la Encarnación al de San Ildefonso, de la que el enemigo, á pesar de sus esfuerzos, nunca logró apoderarse en las postrimerías del primer Sitio.

Según vemos en dos cartas autógrafas que D. Lorenzo dirigió al capitán general de Aragón, Marqués de Lazán, en junio de 1820, solicitando certificado de sus servicios en el 1.er Sitio, no concurrió al 2.º por haber salido de Zaragoza el día 21 de diciembre de 1808 escoltando con una compañía de Fieles Zaragozanos la cuerda de 200 prisioneros franceses, que por orden del general Palafox, condujo sucesi-

vamente á Mequinenza, Tortosa y Cambrils, donde los entregó sin daño alguno obedeciendo disposiciones del general Blake. Después guarneció con su fuerza el castillo de Amposta y relevado de este servicio á petición propia, acompañó al Marqués de Lazán en la marcha emprendida, con su división para acudir en socorro de Zaragoza; pero habiéndose recibido noticias de la capitulación de dicha ciudad, dispuso el Marqués que D. Lorenzo se dirigiese á Mequinenza con el fin de reforzar la guarnición de esta plaza amenazada de próximo asedio y, cumpliendo el superior mandato, concurrió dignamente á su defensa á las órdenes de su gobernador el coronel Carbón, resultando prisionero de guerra cuando después de agotada la resistencia fué forzoso capitular con el sitiador.

Purificado al regreso de su cautividad en Francia, era en 1821 (según el *Estado Militar* de dicho año) coronel vivo y efectivo de infantería aunque desempeñaba el cargo de teniente coronel mayor del regimiento de Murcia. Afiliado al partido constitucional sirvió á las órdenes de Mina en la guerra contra los realistas de Navarra y, como era consiguiente, la reacción de 1823 le hizo pagar muy caras sus opiniones liberales relegándole á Zaragoza en situación de *indefinido*, seguida bien pronto de calificada *impurificación*.

Acusado por sospechas de conspirar con los emigrados Mina y Butrón para derrocar el poder absoluto de Fernando VII (en 1829) fué Cerezo tenazmente perseguido por el Conde de España, capitán general de Cataluña, y después de larga prisión, confinado á Ceuta por sentencia de consejo de guerra; y aunque es cierto que no pasó de Tarifa, merced á la oportuna intervención del general Saint-Marcq, tampoco recobró su libertad, ni fué reintegrado en la jerarquía militar que anteriormeute disfrutaba hasta después de la muerte del Rey.

En 1835 obtuvo el mando del regimiento Infantería de Aragón que llevó á la guerra de Navarra, á raíz de su escandalosa sublevación, capitaneada por el ayudante D. Cayetano Cardero, que ensangrentó la Puerta del Sol de Madrid con el asesinato del benemérito capitán general D. José de Canterac y las heridas de su ayudante D. Luis de Palafox, hijo del Marqués de Lazán, que perdió un brazo en aquel censurable acontecimiento.

En 1836 y recién ascendido á brigadier por méritos de guerra fué destinado á las inmediatas órdenes del capitán general de Cataluña D. Francisco de Espoz y Mina, quien le había reclamado al Gobierno por la gran estimación que hacía del antiguo defensor de Zaragoza. Y viajando á su nuevo destino, entre Pamplona y Tafalla, en el punto llamado *El Carrascal,* teatro de tantos combates en nuestras luchas intestinas, fué atacada por una partida carlista la escolta del correo

que le acompañaba, y quedó muerto de un balazo el día 21 de marzo del referido año, *siendo enterrado su cadáver en la iglesia de Unzué.*

Tal fué el trágico fin del brigadier Cerezo, según escribe el Conde de Clonard *(Fastos del Regimiento de Aragón).* Fué uno de tantos defensores de Zaragoza que como Marcó del Pont, D. Manuel de Velasco, Zumalacárregui, Tena, Villa, Tabuenca y otros perecieron víctimas de nuestras eternas discordias. Era casado y no sabemos si tuvo más hijos que el coronel retirado D. Manuel Cerezo y Urrea, antiguo oficial de la Guardia Real, muerto en Zaragoza de edad avanzada, á quien hemos conocido y dejamos citado en la biografía de su benemérito abuelo.

En la partida mortuoria de D. Mariano Cerezo, que dejamos transcripta, se advierte equivocadamente que no dejó hijos, cuya afirmación dió margen á que algunos rebuscadores de genealogías tuviesen á D. Lorenzo por hermano y no por hijo del héroe. Para nosotros nunca existió esa duda, conociendo como conocíamos, el certificado del caudillo de Aragón de que hemos hecho mérito; pero á mayor abundamiento tenemos á la vista un Real despacho firmado por Fernando VII en Sacedón, á 21 de julio de 1821, en cuyo documento, expedido á solicitud de D. Lorenzo Cerezo, se confirma á su difunto padre D. Mariano el nombramiento de teniente coronel del Regimiento infantería de Fieles Zaragozanos con que había sido agraciado por el general Palafox en 1.° de enero de 1809, mandando que se guarden al mencionado D. Lorenzo todas las preeminencias y exenciones que le corresponden por el grado militar de su padre.

Queda, por tanto, desvanecida toda duda.

El tio Jorge

Sólo las circunstancias realzan el mérito de los hombres, dando relieve á sus cualidades y prendas de patriotismo, valor, sacrificio y lealtad. Y ciertamente que sin el vigoroso levantamiento de Zaragoza en 24 de mayo de 1808, sin la elevación al mando del ilustre Palafox y sin el primer Sitio puesto por los franceses á la ciudad tres semanas más tarde, el nombre del benemérito *Jorge Ibor y Casamayor* no hubiera pasado á la historia con los caracteres de simpática celebridad.

Llamábase como queda dicho y no *Ibort* como comunmente se escribe: apodábanle *Cuello corto* sus convecinos del Arrabal y según me han dicho no pocos ancianos que le conocieron, era un labrador de mediana estatura y complexión robustísima, corto de cuello, cargado

de hombros, cabeza gruesa y tipo apoplético; así que entendemos debe parecérsele muy poco el pretendido retrato dibujado y grabado al agua fuerte por Gálvez y Brambila que figura en la colección de láminas de los Sitios de Zaragoza publicada en 1814, ya que representa un personaje flaco, encogido y melancólico.

Nació y murió en la calle del Rosario del burgo de Altabás, y era hombre de gran probidad, espíritu y patriotismo, aunque de todo punto exento de cultura. De sus méritos en el alzamiento y primera defensa de Zaragoza, basta decir que en compañía de los Cerezos, el Padre Consolación y el botillero Jimeno fué parte principalísima para la explosión patriótica del *24 de mayo;* que contribuyó con su prestigio y popularidad á la proclamación de Palafox como caudillo; que en unión de sus hijos Pablo y Juan y de su amigo Lucas Aced, fué organizador y jefe de la Compañía de labradores y escopeteros del Arrabal que desde los primeros momentos constituyó la escolta y guardia de honor del general de quien, hasta su enfermedad y muerte ocurrida en 15 de noviembre de 1808, no se separó un momento, acompañándole valerosamente en los combates de Alagón, Casa-Blanca, Epila y los acaecidos dentro de la ciudad, participando de los mayores riesgos, dándole en ocasiones buenos consejos y guardándole hasta en el sueño.

Era fiel, discreto y denodado, y amaba á Palafox con idolatría: mereció mucho. Por eso el glorioso caudillo, que nunca pecó de ingrato, quiso galardonar dignamente los servicios de su fidelísimo guardián, tanto en el orden oficial como en el familiar. Como general en jefe le improvisó capitán y le ascendió á teniente coronel. Como particular honró el cadáver del benemérito labrador, dándole cristiana sepultura en el panteón que la ilustre casa de los marqueses de Lazán tenía en la Iglesia del Colegio de Trinitarios, ahora Instituto Provincial. Le consideró y trató como á individuo de su propia familia.

Murió el tío Jorge atacado del tifus que, pocos meses después, se señoreaba de Zaragoza con la intensidad de peste asoladora, de que acaso nuestro héroe fué la primera víctima. No era viejo como se supone, pues sólo tenía 53 años al morir.

Y para completar este esbozo biográfico, demostrando de paso que nuestro sujeto se llamaba Ibor y no Ibort, creemos se verán con agrado las partidas bautismal y mortuoria que copiadas de los libros parroquiales de La Seo y Altabás, y se publican á continuación, dicen así:

PARTIDA BAUTISMAL

Al margen «*Jorge Ibor*»; dentro: «En la parroquial del Sánto Tem»plo Metropolitano de La Seo, en 23 de Abril de 1755: Yo D. Joseph

»Bernad, Regente, bauticé solemnemente á un hijo de *María Casa-*
»*mayor,* natural de la Puebla de Híjar, y de *Nicolás Ibor,* natural de
»Zaragoza, cónyuges, parroquianos de La Seo. Nació á las once del
»día 22. Se le puso por nombre *Jorge Nicolás,* siendo madrina Rosa
»Puértolas, natural de Santa Justa, diócesis de Barbastro, á quien ad-
»vertí sus obligaciones.» Firmado Bernad, Regente=«De Liébana.
Vicario Perpetuo.» (Bautizados de La Seo, tomo 8.º, folio 355).

Debe advertirse que Ibor se bautizó en La Seo porque la parroquia de Altabás, su filial, no tuvo pila hasta el año 1810.

PARTIDA MORTUORIA

Al margen «*Don Jorge Ibor, adulto, enterrado en el Colegio de la Trinidad.*»

Dentro: «En el día 15 del mes de Noviembre del año mil ochocien-
»tos ocho, murió en esta parroquia de Altabás, de unos cincuenta y
»ocho años de edad, *D. Jorge Ibor*, Teniente Coronel de la Guardia
»de Honor del Excmo. Sr. Don José de Palafox y Melci, Gobernador
»y Capitán General del presente Reino de Aragón, marido de *D.ª Ma-*
»*ría Carrascón,* natural de la presente ciudad de Zaragoza, residente y
»parroquiana de esta parroquia. Recibió los Santos Sacramentos; el
»de la Penitencia, de un Religioso del Convento de Jesús; el Viático y
»Santa Unción del Cura de Altabás. No hizo testamento, y por dis-
»posición de el dicho Excmo. Sr. Capitán General y con licencia del
»Señor Teniente Vicario General Castrense, se enterró al día siguien-
»te en el Colegio de la Trinidad de esta dicha Ciudad, y en esta Igle-
»sia se le hicieron los tres actos de honras. Murió de fiebre pútrida
»inflamatoria. Dejó en hijos sobrevivientes á *D. Pablo Ibor*, casado,
»sargento primero, y á *D. Juan Ibor,* soltero, teniente, ambos de dicha
»compañía, y á *D.ª Ursula Ibor*, soltera, y se constituyeron fianzas sus
»interesados á los derechos de la Dignidad Arzobispal». Firmado.
«D. Manuel Arasanz, Regente de Altabás». D. Tomás Asensio, Cura
»de Altabás». (Del Tomo V, folio 56 de los libros parroquiales de Altabás).

D. Mariano Lucas Aced

Era un honrado labrador, vecino del Arrabal y camarada del célebre *Tio Jorge* de quien fué teniente, sucediéndole á su fallecimiento en el cargo de capitán de la compañía de escopeteros, después de haber sido uno de los que con más entusiasmo promovieron

el alzamiento del 24 de mayo y excitaron á la masa popular para que Palafox fuese ensalzado al supremo mando de Aragón.

El *Tio Lucas*, que así le decían, tomó parte eficaz y valerosa en las dos defensas, guardando la persona del Caudillo, distinguiéndose en las descubiertas y peleando sin descanso contra las avanzadas enemigas. En uno de estos combates, ya en las postrimerías del segundo Sitio, murió gloriosamente defendiendo el convento de San Lázaro el 14 de febrero de 1809, según escribe Casamayor en sus *Diarios*, pero no hemos podido comprobar las circunstancias del fallecimiento, porque en los libros parroquiales de Altabás no existe la partida de defunción del valiente labrador.

D. Valero Julian Ripoll y Urbano

La presa de franceses llevada felizmente á cabo en Calatayud el 17 de diciembre de 1808, por este joven zaragozano, que, de simple molendero de chocolate pasó á ser teniente de infantería por nombramiento del ilustre Palafox, merece una especial mención en nuestros apuntes; y merece también que la vida del afortunado héroe figure en esta galería biográfica, máxime cuando, recientemente, ha sido honrado su nombre colocando una lápida conmemorativa en la casa que habitó sita en la calle de las Armas número 100.

En la hoja de servicios del interesado se dice textualmente, que nació en Zaragoza á 28 de enero de 1786, hijo de los cónyuges D. Antonio Ripoll y D.ª Teresa Urbano, y que, «*en 1808 concurrió al pri»mer Sitio de dicha ciudad, señalándose por su arrojo y bizarría el 17 de »diciembre en que, sin más recursos que su singular astucia, rindió é hizo »prisionera la guarnición de Calatayud, compuesta de 110 franceses que »con efectos y armas, presentó al Excmo. Señor Capitán General, D. José »de Palafox quien recompensó esta hazaña nombrándole teniente de in»fantería en 19 de dicho mes y año*».

Esta nota redactada en vista de un certificado expedido por el ilustre Palafox en 1836, es cierta en el fondo, pero no en algunos detalles que debemos rectificar. En Calatayud no hubo guarnición francesa hasta fin de diciembre de 1808, y mal pudo Ripoll capturar lo que no existía. El 1.er Sitio de Zaragoza terminó el 14 de agosto, y el 2.º, no principió hasta el 21 de diciembre, y con esto bien se colige que la afortunada empresa del bravo mozo no corresponde á ninguna de las dos defensas. Lo que accidentalmente paraba en Calatayud era una conducción de heridos en la batalla de Tudela, escoltada por una

compañía de 90 hombres, inclusos los oficiales. Súpolo Ripoll, y con ayuda de un comerciante apellidado Melendo y una docena de valientes camaradas, aprovechó la ocasión en que los soldados franceses discurrían y se solazaban por el campo y la ciudad, dejando un solo vigilante en el hospital donde se alojaban con los heridos. Ripoll y consortes sorprenden al descuidado guardián, se apoderan de las armas y prenden á los incautos extranjeros conforme van regresando á su alojamiento. Tan feliz suceso de que dan noticia los diaristas y principalmente Alcaide (Tomo III, pág. 143) fué llevado á cabo por Ripoll el 17 de diciembre de 1808, y dos días después llegaba á Zaragoza esquivando las avanzadas francesas, y ponía su presa de hombres y armas en manos del General en Jefe, que supo galardonar tan bella acción confiriendo á su principal autor el empleo de teniente de infantería.

Suponemos á nuestros lectores deseosos de conocer las vicisitudes sucesivas del improvisado oficial, y habremos de satisfacer aquel deseo extractando su hoja de servicios que tenemos á la vista.

Terminado el 2.º Sitio de Zaragoza, en cuya defensa había peleado con denuedo, apeló á la fuga, presentándose en el ejército de Aragón y Valencia donde sucesivamente perteneció á los regimientos de Daroca, Reunión de Aragón, tiradores de Doyle, y 2.º de la Princesa.

En 1809, á las órdenes del mariscal de campo D. Francisco Palafox, asistió á los ataques de Samper, Alcañiz, Sigüenza, Borja y Tarazona.

En 1810, al frente de 40 valerosos soldados, atacó bravamente al destacamento francés que guarnecía á Samper de Calanda, compuesto de 105 infantes y 10 húsares, que rindió á discrección después de seis horas de rudo combate. En este mismo año asistió, con su acostumbrado valor, al infructuoso asedio de Alcañiz.

En 1811, á las órdenes del general D. José Durán, estuvo en los ataques de Soria y Serón. Después bajo el mando de brigadier don Miguel de Eraso se distinguió notablemente en la retirada de Torrecilla de Cameros y en los combates de Cornado y Manices. En 28 de marzo de 1812 concurrió al ataque de Pozondón.

Al terminar la guerra de la Independencia lucía Ripoll las cruces de Zaragoza y Alcañiz, pero no había obtenido ni siquiera un ascenso: tan teniente era como al principio; y descontento, sin duda, del menosprecio en que se tenían sus servicios, solicitó el retiro que obtuvo en fin de diciembre de 1814, avecindándose en Calatayud.

La guerra civil de los siete años sacó á Ripoll de su pacífica residencia, y en junio de 1836 volvió al servicio activo, todavía en clase de teniente, mandando una compañía de la milicia nacional de Calatayud á cuyo frente concurrió á la acción de Molina. Su genio atrevi-

do y el gran conocimiento que tenía del teatro de la guerra, dábanle excepcionales aptitudes para operar con la compañía de Guías del Ejército del Centro, cuyo mando obtuvo, concurriendo con ella al ataque y Sitio de Cantavieja, *donde fué el primero en entrar por la brecha,* mereciendo por su denodada conducta el ascenso á capitán de infantería que se le confirió con antigüedad de 31 de octubre de 1836. Ya era tiempo. Siguió en campaña todo el primer semestre de 1837 afecto con su compañía á la división del general Nogueras, y en la acción de Gandesa (27 de junio), resultó herido de un balazo que le atravesó las dos piernas, cuya larga y difícil curación le impidió seguir coadyuvando á las rudas y azarosas tareas de aquella división obligada á ensayar el movimiento continuo.

Amanecían mejores tiempos para el capitán Ripoll, y nombrado comandante del presidio correccionel de Zaragoza, desempeñó este cargo desde principios de 1838 hasta abril de 1843, en cuya fecha fué destinado al Regimiento infantería de Aragón residente en Sevilla. Recién llegado á su nuevo destino concurrió á la defensa de la histórica ciudad andaluza sitiada por Espartero y Van-Halen y por los méritos que entonces contrajo, obtuvo el grado de teniente coronel en 21 de agosto de 1843, y la efectividad de comandante en 10 de octubre del mismo año. Satisfecho con estas recompensas, puso fin á su carrera militar, retirándose del servicio activo en fin de noviembre de 1844.

Tales fueron las principales vicisitudes de nuestro héroe, fielmente recogidas del historial de su hoja de servicios que certifica y suscribe el brigadier D. Juan Manuel Vasco y Sarriá, jefe de estado mayor de la Capitanía general de Aragón, en fecha 26 de agosto de 1851. Mejor guerrillero que soldado y más belicoso que entendido, tenía en su genial independencia y nativa aspereza los mayores de sus enemigos: sólo así se explica el contraste de tan larga serie de hazañas y tan corta suma de galardones; que en el estado militar como en cualquiera otro, quien carezca de esa ducticidad noble y simpática tan propia de la verdadera disciplina como enemiga de toda bajeza, cuente con encontrar cerrados todos los caminos del medro.

D. Miguel Salamero

El arte de la seda tan adelantado en Zaragozo durante el Siglo XVIII en que el gremio de sederos, tafetaneros y pasamaneros era uno de los más ricos é importantes de la ciudad, todavía se conservaba floreciente al sobrevenir los deplorables cuanto gloriosos acontecimientos de 1808,

Uno de los más caracterizados patronos de esta industria artística era entonces *D. Miguel Salamero*, natural de Zaragoza y oriundo de tierra de Barbastro, que tenía sus telares y tornos en edificio propio, sito en la plaza del Teatro cantón al callizo de la China. Los damascos y tafetanes floreados que salían de su fábrica eran excelentes por la calidad y el dibujo, y todavía muchas familias de antiguo abolengo conservan con singular aprecio las ricas colchas tejidas por nuestro héroe.

Era este, al comenzar el 1.er Sitio, un honrado y pacífico ciudadano muy bien quisto de todo el vecindario: tenía 42 años y era viudo de Agustina Zaro en quien tuvo á sus tres hijas Bárbara, Agustina y Antonia. Estaba holgado de intereses, y de su aspecto simpático da clara idea una de las mejores estampas de la colección de Gálvez y Brambilla.

Llegado el 15 de junio de 1808, Salamero no vacila; aguijoneado por el más puro patriotismo se olvida de sus hijas y telares, y capitaneando á sus operarios lucha en ambos sitios distinguiéndose por su serenidad y arrojo al frente de aquella veintena de tejedores y cordoneros convertidos en soldados que mantenía á sus expensas. Y como pagaba y no vendía resultó alcanzado y medio arruinado en la patriótica empresa.

Conducido á Francia como prisionero de guerra después de la capitulación, logró fugarse en la frontera, pero no pudo regresar á Zaragoza hasta que los franceses la abandonaron en 1813. En la vida nómada que durante cuatro años arrastró por los valles fronterizos del Alto Aragón sin más recursos que los que sus hijas trabajosamente le remitían, concluyó con los últimos restos de su antiguo bienestar, quedando arruinado del todo. Sólo pudo conservar su humilde casa de la calle de San Pablo, núm. 2, donde vivió y murió, en 1846, á los 80 años de su edad.

De sus hazañas merece especial recuerdo la que llevó á cabo con su gente el 4 de agosto de 1808 defendiendo el convento de religiosas de Santa Fe y contribuyendo eficazmente á rechazar al enemigo que invadía la calle del Azoque, obligándole á encerrarse en el convento de Santa Rosa. En recuerdo de esta renombrada hazaña, la antigua huerta de Santa Fe, convertida ahora en amplia plazuela adornada de vistosos jardines, lleva adecuadamente el nombre de nuestro héroe que, entre todos los defensores de Zaragoza, fué sin duda el mejor librado por lo que respecta á la importancia del solar dedicado á su buena remembranza.

Y esto, dicho en honor del buen ciudadano que consagró persona é intereses á la defensa de Zaragoza, comprometiendo en ella el porvenir de su familia, hablemos algo de su descendencia.

Las tres hijas, que dejamos mencionadas, murieron muchos años ha.

De *Agustina* no tenemos noticias.

Antonia, que falleció célibe en Zaragoza hacia el año 1868, disfrutaba la pensión de una peseta diaria con que la favorecía el Excelentísimo Ayuntamiento.

Bárbara, casó en Zaragoza con un modesto comerciante de ultramarinos apellidado Pérez, y tuvo dos hijas: *Agustina Pérez Salamero*, soltera, actualmente de 86 años de edad, á quien fué trasferida la módica pensión del Ayuntamiento que cobraba su tía *Antonia*, é *Isabel Pérez Salamero*, poco menor en años que su hermana, viuda del que fué bien conocido y apreciado librero y tipógrafo zaragozano D. Manuel Gallifa. Único amparo de las dos ancianas es *D.ª Encarnación Gallifa y Pérez Salamero*, modista residente en Barcelona, que las cuida con ejemplar ternura y las mantiene con el trabajo de sus manos, pasando grandes penurias y estrecheces como es consiguiente á la escasa remuneración que alcanza el trabajo de la mujer cuando es honrado.

¿Cuántas necesidades no se alivian porque se ocultan pudorosamente? Por eso hemos querido descorrer el velo de tristezas que ocultaba la deplorable situación en que viven los últimos restos de la familia Salamero residentes en Barcelona. Que Zaragoza y su Junta del Centenario acudan con pródiga mano en auxilio de los descendientes de un héroe que alcanzó el honor de dar su nombre á una de las plazas más importantes de la *Ciudad de los Sitios*.

D. Antonio Vicente y Santa Marìa

Este benemérito ciudadano, á quien ni siquiera cita el historiador Alcaide, fué uno de los que más se distinguieron por su valor y buenos servicios en las dos defensas,

Era oficial de la Contaduría de Propios y de la Intendencia del Reino y Ejército de Aragón, y según consta de su hoja de servicios y de expresivos certificados suscriptos por D. Marcos Simonó, D. Jerónimo de Torres y D. Santiago Sas, se distinguió grandemente el 15 de junio en la defensa del Puente de la Muela; el 16, con los carros de brigada y la gente que consideró necesaria para cargar, condujo toda la pólvora desde los almacenes de Torrero á los del Seminario; trabajó con gran celo en las barricadas del interior de la ciudad, haciendo fuego desde ellas; concurrió á la batalla de Tudela agregado á los servicios de Administración Militar; asistió con una partida de parroquia-

nos de San Pablo á los combates del llano de Almozara en la salida del 31 de diciembre y fué uno de los más valerosos defensores del Reducto del Pilar y de la calle de Santa Engracia.

Fugado á raíz de la capitulación, después de convalecer de la enfermedad epidémica que le puso á las puertas de la muerte, se presentó en Teruel al intendente D. Clemente Campos á quien sirvió de secretario, desempeñando cuantas comisiones le encargó, entre ellas la de servir interinamente el cargo de comisario de guerra en el cuartel general de Manzanera, y vuelto á Zaragoza, después de evacuada por el enemigo, obtuvo el empleo de segundo oficial de la Administración general de Rentas.

Era un hombre honrado y cabal, había nacido en San Mateo de Gállego en 5 de febrero de 1761; estaba condecorado con la cruz concedida á los defensores de Zaragoza, y falleció en esta ciudad el 22 de marzo de 1829.

Estuvo casado con D.ª Manuela Malo y Arana, y son nietas suyas las señoras D.ª Sofía Vicente y Corchado, esposa de D. Luis de Azara y D.ª Josefina Vicente y Corchado que lo es del coronel de Caballería D. José Beltrán y Mateo.

Los Hermanos D. Joaquin y D. Antonio Sanhez del Cacho †

Propietarios acomodados y vecinos de Zaragoza, se distinguieron tanto por su valor como por su desprendimiento durante todo el primer Sitio, en el que facilitaron 312 sacas de lana para revestimiento de las baterías. Ambos hermanos combatieron gallardamente el 15 de junio en la defensa de la puerta del Carmen y agregados voluntariamente al regimiento de Caballería Cazadores de Fernando VII asistieron á todas las acciones que tuvieron lugar en la izquierda del Ebro, en una de las cuales pereció gloriosamente D. Antonio. D. Joaquín salió vivo de los Sitios, condecorado con los dos escudos, y en 1822 era alcalde 3.º Constitucional de Zaragoza, y presidente de la Junta municipal de Beneficencia,

D. Vicente y D. Juan Gallart †

Eran hermanos, naturales de Cataluña, de largo tiempo avecindados en Zaragoza y vivían en casa propia, sita en el Coso, próxima al Arco de San Roque, donde tenían su tienda de géneros, llamada de *El Catalán*, una de las más aparroquiadas en la época de los Sitios.

Patriotas entusiastas y ardientes, tomaron parte activa tanto en el alzamiento como en la defensa de la ciudad, distinguiéndose en el memorable 4 de agosto, en cuyo día hicieron vivo fuego desde los balcones de su casa contra los franceses que invadieron la calle contribuyendo eficazmente á rechazarlos y encerrarles en el convento de San Francisco.

D. Juan, que era célibe, pereció gloriosamente con las armas en la mano, de un balazo que recibió en la cabeza defendiendo la plaza de la Magdalena en los últimos días del 2.º Sitio, y fué sepultado en el patio mayor de la Universidad. Escribía un *Diario de las Defensas de Zaragoza*, suspendido en la fecha de su arrebatada muerte, siendo lástima grande que este documento se haya perdido.

D. Vicente salió vivo de la desolación zaragozana, y son descendientes suyos los Gallart Valero y los Fornés y Gallart.

D. Andres Gurpide

Vecino de Zaragoza y comerciante, se distinguió por su patriotismo en el glorioso alzamiento así como por su valor en todos los combates del 1er Sitio, especialmente el 15 de junio, el 2 de julio y el 4 de agosto en la defensa de la puerta de Santa Engracia y torre del Pino. Era gran tirador, y su fusil fué ominoso para los artilleros franceses.

D. Jose Zamoray

Fué uno de los ciudadanos de Zaragoza que con los hermanos Cerezo, el tio Jorge y otros se distinguieron por su entusiasmo patriótico en el alzamiento de 24 de Mayo de 1808. Dispuesto á defen-

der su patria combatiendo la injusta invasión de los franceses, y prevaliéndose del influjo que como propietario, empleado del Canal Imperial, y labrador bien acomodado tenía sobre sus convecinos de la parroquia de San Pablo, organizó una compañía de éstos que Palafox puso bajo su mando, teniendo por segundo á D. Andrés Gúrpide.

Zamoray no obtuvo grados ni consideraciones militares, pero al frente de su partida, más bien que compañía, combatió en los puestos de mayor peligro el 15 de junio, el 2 de julio y el 4 de agosto en el cual defendió con gran valor y perseverancia el convento y huerta de Santa Engracia, haciéndose tan acreedor á la estimación y gratitud del general, que le condecoró con el escudo de distinción creado por decreto de 16 de agosto.

El 2.º Sitio encontró á Zamoray siempre firme en su puesto, y siempre dando el rostro al enemigo, principalmente en la guerra de calles, en la que ganó justamente la reputación de haber sido uno de los más heroicos defensores de Zaragoza. Fué también uno de los ciudadanos elegidos por el caudillo para formar parte de la numerosa junta encargada de tratar con Lannes las condiciones de la capitulación.

Después de la ocupación francesa volvió Zamoray á gobernar su hacienda y servir el destino que desempeñaba en el Canal Imperial, siendo tan grande su influencia en la numerosa población agrícola de la ciudad, que en 1817 logró evitar una verdadera batalla entre las parroquias de San Pablo y de Santa María Magdalena, prontas á venir á las manos por sus desavenencias y rivalidades tradicionales.

La reputación adquirida por nuestro biografiado de hombre de orden y constante mantenedor de la tranquilidad pública, le captó la estimación del Marqués de Lazán, capitán general del Reino, que le empleó muchas veces en patrullar por las callos de día y de noche cuando había temores de públicos trastornos. Así sucedió el 5 de marzo de 1820, cuando á consecuencia de la sublevación de Riego en Andalucía intentaba la oficialidad de la guarnición proclamar la Constitución de 1812 violentando al capitán general y obligándole á jurarla. Zamoray cumplió las órdenes del Marqués patrullando por las calles y manteniendo el orden; pero habiéndose sabido que en su casa y en su ausencia se había reunido una junta de revolucionarios, se le sometió en 1823 á un largo proceso seguido de tres años de cárcel durante la sustanciación; cuyos procedimientos proseguidos hasta 1828 en que á petición del Marqués de Lazán fué indultado por el Rey, arruinaron casi por completo su salud y su fortuna.

Fué Zamoray persona honrada é inteligente; tenemos á la vista las cartas que escribió al Marqués de Lazán con motivo de su desgracia, cuyos ingenuos documentos muestran claramente que era persona educada, de sanos instintos y de instrucción nada vulgar para su clase.

No hemos podido averiguar dónde y cuándo falleció, porque su partida de óbito no está en los libros parroquiales de San Pablo; lo que sí hay en este populoso barrio es una modesta calle que ahora lleva el nombre del valiente patriota, y es la que anteriormente se llamaba *del Candil*.

D. Martin Abanto

Albéitar de profesión, tomó parte decidida en el alzamiento de Zaragoza, distinguiéndose además por su valor en las dos defensas y muy principalmente el 4 de agosto, en cuyo día, poniéndose con el artesano Matías Carrica al frente de un pelotón de paisanos excitados por el P. José Casanova, contuvo á los soldados enemigos en la plaza de las Estrévedes, y empujándolos por la calle del Azoque hasta más arriba del Convento de Religiosas de Santa Fe, impidió sus depredaciones en la parroquia de San Pablo. En este rudo combate recibió Abanto un balazo en la cabeza que no le impidió seguir peleando hasta que los franceses levantaron el Sitio.

Su comportamiento en la 2.ª defensa fué tan valeroso como en la 1.ª, y con decir que fué uno de los paisanos que, acaudillados por el Regente de San Miguel, acudieron á contener el enemigo en las brechas de Santa Mónica é iglesia de San Agustín, queda hecho su mayor elogio.

Salió vivo de los Sitios, y después de expulsado el enemigo en 1813, siguió ejerciendo su profesión durante algunos años, desempeñando el cargo de inspector de mercados.

D. Jose de la Hera

Zaragozano, carpintero de oficio, y anciano de 76 años, tuvo brío bastante para entrar en una casa que dos soldados franceses saqueaban después de haber herido y muerto á sus moradores el 4 de

agosto, y armado de un simple cuchillo, lánzase sobre aquellos miserables, mata al uno y rinde al otro, presentándole enseguida al general Palafox.

Los pintores Gálvez y Brambilla representaron este heróico episodio en una hermosa estampa de su interesante colección.

El valeroso viejo andaba tan escaso de recursos que se vió obligado á pedir limosna, de cuya triste situación entendemos hubo de sacarle la generosidod y nobleza de sentimientos de la ilustre Condesa de Bureta, que apostrofó enérgicamente al vecindario por no atender, como era debido, á un hombre que tanto se había señalado por sus hazañas en defensa de la ciudad.

Murió la Hera hacia el año 1815, dejando una sola hija llamada D.ª Andresa, que tuvo larga descendencia, y dirigió, durante muchos años, un colegio de niñas, en la que entonces decían *parroquieta* de Santa Engracia. Biznieto de dicha profesora es el catedrático de la Universidad de Zaragoza D. Juan Moneva y Puyol.

D. Matias Carrica

Lleva su nombre la calle que anteriormente se llamó de la Luna.

Era un artesano valeroso y patriota que poco tiempo antes de los Sitios había obtenido su licencia absoluta como soldado que fué del primer batallón ligero Voluntarios de Aragón. Se unió con entusiasmo al alzamiento de Zaragoza y combatió bravamente el 15 de junio, defendiendo con 30 paisanos armados el convento de los religiosos Agustinos descalzos del Portillo, contribuyendo á rechazar los asaltos intentados por el sitiador contra la puerta de aquel nombre.

Tabajó sin descanso en toda la primera defensa y en el memorable 4 de agosto, capitaneando un grupo de 13 paisanos obligó á los franceses desbordados á retirarse desde la plaza de las Estrévedes y calle del Azoque al convento de Santa Rosa, donde los encerró y tuvo sitiados, pasando luego á guarnecer el convento de Santa Fé, reforzando á Salamero que con sus tejedores guardaba dicho puesto.

Nada sabemos del comportamiento de Carrica en la 2.ª defensa, ni tampoco de sus posteriores vicisitudes.

D. Telesforo Peromarta

Es digno de memoria este honrado labrador que, acompañado de otros de su misma condición, defendió eficaz y valerosamente en los combates del 4 de agosto de 1808, la calle que hoy lleva su nombre y se llamaba entonces *Mal Empedrada*. Era persona muy bien quista en la ciudad; fué elegido concejal en 1823, y hacia el año 1848 murió en su casa propia señalada con el núm. 33 en la calle Ancha de Barrio-Curto (ahora de Agustina de Aragón).

De su esposa Ana Benedí dejó varios hijos, y quedan en el día algunos nietos de ambos sexos que llevan su apellido.

El Tio Garcès

Habla de él Perez Galdós (en el episodio nacional titulado *Zaragoza)* encomiando su denuedo en aquellos tremendos combates que el día 1.° de febrero de 1809 ensangrentaron los claustros é iglesia del convento de San Agustín, y le teníamos por personaje fabuloso nacido al calor de la fecunda fantasía del novelista, ya que de las hazañas del *Tío Garcés* nada dicen los diaristas é historiadores.

Pero es el caso que existió, en efecto, un *Félix Garcés Navarro*, alias *el Tio Garcés*, hombre de edad madura y labrador avecindado en la parroquia de San Miguel de los Navarros, que fué uno de aquellos doscientos bravos feligreses acaudillados por su Cura-Regente Mosen José Martínez que acudieron al convento de religiosas de Santa Mónica en auxilio del heróico Villacampa, corriéndose luego al vasto edificio de los frailes de San Agustín que tan brava y singularmente defendieron en unión de dos compañías del Regimiento de Extremadura, y pasando por último á guarnecer la iglesia y plaza de San Miguel en que los enemigos (aun después de tomada la callejuela del Horno del Rincón) nunca pudieron penetrar.

En una sentida instancia elevada á la *Comisión Ejecutiva del Centenario de los Sitios* por Victoriano Garcés Satué, de 80 años, pobre nacido en la parroquia de S. Miguel y nieto del héroe, hemos leído que el belicoso *Tío Garcés* de 1808 y 1809 falleció hacia el año 1814 con la satisfacción de ver á su patria libre del yugo napoleónico, y con gusto transcribimos estas noticias para reverdecer la memoria del humilde patriota zaragozano.

SEPTIMO GRUPO

LOS ECLESIÁSTICOS

El clero de Zaragoza, lo mismo el secular que el regular, era en 1808 no solamente rico y virtuoso, sino también mucho más inteligente y sagaz de lo que quisieran los radicales de ayer y de hoy, eternos enemigos del freno de la religión y entusiastas apologistas del gran calumniador Thiers, que indignado contra el estado religioso, irreconciliable adversario de su ídolo, proclámale ignorante á todos los vientos de la publicidad.

La Francia enemiga del altar y el trono, la regicida del desdichado Luis XVI, la perseguidora de Dios y de sus sacerdotes, en una palabra, la Francia de 1793 proseguía en 1808 con todas sus malas ideas. Bonaparte la había refrenado y la tenía sujeta á su yugo: pero Bonaparte era tanto ó más anticatólico que Robespierre, y si no guillotinó reyes, asesinó con inhumana perversidad al Duque de Enghien, persiguió á las testas coronadas para apoderarse de sus estados, y de su malevolencia para la Iglesia pueden atestiguar dos pontífices prisioneros al par que despojados de la soberanía temporal convertida en flamante reino de Roma que adjudicó á su hijo el príncipe imperial.

El clero aragonés tenía sobrada perspicaeia para dejarse engañar por Napoleón. Todos los antecedentes que dejamos insinuados, unidos á la proterbia con que se apoderó de la familia real española para llevarla á Francia, las obligadas abdicaciones de Bayona, la ocupación fraudalenta de las ciudadelas de Pamplona y Barcelona, y en una palabra, todos los antecedentes de una invasión pérfida que venía preparándose con un año de anticipación, daban sobrados motivos al clero pensador para comprender que la guerra tan insidiosamente provocada, era á la vez un ataque al patriotismo y á la creencia católica de los españoles. Nunca con tan justa causa ni en contienda alguna pudo

desplegarse bandera con el triple sagrado lema de Religión ofendida, Patria ultrajada y Rey cautivo.

Al grito del 2 de Mayo respondió inmediatamente Zaragoza alzándose contra la perfidia francesa con resolución incontrastable, y claro es que el Sacerdocio no podía ni debía faltar á la patriótica, religiosa y monárquica unanimidad. El clero en masa se lanzó á la lucha aguijoneado por sus propias convicciones: ni uno sólo de sus individuos faltó á su puesto de honor: cabildos, parroquias, conventos y monasterios abrieron sus arcas, graneros y bodegas para vestir y alimentar á los defensores de la Patria, prodigando además sus propias vidas y servicios tanto en los combates como en los hospitales y Consejos.

Y es tanto más plausible la unanimidad de su valiente conducta, cuando no puede desconocerse que obró por propio impulso y no obligada por autoritarios preceptos. El Arzobispo Arce, gran amigo y partidario de Godoy, habíase afrancesado y fué uno de los firmantes de la Constitución de Bayona; su Vicario general el P. Santander, Capuchino, Obispo Amizonense, apodado *Barbicas* por el pueblo, era un bonapartista tan acérrimo y fanático que excedió los limites de toda imprudencia, con lo cual, dicho está que el clero del Arzobispado se captó por su patriótica conducta la malevolencia y animosidad de sus superiores jerárquicos.

Desde los primeros momentos del alzamiento de Zaragoza tomó decidida parte el clero aragonés en todas las resoluciones encaminadas á emprender enérgica campaña contra los invasores. *El Brazo Eclesiástico* señaló ya su ardimiento en la Asamblea de las Cortes de Aragón (9 de junio): en los Consejos de Palafox figuraban con grande aprecio el P. Basilio Boggiero, el beneficiado Sas, el agustino Fray José de la Consolación y el párroco de San Gil D. Pedro Manuel Garcés; en las juntas de Hacienda, Gobierno y Sanidad trabajaron con incansable celo el arcediano D. Juan Francisco Martínez, los canónigos D. Elías Lanza y D. Joaquín Pascual, así como el racionero don Eusebio Giménez, archivero de la Iglesia Metropolitana, que aun después de rendida Zaragoza anduvo por montes y breñas desempeñando el espinoso cargo de secretario de la *Junta Gubernativa del Reino;* como organizadores de fuerzas distinguiéronse muy especialmente D. Santiago Sas y aquel celebérrimo cisterciense del Monasterio de Piedra D. Fray Teobaldo Rodríguez Gálleg o, que bajo sus auspicios y á propias expensas organizó y armó en la ciudad de Alcalá de Henares su famoso regimiento de Fernando VII de que hizo espléndido donativo á la defensa de Zaragoza.

Y si examinamos el comportamiento del Sacerdocio por el prisma puramente marcial, ó sea, como valerosos combatientes, ensánchase el ánimo pasando rápida revista á los que como D. Santiago Sas, don Manuel Lasartesa, D. Antonio Lacasa, D. Pedro Lasala y los religiosos Fray José Casanova, Fray José Garín, Fray Ignacio Santa Romana y Fray Pedro Bretón, con otros muchos, se distinguieron por su denuedo en los combates del 15 de junio, 1 y 2 de julio y 4 de agosto de 1808; así que era tan grande la confianza que el elemento eclesiástico inspiraba al Caudillo, que cuando en el 2.º Sitio, perdida toda esperanza de socorro y aniquilado el ejército por el hierro, el fuego y la epidemia, sólo restaba la defensa desesperada de los barrios atacados por el enemigo, hizo un llamamiento al pueblo para llegar á la última palabra del sacrificio en el aciago día 28 de enero de 1809, nombró comandantes de las fuerzas populares á siete sacerdotes distinguidos con una banda blanca como divisa de su singular jefatura, que fueron, D. Anonio Lacasa, D. Manuel Lasartesa, D. Javier Landa, D. Manuel Cuéllar, D. Policarpo Romea, D. Pedro Lasala y D. Antonio Bayo. Distinguiéronse también grandemente en las postrimerías del 2.º Sitio el cura regente de San Miguel, D. José Martínez, que al frente de 200 de sus feligreses, acudió en auxilio de D. Pedro Villacampa para ayudarle á defender los conventos de Santa Mónica y San Agustín, y el presbítero D. Antonio Gil, comandante de un grupo de 30 paisanos que el 13 de febrero de 1809, pereció con todos aquellos valientes defendiendo la casa llamada del *Cuadro de la Soledad,* aplastada por las minas enemigas.

Y claro es que tan ruda y peligrosa guerra con enemigos ensañados muy principalmente contra el estado religioso, tenía que producir muchas víctimas como en efecto las produjo; ya en el primer sitio perecieron el 4 de Agosto la Superiora del Convento de Altabás, Sor Engracia Campos, muerta por un casco de granada en la plaza de San Felipe, y fueron asesinados el P. Fray José Moya, exprovincial de San Francisco con ocho religiosos más de este convento, como antes (el 16 de Junio) lo habían sido el Prior de Santa Fé con tres monges y cuatro legos, único personal que había en el monasterio al ser invadido por el enemigo. Y no fué menor la mortandad ocasionada en el clero por los trabajos pasados y los estragos de la epidemia, pues tenemos á la vista una larga lista de víctimas: en la Metropolitana perecieron el dean D. Antonio Romero y los canónigos D. Manuel Jiménez, D. Joaquín Pascual, D. Diego Izquierdo, D. Ramón Sevillano y D. Tomás Muñoz, así como los racioneros D. Juan Abad, D. Mariano Seira, D. Joaquín Iguaz y D. Francisco Esteban; en el Capítulo

del Pilar los beneficiados D. Domingo Uranga, D. Alberto Bermejo, D. Lorenzo Marco, D. Hipólito López, D, Pedro Larroy, D. Miguel Gorría, D. Fortunato Sarralde, D. Miguel Puértolas, D. Juan Bueno, D. Gaspar Escolar, D. José Sopena y D. Mariano Duque: en las parroquias, el Vicario de La Seo, D. Joaqín Mazol, el de la Magdalena D. Gaspar Serrano y el rector de Santa Cruz D. Antonio Guitarte, con 14 más de sus capellanes y beneficiados parroquiales; en los conventos y casas religiosas del clero regular es de todo punto imposible particularizar las bajas que fueron muchas.

Pero entre ellas no debemos omitir las ocurridas en la catàstrofe de la voladura del Seminario Conciliar en la aciaga tarde del 27 de Junio de 1808. De los 54 seminaristas matriculados en el curso académico, más de 40 habían, por dicha suya, tomado las armas, alistándose en los improvisados tercios, y sólo quedaban en el edificio como una docena próximamente de los más jóvenes, ó por mejor decir, de los más niños que perecieron en la explosión al lado de su vicerrector *D. Gabriel Lagrava*, sabio y dignísimo sacerdote. Más dichosos el rector D. Vicente Barta, canónigo magistral, el catedrático D. Joaquin Domínguez y el mayordomo D. Miguel Juanton, fueron extraídos con vida bajo la pesadumbre de los escombros, y, si bien gravísimamente heridos, convalecieron y curaron al cabo de algún tiempo.

La defensa de Zaragoza había llegado á su término fatal; el hambre y la epidemia, enseñoreadas de la ciudad, no dejaban más recurso posible que el tristísimo de la capitulación, y en la junta nombrada por Palafox el 18 de febrero de 1809, para pactar con Lannes, representaron al elemento eclesiástico los canónigos D. Pedro Atanasio Pardo, D. Francisco Viruete y D. Juan Inurrigarro, los religiosos PP. Boggiero y Consolación, y los presbíteros D. Santiago Sas, don Miguel Marraco y D. Nicolás García, vicario de San Lorenzo.

Tales fueron, en breve resumen, los méritos del clero en la epopeya zaragozana; ni el número de estos olvidados héroes ni el desconocimiento de sus vidas y actos nos consienten que este grupo de biografías resulte tan nutrido de datos como fuera de desear, y sólo simples esbozos serán la mayor parte de las que hemos logrado reunir, é insertamos á continuación.

El Padre Basilio Boggiero de Santiago de las Escuelas Pias

Con la concisión propia de una dolorosa efeméride escribimos en nuestro *Diario del Segundo Sitio* bajo el epígrafe *Día 23 de febrero (1809)*.—«Los franceses, cumpliendo órdenes de Lannes, asesi»nan al P. Basilio Boggiero de Santiago y al presbítero Sas, y arrojan »sus cadáveres al Ebro desde el puente de Piedra.»

¿Quién era el P. Basilio? ¿Por qué el rencoroso vencedor, faltando inicuamente al pacto de respetar vidas y haciendas que él mismo había dictado, trató con tan feroz ensañamiento á un sacerdote anciano é inofensivo, en los momentos en que la satisfacción de la victoria debía inspirarle efusiones de perdón generoso más bien que estímulos de alevosa venganza?

La contestación á estas dos preguntas contendrá la breve biografía del sabio y virtuoso varón, mártir del patriotismo, y honor de la ilustre religión Calasància.

El *P. Basilio Boggiero de Santiago*, de noble y honrada procedencia, nació en Celle, pueblo del obispado de Saona, en el Genovesado, el 5 de abril de 1752. Llamado por su hermano mayor D. Andrés, oficial de graduación en los ejércitos españoles, que al terminar la guerra de la Independencia era Mariscal de Campo y Gran Cruz de San Hermenegildo, vino á Zaragoza en su infancia, obedeciendo á los deseos de su familia que le destinaba á la noble carrera de las armas; pero su vocación sacerdotal condújole por bien distintos derroteros, y á los 16 años de su edad, el 17 de junio de 1768, abrazaba el instituto de San José de Calasanz en el colegio recién fundado en la capital aragonesa por el venerable arzobispo D. Tomás Crespo de Agüero.

Cursó los estudios con extraordinario aprovechamiento; conquistó desde joven fama de varón sabio, de predicador eminente y sacerdote ejemplar; y lució su magisterio en las aulas de Retórica, Filosofía y Teología.

Los ilustres marqueses de Lazán y de Cañizar, D. Juan Felipe Rebolledo de Palafox, Bermúdez de Castro y D.ª Paula Melzi de Eril, desearon ardientemente y consiguieron, no sin emplear su poderoso influjo, que el P. Basilio obtuviese permiso del General de su Orden para trasladar su domicilio al palacio de los preclaros cónyuges, cons-

fituyéndose en preceptor de sus tres hijos D. Luis, D. Francisco y D. José preparándolos para su ingreso en la milicia, y para que su cultura intelectual no desdijera de la alteza de su nacimiento.

Cumplió á conciencia el insigne preceptor su delicada misión y captándose además el amor de sus tres discípuios que se distinguieron por su docilidad y aplicación, terminando con brillantez los estudios matemáticos, la filosofía, la retórica y las lenguas latina, italiana y francesa.

En 1795, ya en la plenitud de su fama, fué nombrado el P. Basilio predicador de S. M. En 1800 predicó la Cuaresma de la Seo y en 1801 la del Pilar, ambas con extraordinario lucimiento. El día 22 de noviembre de 1807, con ocasión del *Breve de Pío VII elevando á rito doble con octava en todo el Reino de Aragón la solemnidad de la Virgen del Pilar,* celebraron el Cabildo y la ciudad función magnífica en el Santo Templo Metropolitano de María; y según se lee en la extensa Memoria de aquellos espléndidos cultos, publicada por el Ayuntamiento en 1808, «*predicó en ellos el P. Basilio Boggiero de Santiago, de las Escuelas Pías, Predicador de S. M. y Examinador Sinodal de este Arzobispado, á quien la ciudad había elegido uniformemente. Como todos deseaban oirle, todos le oyeron, acompañándole en este dia aquel mismo silencio que siempre le acompaña, y con que sus auditorios manifiestan el gusto con que le escuchan. Quedaron, por tanto, cumplidos los deseos de todos, y el Ilustrísimo Ayuntamiento que tantas pruebas ha dado á este orador de su aprecio, mandó se imprimiese el sermón y se incorporase con la relación de estas fiestas*».

Realmente fué sermón de primer orden. El orador tomó el tema de San Lucas, *Beatus venter qui te portavit—Ave gratia plena.* El exordio es una bellísima explicación del Ave María; el cuerpo del discurso, armonioso himno consagrado á la venida de la Virgen á Zaragoza y á la abundancia y singularidad de sus milagros; conceptos ambos que motivaron la concesión pontificia á que se tributaban aquellos homenajes en señal de regocijo y gratitud; la conclusión es artística y excelente. Al leer este gallardo ejemplar de la elocuencia sagrada ajustado en las proporciones, de estilo fluído, noble y sencillo, sin giros ni retorciduras de una retórica trasnochada, se comprende sin esfuerzo que la fama de insigne predicador, alcanzada por el benemérito Escolapio, era legítima y merecida.

El último sermón que dijo el P. Basilio y que titularemos *su canto del cisne*, fué el que predicó en el púlpito del Pilar en la solemne función dispuesta por Palafox en acción de gracias á la Virgen, al siguiente día de levantar los franceses el primer Sitio. De este discurso escribe lo siguiente D. Ramón Cadena: *Lo predicó el P. Basilio de las Escuelas Pías, famoso maestro del Sr. Palafox y su gran privado; y de-*

claró con evidencia que el patrocinio de María Santísima nos había movido, nos había confortado, animado y llenado de la gloria inmortal de vencer y triunfar de los vencedores de Marengo, Austerlitz y Jena, etc.

Y no era ciertamente la fama del P. Boggiero menor como literato ilustre que como predicador elocuente y maestro eximio; fué escritor fecundo y sus obras en prosa pueden servir como modelos de elegancia y corrección. Escribió en latín y en castellano, en prosa y verso; tradujo del griego el *Tratado del sublime* del filósofo Longino, secretario de la reina Cenobia; dejó varios tomos de sermones manuscritos, publicó la vida del venerable dominicano *Fr. Antonio Garcés* (Madrid 1788) y la *Introducción á la elocuencia española* (Zaragoza 1784); de sus obras en verso solo tenemos noticia de los cantares anacreónticos que intituló *Los triunfos de la honestidad*, de los églogas *Tirsis, Dalmiro y Nemoroso*, y de un grueso volumen de *Poesías* estampadas en Madrid, imprenta de Burgos, año 1817. El poeta bajaba mucho del prosista. Apasionado del género bucólico, afectado y convencional casi siempre como la mayor parte de los versificadores de su tiempo, hacía prosa fluída y versos hinchados generalmente prosáicos. El ilustre escritor D. Leopoldo Augusto de Cueto, en su excelente *Bosquejo histórico de la poesía castellana en el siglo XVIII* publicado en la Biblioteca de Rivadeneira, Tomo 61, dedica á nuestro biografiado esta ática cuanto razonada censura.

«Por aquel tiempo era muy celebrado como poeta, en Zaragoza, el »*P. Basilio Boggiero*, insigne orador sagrado, maestro de retórica en »el colegio de las Escuelas Pías de aquella ciudad que, en 1809, fué »fusilado por mandato del mariscal Lannes, como fomentador del »heróico patriotismo de los zaragozanos. Hombre digno de alta ala»banza por los afanosos desvelos que consagraba á la educación públi»ca, no merecía su renombre de poeta. Con tan sano instinto como »escasa inspiración, escoge asuntos nobles y cristianos; pero sus versos »son desmayados y amenudo prosáicos. Fué el P. Boggiero en Zara»goza lo que más adelante en Sevilla el doctor Mármol. Como no le »ayudaba el estro, queriendo dar color poético al estilo, incurre el »P. Boggiero en impropiedades harto singulares. En una égloga bíblica »habla así á Eva la *serpiente* tentadora del paraiso:

¿Por qué, linda pastora, así te privas
Del fruto que en este árbol colorea
Más sabroso que el nectar y el almibar
Y que la miel que labra abeja hibléa?

«¿Y cómo contener la risa al oir llamar *linda pastora* á la madre de »la raza humana, y hablar á esta de la miel del *monte Hibla*, poniendo »candorosamente en la cuna de la humanidad nombres y clasificacio-

»nes geográficas que solo habían de nacer después de centenares de »lustros?»

Tiene razón el culto crítico. El P. Boggiero era un diamante de múltiples facetas todas claras y bellas, menos una. Virtud, dignidad, valor, elocuencia, patriotismo, aplicación y saber eran las facetas brillantes; la única opaca era la que reflejaba sus facultades de poeta.

Conocido el hombre, hablemos del mártir.

Los indiscutibles méritos del padre escolapio en la singular defensa de Zaragoza fueron los motivos que impulsaron á Lannes á decretar el infame asesinato de aquel insigne varón.

Desde que Palafox llegó á Zaragoza con el intento de levantar el reino aragonés contra los invasores, fué el P. Basilio su Mentor, su consejero áulico, su comensal y hasta su camarada de aposento. Del inmediato al en que yacía moribundo el glorioso caudillo de los aragoneses, al capitular la plaza, sacaron los enemigos al eminente sacerdote del lecho en que descansaba con el sueño del varón justo para conducirle á la muerte.

Palafox amaba y reverenciaba extremadamente al P. Basilio; acostumbrado desde su niñez á oirle como á un oráculo, era la única persona capaz de convertir en docilidad su nativa obstinación. Al maestro se atribuyó aquel famoso manifiesto de 31 de mayo de 1808 en que el discípulo declaraba la guerra á Francia y hacía responsable desde el Emperador hasta el último francés de la vida y seguridad de Fernando VII: suponíanle también los zaragozanos paternidad de las más entusiastas proclamas del caudillo, aunque esté bien averiguado que escribió la mayor parte de ellas ayudado de su secretario el coronel don Teodoro Gálvez Cañero; acompañaba Boggiero á Palafox en los combates y hasta en las discutidas salidas de la primera defensa; positivamente le siguió en la decisiva del cuatro de agosto que cinco días después cortaba el hambre en la población, la surtía de pólvora é introducía un cuerpo de tropas capaz por su número y calidad de rechazar al enemigo. Esta salida pudo costar muy cara al benémérito Escolapio, que creyendo seguro el camino, emprendió su regreso desde Villamayor á Zaragoza el 11 de agosto; venía del Bajo Aragón, de Pina é Hijar, donde estuvo á gestionar socorro de vituallas, y en efecto, aquellos pueblos aprontaron la remesa á que Boggiero se adelantó y dando en manos de las guerrillas francesas fué aprisionado y conducido á Torrero, donde Lefèbvre le devolvió sin mal trato el día trece de dicho mes, horas antes de levantar el asedio.

Estas circunstancias, y hasta el sermón gratulatorio después del triunfo de los zaragozanos, daban á la influencia del P. Basilio sobre

Palafox una importancia inmensa, positivamente exagerada. Todos los historiadores la reconocen y aplauden, pero era claro que el día de la desgracia el partícipe en la gloria había de tener ineludible parte en la responsabilidad. Era de prever el endoso de la virtud á la venganza.

El diarista de los Sitios *D. Manuel Caballero*, dice que las mayores influencias con Palafox eran D. Fernando Gómez de Butrón, *el P. Basilio*, Fr. José de la Consolación, agustino descalzo, el presbítero don Santiago Sas, su secretario el coronel Cañero, el tio Jorge, el tio Marín, el vicario de San Gil (éralo entonces D. Pedro Manuel Garcés) y el botillero D. Antonio Gimeno. La camarilla á que debe añadirse el doctor Asso, resulta perfectamente organizada, entrando en ella los tres elementos que tan decisivamente concurrieron á la defensa: el religioso, el militar y el popular, predominando el primero.

El capitán francés *Daudevard de Ferrusac*, en la carta que lleva la fecha de 14 de febrero de 1809, una de las más interesantes de su Diario, escribe estas palabras: «Todos los que desertan de la plaza son »suizos; *apenas se han pasado dos españoles.* Ayer llegó á nuestros »puestos avanzados una guardia entera de cincuenta hombres, con »armas, bagajes y su oficial al frente. Nos aseguraron que la ciudad »estaba dividida en dos facciones; que los frailes lo dirigían todo; que »el general Palafox era un hombre muy amable, querido de los sol»dados, *y que no hacía nada sino por consejo del P. Basilio*».

Tales eran las noticias que sobre la importancia del sabio escolapio corrían en el campamento francés, con augurio fatal para su seguridad. La entrada de Lannes en Zaragoza, fué su sentencia de muerte; veamos cómo franceses y españoles describen sus dolorosas postrimerías.

Asevera *Daudevard*, en la carta de fin de febrero de 1809, «que le »arrancaron violentamente de su convento á media noche, y no se »había sabido más de él. Dícese, añade, que le propusieron debía em»plear sus talentos al lado del rey José y que contestó *que su concien»cia no se lo permitía; por lo que le mataron á bayonetazos, y le arroja»ron desde el puente al Ebro.* Efectivamente, yo he visto un cuerpo »sobre el agua, que me aseguraron era el suyo. Esta fué una vengan»za tanto más horrorosa cuanto que por la capitulación se había ofre»cido respetar indistintamente las personas y las propiedades.»

Con algunas variantes, en lo accidental, pero acorde en lo principal, dice el Conde de Toreno (Historia de la Revolución & Libro VII). «Tres días después de la capitulación, á la una de la noche, llamaron »de un cuarto inmediato al de Palafox, donde siempre dormia, á su »antiguo maestro *D. Basilio Boggiero*, y al salir se encontró con el al»calde mayor Solanilla, un capitán francés, y un destacamento de gra-

»naderos, que le sacaron fuera sin decirle dónde lo llevaban. Tomaron »al paso al capellán D. Santiago Sas, que se había distinguido en el »segundo Sitio tanto como en el anterior, despidieron á Solanilla, y »solos los franceses marcharon con los dos presos al Puente de Piedra. »Hirieron primero á Sas, y no se oyó de su boca, como tampoco de la »de Boggiero, otra voz que la de animarse recíprocamente á muerte »tan bárbara é impensada. Contólo así después y repetidas veces el »capitán francés encargado de la ejecución, añadiendo que el maris»cal Lannes le había ordenado los matase sin hacer ruido. A tal pun»to el vencedor atropelló en Zaragoza las leyes de la guerra y los sa»grados derechos de la humanidad.»

Tal fué el trágico fin del *P. Basilio Boggiero de Santiago*, Consejero reconocido de Palafox; si no combatió con las armas del soldado, contribuyó con sus talentos y energía á exaltar el patriotismo de los zaragozanos y á la dirección de la porfiada resistencia de la ciudad que amó como á segunda patria. Odiado del vencedor por esos mismos méritos y por su honrada negativa á emplearse en el servicio del Rey intruso, pereció víctima del honor, del deber y del patriotismo. Fué un verdadero mártir. Lástima grande que no tengamos su retrato: de su aspecto sólo sabemos que era de elevada estatura, enjuto de cornes, cabello cano y fisonomía fina y expresiva. Hasta hoy la posteridad sólo pagó á su heroico sacrificio el tributo de sustituir con su ilustre nombre el de la antigua calle Castellana por donde tiene su ingreso el colegio de los PP. Escolapios, del que fué alumno y profesor; pero el día en que Zaragoza erija á sus héroes el digno monumento á que de justicia tienen derecho, será inconcuso el del P. Boggiero á que su estatua figure entre las que ocupen lugar más eminente alrededor del pedestal en que se levante la de Palafox, primer héroe de la defensa y genuina personificación de su gloria inmarcesible.

D. Santiago Sas

Este benemérito sacerdote, beneficiado de la parroquial de San Pablo, nació en Zaragoza (calle del Portillo, núm. 120 antiguo), el día 21 de julio de 1774. Era hijo de los cónyuges D. Francisco Sas y D.ª Manuela Casayau.

La familia Sas, de notoria y antigua hidalguía es originaria de Jaca y se distinguió en la Iglesia, la milicia y el foro. D. Antonio Sas, na-

tural de Jaca, autor de un excelente compendio histórico de los reyes de Aragón, y sargento mayor de la plaza de Zaragoza en 1800, era á lo que creemos abuelo de D. Santiago. Sobrino de nuestro biografiado fué el bizarro Teniente General D. Manuel de Ena y Sas, natural de Loharre, muerto gloriosamente defendiendo la isla de Cuba contra los piratas acaudillados por D. Narciso López, cuyos huesos descansan en el templo Metropolitano de Ntra. Sra. del Pilar en honorífico sepulcro.

De la muerte del valeroso presbítero que al frente de las compañías del Portillo hábilmente organizadas por el coronel Gálvez Cañero, tan bravamente peleó por la patria en ambas gloriosas defensas, y principalmente el 15 de junio, el 1.º y 2 de julio y el 4 de agosto como consta en los Diarios, poco tenemos que decir porque casi todo está dicho en la biografía del P. Basilio de quien fué compañero de glorias, trabajos y arrebatado fin. Según escribe el historiador *Alcaide*, por noticias que facilitó D. Miguel Sas, teniente coronel de infanteria y hermano de la víctima, le prendieron en la noche del 22 de Febrero de 1809, efectuando la detención un piquete del regimiento de lanceros n.º 121, llevándole al puente de Piedra donde fué asesinado á bayonetazos y arrojado su cadáver al Ebro.

El mariscal Lannes, alojado en el castillo Montgermon á su paso para Esling donde le alcanzó cruenta y dolosa muerte en pronto y providencial castigo de las crueldades que cometió en Zaragoza, hablaba con pena de su sanguinaria conquista y según *Villemain (Saragosse-Esling-1809)* aludiendo indudablemente á Boggiero y Sas decía: «*¡Que hombres tan terribles son esos frailes! Los dos consejeros del marqués de Palafox han hecho más que él por la defensa de Zaragoza. Ellos han inspirado á ese pueblo intrépido que fué preciso destruir á cañonazos como los parapetos. ¡Qué ciudadanos como estos dos frailes y tantos otros que yo he visto animando al pueblo por todas partes con el crucifijo en la mano!*»

Cuando menos el verdugo supo hacer justicia, siquiera tardía, á los méritos y virtudes de sus víctimas.

El poeta inglés Enrique Allen, en su poema latino *Zaragoza sitiada y rendida* traducido en verso castellano por D, Joaquín Escriche, (Utiel 1811-Madrid 1813) dirige á la heróica memoria de Sas este expresivo elogio:

También tu nombre al Cielo es sublimado
Ministro Santo, singular guerrero,
Que contra el Galo impío, ardiendo en saña,
Acudes á la lid el delantero:

. . . . . .

O bien cual sacerdote al ara llegas
En tierno llanto el corazón deshecho,

Quemas incienso y por la patria ruegas,
O das aliento al afligido pecho,
O abres del alto Olimpo los dinteles
Al que fallece orlado de laureles.

Grandioso al par que aterrador espectáculo digno de ser trasladado al lienzo por los pinceles de Goya debió ser la muerte inicua y silenciosa dada por los soldados del sanguinario Lannes á los beneméritos patriotas Boggiero y Sas. El Ebro que poco después acogía piadosamente sus cadáveres sacándolos de la jurisdicción napoleónica indigna de guardar tan nobles cenizas, presenció las postrimerías de los dos sacerdotes que imitando á los heroicos mártires del cristianismo sucumbieron sin exhalar una queja, exhortándose y absolviéndose mutuamente para que sus almas volasen seguras á la eterna bienaventuranza.

Así acabó D. Santiago Sas su gloriosa y breve existencia, pues solo tenía treinta y cuatro años cuando ciñó la corona de mártir de la Independencia española. La Ciudad Inmortal pagó digno tributo á su memoria dando el nombre del valeroso presbítero á la plaza llamada antes del *Carbón*, y en tiempo más antiguo *de los Estébanes*. ¿No sería también oportuno que se colocase una lápida conmemorativa en la casa donde nació el malogrado sacerdote?

El Padre Consolacion

Pocos meses más tarde que á Boggiero y Sas llegó el turno del sacrificio al virtuoso P. José de la Consolación del colegio de Agustinos Recoletos de San Nicolás de Tolentino, más conocido en Zaragoza por convento de los *Agustinicos del Pilar*. La venganza francesa no podía perdonar al fraile patriota que dedicó todo el prestigio de su inmensa popularidad á mantener en medio de las mayores penalidades la perseverancia zaragozana hasta el momento de la capitulación á que se opuso; y si la heróica tenacidad fuese delito, nadie en efecto más delincuente y merecedor de castigo que el humilde religioso de cuya vida y muerte vamos á diseñar ligero esbozo.

Fué uno de los consejeros íntimos de Palafox á cuya exaltación al mando supremo, el día 24 de mayo, contribuyó con más eficacia aún que el tío Jorge y los Cerezos; animaba á los combatientes en los mayores riesgos sirviendo de ejemplo á todos su valor incontrastable; curaba con sus propias manos á los heridos y apestados y consolaba á los moribundos ofreciéndoles la gloria eterna en premio de su voluntario sacrificio por Religión y Patria, al administrarles los Sacramen-

tos. Varón fuerte en los peligros, angel de consuelo en los hospitales, apagador de turbulencias populares, conservador del espíritu de obediencia á las autoridades y siempre dechado de virtud y patriotismo, fué nombrado individuo de la Junta Gubernativa en las postrimerías del *Segundo Sitio*, y dió en ella voto contrario á la capitulación. Como Palafox y Gálvez Cañero prefería la muerte de todos los zaragozanos á que la capital de Aragón se sometiese á los que tenía por enemigos de su Dios, de su Rey y de su Patria. El nombre del *P. José* era tan amado de los sitiados como conocido y odioso á los sitiadores que en más de una ocasión pagaron con torrentes de sangre la influencia del animoso misionero.

Su biografía puede reducirse á un párrafo breve. *El V. P. Fr. José Ibáñez y García* en el siglo, *de Nuestra Señora de la Consolación* en el claustro, nació en Villafeliche á 2 de septiembre del año 1769. Hijo de padres pobres, que no podían costearle carrera de estudios, encontró en el Sr. D. Alejandro Campillo un benéfico protector que le proporcionó los de gramática, siguiéndolos en Montón, bajo la enseñanza del maestro D. Felipe Romeo; y adquiridos estos conocimientos tomó el hábito agustiniano en los Recoletos del Portillo el día 1.° de Junio de 1788. Fué novicio ejemplarísimo, penitente en extremo y muy dado á la lectura de los ascéticos; suplía con su inmensa aplicación las deficiencias de su memoria y la mediocridad de su talento; ordenado de sacerdote después de cursar la filosofía y la teología, se dedicó al ejercicio de la conversión de las almas, pasando la mañana en el confesionario, dedicando las tardes á la predicación, visita de enfermos y toda clase de obras de misericordia, y gran parte de la noche á la oración y el estudio. Tuvo habilidad especial para la dirección de las conciencias; misionó con notorio fruto por muchos pueblos de Aragón y Navarra, y en ambas provincias era tan grande el afecto que le conquistaron sus virtudes que era tenido por santo en el común sentir. Mereció gran estimación al célebre y V. P. Fr. Diego de Cádiz, capuchino insigne y no menor al P. Santander, Obispo auxiliar de Zaragoza, y en esta capital era unánime el cariño con que le distinguía el vecindario. Nadie más popular que el P. José. Con estos antecedentes no es de estrañar que su influencia sobre Palafox, su participación en el patriótico levantamiento de la capital y sus servicios en las dos memorables defensas, fuesen tan eficaces como queda insinuado.

Llámele en buen hora *fanático* y *Gerundio* el conde de Toreno; pero vindiquemos á la noble víctima de la injuria con que dicho escritor, al apoyo sin duda de falsos informes que creyó fidedignos, mancilla su memoria, en el libro IX de su célebre *Historia de la Revolución y Guerra de España*. Toreno, á quien siguen el general Gó-

mez Arteche, Madoz y otros de menos talla, afirma que Fr. José, ya afrancesado, acompañó á las tropas enemigas á quienes Lannes encomendara el asedio y conquista de la plaza de Jaca, llave de Aragón, que interceptaba las comunicaciones de los franceses con su país. Supone que el misionero se introdujo en la plaza el 8 de marzo de 1809; que convocó en junta á las autoridades y á varios religiosos interponiendo su grande influencia para que se rindiesen; y que no consiguiendo su objeto por este medio, fomentó en secreto la deserción, en términos de que no quedando dentro sino muy pocos soldados, tuvo que rendirse el teniente de rey D. Francisco Campos, que hacía de gobernador, el día 21 de Marzo, un mes justo después que Zaragoza. Sabemos que esto se dijo; que los que no supieron defender á Jaca *echaron el muerto* al P. José que desde el fondo del canal de Aragón donde yacía, cuando se formó proceso para juzgar la entrega, no era posible que los desmintiese. Pero la mentira es burda; el historiador D. Miguel Agustín Príncipe, mejor orientado que Toreno y Arteche en cuanto á la rendición de Jaca se refiere, no dice una palabra sobre la pretendida intervención del religioso agustino, aunque no deshace la indigna calumnia como debiera.

Es cierto que después de la capitulación de Zaragoza siguió el Padre José en la ciudad y que entonces, sea por estar gravemente enfermo, sea por la protección del obispo Santander, no sufrió, como era de temer, la triste suerte del P. Boggiero y del beneficiado Sas. También es cierto que nuestro biografiado, apenas convaleciente y sugestionado por aquel Sr. Obispo, bonapartista furibundo, se prestó como súbdito obediente, siquiera mal su grado, á dirigirse á la ciudad de Jaca, ya sitiada por los franceses, para aconsejar la rendición á sus habitantes. *Pero ni llegó á dicha ciudad, ni pasó de Ayerbe, donde supo la poco honrosa entrega de aquella fortaleza,* con lo que queda patente que su comisión no tuvo efecto. Vuelto á Zaragoza y exclaustrado como todos los Regulares, destinóle el Obispo á la sección de hospitales y dióle en economato la cura de almas de la parroquìa del Pilar que desempeñaba con su acostumbrado celo; pero las autoridades francesas sospecharon y hasta dijeron que el P. José perjudicaba mucho al gobierno bonapartista en el confesonario donde fomentaba la animosidad contra los opresores; el buen agustino, por otra parte, se negó repetidamente á tomar el traje del clero secular, resistiendo los mandatos que se le dirigieron para que dejase el hábito; y sea por estas causas ó por otras que desconocemos, fué reducido á prisión en el castillo de la Aljafería en la noche del 30 de septiembre de 1809.

Pocos días después era conducido á Francia en una cuerda de prisioneros; y en la mañana del 9 de diciembre, atravesando la desdicha-

da comitiva el término jurisdiccional de Luceni, fué separado de sus compañeros y fusilado en la inmediación de las casas llamadas de la Canaleta. Cuando los ejecutores del cruel mandato se incorporaron á los prisioneros, les dijeron: *vuestro Santo fusilado;* y esta es la única noticia que tuvieron. El cadáver fué arrojado al Canal, donde estuvo, hasta que en enero de 1816, habiéndose cortado el agua para hacer la limpia periódica, se halló en su fondo en aquellos parajes un esqueleto humano envuelto en el hábito de los agustinos, que conservaba el solideo, la correa, y asida á ella, la llave de la celda del venerable. Instruídas las oportunas diligencias, que no dejaron duda de que los restos encontrados eran los del P. Consolación, dió su decreto el 16 de julio de dicho año 1816 el Gobernador, Provisor y Vicario general de la diócesis D. Jerónimo González de la Secada, concediendo licencia para que el M. R. P. Provincial de los Agustinos Descalzos pudiese trasladar á Zaragoza y á su colegio de Santo Tomás de Tolentino el enunciado esqueleto y despojos que, desde su feliz hallazgo, estaban depositados con gran veneración en la sacristía de la parroquial de Luceni,

Hízose la traslación con solemne pompa y extraordinario concurso de asistentes de la ciudad y pueblos del tránsito, quedando depositado en su colegio y en la misma celda que habitaba en vida. El día 23 de agosto, señalado para darle sepultura, se bajaron á la iglesia los venerables restos colocados en artística urna; después de un oficio solemne, cantó la misa el Dr. D. Vicente Barta, Magistral de la Santa Iglesia Metropolitana, y concluída subió al púlpito el R. P. Fr. Faustino Garroverea, exprovincial del Orden de Mínimos en la provincia de Aragón, doctor teólogo, catedrático de la Universidad y otro de los heroicos religiosos que más se distinguieron en la defensa de Zaragoza, quien con su habitual elocuencia pronunció magnífica oración fúnebre, ingenua, nutrida de profunda doctrina y abundantes noticias del difunto cuya memoria vindicó cumplidamente. Fué sermón muy celebrado y por nadie contradicho; de él hemos tomado todos los datos de que nos valemos para desautorizar las erróneas afirmaciones de los historiadores. La anterior biografía no es más que un sencillo extracto de la oración del P. Garroverea (*).

(*) La oración del P. Garroverea consta de 52 pág iuas en cuarto seguidas de una nota biográfica del P. Consolación que aumenta el folleto en ocho páginas más. Su título es como sigue:

«*Los huesos visitados, y que profetizan después de la muerte. Oración fúnebre, que en la solemne deposición del cadáver del P. F. Josef Ibáñez de la Consolación, Agustino Recoleto, fusilado por los franceses, el año 1809 y hallado en las aguas del ¡Canal Imperial después de siete años*», dijo en el Colegio de San Nicolás de Tolentino de la ciudad de Zaragoza, de dichos Padres, el día 23 de agosto de 1816, *el P. Fr. Faustino Garroverea*, Lector jubilado y exprovincial del Orden de Mínimos, etc., etc.—Sale á luz á ex-

Réstanos añadir que los huesos del P. Consolación descansan en la Iglesia de San Nicolás de Tolentino, en el panteón que fué de los religiosos, conservado á través del tiempo y del destino que viene teniendo dicho templo desde que la desamortización le puso en manos profanas.

El Cura de S. Gil

Era un sacerdote ilustrado, muy querido de sus feligreses y que empleó sus talentos y popularidad en exaltar el patriotismo de los zaragozanos contra los invasores bonapartistas. Palafox le quiso y respetó mucho y le tuvo por tertulio y consejero.

D. Manuel Caballero le cita entre los PP. Boggiero y Consolación, el tío Jorge, el botillero Gimeno y el ayudante Butrón como de la camarilla del General y uno de los que más influjo tenían en su ánimo y determinaciones.

Llamábase *D. Pedro Manuel Garcés*, era natural de Albelda en la Litera, paisano y grande amigo de Sangenís. Murió repentinamente de un accidente apoplético á los sesenta y cinco años de edad el día 17 de abril de 1816, en la casa parroquial de San Gil. Desempeñó este curato desde fines del año 1800 hasta su muerte.

D. Ignacio López y su cuñado D. José Obispo eran íntimos amigos del Vicario de San Gil. En las cartas que desde Madrid escribía el primero al segundo en septiembre de 1808, apenas hay una en que no se haga digna memoria del ilustre párroco comunicándole noticias de lo que pasaba en la Junta Suprema. En la de 23 de septiembre le decía así: «Al Sr. Rector que se prevenga para las Cortes, (por Dios si»lencio) porque es regular que vengan curas párrocos, y él tiene el »concepto público y el del General».

El Regente de S. Miguel

Este valiente sacerdote, uno de los que más se distinguieron por sus hazañas en el 2.º Sitio, llamábase *D. José Martínez*. Al frente de 200 paisanos de su feligresía, acudió con gran valor al Convento de

pensas de la provincia de Padres Agustinos Descalzos de la Corona de Aragón.—Con las licencias necesarias.—En la imprenta de Mariano Miedes.

Es obra difícil de adquirir por su extraordinaria rareza.

Santa Mónica en auxilio del coronel Villacampa, y contribuyó con su esfuerzo á rechazar los repetidos asaltos de los franceses mientras la defensa fué posible. Y habiéndose retirado con su gente al inmediato edificio de San Agustín fué uno de los que más se distinguieron en los formidables combates empeñados en los claustros y dentro de la iglesia conventual.

Con tales merecimtentos resulta indudable que al olvidado ecónomo de San Miguel de los Navarros le corresponde un puesto de honor en nuestra galería. Pero el patriota y valiente sacerdote no era beneficiado de su iglesia, y ningún dato hemos podido encontrar de su biografia, á pesar de la diligencia que pusimos para conseguirlo. Dejó de firmar como Regente en febrero de 1809 y vuelve á aparecer su firma en los Cinco Libros desde octubre de 1813 á mayo de 1815. Entendemos que su cese no fué motivado por fallecimiento, puesto que no va seguido de la correspondiente partida de óbito. Ignoramos, por tanto, cuál era su patria y dónde y cuándo falleció.

Fr. Faustino Garroverea

Exprovincial de la orden de Mínimos y predicadar famoso, emuló los merecimientos y servicios del P. Busto. Salió vivo de los Sitios y estuvo muy expuesto á perecer en su convento de la Victoria cuando, en 1835, turbas desenfrenadas perpetraron aquellas matanzas de religiosos que son perdurable borrón de ignominia en la historia de España.

Exclaustrado como todos los conventuales, salió de Aragón y no tenemos noticias de su muerte.

Entre sus sermones merece cita especial la hermosa oración fúnebre que predicó en las solemnes exequias de aquel mártir del patriotismo que se llamó en vida el *P. José de la Consolación*, de cuyo excelente trabajo dimos noticia en la biografia de dicho célebre religioso.

Fr. Jose Casanova y Thomas

De este religioso del convento de San Francisco de la Regular Observancia y natural de Alcañiz, solo dice el historiador Alcaide que, *el 4 de agosto*, inflamó los ánimos de los paisanos en la plaza de

Mercado, lanzándolos á arrojar á los franceses de la calle del Azoque, plaza de las Estrévedes y Coso.

Pero en un certificado dado en Madrid á 28 de junio de 1814 por el Marqués de Lazán á solicitud del interesado, leemos: «que el Pa»dre Casanova se halló en los dos Sitios de la ciudad, habiendo ma»nifestado en ellos el más acendrado patriotismo y celo por la justa »causa de la Nación; que acudió constantemente á las baterías con la »mayor serenidad, ejerciendo en ellas su ministerio sacerdotal con to»dos los heridos y moribundos; que el día *4 de agosto* de 1808 se dis»tinguió sobre todos, siendo el único sacerdote que asistió en la puer»ta de Santa Engracia durante el horroroso ataque que los franceses »dieron, logrando penetrar en la calle del Coso, donde en medio de »los mayores peligros animaba con su presencia y exhortaciones á los »defensores que se retiraban heridos, auxiliándoles con la mayor cari»dad: por todo lo cual, (añade el Marqués) y por todos los demás ser»vicios que hizo este religioso en la defensa de aquella inmortal ciu»dad, me ha merecido siempre el más alto concepto de probidad y »virtud; cuando libre de la opresión enemiga, por haberse fugado »después de la capitulación de Zaragoza, se me presentó en el ejército »de Cataluña, le destiné de capellán á uno de los batallones de Ara»gón, cuyo empleo desempeñó con toda exactitud hasta que hizo la »resolución de embarcarse para América.»

Fr. Mateo del Busto

Por su valor, bondad y abnegación merecía mucho más expresivo elogio que el escrito por el bueno de D. Agustín Alcaide en estas breves y descarnadas líneas (tomo III, pág. 136):

«Lector y calificador de la Orden de Mínimos: desempeñó las fun«ciones de capellán del 2.º Tercio de Zaragoza; estuvo en los ataques «de Mallén, Epila y Villafeliche, prestando todo género de socorros á «los heridos.»

Lo que el historiador omite es que el sabio y benemérito religioso de la Victoria prestó tan grandes y humanitarios servicios durante la segunda defensa que, cincuenta años ha, todavía se recordaba su nombre con amor y veneración por los antiguos defensores que aun quedaban en el mundo de los vivos. No necesitamos atestiguar con muertos para decir con aquellos bondadosos héroes, que el nombre del P. Busto debiera escribirse con letras de oro en las historias del Sitio.

Con su palabra y ejemplo contribuyó vivamente á sostener en ten-

sión admirable la fibra patriótica de los zaragozanos. Buscaba los puestos de mayor peligro para animar á los combatientes con sus exhortaciones, socorrer á los heridos y consolar á los moribundos con los auxilios de la Religión; y en perpetuo movimiento desde el combate al hospital, sin que las balas ni la peste pudieran detener sus pasos, absolvió y vió morir en sus brazos á millares de víctimas.

Dechado de caridad y modelo de unción sacerdotal nunca empuñó el fusil: su arma única era el crucifijo.

Asturiano de origen y vástago de la noble cepa de los Bustos de Pravia, no era viejo nuestro héroe cuando tan valerosa y cristianamente intervino en las defensas de Zaragoza, pues apenas tendría 50 años. Exclaustrado por los franceses, volvió á su convento con la paz, y ya no encontramos más referencias suyas que la de su honorario ingreso en la Congregación de Seglares Siervos de los Pobres enfermos del Santo Hospital de Nuestra Señora de Gracia en diciembre de 1814.

Mosen Ramon Cadena

Era natural de las montañas de Jaca, presbítero, beneficiado penitenciario del capítulo de Ntra. Sra. del Pilar y sacerdote tan celoso como realista furibundo. Sentó plaza voluntaria en las compañías de Sas, y se distinguió por su valor en ambas defensas, asistiendo á multitud de combates para exaltar la constancia de los defensores y auxiliar á los heridos y moribundos; y todavía lució más su celo y perseverancia en las postrimerías del 2.º sitio, cuando enfermos todos los canónigos y racioneros se puso á la cabeza de cuatro ó seis sacerdotes para que ningún día faltasen á Ntra. Sra. del Pilar los cultos acostumbrados.

En 1815, cuando ya empezaban á dibujarse las grandes luchas políticas entre constitucionales y realistas, Mosen Ramón redactó una *Relación de los Sitios de Zaragoza en 1808 y 1809*, cuyo manuscrito, de 26 hojas, perteneció al jurisconsulto D. Santiago Penén, y hoy conservan sus herederos. Es trabajo muy incompleto como monografía de los Sitios y está en forma de diálogo sostenido por un *D. Federico*, que pregunta, y el autor que contesta: á Palafox le tilda de estúpido, venal y déspota, á los de su Estado Mayor de traidores y muratistas, á Calvo de Rozas, Ric y Domínguez de espías, á los ingenieros de ignorantes; solamente salen bien parados de sus acres censuras el realista Saint-Marcq y el difunto O' Neille á quienes califica de sabios y expertos. Para el autor de esa inculta catilinaria plagada de errores

y afirmaciones cuya falsedad resulta evidente ante el examen de los hechos y la compulsa de los documentos oficiales y particulares de entonces, no hubo en Zaragoza otra cosa buena que sacerdotes y baturros. En punto á estilo hemos leído pocos escritos tan rústicos é incongruentes; pero, á pesar de todo, trae no pocas noticias curiosas y dignas de memoria que hemos aprovechado en nuestro libro.

D. Eusebio Ximenez

Era un apreciable sacerdote aragonés, buen literato y mejor patriota, persona muy estimada en Zaragoza y de grande expedición para el despacho de toda clase de asuntos de gobierno y contabilidad.

En mayo de 1808 ya llevaba 24 años de antigüedad en los cargos de racionero de la Seo, secretario y archivero del Cabildo Metropolitano que desempeñó hasta entonces y volvió á desempeñar después de terminada la guerra.

Escribió y publicó varios opúsculos que fueron y todavía son hoy muy estimados, especialmente su *Memoria del Santo Cristo de la Seo* y otro folleto que es un puntual extracto del proceso canónico mandado instruir por el Arzobispo Apaolaza para calificar al celebérrimo *Milagro de Calanda.*

En julio de 1808 fué nombrado secretario de la *Junta de Hacienda* establecida en Zaragoza, prestando en ella tan útiles servicios que su cooperación fué tenida por indispensable. Era un hombre necesario; así que, cuando en 1.º de diciembre de dicho año ordenó Palafox la urgente salida de la Tesorería y demás Oficinas Reales, fué con ellas el secretario, sin más ropa que la puesta y viviendo á propias expensas hasta que congregada en Teruel la *Junta de Aragón* fué nombrado por la Suprema Gubernativa del Reino vocal secretario de aquella, con la ánua gratificación de 15.000 reales.

Grandes fueron los trabajos, y peligros de ese *Gobierno ambulante* presidido por D. Valentín Solanot y en que actuaban como secretarios nuestro biografiado y el benemérito jurisconsulto D. Pedro Calza. A la vista tenemos, entre otros certificados, uno muy honorífico para Mosen Ximénez, en cuyo documento se expresa «que correspondien»do á la confianza de la Junta ha desempeñado y desempeña con la »exactitud mayor los muchos cargos y obligaciones inherentes á su des»tino, no habiendo perdonado tarea ni fatiga alguna para llenar cum»plidamente todos sus deberes, y habiendo merecido sus distinguidos »servicios el que la Junta lo recomendase muy particularmente á Su

»Majestad en representación que le dirigió en 11 de octubre del año »próximo pasado.» Fué librada esta certificación en Orihuela de Albarracín á 27 de septiembre de 1812.

No se apresuró la Regencia del Reino á otorgar á nuestro biografiado el premio solicitado por la Junta de Aragón, puesto que en 1816, cuando publicaba su *Historia del Santo Cristo de la Seo*, en nada había mejorado de categoría, y al cabo de sus 32 años de distinguidos méritos, seguía siendo simple racionero, archivero y secretario del Cabildo como antes de la guerra.

Pero al fin le llegó la gracia de S. M. ascendiéndole á canónigo de la Iglesia Metropolitana, á la que prestara tan largos y excelentes servicios: así resulta de las inscripciones del cuadro de la *Oración del Huerto* existente en el trascoro del templo del Pilar, en las que puede leerse en lengua latina, que restauró dicha pintura D. Narciso de La Lana en el año 1824, siendo obrero y fabriquero el canónigo D. Eusebio Ximénez.

D. Fray Teobaldo Rodriguez Gallego

El 19 de junio de 1808 al mismo tiempo que entraba en Zaragoza el regimiento de Extremadura al mando del teniente coronel don Domingo de la Ripa, llegaba también á Longares el regimiento infantería de Fernando VII reclutado, vestido y armado á sus expensas en la ciudad de Alcalá de Henares por el ilustre D. Fray Teobaldo Rodríguez Gallego, cisterciense del Real Monasterio de Piedra, doctor en Filosofía y Teología de la Universidad complutense y comandante general honorario de dicho regimiento del que era coronel efectivo el señor D. Pablo Casaus.

Y verdaderamente que entre los grandes auxilios prestados por cabildos, monasterios y dignidades eclesiásticas á la defensa de Zaragoza, ninguno más cuantioso y digno de memoria que el ofrecido y llevado á cabo por este olvidado monje.

Sabido es que el regimiento de Fernado VII concurrió á la acción de Epila, al primer Sitio de Zaragoza y á las operaciones de Navarra, saliendo después para Cataluña adscripto á la división Lazán. A esta última etapa no le acompañó su ilustre fundador, que obedeciendo órdenes de Palafox, tomó el mando de las compañías del tercio de Barbastro que quedaban en la montaña, asistiendo con ellas en unión del brigadier Perena á las operaciones que tenían por objeto acercarse á Zaragoza y romper su bloqueo. Concurrió al combate del Santuario de

Leciñena, procuró reunir los dispersos de este desastre y uniendo sus fuerzas á las de Baget y Perena contribuyó en gran manera al éxito de los combates del 15, 16 y 20 de mayo de 1809, que dieron justa fama á la gloriosa campaña del Cinca. Todavía continuó en operaciones á las órdenes del general D. Joaquín Blake, asistiendo con lucimiento á la batalla de Alcañiz; pero una campaña tan ruda de tal modo puso en ruina su salud, que la Excma. Junta de Aragón le concedió licencia para procurar su restablecimiento en los baños de Villavieja de Nules, retirándose después al Real Monasterio de Valdigua, donde se hallaba á fines de julio de 1810.

Terminada la guerra fué la conducta del reverendo monje tan celebrada y agradecida por el Rey D. Fernando VII, que le ensalzó á la dignidad de Abad mitrado de San Isidoro de León, donde creemos que acabó su vida.

Doctor D. Sebastian Hernandez de Morejon

Vino á Zaragoza con la división valenciana, en la que era capellán castrense, y tenemos entendido que fué hermano del famoso médico de su apellido, concurrente también á la segunda defensa. Se distinguió por su valor, celo y actividad lo mismo en los combates que en la asistencia á los heridos y apestados, y habiendo logrado fugarse á raíz de la capitulacion, escribió un hermoso folleto de 28 páginas en 4.° español que se titula:

Idea histórica de los principales sucesos ocurridos en Zaragoza durante el último sitio, recopilados por el P. Capellán de Ejército Doctor D. Sebastián Hernández de Morejón, testigo y casi víctima de aquella gloriosa catástrofe. Valencia, en la imprenta de D. Benito Monfort. Año 1809. Con la licencia necesaria.

Es un opúsculo escrito con gran cordura é imparcialidad que contiene el diario conciso y depurado de la segunda defensa, en el que trata con ingénuo entusiasmo de los hechos gloriosos de la Condesa de Bureta, Palafox, O'Neille, Saint-Marcq, Renovales, Manso, Velasco y otros héroes de primera nota. Al contrario del furibundo Mosen Ramón Cadena, enaltece al ejército y glorifica á sus caudillos; y como esta producción histórica se ha hecho tan sumamente rara que ha llegado á ser punto menos que desconocida, se impone la necesidad de su reimpresión.

El P. Francisco Javier Landa

Era un sacerdote benemérito que se distinguió grandemente en el auxilio de los defensores heridos y moribundos, tanto en los hospitales como en los puestos de mayor peligro, y fué también uno de los siete eclesiásticos de la *banda blanca* elegidos con gran acierto por el general Palafox, en 28 de enero de 1809 para acaudillar los grupos de paisanos de los barrios, que tan bizarramente pelearon en las postrimerías de la defensa.

Pertenecía á la Orden de Clérigos regulares de San Cayetano, lo que no era óbice para que desempeñase el cargo de Penitenciario en la iglesia parroquial de San Felipe.

Otro cargo muy interesante desempeñó el P. Landa hasta su muerte: cual fué el de *Director de la Congregación de las Hermanas Siervas de los Pobres Enfermos del Santo Hospital de Ntra. Sra. de Gracia*, vulgarmente conocidas con el nombre de *Hermanas de la Sopa*, y en el desempeño de sus obligaciones encabezó el nuevo libro de ingreso de Hermanas, en 1811, con una interesante *Reseña Histórica de aquel religioso instituto*, explicando los pavorosos sucesos del bombardeo é incendio del Hospital en los días 1, 2 y 3 de agosto de 1808, así como la traslación de los enfermos y enfermas á los edificios de la Real Audiencia y Lonja de la Ciudad; en cuyo documento consignó oportunas noticias de aquel peligroso salvamento, haciendo merecido elogio del comportamiento de la señora D.ª Josefa Amar y Borbón, D.ª Rita López de Obispo y otras olvidadas heroinas.

El benemérito Sr. Landa falleció en su convento de S. Cayetano á 29 de mayo de 1815 con gran sentimiento de la venerable Congregación que tan piadosa y acertadamente dirigía.

Mosen Antonio Lacasa

Varón decidido y belicoso tomó las armas, como teniente de Mosen Santiago Sas, de quien fué compañero de glorias y bizarrias en las jornadas de 15 de junio, 1.º y 2 de julio y 4 de agosto. En el 2.º Sitio fué uno de los siete sacerdotes elegidos por Palafox entre los más ardientes, para capitanear á los paisanos de los barrios, y al frente de su grupo peleó denodadamente en el Coso el dia 6 de febrero de 1809 conteniendo los avances de los franceses y encerrándolos á tiro limpio en las ruinas del Hospital.

Llegado el período revolucionario, del 20 al 23, fué nombrado ca-

pellán de uno de los batallones de la milicia nacional, y rivalizó con D. Policarpo Romea perorando en la Tertulia Patriótica.

Triunfante el régimen constitucional obtuvo Lacasa la prebenda de Arcediano de la catedral de Tarazona, en cuya ciudad falleció.

D. Policarpo Romea

Era un sacerdote batallador y no poco inquieto, cuyo nombre ostenta la nueva travesía abierta desde el Coso á la calle del Heroismo. Combatió valerosamente en la guerra de calles del 2.º Sitio y fué uno de los siete eclesiásticos á quienes el general Palafox nombró jefes de barrio para que, alistando grupos de paisanos armados, resistiesen los avances del enemigo por las calles defendiendo sus casas y travesías. Estos eclesiásticos llevaban sobre la sotana una *banda blanca* como insignia de su singular jefatura.

El ciudadano Romea, que así se llamaba y le gustaba le llamasen, tenía avanzadísimas ideas políticas, y fué uno de los más asiduos concurrentes y conspícuos oradores de la célebre *Tertulia Patriótica* de Zaragoza que en 1821 celebraba sus sesiones en la casa colindante al palacio de la Audiencia. Fué grande amigo del general Riego, entonces Gapitán General de Aragón y Luminero de la parroquia de Santa Cruz, cargos que ahora parecerán á muchos de bien extraño contraste, pero que manifiestan claramente cómo en aquellos tiempos de *blancos y negros,* ni aun los más avanzados progresistas querían tener incompatibilidad alguna con la Iglesia Católica.

Llegó D. Policarpo á ser canónigo de la Metropolitana de Zaragoza y Secretario de Cámara del Gobernador eclesiástico de la diócesis en ausencia del desterrado Arzobispo D. Bernardo Francés Caballero, y predicó en el Pilar dos sermones famosísimos que andan impresos; el primero en la bendición de banderas de la Milicia Nacional en 19 noviembre 1835; y el segundo en honor de las víctimas del último sitio de Bilbao en 5 febrero de 1837.

Don Manuel Lasartesa

Presbítero y teniente valeroso, de las compañías de Don Santiago Sas, combatió en todas las acciones de la primera defensa, distinguiéndose muy especialmente el 4 de agosto.

En el último período del segundo sitio, fué uno de los eclesiásticos de la *banda blanca* nombrados por Palafox para defender los barrios atacados, y peleó con denuedo en la guerra de casas de la parroquia de la Magdalena.

D. Pedro Lasala y Simon

Nombrado capellán del 4.º tercio de voluntarios, se distinguió á la vez por la generosidad con que socorría á los defensores, y por su denuedo en los combates. Peleó ardorosamente en la puerta del Portillo, tanto el 15 de junio como el 1 y 2 de julio, y fué uno de los más intrépidos defensores de la plaza de la Magdalena el 4 de agosto.

En el 2.º Sitio combatió al enemigo hasta los momentos de la capitulación, y fué uno de los eclesiásticos elegidos por Palafox para capitanear á los paisanos de los barrios, llevando el distintivo de la *banda blanca*.

Fray Jose Garin

Era monje cisterciense del monasterio de Piedra, y se distinguió por su bravura el 4 de agosto mandando una partida de 30 paisanos, con los cuales atacó intrépidamente á los franceses que ya ocupaban la casa de los Condes de Torresecas, sita en el Coso Alto, consiguiendo desalojarlos de ella con fuego y bayoneta.

Fray Ignacio Santa Romana

Zaragozano, hijo de la parroquia de San Pablo y deudo de D. Mariano Cerezo, era un lego del convento de San Agustín que contribuyó con su esfuerzo el 4 de agosto á rechazar á los franceses que se dirigían á la puerta del Sol, haciéndoles vivo fuego de fusil desde las ventanas del Hospitalico de Huérfanos.

D. Domingo Garcia Ibañes

Natural de Zaragoza, beneficiado de la iglesia de San Gil y abogado de los Reales Consejos, fué años adelante, vicario general del Arzobispo D. Manuel Vicente Martínez y Jiménez, á cuya *dulce memoria* dedicó un cariñoso panegírico impreso en la oficina de Andrés Sebastián, año 1823.

Concurrió á las dos defensas de Zaragoza, procurando siempre exaltar el valor y el patriotismo del vecindario, prodigándole los recursos de que pudo disponer: y teniendo noticias de que los franceses, recién ganada la ciudad le habían elegido para vocal de la nueva Junta de Gobierno, cargo repugnante á su carácter y españolismo, se fugó á Villastar, provincia de Teruel, donde desahogó sus penas, escribiendo una *Memoria de los sucesos principales de los Sitios de Zaragoza*, que firma y dedica en 17 de julio de 1809 al Caballero Regidor D. Vicente de Lissa y las Balsas. El manuscrito, que hemos leído, está redactado con mejor intención que acierto: sus ideas son honradas y patrióticas, aunque no siempre razonables; pero su estilo elegiaco y declamatorio, más propio del orador locuaz que del historiador sereno, resulta punto menos que inaguantable.

El cronista Alcaide debió conocer esa memoria, pues nos parece que toma de ella algunos de sus juicios y no pocas de sus lamentaciones.

Mosen Miguel Marraco

Natural de Hecho, en las montañas de Jaca, presbítero y racionero del Pilar, se distinguió en ambas defensas por su celo, valor y patriotismo, y fué uno de los eclesiásticos elegidos por Palafox para formar parte de la Junta que trató con el mariscal Lannes las condiciones de la capitulación.

Perseguido por los vencedores después de ganada la ciudad, consiguió evadirse y llegar á los valles del Pirineo, donde lejos de hallar el abrigo y protección que buscaba, sólo encontró la muerte, pereciendo trágicamente asesinado, como otros refugiados, por una partida de foragidos afrancesados levantada en armas contra los que se habían señalado por su patriotismo.

Mosen Nicolas Garcia

Natural de Monzón, presbítero y vicario perpetuo de la parroquial de San Lorenzo, sentó plaza voluntaria en la 2.ª compañía de Sas, concurriendo con ella á todos los combates del 1.er Sitio y muy principalmente á los del Portillo, donde se distinguió por su valor y serenidad. Palafox, que le estimaba mucho, le condecoró con el escudo y le confirió el doloroso cargo de vocal de la Junta de capitulación. Murió en 1828 rigiendo tranquilamente su feligresía después de 30 años de párroco.

Hermano de Mosen Nicolás, y también natural de Monzón, fué *Don José García*, cirujano titular de Sariñena y uno de los más decididos defensores de Zaragoza, de cuyo héroe son biznietos los doctores García Julián.

OCTAVO GRUPO

LAS HEROINAS

El inglés Napier, atrabiliario historiador de la guerra de España pone en duda y se resiste á creer los altos hechos de las mujeres que, sobreponiéndose á la debilidad de su sexo, esmaltaron con su hazañosa conducta los inmortales episodios de las defensas de Zaragoza. Napier, en su poco disimulada malevolencia contra los españoles, no supo sin duda lo que sus paisanos Walter-Scoth, Ricardo Waughau, Enrique Allen y Lord Byron escribieron de las heroinas zaragozanas,y en oportuna, ya que no necesaria satisfacción de aquella maliciosa duda, no estará demás que copiemos traducida al castellano la bellísima estrofa que el gran poeta británico dedicó á nuestras heroinas en su famoso *Childe-Harold* publicado en 1812.

«*¿Habrá la virgen española colgada en vano de los sauces su silenciosa »guitarra? Olvidando su sexo hase vestido la cota de malla de los guerre»ros,* y *participa de sus peligros, y canta el himno de las batallas. Aque»lla á quien antes la vista de una herida cubría de palidez; á quien los »lúgubres graznidos de las aves nocturnas helaban de espanto, ve ahora »el brillo de los sables y la selva movediza de las bayonetas; y tropezando »sus pies con los soldados moribundos, entra con el paso de Minerva en los »sitios donde Marte mismo no osara penetrar*».

El general Palafox, en una nota que el historiador Gómez de Arteche inserta en su grande obra de la *Guerra de la Independencia* (Tomo II, pág. 354), describiendo la hazaña de Agustina y otras valientes zaragozanas, escribe estas terminantes palabras: «*Otros mil lances seme»jantes y aun de mayor serenidad y valor ocurrieron; pero básteme decir »que muy á menudo comprometían á los hombres con acciones temera»rias aquellas dignas mujeres de tales varones.*»

Pero si el testimonio de los españoles que presenciaron los hechos

es concluyente á favor de los méritos de las heroinas, aun se ratifica y agranda la prueba con las declaraciones de los adversarios, algunas tan terminantes, como la de Daudevard de Ferrusac (Diario Histórico del 2.º Sitio, Carta del 13 de febrero de 1809) que dice textualmente: «*Los religiosos y las mujeres pelean contra nosotros; se ven á la cabeza* »*de los combatientes, frailes con el sable en una mano y el crucifijo en la* »*otra arrostrar los mayores peligros, y á las mujeres servir las baterías* »*y animar al soldado en medio de una lluvia de balas y granadas.*»

Ese espíritu heroico de las zaragozanas, durante la calamitosa prueba que la ambición napoleónica impuso á su noble patria, fué general y sin excepciones en su sexo. Todas obedecieron á los grandes móviles del patriotismo, la religiosidad, el desinterés y los puros afectos de la familia y de la amistad: diríase que su denuedo recibía sobrenatural impulso de la Fé, la Patria y el Amor, manantiales purísimos de poesía y heroismo. Combatiendo en los puestos de mayor peligro, convirtiendo sus casas en hospitales para la asistencia de los heridos y apestados, llevando á los combatientes refrescos y alimentos que restaurasen sus fuerzas físicas mientras que con su presencia y ejemplo les vigorizaban las morales, todas, cuál más cuál menos cumplieron como buenas los peligrosos deberes que la situación requería.

Distinguiéronse sin embargo de extraordinario modo por su valor y caridad, la ilustre condesa de Bureta *D.ª María de la Consolación de Azlor,* la duquesa viuda de Villahermosa *D.ª María Manuela de Pignatelli*, que oscurece el renombre de las madres espartanas, la noble marquesa viuda de Ayerbe *D.ª Josefa de Azlor y Villavicencio*, *D.ª Teresa Villalpando de Palafox,* la respetable señora *D.ª Josefa Amar y Borbón*, viuda de Fuertes Piquer, *Sor María Ráfols*, superiora de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, *D.ª Josefa Vicente,* esposa dignísima del patriota D. Manuel Cerezo, la anciana *mujer del labrador Fog* (de quien ni siquiera sabemos el nombre), *Manuela Sancho*, la artillera de las baterías de San José, *Benita Portolés*, *Juliana Larena, María Lostal*, la generosa ropavejera *Estefanía López*, la intrépida *Joaquina Plazas*, terror de los jinetes enemigos que el 15 de junio entraron en la ciudad, y no salieron; las *hijas del Barón de Purroy* calificadas de verdaderas heroinas por el general Saint-Marcq, y las célebres *Agustina Zaragoza, Casta Alvarez* y *María Agustín,* cuyos retratos figuran dignamente en la colección de aguas fuertes de Gálvez y Bramvilla.

También merecieron bien de la Patria las religiosas de no pocas comunidades por sus méritos caritativos, así como por el apoyo incondicional constante y eficaz que prestaron á los defensores. En una palabra, el heroico comportamiento de las zaragozanas fué del todo admirable, y fué más todavía porque vemos en él la imagen de la unanimidad que en ambos sexos caracteriza la gloriosa defensa de la

capital de Aragón. En su resistencia contra la invasión extranjera no hubo clases: la aristocrática, la militar, la ciudadana y la religiosa, la más alta como la más humilde, todas contribuyeron por igual á la erección de ese monumento de gloria imperecedera, representación moral del mayor sacrificio que refieren las historias.

Pero desgraciadamente no podemos siquiera ilustrar este obelisco con las biografías de las 18 heroinas cuyos nombres dejamos apuntados. De unas hemos recogido datos interesantes, de otras solo podemos ofrecer ligerísimos esbozos, de algunas tan solo conocemos los nombres y sus altos hechos. ¿Pero quién pudiera ofrecer á la historia una lista, siquiera nominal, del numeroso grupo de ciudadanas que acompañaron al barón de Warsage en la heroica tentativa de asaltar el Colegio de Trinitarios del Campo de Sepulcro, en 31 de diciembre de 1808? ¿Quién podrá puntualizar la femenina hueste anónima que escoltaba á Palafox el 1.º de febrero de 1809 cuando acudió en auxilio de Saint-Marcq para recobrar la iglesia de San Agustín?

Detengámonos ante lo imposible de la empresa, pero séanos lícito desahogar nuestro sentimiento por no haber logrado averiguar el nombre de la valiente ciudadana que el 17 de febrero de 1809, afrontando el fuego de españoles y franceses, penetra en la iglesia conventual de San Francisco, destruída por la mina y el cañón, seguida de cuatro bravos labradores, y entrando en la capilla de la Real Hermandad de la Sangre de Cristo, salva la imagen de *Nuestro Señor en la Cama*, llevándola felizmente al Palacio Arzobispal y desde allí á la Capilla Angélica de Nuestra Señora, escoltada por lucido acompañamiento de generales y oficiales del E. M. de Palafox.

El hecho es tan hermosamente revelador de la potencia de nuestra fe española, que creemos haber puesto digno remate á èste ligero estudio de las heroinas zaragozanas escribiendo ya que no un nombre olvidado por los antiguos diaristas, algo que le sustituya y sirva de último renglón á esta breve lista de valerosas mujeres: llamémosla simplemente *La Heroina del Santo Cristo.*

La Condesa de Bureta

La eficacia del buen ejemplo es tanto mayor cuanto de más altura viene; y de aquí la trascendencia que para la defensa de Zaragoza tuvo la ejemplar conducta de aquella dignísima *Consolación* que en el primer Sitio se titulaba *Condesa de Bureta* y en el segundo *Baronesa de Valdeolivos.*

De elevada posición social, caridad acendrada, carácter expansivo, valor temerario, exaltado españolismo y gallardo porte, reunía en sí misma todos los prestigios necesarios para ser, como fué, encanto y consuelo de sus conciudadanos.

Hija de los cónyuges D. Manuel de Azlor y Urriés, teniente general y virrey de Navarra (de la egregia estirpe aragonesa de los Duques de Villahermosa, Condes de Guara) y D.ª Petronila de Villavicencio y Villavicencio (de la nobilísima familia jerezana del dicho apellido), nació á 12 de mayo de 1775 en la ciudad de Gerona, donde su ilustre padre desempeñaba entonces el alto cargo de gobernador militar y político.

Y diríase que tanto la noble sangre heredada como los aires de la ciudad nativa y de aquella otra no menos famosa donde corrieron los días felices de su adolescencia, dieron á nuestra D.ª Consolación todas sus cualidades características, ya que en su gentil persona se combinaron sin estorbarse la energía catalana, la constancia celtíbera, la gracia andaluza y la amable llaneza pamplonesa.

A los diez y nueve años justos de su edad (12 de Mayo 1794), casó con el ilustre Conde de Bureta, D. Juan Crisóstomo López Fernández de Heredia y Marín de Resende, de cuyo feliz consorcio, disuelto por la muerte del Conde (18 de Septiembre 1805), nacieron sus dos hijos D. Mariano, Conde de Bureta y D.ª Dolores, que fué Marquesa de Nibbiano por el enlace que contrajo con el Sr. D. Agustín de Azara y Mata, poseedor de dicho título.

Levantado el primer Sitio de Zaragoza en que tanto se distinguió la noble viuda, contrajo segundo matrimonio (en 1.º de Octubre de 1808) con el Sr. D. Pedro María Ric y Monserrat, Barón de Valdeolivos, íntegro magistrado y Regente de la Real Audiencia de Aragón, esposo digno de tal consorte, pues era tan gran caballero por la cuna como por sus indiscutibles méritos, de que dió pruebas relevantes hasta el último día de la defensa, en cuya epopeya desempeñó papel honorable y principalísimo,

A raiz de aquel día funesto marcharon los ilustres cónyuges á la ciudad de Valencia, donde tuvieron á su única hija sobreviviente D.ª Pilar Ric y Azlor (que años adelante casó con el infanzón aragonés D. Ramón de Otal, de quien proceden los actuales Barones de Valdeolivos, señores de la casa de Ric en Fonz) y juzgando amenazada é insegura la independencia valenciana, buscaron mejor asilo en la histórica ciudad de Cádiz, baluarte inexpugnable de la resistencia nacional, donde permanecieron hasta la liberación de Zaragoza en 1813.

Su regreso fué para la Ciudad Heróica un dichoso acontecimiento. Felicitábase el pueblo en masa de tener en su seno á la noble dama que con su ejemplo le animaba á afrontar los peligros de la batalla, al par que le atendía con tierna solicitud durante los estragos de la epidemia. Complacíase volviendo á ver en la presidencia de su más alto tribunal al antiguo y preclaro Regente que tan grandes servicios le prestara en aciagos momentos; y la calle Nueva del Mercado, donde se alza el severo casal de los Condes de Bureta, llenábase de apiñada muchedumbre ávida de dar entusiasta bienvenida á los simpáticos consortes.

Y subía de punto el entusiasmo popular cuando en un día de Abril de 1814, escoltada por el gran Palafox y rodeada de numerosa pléyade de heróicos defensores, deteníase ante el umbral de la casa de Bureta la real carroza que conducía á D. Fernando VII y al infante D. Carlos, quienes habiendo venido á rendir homenaje de admiración, cariño y gratitud á la histórica ciudad sacrificada por su causa, quisieron personificar en D.ª Consolación de Azlor los méritos de las heroinas zaragozanas, honrando á todas con la visita que hicieron á la eximia dama. Todavía, como recuerdo de la regia atención, decoran la portada de la casa condal las férreas argollas de que colgaba la cadena simbólica del *Privilegio de Asilo* con que, por dicho acto, quedaba honrado el señorial edificio.

Pero las felicidades humanas son breves como el relámpago, y el día 23 diciembre de aquel mismo año 1814, tan fausto para la patria libre ya de la presesencia de extaños invasores, corría veloz por las calles y plazas de Zaragoza la funesta noticia del fallecimiento de la Heroina, víctima de un sobreparto desastroso. Todos recordaban su valor, su patriótico entusiasmo, su caridad, su llaneza y su hermosa cuanto malograda juventud, que solo contaba treinta y ocho años al morir. Lágrimas de duelo acompañaron su cadáver á la iglesia parroquial de San Felipe, donde yace al pie de la grada del presbiterio, en la sepultura más próxima á la puerta de la sacristía.

La Condesa de Bureta no disparó cañones ni morteros como Manuela Sancho y Agustina Zaragoza; pero superior á su sexo en el desprecio del fuego y plomo enemigo, acudía á los puestos de mayor peligro para exaltar el valor de los combatientes, socorrer á los heridos y asistir á unos y otros con vituallas y refrescos de que, los domésticos que la seguían, llevaban diaria y abundante provisión. Su presencia en las baterías era saludada por los defensores con salvas de vítores y aplausos, y hasta los más tímidos se convertían en leones, transforma-

ción harto natural, porque ¿quién es cobarde á la vista de una mujer valiente?

El tifus asolador enseñoreado de Zaragoza en fin de enero de 1809, durante el período álgido del 2.º Sitio, obligó á la Condesa á abandonar sus correrías marciales encerrándola en su propio palacio, donde, como asidua y cariñosa enfermera, asistía á más de cincuenta heridos y apestados. La heroina no había dejado de serlo al convertirse en Hermana de la Caridad, ocupación menos brillante, pero más peligrosa en aquellos momentos. ¡Cuántos perecieron en la señorial morada! Citemos un solo nombre entre aquellas víctimas de la epidemia: el de la noble señora D.ª Petronila de Villavicencio, madre de la Condesa, fallecida en 10 de febrero de 1809.

Sólo en una ocasión llegó á perder nuestra heroina su serena compostura, empuñando fusil y ciñendo canana con decidido intento de trocar su papel de sublime directora por el de fusilera vulgar. Ocurrió el hecho en el memorable *Cuatro de Agosto 1808*, cuando el enemigo penetraba en el corazón de la ciudad: é impresionada la Condesa ante el temor de que los franceses atacasen su calle, ordenó que en sus bocas se construyesen barricadas y se dispuso á defenderlas, poniéndose al frente de un pelotón de intrépidos vecinos encantados de servir á las órdenes de tan gentil capitana.

Tal fué el momento escogido para retratar á la noble Condesa por los autores de la colección de estampas de los Sitios de Zaragoza. Y ciertamente que al retrato no le falta semejanza, pero en nada revela aquel temple de alma ni aquella elegante gallardía que tanto entusiasmaba á los contemporáneos de la valerosa dama, cuyos elogios, escuchados ha más de cuarenta años, aun repercuten en nuestros oídos.

Concluyamos.

Si la *Junta del Centenario de los Sitios* acoge la idea de promover la instalación de una *Iconoteca* de las más relevantes personalidades de la defensa, abordando una empresa merecedora de universal aplauso, procúrese una reproducción exacta del precioso retrato de la Condesa que, por encargo de los Duques de Villahermosa, pintó tiempo ha el más genial y popular de nuestros artistas, el insigne zaragozano D. Marcelino de Unceta. Es el más excelente que conocemos, y reproduce con gran riqueza de detalles la elegante figura y hermoso rostro de la heroina, copiando con exactitud sus facciones de otro retrato contemporáneo y auténtico hecho en 1814 por el Cartujo Fr. Manuel Bayeu, que conservan los Barones de Valdeolivos en su casa de Fonz.

La Duquesa de Villahermosa y sus hijos

Honor de su sexo y de la nobleza española fué en vida la ilustre *Duquesa de Villahermosa D.ª María Manuela de Pignatelli y Gonzaga*, viuda de D. Juan Pablo de Aragón-Azlor y Zapata de Calatayud, 12.º Duque y señor de aquella egregia casa, la primera y principal de las *ocho de Aragón* comprendidas en el fuero del año 1533.

No pretendemos trazar su biografía: lleváronnos gran delantera en ese propósito el P. Luis de Coloma en sus *Retratos de Antaño* y don Vicente Ortí y Brull en sus dos gruesos volúmenes dedicados á ensalzar la vida y altos hechos de la magnánima protectora del Pontífice prisionero Pío VII y de la esclarecida Compañía de Jesús en los azarosos tiempos de su destierro.

Pero si no es nuestro intento biografiar de nuevo á tan honorable dama, tampoco podemos prescindir de que su nombre, acompañado de una ligerísima semblanza, figure en nuestro *Obelisco* muy á la cabeza del pintoresco y gallardo grupo de las heroinas de Zaragoza, ya que á la primera defensa concurrió impulsada por los estímulos de su ardiente patriotismo, trayendo á sus dos hijos el *Duque D. José Antonio* y el menor *D. Juan Pablo* para que pusieran en trance sus vidas por el honor é independencia de la ciudad inmortal, solar nobilísimo de sus gloriosos antepasados.

Que no tan sólo son heroinas las que ciñeron canana y empuñaron lanza ó botafuego: por derecho propio lo son también las que, á imitación de las madres espartanas, lanzaron sus hijos al combate, y arrostrando voluntaria y personalmente los peligros de un espantoso bombardeo, auxiliaron con su ejemplo y caudal á los valientes defensores de las baterías y las brechas.

Tranquila en su casa de la Corte y dedicada con alma y vida á la educación de sus hijos, vinieron á sacarla de su apacible retiro los abominables sucesos del 2 de mayo que exaltaron su patriótica indignación. Pocos días después tuvo noticia del trascendental alzamiento de Zaragoza, y al saber que Palafox lanzaba grito de guerra contra los invasores, empuñando con robusto brazo la bandera de España que era á la vez la de su Dios y su Rey, llamó á sus jóvenes hijos y les dijo: *allí está nuestro deber: corramos á Zaragoza;* y el 6 de junio entregaba aquellas prendas de su corazón al insigne caudillo que en el acto los promovió á capitanes de caballería, nombrándolos sus ayudantes de campo.

La madre espartana se manifestaba en toda su grandeza. Ella visi-

taba y gratificaba espléndidamente á los artilleros de las puertas, contribuyendo además con grandes sumas al sostenimiento de los voluntarios de Sas y de Cerezo y á los enormes gastos en que la ciudad estaba comprometida; pero el sacrificio de sus intereses era lo menos para el temple de alma de aquella magnánima señora; su ofrenda mayor fué la que hizo de sus hijos en el altar de la Patria, ofrenda que Dios aceptó, puesto que víctima de la epidemia, fallecía á los 19 años de su edad el joven *D. Juan Pablo Azlor de Aragón y Pignatelli* el 8 de febrero de 1809 en la casa solariega del Condado de Guara, sita en la plaza de San Felipe (hoy Banco de Crédito).

Más afortunado el joven *Duque D. José Antonio de Aragón-Azlor y Pignatelli*, que sólo tenía 23 años de edad, salió vivo y sano de la gloriosa catástrofe de Zaragoza, en cuyos peligros acompañó constantemente á su general, y por decreto de 19 de enero de 1809 fué nombrado comandante del *Escuadrón de infanzones aragoneses* que no llegó á constituirse del todo, si bien tuvo muchos nobles alistados que, como su comandante, debían servir á expensas propias, costeándose vestuario, armas y caballo. Prisionero por la capitulación, fué conducido al depósito de Nancy donde con los cuantiosos recursos que le enviaba su ilustre madre, tuvo la satisfacción de atender noblemente al socorro de sus desgraciados compañeros de cautiverio.

La noble señora, aunque ya muy enferma de la dolencia que la llevó al sepulcro, todavía tuvo la inmensa satisfacción de abrazar al hijo adorado de vuelta de sus prisiones, y de verle contraer dichoso matrimonio con la Sra. D.ª María del Carmen Fernández de Córdova y Pacheco, hija de los Marqueses de Malpica, que ya era su prometida antes del Sitio de Zaragoza; y tuvo también la inefable alegría espiritual de ver restaurada en España la insigne Compañía de Jesús, por cuyo honor y justificación tanto se había desvelado. Llena de méritos y virtudes descansó en el Señor el 6 de noviembre de 1816, y sus restos mortales, lo mismo que los del Duque su esposo, hijos y nietos, descansan en la cripta de la capilla de las Santas Justa y Rufina de la Seo de Zaragoza, propiedad de la ilustre casa condal de Guara, como posesora del antiguo mayorazgo de Virto de Vera.

El *Duque D. José Antonio* fué como todos sus antepasados, uno de los más insignes y estimados personajes de la Corte; honrábase con todas las condecoraciones de los Sitios, desempeñó durante algunos años con singular tino y lucimiento la Embajada de España en París, y murió á 3 de Mayo de 1852, heredando su casa y estados el 14.º Duque D. Marcelino de Aragón-Azlor y Fernández de Córdova, también de digna y respetable memoria.

D.ª Teresa de Villalpando y San Juan

Joven y hermosa, hermana del Conde de Torresecas y esposa de D. Francisco Palafox, se distinguió por su gallardía y valor, acompañando á su marido en los combates y expediciones militares á pie y á caballo durante todo el primer sitio, y muy especialmente en las reñidas acciones del Arrabal que tuvieron lugar en el mes de julio de 1808.

La alegría y serenidad con que arrostraba estos peligros conquistáronla justa fama y general afecto, tanto en el pueblo como en el elemento militar que la tuvo en concepto de bizarra y singular amazona.

Siguió á D. Francisco en su viaje á Madrid y Andalucía cuando fué á posesionarse del cargo de representante de Aragón en la Junta Suprema, y habiendo quedado viuda en 1812, contrajo segundas bodas pocos años después con el brigadier D. Teodoro Gálvez Cañero, uno de los más renombrados defensores de Zaragoza en sus dos sitios.

Del primer matrimonio tuvo á su hija D.ª Carlota de Palafox y Villalpando, que casó con D. José María Montalvo y Collantes, y fueron padres de la Sra. D.ª Clotilde Montalvo y Palafox, residente en Huesca.

En sus segundas bodas tuvo á la Excma. Sra. D.ª María Teresa Gálvez Cañero y Villalpando, Marquesa viuda de Monsalud, que aún vive, y es por su propio derecho, condesa de Torresecas, cuyo título obtuvo en 1902 al extinguirse la línea primogénita de su ilustre familia.

La Marquesa viuda de Ayerbe

Llamábase D.ª Josefa de Azlor y Villavicencio, era hermana primogénita de la Condesa de Bureta; había estado casada en primeras nupcias con D. Alberto Nicolás Claramunt Pérez de Suelves, señor de Artasona é intendente de Toledo, y de segundas con el excelentísimo Sr. D. Pedro Jordán de Urriés y Pignatelli, Marqués de Ayerbe y de Rubí, Grande de España, fallecido en 1799.

Habitaba la gran casa del mayorazgo de Urriés, derribada en 1867 para abrir la nueva calle de D. Alfonso el Batallador; y en aquel enorme edificio, dedicado durante los dos sitios á refugio de religiosas, alojamiento de generales y hospital de dolientes, fué donde la gene-

rosa viuda, con absoluto desprendimiento de sus caudales y de su persona en la asistencia de los defensores de la patria, conquistó el hermoso título de *heroina de la caridad*.

Digna es por tanto, de que esta galería se honre con su recuerdo.

La nobilísima señora recibió el 13 de agosto de 1808 á la comunidad de las Descalzas de San José arrojadas de su convento ocupado por el enemigo, asistiendo con gran caridad á las religiosas, entre las que había muchas enfermas. Levantado el primer sitio volvieron las monjas á su convento que necesitaron abandonar de nuevo en la segunda acometida de los franceses, refugiándose en el Pilar.

En esta ocasión, dice el *Diario de una Religiosa*, publicado en parte por Mosen Julio Bernal, «la Excma. Sra. Marquesa de Ayerbe »nos ofreció su casa, y la hubiéramos aceptado; pero supimos que es»taba llena de gentes, entre ellas tres generales con sus respectivos »Estados Mayores; así que preferimos quedarnos en el Pilar, donde »encontramos religiosas de varias comunidades. Avisamos á la señora »este paso, y comprendiendo nuestra delicadeza, nos envió ropa blan»ca que harto la necesitábamos, pues había quien no se había cambia»do su ropa interior en dos meses, y todas estábamos llenas de mi»seria.»

El día 9 de Febrero de 1809 pasaron las Descalzas al convento de las Fecetas y añade la diarista: «No pudimos traer á las enfermas y el »P. Procurador fué llevado al hospital. Nos pidió una taza de caldo y »no teníamos; quiso Dios que llegase un criado de la Marquesa de »Ayerbe, y la señora envió un puchero de caldo, encargando mucho »que se lo volvieran *porque no tenía otro*, ni se encontraba por nin»gún dinero. Tenía en su palacio 30 enfermos.»

Entre éstos no debemos omitir los ilustres nombres del general O'Neylle y los brigadieres D. Diego y D. Nicolás Fivaller, que en aquel solar perecieron víctimas de la epidemia, sin que fueran bastante á salvarlos todos los solícitos cuidados de la noble enfermera.

No pudo ésta gozar la satisfacción de ver á Zaragoza libre del yugo extranjero, pues falleció en 27 de Marzo de 1813, siendo sepultado su cadáver en el campo santo del camino de la Cartuja baja, según consta de la correspondiente partida de óbito inserta en los libros parroquiales del Pilar (Tomo IX, folio 417).

D.ª Josefa Amar y Borbon

Conocíamos á esta ilustre zaragozana (traductora de los célebres libros del *Abate Lampillas* y autora de otras apreciabilísimas obras originales) por sus grandes méritos científicos y literarios que le valie-

ron lugar distinguido en la Bibloteca de Latassa. Sabíamos que con su ilustración y talento singular había conquistado los diplomas de socia de honor y mérito de las Reales Sociedades Económicas Aragonesa y Madrileña y de la de Medicina de Barcelona. Sabíamos también por Latassa no pocos de sus datos biográficos; pero ignorábamos que hubiera sido una de las más estimables heroinas del primer Sitio de Zaragoza, y hubiéramos seguido en esa ignorancia á no haber caído en nuestras manos los libros de acuerdos de la *Venerable Congregación de Seglares Siervas de las pobres enfermas del Hospital de Nuestra Señora de Gracia*, vulgarmente conocidas con el nombre de *Hermanas de la Sopa* porque sirven ese desayuno y el chocolate á las acogidas en aquel santo Asilo, á quienes además peinan, asean y hacen las camas.

Nació nuestra biografiada en Zaragoza el 4 de febrero de 1753, siendo bautizada en la pila de San Miguel de los Navarros. Fueron sus padres los cónyuges D. José Amar y Arguedas, natural de Borja, y D.ª Ignacia Borbón, de Zaragoza. El D. José fué protomédico de Navarra, catedrático de la Universidad de Zaragoza, miembro de varias sociedades científicas, nacionales y extranjeras, y médico de cámara de los Reyes Fernando VI y Carlos III. Tuvo tres hijos á cuál más distinguidos por sus méritos, virtudes é ilustración; que lo fueron, el teniente general de los Reales Ejércitos D. Antonio Amar; el canónigo D. Francisco y nuestra D.ª Josefa, que casada con D. Joaquín Fuertes Piquer, oidor de la Real Audiencia de Aragón, llegó á grande ancianidad, sobreviviendo muchos años á su esposo y á sus hermanos.

En junio de 1808 era hermana mayor de la caritativa Congregación de Seglares Siervas á que perteneció durante más de cuarenta años, y en el *Libro cuarto de Acuerdos*, con fecha 23 de octubre de 1809, dejó escrita de su mano una viva y expresiva relación de la ruina del hospital por las bombas francesas en los días 1, 2 y 3 de agosto de 1808; de la apresurada y trabajosa traslación de las enfermas á la Lonja de la Ciudad y de los enfermos al Palacio de la Audiencia, verificada en dichos días en medio de los horrores y peligros del bombardeo; y de la total destrucción del grandioso establecimiento que bárbaramente incendiado por los sitiadores, estuvo ardiendo desde el 4 al 7 de agosto.

En ese breve escrito nada dice de sí misma la discreta historiadora: pero el dignísimo sacerdote D. Francisco Javier Landa, director de la congregación, al abrir en 1811 el nuevo *libro de ingreso de hermanas* encabezándole con una reseña histórica del caritativo instituto, dice de D.ª Josefa Amar, ausente á la sazón, estas justas alabanzas: «Dicha »señora, en los días más críticos del Sitio, y en los más inmediatos al »incendio del Hospital, asistía á él con algunas hermanas que la se-

»guían, con tal valor é intrepidez, que sin temor á las bombas que de »continuo caian en el edificio arruinando sus tránsitos, salas y escale- »ra, ayudaba á la traslación de los enfermos, cuidando más de la vida »de éstos que de la suya propia. A proporción de la angustia de estos »tiempos crecían las necesidades de los enfermos y escaseaban los so- »corros..... Pero esta Señora, con más ardor y caridad que nunca, »frecuentaba sus visitas á las enfermas con asistencia de algunas »otras hermanas procurando proporcionarles alivio no solo en los ne- »cesidades corporales sino también en el socorro espiritual de sus »almas, etc.»

Con gusto consignamos los nombres de sus más valientes y asiduas compañeras. Fueron estas la secretaria de la Congregación D.ª Rita-López Pascual, esposa del coronel Obispo, la vice-secretaria D.ª Clara D'Alzú y su hermana D.ª Engracia. Estas dos últimas trabajaron con perseverante y caritativo celo asistiendo durante todo el segundo sitio á las enfermas alojadas en el edificio de la Misericordia, donde se instaló el hospital hasta que, en agosto de 1809, fué trasladado al de convalecientes por mandato del Mariscal Suchet.

Poco antes de empezar el 2.º Sitio se refugió D.ª Josefa en Cortes de Navarra al abrigo de sus deudos y no regresó á Zaragoza hasta el año 1816, en que volvió á ser aclamada hermana mayor de la Congregación de que su hermano el canónigo D. Francisco Amar era director meritísimo. Llena de virtudes y justamente estimada de sus compatricios, falleció en Zaragoza el día 21 de febrero de 1833 á la avanzada edad de ochenta años, siendo enterrada en el cementerio del hospital cuyo osario guarda sus cenizas.

Sor Maria Rafols

La benéfica congregación de las *Hermanas de la Caridad de Santa Ana* vino á Zaragoza en 1802. Fué su fundadora *Sor María Rafols* que, en compañía de otras once religiosas, procedentes todas de Barcelona, se hizo cargo de la asistencia de los enfermos y dementes acogidos en el famoso *Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, Domus infirmorum urbis et orbis,* fundación magnífica del insigne rey de Aragón D. Alfonso V el Magnánimo.

En 1808 constituían la comunidad 21 religiosas que, imitando los ejemplos de valor y abnegación de su dignísima superiora, se portaron á maravilla en las dos defensas. De las 21 perecieron 9 en la demanda: todas fueron heroinas; y con serlo tanto en el salvamento y traslación

de los enfermos en medio del fragor de las bombas y granadas francesas que incendiaban y derruían el benéfico asilo en los primeros días de agosto, todavía nos parecen más grandes y meritorios sus servicios y heroica perseverancia en la asistencia de los heridos y apestados, cuando, agotados todos los recursos, tendía sus alas el angel de la muerte sobre los hospitales interinos de la Lonja y la Audiencia, amenazando no dejar con vida ni á uno solo de sus desventurados huéspedes.

Entonces, en los días postrimeros de la defensa, fué cuando lució con más inextinguibles resplandores la intuición viva, la caridad ardiente y la serena intrepidez de *Sor María Ráfols*. Lo que faltaba en la ciudad había que buscarlo en el campo enemigo y Sor María no vacila; acompañada por dos de sus hermanas y súbditas, sale por la puerta de Santa Engracia, atraviesa la zona peligrosa despreciando el fuego de sitiadores y sitiados, y arrojándose á los pies de Lannes solicita su amparo y que por amor de Dios le facilite medicinas y víveres para sus infelices moribundos con palabras tan fervorosas, que el rudo mariscal, vencido por la grandeza de alma de la religiosa, accede á cuanto le pide. El arranque de Sor María y la delicadeza con que logró despertar la sensibilidad del caudillo francés, salvaron muchas vidas.

Los espíritus intransigentes que nunca faltan en las grandes crisis de los pueblos, tildaron de *afrancesada* á la heroica religiosa y hasta intentaron perseguirla; pero el eterno buen juicio de Zaragoza impuso silencio á los gritadores, y Sor María sobrevivió muchos años á su hazaña en medio del respeto y de la gratitud general. Hasta el año de 1850 siguió cumpliendo asiduamente su ministerio de hermana de la caridad: inutilizada en dicho año por un violento ataque de parálisis, falleció á consecuencia de él en 30 de agosto de 1853, siendo su cadáver depositado en el panteón de la iglesia de Ntra. Sra. de Gracia (debajo de su capilla mayor) en un nicho que conserva los restos de la benemérita religiosa á la vez que su primitiva lápida.

Murió á la avanzada edad de 70 años, pues había nacido en Villafranca del Panadés á 5 de noviembre de 1781, hija de los cónyuges D. Cristóbal Ráfols y D.ª Margarita Bruna. De manera que cuando llevó á feliz término su heróica hazaña de Zaragoza, era una joven de 27 años.

Agustina Zaragoza y Domenech

Reconstruir con datos comprobados y seguros la biografía de esta valerosa mujer, es empresa más difícil de lo que parece. Su vida está llena de misterios; ignórase dónde nació y cuándo enviudó; y hasta su apellido anda tan mixtificado en Zaragoza, teatro de sus gloriosas hazañas, que resulta incomprensible apodo el nombre de *Agustina de Aragón* dado recientemente á una vieja calle en honor y memoria de la heroina.

Hija de padre aragonés y de madre catalana, tenemos por cosa cierta que nació en Barcelona, ya que en dicha ciudad se crió, educó y contrajo matrimonio con el oficial de infantería *D. Juan Roca*, hacia el año 1802, puesto que al refugiarse en la capital de Aragón al abrigo de sus parientes, cuando Cataluña fué invadida por los franceses, traía consigo un hijuelo de cuatro á cinco años. Este dato, bien comprobado, nos permite fijar el nacimiento de Agustina hacia el año 1786.

También su famosa hazaña del *2 de julio de 1808*, en la batería del Portillo, ha sido desnaturalizada por la fantasía de poetas é historiadores. Enrique Allén en su poema latino *Zaragoza opresa*, traducido por D. Joaquín Escriche en pobre verso castellano, la explica de este modo:

¡Oh! Si cantar aquí con plectro de oro
Fuera dado á mi Musa, cual desea,
De la nueva Belona, de *Agustina*
El heroico ejemplo en la pelea!
Tan gentil, tan intrépida heroina
Arrojándose audaz á los peligros,
Huir envuelto en vergonzoso miedo
Ve á un soldado, y en cólera deshecha
Increpa al fugitivo, y con denuedo
Arrebatando la encendida mecha,
Una vez y otra al enemigo lanza
El destrozo, la ruina y la venganza.

Y claro es que para patentizar el valor relevante de Agustina holgaba la falsedad de tildar de cobarde y fugitivo al honrado sargento de artillería de cuyas manos tomó el botafuego; héroe anónimo que allí pereció gloriosamente al pie del cañón, rodeado de los cadáveres de otros cincuenta heroicos artilleros, anónimos también.

El general Gómez de Arteche, el más competente é ilustre de los historiador de nuestra *Guerra de la Independencia* (Tomo 2.º, cap. IV, págs. 353 y 354) tomando sus datos de una nota autógrafa del gran Palafox, decribe así la dramática escena de la batería del Portillo:

«Una joven de veinte años, de fisonomía graciosa y expresiva, es»taba inclinada sobre el cuerpo, casi yerto ya, de un artillero que le »había prometido su fe y su mano. Al acudir á la batería con refres»cos para su amante le había visto caer entre humo y polvo, destroza»do por una bala de cañón..... y advirtiendo, con la rápida aunque »fugitiva lucidez de su sexo, la crítica situación de aquel puesto aban»donado á la furia de los que acaban de arrebatarle las esperanzas »más halagüeñas de su vida, arranca de las manos de aquel cadáver »la mecha que aun oprimían, y la aplica al cañón á cuyo incendio »estaba destinada. Como dirigido por la rabia de la heroina, parte el »proyectil hacia la columna enemiga que ya se consideraba vencedo»ra; y abriéndose no lejos de ella en mil pedazos, derriba cuanto en»cuentra, los gastadores, oficiales y soldados que marchaban á la ca»beza. Sorprendidos los franceses y aterrados con el estrago, detienen »su marcha, y al escuchar la algazara que produce la brillante acción »cuyo agente desconocen, retroceden y huyen por fin hasta su posi»ción primera.»

El insigne Palafox en la nota autógrafa que queda mencionada se explica de esta manera:

«Agustina tenía de 20 á 22 años: era morena, de grandes y hermo»sos ojos, tenía una viveza sumamente agradable y un aire muy des»pejado. Amaba á un sargento de artillería que murió en el momento »de hacer fuego. Ciega de cólera arranca la mecha de manos de su »amante y, jurando vengar la muerte de éste, se avalanza al cañón de »á 24 que servía y le da fuego. Yo fuí testigo de aquella escena en el »momento que llegaba á la batería, que estaba cubierta de los cadá»veres de más de 50 artilleros, tendidos por el suelo, presentando el »espectáculo más desgarrador. La joven brillaba entonces en todo su »esplendor, aunque envuelta en humo, y me saludó con una desen»voltura igual á su valor. En el instante en que terminó el combate »cogí las ginetas del sargento muerto y las coloqué en los hombros »de la amazona, que continuó después peleando en otras ocasiones, »siempre exaltada y siempre guerrera. Bien merece algunas páginas »en la Historia, pues aun cuando mujer nacida en el vulgo, se ha «portado siempre como una heroina.»

Los párrafos transcriptos dibujan con seguros rasgos el tipo de Agustina y el grandioso efecto de aquel cañonazo que aún retumba y seguirá retumbando al correr de los siglos; pero los móviles que sus ilustres autores insinúan como determinantes de la hazaña, son fantasías desprovistas de razón y de verdad. El sargento muerto mal podía ser su novio ó prometido esposo de una mujer casada. Esta, como tantas otras, fué al Portillo llevando refrigerios á los combatientes, y al empuñar el bota-fuego y lanzar lluvia de metralla sobre los asaltan-

tes, para nada necesitaba los estímulos del amor; sobrábale impulso con la clarividencia de la situación, el temple de su alma y el frenesí de su patriotismo.

Son muchos y, algunos de ellos no poco afamados, los biógrafos de *Agustina*. El académico Rada y Delgado la dedica extenso elogio en el tomo 2.º (folios 505 á 516) de su grande obra *Mujeres célebres de España y Portugal*, publicada en Barcelona, casa editorial de Victor Pérez, año 1868. El insigne D. Emilio Castelar, en su hermoso trabajo titulado *La mujer de Zaragoza* inserto en el tomo 2.º de *Las Mujeres Españolas*, obra editada por Guijarro en Madrid, años 1872 y 73, tributa también á la heroina del Portillo homenajes de entusiasta admiración. Y por último, el concienzudo escritor D. Manuel Juan Diana, modesto archivero del Ministerio de la Guerra, en el interesante artículo á que puso por epígrafe *Las Mujeres en la Guerra de la Independencia*, publicado en *La Ilustración Española y Americana* en mayo de 1876, no solo relata con discreción y verdad los méritos de la heroina, sino que nos da á conocer su *auto-biografía*, que no otra cosa viene á ser el extenso memorial elevado al Rey, y por su ausencia á la Junta Central, en agosto de 1809, en cuyo documento hace la interesada modesta relación de sus servicios y trabajos, solicitando adecuada recompensa. Congratúlase de su apodo de *Artillera*; llama á los artilleros los mayores defensores de la ciudad, y pide que informen de su comportamiento los comandantes de artillería D. Ignacio López y don Salvador de Ozta. Explica su activa cooperación á la 2.ª defensa y que postrada por la epidemia que diezmaba á Zaragoza, buscó refugio en el repuesto de la batería del convento de los Agustinos Descalzos, extramuros del Portillo, llevando en brazos á su pequeñuelo, apestado también. Allí pasaron madre é hijo todos los trabajos y rigores de su peligrosa dolencia, y allí, convaleciente apenas, llegó á oídos de Agustina la infausta nueva de que la ciudad había capitulado y que el sitiador señoreaba ya sus puertas.

Y quiso huir, pero con poca fortuna, porque los franceses la conocen y conducen al depósito de prisioneros de Casablanca, incorporándola á las cuerdas que llevó á Francia el general Morlot. En la triste carabana iba también el capitán Roca, esposo de la heroina, procedente de Cataluña, y animándose mutuamente ambos cónyuges con tan providencial encuentro, consiguen evadirse en Puente la Reina, y después de largos días de trabajos, peligros y privaciones llegar á Sevilla llorando la pérdida del niño, cuya debilidad no pudo resistir los rigores de tan ruda y azarosa peregrinación.

Al ingenuo memorial acompañaban como documentos justificati-

vos dos oficios del caudillo D. José de Palafox, fechados en Zaragoza á 30 de septiembre de 1808: con el primero se remitía á D.ª Agustina el *escudo de defensora de la Patria:* por el segundo se le otorgaba *el escudo de distinción.*

Con estos antecedentes y previo un informe brillantísimo suscripto por el representante de Aragón D. Francisco de Palafox, claro es que el asunto tenia que ser resuelto tan favorablemente, como lo fué en efecto; y en fecha 1.º de septiembre de 1809, expedíase á favor de D.ª Agustina, Real despacho de subteniente de infantería, con goce de sueldo, firmado por el Marqués de Astorga, presidente de la Junta Suprema, y refrendado por el ilustre general aragonés D. Antonio Cornel, ministro de la Guerra á la sazón.

Meses plácidos disfrutó el matrimonio Roca en Sevilla, Cádiz y otras ciudades de Andalucía, vigorizando su salud alterada por los trabajos y tribulaciones anteriores. En todas partes era Agustina objeto de la general admiración y en Cádiz, principalmente, fué recibida con grandes obsequios de aquella cultísima sociedad, y visitada por los generales ingleses Wellington y Doyle, que la ofrecieron ricos presentes.

Pero nuestra heroina sentía la nostalgia de los combates y su temperamento belicoso la incitaba á afrontar los peligros marciales: tal vez soñaba con posibles ascensos en la noble profesión militar; y más deseosa de compartir los trabajos de los españoles ocupados en tenaz y patriótica lucha que de disfrutar las atenciones andaluzas, corrió á Tortosa donde tomó parte en la defensa, señalándose por su valor y serenidad en una de las baterías. Consta así por un certificado del general gobernador de la plaza D. Miguel de Lili, conde de Alacha, quien afirma la presentación de D.ª Agustina en noviembre de 1810, confirma su valeroso comportamiento, y añade que habiendo quedado prisionera de guerra con toda la guarnición, siguió hasta Zaragoza la suerte de sus compañeros de infortunio.

Hallábase también entre éstos el valiente capitán Roca, y juntos ambos consortes en su segunda conducción á Francia, lograron evadirse de nuevo, no sabemos dónde, é incorporarse á la columna del brigadier Morillo, con la cual concurrieron á diferentes operaciones, y últimamente á la batalla de Vitoria que puso glorioso remate á la guerra de la Independencia.

Terminada ésta y habiendo sido Roca destinado á continuar sus servicios en América, estableció D.ª Agustina su residencia en Za-

ragoza, donde era tan estimada como lo es hoy su memoria. Con su paga de subteniente claro es que no andaba muy sobrada de recursos; pero con su habitual decisión consiguió mejorar sus modestos haberes presentándose á Fernando VII que la recibió con gran afecto y expidió la Real orden de 5 de septiembre de 1814, por la cual, y en atención á los méritos contraídos por la suplicante en las defensas de Zaragoza y Tortosa, la concede un aumento de cien reales mensuales sobre el sueldo de subteniente que disfrutaba, pagaderos por la tesorería de Aragón.

Y después de esto se oscurece la existencia de D.ª Agustina durante algún tiempo hasta que, joven todavía y viuda de su primer esposo, contrajo nuevo matrimonio con D. Juan Eugenio Cobo, natural de Belchite y médico de profesión, á quien sobrevivió también muchos años. Vicisitudes de familia motivaron su viaje á Ceuta, en cuya ciudad residió hasta su fallecimiento, acaecido en 29 de Mayo de 1858. Allí, en apacible retiro de que no quiso salir, estimulada acaso por la benignidad del clima y la baratura de las subsistencias, dejó correr tranquilos los últimos años de su ancianidad.

Su muerte fué un acontecimiento memorable en la ciudad africana, según resulta de la orden del día dictada por el general Rebagliato, gobernador de la plaza, en que previene los honores que han de tributarse, con asistencia suya y de todos los jefes y oficiales de la guarnición, á la conducción del cadáver de *D.ª Agustina Zaragoza*, subteniente agregado al Regimiento Infantería Fijo de Ceuta, desde la casa mortuoria, sita en la calle Real, núm. 40, al cementerio.

Nuestra heroina dejó sucesión de sus dos matrimonios. Del primero un varón que llevó los apellidos Roca y Zaragoza, fallecido ha más de 12 años, puesto que por ley de 28 de julio de 1895 fué otorgada á sus huérfanas D.ª María de los Remedios y D.ª Elena Roca Zaragoza, residentes en Sevilla, la pensión vitalicia de dos pesetas diarias á cada una en recompensa de los servicios prestados por su abuela durante los Sitios de Zaragoza. Del segundo matrimonio sobrevivió á D.ª Agustina su hija D.ª Carlota Cobo y Zaragoza, viuda de Atienza, á quien por ley decretada en Cortes de 1859, se transfirió, y también en calidad de vitalicia, la pensión que su madre disfrutaba.

Resulta, pues, que el cañonazo de la batería del Portillo aun resuena en las nóminas de clases pasivas, y que el Estado sigue atendiendo, siquiera modestamente, á la descendencia de la célebre *artillera*. Esa pobre pensión de cuatro pesetas que perciben las hermanas sevillanas, es la misma que las plantillas del Montepío Militar asignan á la viuda y huérfanas de un coronel, y por tanto no es tan exigua como á primera vista parece.

El 14 de julio de 1870 presenciaba el vecindario de Zaragoza un espectáculo conmovedor. La ciudad de los Sitios comenzaba á pagar su deuda de gratitud á la Heroina del Portillo, cuyos restos mortales, traídos de Ceuta por una comisión del Ayuntamiento, recorrían las calles en magnífica procesión que tuvo su término en la sacrosanta Basílica de la Patrona de Aragón. Allí, al pie del Pilar de la Virgen, en el honorífico enterramiento de los Arzobispos de Zaragoza, quedaron depositados los despojos de D.ª Agustina en espera de definitivo sarcófago, y de que se alzase en la plaza del Portillo un monumento recordatorio de las hazañas del *2 de julio de 1808,* al que se puso entonces prematura primera piedra.

Transcurrieron 37 años, que tantos se necesitaron para que sepulcro y monumento fuesen llevados á feliz término, y gracias á la vigorosa iniciativa de la Junta del Centenario, Agustina descansa ya en la iglesia del Portillo al lado de sus compañeras de glorias Manuela Sancho y Casta-Alvarez; y en la parte del antiguo campo del Toro, frontera á dicha iglesia, yérguese el digno monumento dedicado á las Heroinas, en cuyo lugar eminente descuella la graciosa estatua de la *artillera*, luciendo el uniforme y las divisas de oficial que ganó en buena lid. Y habremos de convenir en que el hábil escultor Benlliure anduvo acertado al representarla así y no como la pinta el vulgo, ya que Agustina, siquiera procediese de humilde cepa, ni calzaba alpargata, ni era baturra por el nacimiento, ni por la crianza ni por el medio social en que había contraído su primer matrimonio años antes de que disparase su famoso cañonazo. Y buena prueba de que no vestía el traje típico de las labradoras zaragozanas, la tendrá á mano cualquiera que fije su mirada en el retrato de la célebre heroina, dibujado por su contemporáneo Gálvez y conservado en la colección de estampas de los Sitios, popularizada ahora en millares de tarjetas postales.

Casta Alvarez

Las aguas fuertes de Brambilla y Gálvez, y el hermoso retrato pintado por Unceta, que decora el salón de sesiones del municipio zaragozano, popularizaron el expresivo rostro y apuesta figura de la heroina que en la batería de Puerta de Sancho y en los combates del Arrabal, acompañaba á los defensores dándoles ejemplo de patriotismo y valor, armada de una bayoneta sujeta al extremo de tosco ástil á modo de rudimentaria lanza, en no pocas ocasiones ominosa á los franceses.

El original de estos retratos de grabado y pintura, era una arrogante moza de 20 años tan modesta como intrépida, hija legítima de Mariano Alvarez, honrado labrador de la parroquia de San Pablo, según dice un anónimo biógrafo de la heroina, añadiendo que la hermosa joven nació y vivió en la casa n.º 73 de la calle que ahora lleva su nombre, llamada anteriormente de la Ilarza.

Pero la biografía á que aludimos y juzgábamos exacta, (publicada en el n.º 307 de *El Diario Mercantil de Zaragoza)* resulta plagada de equivocaciones, y del todo discorde con los datos auténticos con que nos ha favorecido el ilustrado párroco de Cabañas. Casta no era zaragozana ni siquiera española peninsular; nació en Orán (en 1786) y era hija legítima de los cónyuges *Diego Alvarez y Manuela Barlo*, ambos naturales de Figueruelas y labradores.

¿Qué vicisitudes obligaron á la honrada pareja á emigrar al suelo africano? No podemos puntualizarlas, pero sospechamos sería el hambre la causa de su emigración: el hambre funesta que hoy mismo despuebla muchas comarcas españolas para colonizar las soledades de Argelia.

El denuedo de la bizarra joven en las dos defensas de Zaragoza sorprendió gratamente al general Palafox que, no solo tuvo á bien condecorarla con el *Escudo*, sino que quiso favorecerla con una pensión de cuatro reales diarios, cuya gracia fué confirmada por Fernando VII en 30 de mayo de 1815.

Repugnando los padres de Casta residir en Zaragoza bajo el yugo napoleónico, avecindáronse en el inmediato pueblo de Cabañas donde nuestra biografiada casó, el 18 de abril de 1814, con *Manuel Bertol*, labrador medianamente acomodado, á quien sobrevivió muchos años, y no tuvo, ó al menos no dejó descendencia.

Viuda, sola y algo monomaniaca, pasó tan valerosa mujer los últimos años de su vida olvidada de todos y, lo que es más triste, tenida en opinión de bruja y siendo objeto de mofa y ludibrio de incultos chicuelos. Falleció el día 29 de abril de 1846 á los 60 años de edad, dejando hecho testamento á favor de José Trasobares, y fué sepultada en el cementerio de Cabañas, de donde la Comisión Ejecutiva de la Real Junta del Centenario de los Sitios exhumó y condujo honoríficamente á Zaragoza aquellos mortales despojos para que descansen en la célebre iglesia del Portillo, al lado de los restos de Agustina Zaragoza y Manuela Sancho.

Manuela Sancho y Bonafonte

Cuando la conocimos y tratamos hacia el año 1860, era una anciana robusta y vigorosa, de aventajada estatura, morena de rostro, facciones duras, porte grave y bigotes harto pronunciados que la daban aspecto hombruno. Estaba sumamente sorda, hablaba con ingenuidad y modestia de los hazañosos sucesos de la defensa de Zaragoza en que tan alto rayó su denuedo, y su palabra era tranquila, reposada y simpática. Vestía saya corta y ceñía el pañuelo típico de las labradoras aragonesas. Tal era su retrato físico y moral, tan indeleblemente grabado en nuestros recuerdos, que si el original resucitara, le reconoceríamos sin vacilar.

Era natural de Plenas, en el partido de Belchite, hija de modestos labradores avecindados en Zaragoza, y frisaba en los 25 años cuando los franceses embistieron la ciudad.

En en el primer asedio se distinguió más bien como proveedora que como combatiente, y su nombre apenas figura en las historias. Arrostrando peligros ciertos y casi siempre grandes, acudía á las puertas del recinto donde era más enconada la lucha para llevar refrescos y mantenimientos á los defensores, principalmente á los artilleros á quienes distinguía con particular predilección, pues fué tan *artillera* como Agustina Zaragoza y tan estimada como ésta por los oficiales del Real Cuerpo, cuyos nombres, hazañas, heridas y muertes gloriosas nos refería emocionada en los últimos años de su ancianidad.

Aguerrida en aquellos voluntarios peligros llegó al segundo Sitio con la práctica del artillero veterano y los estímulos de una alma ardiente y joven ofendida en su fe, en su patriotismo y en el amor á sus conciudadanos que extrañas gentes pretendían aplastar. Ya no bastaba proveer: era forzoso combatir y combatió con todo el ardor y temple de su gran espíritu.

Pero donde más lució la entereza y bizarría de nuestra heroina fué en la homérica resistencia del convento de San José, convertido en puesto avanzado del frente de ataque, y cabeza del puente de su nombre sobre el río Huerva. Conocida es de todos la famosa defensa de aquel improvisado reducto encomendado á la bravura y vigilancia del coronel *D. Mariano Renovales*, que supo rechazar los ataques bruscos con que intentaba sorprenderle el enemigo á quien escarmentó con vigorosas salidas: y comprendiendo los franceses que no podían apoderarse del débil edificio sin ponerle sitio en regla, procedieron á abrir

trincheras y establecer baterías de demolición para arrasarle, como lograron hacerlo después de nueve días de furioso cañoneo, obligando á Renovales á retirarse al recinto de la ciudad salvando la artillería y los escasos restos vivos de aquella heroica guarnición.

Luchando entre cadáveres y escombros fué hasta su imprescindible retirada, terror de los sitiadores la célebre batería de San José al mando del intrépido cuanto sabio capitán *D. José Ruiz de Alcalá*, siendo la joven Manuela uno de sus mejores sirvientes: atestígualo así el descontentadizo coronel Renovales, que, en el parte por escrito que dió á Palafox el 3 de enero de 1809, después de ponderar el incontrastable tesón de la batería en aquel peligroso emplazamiento «*donde solo el valor de los artilleros españoles pudiera maniobrar*,» añade que Manuela prestó su ayuda al servicio de los cañones «*portándose como el mejor artillero*».

El elogio es breve, pero expresivo y terminante, máxime saliendo de Renovales, para quien las mayores hazañas eran siempre poca cosa.

Al finalizar el mes de enero de 1809 habían conseguido los franceses apoderarse de las débiles tapias de Zaragoza, desde la torre del Pino (actual convento de Religiosas Reparadores) hasta las brechas de Santa Mónica, tenaz y gloriosamente defendidas por el coronel D. Pedro de Villacampa. La resistencia técnica parecía terminada de modo harto heroico, y la capitulación se imponía según todas las reglas de crítica racional; pero ni el caudillo, ni el pueblo; ni el ejército quieren dar oídos á las intimaciones de Lannes y se aprestan unánimes á consumar el sacrificio, en medio de los horrores del hambre y de la peste, emprendiendo la última etapa de la defensa: esos veinte días de guerra de casas y calles que fué entonces y sigue siendo todavía asombro de la historia militar y admiración del mundo.

Fiel Manuela Sancho á sus patrióticos compromisos, peleó sin tregua ni descanso hasta el último día de Zaragoza libre. Dejando su vocación de artillero, en que ya no podía ejercitarse, ciñó la canana y empuñó el fusil del tirador, uniéndose á los abigarrados grupos de oficiales y caballeros, labradores y menestrales, frailes y clérigos, mujeres y rapazuelos que contenían los lentos avances del enemigo defendiendo palmo á palmo las calles del Pabostre, de Palomar, Enmedio, Puerta-Quemada, San Agustín, Alcober y las Arcadas, que aún muestran patentes reliquias de aquella desesperada lucha. En uno de estos combates recibió un balazo en el vientre que, lejos de atemorizarla, dió nuevos créditos á su valor, pues tan pronto como se le hizo la primera cura volvió bravamente al peligro, dando á todos clarísimo ejemplo de fortaleza y perseverancia,

Tantos y tan notorios méritos no podían quedar sin galardón, siquiera modesto; y Palafox premió los servicios de la popular heroina concediéndola el *Escudo de distinción* y la pensión vitalicia de *dos reales diarios* que Fernando VII confirmó por Real Orden de 2 de marzo de 1815; y ciertamente que el gran caudillo no pecó en esta ocasión por exceso de despilfarro.

Después de *los Sitios* fué lo que debía ser: el tipo normal de la mujer de bien, religiosa sin afectación, económica y trabajadora. Casó en primeras nupcias con un labrador no mal acomodado, que se llamaba Manuel Martínez, á quien sobrevivió muchos años, conservando su honrada viudez, y era ya anciana, casi setentona, cuando queriendo desprenderse de deudos *(contraparientes* decía) que codiciaban sus economías, buscó segundo marido y heredero, contrayendo nuevo enlace con Santiago de San Joaquín, guarnicionero de oficio, harto joven para tan veterana consorte. No tuvo sucesión del primer vínculo y excusado será añadir que tampoco del segundo.

Habitaba en la calle de San Jerónimo (ahora del Laurel) cantón á la del Parque (ahora de Cádiz) en una vieja casa, renovada muchos años ha. Allí, desde sus ventanas, pasaba revista al brillante 4.° Regimiento Montado de Artillería, recientemente organizado, cuando desfilaba por la calle del Parque para asistir á ejercicios y grandes paradas. El marcial sonido de los clarines, el rodar de los cañones, el piafar de los caballos, el lujo de los flamantes uniformes de entonces, todo, en bélico y armonioso conjunto, electrizaba con soplos de vida á la buena anciana: erguíase su talle, animábanse sus morenos y casi apagados ojos con ráfagas de entusiasmo, y agitando la diestra temblorosa contestaba sonriente al cordial saludo que los oficiales la dirigían.

Llegó por fin el día de su muerte, y el párroco de San Gil escribió al Tomo VII de difuntos de la parroquia, folio 324, la siguiente escueta y descarnada partida de óbito:

«*En Zaragoza á 7 de Abril de 1863, murió D.ª Manuela Sancho, á las seis de la tarde, de ochenta años de edad, hija legítima de Juan Antonio y María Bonafonte, los tres naturales de Plenas, casada con Santiago de San Joaquín, parroquiana de San Gil. Recibió los Sacramentos de Penitencia, Viático y Extrema Unción é hizo testamento ante el notario D. Pedro Marín. No deja hijo alguno. Vivía en la calle de San Jerónimo, núm. 7. En el día 9 del mismo mes se celebró en esta iglesia su entierro á dos actos, y su cadáver fué conducido al campo santo para ser sepultado, lo que certifico. Melchor Sarañana, Cura.*»

Como la partida no dice más, la completaremos añadiendo lo que omite.

El vecindario de Zaragoza manifestó vivamente su dolor por la

pérdida de la popular heroina, asistiendo en masa á sus exequias; y el Ayuntamiento, cumpliendo gustoso ineludibles obligaciones, la dedicó solemnes funerales en la Real capilla de Santa Isabel, costeando además el modesto nicho del Cementerio de Torrero, donde descansaron sus mortales despojos, respetados, por fortuna, en el casi general sacrílego trasiego de osamentas efectuado en 1890, hasta que en las fiestas del Centenario fueron trasladados á la iglesia del Portillo.

Los oficiales de artillería, especial y cariñosamente invitados por el gran ciudadano é insigne juriscosulto D. Santiago Penén, albacea de la finada, formaron nutrido duelo en la conducción del cadáver. Ninguno dejó de concurrir á ese homenaje de afectuosa gratitud á la leal compañera de glorias y fatigas de sus heroicos antecesores del Real Cuerpo.

Maria Agustin

Gálvez y Brambilla publicaron el retrato de esta joven y agraciada labradora en una de las mejores estampas de su colección, y la ciudad de Zaragoza ha dado el nombre de la heroina á uno de los más concurridos trozos de su magnífico paseo de Ronda.

Estos dos hechos bastan para que se comprenda la gran popularidad alcanzada por María Agustín, pero de su biografía sabemos muy poco: no la hemos hallado en ninguna parte á pesar de nuestra diligencia, y habremos de resignarnos con este ligerísimo esbozo para que tan valerosa mujer, gota de agua perdida en un mar de héroes, no deje de figurar en nuestra galería.

Era zaragozana, tenía 22 años y adquirió celebridad llevando agua y cartuchos á los puestos atacados el 15 de junio sin temor al fuego enemigo. Herida gravemente de un balazo en el cuello, no esperó á convalecer para proseguir sus útiles cuanto valerosas tareas en el primer Sitio, por cuyos méritos le concedió Palafox la pequeña pensión de dos reales diarios; y no hay duda de que salió viva de la segunda defensa toda vez que, por Real orden de 6 de marzo de 1815, confirmó Fernando VII la concesión de la expresada gracia.

Personas que la conocieron y trataron nos aseguran que era parroquiana de San Pablo y que alcanzó bastante longevidad, pero no hemos logrado encontrar su partida de óbito.

Benita Portoles

Fué incansable defensora de la batería de Puerta Quemada en ambos Sitios y de la plaza de la Magdalena en el segundo, portándose siempre con tanta decisión que alcanzó justa fama de intrépida heroina. Sólo tenía 20 años á la sazón, y estaba casada con un labrador llamado Francisco Vallés.

Al poco tiempo de rendida la ciudad fué detenida por la policía francesa y presentada al general Suchet como mujer sanguinaria y peligrosa. El general la recibió con gran aspereza y hasta ordenó que fuese fusilada; pero la heroina le contestó con tanta serenidad y firmeza, congratulándose de haber combatido noblemente por el honor y la independencia de su patria, que Suchet, avergonzado de su arrebato, mandó se le devolviese la libertad.

Constan estos hechos en un expediente instruído en 1814 á instancias de la interesada en solicitud de recompensa, y todo bien probado recayó Real resolución en 11 de Agosto de dicho año, por la cual se concede á Benita Portolés la pensión vitalicia de cinco reales diarios.

Maria Lostal, viuda de Sola

Fué una verdadera heroina que *el 4 de Agosto* prestó grandes y notorios servicios en la defensa del colegio carmelitano de San José, confinante á la puerta del Carmen; pues no solo concurrió valerosamente á este combate, sino que, cuando ya el enemigo se apoderaba del edificio, penetró en la iglesia y despreciando peligros mortales recogió las reliquias y vasos sagrados salvándolos y salvándose en el hospital de convalecientes. Su arrojo y serenidad merecieron unánimes aplausos y la pensión de seis reales diarios con que fué agraciada por el general Palafox.

Tuvo la desgracia de perder á su esposo en el 2.º Sitio, y ella misma falleció á fines de 1809 ó principios de 1810; por eso sin duda quedó tan olvidada de los historiadores que escribieron sus libros bastantes años más tarde.

Pocos meses pudo disfrutar su modesta pensión que la dominación francesa dejó en suspenso; pero después del triunfo nacional fué confirmada aquella gracia por Fernando VII en favor de los menores

Antonio, Joaquina y Angela Sola y Lostal, huérfanos de la intrépida finada.

De sus nietos conocemos á D. Manuel Sola y Colás, de Zaragoza, y hemos conocido á D. Serafin Escudero y Sola, teniente coronel de la guardia civil, fallecido en Barcelona pocos años ha.

D.ª Juliana Larena Fenolle

De esta heroina no teníamos noticia, pues no cita su nombre ni tampoco sus hazañas ninguno de los historiadores de los Sitios, y seguiríamos en la misma ignoracia si no hubiese llegado á nuestras manos el razonado artículo que recientemente dedicó á su memoria el Sr. D. Valentín Marqueta en el *Diario de Avisos de Zaragoza*.

D.ª Juliana nació en Ejea de los Caballeros el 11 de febrero de 1790, y sólo tenía 18 años cuando sitiada Zaragoza dió pruebas claras de su valor y caridad asistiendo á los heridos en las baterías y hospitales, auxiliando el salvamento y traslación de los enfermos el 3 de agosto y concurriendo personalmente á la defensa del reducto del Pilar, una de las más célebres y peligrosas del 2.º Sitio.

El general Palafox le concedió el escudo de distinción y Fernando VII confirmó esta gracia ampliándola con la pensión de cuatro reales diarios pagaderos por la tesorería del ejército en virtud de R. O. expedida á 25 octubre 1814,

Retirada á Ejea, casó en 5 de mayo de 1819 con D. Juan Toral, natural de Úbeda, de quien tuvo sucesión, viviendo en el día su descendiente D. Liborio López y López, cura regente de Leciñena que conserva como honrosa herencia los documentos justificativos de los servicios de la heroina.

Es grande nuestra satisfacción al reverdecer la olvidada memoria de *Juliana Larena* en esta galería biográfica.

NOVENO GRUPO

LOS EXTRANJEROS

Llegamos al término de nuestro largo viaje, y no habremos hecho poco si hemos conseguido atraer las simpatías del lector en pro de los héroes de Zaragoza, cuyas hazañas y vida íntima quisimos compendiar. Pero entendemos que como capítulo final de esta colección de semblanzas, no es posible prescindir de la conmemoración de algunos extranjeros que, siquiera en corto número, fueron activos y entusiastas favorecedores de la ciudad asediada.

Y claro es que no hemos de incluir en este pequeño grupo aquellos dignísimos oficiales que, si bien nacidos en tierra extraña, venían sirviendo con mucha anterioridad en el ejército español, circunstancia que implicaba su naturalización en nuestra patria. En este caso hallábanse los generales Saint-Marcq, Conde de Romrée y Boggiero, el brigadier Cardon, y los jefes Fleuri, Walquer y Dufourcq-Salinis, cuyas biografías quedan ya incluídas en los grupos correspondientes.

En el que en este momento va á ocuparnos sólo trataremos de aquellos extranjeros que, conservando sus respectivas nacionalidades, acudieron á Zaragoza para auxiliarla, defenderla y cantar sus glorias. No fueron más que tres: el brigadier irlandés Doyle, el escritor y diplomático inglés Vaughan y el coronel é historiador prusiano Schépeler.

Repitiendo una vez más la hermosa frase de Gómez Arteche, *eran pocos pero buenos*, é insertando á continuación las semblanzas de tan honorables personas, creemos haber puesto simpático remate á nuestro libro.

Sir Carlos Doyle

Solicitadas paces con el Rey de Inglaterra por la Junta del Principado de Asturias, llegó á España el brigadier del ejército inglés Sir Carlos Doyle, comisionado por su Gobierno para estudiar sobre el terreno los auxilios que la nación británica pudiera proporcionar al alzamiento de los españoles contra la tiranía de Bonaparte. Desembarcado en La Coruña, corrió en posta á Madrid para asistir el 5 de septiembre de 1808 á la *Junta de Generales españoles* reunida en casa del Duque del Infantado, y el 10 del mismo mes ya estaba en Zaragoza, donde Palafox le recibió con tanta distinción como afecto, alojándole en su propio palacio, obsequiándole con la gran revista del improvisado ejército aragonés, que vió maniobrar con gran soltura y marcialidad, y llevándole á visitar las ruinas de edificios, puertas y baterías, teatro de las hazañas de la primera defensa, que el ilustre extranjero contempló con tanto entusiasmo como admiración.

El representante militar de Inglaterra estaba ganado para la causa de España, á la que en adelante dedicó todo su afecto y lealtad. Fué un español más, y Palafox agradeció sus servicios é inmejorables intenciones, ascendiéndole á mariscal de campo de nuestro ejército y dando el nombre de *Batallón Cazadores de Doyle* al que hasta entonces se llamó de la Reunión de Osera, al mando del teniente coronel D. Antonio María Guerrero.

Salió con el general O'Neylle á las operaciones de Navarra en persecución del enemigo, y al frente de la caballería española cargó bravamente á los franceses el 20 de noviembre de 1808 en la acción de Olite; llegado después á Tudela regresó con Palafox á Zaragoza sin concurrir á la batalla, y saliendo para Cataluña, visitó á Monzón y Lérida, donde estaba el 27 de noviembre de paso para Tarragona, desde cuya ciudad remitió á Zaragoza 9.000 fusiles que tanta falta hacían y fueron recibidos en dos remesas el 2 y el 10 de diciembre.

Sir Doyle no fué solamente un hispanófilo distinguido, sino también un gran admirador de Zaragoza y dignísimo por tanto de que su ilustre nombre figure en esta Galería entre los extranjeros favorecedores de nuestra ciudad. Concurrió á toda la guerra de la Independencia, residió algún tiempo en Cádiz ocupado en la organización de los ejércitos de operaciones, ascendió á teniente general en 1811 y era caballero de la Orden militar de San Hermenegildo, según vemos en la Guía del año 1823.

Entre los obsequios tributados á Doyle debe citarse una oda infe-

liz que lleva este largo título: *Al Excmo. Sr. General Inglés Sir Carlos Guillermo Doyle, etc., con motivo de su feliz arribo á Zaragoza para tratar de la paz: Con licencia en Zaragoza por Francisco Magallón. 1808.* Es un folleto de once páginas en octavo y autor anónimo, tan sumamente raro, que merece recordarse. La composición, que ya hemos citado en otras ocasiones, trasciende á poesía monacal por sus escarceos bíblicos y mitológicos.

Doyle, como católico é irlandés que era, sentía por España el afecto más profundo. Franco, jovial y caballero por temperamento y educación, trabó amistad íntima con los hermanos Palafox, la Condesa de Bureta, Sas, Boggiero, Sanclemente y en una palabra, con todos los héroes del primer sitio. Trabajó cuanto pudo para conseguir que Zaragoza fuese socorrida al llegar los grandes apuros del segundo asedio, así como para promover el cange de Palafox por Lefebvre, y como su buena voluntad se estrellase en ambos propósitos, fué tan grande su pena que le llegó á la salud. En su larga correspondencia con D. Francisco Palafox siempre le dió sanos consejos para que moderase el rigor de sus proclamas y procurase levantar los pueblos por el amor y no por la violencia: en esas cartas vemos que el único defensor de Zaragoza á quien el leal irlandés miraba con profunda antipatía era D. Lorenzó Calvo, si bien es cierto que el famoso Intendente le pagaba en la misma moneda.

Sir Carlos Ricardo Vaughan

El inglés Vaughan, panegirista de la epopeya de Zaragoza, viene á ser el antídoto contra las venenosas procacidades escritas por su compatriota el teniente coronel Napier en mengua de los zaragozanos. Nadie tan repulsivo para nosotros como ese inglés afrancesado y extrambótico, sempiterno adulador del Mariscal Soult, y pluma hispanófoba hasta el punto de competir con el calumniador Thiers en sus diatrivas contra nuestros héroes. Y nadie más simpático, por su veracidad y amor á España, que el honorable diplomático á quien de justicia corresponde un puesto en esta galería.

No fué testigo de ninguna de las dos defensas, pero en el intermedio de ambas visitó á Zaragoza y fué huésped de Palafox al mismo tiempo que Sir Carlos Doyle, permaneciendo en la ciudad desde 18 de setiembre á 30 de octubre de 1808, en cuyo día salió para Navarra con el fin de orientarse de la nueva invasión iniciada por los franceses. El 22 de noviembre, víspera de la batalla de Tudela, emprendió

su viaje á Madrid pasando por Agreda, casi á la vista de la caballería de Ney.

Durante los 42 días de permanencia en Zaragoza visitó sus ruinas y las obras de ataque y defensa, se enteró de todos los pormenores del primer Sitio, confirió con militares y ciudadanos, pulsó el entusiasmo popular, tomó notas, redactó diarios, adquirió planos y recogió interesantes documentos, entre ellos una memoria del coronel Sangenis explicativa de las improvisadas fortificaciones.

Con estas noticias cuya veracidad confirmó el general Lefebvre, á la sazón prisionero en Inglaterra, escribió y publicó en Londres (1812) un folleto descriptivo de *los Sitios de Zaragoza*, con tanta aceptación recibido en la nación británica, que le produjo la ganancia de quinientos pesos, cuya suma entregó en Cádiz á la señora D.ª Consolación Azlor de Ric para que la distribuyese entre las familias necesitadas de Zaragoza. Acompañaba la generosa dádiva con una digna y expresiva carta (fecha 14 noviembre 1813) recibida por la heroina días antes de regresar á Aragón, libre ya del extranjero yugo.

Era Vaughan tan distinguido caballero como hábil diplomático. En 1812 regresó á España con cargo de secretario de la embajada inglesa residente en Cádiz, y años andando, fué embajador de su nación cerca de la nuestra. Dejó al morir sus interesantes *Diarios* con un gran rollo de apuntes y documentos que sus herederos transfirieron al colegio en que se había educado, adscripto á la Universidad de Oxford; y aprovechando tan rico venero de materiales el docto Carlos Oman, profesor de historia moderna en la mencionada Universidad, ha publicado recientemente (1902) dos gruesos volúmenes dedicados á historiar nuestra *Guerra de la Independencia*, tan gloriosa para España é Inglaterra, cuya traducción al idioma español juzgamos de todo punto necesaria.

D. Bartolome Schepeler

Era un valiente y entendido oficial prusiano que, simpatizando con nuestro alzamiento nacional, vino á España como aficionado, para tomar parte en la guerra de la Independencia contra la insidiosa invasión napoleónica.

Su espíritu guerrero y anti-francés le condujo á Zaragoza donde peleó como bueno en las *compañías de extranjeros* organizadas por D. Pablo Casamayor; y alternando en los ejercicios de la espada y la pluma, apuntaba sus propias impresiones para escribir el interesante

libro publicado en Lieja (año 1829), bajo el titulo *Historia de la Revolución de España y Portugal.*

Hispanófilo entusiasta y testigo de los Sitios de Zaragoza, hace de ellos una relación breve, pero tan imparcial y verídica, que nuestro sabio general y concienzudo historiador D. José Gómez de Arteche la sigue generalmente, honrando á su autor con el calificativo de *juicioso.* Lo fué tanto que, en nuestro concepto, aventaja á todos los extranjeros y á no pocos naturales en la ingenuidad, la justicia y hasta el amor con que describe la epopeya zaragozana.

Justo es, por tanto, que el honrado y caballeroso Schépeler figure en nuestra galería, siquiera sea con este insignificante y pálido esbozo.

Concurrió tan bravo é inteligente oficial á toda la guerra de la Independencia, sirviendo en la *Legión Alemana*, agregada al ejército inglés; obtuvo en ella el empleo de coronel de infantería, y al instituirse (en 1811 y 1815) la Real y Militar Orden de San Fernando, fué condecorado con la cruz de 1.ª clase.

Tuvo gran crédito en su propio país como militar y publicista, y fué muy estimado del Rey de Prusia, que le confió el alto cargo de ministro plenipotenciario en la corte de España, cuya misión diplomática desempeñaba en 1822 y 1823, cuando el célebre Congreso de Verona se resolvió á intervenir en nuestras luchas intestinas de realistas y constitucionales, disponiendo la entrada del ejército del Duque de Angulema, que reintegró á Fernando VII en la plenitud de su poder absoluto.

ÍNDICE GENERAL

	Páginas
Discurso preliminar	5
Concepto crítico de la defensa de Zaragoza en sus dos sitios	9
Biografías.	
El Duque de Zaragoza	23
Primer grupo.—Los generales.	35
Segundo grupo.—Los Artilleros	67
Tercer grupo.—Los Ingenieros	131
Cuarto grupo.—Jefes de línea, puesto ó cuerpo.	169
Quinto grupo.—Otros militares distinguidos que no mandaron cuerpo.	259
Sexto grupo.—Autoridades civiles y administrativas, nobleza, ciudadanos, menestrales y labradores.	301
Séptimo grupo.—Los Eclesiásticos	345
Octavo grupo.—Las Heroinas.	373
Noveno grupo.—Los Extranjeros	399
Indice general.	405
Indice alfabético de biografías	405

INDICE ALFABETICO DE LAS BIOGRAFIAS

Abanto (Martín)	341
Aced (Mariano Lucas) †	332
Agustín (María)	396
Alcalá (D. Francisco de Paula)	278
Alcaide é Ibieca (D. Agustín)	321
Alvarez (Casta)	391
Alvarez (D. Pedro Pablo)	279
Aguilar y Puertas (D. José)	119
Amar y Borbón (D.ª Josefa)	382

Páginas

Amorós (D. Bartolomé Antonio) 244
Andreu y Claver (D. Joaquín) 267
Andreu y Claver (D. José). 267
Antillón y Marzo (D. Pascual) 87
Angulo (D. Santiago) 127
Aranda (D. Pedro) † 296
Armendariz (D. José de) 146
Arnedo Antillón (D. Francisco) 171
Arnedo Antillón (D. José). 117
Arnedo Antillón (D. Manuel) 118
Arrambide (D. Juan) 167
Asso (D. Ignacio Jordán de) 313
El Barón de la Linde (D. Luis Amat y Terán) 209
El Barón de la Menglana (D. Luis de Cistué) 275
El Barón de Purroy (D. José Dara Sanz de Cortés) 319
El Barón de la Torre de Erruz (D. Ignacio de Erruz) . . . 239
El Barón de Warsage (D. José de L'hotellerie Fernández de Heredia) † 54
Bayo (D. Manuel) 144
Bellido (D. José) 253
Bernad (D. Ramón) 263
Betbecé (D. Francisco) † 112
Boggiero de Santiago (P. Basilio) †. 349
Boggiero (D. Andrés) 223
Bosque D. Manuel) 129
Bosque (D. Felipe) 129
Bustamante (D. Vicente) † 58
Bustamante (D. Francisco) 144
Busto (Fr. Mateo) 362
Butler (D. Juan) 53
Caballero (D. Manuel) 143
Cadena (Mosen Ramón) 363
Camps (D. Antonio). 258
Carbón (D. Manuel) 177
Cardon (D. Adrián) † 235
Calvo de Rozas (D. Lorenzo). 306
Carrica (Matías) 342
Casamayor (D. Pablo) 206
Casanova y Thomás (Fray José) 361
Castillo (D. Pedro) † 235
Carratalá (D. José) 280
Cerezo (D. Mariano) † 324

Páginas

Cerezo (D. Manuel) † 327
Cerezo (D. Lorenzo). 328
Cistué (D. José de) 278
Codina (D. Narciso). 135
Cónsul (D. Juan Nepomuceno) † 101
Conde de Fleuri (D. Esteban Fleuri) † 241
Condesa de Bureta (D.ª Consolación de Azlor). 375
Conde de Sástago (D. Vicente Fernández de Córdova Alagón) 316
Conde de Sobradiel (D. Joaquín Matías Cavero) † 318
Conde de Romrée 254
Conde de Torresecas (D. Mariano de Villalpando) 271
Consolación (Fray José de la) † 356
Cornel y Ferraz (D. Antonio). 43
Corona (D. Nicolás). 126
Cortines Espinosa (D. José) 145
Covarsi (D. Cosme) 264
Dango (D. Pedro). 123
Defay (D. Pablo) † 165
Dolz de Espejo (D. Federico). 266
Domínguez Longás (D. Mariano) 311
Dufourcq-Salinis (D. Juan) 264
Doyle (Sir Carlos) 400
Duquesa de Villahermosa. 379
Duque de Zaragoza (D. José de Palafox) 23
Ena y Gállego (D. Manuel) 238
Elola (D. Pedro de) 219
Eraso (D. Miguel de) 241
Escobedo (D. Alonso de) 179
Estrada (D. Rafael) † 226
Fábregues (D. Jaime) 126
Fernández (D. Antonio). 129
Fernández de Cendrera (D. José) 281
Fernández Arias (D. Felipe) 298
Ferraz y Barrau (D. Valentín) 282
Ferraz y Cornel (D. Francisco) 283
Fivaller (D. Diego) † 181
Fivaller (D. Gaspar) † 181
Font (D. José). 141
Forcallo (D. Miguel de) † 110
Gaist (D. Jaime) 127
Galvez Cañero (D. Teodoro) 189
Gallart (D. Vicente) 339

Páginas

Gallart (D. Juan) † 339
Garcés de Marcilla (D. Joaquín). 229
Garcés Navarro (D. Félix) 343
Garcés (D. Pedro Manuel). 360
García Marín (D. Fernando) 229
García (D. Joaquín) 233
García Ibáñes (D. Domingo) 370
García (Mosen Nicolás). 371
Garín (Fray José). 369
Garro (D. Luis de) † 208
Garroverea (Fray Faustino) 461
Gasca (D. Gervasio) 210
Gasca (D. Pedro) † 210
Gayán y Díaz (D. Ramón). 217
Gil (D. Blas) 166
Gómez de Butrón (D. Fernando) 182
González (D. Francisco) †. 128
González (D. Tomás) 165
Gregorio (D. Francisco de) 150
Guillelmi (D. Jorge Juan) † 63
Gúrpide (D. Andrés). 339
Hernández (D. Pedro) † 204
Hernández Morejón (D. Sebastián) 366
Hera (D. José de la) 341
Ibarz y Faure (D. Antonio) 284
Ibor (El Tío Jorge) † 320
Irazabal (D. Rafael) 81
La Casa (D. Antonio) 367
Landa (D. Francisco Javier) 367
Lasartesa (Mosen Manuel). 368
Larena (D.ª Juliana). 398
Lasala y Simón (Mosen Pedro) 369
La Serna (D. José de) 90
Leyva y Eguiarreta (D. Manuel de). 256
Lirón de Robles (D. Joaquín) 85
López Pascual (D. Ignacio) 74
López (D. Francisco) 151
Lostal (D.ª María) 397
Lozano (D. Mariano) 128
Lucas y Arcaine (D. Martín) 285
Magri (D. Francisco). 128
Manero Aguerri (Cosme) † 129

Páginas

Manso (D. José) † 180
Manzanares (D. Salvador). 160
Maldonado (D. Nicolás) † 225
Marqués de Lazán (D. Luis de Palafox) 35
Marquesa, Viuda de Ayerbe (D.ª Josefa de Azlor). 381
Marqués de Artasona (D. José Claramunt de Suelves) † . . . 270
Marqués de Artasona (D. Alberto Claramunt de Suelves) . . 270
Marqués de Campo Real 273
Marcó del Pont (D. Francisco) 201
Maroto (D. Rafael). 286
Martín (D. Gregorio). 127
Martínez de San Martín (D. José) 288
Martínez (D. José, Regente de San Miguel) 360
Marraco (Mosén Miguel) 370
Más y Fiol (D. Félix). 251
Mateo (D. Ramón) 156
Mendieta (D. Pedro) † 261
Meseguer (D. Isidro) 126
Miranda (D. José). 243
Montenegro (D. Joaquín de) 110
Moñino (D. Matías) 109
Mor de Fuentes (D. José) 260
Moya (D. Pedro) 128
Muñoz del Toro (D. Francisco) 287
Navarro Herrera (D. José) 152
Navarro Sangran (D. Diego) 88
Nevot (D. Francisco) 123
Nogueras (D. Agustín) 289
Obispo (D. José) 176
Ojeda (D. Juan Calixto). 85
O' Neylle (D. Juan) † 46
Ozta (D. Salvador de) 99
Palafox y Melci (D. Francisco) 170
Paniagua (D. José María de) 262
Pascual de Torla (D. Fernando). 226
Pastors de la Sala y Cella (D. Pedro María). 290
Peñafiel (D. Mariano) 248
Peñas (D. Manuel) 233
Perena (D. Felipe) 213
Perena (D. Pedro) 213
Peromarta (D. Telesforo) 343
Piedrafita (D. Benito) 205

Páginas

Piñeiro de las Casas (D. Jerónimo). 82
Pino (D. Rafael del) 120
Portolés (Benita) 397
Primo de Rivera (D. José). 120
Primo de Rivera (D. Joaquín) 120
Primo de Rivera (D. Antonio) 120
Pueyo (D. Manuel) 134
Pusterla (D. Juan) † 112
Puig (D. José) 257
Quiroga (D. Juan Miguel de). 151
Quadros (D. Antonio María de) 174
Rafols (Sor María) 384
Rancaño de Cancio (D. Luis) 140
Ramírez de Orozco (D. José) 234
Renovales (D. Mariano) 184
Ripa (D. Domingo de la) † 200
Ric (D. Pedro María) 304
Ripoll y Urbano (D. Valero) 333
Robleda (D. Manuel) 297
Rodríguez Gallego (Fray Teobaldo) 365
Rodríguez Zambrano (D. José) † 115
Rodríguez Pérez (D. Manuel) 153
Román (D. Iosé María) 147
Romea (D. Policarpo) 368
Romeo (D. Fermín) 239
Romero de Tejada (D. Pedro) † 148
Ruiz de Alcalá (D. José) 108
Ruiz (D.Félix) 126
Ruiz Navarro (D. Francisco de Paula). 291
Ruiz Navarro (D. Joaquín. 292
Saint-Marcq (D. Felipe) 49
Salamero (D. Miguel) 335
Salazar (D. Sancho) 227
Salazar (D. Santiago) 125
Salcedo (D. Angel) 107
Saleta y Destcallar (D. José) † 114
San Bruno (D. Vicente) 166
Sánchez de Cisneros (D. Juan) 141
Sánchez Muñoz (D. José) † 167
Sánchez del Cacho (D. Joaquín). 338
Sánchez del Cacho (D. Antonio) †. 338
Sancho y Bonafonte (Manuela) 393

Páginas

Sancho y Salvador (D. José) 272
Sangenís y Torres (D. Antonio) † 136
Sangenís y Torres (D. José) 232
Santa Romana (Fray Ignacio) 369
Sanclemente y Romeu (D. Felipe) 323
Sardania y Pascali (D. Mariano). 319
Sas (Mosen Santiago) † 354
Senillosa (D. Felipe) 166
Schépeler (D. Bartolomé) 404
Simonó (D. Marcos María de) † 162
Soria y Vargas (D. Manuel) 294
Tabuenca (D. Juan Antonio). 164
Tabuenca (D. Mariano) † 163
Tabuenca (D. Francisco) 164
Tabuenca (D. Manuel). 164
Tabuenca (D Matías) 164
Tena (D. Manuel de) . - 153
Tornos y Cagigal (D. Luciano) 126
Torres y Gimeno (D. Antonio) 59
Torres y Gimeno (D. Jerónimo). 59
Torres (D. José de) 207
Trujillo y Salas (D. Francisco) 249
Ulloa y Vargas (D. Angel). 90
Ulzurrun de Asanza (D. Esteban) 272
Urrutia (D. Joaquín de) † 228
Valcárcel (D. Miguel) 258
Vaughan (Sir Carlos Ricardo). 401
Vega (D. Diego de la) 258
Velasco y Coello (D. Manuel de) 94
Velasco y Ordoño (D. Quintín de) 147
Veyan (D. Luis) 142
Viana (D. Manuel) † 223
Viana (D. Manuel) 224
Vicente y Santa María (D. Antonio) 337
Villa (D. Mariano) 155
Villacampa (D. Pedro de) 192
Villalpando y San Juan (D.ª Teresa) 381
Villava y Aybar (D. Luis Gonzaga). 86
Villava y Heredia (D. Joaquín) 115
Xaramillo (D. Francisco) 159
Ximénez Cisneros (D. José) 130
Ximénez (D. Eusebio) 364

Páginas

Yoldi y Bernal (D. Pedro) 298
Yoldi (D. Mariano) 320
Zamoray (D. José). 339
Zapata de Calatayud (D. Francisco de Paula) 231
Zappino (D. Cayetano) 139
Zara y Varela (D. Manuel de). 83
Zaragoza (D.ª Agustina). 386
Zorraquin (D. Mariano) 159
Zumalacárregui (D. Tomás) 295

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

DP
402
S32S34

Sala Valdés y García Sala, Mario de la
Obelisco historico en honor de los heróicos defensores de Zaragoza en sus dos sitios

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 04 15 09 023 3